



MODERNIDAD Y LUCHAS SOCIALES
EN LA SOCIEDAD DOMINICANA,
SIGLOS XIX Y XX

MICHIEL BAUD

MODERNIDAD Y LUCHAS SOCIALES
EN LA SOCIEDAD DOMINICANA.
SIGLOS XIX y XX

MICHIEL BAUD

MODERNIDAD Y LUCHAS SOCIALES
EN LA SOCIEDAD DOMINICANA.
SIGLOS XIX y XX

Academia Dominicana de la Historia
2020



ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA
Volumen CLVII

Baud, Michiel

Modernidad y luchas sociales en la sociedad dominicana, siglos XIX y XX / Michiel Baud. — Santo Domingo : Academia Dominicana de la Historia, 2020.

668 p. : il.

1. Luchas sociales – República Dominicana 2. República Dominicana – Condiciones sociales 3. República Dominicana – Condiciones económicas I. Título.

306.097293

B338m

CEP/ADH

© Academia Dominicana de la Historia, 2020

Primera edición en español, 2020

ISBN: 978-9945-9190-7-3

Junta Directiva de la Academia Dominicana de la Historia (2019-2022):

Lic. José Chez Checo, Presidente

Lic. Juan Daniel Balcácer, Vicepresidente

P. José Luis Sáez, S. J., Secretario

Lic. Edwin Espinal Hernández, Tesorero

Lic. Raymundo González, Vocal

Editor de la obra: Jesús R. Navarro Zerpa

Diagramación e índices: Eric Simó

Cubierta: Trabajadores del tabaco. Colección del autor.

Diseño de cubierta: Chabeli Núñez

Impresión: Editora Búho S. R. L.

Santo Domingo, D. N.

República Dominicana, 2020

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	9
ACERCA DE LOS CAPÍTULOOS	49

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

CAPÍTULO 1

Una contra-economía colonial: producción de tabaco en la Española, 1500-1870.....	55
---	----

CAPÍTULO 2

Transformación capitalista y regionalización en la República Dominicana, 1875-1920.....	87
---	----

CAPÍTULO 3

Luchas por la autonomía: la resistencia campesina al capitalismo en la República Dominicana, 1870-1924	127
--	-----

CAPÍTULO 4

El azúcar y el trabajo cautivo. Reflexiones sobre el control laboral en la República Dominicana, 1870-1935	155
--	-----

CAPÍTULO 5

Una frontera-refugio: dominicanos y haitianos contra el Estado (1870-1930)	191
--	-----

CAPÍTULO 6

Una frontera para cruzar: la sociedad rural a través de la frontera domínico-haitiana (1870-1930).....	217
--	-----

TABACO Y SOCIEDAD EN EL CIBAO

CAPÍTULO 7

Comercio alemán y el tabaco dominicano, 1884-1940	243
---	-----

CAPÍTULO 8

La huelga de los tabaqueros, Santiago, 1919. Un momento de la lucha obrera en la República Dominicana	287
---	-----

CAPÍTULO 9

La gente del tabaco: Villa González en el siglo XX.....	307
---	-----

CAPÍTULO 10
Patriarcado y estrategias familiares en el mundo
campesino: clase social y género en la
República Dominicana 347

PENSAMIENTO SOCIAL Y EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES

CAPÍTULO 11
Intelectuales, nación y modernidad en la
República Dominicana 387

CAPÍTULO 12
Ideología y campesinado: el pensamiento social
de José Ramón López 415

CAPÍTULO 13
En busca de la modernidad: políticas tecnocráticas
en la República Dominicana 439

CAPÍTULO 14
«Un permanente guerrillero»: el pensamiento social de
Ramón Marrero Aristy (1913-1959) 461

CAPÍTULO 15
«Constitucionalmente blancos»: Manuel Arturo Peña Batlle y
Joaquín Balaguer sobre la identidad nacional dominicana 501

CAPÍTULO 16
Raza y nación en la República Dominicana 531

CAPÍTULO 17
Los intelectuales y la historia en el Caribe hispano:
entre la autonomía y el poder 545

CAPÍTULO 18
Realidades e ideologías de la modernidad en la
República Dominicana del siglo XX 559

BIBLIOGRAFÍA 601

ÍNDICE ONOMÁSTICO 639

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA... 649

INTRODUCCIÓN

Los ensayos y artículos incluidos en este libro se escribieron en el transcurso de unos veinte años, entre 1985 y 2005. Se basan en una investigación archivística a largo plazo llevada a cabo en la República Dominicana en el marco de mi tesis doctoral que se publicó en inglés en 1995 y en español en 1996. Aparte de esta tesis, las investigaciones desembocaron en una serie de artículos que se publicaron en todo tipo de revistas científicas, tanto dentro como fuera de la República Dominicana, y que a menudo resultan difíciles de encontrar. Gracias a la Academia Dominicana de la Historia, ahora ha sido posible reunirlos en un solo volumen. En esta introducción, reflexionaré sobre el contexto y las ideas que subyacen bajo estos artículos e intentaré demostrar hasta qué punto generaciones más jóvenes de historiadores han seguido desarrollando estas ideas.

La escritura de la historia dominicana

Mi investigación inicial se enfocó en la historia social y económica del Cibao en el periodo comprendido entre 1870 y 1930, y de forma más específica, en el impacto que el sector tabacalero tuvo en la dinámica interna de la región y en sus relaciones con el mercado global. Cuando los historiadores trabajan en los archivos, son como los pescadores tradicionales, que extienden sus redes lo máximo posible con la esperanza de atrapar la máxima cantidad de pescado posible. Este esfuerzo tiene dos ventajas adicionales. Al consultar y leer todo tipo de material vagamente conectado con el tema específico que les ocupa, los historiadores adquieren una impresión más general, casi holística, del periodo de su estudio. Al leer anuncios en los periódicos, quejas presentadas por funcionarios, discursos pronunciados por políticos, informes de eventos culturales, etc., los historiadores adquieren una sensación del periodo en cuestión, una «sensibilidad histórica» que les

permite situar sus hallazgos en un contexto temporal más amplio. En segundo lugar, y relacionado con lo anterior, de esta manera los historiadores entran en contacto con temas y debates de los que no fueron conscientes en un principio. La búsqueda en archivos puede ayudarnos a pensar en temas que los historiadores anteriores ocultaron o pasaron por alto.

Hay un tercer aspecto que resulta más obvio, pero al que también se le debe prestar atención de forma explícita. La investigación archivística a largo plazo obliga a los historiadores a pensar en los contenidos y en los significados del material archivístico. Esta reflexión no solo se refiere a su veracidad, sino también a las ideas, los objetivos y las ideologías de quienes escribieron y publicaron dicho material. De siempre, los historiadores han intentado verificar la veracidad y la «verdad» histórica utilizando el método que se denomina normalmente «crítica histórica». Es el método que se enseña habitualmente a los estudiantes de historia en las universidades y que consiste en comparar de forma crítica y explícita las fuentes históricas con el objetivo de descubrir la realidad histórica. En tiempos más recientes, el enfoque en las ideas, los objetivos y las ideologías tras las fuentes documentales se ha convertido en un tema explícito de la historiografía, como resultado de la conciencia de que las fuentes históricas son en sí mismas productos del contexto y del periodo históricos en el que se escribieron. Si de verdad pretendemos acercarnos (más) a la realidad histórica, los historiadores tendrán que entender los antecedentes ideológicos y el contexto de su «producción». De esta manera, las investigaciones históricas no solo se enfocan en el contenido de las fuentes documentales, sino también en los autores de dichas fuentes y en los motivos e ideas que produjeron estas fuentes de una manera concreta. En este libro, el lector encontrará numerosos ejemplos de esta segunda perspectiva. Yo mismo me di cuenta de esta cuestión cuando al final de mi investigación tuve acceso al archivo del Arzobispado. Hasta ese momento, había investigado principalmente en archivos estatales del Archivo General de la Nación y había consultado la prensa contemporánea. Consideraba que había echado «mis redes» sobre una cantidad lo suficientemente amplia de

material archivístico como para entender el periodo de mi estudio. Sin embargo, consultando rápidamente en los archivos de la Iglesia católica, llegué a la dolorosa conclusión de que había omitido el mundo del catolicismo con una visión del mundo totalmente distinta. Mientras que los archivos que había estudiado estaban impregnados de una fe en el mercado liberal y en el desarrollo social y económico, los archivos religiosos abrían un mundo completamente distinto. Estas fuentes lamentaban enormemente el rápido cambio social y económico, así como la secularización de la sociedad dominicana. Recogían informes y debates sobre supuestos milagros como el caso de unos niños campesinos de Barahona que de repente vieron una imagen de Cristo en donde habían caído unas rocas desprendidas de las montañas. Solo entonces me di cuenta de hasta qué punto yo, como historiador, también me había dejado arrastrar por las ideologías liberales y progresistas de la sociedad política y económica de la época, y había perdido de vista las visiones religiosas, tanto populares como oficiales, a las que esas otras ideologías habían invisibilizado y amenazado profundamente.

Finalmente, esta revelación no me impulsó a investigar y a publicar sobre el componente religioso de la sociedad dominicana, en parte porque no tuve acceso a muchos de los archivos católicos. Sin embargo, otros temas, que surgieron inesperadamente de mis investigaciones archivísticas, sí que fueron objeto de una reflexión clara en algunos de mis artículos e interpretaciones y me llevaron a investigar temas ajenos a los que me habían interesado inicialmente. En primer lugar, me sentí atraído por el sueño y la construcción posterior de los trenes en el Cibao. El ferrocarril fue un sueño tan predominante en el Cibao que la información al respecto abundaba en los archivos y la prensa regionales. Empecé a recopilar este material sin realmente tener claro lo que quería hacer con él. Al final, estos esfuerzos desembocaron en un libro corto y descriptivo, *La Historia de un sueño*, que disfruté enormemente escribiendo con mi hija recién nacida durmiendo a mi lado. Para mi gran sorpresa y agradecimiento, la Fundación Cultural Dominicana decidió publicarlo en 1993. Puesto que todo lo que sabía sobre los ferrocarriles

se plasma en este libro, estos solo se mencionan de vez en cuando en los artículos de este volumen. Aunque no se describen detalladamente, forman, de muchas maneras, el telón de fondo de mi análisis sobre los cambios sociales y económicos en el Cibao.

Otros temas que fueron pasando entre mis manos en los archivos trataban sobre la expansión de la economía azucarera, la mano de obra migrante (procedente de Haití) y el desarrollo social y económico en esta región fronteriza. No escribí mucho sobre el sector azucarero en sí, porque ese tema ya lo habían abordado otros historiadores, pero la cuestión laboral que estaba estrechamente conectada con la región fronteriza es la que captó mi interés. No solo porque presentaba un buen punto de entrada a la historia social de la expansión capitalista en el país, sino también porque una mirada más profunda de esa región fronteriza me permitía entender mejor las raíces históricas de la compleja relación entre la República Dominicana y Haití. Posteriormente, ese interés me impulsó a escribir sobre los análisis históricos de las relaciones haitiano-dominicanas, tanto dentro de la cultura «alta» como dentro de la cultura más «popular». Mi análisis sobre el desarrollo más o menos independiente de esta región fronteriza pretendía entender de qué manera se desarrollaba realmente la frontera, que desempeñaba un papel tan importante en las ideologías estatales oficiales. Mis fuentes documentales me ayudaron a entender que en vez de ser una frontera que separaba dos sociedades, en muchos sentidos esa frontera *conectaba* a la gente de ambos lados, creando una verdadera «sociedad fronteriza». Esta sociedad fronteriza se desarrollaba independientemente de las ideologías estatales en cuanto a nación y soberanía. Tanto mis colegas Derby y Turits como yo,¹ que trabajamos en ese tema casi al mismo tiempo, llegamos a la conclusión de que esa sociedad fronteriza hacía cambiar la perspectiva desde la que considerar la nación dominicana. Ponía de manifiesto que las ideologías antihaitianas que se plasmaron en

¹ Lauren Derby, y Richard Turits. «Historias de terror y los terrores de la historia: La masacre haitiana de 1937 en la República Dominicana». *Estudios Sociales* 26, no. 92 (1993): 65-76.

una gran parte de los discursos de la dominicanidad, eran construcciones históricas. Eso no significa que fueran insignificantes —todo lo contrario—, sino que tenemos que entender el proceso de su construcción en el contexto de las relaciones de poder sociales y económicas reinantes en aquella época.

La reflexión crítica sobre mis fuentes documentales me llevó a analizar los discursos detrás de las fuentes y de la gente que los formulaba. Ya en mi tesis presenté un capítulo sobre lo que yo llamaba «Ideologías del Progreso». Intenté entender los puntos de vista y los motivos de todos esos intelectuales, funcionarios, ingenieros y empresarios que intentaron conducir a la sociedad rural hacia la meta sagrada del Progreso. ¿Qué palabras utilizaban? ¿Cómo defendían y legitimaban sus sueños y objetivos? Analicé las raíces ideológicas e intelectuales de la transformación social y económica del país. La mayoría de esos actores no leyeron ni entendieron del todo a los intelectuales europeos más influyentes de su época, como Auguste Comte, John Stuart Mill o Herbert Spencer. Pero sí que se vieron influidos de muchas maneras por algunos elementos y fragmentos de las ideas de esos grandes pensadores. Las ideas filosóficas europeas se «tradujeron», para su uso local, en los escritos de periodistas e intelectuales locales y así se abrieron camino dentro de la *intelligentsia* dominicana. Las ideas europeas se adaptaron a las circunstancias específicas dominicanas y se «vernacularizaron», «se tradujeron» para su uso doméstico, dando de esta manera nuevos significados y usos a las perspectivas y conceptos europeos. Este trabajo intelectual formó parte integrante de la tradición contraída social y políticamente por Latinoamérica, que tuvo lugar en la «ciudad letrada», utilizando el término acuñado por Ángel Rama. En el caso de la República Dominicana, esa tradición se registró en los numerosos volúmenes editados por Emilio Rodríguez Demorizi. La atención prestada al trabajo intelectual dominicano se ha vuelto a impulsar bajo la dirección de Roberto Cassá en publicaciones editadas por el Archivo General de la Nación.

La historia social y económica de la República dominicana no se puede entender sin tener en cuenta la transformación mental e

intelectual desencadenada por estos procesos en los que los debates a escala mundial se conectaron con la situación local del país. En muchos sentidos, fueron los impulsores tras las transformaciones sociales y económicas de la sociedad dominicana. Quizás no sea una coincidencia que mi compañero «campesino-historiador», Pedro San Miguel, que publicó su libro sobre la sociedad campesina dominicana casi al mismo tiempo que yo, también se enfocase posteriormente en la historia intelectual en varios libros.² En mi caso, esta nueva perspectiva desembocó en varios artículos en los que primero intenté entender los ideales del progreso en el caso de José Ramón López, y después la construcción de nuevas formas de dominicanidad por parte de Ramón Marrero Aristy y Manuel Peña Batlle, los tres incluidos en este volumen.

La reflexión crítica sobre las fuentes documentales que intenté aplicar en mi investigación también tuvo como resultado otras visiones y métodos. Muchas veces las fuentes escritas solo cuentan las historias de los «ganadores» y tienden a ignorar o distorsionar la visión de la gran masa de la población, en mi caso la población campesina del Cibao. Cuando me percaté de que los archivos solo me permitían acceder a la visión de los campesinos a través de la lente —la ventriloquía, término utilizado por el historiador ecuatoriano Andrés Guerrero— de los periodistas, los funcionarios y la comunidad mercantil, decidí enfocarme en la historia oral, o lo que yo prefiero llamar «trabajo de campo histórico».³ Lo hice en una comunidad de la región de Villa González, donde participé en las actividades agrícolas y hablé con campesinos y campesinas, la mayoría de ellos ya de una edad avanzada. Este trabajo de campo me sirvió para entender la historia de esa región tabacalera desde la perspectiva de la población campesina. Los resultados de este

² Pedro San Miguel, *La isla imaginada. Historia, identidad y utopía en La Española* (San Juan-Santo Domingo: Isla Negra-La Trinitaria, 1997); y Raymundo González, et al. *Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX* (Madrid-Santo Domingo: Doce Calles-Academia de Ciencias de Dominicana, 1999).

³ Michiel Baud. «Para oír a los sin voz. Posibilidades y limitaciones de la historia oral», *Ciencia y Sociedad* 10, no. 4 (1985): 451-471.

trabajo de campo se recogen en un artículo que se incluye en este volumen como capítulo 9, pero que en realidad influyeron en todas mis publicaciones sobre la historia del tabaco en el Cibao. Este método me permitió «leer a través de» los informes escritos y me ayudó a entender la lógica de los propios productores de tabaco: sus prácticas agrícolas, la importancia de su agricultura de subsistencia, su relación con el sector comercial y las relaciones sociales dentro de la sociedad rural. Gracias a mis experiencias con esas relaciones sociales y a las largas entrevistas con hombres y mujeres rurales, me di cuenta de que la sociedad rural no solo está dividida por clases, sino también por el género. Las campesinas ocupaban —y siguen ocupando— una posición especial en el contexto de las relaciones sociales que cambiaron a un ritmo vertiginoso en el Cibao del siglo XX. Por una parte, aceptaron el dominio del hombre en la sociedad rural. Por otra parte, ellas desempeñaban un papel fundamental e independiente en la estructura social en la que se fundamentaba la producción de tabaco. Basándome en mi trabajo de campo, intenté entender mejor este juego complejo de fuerzas de género en un artículo que se incluye en este volumen como el capítulo 10.

Por supuesto, las investigaciones y escritos presentados aquí datan de hace un tiempo. Muchos de los temas mencionados arriba se han seguido estudiando en la historiografía sobre la República Dominicana. Tanto dentro como fuera del país se han publicado nuevas investigaciones y se han formulado nuevas perspectivas. Sobre todo, es el caso en el ámbito de las relaciones dominico-haitianas y en el tema del antihaitianismo dominicano que ha pasado a ser un campo denso en publicaciones académicas, sobre todo en EE. UU. También en materia de género, se han llevado a cabo muchas investigaciones nuevas, que normalmente intentan entender la posición subordinada de la mujer en la sociedad y en la cultura dominicanas, así como su capacidad de actuación (*agency*). Estas investigaciones han tenido como resultado tanto la revelación de la exclusión y del sexismo en la sociedad dominicana como un énfasis en el papel fundamental que la mujer ha desempeñado en la historia dominicana. Tras el giro cultural, el debate sobre la historia social y económica ha sido menos dinámico. Sin embargo, se han

realizado algunos trabajos interesantes para conectar nuestro entendimiento de los cambios sociales y económicos con temas como el entendimiento de la cultura popular y su relación con la política dominicana. En lo sucesivo, intentaré de forma concisa presentar algunas de estas ideas nuevas que han cambiado nuestra comprensión de la historia dominicana.

Política campesina

La transformación agrícola y la dinámica cambiante de la sociedad rural desempeñó un papel importante en la historiografía dominicana de los años ochenta y noventa del siglo XX. Los historiadores y los científicos sociales intentaron entender las consecuencias de dichos cambios para en la sociedad dominicana, en especial en su dinámica económica y política. Este interés fue precedido por las novelas tan populares en las décadas anteriores de Juan Bosch, entre las cuales *La Mañosa* (originalmente publicada en 1936) fue la más importante, y la idea generalizada de que la cultura rural dominicana era la esencia de la identidad de la República Dominicana. Asimismo, bajo la influencia de una oleada mundial de interés en los estudios rurales, en parte como consecuencia de la escuela francesa de los *Annales*, las nuevas investigaciones académicas se enfocaron en la transformación de la sociedad rural como resultado de la producción agrícola emergente destinada a la exportación a nivel nacional. Este aumento de interés puede constatarse en una multitud de estudios históricos llevados a cabo por historiadores como Roberto Cassá, José del Castillo, Pablo Maríñez, Pedro San Miguel y yo mismo, entre otros. Este torrente de interés fue apagándose poco a poco en las siguientes décadas hasta convertirse en un hilillo. Este caso concreto refleja una tendencia mundial en la historiografía, en la que los historiadores han pasado a enfocarse en temas culturales e identitarios. Han empezado a analizar los aspectos políticos y económicos más como elementos de cambios sociales en la percepción y en las mentalidades y menos por su importancia intrínseca y descriptiva. Puede ser que este giro haya sido a costa de análisis e investigaciones empíricas

detallados, como los propagados por Moreno Fraginals,⁴ pero han abierto nuevos caminos fascinantes para nuestro entendimiento de la importancia de la sociedad rural para el cambio histórico.

Uno de los nuevos temas ha sido el papel político del campesinado. ¿Eran los campesinos una clase atávica que se adhirió a las creencias premodernas y se resistió al progreso y a la civilización, tal y como proclamaron muchos políticos liberales? ¿O se les debe considerar como ciudadanos calculadores que entendieron muy bien sus propios intereses y los defendieron lo mejor posible dentro del marco del Estado nación dominicano? Esta última perspectiva podría explicar muy bien el papel activo y a veces conflictivo de los campesinos dominicanos en la historia del país. Los campesinos dominicanos del siglo XIX no eran la población sedentaria que a menudo se asocia con la agricultura. Viajaban de un lado a otro y solían «vender» sus «brazos» a hombres fuertes de la región que necesitaban mano de obra o soldados. Al mismo tiempo, su estilo de vida independiente (y, podríamos añadir, de una masculinidad dominante), potenciaron un sentimiento fuerte de autonomía e insumisión. Si les dejaban en paz, *los del monte* no eran propensos a una resistencia abierta, pero si su manera de vivir se veía amenazada por la guerra, los impuestos o la represión, podían recurrir a la violencia y eran difíciles de controlar. González Canalda prestó atención al hecho de que estas expresiones de resistencia y auto-defensa podían adoptar distintas formas en el país.⁵ En el norte, los campesinos estaban encasillados en relaciones más estructurales con los terratenientes. Además, esa era la región más agrícola del país, donde los campesinos tenían más que perder en caso de guerras y disturbios. Sus estrategias consistían principalmente en relaciones patrón-cliente con los poderosos locales: los terratenientes o los miembros de la clase mercantil. En el proceso, los campesinos mantenían su cultura rural. Compartían numerosos

⁴ Manuel Moreno Fraginals, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones* (Barcelona: Editorial Crítica, 1983).

⁵ María Filomena González Canalda, *Los gavilleros, 1904-1916* (Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2008).

elementos con la élite masculina regional, lo cual contribuía a reproducir las relaciones patrón-cliente.

En el sureste, los campesinos desposeídos formaban bandas de gavilleros que eran el signo más visible de la transformación desencadenada por las plantaciones de caña de azúcar. Sin embargo, sería demasiado fácil considerar solo a esos grupos como signos de resistencia contra las plantaciones. En un análisis interesante, Roberto Cassá sugirió que fueron, por así decirlo, un elemento orgánico de las transformaciones propiciadas por las plantaciones. La existencia de mano de obra flotante e inestable y la libre circulación de productos introducidos por las plantaciones, sentó las bases de esta multitud de bandas informales e ilegales que se podrían considerar como asociaciones de trabajadores, soldados y disidentes políticos al mismo tiempo. En muchos sentidos, los gavilleros eran, según Cassá, «un movimiento de campesinos sin organicidad clasista».⁶

En su libro *The Mulatto Republic*, April Mayes dedica un capítulo largo a este desarrollo.⁷ La autora se pregunta de qué manera esta historia ha influido en la autorrepresentación y en la identidad no solo de la población de esa región, sino también de la sociedad dominicana en general. Muestra cómo la economía azucarera cambió las relaciones sociales en la región. Muy rápido, los líderes de los gavilleros se percataron de que necesitaban aumentar sus demandas y presentarse como representantes de un sentimiento alternativo de lo que es la nación. Igual que hicieron los seguidores de Emiliano Zapata en el sur de México o el campesinado indígena de los Andes, enmarcaron su lucha local en significados más amplios de la nación. Aunque el uso político del término gavillero por sus adversarios a nivel nacional implicaba un intento de situar a esos campesinos *fuera* de la nación, al mismo tiempo demostraba que esos campesinos se habían convertido en actores políticos a los

⁶ Roberto Cassá, «La resistencia rural», en *Historia General del Pueblo Dominicano*, tomo IV (Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2019), 365-417.

⁷ April J. Mayes, «Why Dominican Feminism Moved J to the Right: Class, Colour and Women's Activism in the Dominican Republic, 1880s-1940s». *Gender and History* 20, no. 2 (2008): 349-371

que solo se podría apaciguar tratándoles como tal, es decir, *dentro* de la nación.⁸ Por lo tanto, la presencia política del campesinado a principios del siglo XX cambió las maneras en las que los políticos consideraban el Estado y la nación.

En este contexto, González Canalda apunta a una segunda interpretación del bandolerismo campesino protagonizado por los gavilleros. Basándose en las ideas de la escuela de estudios subalternos india, esta autora sostiene que la importancia de los gavilleros se puede considerar como la prueba de que la sociedad dominicana, y en especial la posición de las élites nacionales, estaba cambiando. Más que un movimiento uniforme, el gavillismo se podría considerar como una construcción ideológica que reflejaba las ansiedades de las nuevas élites políticas. Tenían que enfrentarse a las profundas contradicciones de la formación de un Estado nacional y de la exportación agrícola.⁹ Esto enlaza con las sugerencias hechas por Julie Franks y Ellen Tillman de que el miedo a las clases populares fue más importante que la antipatía de las élites contra el dominio de EE. UU. Mientras que Franks demostraba que los terratenientes dominicanos utilizaron la expansión de la producción azucarera de EE. UU. para usurpar amplias posesiones de tierras,¹⁰ en una época posterior Tillman sugirió que las élites nacionalistas nunca apoyaron de corazón las distintas formas de resistencia contra la ocupación de EE. UU. Esta última autora concluye que «el rechazo de los nacionalistas a apoyar abiertamente la resistencia armada» contribuyó involuntariamente a la legitimidad de las fuerzas armadas norteamericanas.¹¹

⁸ Mayes, «Why Dominican Feminism Moved to the Right...», 80-81.

⁹ González Canalda, *Los gavilleros, 1904-1916*, 166-167; y Mayes, «Why Dominican Feminism Moved to the Right...», 51-52.

¹⁰ Julie Franks, «The *Gavilleros* of the East: Social Banditry as Political Practice en the Dominican Sugar Region, 1900-1924». *Journal of historical sociology* 8 no. 2 (1995): 158-181.

¹¹ Ellen D. Tillman, *Dollar Diplomacy by Force. Nation-building and Resistance in the Dominican Republic* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016), 199.

En este sentido, su análisis conecta con el énfasis de algunos de los artículos incluidos en este volumen en los que sostengo que la transformación social de la sociedad dominicana que se ensalzó con tanto entusiasmo también provocó inseguridad en los círculos de las élites dominicanas. Estas ansiedades fueron el resultado de una creencia obsesiva en el progreso y en la modernidad, y un miedo simultáneo a las clases populares. Al final, esta situación desembocó en un nacionalismo autoritario en el que se combinaron de forma compleja y a menudo represiva el paternalismo, la disciplina y los esfuerzos poco sistemáticos de educación y «civilización». En las regiones azucareras del sureste, esta situación desencadenó una represión abierta. En el Cibao, se adoptó la forma de un «paternalismo disciplinario» que anunció la incorporación final de los campesinos bajo el régimen de Trujillo. Podemos considerar un informe de Villa González de principios del régimen de Trujillo como un ejemplo de esta visión:

Ayer, un pelotón de la PM se trasladó a una sección cercana a esta villa y capturó un buen número de hombres que, aunque no son de todo holgazanos, se entretenían en violar la ley, estableciendo juego de azar, donde pierden ya el sustento de su familia o bien el tiempo ¡que es tan precioso!¹²

Estos procesos contradictorios constituyen la base de los estudios de Pedro San Miguel¹³ y Richard Turits,¹⁴ quienes prestaron

¹² Actividad de la Policía Militar en Villa González, *La Información*, año 15, no. 5,036, 23 de septiembre de 1930.

¹³ Pedro San Miguel, «La ciudadanía de Calibán: poder y discursiva campesinista en la era de Trujillo», en Raymundo González, *et al. Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX*. Madrid/Santo Domingo: Doce Calles/Academia de Ciencias de Dominicana, 1999, 269-289, y *La guerra silenciosa. Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. México: Instituto Mora, 2004.

¹⁴ Richard Lee Turits, *Foundations of Despotism. Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History* (Stanford: Stanford University Press, 2003).

atención a las alianzas entre la población rural y el régimen de Trujillo. Sostienen que un pilar importante, posiblemente el más importante, de la prolongada dictadura de Trujillo fue el apoyo de la población campesina. Ambos autores llegaron a la conclusión de que «Trujillo ofreció [a las masas campesinas] la posibilidad de generar un sentido de la ciudadanía que se originaba en su realidad inmediata, en la cotidianidad de la siembra y la cosecha»,¹⁵ pero sus explicaciones difieren levemente. San Miguel concluye que «La dictadura de Trujillo finalmente logró [la] domesticación del campesinado».¹⁶ Aunque Richard Turits también demuestra hasta qué punto Trujillo llegó a controlar al campesinado, al mismo tiempo hace hincapié en las perspectivas y en la capacidad de actuación de los mismos campesinos. Explica que el régimen de Trujillo y su política rural fueron relativamente beneficiosos para el campesinado. En la región tabacalera, los campesinos se beneficiaron del control comercial y de la asistencia técnica que facilitó el régimen, mientras que, en las regiones del Sur, fue la reforma agraria la que atrajo directamente a los productores campesinos. La retórica tradicional de la holgazanería y vagancia de los campesinos fue reemplazada por políticas de asistencia y de alivio de las carencias materiales. El campesinado fue consciente de esas ventajas y aprovechó el hecho de que el régimen se dirigiera a ellos como verdaderos ciudadanos dominicanos. Por lo tanto, el apoyo campesino a Trujillo se puede entender más como un signo de capacidad de actuación y autonomía que como un signo de manipulación. Así pues, las políticas populistas de Trujillo con respecto a la población rural se podrían considerar en palabras de Turits,¹⁷ como una respuesta a «la amplitud y vitalidad, así como de la imaginación política de un campesinado marcadamente independiente».

¹⁵ San Miguel, «La ciudadanía de Calibán: poder y discursiva campesinista en la era de Trujillo», 289.

¹⁶ San Miguel, *La guerra silenciosa. Las luchas sociales en la ruralía dominicana*, 271.

¹⁷ Turits, *Foundations of Despotism...*, 23.

Estas perspectivas demuestran de qué manera el régimen «sultanesco» de Trujillo encontró una base de poder conectándolo con la cultura y las prácticas rurales. Asimismo, obligan a los historiadores a dar un giro a sus análisis (políticos), apartándose de las luces brillantes de la ciudad y a reconocer el papel fundamental que las masas rurales desempeñaron en la continuación del autoritarismo y en la historia dominicana en general. Por lo tanto, la atención prestada a la historia rural en la República Dominicana dio lugar a toda una serie nueva de preguntas y temas. Este cambio no solo desembocó en nuevas formas de análisis políticos, sino que también contribuyó de forma relevante a temas debatidos acaloradamente como la raza, la etnicidad y las relaciones entre la República Dominicana y su vecina Haití, así como las relaciones de género cambiantes y las nuevas identidades. Mi propia evolución como investigador también fue tomando esa dirección, pero ha sido la tónica general en la historiografía dominicana.

Raza y relaciones dominico-haitianas

En su libro mencionado arriba, Mayes apuntó a otra consecuencia de la rápida modernización agraria de la región. A pesar de que la legislación prohibía o al menos limitaba la inmigración laboral de personas que no eran blancas, las empresas azucareras en los alrededores de San Pedro de Macorís empezaron a contratar a muchos trabajadores de las islas británicas circundantes. Por supuesto, esta tendencia tenía que ver con el hecho de que hablaban inglés, lo cual era una gran ventaja para esas empresas norteamericanas, pero el nivel educativo de esos migrantes también se consideraba como un punto a su favor. Sin embargo, la entrada de trabajadores afroantillanos creó inseguridad y despertó un sentimiento de competencia en la sociedad dominicana que a menudo perjudicaba a los inmigrantes de las Indias Occidentales. Los periódicos dominicanos recalcaban que esos trabajadores competían con los dominicanos para conseguir trabajos. Los *cocolos*, tal y como les llamaban en la época, eran un grupo bastante reivindicativo que no

dudó en utilizar su ciudadanía británica como una ventaja (al igual que ocurrió en otras plantaciones del Caribe).¹⁸ Los empleadores se ofendían por sus actitudes. La presencia de amplios grupos de afroantillanos en la ciudad también provocó temor a la criminalidad, a la violencia y a la agitación social, lo cual desembocó con frecuencia en violencia policial. Mayes escribe:

Más que el resultado de prejuicios raciales o conflictos de clase parece ser que el uso liberal de la violencia contra los afroantillanos por parte de las fuerzas policiales públicas y privadas en San Pedro fue crucial en la labor ideológica de construcción de los afroantillanos como trabajadores degradados, de bajo estatus y de asociación de negro con ser extranjero.¹⁹

Esos sentimientos fueron cambiando progresivamente con el tiempo en el caso de los cocolos, porque se ganaron el respeto de la sociedad dominicana por su astucia emprendedora y su fuerza asociativa.²⁰ Sin embargo, la otredad racial de la mano de obra negra en el sector de la caña azucarera se reprodujo con el doble de fuerza cuando a principios del siglo XX los migrantes haitianos se convirtieron en el grupo mayoritario de trabajadores en las plantaciones de caña de azúcar.

Los sentimientos antihaitianos han sido un tema recurrente en la historiografía dominicana. Desde Franklin Franco, Carlos Dore hasta Roberto Cassá y Frank Moya Pons, por mencionar solo unos cuantos autores cruciales, los académicos han intentado entender los orígenes y el significado del antihaitianismo dominicano.

¹⁸ Ver Aviva Chomsky, *West Indian Workers and the United Fruit Company in Costa Rica, 1870-1940* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1996).

¹⁹ Mayes, «Why Dominican Feminism Moved to the Right...», 88.

²⁰ José del Castillo, *La inmigración de braceros azucareros en la República Dominicana, 1900-1930* (Santo Domingo: UASD, 1978); y Teresita Martínez-Vergne, *Nation & Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916* (Chapel Hill: University of North Carolina Press), 2005.

Asimismo, se ha convertido en un tema importante en la historiografía sobre el país en EE. UU. y en Europa, tal y como se desprende de las investigaciones llevadas a cabo por Derby, Howard, Krohn-Hansen y Sagás, así como por muchos otros. Los sentimientos antihaitianos en la sociedad dominicana suscitaron varias preguntas relacionadas con ellos. La primera se refiere a los orígenes de estos sentimientos: ¿tenían una base histórica y ya se manifestaban a finales del siglo XVIII y a principios del siglo XIX o solo surgieron con toda su fuerza en el siglo XX bajo la influencia del régimen de Trujillo? ¿Eran esos sentimientos el resultado de la existencia (única) de dos naciones soberanas en una isla o eran el resultado de las diferencias y los prejuicios raciales entre los dos países y sus poblaciones? Y, por último, ¿eran los sentimientos anti-haitianos en la República Dominicana el resultado de los proyectos políticos por parte de las élites (políticas) o eran el reflejo de los sentimientos raciales profundos entre toda la población dominicana?

Aunque estas preguntas apuntan a marcos de referencia radicalmente distintos, sus respuestas no suelen ser tan contrastantes como parecen a primera vista. Nadie negará que los orígenes de las tensas relaciones entre los dos países se remontaban a la época colonial en la que se registraron tendencias totalmente distintas en ambas partes de la isla (ver también capítulo 1 de este volumen). El nacionalismo temprano de los terratenientes del sur que luchaban contra la anexión a Haití presentó su búsqueda de independencia en términos muy antihaitianos.²¹ Estos discursos políticos prosiguieron en el transcurso del siglo XIX. Ginetta Candelario, por ejemplo, reproduce un poema de 1884 del poeta dominicano nacional Juan Antonio Alix que estaba impregnado de un profundo racismo antihaitiano.²² Este poema apoya su hipótesis

²¹ Bernardo Vega, *La cuestión racial y el proyecto dominicano de anexión a Estados Unidos en 1870* (Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2019), 20-21.

²² Ginetta E. B. Candelario, *Black Behind the Ears. Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops* (Durham and London: Duke University Press, 2007), 2-3.

de una «negrofobia» dominicana, históricamente enraizada, término al que ya hacía referencia el trabajo de Torres-Saillant.²³

No cabe la menor duda de que la relación con Haití desempeñó un papel importante en la búsqueda política de una identidad dominicana. Sirviéndose de las ideas de Rodó y de otros intelectuales latinoamericanos, los políticos e intelectuales dominicanos de la primera mitad del siglo XX empezaron a ensalzar sus antecedentes hispánicos, y en términos más generales, europeos.²⁴ Desarrollaron una ideología de la *dominicanidad* que conectaba la cultura dominicana con sus orígenes españoles y con la «raza latina» en general. Esta perspectiva ganó fuerza como resultado del predominio norteamericano en el país, en especial en el sector azucarero, y alcanzó el punto culminante durante la ocupación por parte de EE. UU. entre 1916 y 1924. Mientras una cantidad considerable de dominicanos admiraba el poder y la modernidad del Coloso del Norte, la arrogancia arraigada racialmente de las fuerzas norteamericanas provocaba unas reacciones nativistas fuertes entre los grupos letrados dominicanos. Al principio, los movimientos nacionalistas a ambos lados de la isla cooperaron en su lucha contra las fuerzas ocupacionales, colaboración fomentada por las buenas relaciones entre los dos países que se habían desarrollado bajo el régimen de Heurieux.²⁵ Por eso, el énfasis en el componente latino de la cultura dominicana primero fue una estrategia para marcar la diferencia con la cultura norteamericana. Sin embargo, poco a poco se convirtió en un instrumento para acentuar la diferencia racial entre dominicanos y haitianos, y desembocó en un rechazo de la cultura afroantillana en general. Esta

²³ Silvio Torres-Saillant, «The Tribulations of Blackness. Stages in Dominican Racial Identity». *Latin American Perspectives* 25, no. 3 (1998): 126-146.

²⁴ Juan R. Valdez, *Tracing Dominican Identity. The Writings of Pedro Henríquez Ureña* (New York: Palgrave MacMillan, 2011), 63 y ss.

²⁵ Bernardo Vega, «Variaciones en el uso del antihaitianismo en la era de Trujillo», ponencia presentada en LASA (Asociación de Estudios Latinoamericanos), Washington, 1995.

tendencia llegó a su extremo bajo el Gobierno de Trujillo, que se centraba en la naturaleza histórica de la identidad nacional del país como una nación no negra.

Esta situación lleva a otras preguntas. Incluso si aceptamos que un antihaitianismo político ha sido un elemento recurrente del nacionalismo dominicano, la pregunta sigue siendo cómo esta tendencia influyó en los dominicanos de a pie, apolíticos. Se ha debatido intensamente sobre esta pregunta en los estudios dominicanos llevados a cabo en las últimas décadas. Muchos historiadores han cuestionado las interpretaciones de la ocupación haitiana como un periodo de opresión en la historia dominicana y han matizado el énfasis en las diferencias entre la nación dominicana de mestizos «españoles» y la república «negra» de Haití. Esos historiadores han demostrado que muchos grupos en la parte hispanohablante apoyaron la unificación con Haití incluso aunque algunos otros no lo hicieran. Este trabajo también demuestra que fue menos un problema nacional cultural que político-económico lo que alejó a las dos naciones hacia los años cuarenta del siglo XIX. En su estudio de la historia de la isla en el siglo XIX, Anne Eller, por ejemplo, se enfoca en la unidad insular que, a sus ojos, caracterizaba la Española en la primera mitad del siglo XIX observando que «la colaboración material y moral por la isla era extensa».²⁶ La unificación de la isla durante 22 años bajo la administración haitiana forjó lazos comerciales y sociales fuertes. También abolió definitivamente la esclavitud en un contexto caribeño en el que el trabajo de los esclavos seguía siendo muy aceptado.

Para Eller, la esclavitud era un tema de crucial importancia para entender la idea popular de raza y nación. Esta autora demuestra que el temor a un restablecimiento de la esclavitud entre los pobres negros y de color de la República Dominicana fue el factor principal en su lucha contra la Restauración española entre

²⁶ Anne Eller, *We Dream Together: Dominican Independence, Haiti, and the Fight for Caribbean Freedom* (Durham/London: Duke University Press, 2016), 180.

1861 y 1865. Por esta misma razón, el Gobierno haitiano apoyó la lucha contra las tropas españolas. El recuerdo de la esclavitud unía a los pobres de ambas partes de la isla. Eller da muchos ejemplos de la arrogancia y del sentimiento de superioridad racial entre las tropas de ocupación españolas. Esta actitud impedía alianzas entre las autoridades españolas y dominicanas, y avivaba el temor a la esclavización entre la población, lo que no es de sorprender teniendo en cuenta el hecho de que en las colonias españolas que quedaban, Puerto Rico y Cuba, la esclavitud seguía existiendo. Eller tiende a ver la guerra contra las tropas españolas principalmente como una lucha contra la posibilidad de reesclavización. Un «universo moral» racialmente determinado entre el campesinado dominicano fue el principal factor de la derrota de las fuerzas de ocupación españolas.²⁷ Quizás esta autora subestime un poco la defensa del campesinado dominicano de su autonomía y de la lucha cibaëña contra los caudillos agrícolas del sur, pero su énfasis en cierto tipo de utopía compartida y de solidaridad racial entre las clases populares haitianas y dominicanas es sugerente. Ayudará a los historiadores a encontrar respuestas alternativas a preguntas difíciles sobre la raza y la nación, y en especial sobre los orígenes y la penetración de los sentimientos antihaitianos en la sociedad dominicana.

Siguiendo la misma línea de reflexión, autores como Vega, Derby y Turits, y yo mismo, se han enfocado en la región fronteriza cuestionando la suposición de una clara separación entre dos sociedades hostiles. Estos autores demuestran hasta qué punto los destinos de la parte oriental y occidental de la isla estaban estrechamente interconectados en el siglo XIX, lo cual desembocó a menudo en una colaboración productiva entre las poblaciones haitianas y dominicanas. Las tensiones políticas y sociales entre los dos países no impidieron unas relaciones fuertes e incluso cordiales entre las élites de ambos países. Los aliados políticos a ambos lados de la frontera colaboraron y sus relaciones fueron armoniosas durante largos periodos. Este fue

²⁷ Eller, *We Dream Together...*, 42-43.

el caso de las élites, pero incluso más de las masas rurales. La situación en la frontera dominico-haitiana aportó argumentos para la convivencia pacífica y colaboradora —aunque nunca aceptada incondicionalmente— de los súbditos de las dos naciones. Esta convivencia en la «zona de contacto» fronteriza se vio violentamente interrumpida por la infame masacre de Trujillo en 1937.²⁸ Turits escribe: «El régimen de Trujillo creó una nueva realidad a través del genocidio que legitimó el ímpetu prolongado del Estado por endurecer y vigilar la frontera». Y concluye que el baño de sangre supuso «la destrucción del mundo fronterizo haitiano-dominicano».²⁹

Se podría añadir que esa masacre también acabó con el debate complejo, pero comprometido, entre los intelectuales haitianos y dominicanos que se había engendrado después de 1865. Muchos miembros de las élites de ambos países eran muy conscientes del destino compartido de sus dos naciones. Balcácer, por ejemplo, cita a Américo Lugo que describe las dos naciones como «copropietarias de una isla que tienen un deber común: conservar la independencia de la isla». Lugo concluye: «Haití es hermano nuestro, unido, como estamos ambos pueblos, por indisolubles vínculos topográficos, etnológicos, agrícolas, industriales, comerciales...».³⁰ La ciudad letrada en los dos países se vio enfrentada con problemas similares. Al mismo tiempo que la migración laboral de los haitianos pobres había impuesto «un estatuto de inferioridad» a los haitianos en la República Dominicana, en Haití existieron guerras

²⁸ Edward Paulino, *Dividing Hispaniola. The Dominican Republic's Border Campaign against Haiti, 1930-1961* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2016).

²⁹ Richard Lee Turits, «A World Destroyed, A Nation Imposed: The 1937 Haitian Massacre in the Dominican Republic», *Hispanic American Historical Review* 82, no. 3 (2002): 635.

³⁰ Juan Daniel Balcácer, «Introducción», en Jean Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1995, pp. xvii-xviii.

raciales y culturales parecidas.³¹ Trouillot, por ejemplo, enfatizó las luchas políticas entre los mulatos y los negros en el siglo XIX.³²

Solo durante la ocupación norteamericana surgió una clara cultura política nacionalista y nativista en Haití que encontró su expresión intelectual en el movimiento *indigéniste*. Este movimiento que se había inspirado en el trabajo de Jean Price-Mars demostró la vitalidad del desarrollo intelectual haitiano.³³ Pretendía acabar con los prejuicios occidentalizados de los políticos haitianos y revalorizar la cultura popular haitiana. A pesar de su énfasis en el valor y la importancia de la cultura afroamericana en la sociedad haitiana, intentó evitar un negrismo de base racial. El libro de Price-Mars sobre las historias contrastantes de Haití y la República Dominicana no solo demuestra las tensiones y las contradicciones existentes entre las tradiciones intelectuales dominicanas y haitianas, sino que también presta atención a la necesidad de un enfoque binacional más integrado de la historia de la isla. Este enfoque se vio claramente dificultado por el hecho de que los dos países pertenecían a diferentes hemisferios lingüísticos (el español frente al francés), pero sería muy necesario un análisis profundo de las conexiones intelectuales y políticas entre los dos países en el periodo 1870-1930.

Trujillo y la concienciación nacional

No cabe duda de que el régimen nacionalista y autoritario de Trujillo desempeñó un papel crucial en la promoción y la consolidación de los sentimientos antihaitianos. El arraigado nacionalismo que se basaba en la idea de una identidad «latina» de

³¹ Jean Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana. Diversos aspectos de un problema histórico, geográfico y etnológico* (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1995), 777.

³² Michel-Rolph Trouillot, *Haiti, State against Nation: The Origins and Legacy of Duvalierism* (New York: Monthly Review Press, 1990), 124-136.

³³ Joseph Celucien L., et al. (eds.), *Between Two Worlds. Jean Price-Mars, Haiti, and Africa* (Lanham: Lexington Books, 2018).

la *dominicanidad* formó un elemento crucial en la ideología que legitimó el régimen, y de forma más específica, en su énfasis en las diferencias entre la República Dominicana y Haití. Trujillo intentó consolidar su poder convenciendo a la población dominicana de sus ideas. Lo hizo de distintas maneras. Lauren Derby recalcó la naturaleza teatral del régimen, que consiguió inculcar con bastante éxito las ideas nacionalistas y antihaitianas en la población. Derby sugiere que el régimen fue una expresión de la cultura política y social dominicana y en particular de su naturaleza clientelista, y que por eso consiguió un apoyo popular considerable. Ya vimos este mecanismo con respecto a la población campesina. El capítulo de Derby sobre el culto mesianístico al Dios Olivorio en Palma Sola demuestra las contradicciones de estas corrientes populares durante el régimen de Trujillo. Recalca que la cultura popular reprodujo las «seducciones» intrusivas y autoritarias del régimen y al mismo tiempo se resistió a ellas. La autora concluye:

El olivorismo se basa en lo mágico de la modernidad incluso al mismo tiempo que lo rechaza, y reimagina la arquitectura del poder de una manera que ofrece un santuario más allá del alcance de un Estado chupasangre, cleptocrático.³⁴

Estas mismas contradicciones y ambigüedades impregnaban los discursos racializados del régimen y la cultura popular que fomentó. Los historiadores tendrán que aceptar estas contradicciones y ambigüedades. Esto implica que pueden hacer énfasis en las políticas racializadas concertadas del régimen y al mismo tiempo hacer hincapié en las formas activas, pero ambiguas y a menudo contradictorias, en las que la población se apropiaba de ellas o las adaptaba. Aceptar estas tensiones y contradicciones no siempre es fácil, como yo mismo he experimentado, pero merece la pena si queremos entender las actitudes raciales en la sociedad

³⁴ Lauren Derby, *The Dictator's Seduction. Politics and the Popular Imagination in the Era of Trujillo* (Durham/London: Duke University Press, 2009), 256.

dominicana de hoy en día. No cabe duda de que el régimen de Trujillo hizo todo lo que pudo para promover y «normalizar» las ideas antihaitianas entre la población dominicana. Lo hizo no solo mediante estrategias prácticas, como por ejemplo una legislación que criminalizaba a los migrantes haitianos y los restringía a las plantaciones azucareras, sino también contratando a intelectuales que pudieran facilitarle una base intelectual para esas ideas.³⁵ Aunque este uso estratégico de los intelectuales ya lo habían aplicado otros regímenes autoritarios, esta instrumentalización concertada y sistemática del trabajo intelectual se puede considerar un elemento único de la dictadura de Trujillo. Trujillo forzó (y pervirtió) el papel de los intelectuales hasta formas de servilismo intelectual sin precedentes.

Los historiadores han debatido sobre los distintos elementos de la colaboración intelectual con el régimen de Trujillo y su ideología antihaitiana «patrocinada por el Estado».³⁶ Está claro que muchos de ellos se vieron con la soga al cuello, al depender económicamente de sus servicios al régimen. Haberse negado a colaborar supondría la ruina financiera y cosas peores. También existen pruebas de que muchos intelectuales apreciaron en un principio el hecho de que las autoridades mostraran interés en su trabajo e incluso les pagaran por llevar a cabo nuevas investigaciones y publicaciones. Varios intelectuales jóvenes como Prestol Castillo y Marrero Aristy redactaron informes sobre la región fronteriza a principios de los años treinta y por conveniencia cerraron los ojos ante el posible fondo político de su trabajo. Ellos escribieron, aparentemente encantados, sus experiencias e interpretaciones. El fuerte nacionalismo del régimen también se tradujo en un apoyo institucional renovado a la escritura y publicación sobre la historia. Esta tendencia contribuyó, por ejemplo, a promover una estrecha

³⁵ Para un análisis temprano ver Franklin J. Franco, «Antihaitianismo e ideología del Trujillato», en Gérard Pierre-Charles (ed.), *Problemas dominicano-haitianos y del Caribe* (México: UNAM, 1973).

³⁶ Ernesto Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic*. Gainesville: University Press of Florida, 2000.

colaboración entre el régimen y Emilio Rodríguez Demorizi, el historiador más prolífico del país, que publicó más de 100 volúmenes sobre la historia dominicana y legitimó de muchas maneras las ideologías antihaitianas.³⁷

Sería demasiado fácil condenar a estos intelectuales simplemente por haber apoyado a un régimen autoritario y asesino. Cada uno de ellos intentó mantener algo de autonomía intelectual en una situación muy represiva. Ellos acariciaron la posibilidad de ejecutar un trabajo intelectual relevante y al mismo tiempo eran conscientes de los riesgos de rechazar las propuestas del Jefe. Quizás sea más interesante analizar los fundamentos de su apoyo. En una breve conversación con Pedro San Miguel al principio del Capítulo 17, sugiero que una gran parte de ese apoyo se podría considerar como el resultado de la eterna contradicción del trabajo intelectual. En general, los políticos y los detentores de poder tienen su propia agenda, que casi nunca coincide y a menudo choca con las meditaciones de los intelectuales. En ese contexto, era tentador aceptar el apoyo de un presidente poderoso a pesar de la obvia contrapartida de pasar a depender del dinero y de los intereses políticos de su régimen. La lucha resultante, tanto política como intelectual, ha sido el principal reto para los intelectuales de la «Era», como por ejemplo Prestol Castillo, Rufino Martínez, R. Emilio Jiménez y Marrero Aristy. Algunos de entre ellos aparentemente no sufrieron esta contradicción, porque vincularon su destino al de Trujillo sin ninguna reserva. Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer son los más conocidos. Describo en el capítulo 15 de qué manera se convirtieron en los principales protagonistas de Trujillo, legitimando sus políticas antihaitianas. Su antihaitianismo contenía una fuerte connotación de racismo en base al cual consideraba a la República Dominicana como una «raza» mestiza, «casi blanca» y se menospreciaba a la población haitiana como representante de los rasgos más primitivos de África y de la raza negra. En estas perspectivas, se

³⁷ Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic*, 54-55; y Silvio Torres-Saillant, «The Tribulations of Blackness. Stages in Dominican Racial Identity». *Latin American Perspectives* 25, no. 3 (1998): 133.

presentaba el antihaitianismo como la lucha legítima de los campesinos dominicanos contra el continuo «imperialismo» haitiano, primero personificado por los ejércitos haitianos en el siglo XIX, y luego, en el siglo XX, por los migrantes haitianos.

La cuestión es hasta qué punto la plétora de la propaganda nacionalista, antihaitiana bajo Trujillo ha conseguido adoctrinar fundamentalmente a la población dominicana, entonces y ahora. Esta cuestión ha sido objeto de debates acalorados. Algunos concluyeron que las ideas antihaitianas dominicanas inculcaron en la población un fuerte racismo que rechazaba todo lo que tuviese que ver con la cultura haitiana o afroamericana, en general. Se considera que el racismo tiene dos caras. Por un lado, la negación y el rechazo de la herencia afroamericana por parte de la población dominicana. El hecho de que los dominicanos se refieran a sus características somáticas como «indias» se suele considerar como el principal ejemplo de este blanqueo. Por otro lado, el racismo dominicano se expresaría en su antihaitianismo en base al cual lo «negro» y la herencia africana de la población haitiana se presentarían como algo fundamentalmente distinto de la sociedad dominicana. En este sentido, la ideología pasó a ser un elemento integrante del nacionalismo dominicano. Los dominicanos se convirtieron en «constitucionalmente blancos», tal y como observó Moscoso Puello de forma tan mordaz (ver capítulo 17).

Es sabido que estas interpretaciones son muy difíciles de evaluar, pero muchos estudios confirman la prevalencia de prejuicios con una base racial entre la población dominicana. David Howard lo hizo basándose en una investigación cuantitativa en la capital.³⁸ Ernesto Sagás analizó las fuentes históricas y se enfocó en la «manipulación política» del antihaitianismo para llegar a la misma conclusión. Observó que la unicidad del racismo dominicano reside en el hecho de que se basa en una amenaza externa. Así pues, el antihaitianismo simplemente se desarrolló como la expresión local de ideas racistas más generales que prevalecen en el Caribe

³⁸ David Howard, *Coloring the Nation. Race and Ethnicity in the Dominican Republic* (Oxford: Signal Books, 2001).

hispanico.³⁹ Ginetta Candelario sacó conclusiones similares de su investigación etnográfica llevada a cabo tanto en Santo Domingo como en Nueva York.⁴⁰ Aunque estos autores apunten a distintos orígenes —la historia colonial, el nacionalismo del siglo XIX o las ideologías de Trujillo y Balaguer del siglo XX—, sus estudios hacen hincapié de una forma u otra en la visión racista presente tanto en la cultura popular como elitista.

En ese contexto, muchos autores han apuntado a la exclusión estructural de los haitianos y dominicanos de ascendencia haitiana en la sociedad dominicana. Esta actitud se refleja jurídicamente en la denegación estructural por parte del Gobierno dominicano —en contra de sus propias leyes constitucionales, que enfatizan el *ius soli*— de la ciudadanía dominicana a sus residentes haitianos de larga duración y a sus descendientes. La Suprema Corte de Justicia de la República Dominicana rechazó un fallo unánime emitido por la Corte Interamericana de Derechos Humanos en 2005. Después de un periodo de debates acalorados, incluso emitió un fallo en 2013, que no solo denegó de hecho la ciudadanía a residentes dominicanos de ascendencia haitiana, sino que también lo hizo de forma retroactiva desde 1929 en adelante. Esto no solo afectó a la posición legal de muchos dominicanos con ancestros haitianos, sino que también desembocó en la deportación de 70,000 a 80,000 personas y creó inseguridad y terror entre cientos de miles de descendientes de haitianos en el país. A raíz de las reacciones acaloradas y a menudo muy racistas provocadas por este fallo, muchos observadores llegaron a la conclusión de que estas políticas y fallos encontraron un fuerte apoyo en la cultura popular dominicana.

Ciertos autores, como Eller, Paulino, Yunén, Turits, Derby y yo mismo, tienden a presentar una perspectiva alternativa. En esta perspectiva, los prejuicios raciales y antihaitianos de la población dominicana son mucho menos generalizados y persistentes de lo que nos quieren hacer creer los autores mencionados antes.

³⁹ Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic*, 212.

⁴⁰ Candelario, *Black Behind the Ears. Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops*. Durham and London: Duke University Press, 2007.

Coinciden en su énfasis en las numerosas relaciones sociales y económicas existentes desde hace tiempo entre los dos países. No es casualidad que, como ya vimos, muchas de sus investigaciones se hayan enfocado en la región fronteriza donde esas relaciones han sido históricamente fuertes. Para ellos, las ideas y los sentimientos antihaitianos entre los dominicanos sobre los haitianos difieren según el grupo, la época y el lugar. Por ejemplo, las historias orales o las entrevistas con campesinos mayores llevadas a cabo en los años ochenta y noventa del siglo XX por Richard Turits y Lauren Derby por el país no aportaron muchas pruebas de sentimientos nacionalistas o antihaitianos fuertes. De hecho, muchos de ellos reconocerían enseguida que Trujillo hizo muchas cosas buenas por la población agrícola, pero condenaron tajantemente la masacre de los haitianos en 1937.⁴¹

Aunque estos autores coinciden en esta interpretación general, sus argumentos presentan capas levemente distintas. Paulino, por ejemplo, intenta explícitamente «demoler la metanarrativa (o mentira) imperante de que el antihaitianismo se ha convertido en un elemento constante en la cultura y la política dominicanas desde el siglo XIX».⁴² Otros intentan entender estas ideas como el resultado de un proceso histórico y se enfocan en la historia moderna para cuestionar la idea de un racismo dominicano imperante y para indicar su variación y carácter histórico. Algunos han señalado el apoyo popular masivo al candidato presidencial «negro» Peña Gómez en varias elecciones presidenciales consecutivas en los años noventa del siglo XX a pesar de las campañas virulentas por parte de sus adversarios que hacían hincapié en la ascendencia haitiana del candidato. Otros apuntan a expresiones más generales de solidaridad entre personas con distintas características raciales, y también entre los ciudadanos dominicanos y haitianos. Apuntan a las relaciones diarias coloquiales entre dominicanos y haitianos

⁴¹ Turits, comunicación personal.

⁴² Edward Paulino, *Dividing Hispaniola. The Dominican Republic's Border Campaign against Haiti, 1930-1961* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2016), 2.

en muchas zonas rurales del país. Recalcan la solidaridad dominicana masiva con Haití después del terremoto devastador de 2010. Incluso el debate acalorado en torno a la ciudadanía de los dominico-haitianos podría ser un argumento a favor de esta visión. Al contrario del claro odio racial que provocó, también promovió la solidaridad y las expresiones de apoyo a las víctimas de esas medidas entre la población dominicana. Incluso Ginetta Candelario con su énfasis en la negrofobia dominicana demuestra hasta qué punto los instrumentos y las categorías que utilizan los dominicanos para autoidentificarse son poco fiables, contradictorios y ambivalentes. Basándose en su investigación entre los dominicanos en EE. UU., esta autora concluye que la ambigüedad estratégica definía la autorrepresentación dominicana y que solo un análisis de las prácticas concretas puede desembocar en una comprensión total de los significados raciales y de las prácticas efectuadas.⁴³

Un número creciente de autores han observado que la migración masiva dominicana a EE. UU. ha cambiado la forma en que piensan los dominicanos y la forma en que perciben la raza y la diferencia racial. La internalización de los esquemas mentales norteamericanos que dividen de forma mucho más simple a la sociedad en blancos y negros, sin diferenciar los múltiples matices y capas existentes en los países latinoamericanos, ha cambiado las percepciones raciales dominicanas.⁴⁴ La dirección de este cambio es menos clara. David Howard observa que los migrantes tienden a hacerse más nacionalistas. En el contexto de este «nacionalismo a larga distancia», tal y como lo denomina Benedict Anderson, según Howard, los migrantes defendieron a capa y espada la soberanía dominicana, sobre todo en el contexto de las relaciones con Haití.⁴⁵ Sin embargo, otros autores hacen hincapié en que vivir en

⁴³ Candelario, *Black Behind the Ears. Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops* (Durham and London: Duke University Press, 2007).

⁴⁴ Silvio Torres-Saillant, *El retorno de las yolas. Ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad* (Santo Domingo: La Trinitaria-Manatí, 1999).

⁴⁵ David Howard, *Coloring the Nation. Race and Ethnicity in the Dominican Republic* (Oxford: Signal Books, 2001), 114-115.

EE. UU. ha aportado a muchos dominicanos nuevas perspectivas que no solo suelen promover una identidad latina, sino también sentimientos de solidaridad con los haitianos. Sus esquemas mentales cambiaron en EE. UU. donde las clasificaciones raciales tienden a ser más rígidas y donde tanto la población afroamericana como latina sufre discriminación y exclusión.⁴⁶ Algunos autores latinos, en especial los que residen en EE. UU., llegaron a la conclusión de que la sociedad dominicana debe aceptar su identidad como afroamericana y poner fin a «la eliminación simbólica de lo negro del Archivo de la Dominicanidad», tal y como afirma García-Peña.⁴⁷

Muchos de estos debates empezaron o florecieron después de que yo escribí mis artículos sobre la región fronteriza y las relaciones entre Haití y la República Dominicana. Aunque los hechos históricos no han cambiado en los últimos cuarenta años, su interpretación y los debates en torno a ellos sí que obviamente han cambiado. Lo anterior deja claro que los debates entre historiadores y científicos sociales en torno a estos temas se han intensificado y que han surgido nuevas visiones e ideas en la historiografía dominicana, tanto dentro como fuera del país.

El género y las relaciones hombre-mujer

Todo ello me lleva al último tema en el que quiero hacer hincapié en esta introducción: el papel de la mujer en la historia dominicana y la importancia de una perspectiva de género para la historiografía dominicana. Mi trabajo de campo en el sector tabacalero en la región de Villa González me convenció de la necesidad de entender mejor las relaciones hombre-mujer en la República Dominicana y en Latinoamérica en general. Cuando los historiadores escribían sobre los campesinos o los trabajadores, a menudo solo se referían

⁴⁶ Jorge Duany, «Transnational Migration from the Dominican Republic: The Cultural Redefinition of Racial Identity». *Caribbean Studies* 29, no. 2 (1996): 253-282.

⁴⁷ Lorgia García-Peña, *The Borders of Dominicanidad. Race, Nation and Archives of Contradiction* (Durham-London: Duke University Press), 2016, 55.

a los hombres, que se suponía que eran los cabezas de unas familias, que apenas tenían visibilidad. Esta situación ha cambiado progresivamente en las últimas décadas del siglo XX. Este cambio ha sido en parte el resultado de una tendencia mundial que se puso en marcha para prestar más atención al papel de la mujer en los procesos productivos y como agentes políticos. En la República Dominicana, las actividades y las publicaciones del Centro de Investigación para la Acción Femenina (CIPAF), fundado en 1980, contribuyeron a promover este nuevo interés por el feminismo y por los estudios de mujeres. Al mismo tiempo, la academia dominicana fue testigo de un rápido aumento de mujeres universitarias, de las cuales muchas estudiaron (parcialmente) en EE. UU. y lucharon por conquistar un puesto en la historiografía dominicana.

En primer lugar, estas investigaciones sobre la historia de las mujeres se enfocaron en los procesos sociales y económicos. Como ejemplo podría mencionarse la recopilación de artículos editados por Ramonina Brea, Rosario Espinal y Fernando Valerio-Holguín.⁴⁸ En un artículo corto, Neici Zeller, por ejemplo, recalca el aumento de la participación femenina en el mercado laboral como resultado de las reformas económicas bajo el régimen de Trujillo. Esta autora muestra de qué manera el régimen sacó ventaja de «la participación masiva y tradicional [de la mano de obra femenina] en el sector agro-industrial».⁴⁹ Esta participación aumentó enormemente en el periodo de Trujillo, no tanto como resultado de la política emancipadora o social del régimen, sino porque las mujeres suponían presentar una mano de obra barata y fácil de manipular para sus ambiciones agrícolas e industriales. Las conclusiones de Zeller son matizadas. Por una parte, observa que el régimen creó varias disposiciones sociales, como ayuda durante el

⁴⁸ Ramonina Brea, Rosario Espinal, y Fernando Valerio-Holguín (eds.). *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social* (Santiago: PUCMM, 1999).

⁴⁹ Neici Zeller, «El régimen de Trujillo y la fuerza laboral femenina en la República Dominicana, 1945-1951», en Ramonina Brea, Rosario Espinal, y Fernando Valerio-Holguín (eds.). *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI*, 429-444.

embarazo y la lactancia, que contribuyeron a la incorporación de la mujer en el mercado laboral. Al mismo tiempo, la participación de la mujer en el mercado laboral siempre fue precaria y cuando las nuevas tecnologías expulsaron a parte de los trabajadores, las jóvenes que acababan de entrar fueron las primeras en despedir. De esta manera, la modernización no cambió la explotación y la exclusión estructurales de la mujer. Otros estudios llegaron a la misma conclusión sobre el trabajo de la mujer y de los niños en el amplio sector de la agricultura de subsistencia. E incluso, cuando se extendía al procesamiento artesanal de productos agrícolas, por ejemplo, la producción de puros, el trabajo de la mujer siguió siendo precario y mal pagado.

Un segundo campo de interés dentro de la historia de la mujer se refiere a la posición de las mujeres de la élite y de la clase media urbana, y a su participación en la sociedad. Tradicionalmente, el rostro femenino de la historia dominicana fue más visible entre las élites dominicanas en las que la mujer desempeñó un papel importante no solo apoyando la presencia masculina en la sociedad como esposas y madres, sino también en las obras sociales y de caridad. Los proyectos sociales tradicionales de las mujeres de la élite rural, que promovían cierta educación básica para los niños campesinos pobres, se podrían considerar como un ejemplo de estos tipos de actividades. Tanto en la cultura popular como elitista la mujer fuerte *detrás* del marido se hizo proverbial. Sin embargo, esta posición ambigua y contradictoria de la mujer en la sociedad dominicana no ha sido objeto de estudio académico hasta hace relativamente poco. Teresita Martínez-Vergne dedicó un capítulo a la posición de la «mujer burguesa» en su estudio sobre San Pedro de Macorís.⁵⁰ Lo hizo analizando la narrativa literaria de ese periodo y las imágenes estereotipadas de las mujeres que presentaban. La última parte de su capítulo se enfoca en las estrategias de mujeres concretas para hacerse con un lugar más o menos autónomo en la sociedad. En algunas zonas, la estrategia tradicional de la mujer

⁵⁰ Teresita Martínez-Vergne, *Nation & Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005).

reclamando una posición moral más alta les permitió participar en programas sociales y en el sistema social público que formaban parte de la búsqueda de la modernidad de las élites dominicanas.

Estas actividades iban acompañadas de una presencia más articulada de la mujer en la vida social y pública durante la primera mitad del siglo XX. Como las mujeres eran especialmente activas en la educación, donde mejor se vio reflejada esa presencia fue en el activismo de las maestras. Martínez-Vergne aporta una serie de ejemplos de maestras que defendieron públicamente sus derechos y se resistieron al patronato de los hombres.⁵¹ La reacción de los políticos consistió en posicionar a esas mujeres rebeldes «fuera» de la sociedad y en negarles la ciudadanía de hecho. La autora escribe:

Al negar a las mujeres (...) la capacidad de promover el objetivo de desarrollo nacional bajo su propia responsabilidad, los hombres burgueses del Santo Domingo del cambio de siglo monopolizaron efectivamente la ciudadanía.⁵²

Sin embargo, debemos tener cuidado en no ignorar las tendencias más inclusivas hacia la ciudadanía femenina. Así pues, April Mayes debate sobre la influencia decisiva de las ideas del educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos a principios del siglo XX.⁵³ Él creía en la necesidad de la modernización social y por eso recalcó la importancia de educar tanto a hombres como a mujeres. Su «paternalismo liberal» desembocó, en opinión de Mayes, en una nueva capacidad de actuar de la mujer de todas las clases sociales y de todos los colores, en especial en el ámbito de la educación. Sin embargo, sus orígenes paternalistas y elitistas sentaron al mismo tiempo las bases de un conservadurismo moral y racial cuando, durante y después de la ocupación de EE. UU., estos ideales de

⁵¹ Martínez-Vergne, *Nation & Citizen in the Dominican Republic...*, 123.

⁵² *Ibidem*, 125.

⁵³ April J. Mayes, «Why Dominican Feminism Moved J. to the Right: Class, Colour and Women's Activism in the Dominican Republic, 1880s-1940s». *Gender and History* 20, no. 2 (2008): 349-371.

elevación de la mujer se conectaron con imágenes del nacionalismo y la Hispanidad. Finalmente, la Acción Feminista Dominicana (AFD) terminó apoyando al régimen de Trujillo y luchando con entusiasmo por proteger la pureza de la cultura dominicana y de la religiosidad católica. De esta manera, se borraron de la memoria las formas más inclusivas de la capacidad de actuación de la mujer a principios del siglo XX.

En un estudio reciente, Elizabeth Manley hace un seguimiento de este debate sobre la posición de la mujer bajo la «política paternalista» de Trujillo y Balaguer. Al igual que Derby, esta autora presta atención a la relación peculiar entre los regímenes autoritarios masculinos y la mujer dominicana. La incorporación de activistas feministas y de mujeres profesionales a estos regímenes redujo su autonomía, pero al mismo tiempo ofreció ciertos espacios nuevos para la articulación femenina. Lo anterior se puede entender como una paradoja más general de la masculinidad latinoamericana, donde el control autoritario y a veces violento coexiste con la veneración de la madre y el ensalzamiento de los valores femeninos. Sin embargo, Manley sugiere que es sobre todo una expresión de un proyecto político que se orientaba hacia una modernización parcial de la sociedad, y que aspiraba a una modernidad económica sin causar conflictos sociales. Estas políticas supusieron un avance del papel de la mujer en ciertos ámbitos de la sociedad y de la política, y por consiguiente «implantaron paradójicamente una superestructura que mantenía una idea tradicional de las aptitudes innatas de la mujer como figura pública maternal».⁵⁴ Esta perspectiva contradice en cierto sentido los análisis de Derby sobre el carácter masculino de la dictadura de Trujillo que «consumía» a las mujeres para ganar autoridad y respeto tanto entre hombres como entre mujeres.⁵⁵ Sin embargo, ambos estudios

⁵⁴ Elizabeth S. Manley, *The Paradox of Paternalism. Women and the Politics of Authoritarianism in the Dominican Republic* (Gainesville: University Press of Florida, 2017), 4-5.

⁵⁵ Lauren Derby, *The Dictator's Seduction. Politics and the Popular Imagination in the Era of Trujillo* (Durham-London: Duke University Press), 2009, 111 y ss.

recalcan las maneras diferentes y peculiares en que el régimen reprimió, abusó y ensalzó el cuerpo femenino en la sociedad dominicana. Al final, estas políticas autoritarias desembocaron tanto en la subordinación de la mujer y de los movimientos de mujeres, como en la creación de espacios que serían la base de la lucha de la mujer por la emancipación y la democracia.

En este enfoque historiográfico en las mujeres burguesas cultas no debemos olvidar que la sociedad y la economía dominicanas dependían en gran parte de las mujeres pobres. Martínez-Vergne observa que hacia el cambio de siglo tanto las lavanderas y marchantes, como las mujeres de los mercados y las prostitutas desempeñaron un papel crucial en la sociedad urbana dominicana. Eran una presencia igual de habitual en la sociedad dominicana que las mujeres burguesas. Por supuesto, lo mismo se podría afirmar sobre las mujeres del campo. Como ya vimos, el trabajo de la mujer fue decisivo en la expansión de la producción agrícola en el país. Las vidas de esas mujeres trabajadoras se desarrollaban muy lejos de las luchas de género dentro de las élites, pero a su manera, ellas se labraban sus espacios de autonomía. Aunque normalmente no hacían más que intentar mejorar levemente sus condiciones laborales y vitales, al hacerlo ellas dieron una respuesta a la represión y crearon una especie de «ciudadanía» femenina.

Las vidas de esas mujeres apenas están documentadas y por eso a los historiadores les resulta difícil escribir su historia «desde dentro». Yo intenté abordar ese problema utilizando la historia oral y entrevistando tanto a hombres como a mujeres rurales. Se puede considerar el capítulo 10 como un resultado de esa investigación, en la que presento la historia de la vida de una campesina del Cibao para entender de forma más general la posición de la mujer rural en la economía tabacalera cambiante y para entender sus propias imágenes de género. Esas imágenes eran igual de ambiguas y paradójicas que las de las mujeres de la élite. Se trata de un campo que precisa muchas más investigaciones, que no solo se enfoquen en la mujer y en las perspectivas femeninas, sino también en los hombres y en la masculinidad. Únicamente podremos

entender el atractivo de los líderes autoritarios como Trujillo, así como la sociedad, la migración y la política en general, si entendemos también las visiones populares de la cultura masculina y las complejidades de conceptos como el *tíguere* dominicano.⁵⁶

Las relaciones hombre-mujer están plagadas de ambigüedades en todas las sociedades con enormes diferencias a veces entre las «reglas» y las prácticas diarias. Esas reglas y prácticas cambian constantemente. En la República Dominicana, la migración, el turismo y la creciente importancia de las redes sociales constituyeron los factores más importantes dentro de esos cambios.⁵⁷ Retrocediendo a los contrastes entre la casa (donde reinan las mujeres) y la calle (el dominio de los hombres), Brea y Duarte intentaron cartografiar el papel cambiante de la mujer en la sociedad dominicana y la presencia femenina creciente en la política dominicana. Concluyeron que, a pesar de esos cambios, «la figura del paternalismo, es decir, de un poder masculino» sigue siendo predominante en la sociedad dominicana.⁵⁸ En el capítulo 18, he intentado debatir sobre esos cambios que estaban íntimamente conectados con la migración masiva de los dominicanos a EE. UU. Además de muchas otras consecuencias, la migración cambió las imágenes y subjetividades sobre el género entre las familias migrantes y a su vez también cambió las relaciones de género dentro de la República Dominicana.⁵⁹ De esta manera, mi investigación ha intentado matizar las

⁵⁶ Christian Krohn-Hansen, «Masculinity and the Political among Dominicans: "The Dominican Tiger"», en Marit Melhuus, y Kristi Anne Stolen (eds.), *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting Power of Latin American Gender Imagery* (London-New York: Verso, 1996).

⁵⁷ Rosario Espinal, Jonathan Hartlyn, y Jana Morgan, «Democracia y género en la República Dominicana». *Political Science Publications and Other Works* (2005). Consultado en http://trace.tennessee.edu/utk_polipubs/8.

⁵⁸ Ramonina Brea, e Isis Duarte, *Entre la calle y la casa. Las mujeres dominicanas y la cultura política a finales del siglo XX* (Santo Domingo: Profamilia, 1999), 154.

⁵⁹ Para un análisis temprano ver Sherri Grasmuck, y Patricia R. Pessar, *Between Two Islands. Dominican International Migration* (Berkeley: University of California Press, 1991).

imágenes estereotipadas y ahistóricas tanto del servilismo de la mujer como de la autoridad y del dominio del hombre. Yo creo que solo aceptando esas contradicciones y ambigüedades podemos albergar la esperanza de entender realmente las relaciones hombre-mujer en la sociedad dominicana y llegar a un análisis de género real del cambio social en el país.

Reflexiones finales

En esta introducción he intentado debatir algunas de las perspectivas e ideas históricas que se formularon después de que yo escribiera los ensayos recopilados en este volumen, aunque ni mucho menos den una visión exhaustiva. He intentado analizar temas que están conectados con los ensayos de este volumen y he seleccionado cuatro temas: la sociedad rural y la posición de las familias campesinas, el papel de los intelectuales dominicanos en el régimen de Trujillo, el tema del antihaitianismo y de la raza, y, finalmente, la posición de la mujer y las relaciones de género en general.

Al ver todos estos artículos juntos, me doy cuenta de que mi trabajo tuvo dos perspectivas interrelacionadas como punto de partida. Empecé la investigación como un intento más o menos tradicional de averiguar y entender la «realidad» histórica basándome en la investigación en archivos. Quería entender la transformación social y económica de la República Dominicana en el periodo comprendido entre 1870 y 1930, así como sus consecuencias para la sociedad. A medida que iba trabajando me iba convenciendo, sin embargo, de que esas consecuencias no eran solo sociales y económicas, sino también ideológicas y políticas. Luego me di cuenta de que era sumamente importante entender no solo las prácticas sociales y políticas, sino también las *metanarrativas* discursivas en las que se basaban. Tanto esas prácticas como los discursos son procesos históricos. Se fundamentan en el contexto histórico cambiante de la sociedad y de la política dominicanas y se deben estudiar como tal.

En segundo lugar, estoy convencido de que una historia social verídica, entendida como la historia de la sociedad, debe entender

cómo esos procesos históricos se reflejaban en las vidas diarias de la población dominicana. Podemos utilizar la palabra «cotidianidad» para estas prácticas diarias y discursos que estructuran y dan sentido a las vidas de millones de dominicanos, independientemente de si viven en el campo o en la ciudad, si son ricos o pobres, si viven en el este o en el oeste del país. Para entender esta cotidianidad, tenemos que desarrollar una mirada etnográfica que nos permita entender de forma detallada la realidad vivida por los distintos grupos sociales. Hice hincapié en esta perspectiva dentro de mi análisis de la sociedad campesina del Cibao en el que intenté entender la lógica de la existencia campesina y las interpretaciones locales del Estado y la sociedad. Ahora bien, esta perspectiva es igual de importante en el análisis de las relaciones de raza y género, y en la traducción popular, la *vernacularización*, de las políticas y discursos estatales. Este tipo de investigación puede producir conocimientos empíricos fundamentados y al mismo tiempo una concienciación de las ambigüedades y paradojas históricas. A veces puede resultar complejo o frustrante, pero es la única manera de enfrentarse con las implicaciones y las consecuencias de la transformación histórica en la sociedad dominicana.

Al final de esta introducción, me gustaría abordar un tema más, que se aparta un poco de los contenidos de este volumen y que es más bien una reflexión sobre el encuentro de culturas académicas e intelectuales diferentes, que ha sido un elemento recurrente en mi vida académica y que se ha convertido en una característica permanente de la academia globalizada de hoy en día. Cuando fui por primera vez a la República Dominicana, yo era un estudiante joven con un interés vago y desarticulado por la República Dominicana basado en las conversaciones con mi tutor, el difunto Harry Hoetink, y en varios meses de lecturas en la biblioteca de CEDLA. Entré en contacto con un mundo extraño y desconocido que poco a poco fui descubriendo. Lo llegué a conocer mejor y finalmente me enamoré de él. Mi carrera académica fue avanzando y finalmente llegué a ser catedrático en estudios latinoamericanos y director de CEDLA, el Centro de Estudios de Latinoamérica de la Universidad de Ámsterdam. En ese momento sentí la necesidad de reflexionar

sobre la extraña confluencia de los mundos, las perspectivas y las ideas que habían formado parte de mi carrera.⁶⁰ Muchos amigos y colegas dominicanos me ayudaron más de lo que me hubiese podido imaginar, no solo en las fases tempranas de mi carrera, sino también después. Los académicos siempre sienten la necesidad de comprobar sus ideas y datos con sus colegas y yo aprendí mucho de los consejos y sugerencias que recibí. A veces me topé con resistencia originada por la desconfianza o sentimientos de competencia. Estos sentimientos se reducían a una sola pregunta: «¿Por qué está estudiando usted nuestra sociedad y nuestra historia?». No es fácil responder a esta pregunta. Obviamente es una pregunta importante y justificada en un mundo determinado por el colonialismo y las desigualdades profundas, no solo en las condiciones de vida de las personas, sino también en las facilidades para la investigación y el trabajo intelectual.

El trabajo académico se concibe de forma diferente en las distintas partes del mundo. Nosotros, los académicos «de fuera», hacemos «trabajo de campo», hablamos con colegas locales, leemos y copiamos documentos y volvemos a nuestras universidades o institutos para escribir nuestros textos en base al material recopilado. Mis colegas dominicanos se encuentran en una situación muy distinta. Viven y trabajan en una sociedad con la que están familiarizados desde pequeños. Los problemas económicos y la inseguridad financiera les suelen obligar a buscar un equilibrio difícil entre la investigación y la supervivencia económica. A menudo tienen dos o tres empleos y se ven obligados a realizar todo tipo de actividades remuneradas de manera que les distraen del trabajo académico. Los fondos para investigación son sumamente escasos, los libros procedentes del extranjero son caros y las bibliotecas están incompletas.

⁶⁰ Michiel Baud, «Intelectuales y sus utopías. Indigenismo y la imaginación de América Latina», en *Cuadernos del CEDLA*, 12 (Amsterdam: CEDLA, 2003). Consultado en http://www.cedla.uva.nl/50_publications/pdf/cuadernos/cuad12.pdf

Soy consciente de que muchos de los trabajos más recientes sobre los que he debatido en esta introducción, se publicaron fuera de la República Dominicana, en muchos casos en inglés. Esta constatación no se debe interpretar de ninguna manera como un menosprecio a la historiografía dominicana, sino que se debe considerar como una indicación de la desigualdad internacional a nivel académico. Las publicaciones dominicanas a menudo no se distribuyen como las de las grandes editoriales y revistas internacionales, y es difícil acceder a ellas desde el extranjero. Esta situación limita el impacto de estas publicaciones fuera de las propias fronteras nacionales. Tal vez el incremento de publicaciones de acceso abierto ayude a superar un poco estas diferencias. El proyecto monumental de *La historia general del pueblo dominicano* puede ser un buen ejemplo. Sus seis volúmenes son un testimonio de la riqueza y la vitalidad de la historiografía dominicana y desde hace poco están disponibles de forma gratuita en formato digital (academiadominicanahistoria.org.do).

La prominencia de la bibliografía y de los debates en EE. UU. quizás tenga otros orígenes. También puede ser un reflejo de las tendencias en la historiografía dominicana, tanto dentro como fuera del país. Dentro del país, puede ser que la historia haya perdido el impulso y el momento que tenía en las últimas décadas del siglo XX. No hace tanto tiempo, Roberto Cassá⁶¹ sugirió que la escritura de la historia en la República Dominicana se había visto menguada en el curso de la última década. Es posible que la falta de una nueva generación de historiadores en el país esté relacionada con el hecho de que una gran parte de la población dominicana vive actualmente en EE. UU. o por lo menos ha tenido acceso a sus servicios educativos. Unos dos millones de personas con nacionalidad dominicana, o antepasados dominicanos, viven y trabajan hoy en día en EE. UU. Una parte considerable de la historiografía dominicana actual corre

⁶¹ Roberto Cassá, “No estamos en el mejor momento de producción”, *Listín Diario*, 2017; <https://listindiario.com/la-republica/2017/07/17/474396/roberto-cassa-no-estamos-en-el-mejor-momento-de-produccion>

a cargo de historiadores dominicanos que viven en EE. UU. o que están muy conectados con la academia de EE. UU.

Esta situación ha cambiado, como vimos, la imagen que la población dominicana tiene de sí misma y de la nación, dentro y fuera de los límites geográficos del país. También ha cambiado el equilibrio en la escritura de la historia. En EE. UU. surgió una generación más joven de historiadores —y, se podría añadir—, más diversa, especialmente en cuanto al género. Estos jóvenes historiadores e historiadoras se han beneficiado de las oportunidades existentes de educación y de mayores facilidades para la investigación. En este sentido, ha nacido una historiografía dominicana «transnacional» en la que investigadores procedentes de distintas posiciones y mundos académicos participan en los mismos debates. Esta situación ha desembocado en nuevos debates históricos con temas diferentes y perspectivas alternativas, y a menudo también con formas distintas de compromiso (transnacional).

Escribiendo este texto en los Países Bajos, a miles y miles de kilómetros de la República Dominicana, solo puedo reconocer la realidad de estas desigualdades y diferencias. Puedo verlas, reflexionar sobre ellas, pero no las puedo cambiar aquí y ahora. Queda mucho trabajo histórico por hacer y constato con gran entusiasmo la energía y la creatividad con la que los historiadores e historiadoras jóvenes, tanto de dentro como de fuera de la República Dominicana, están explorando temas y perspectivas nuevos. En mi trabajo he intentado desarrollar una interpretación empática, social y humanística de la historia dominicana y de la gente que la hizo. Soy consciente de que en muchos sentidos sigo siendo un *outsider* (forastero), pero espero de verdad que mi visión haya contribuido de forma útil a entender un poco más la rica historia de esta maravillosa sociedad.

Michiel Baud, mayo de 2020

Me gustaría agradecer a Rosario Espinal, a Gert Oostindie y a Richard Turits por sus comentarios tan meditados sobre las versiones anteriores de esta introducción.

ACERCA DE LOS CAPÍTULOOS

Los trabajos que contiene este libro fueron publicados originalmente según se presenta a continuación:

Capítulo 1: «Una economía sumergida: Producción de tabaco en la Española, 1500-1870». Publicado originalmente en inglés como: «A colonial counter economy: tobacco production on Española, 1500-1870», *Nieuwe West-Indische Gids-New West Indian Guide* 65, n.ºs 1 y 2 (1991): 27-49.

Capítulo 2: «Transformación capitalista y regionalización en la República Dominicana, 1875-1920». Publicado originalmente en: *Investigación y Ciencia* 1, no. 1 (Enero-Abril 1987): 17-45.

Capítulo 3: «Luchas por la autonomía: La resistencia campesina al capitalismo en la República Dominicana, 1870-1924». Publicado originalmente en inglés como: «The struggle for autonomy: Peasant resistance to capitalism in the Dominican Republic, 1870-1924», en Malcolm Cross, y Gad Heuman (eds.), *Labour in the Caribbean. From Emancipation to Independence* (London-Basingstoke: MacMillan, 1988), 120-140.

Capítulo 4: «El azúcar y el trabajo cautivo. Reflexiones sobre el control laboral en la República Dominicana, 1870-1935». Publicado originalmente en inglés como: «Sugar and unfree labour: Reflections on labour control in the Dominican Republic, 1870-1935», *Journal of Peasant Studies* 19, no. 2 (Enero 1992): 301-325.

Capítulo 5: «Una Frontera-refugio: Dominicanos y Haitianos contra el Estado (1870-1930)». Publicado originalmente en: *Estudios Sociales* 26, no. 92 (Abril-Junio 1993): 39-64.

Capítulo 6: «Una Frontera para cruzar: La sociedad rural a través de la frontera Dominicana-Haitiana (1870-1930)». Publicado originalmente en: *Estudios Sociales* 26, no. 94 (Octubre-Diciembre 1993): 5-28.

Capítulo 7: «El tabaco dominicano y el comercio alemán y, 1884-1940». Publicado originalmente en inglés como: «German Trade in the Caribbean: The Case of Dominican Tobacco, 1844-1940», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas* 25 (1988): 83-115.

Capítulo 8: «La huelga de los tabaqueros, Santiago, 1919. Un momento de la lucha obrera en la República Dominicana». Publicado originalmente en: *Estudios Sociales*, 23, no. 81 (Julio-Septiembre 1990): 3-19.

Capítulo 9: «La gente del tabaco: Villa González en el siglo veinte». Publicado originalmente en: *Ciencia y Sociedad* 9, no. 1 (Enero-Abril 1984): 101-137.

Capítulo 10: «Patriarchy and Changing Family Strategies: Class and gender in the Dominican Republic». Publicado originalmente en inglés como: *The History of the Family. An International Quarterly* 2, no. 4 (1997): 355-377.

Capítulo 11: «Intelectuales, nación y modernidad en la República Dominicana». Publicado originalmente en: Francisco Colom González (ed.) *Relatos de Nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico* (Madrid/Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2005); pp. 933-54

Capítulo 12: «Ideología y campesinado: El pensamiento social de José Ramón López». Publicado originalmente en: *Estudios Sociales* 19 no. 64 (Abril-Junio 1986): 63-81.

Capítulo 13: «En busca de la modernidad: políticas tecnocráticas en la República Dominicana». Publicado originalmente en inglés como: «The Quest for Modernity: Latin American Technocratic Ideas in Historical Perspective», en Miguel A. Centeno and Patricio Silva (eds.), *The Politics of Expertise in Latin America* (Basingstoke: MacMillan, 1998), 13-35.

Capítulo 14: «Un permanente guerrillero: El pensamiento social de Ramón Marrero Aristy (1913-1959)». Publicado originalmente en: Raymundo González, Michiel Baud, Pedro L. San Miguel, Roberto Cassá (eds.), *Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX* (Madrid-Santo Domingo: Ed. Doce Calles-Academia de Ciencias de Dominicana, 2000), 181-212.

Capítulo 15: «Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer y la identidad nacional dominicana». Publicado originalmente en inglés como: «"Constitutionally White": The Forging of a National Identity in the Dominican Republic», en Gert Oostindie (ed.), *Ethnicity in the Caribbean. Essays in Honor of Harry Hoetink* (London-Basingstoke: MacMillan, 1996), 121-151; reproducido con revisiones en: Raymundo González, Michiel Baud, Pedro L. San Miguel, Roberto Cassá (eds.) *Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX* (Madrid-Santo Domingo: Ed. Doce Calles-Academia de Ciencias de Dominicana, 2000, 153-179.

Capítulo 16: «Raza y nación en la República Dominicana». Publicado originalmente en inglés como: «Race and Nation in the Dominican Republic», (*New West Indian Guide* 76, n.^{os} 3 y 4 (Nov 2002): 104-113.

Capítulo 17: «Los intelectuales y la historia en el Caribe hispano: entre la autonomía y el poder». Publicado originalmente en inglés como: «Intellectuals and history in the Spanish Caribbean. Between autonomy and power», *European Review of Latin American and Caribbean Studies* no. 84 (Abril 2008): 101-105

MICHIEL BAUD

Capítulo 18: «Realidades e ideologías de la modernidad en la República Dominicana del siglo XX», Publicado originalmente en: *Estudios Sociales* 34, no. 124 (Abril-Junio 2001): 9-50.

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA
EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

CAPÍTULO 1

UNA CONTRA-ECONOMÍA COLONIAL: PRODUCCIÓN DE TABACO EN LA ESPAÑOLA, 1500-1870

Introducción

El imperio colonial de España se centró alrededor de las ciudades. Estas debían ser provistas de productos y servicios provenientes del área rural que la circundaba.¹ En muchos aspectos, por tanto, las ciudades se convirtieron en el símbolo de la jerarquía y el centralismo españoles. Richard Morse escribe: «La colonización española fue, en gran medida, una labor de “urbanización”; esto es, una estrategia de nucleación de asentamientos desde los que se procedía a la adquisición de recursos y la implantación de jurisdicción».²

La paradoja de la colonización española fue que, pese a su ideología centralista, estuvo acompañada de un gran número de «actividades fronterizas». Se podría hasta afirmar que la realidad colonial estaba más definida por el trabajo individual de los colonos que trataban de expandir las fronteras agrícolas y jurisdiccionales que por el centralismo imperial. La Corona española no pudo frenar la gran cantidad de actividades económicas incontroladas dentro de sus fronteras. Incluso en territorios de limitada envergadura, como los de las islas del Caribe, dicha paradoja fue

¹ Alejandra Moreno Toscano, y Enrique Florescano, «El sector externo y la organización espacial y regional de México (1521-1910)», en J. W. Wilkie, M. C. Meyer, E. Monzón de Wilkie (eds.), *Contemporary Mexico* (Berkeley-Los Angeles: University Press of California, 1976), 62-96.

² Richard M. Morse, «The Urban Development of Colonial Spanish America», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge history of Latin America*, Vol II. *Colonial Latin America* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), 78.

claramente visible. El historiador portorriqueño Ángel Quintero Rivera subrayó que la dicotomía entre «lo urbano» y «lo rural» fue una característica básica en el desarrollo de la historia de Puerto Rico. La población rural del interior de la isla creó una economía campesina, oponiéndose al Gobierno central. Quintero Rivera escribe: «Para este mundo rural, la ciudad representaba al Estado: la ciudad era algo de lo que había que apartarse».³ En la vecina isla de la Española se daba una situación similar. La prominencia administrativa de Santo Domingo no podía impedir la emergencia de una floreciente economía campesina productora de tabaco en el valle del Cibao, situado en la región norte de la isla.

Este contraste entre la ciudad y el campo, entre el Estado y la sociedad rural es una característica crucial en el devenir histórico-político de las regiones involucradas, e irradia una luz particular sobre las conexiones entre las colonias españolas y el mercado mundial, si acaso pudiéramos dar al sistema mercantil del Atlántico este epíteto un tanto anacrónico. Al mismo tiempo que prevalecía una ideología urbana de absoluto control y una centralización mercantilista, existían centros de producción y comercio no autorizados en todos los rincones del inmenso imperio colonial español. En el Caribe, el tabaco estuvo jugando un papel importante en este sistema agrario que se escapó del control español. La planta de tabaco maduraba rápidamente y era de fácil cultivo gracias a las técnicas aprendidas de la población autóctona. En poco tiempo, el tabaco se convirtió en un producto favorito de exportación. Como tal, desempeñó un papel importante de atracción para las incursiones de bucaneros holandeses y franceses en territorio español.

La Corona española hizo todo lo posible para erradicar dicho comercio no autorizado y hasta intentó forzar el reasentamiento de la población rural, lo cual condujo, en el norte de Venezuela y en la República Dominicana, a las llamadas «despoblaciones» o «devastaciones», en la primera década del siglo XVII. Viendo que

³ Ángel G. Quintero Rivera, «The Rural-Urban Dicotomy in the Formation of Puerto Rico's Cultural Identity». *New West Indische Gids-New West Indian Guide* 61, nos. 3-4 (1988): 130.

estas medidas arrojaban resultados infructuosos a largo plazo, las autoridades coloniales trataron de incorporar el sector tabacalero al sistema mercantil español, disposición que tuvo más o menos éxito en Cuba. En la Española —hoy día la República Dominicana y Haití— el tabaco continuó siendo un cultivo en manos de propietarios independientes que resistieron la intervención del Estado hasta bien entrado el siglo XIX.

El presente capítulo intentará explorar algunos aspectos de la contra-economía basada en el cultivo del tabaco. Se dará énfasis a la dinámica del intercambio comercial a nivel local. Sin negar la influencia de la expansión del capitalismo mercantil durante los siglos XVII y XVIII, se cuestionarán teorías que consideran al centralismo colonial español como el único factor dominante en la historia colonial de América Latina.⁴

El sistema colonial de la Española

Después de la conquista de la Española y de la rápida extinción de la población nativa, los españoles se vieron confrontados con la inmensa tarea de la creación de una nueva sociedad. Más que el resultado de un proceso consciente y premeditado, la sociedad que vino a poblar la isla de la Española mostraba una curiosa mezcla de ideología colonial española, decisiones tomadas *ad hoc* por las autoridades oficiales e iniciativas locales heterogéneas. Después de la exterminación de los aborígenes, las plantaciones de caña de azúcar se convirtieron en el pilar económico de los asentamientos españoles. El cultivo de la caña de azúcar, sostenido por trabajo de esclavos, estaba destinado a hacer de la Española la segunda colonia azucarera después de la de las Islas Canarias. La primera

⁴ Ver Sidney W. Mintz, «The so-called world system: local initiative and local response». *Dialectical Anthropology* 2 (1977): 253-270; y Steve J. Stern. «Feudalism, Capitalism, and the World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean». *American Historical Review* 93, no. 4 (1988): 829-872.

plantación data de 1515.⁵ En 1520, funcionaban seis molinos de azúcar y estaban en proceso de construcción 40 ingenios hidráulicos. El cultivo de la caña de azúcar se convirtió en una considerable actividad económica de la isla y trajo riqueza a más de unos cuantos colonos españoles. Como consecuencia de este proceso, la importación de esclavos sufrió un rápido incremento posteriormente a la década de 1520. Echagoian menciona un número de 20,000 esclavos activos en la isla en 1568.⁶ En la década de 1530, había en la isla un total de 34 molinos productores de azúcar y melaza. En 1568, «no eran poco frecuentes las plantaciones que poseían entre 150 y 200 esclavos». Si consideramos ciertas las afirmaciones de Ratekin,⁷ las plantaciones mayores eran propietarias de hasta 500 esclavos, una cantidad asombrosa para aquella época. Los dueños de los ingenios de la isla estaban estrechamente vinculados con las autoridades civiles y religiosas. Los funcionarios públicos y las congregaciones religiosas actuaban como compradores de los productos derivados del azúcar y eran también propietarios de plantaciones. La mayor parte de los funcionarios coloniales mantenían negocios privados extraoficialmente, y se hizo norma que hubiera una estrecha conexión entre las funciones públicas y privadas.

Sin embargo, los débiles cimientos de la economía colonial azucarera se hicieron visibles ya desde la década de 1570, cuando el comercio con España sufrió un pronunciado declive. El descubrimiento y la conquista del continente sudamericano en el siglo XVI, provocaron un cambio decisivo en la estructura del imperio colonial español. Las islas del Caribe perdieron su protagonismo y fueron sustituyéndolas gradualmente los centros continentales desde donde se efectuaba la expansión colonial española. En ocasiones, pasaban dos años en los que ningún barco español

⁵ Juan Bosch, *Composición social dominicana: historia e interpretación* (Santo Domingo: Alfa y Omega, 1979), 23.

⁶ Emilio Rodríguez Demorizi, *Relaciones geográficas de Santo Domingo*, vol. 2 (Santo Domingo: Editora del Caribe, 1970), 131.

⁷ Mervyn Ratekin, «The early sugar industry in Española». *Hispanic American Historical Review* 34 (1954): 3.

anclara en el puerto de Santo Domingo.⁸ Muchos propietarios de plantaciones cayeron en bancarrota o se marcharon. Muy pocas plantaciones subsistieron en el siglo XVII. El Gobierno español se trasladó al continente y los empresarios más activos y ricos abandonaron las islas del Caribe en pos de las promisorias posesiones españolas continentales.⁹ En 1574 quedaban en la Española solamente 800 familias, unas 4,000 personas.¹⁰

El expansionismo europeo noroccidental en el Caribe agravó considerablemente los problemas de la Española. A pesar de los intentos de los holandeses para afianzar el establecimiento de un comercio legal, el mercantilismo español obligó a holandeses, franceses e ingleses a ejercer el contrabando y —aún mucho más perjudicial para el comercio español— la piratería. Gran parte del transporte de Santo Domingo se efectuaba en pequeños buques de cabotaje, fáciles presas para los buques merodeadores piratas, que comenzaron sus intrusiones en el territorio colonial español hacia finales del siglo XVI.¹¹ En 1595, el gobernador de Santo Domingo, Diego de Ibarra, informa:

En los últimos cuatro años (...) los corsarios son tan numerosos y sus visitas tan frecuentes como si estos fueran los puertos de sus propios países. (...) Ningún barco procedente de fuera se les escapa, como tampoco ninguno que zarpe del puerto logra dejarlos atrás.¹²

⁸ Pierre Chaunu, *Séville et l'Atlantique, 1504-1650*, tome 8 (Paris: Institut des Hautes Études de l'Amérique latine, 1955-1959), 497-503.

⁹ Karen Spalding, *Huarochiri: a Spanish Society under Inca and Spanish Rule* (Stanford: Stanford University Press, 1984), 119.

¹⁰ Frank Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo, 1600-1700* (Santo Domingo: UNAPEC, 1985), 72-73.

¹¹ En 1572, sir Francis Drake hizo su primer viaje. John Horace Parry, y Philip Manderson Sherlock, *A short history of the West Indies* (London-Basingstoke: MacMillan, 1971), 39; y Kenneth R. Andrews. *The Spanish Caribbean: trade and plunder, 1530-1630* (New Haven-London: Yale University Press, 1978), 134.

¹² Andrews, *The Spanish Caribbean: trade and plunder...*, 68.

Estos comentarios tenían una carga ideológica. No era tanto la piratería sino el contrabando lo que se consideraba como la mayor amenaza para el imperio colonial español. La madre patria, España, no podía abastecer a su colonia de la Española, ni tampoco importó los productos agrícolas que produciría más adelante. No es de extrañar que los contrabandistas europeos vieran un atractivo mercado en Santo Domingo. El comercio de contrabando era la única opción para la población criolla de la isla. Podemos considerar al capitán inglés John Hawkins como el fundador de esta floreciente forma de comercio. Hawkins hizo cuatro viajes a la Española entre 1562 y 1568 llevando cargamentos de telas y mercancías generales desde Inglaterra y cargamentos de esclavos desde el África Occidental. Cerró exitosos negocios con mercaderes de las ciudades septentrionales de La Isabela, Monte Cristi y Puerto Plata. Durante el curso de este comercio ilegal, Hawkins llegó a pagar sus impuestos a las autoridades locales, aparentemente con la esperanza de convencer al Gobierno español de las ventajas del comercio legal.¹³ Si bien la corona española nunca consideró otorgar permiso para semejante imperdonable violación de su monopolio, los habitantes de la isla no dudaron en aprovechar esta favorable oportunidad para evadir la lenta e ineficiente estructura comercial española. El comercio ilegal prosperó especialmente en el interior de la isla. Hacia el año 1577, el contrabando se había convertido en «una verdadera tradición».¹⁴ Toda la población participaba en este prohibido pero ventajoso tráfico.

En la década de 1590, los holandeses contaban con 20 embarcaciones que comerciaban exclusivamente con Cuba y Santo Domingo.¹⁵ La región norte de la isla, en particular, sacó ventaja de

¹³ John Horace Parry, y Philip Manderson Sherlock, *A short history of the West Indies* (London-Basingstoke: MacMillan, 1971), 34.

¹⁴ Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo...*, 76.

¹⁵ Cornelis Ch. Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and on the Wild Coast, 1580-1680* (Assen: Van Gorcum, 1971), 55. El trabajo de Chaunu, *Séville et l'Atlantique, 1504-1650*, 59, ilustra cómo el empleo exclusivo de fuentes documentales españolas conduce a la subestimación del mercado de contrabando.

este comercio. Es tentador estar de acuerdo con Frank Peña Pérez cuando escribe:

En 1590, la actividad comercial más importante de la isla era el contrabando y por eso las principales riquezas se fueron trasladando hacia la banda noroeste, zona donde estaban los puertos más activos en lo que respecta al trato con los comerciantes extranjeros.¹⁶

Su conclusión es que «el contrabando estaba beneficiando a los vecinos del interior de la isla, pero al mismo tiempo había perjudicado a Santo Domingo».

Este próspero contrabando desplazó gradualmente el énfasis económico puesto en la producción de azúcar hacia el comercio de ganado bovino. Piel y provisiones eran las mercancías favoritas de los bucaneros, que exploraron las costas occidentales y septentrionales escasamente habitadas de la isla. Los valles sudoccidentales de los alrededores de San Juan de la Maguana y el extenso territorio aledaño a la ciudad de Monte Cristi se convirtieron en el dominio de los hateros, que vivían del comercio ilegal con piratas franceses y holandeses. Cuando corría la noticia de que un barco había echado anclas en la costa norte, los caminos del interior de la isla se llenaban de mulas y carretas que transportaban mercancías desde distancias de hasta 60 kilómetros.¹⁷

El tabaco y las devastaciones

Durante las últimas décadas del siglo XVI, en todos los rincones del Caribe, los agricultores criollos comenzaron a cultivar tabaco. Los centros de producción se encontraban en Cuba y, sobre todo, en la costa norte de Venezuela, donde se producía y vendía una considerable cantidad de tabaco. El mercado del tabaco en la Europa Noroccidental se incrementó velozmente; mercaderes holandeses,

¹⁶ Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo...*, 93-94.

¹⁷ Peña Pérez, 76.

ingleses y franceses eran ávidos compradores del producto. Como consecuencia, se desarrolló un floreciente tráfico de contrabando que abarcaba la totalidad de la costa atlántica americana.¹⁸ Por tanto, el tabaco se convirtió en un importante motivo para las incursiones extranjeras en el territorio colonial español.¹⁹

Mientras que la producción de azúcar en la región sur de la Española experimentaba un declive y la explotación de ganado vacuno era la principal actividad en el resto del país, se desarrolló una agricultura a pequeña escala en los alrededores del eje Santiago-La Vega, en la llamada Vega Real. Pequeños agricultores comenzaron a cultivar tabaco junto con cultivos alimentarios. Una parte de dicha producción agrícola era consumida en la región y otra fracción se vendía a los barcos que frecuentaban la costa norte. El tabaco se convirtió rápidamente en un cultivo rentable para la población del norte de la isla. Desafortunadamente, las fuentes de información acerca de la producción de tabaco en esa época son muy escasas. Las existentes proporcionan nada más que datos superficiales, pero debemos asumir que el mencionado comercio había adquirido cierta importancia hacia finales del siglo XVI.²⁰

Durante los siglos XVI y XVII, mientras la producción tabacalera crecía bajo la sombra del control mercantilista español (y, con frecuencia, opuesta a este), el cultivo del tabaco se convirtió en la actividad dominante de la población española acriollada. La población blanca empobrecida y mestiza fue introduciendo gradualmente el cultivo del tabaco en su agricultura de subsistencia y comenzó a comercializarlo. Los archivos del Cabildo de Santo Domingo, que argumentan en contra de la despoblación de los territorios septentrionales y occidentales, describen a la población

¹⁸ Andrews, *The Spanish Caribbean: trade and plunder...*, 225-226; Engel Sluiter, «Dutch-Spanish Rivalry in the Caribbean Area, 1594-1609». *Hispanic American Historical Review* 28, no. 2 (May 1948): 187.

¹⁹ El gobernador de Caracas escribió en 1607 que el tabaco fue uno de los factores más importantes para el contrabando frecuente», citado en Andrews, 228.

²⁰ Juana Gil-Bermejo, *La Española: anotaciones históricas (1600-1650)* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983), 71.

productora de tabaco del Cibao como «gente común»: blancos pobres, mestizos, mulatos y negros.²¹

La población mencionada cultivaba tabaco para su consumo personal y vendía parte de su producción para cubrir sus inevitables gastos. Durante el siglo XVII, una serie de autoridades religiosas exportaron tabaco a España que les había sido asignado como diezmo o prebenda.²² En una economía en la que la circulación de dinero era muy limitada, los cultivos comerciales fáciles de negociar como el jengibre y el tabaco funcionaban, para la pobre población campesina, como un medio para cumplir con sus obligaciones religiosas y civiles y para la adquisición de artículos de primera necesidad.²³

El inconveniente, naturalmente, consistía en que la exportación de tabaco estaba prohibida. La Corona no permitía ninguna actividad comercial que no estuviera bajo su control. El cultivo de tabaco constituía un fastidio tal para las autoridades coloniales que tomaron medidas radicales para ponerle fin. En 1604, la Corona ordenó la evacuación de las poblaciones del norte de Venezuela y Santo Domingo y su traslado a ciudades del interior que habían sido fundadas para tal propósito por las autoridades españolas. En la Española, la Corona decidió evacuar la población asentada en las regiones occidentales y noroccidentales de la isla, lo que condujo a las denominadas devastaciones, que tuvieron lugar en los años 1605 y 1606. Por orden del gobernador de entonces, Antonio Osorio, las ciudades desocupadas fueron incendiadas y las familias procedentes de ellas trasladadas a nuevos asentamientos en las regiones central y oriental del país.²⁴

La ofensiva española contra el comercio ilegal estaba principalmente dirigida hacia el comercio del tabaco. La Real Cédula de 1606

²¹ Sluiter, «Dutch-Spanish Rivalry in the Caribbean Area, 1594-1609», 187.

²² Gil-Bermejo, *La Española: anotaciones históricas...*, 154-155.

²³ En Costa Rica pasó lo mismo con respecto a los granos de cacao; ver Mitchell Seligson, *Peasants of Costa Rica and the development of agrarian capitalism* (Madison: University Press of Wisconsin, 1980), 17.

²⁴ Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo*.

prohibía todo cultivo de esta planta en las posesiones españolas del Caribe por, al menos, diez años.²⁵ El Cabildo de Santo Domingo se pronunció inmediatamente en contra de la prohibición debido a que, de acuerdo con la mencionada instancia, muchas personas dependían del cultivo del tabaco para su «sustento y conservación».²⁶ Los miembros del Cabildo de la Catedral, apuntando a la importancia del cultivo del tabaco para la economía, también se mostraron contrarios a la Real Cédula de 1606. Para muchos habitantes de la isla, el tabaco era el principal medio de subsistencia «dentro del contexto general de la pobreza que allí se daba». Además, los eclesiásticos hicieron hincapié en los ingresos que el cultivo del tabaco generaba para el Estado y la Iglesia. Esta última recibía más de 1,000 ducados anuales recaudados de los impuestos con que se gravaban sus ventas. El último argumento en contra de la prohibición fue el gran consumo de tabaco por parte de los esclavos africanos, quienes podían ponerse inquietos cuando menguaba su abastecimiento.²⁷ Este mismo argumento fue empleado por el gobernador de Caracas, quien se quejaba de que los esclavos pescadores de perlas de la isla Margarita no querían trabajar cuando no había tabaco.²⁸

Este episodio muestra hasta qué extremos la Corona española estaba decidida a llegar para proteger su monopolio. Tal como ocurrió en otras partes del imperio español, la política de la Corona sacrificaba el potencial desarrollo de sus colonias para satisfacer su deseo de mantener un gobierno centralizado y una estructura comercial monopólica.²⁹

²⁵ Peña Pérez, 165; y Américo Lugo, *Historia de Santo Domingo desde el 1556 hasta 1608* (Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1952), 109. Esta prohibición se extendió también a Venezuela y a las demás islas de Barlovento, ver Andrews, *The Spanish Caribbean: trade and plunder...*, 228.

²⁶ Peña Pérez, 149.

²⁷ Gil-Bermejo, *La Española: anotaciones históricas...*, 71-72.

²⁸ Goslinga, *The Dutch in the Caribbean and on the Wild Coast...*, 83.

²⁹ Sluiter, «Dutch-Spanish Rivalry in the Caribbean Area, 1594-1609».

La industria del tabaco en el siglo XVII

No es de extrañar que la legislación que prohibía el cultivo de tabaco en la Española no haya sido fructífera. Si acaso hubo una interrupción total de los cultivos, fue solamente por un período de tiempo muy corto. Probablemente a causa de las protestas, las autoridades coloniales permitieron la exportación legal de tabaco a España ya en 1612. Ahora Santo Domingo comenzó a exportar tabaco a Sevilla. Los registros de exportaciones llegan a una cantidad de 322,757 libras en el período comprendido entre 1612 y 1614. Si consideramos el arribo de barcos no registrados a España y la continuación del tráfico de contrabando, la producción debe de haber sido mucho mayor al pesaje antedicho.³⁰ La prohibición de 1606 fue formalmente levantada en 1614. Obviamente, la cláusula acerta de que todo el tabaco producido tenía que ser enviado a España siguió vigente. De hecho, si no hubiese sido por la firme resistencia de los mercaderes sevillanos, la Corona habría establecido un monopolio real en 1634. Sin embargo, para la isla en general, las devastaciones tuvieron consecuencias más serias. Mucho ha sido dicho acerca de la debilidad y la ineficiencia de la política colonial española durante el siglo XVII, pero en ocasiones específicas, España pudo ejercer decisiva influencia en el destino histórico de sus posesiones.³¹ Si bien las devastaciones fueron la consecuencia extrema de una débil política colonialista, tuvieron serios efectos para el futuro de la isla.

³⁰ Gil-Bermejo, *La Española: anotaciones históricas...*, 71-72.

³¹ A este respecto, ya basta con recordar el fin del comercio del Galeón de Manila, ver William Lytle Schurz, *The Manila Galleon* (New York: Dutton, 1939). Fernand Braudel en *Civilization & capitalism*, vol. 2: *The Wheels of Commerce* (London: Fontana, 1982), escribe: «Ya es corriente ridiculizar las leyes de las Indias (...), esa es la ilusión de que los Reyes Católicos ejercieron algún tipo de autoridad real al otro lado del Atlántico. Estoy de acuerdo en que los monarcas no siempre consiguieron dejar su impronta en estos remotos países, pero el Reino de España logró ciertos objetivos (...).

El establecimiento de bucaneros europeos en las regiones deshabitadas de la isla y la fundación de la colonia francesa de Saint-Domingue fueron las consecuencias más evidentes de las devastaciones. En el mismo proceso, bucaneros franceses y holandeses se hicieron cargo de parte de la producción de tabaco. En 1630, los antedichos ya poseían plantaciones en las que cultivaban tabaco.³² Más tarde, el tabaco se convertiría en el principal producto de exportación de los colonos franceses situados en el extremo occidental de la Española. En 1678, se habían exportado cerca de dos millones de libras de tabaco a Francia.³³ La producción alcanzó tal envergadura que el mercado francés no pudo seguir absorbiéndola. La consecuente caída del precio del tabaco indujo a la mayoría de los agricultores franceses a inclinarse por cultivos de exportación más rentables, y el tabaco perdió rápidamente su posición de privilegio en el asentamiento francés.³⁴

En un sentido más general, las devastaciones fueron una de las causas del estancamiento económico y social de la colonia española durante los siglos XVII y XVIII. A las devastaciones siguió un largo período de paralización en Santo Domingo: «cien años de miseria», como titula Peña Pérez su libro sobre la colonia en el siglo XVII. El número de habitantes descendió hasta un nivel sin precedentes y las oportunidades económicas para el mercado español eran cada vez menores. Los escasos productos que tenían mercado en España: azúcar, jengibre y algo de tabaco eran de difícil transporte debido a la ausencia de embarcaciones. El jengibre, por ejemplo, llegaba deteriorado a Sevilla a causa de las largas demoras de los viajes.³⁵ La vida de la colonia durante el siglo XVII tomó el cariz de suma precariedad; sus pobladores: africanos, mulatos y blancos regresaron a una suerte de economía de subsistencia. La

³² Rosario Sevilla Soler, *Santo Domingo: tierra de frontera (1750-1800)* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1980), 91.

³³ Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo*, 115.

³⁴ Frank Moya Pons, *Historia colonial de Santo Domingo* (Santiago de los Caballeros, R. D.: UCMM, 1976), 187-189.

³⁵ Chaunu, *Séville et l'Atlantique...*, 6:542.

pobreza los llevó a dirigirse hacia el interior de la isla, donde se dedicaron a su agricultura primitiva.³⁶ Solamente un pequeño grupo de autoridades y terratenientes españoles pudieron conservar sus costumbres europeas y consumir vino y trigo importados de España. La mayor parte de los pobladores se adaptaron al consumo de productos autóctonos como la yuca, las batatas y los plátanos, y capturaban animales cimarrones para proveerse de carne. La pobreza en Santo Domingo alcanzó tales extremos que, en 1670, el arzobispo designado, Francisco Gutiérrez, rechazó tomar su cargo en la isla.³⁷ Muchas personas escaparon de la miseria abordando barcos piratas holandeses e ingleses.³⁸

La llegada de los franceses

La prueba definitiva del fracaso de España como madre patria colonial —el establecimiento de una colonia francesa en la parte occidental de la isla— se convertiría, paradójicamente, en la salvación de la colonia hispana de la Española. El comercio con los colonos franceses, iniciado con el tradicional contrabando, se convirtió rápidamente en un importante pilar de la economía dominicana. Cuatro años después de la firma del Tratado de Rijswijk (1697) entre Francia y España, la región francesa de la isla contaba ya con 35 molinos azucareros, además de otros 25 que estaban en proceso de construcción,³⁹ lo cual constituía para los agricultores y los productores ganaderos residentes en la parte occidental de la isla, y especialmente para quienes vivían en los alrededores de

³⁶ Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo*, 183, considera a la segunda mitad del siglo XVII como «[el] punto más alto de la ruralización de la cultura». En cuanto a Puerto Rico, Quintero Rivera en «The Rural-Urban Dicotomy in the Formation of Puerto Rico's Cultural Identity», 127-130, habla de una sociedad «contra-plantación».

³⁷ Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo*, 186.

³⁸ Andrews, *The Spanish Caribbean: trade and plunder...*, 196.

³⁹ Carlos Esteban Deive, *La esclavitud del negro en Santo Domingo* (2 vols.) (Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano, 1980), 134.

Santiago, un nuevo y promisorio mercado para sus productos.⁴⁰ Cuando la monarquía española se alió a la francesa durante la Guerra de Sucesión Española, el comercio ilegal alcanzó cierta respetabilidad. La población de la colonia española crecía también aceleradamente. El escaso número de 10,000 habitantes que ocupaban la isla en 1700 pasó a ser de 70,000 en 1770; en 1780 se sumaban ya 100,000 habitantes.⁴¹

La exportación de grandes cantidades de ganado cimarrón continuó siendo la actividad económica más importante, pero el cultivo de tabaco experimentó una constante expansión en la región septentrional de la isla. Las autoridades españolas hacían vacilantes intentos de repoblar dicha región del país con el propósito de frenar la infiltración francesa en el valle del Cibao. El cultivo del tabaco, junto con el de vegetales alimentarios, se convirtió nuevamente en el producto favorito de los agricultores españoles. La principal área de producción se situaba en la región de Santiago-La Vega, donde, en la década de 1680, «se cogía lo limitado para el avasto desta Isla» (gobernador Andrés de Robles Caballero, citado por Peña Pérez).⁴² En la región fronteriza, el tabaco era cultivado asimismo para satisfacer la demanda local y para su exportación a la parte francesa.⁴³ En este período, la producción no era muy voluminosa, y apenas alcanzaba para satisfacer las demandas de consumo de la población isleña. En 1687 se informaba desde Santo Domingo que «el tabaco no se comercia (...), y solo se siembra el que aquí se gasta».⁴⁴ Deive sugiere que una escasez de esclavos impidió una real expansión

⁴⁰ Rubén Silié, *Economía, esclavitud y población: ensayos de interpretación histórica del Santo Domingo español en el siglo XVIII* (Santo Domingo: Editora Taller, 1976), 38-46.

⁴¹ Frank Moya Pons, «Nuevas consideraciones sobre la historia de la población dominicana: curvas, tasas y problemas». *Eme Emé Estudios Dominicanos* 3, no. 15 (1974): 3-28

⁴² Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo*, 195.

⁴³ Moya Pons, *Historia colonial de Santo Domingo*, 209-211.

⁴⁴ G. Semillán Campusano, citado en Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo*, 196.

del cultivo de tabaco durante el período antedicho.⁴⁵ En otras palabras, la carencia de mano de obra imposibilitó el cultivo comercial a gran escala. Hasta el momento en que se resolvió este inconveniente, el tabaco fue un producto de pequeños agricultores, que lo sembraban tanto como la yuca, las legumbres y el maíz.

El cultivo del tabaco se daba en pequeña escala e irregular y, en este sentido, formaba parte integral de la economía de guerra que dominó el Cibao hasta bien entrado el siglo XVIII. La región situada al oeste de Santiago era, prácticamente, tierra de nadie, en la que tropas francesas y españolas hacían incursiones de forma irregular. Los frecuentes encuentros militares producían, a un tiempo, estragos y oportunidades comerciales. La escasa población presente en la región vivía al límite de una pragmática neutralidad y se ocupaba asiduamente de actividades económicas semilegales.

En la colonia francesa ya no se cultivaba tabaco hacia finales del siglo XVII. Los hacendados franceses estaban solamente interesados en el comercio de productos de exportación rentables tales como caña de azúcar, café, cacao e índigo.⁴⁶ El Cibao se convirtió, en aquel momento, en el principal proveedor de tabaco para el consumo de la colonia francesa. El andullo dominicano (rollo de tabaco prensado) alcanzó gran fama durante este período y gozaba de gran demanda en las plantaciones francesas. En 1785, cuando el comercio tabacalero pasó nuevamente a ser ilegal, Sánchez Valverde escribe lo siguiente:

Nuestros andullos o garrotes de Tabaco son los más apreciados de los Franceses (...) Esta introducción clandestina ha sido uno de los más fuertes Comercios con que ha subsistido nuestra Colonia en su mayor decadencia.⁴⁷

⁴⁵ Deive, *La esclavitud del negro en Santo Domingo*, 1:137.

⁴⁶ Ver Gabriel Debien, *La sucrerie Galbaud du Fort (1690-1802): une plantation de Saint-Domingue* (El Cairo: [s.e.], 1941), y *Plantations et esclaves à Saint-Domingue* (Dakar: Université de Dakar, 1962).

⁴⁷ Antonio Sánchez Valverde, *Idea del valor de la isla Española* (Santo Domingo, Editora Nacional, 1971), 185. También Moreau de Saint-Méry

La economía isleña adquirió una dinámica propia que escapaba al control de las autoridades coloniales pertinentes. Numerosos esclavos destinados a la colonia francesa fueron importados por el puerto español de Monte Cristi, que se convirtió en una concurrida ciudad costera durante la segunda mitad del siglo XVIII. A pesar de las diversas guerras entre las potencias europeas, esta ciudad se convirtió en un punto de encuentro entre comerciantes franceses, holandeses y españoles. Durante este período, había épocas en que más de un centenar de barcos echaron anclas frente a sus costas.⁴⁸ La importancia de la ciudad creció aún más a partir del momento en que pasó a ser el centro del comercio por vía terrestre entre el valle del Cibao y las plantaciones francesas.

Las más o menos incontrolables dinámicas de este comercio se dejan ver en el interesante hecho de que los tres gobiernos implicados expresaron públicamente su disgusto por este floreciente negocio. Los ingleses hablaban de «tráfico pernicioso»;⁴⁹ las autoridades francesas se quejaban de «la animosidad que tienen [los colonos franceses] hacia los negociantes franceses». Incluso tomaron el riesgo de una rebelión de los *petit-blancs* [pequeños blancos] en su intento para suprimir dicho comercio.⁵⁰ Las autoridades españolas hicieron todo lo que estuvo a su alcance para obtener el control de las actividades comerciales fronterizas y disminuir la pérdida de las ganancias por derechos de aduana.

en *Descripción de la parte española de Santo Domingo* (Ciudad Trujillo: Editorial Montalvo, 1944 [1799]), añade: «porque mezclado con otros tabacos, les comunica su calidad por el vigor de su savia».

⁴⁸ Bosch, *Composición social dominicana: historia e interpretación*, 94; Peggy K. Liss, *Atlantic empires: the network of trade and revolution, 1713-1826* (Baltimore-London: The Johns Hopkins University Press, 1983), 30-31.

⁴⁹ Bosch, *Composición social dominicana: historia e interpretación*, 94

⁵⁰ Charles Frostin, *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVII et XVIII siècles (Haïti avant 1789)* (Paris: L'École, 1975), 288-289 y ss.

Recuperación de la economía

El modesto resurgimiento de la economía de Santo Domingo que se dio en la segunda mitad del siglo XVIII fue, parcialmente, el resultado de las «Reformas Borbónicas» en América. El Estado español adquirió nueva vitalidad bajo el reinado de Carlos III (1759-1788), y procuró con renovada determinación obtener control directo sobre sus colonias americanas. Los efectos del crecimiento económico de Saint-Domingue y la liberalización del comercio español, a partir de 1765, fueron estímulos de nuevas inversiones y causa de un moderado optimismo en los círculos de los empresarios criollos.⁵¹

La nueva política económica delineada por Carlos III y sus consejeros siguió dos direcciones diferentes, si bien estas no siempre marcharon armoniosamente. Por un lado, se atenuó el oneroso monopolio mercantil de algunas ciudades hispanoamericanas. Las posesiones insulares españolas del Caribe fueron las primeras en sacar provecho del mencionado cambio de punto de vista. En 1765, se decidió por decreto que el comercio efectuado en las «islas de Barlovento» sería declarado libre y que los comerciantes de dichas islas serían libres de establecer contacto con un número limitado de puertos españoles.⁵² Desde luego, se mantuvieron vigentes muchas limitaciones, Fisher denomina esta libertad irónicamente como «estrictamente limitada».⁵³ Sin embargo, por primera vez en su historia colonial, las islas del Caribe tuvieron el permiso de entablar actividades comerciales sin la engorrosa intromisión de mercaderes españoles y autoridades oficiales.

Por otro lado, la Corona española no tenía la intención de que sus colonias se emanciparan. Recurrió a su nueva legislación con el

⁵¹ Antonio Gutiérrez Escudero, *Población y economía en Santo Domingo (1700-1746)* (Sevilla: Diputación Provincial, 1985), 108-111.

⁵² José Muñoz Pérez, «La publicación del Reglamento de Comercio Libre de Indias de 1778». *Anuario de Estudios Americanos* 4 (1947): 615-664.

⁵³ John Fisher, «Imperial “free trade” and the Hispanic Economy, 1778-1796». *Journal of Latin American Studies* 13, no. 1 (May 1981): 22.

objeto de expandir la producción agrícola en sus posesiones americanas y, con ello, incrementar los ingresos del Estado. En este sentido, condujo a la extensión de la intervención estatal y a una nueva tendencia al control desde la metrópoli. Ahora más que nunca, el Estado español asumía la dirección del desarrollo de sus posesiones americanas. La producción y comercialización del tabaco fue uno de los primeros sectores que acapararon la atención de las autoridades.⁵⁴

En Santo Domingo, esta nueva gestión condujo a la creación de una Factoría de Tabacos, en 1763, cuya función era comprar y estimular la producción del tabaco cibaño: «para el mayor adelantamiento de la construcción de cigarros que se deben labrar en las Reales Fábricas de Sevilla».⁵⁵ Para facilitar la compra de tabaco, cada año se enviarían 25,000 pesos a Santo Domingo. Estas medidas fueron el resultado de la nueva política borbónica y de la ocupación de La Habana por parte de los británicos en 1762, que amenazaba seriamente la provisión de tabaco a España. Las lentas comunicaciones y la ineficiencia de la burocracia imperial fueron responsables de que transcurrieran siete años antes de que se concretara el primer embarque de tabaco bajo control gubernamental. En ese año, 1770, se enviaron a España alrededor de 4,000 arrobas de tabaco, con un valor total de 15,068 reales.⁵⁶

Una vez garantizada la estabilidad de la venta del producto, la manufactura del tabaco en el Cibao creció significativamente. La exportación a Cádiz oscilaba alrededor de las 10,000 arrobas.⁵⁷

⁵⁴ Para México ver James Lang, *Conquest and commerce: Spain and England in the Americas* (New York: Academic Press, 1975), 85-86; y David W. Walker, «Business as usual: The Empresa del Tabaco in Mexico, 1837-1844». *Hispanic American Historical Review* 64, no. 4 (1984): 675-705. Para Santo Domingo ver Antonio Llubes Navarro, «Tabaco y catalanes en Santo Domingo durante el siglo XVII». *Eme Eme Estudios Dominicanos* 5, no. 28 (1977): 13-26.

⁵⁵ Sánchez Valverde, *Idea del valor de la isla Española*, 66.

⁵⁶ Sevilla Soler, *Santo Domingo: tierra de frontera (1750-1800)*, 106-107.

⁵⁷ Las cifras de exportación correspondientes a los 6 años de comercio legítimo fueron las siguientes:

La producción total debe de haber sido considerablemente mayor a las cantidades exportadas si se tienen en cuenta lo siguiente: en primer lugar, nos encontramos con el consumo de tabaco en la isla, especialmente alto entre la población esclava; en segundo lugar, gran cantidad de tabaco se exportaba al Saint-Domingue francés y a las islas vecinas. Por ejemplo, durante 1773 y 1774, fueron comprados 150 esclavos en Cuba y Puerto Rico a cambio de una cantidad de tabaco equivalente a un valor de 33,000 pesos.⁵⁸ En Jamaica, isla perteneciente a las Indias Occidentales Británicas, también se consumía tabaco dominicano.⁵⁹

Junto a los pequeños agricultores, muchos granjeros españoles comenzaron a cultivar tabaco en el Cibao con el único propósito de comercializar el producto en el mercado español. Después de 1765, los empresarios españoles llegaron incluso a invertir cierto capital de dinero en el cultivo del tabaco. El volumen de los cultivos creció, y era necesario emplear esclavos no solo en el cultivo, sino también en el proceso de elaboración. En 1770, se encontraban involucrados 247 vecinos españoles en el cultivo del tabaco, sostenidos por la labor de 202 esclavos. Por primera vez se prestaba atención a la calidad de las hojas, y los agricultores comenzaron a aplicar un rudo criterio de clasificación. La planta se convirtió en un importante producto de exportación destinado al mercado español.

1771	5,384 arrobas	38.0 libras
1772	3,266 id.	22.5 id.
1773	11,403 id.	27.0 id.
1774	13,495 id.	50.0 id.
1775	8,592 id.	-
1776	10,709 id.	3.0 id.

Fuente: Sevilla Soler, *Santo Domingo: tierra de frontera (1750-1800)*, 114.

⁵⁸ Sevilla Soler, *Santo Domingo: tierra de frontera (1750-1800)*, 111.

⁵⁹ James Franklin, *The Present State of Hayti (Saint Domingo) With Remarks on its Agriculture, Commerce, Laws, Religion, Finances & Population, Etc.* (London: Frank Cass, 1971 [1828]), 292.

Al mismo tiempo, los cultivadores de tabaco a gran escala se convirtieron en un fuerte grupo de presión, en el seno de la comunidad isleña y en el contexto más amplio del sistema colonial. A través de cartas y representaciones, los antedichos intentaban ejercer influencia en la política imperial y lograr el dictamen de legislación favorable a sus actividades. Altos funcionarios, como el gobernador, fueron mostrando un amplio interés en el sector tabacalero. En 1777, cuando el Consejo de Indias quiso informarse de la situación de la isla, el gobernador contestó que solo un incremento de la producción de tabaco podría salvar a la isla de la miseria. El cura rector de Santiago expresó el mismo sentir del gobernador a las Cortes españolas en 1779, al sugerir que la Corona debería comprar todo el tabaco que la isla produjese.⁶⁰

El monopolio español, sin embargo, también causaba problemas y conflictos. Los precios del tabaco eran muy bajos, por lo que, en 1771, los productores de tabaco de la isla protestaron y se quejaron de las condiciones comerciales.⁶¹ Tres años más tarde se promulgó una Real Cédula que limitaba a 12,000 arrobas la producción de tabaco en la Española. El exceso de producción de tabaco en España fue la causa de esta medida, lo que provocó un descontento generalizado en la colonia. Hubo que esperar hasta el año 1778 para que se diera permiso de vender el excedente de producción a la colonia francés de Saint-Domingue.⁶² Los hechos precedentes demuestran las contradicciones de la política imperial española, que procuraba incrementar la producción agrícola sin dar paso franco a los productores.

No obstante, la producción de los pequeños agricultores persistió y puede que hubiera aumentado, junto con la de las grandes fincas. Sánchez Valverde escribió en 1785: «El tabaco es tan natural que nace por sí en todas partes y alrededor de las mismas

⁶⁰ Sevilla Soler, 114-115.

⁶¹ Gutiérrez Escudero, *Población y economía en Santo Domingo (1700-1746)*, 309.

⁶² Peña Pérez, Frank. *Cien años de miseria en Santo Domingo, 1600-1700*, 310.

casas».⁶³ El tabaco continuó siendo principalmente un cultivo de pequeños campesinos, cultivado por familias independientes como parte integral de su economía de subsistencia. Dichas gentes eran productores agrícolas que complementaban sus actividades con la cría de pequeños animales y la caza y, en caso necesario, luchando como soldados: «habitantes que viven siempre en el campo, y esparcidos aquí y allá».⁶⁴ Eran los llamados «monteros», descritos por Pedro Francisco Bonó en su novela corta *El Montero* de 1856. El tabaco era de gran conveniencia para estas ambulantes e individualistas familias, ya que la planta crecía relativamente rápido y siempre se encontraba un cliente dispuesto a comprarlo.

El período revolucionario

La insurrección de esclavos en la parte francesa de la isla que comenzó en 1791 tuvo profundas consecuencias para todo el territorio insular. La revolución haitiana colocó a la isla en el centro de atención de la política internacional. Los líderes haitianos temían una invasión militar procedente del este. En 1801 y 1805, ejércitos haitianos invadieron Santo Domingo; en 1822, los haitianos anexaron a su territorio la colonia española. Esta ocupación solo terminaría en 1844, cuando el movimiento independentista dominicano aprovechó la temporaria desorganización del Estado haitiano después de la muerte de su presidente, Jean-Pierre Boyer.

Una importante consecuencia de estos acontecimientos fue la emigración de muchas de las personas de fortuna residentes en la colonia española, quienes llevaron la mayor parte de sus riquezas consigo. El inevitable resultado de esto fue el inicio de un período de contracción económica. El número de cabezas de ganado, la principal fuente de bienestar de la Española, disminuyó dramáticamente,

⁶³ Sánchez Valverde, *Idea del valor de la isla Española*, 63.

⁶⁴ Moreau de Saint-Méry, *Descripción de la parte española de Santo Domingo*, 224.

y la actividad de los hateros declinó hasta un mínimo. Moya Pons describe a la colonia española durante este período como un país «completamente devastado», donde «la agricultura de subsistencia contaba como la actividad más evidente».⁶⁵

Durante la primera mitad del siglo XIX, la colonia española sufrió una transformación económica con dos caras. Por un lado, nos encontramos frente a un proceso de retiro de la actividad mercantil a causa de una inestabilidad extrema y a guerras intermitentes. Los agricultores dominicanos volvieron a su economía de subsistencia. Por el otro, el proceso de formación del campesinado como grupo social, que tuvo sus orígenes en el período colonial, continuó, y constituyó la base para entablar nuevas relaciones con el mercado mundial.

En muchos aspectos, la economía no basada en las plantaciones en la región dominicana sobrevivió a las circunstancias históricas mucho mejor que la economía de plantaciones de la parte francesa. La legislación rural del gobierno de Boyer durante la ocupación haitiana promovió el surgimiento de un sector de productores agrarios a pequeña escala. La desaparición del exclusivismo mercantil español y el debilitamiento de la élite de los hateros proveyeron oportunidades para la producción de mercancías de exportación alternativas. Mientras muchos de los más prósperos productores españoles emigraron hacia otras islas de posesión española, los pequeños productores se quedaron en el país y continuaron con sus actividades.⁶⁶ Inicialmente, el tabaco cibaño podía venderse nada más que en la propia isla. Si bien la exportación de tabaco a Haití no podía subsanar la pérdida del mercado español, el envío de andullos hacia allí ofrecía amplias oportunidades para los agricultores tabacaleros. El viajero francés Pedrón, que visitó la isla en el año 1800, informa que la producción de tabaco en Santiago-La Vega se

⁶⁵ Frank Moya Pons, «Haiti and Santo Domingo, 1790-c. 1870», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge history of Latin America*, Vol. III. *From Independence to c. 1870* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), 248.

⁶⁶ James Franklin, *The Present State of Hayti (Saint Domingo)...*, 359.

había convertido en exclusivo dominio de pequeños agricultores. Estos productores campesinos produjeron una cantidad de tabaco equivalente a un valor de 1,500,000 pesos.⁶⁷ En tiempos del gobierno de Boyer, la producción de tabaco creció considerablemente. Según Mackenzie la producción aumentó a 6,000 quintales (300,000 libras) en 1822.⁶⁸ En la década de 1820, la cantidad de tabaco exportado oscilaba aproximadamente entre 400,000 y 700,000 libras.⁶⁹ Así la economía campesina se mantenía durante los turbulentos años del comienzo del siglo XIX.

Si damos credibilidad a las cifras proporcionadas por Ardouin,⁷⁰ la exportación de tabaco comenzó a incrementarse durante los años 1833 y 1835, llegando a unos 20,000 quintales en 1835. Hasta 1843, año en que la lucha por la independencia dominicana cobró fuerza y el gobierno haitiano comenzó a desmoronarse, la producción llegó a consolidarse por sí misma con una media de dos millones de libras. La jefatura haitiana era muy consciente de la necesidad de adquirir moneda extranjera, por lo que promovió fuertemente las actividades de exportación. Los elevados pagos de indemnización que los franceses obligaron aceptar a los haitianos llevaron a las autoridades de este país a estimular los cultivos comerciales. La primera decisión pública de Boyer fue la abolición de la esclavitud en la isla y la promesa de distribución de la tierra a los

⁶⁷ Según Pedrón el equivalente a «12 a 14,000 millares de pesos» omite los «millares». Si bien esto se debe a un fallo, Ferrán está probablemente en lo cierto cuando considera que Pedrón ha exagerado las cifras. Ver Pedrón, «Memoria descriptiva de la parte española de Santo Domingo, 1800», en Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *La era de Francia en Santo Domingo: contribución a su estudio* (Ciudad Trujillo: Editora del Caribe), 1955.

⁶⁸ Charles Mackenzie, *Notes on Haiti made during a residence in that Republic* (2 vol.) (Londres: Frank Cass., 1971 [1830]), 2:161.

⁶⁹ Ver las diferentes cifras completas en Roberto Marte, *Estadísticas y documentos históricos sobre Santo Domingo (1850-1890)* (Santo Domingo: Museo Nacional de Historia y Geografía, 1984), 72; y Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana* (2 vols.) (Santo Domingo: Alfa y Omega, 1977-1980), II:19.

⁷⁰ Beaubrum Ardouin, *Etudes sur l'histoire d'Haiti* (1853-1856) (11 tomos). Port-au-Prince: Dr. François Dalencour, 1958, XI:54.

esclavos liberados. Su propósito principal, no obstante, era impulsar la agricultura. Sus instrucciones a sus mandos militares fueron muy claras: «Es tanto en interés del Estado como en el de nuestros hermanos que acaban de obtener su libertad, que estos sean obligados a trabajar, cultivando su propia tierra, de la cual depende su subsistencia». Boyer concluye sus instrucciones enfatizando que no solo habrían de cultivarse productos alimenticios, sino también mercancías para comercializar, tales como el café y el tabaco.⁷¹ En abril de 1830, el Gobierno haitiano anunció incluso que compraría todo el tabaco producido «a precio razonable».⁷²

Si bien García puede que tenga razón en señalar la muy extendida corrupción y el ejercicio del comercio ilegal de las autoridades y los mercaderes haitianos, la ley antedicha estimuló, sin duda alguna, la producción de tabaco, gracias a que los productores actuaban con mayor orientación de mercado. Roberto Marte sugiere que los bajos precios del café en el mercado internacional llevaron a muchos campesinos haitianos a trasladarse al Cibao y a dedicarse al cultivo del tabaco.⁷³ Dichos acontecimientos internos coinciden con la reanudación del comercio europeo después de la finalización de las guerras napoleónicas. Barcos alemanes comenzaron a anclar regularmente en las costas septentrionales. Las ciudades hanseáticas tabacaleras, Bremen y Hamburgo, iniciaron las compras regulares de tabaco dominicano. La creciente demanda de tabaco en Europa y el establecimiento de comercio estable con las ciudades alemanas impulsaron la producción dominicana. Dichos factores alentaron la expansión de la producción tabacalera en la flamante República Dominicana.

⁷¹ Frank Moya Pons, «The land question in Haiti and Santo Domingo: The Sociopolitical Context of the Transition from Slavery to Free Labor, 1801-1843», en M. Moreno Friginals, F. Moya Pons, y S. L. Engerman (eds.), *Between slavery and free labor: The Spanish Speaking Caribbean in the Nineteenth Century* (Baltimore-Londres: Johns Hopkins University Press, 1985), 186.

⁷² Moya Pons, *La dominación haitiana*, 98-99.

⁷³ Roberto Marte, *Estadísticas y documentos históricos sobre Santo Domingo (1850-1890)*, 33.

Independencia

Si tenemos en cuenta la ideología claramente «desarrollista» del gobierno de Boyer en Santo Domingo, la única conclusión posible es que la independencia dominicana fue un movimiento regresivo hacia el pasado. La lucha por la independencia tenía, ciertamente, un trasfondo nacionalista e ideológico, pero sus incentivos básicos fueron la frustración de la antigua élite del hatero en el sur y un sentimiento de profunda resistencia racista de la clase media urbana de la capital contra la dominación «negra» haitiana. No fue mera coincidencia que la élite de Santiago y la del Cibao en general, que serían responsables de casi todas las actividades revolucionarias en el período restante del siglo XIX, se hubieran comportado, en gran parte, de manera pasiva en la lucha contra los haitianos. El Cibao había gozado de relativo bienestar durante el dominio haitiano; su población solo se había preparado tímidamente para pertrecharse detrás de una vaga e indefinida lucha por la independencia nacional dirigida por grupos que aparentemente no estaban a favor de los intereses del Cibao.

Las antedichas diferencias se manifestarían ya muy pronto en la independencia de la República Dominicana. Ramonina Brea señala que, en lugar de unificar a la isla, tal como pretendía Toussaint Louverture, la ocupación haitiana de Santo Domingo solo acentuó sus ya existentes divisiones regionales.⁷⁴ Las estructuras básicas del país continuaron siendo las mismas, y habrían de pasar otros treinta años antes de que tuvieran lugar profundos cambios económicos y sociales. Se podría decir que la anexión por parte de España (1861-1865) fue el punto de cierre de un siglo de desarrollo precapitalista en la parte oriental de la isla.

⁷⁴ Ramonina Brea, *Ensayo sobre la formación del estado capitalista en la República Dominicana y Haití* (Santo Domingo: Editora Taller, 1983), 69-70.

Es innegable la aseveración de que la zona del Cibao se desarrolló de modo muy diferente al de la región sur.⁷⁵ Durante la época colonial, la región de La Vega había sido el lugar favorito para el desenvolvimiento de la agricultura y, en el siglo XIX, se convertiría en el símbolo de prosperidad y de desarrollo económico del país. Las provincias de Santiago y de La Vega eran «mucho más industriales que las del Sur», según el español Mariano Torrente, quien agregó que la región exportó 80,000 quintales de tabaco en 1851.⁷⁶ Un periódico local escribió pocos años más tarde: «Los Cibaños (...) forman la porción más importante de la República, por su riqueza territorial, por su industriosa actividad, por sus adelantos materiales, por sus ideas progresistas».⁷⁷

El tabaco constituía el foco de atención de un sector agricultor que dependía de la posición más o menos autónoma de los campesinos tabacaleros y de un mercado europeo estable. La norteña región de Santiago-La Vega se convirtió en el epicentro de una economía de pequeñas explotaciones agrícolas. Durante este período, numerosas personas, seducidas por las oportunidades económicas y ávidas de obtener independencia económica se trasladaron desde el sur hacia el Cibao. Esta corriente de inmigrantes fomentó, probablemente, el incremento de la producción de tabaco en el Cibao que tuvo lugar entre los años 1830 y 1850. Si bien los pequeños agricultores continuaron proveyendo la mayor parte de la producción tabacalera, muchos terratenientes y campesinos más adinerados iniciaron el cultivo del tabaco con propósito de exportación. Las técnicas de elaboración mejoraron en alguna medida y la calidad del tabaco dominicano comenzó a ser ampliamente elogiada. Durante este período, el tabaco dominicano era empleado con frecuencia para encapar cigarros cubanos. En 1849, un diplomático francés que hizo investigaciones en el sector del

⁷⁵ Harry Hoetink, «El Cibao, 1844-1900: su aportación a la formación social de la república». *Eme Emé Estudios Dominicanos* 8, no. 48 (1980): 3-19.

⁷⁶ Memoria de Mariano Torrente, 6-1-1853; en: Archivo Histórico Nacional (Madrid), 3.524, 66.

⁷⁷ *Eco de Pueblo*, trim. I, núm. 4, 17-8-1856

tabaco dominicano escribió: «La capa de Santo Domingo es más rica y más agradable a la vista que cualquier otra y ofrece una elasticidad perfecta y una buena resistencia».⁷⁸

Tabaco y política

El desarrollo económico anteriormente descrito también tuvo consecuencias políticas. Los sentimientos regionalistas de la población cibaëña se fortalecieron, y los conflictos con el Gobierno central recrudecieron. Dicha confrontación tuvo un momento álgido en 1857. El Cibao nunca estuvo tan cerca de una escisión de la región sur del país como en dicho año.

El descontento con la presidencia del general sureño Buenaventura Báez había estado gestándose en el seno de la comunidad tabacalera desde la asunción de su cargo, en octubre de 1856. A partir de mayo de 1857, dicho desagrado se agudizó cuando el Gobierno —en la proximidad de una de las mayores cosechas de tabaco del país— puso en circulación 14 millones de pesos en papel moneda, por encima de los 4 millones anteriormente emitidos. Los adquirentes gubernamentales comenzaron de inmediato a comprar enormes cantidades de tabaco a altos precios. La emisión de dichos pesos sin respaldo fue la causa de una terrible inflación en el lapso de pocas semanas. Cuando quedó claro que los altos precios que se habían pagado a los productores por su tabaco eran ficticios, estalló una guerra civil. El chovinismo regional y el resentimiento comercial detonaron en un furioso y determinado movimiento revolucionario. El «Manifiesto de los pueblos del Cibao y de las causas que los han impulsado a reasumir sus derechos», rubricado por prácticamente todos los principales dirigentes cibaëños, resumía sucintamente las quejas. La arbitraria emisión de papel moneda era la querrela principal,

⁷⁸ Víctor Place, «Memoria sobre el cultivo, la cosecha y la venta de los tabacos», en Jacqueline Boin, y José Serulle Ramia, *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana (1844-1930)* (2 vol.) (Santo Domingo: Ed. Gramil, 1979 [1849]), 194.

pero la frustración de la región no fue expresada con menos determinación. Con una mirada retrospectiva a unos 14 años desde la independencia, los firmantes protestaban contra «una serie de Administraciones tiranas y rapaces»; su constitución «no ha sido más que los báculos del despotismo y de la rapiña». Los insurgentes, en adelante, no continuaron reconociendo la legitimidad del Gobierno de Báez y constituyeron un Gobierno provisional con sede en Santiago de los Caballeros.⁷⁹ Algunos meses más tarde, Báez huyó a Curazao.

La revolución es significativa por más de una razón. Ella deja ver que la independencia política de la República Dominicana no resolvió el problema del regionalismo político. El Cibao vivía en constante fricción con el Gobierno central y la región más de una vez había ofrecido resistencia a desfavorables intervenciones del Estado. La característica más notable de este movimiento revolucionario que enfrentó a la comunidad del Cibao con el Gobierno de Santo Domingo en 1857 fue la fortaleza de su conciencia regional. Los revolucionarios estaban absolutamente convencidos de la legitimidad de su lucha y no titubearon en sublevarse para defender sus intereses regionales. Más de una vez, la ciudad de Santiago fue propuesta como capital alternativa de la república.⁸⁰

Desde otra perspectiva, la revolución de 1857 demostró que se habían dado importantes cambios sociales en el Cibao. Antonio Lluberes ha sugerido que la movilización popular de 1857 fue la primera revolución social del país. La revolución dejó ver que había surgido una tímida clase de comerciantes que entabló alianzas temporales con los agricultores cuando sus intereses comunes

⁷⁹ Rodríguez Demorizi, *Documentos para la historia de la República Dominicana*, 365-368; y *Relaciones geográficas de Santo Domingo*, 160-161

⁸⁰ Ver, por ejemplo, el informe sobre los acontecimientos de 1857 del cónsul francés Saint-André: «el norte, es decir el único punto donde se trabaja, podría poner en ejecución la amenaza que ha hecho muchas veces de separarse de Santo Domingo, y son los ingresos (del Cibao) [los] que permiten a la República saldar sus gastos», en Jacqueline Boin, y José Serulle Ramia, *El proceso de desarrollo en la República Dominicana (1844-1930)* (2 tomos) (Santo Domingo: Ed. Gramil, 1979-1981), 1:174.

—la economía tabacalera— se vio amenazada. La revolución de 1857 es especialmente interesante a causa de su indiscutible relación con el comercio del tabaco. En parte, la revolución fue una lucha entre los intereses tabacaleros del Cibao y los de los hateros del sur. La revolución demostró la importancia de la inyección financiera anual —inoculada por el comercio del tabaco— para la economía regional y, consecuentemente, las dificultades económicas como resultado de poner cualquier tipo de obstáculo al correcto desarrollo de dicho comercio.

A pesar de todo, el resultado más importante de la revolución de 1857 no fue su éxito sino su final fracaso. Después de la fuga de Buenaventura Báez, los revolucionarios no lograron consolidar su situación política. Su base financiera y económica continuó siendo demasiado estrecha como para tomar el futuro del país en sus propias manos. Es posible que no hubieran tenido tales ambiciones y que simplemente se hubieran contentado con haber salvaguardado su autonomía regional. En cualquier caso, la gente del Cibao confió la presidencia del país, en 1858, a Pedro Santana, uno de los más acérrimos representantes de la clase de los hateros, entregando así, nuevamente, la conducción política del país a la élite sureña. Demostró ser una movida errónea, que provocó una nueva rebelión pocos años más tarde. Santana condujo a la República Dominicana a una anexión con España en 1861. El Cibao tomó las armas una vez más para defender sus intereses y, finalmente, expulsó a los españoles en 1865.

Los acontecimientos descritos demuestran que el emergente sector exportador de tabaco del Cibao fue la base para la movilización política cuando sus transacciones comerciales se veían amenazadas. Sin embargo, la élite regional carecía de la coherencia política —y, quizá también del poderío militar— para mantener sus iniciativas luego de que las amenazas a su economía habían desaparecido. Por ello, a partir de la década de 1880, el Cibao trató de defender sus intereses acercándose al Gobierno central e intentando ejercer influencia en la legislación. Esta estrategia comenzó a aplicarse, probablemente, a partir del gobierno de Ulises Heureaux (1882-1899), momento en que se otorgaron importantes puestos gubernamentales a políticos cibaños, hecho que provocó

un progresivo alejamiento entre los agricultores y la elite mercantil. Durante el siglo veinte, los exportadores dejaron de buscar apoyo político entre las filas de los agricultores; en cambio, fueron acercándose cada vez más al aparato estatal y pasaron a ser parte de la clase dirigente regional y nacional.

Conclusión

El colonialismo español estuvo caracterizado por un fuerte centralismo. Las autoridades coloniales hicieron todo lo que estuvo a su alcance para mantener el control sobre el sistema económico de su imperio. No obstante, fueron incapaces de neutralizar los procesos autónomos de desarrollo social y económico que tenían lugar a nivel regional. Esto quiere decir no solamente que, a nivel regional, se lograba limitar la influencia española, sino también que, en algunos casos, las economías regionales daban forma a sus propias relaciones con el mercado español e internacional. En la colonia hispana de la Española, lo anterior condujo al establecimiento de una economía basada en el cultivo de tabaco que se sostuvo a sí misma a lo largo de tres siglos. Hemos calificado a dicho sector tabacalero como una «contra-economía», ya que se daba en oposición a los criterios del sistema económico español. Nada más que durante dos cortos períodos de tiempo, 1610-1650, y 1765-1791, la industria tabacalera formó parte del sistema colonial español.

Este sector del campesinado cibaño se mantuvo vigente durante tres siglos de desatención por parte de la metrópoli, seguido por otros 50 años de *campesinización*.⁸¹ El surgimiento del mencionado sector no fue el resultado de la resistencia a la práctica de la agricultura extensiva, como ocurrió en otras partes del Caribe, fue más bien la ausencia de una política económica por parte de las autoridades españolas lo que sentó las bases para el establecimiento de una sociedad rural que producía dentro de los límites de una tácita autonomía. Dicho campesinado estaba compuesto por una

⁸¹ Machín, Jorge. «Orígenes del campesinado dominicano durante la ocupación haitiana». *Eme Emé Estudios Dominicanos* 1, no. 4 (1973): 29.

población mixta que desarrolló su propio acervo cultural, basado en una dominante herencia española.

El carácter de autonomía del sector tabacalero no provocó su aislamiento. A pesar de su relativa escisión de la economía colonial española, el sector del tabaco mantenía múltiples contactos con el mercado internacional. La particular organización del cultivo del tabaco y, especialmente, su combinación con el cultivo de vegetales alimentarios, dio un carácter especial a dichos contactos. La supervivencia de los campesinos tabacaleros dependía, sobre todo, de la práctica de su agricultura de subsistencia. Gracias a ello, dicho sector rural podía continuar con la producción de tabaco aun cuando las condiciones de mercado eran relativamente desfavorables.

La propagación del cultivo del tabaco tuvo importantes consecuencias para la región. Creó una dinámica clase mercantil en las ciudades. Los comerciantes se convirtieron en una importante fuerza social que comenzó a tener una fuerza política importante. Durante el siglo XIX, la población cibaëña se levantó en armas en dos ocasiones para defender su autonomía e incrementar su influencia en el devenir político nacional. Sin embargo, los dos objetivos mencionados fueron contradictorios. La guerra consiguió salvaguardar el sector tabacalero del Cibao, pero al mismo tiempo integraba el Cibao en la política nacional. La característica más importante del sector tabacalero fue que existía, no debido al Estado central, sino en oposición a él. La integración en la política nacional significaba la pérdida de autonomía económica.

CAPÍTULO 2

TRANSFORMACIÓN CAPITALISTA Y REGIONALIZACIÓN EN LA REPÚBLICA DOMINICANA, 1875-1920

La historiografía latinoamericana ha sido caracterizada hasta hace poco por el énfasis sobre lo *común* en la historia de las diferentes regiones de Latinoamérica. La historia de áreas completas era analizada con frecuencia en base a grandes tipologías y así podía surgir la impresión de que la historia de regiones diversas a menudo no mostraba diferencias.

Sin querer restar importancia a estos estudios, parece importante de poner más atención al carácter diferenciado y matizado de la penetración capitalista en la agricultura latinoamericana. La imposición de la economía de mercado y la conformación de las relaciones económicas capitalistas pudieron desarrollarse de maneras muy distintas. La influencia de modelos locales de organización y las diferentes reacciones de la población campesina produjeron muchas variaciones en el desarrollo final.

En este capítulo se analizará un ejemplo de tal proceso de desarrollo desigual en el contexto de un país relativamente pequeño como lo es la República Dominicana. Podremos distinguir en el país tres regiones que, por un lado, están ligadas al mercado mundial, pero que por otro lado han experimentado desarrollos considerablemente distintos. Estas diferencias fueron causadas por la forma específica de la penetración del capital y por la fuerza de la élite local, sino también por las actividades de los grupos populares, sobre todo la población campesina. A diferencia de otras partes de América Latina, el Estado dominicano no tenía poder como para jugar un rol activo en este proceso. Desprovisto de una base propia de poder económico y fuertemente dependiente del financiamiento externo, el Gobierno dominicano no tuvo más remedio que someterse a los deseos de los intereses del capital extranjero.

En estos procesos jugaron un rol de suma importancia las reacciones y el grado de autonomía de la población campesina. La posición de las familias campesinas en la República Dominicana estaba determinada por una población de baja densidad y por un acceso casi ilimitado a la tierra agrícola. En el período en cuestión, la población campesina se ocupaba fundamentalmente de la agricultura de autosubsistencia, complementada con la producción para el mercado, artesanía, comercio y algún trabajo asalariado. Estas actividades complementarias la ligaban, en mayor o menor medida, al mercado mundial y le daban un lugar en la acumulación de capital del sector capitalista, sin embargo, puesto que podía conservar su base en la mayor parte, en el autoabastecimiento, siguió siendo una clase relativamente incontrolable y casi no se dejaba manipular por los sectores capitalistas.

El desarrollo de la economía dominicana hasta 1875

El desarrollo de la economía dominicana en el siglo XIX estuvo determinado en gran parte por la colonización española desinteresada e ineficiente que le antecedió. El país, al igual que Puerto Rico, después de su descubrimiento, se convirtió rápidamente en una región sin mayor importancia para la Corona Española. Los campesinos de origen español, con ayuda de un pequeño contingente de esclavos, ejercían una agricultura dirigida en su mayor parte al autoabastecimiento. Los productos de la isla difícilmente se comerciaban debido a la deficiente infraestructura de la isla y a su posición aislada. Además, el monopolio español del comercio tenía una influencia sumamente entorpecedora sobre la economía dominicana. Durante la segunda mitad del siglo XVII toda la región del Norte de la isla fue despoblada para combatir el acrecentado comercio ilegal con los competidores europeos noroccidentales de España. El comercio con España, no obstante, no ofrecía ninguna alternativa: mientras en 1799 navegaban 300 barcos entre Francia y la colonia francesa de Saint-Domingue, solo un barco español atracaba cada tres años en Santo Domingo.¹

¹ Ernest Charles Palmer, «Land Use and Landscape Change along the Dominican-Haitian Borderlands», tesis Ph. D., University of Florida, 1976, 45.

Recién a fines del siglo XVIII, la política del gobierno español bajo la enérgica dinastía borbónica se volvió más activa. Se estimuló el cultivo de productos comerciales como tabaco y cacao y se intentó fomentar la inmigración de familias campesinas en la colonia. Sin embargo, estas políticas no tuvieron tiempo para demostrar su efectividad. Después que las acciones guerreras durante el levantamiento de los esclavos en Saint-Domingue ya habían producido la detención de las actividades agrarias, más aún, en 1822 el Santo Domingo español fue conquistado e incorporado por los triunfantes ejércitos haitianos. La burocracia española y una gran parte de los latifundistas españoles escaparon del país. Cuando en 1844 el país recuperó su independencia, estaba caracterizado por una población poco densa, una organización estatal inestable y poco coherente y una economía cuyos principales componentes eran la explotación forestal y la ganadería extensiva en el Sur y la pequeña agricultura auto-abastecedora en el Norte.

Por todo esto, la agricultura dominicana se desarrolló en el siglo XIX en primera instancia lentamente. Las familias campesinas llevaban una vida aislada y basada en el autoabastecimiento. La deficiente infraestructura del país hizo extremadamente difícil la comercialización de los productos agrarios. Al campesinado mismo, por otra parte, no le molestaba mucho esto. Había tierra en abundancia y mientras la república no fuera tocada por la violencia militar, no le costaba mucho proveerse su subsistencia. Eran especialmente los comerciantes de las ciudades y, en menor medida, las autoridades estatales, los que lamentaban esta situación. Los primeros, por sus ganancias y los segundos por los ingresos fiscales eran totalmente dependientes del comercio de exportación. Abatida, la revista *El Dominicano*, en 1846, caracterizaba la situación durante la ocupación haitiana como «reducida la agricultura a solo víveres menores, que ni por su clase, no por su cantidad se podían exportar, el comercio decayó totalmente y con él murió toda esperanza de prosperidad».²

² Citado en Jaime de Jesús Domínguez, *Economía y política en la República Dominicana, 1844-1861* (Santo Domingo: UASD, 1977), 61.

Las ganancias de la explotación de bosques y de la ganadería otorgó cierto lujo a la élite terrateniente del Sur, pero aportó muy poco al desarrollo del país en cuanto a inversiones productivas. De hecho, en esta fase no se podía hablar de un Estado Nacional. El país estaba controlado por caudillos locales que poseían en su propia región un poder monopolístico prácticamente ilimitado.

Esta era la situación desde la cual en la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a desarrollarse nuevas estructuras económicas y sociales.

El Norte. La producción de familias campesinas

Las devastaciones ocurridas bajo la administración colonial española en el siglo XVIII³ y los repetidos ataques haitianos a lo largo de la «línea noroeste» en el siglo XIX, habían sido la causa de que casi no existiera el latifundio en el Cibao. Las familias campesinas que vivían aisladas subsistían con su producción de alimentos y además cultivaban tabaco en pequeña escala. Durante la ocupación haitiana, se conducía gran parte de ese tabaco hacia la parte occidental de la isla en forma de *andullos*.⁴ Pero ya antes de 1844 barcos alemanes habían comenzado a cargar tabaco en rama frente a la costa dominicana, del cual la mayor parte era transportada hacia Hamburgo y Bremen.

Puesto que el tabaco dominicano era considerado de muy buena calidad, se instalaron rápidamente algunos comerciantes alemanes en el Cibao.⁵ Otros hacían sus negocios desde la pequeña

³ Frank Peña Pérez, *Cien años de miseria en Santo Domingo, 1600-1700* (Santo Domingo: UNAPEC, 1986).

⁴ Para este periodo ver Frank Moya Pons, *La Dominación Haitiana* (Santiago: UCMM, Santiago, 1972); también Frank Moya Pons, «The Land Question in Haiti and Santo Domingo: The Social-Political Context of the Transition of Slavery to Free Labor, 1801-1843», en Manuel Moreno Fraginals, Frank Moya Pons, Stanley L. Engerman, S. *Slavery and Free Labor in the Spanish-speaking Caribbean* (Baltimore: Johns Hopkins UP, 1985).

⁵ El comerciante alemán de tabaco y posteriormente cónsul en Hamburgo, Kuck, se instaló ya en 1848 en Puerto Plata. Ver Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Pedro F. Bonó* (Santo Domingo: Editora del Caribe, 1964), 508.

isla danesa de Saint Thomas. Durante el siglo XIX, estos comerciantes alemanes compraron, en general, alrededor del 90 % de la producción dominicana de tabaco.⁶ Entre el 1844 y 1860, la mayoría de las casas exportadoras en Puerto Plata, el puerto principal de exportación, eran extranjeras. Junto a estos comerciantes extranjeros, surgió una clase de comerciantes dominicanos, especialmente en Santiago, que se ocupaban de la exportación de tabaco (y más tarde de cacao) y de la importación de artículos de consumo. Aunque lentamente comenzó a ocupar una posición dominante en la región y se convirtió también a nivel nacional en un importante grupo de intereses, siguió siendo hasta el siglo XX, fuertemente dependiente del crédito alemán.

Era el comercio y la producción de tabaco lo que ligaba a las familias campesinas cada vez con más fuerza al mercado mundial. La continuidad del sector tabaquero se basaba en la necesidad de algún ingreso monetario que servía a las familias productoras para comprar determinados artículos domésticos, alimentos, bebidas o medicinas; también para cumplir con sus obligaciones sociales como fiestas de matrimonio, donaciones a la iglesia, etc. El cultivo de tabaco fue durante largo tiempo el único medio para lograr aquel ingreso monetario y, como tal, se convirtió en el cultivo de exportación más importante del Cibao.

No obstante, el carácter autoabastecedor de las familias campesinas hizo que el cultivo de alimento siguiera siendo la fuente de subsistencia más importante de los productores y que no se invirtiera dinero para mejorar la producción de tabaco. El cultivo de tabaco se realizaba casi exclusivamente con trabajo familiar. La tierra se hacía cultivable a *tala y tumba*. No se hacía selección de semillas y el secado y fermentación del tabaco maduro tenía lugar al aire libre. Para algunas faenas en que el trabajo familiar se hacía poco, existía un sistema de colaboración recíproca, la llamada *Junta Gratuita* o *Junta de Vecinos*. Este sistema de producción pudo existir

⁶ Jacqueline Boin, y José Serulle Ramia, *El Proceso de Desarrollo del Capitalismo en la República Dominicana (1844-1930)* (Santo Domingo: Ediciones Gramil, 1979), 1:53-54.

gracias a dos factores: la baja densidad poblacional —incluso en el Cibao, la región más densamente poblada de la república— y un acceso prácticamente libre a la tierra que no estaba limitado por una clase fuerte de latifundistas.

En el siglo XIX, el campesinado del Cibao siguió siendo una clase relativamente independiente, la cual solo en alguna medida estaba ligada al mercado a través de obligaciones derivadas de créditos y de relaciones de patronaje. E incluso, si los miembros de la familia realizaban de vez en cuando trabajo asalariado, por ejemplo, en la construcción de vías férreas o en los almacenes de tabaco, la base de la economía campesina siguió siendo la agricultura de autosustento. Para los comerciantes esto tenía, por un lado, la ventaja de que los salarios y los precios del tabaco podían permanecer bajos, por otro lado, la situación mantenía también la independencia e autonomía de la clase campesina.

El tabaco dominicano pasaba por muchas manos antes de llegar a Puerto Plata, parcialmente como resultado del transporte primitivo. Para la fecha de 1870, no existían caminos que estaban en condiciones para carruajes ni ningún puente en verdad. Los bienes y los pasajeros eran transportados por caballos o mulas; el transporte por ríos estaba limitado a *lanchas* (canoas). Hasta la década del 80 del siglo XIX, todo transporte de Santiago a Puerto Plata fue hecho por recuas, una manada de unos 20 animales; cada animal cargaba dos *serones* (fundas de sesenta kilogramos). Era una actividad lenta y riesgosa. Por los peligros involucrados, los *recueros* se desarrollaron en un oficio identificable con un ampliamente respetado código de honestidad. Entre 1882 y 1887, el ferrocarril de Samaná-Santiago fue construido, proveyendo la primera mejoría en el transporte del área del Cibao. Santiago tuvo que esperar hasta 1897 para que un ferrocarril lo conectara a Puerto Plata.

Hasta los años de 1870, el tabaco dominicano así tenía acceso prácticamente ilimitado al mercado alemán y los precios eran elevados. Sin embargo, luego siguió una gran crisis comercial causada sobre todo por la acrecentada competencia del tabaco de Brasil y Deli y por las medidas proteccionistas que fueron consecuencias de la incorporación de Hamburgo y Bremen a la nueva Alemania

de Bismarck. Las rebajas de precios que derivaron de todo esto fueron aún reforzadas por la crisis mundial generalizada de 1873 hasta 1896.

Fue especialmente la clase comercial la que sufrió las consecuencias de la crisis. Los márgenes de ganancia retrocedieron, los precios bajaron y fue cada vez más difícil deshacerse del tabaco en el mercado alemán. Esto hizo tomar consciencia a esta clase de su dependencia de los importadores alemanes. Como ejemplo de esto puede servir una cita de *El Eco del Pueblo* que en 1892 escribía:

El comprador alemán abusa y saca ventaja muy larga de la precaria situación de nuestro explotado comercio, que se ve forzado para cumplir sus créditos y demás compromisos, a aceptar las ventas y remates tal cual las hace allá el grupo privilegiado, que desde años atrás viene aumentando sus millones a costillas de casi todo el productor dominicano.⁷

En esta cita encontramos todos los elementos característicos de la ideología de una clase comercial débil, al margen de la economía mundial: la frustración por la dependencia del mercado mundial (que se encargó de que las mayores ganancias se hicieran en el extranjero), un nacionalismo principiante y un intento de legitimación del interés propio, refiriéndose a aquello de todo el país y de toda la población.

Pero también el gobierno se preocupaba. Sus ingresos se componían casi exclusivamente de las recaudaciones de importación y exportación. Con el decrecimiento del comercio disminuyeron también los ingresos estatales. Además, el dinero que provenía del tabaco había transformado la vida del Cibao y el decrecimiento de los créditos alemanes tuvo consecuencias directas en la cantidad de moneda líquida que circulaba en el Cibao y con esta para la actividad económica en la región.⁸

⁷ *Eco del Pueblo (EdP)*, XI, 318, 24 de julio de 1892; «El Tabaco».

⁸ Un gran problema en el Cibao era la escasez de dinero en períodos fijos, lo cual era consecuencia de una actividad comercial desfavorable o de la

La clase mercantil hizo lo posible por dirigir el peso de la baja de precios a los productores. Los periódicos estaban llenos de quejas de la mala calidad del tabaco y la incompetencia de los campesinos dominicanos, un pretexto ideal para mantener los precios tan bajos como les era posible. Los precios del tabaco bajaron tanto que el cultivo de tabaco llegó a conocerse como un oficio no remunerable. Había que hacer que los campesinos cultivaran otro tipo de cultivos de exportación y había que mejorar las tierras agrícolas y, por lo tanto, la calidad de los productos.

No obstante, la paradoja era que, en espera de estas mejoras y el paso de la crisis mundial, los precios fueron rebajados hasta un mínimo absoluto. En esto, los acuerdos de precios entre los comerciantes abundaban. En 1899, por ejemplo, las casas mercantiles de La Vega, Sánchez y San Francisco de Macorís decidieron un precio máximo para el cacao de RD\$ 45.50 por quintal para «contribuir a regularizar cuanto sea posible las operaciones relativas a la exportación de productos». En ese momento había comerciantes que pagaban más de RD\$ 70.⁹ Además, los comerciantes se encargaron de actividades que antes eran desempeñadas por los productores, como clasificar y empacar el tabaco. Este cambio representó un paso importante en la creciente especialización en el sector tabacalero y el control más eficaz por el sector mercantil. También creó una demanda por la mano de obra temporal de cientos de mujeres para trabajar por los mercantiles a bajo pago.

En tal situación, casi no había estímulo para que los productores campesinos mejoraran la calidad de los cultivos o para que pasaran a otros rubros de exportación. Puesto que el apremio por producir en las circunstancias del Cibao no correspondía con las posibilidades, se buscaron otros medios. La clase mercantil,

demora de los créditos alemanes. Carta del Gobernador de Santiago, J. V. Núñez, al Ministro de Interior y Policía, 14-12-1870 en Correspondencia de Interior y Policía (IP), legajo 11.

⁹ Carta de Zoilo García, La Vega, a José Batlle, Santiago, 15-5-1899 en Correspondencia del Ministerio de Hacienda y Comercio, legajo 57. En 1900 también tuvo lugar una exportación en conjunto; Tulio Cestero, *Por el Cibao* (Santo Domingo: Cuna de América, 1901), 147.

dependiente como estaba del comercio de importación-exportación, desesperadamente necesitaba otro producto de exportación. El cultivo de cacao en la parte este del Cibao proporcionó una alternativa al poco rentable sector de tabaco. Desde más o menos 1880 ofrecía buenas perspectivas. No es por lo tanto sorprendente que los comerciantes al igual que oficiales jugaron un rol activo en la introducción y distribución de semillas de cacao y en el estímulo del cultivo de cacao en general. Diversos comerciantes tomaron el control directo sobre el proceso productivo y fundaron empresas agrícolas propias. En Puerto Plata, tres excomerciantes de tabaco fundaron empresas de cacao de 300 y 500 tareas,¹⁰ pero fue especialmente en la región de la vía férrea de Samaná, alrededor de las ciudades de La Vega y San Francisco de Macorís, que muchos comerciantes, usando trabajo asalariado, tomaron en sus manos ellos mismos la producción de cacao.

Por otra parte, desde los años de 1870, en estrecha colaboración con la clase comercial, el gobierno comenzó con una política de estímulo para mejorar y expandir la producción de cultivos de exportación. El gobierno de Ignacio María González (1873-1874) había comenzado esta política.¹¹ Los gobernadores provinciales y los comerciantes distribuyeron semillas, repartieron panfletos y dieron recomendaciones técnicas. Conforme a las palabras de la *Voz de Santiago* era necesario:

animando a nuestros agricultores a que sigan el progreso y abandonen la rancia rutina en que se encuentran sumidos. También debemos esforzarnos sobre las ventas que les reportará el cultivo metódico de ciertos frutos que hoy miran con indiferencia, haciéndoles comprender que (...) obtienen mayores precios en los mercados extranjeros.¹²

¹⁰ *Gaceta Oficial (GO)*, IX, 418, 17-6-1882.

¹¹ Para esa opinión ver *EdP*, XI, 315, 4-6-1892.

¹² *Voz de Santiago*, I, 8, 15-5-1880; «Agricultura».

Sin embargo, bajo la buena voluntad del gobierno, se escondía otra intención, pues en general, las ventajas de determinar medidas gubernamentales parecían estar dirigidas a apoyar a los grandes propietarios. El gobierno de González eximió del servicio militar a todos los campesinos que cultivaran más de 5,000 plantas de café o cacao. Esta era una cantidad que sobrepasaba lejos las posibilidades de las familias campesinas del Cibao. Lo mismo era válido para las cantidades de azúcar de caña cultivada, café, algodón o tabaco también cultivados, que en Samaná daban derecho al uso gratis de aparatos de elaboración.¹³

La producción de cacao incrementó rápidamente durante la década de 1880. La producción aumentó a más de medio millón kilogramos en 1888 y tres a cinco millones a principios del siglo 20. Junto al empleo urbano y el trabajo temporal de los ferrocarriles, el sector de cacao creó una demanda constante de trabajadores en los campos del Cibao. Hasta cierto punto, el carácter capitalista de la producción de cacao resultó de la característica agrónoma del producto. Un perenne, el árbol de cacao dura cuatro a cinco años para poder empezar a producir. Este período de tiempo requería que los productores adaptaran una mentalidad empresarial preparada para largos plazos de planificación e inversión. Hacia fines de siglo, algunas haciendas a gran escala fueron fundadas, la mayoría por extranjeros. La mejor conocida era La Evolución en Sabana de la Mar, al sur de la bahía de Samaná. Fundada en 1888 por la firma francesa Montandon, Descombes and Company, contenía cien mil árboles cuidados por trabajadores inmigrantes de Alemania.

Sin embargo, en general, el cacao se convirtió en un sector propio de la República Dominicana. La producción fue supervisada por familias campesinas o capitalistas dominicanos quienes habían acumulado su dinero en el comercio tabacalero. Las empresas dominicanas también jugaron un papel importante en el comercio de cacao, que les dio a la burguesía comercial del Cibao la oportunidad de consolidar e incrementar su posición de poder.

¹³ *Gaceta de Santo Domingo (GStD)*, III, 126, 16-6-1876; «Comisión Especial de Agricultura».

Los nombres De Moya, Grullón, Guzmán y García fueron nombres de familias muy bien conocidos entonces; y lo son aún hoy en día.

Estratificación social

Por lo tanto, el gobierno se dirigía a las familias campesinas, pero trataba de fomentar a una nueva clase media de cultivadores, la cual, surgida de la clase comercial y en colaboración con esta, debía mejorar la posición exportadora de los productos dominicanos. Solo la iniciativa de fundar escuelas agrícolas estaba —tal vez— dirigidas a los pequeños campesinos. En 1897, el entonces Ministro de Justicia e Instrucción hizo una propuesta para fundar tales instituciones y desde esa época sigue apareciendo. Aunque el gobierno muchas veces se disponía a fundar él mismo estas escuelas, era la iniciativa particular de los comerciantes la que debía preocuparse de la realización de esta idea. De esta manera, alrededor del cambio del siglo se fundaron escuelas agrícolas (a veces en combinación con las llamadas «colonias agrarias») en La Vega, Monte Cristi y en Puerto Plata.¹⁴ La aparición de la *Revista de Agricultura* en 1905 formó parte también de este nuevo interés por la educación agrícola.

Es difícil tener una visión exacta de las reacciones de los campesinos justamente también porque, en este sentido, las fuentes han sido deformadas en gran medida por el punto de vista de los comerciantes. Constantemente llaman la atención las fuertes tendencias de los comerciantes a atribuir todos los desarrollos que no les complacían a la conducta irresponsable y retrasada de los campesinos. En ese sentido, Bryan hace la interesante sugerencia de que el creciente desprecio por el pequeño campesino a fines del siglo XIX sería un signo de que la sociedad rural del Cibao se habría ido estratificando cada vez más.¹⁵

¹⁴ *El Nuevo Régimen*, 16-5-1900; «Escuelas de Agricultura Práctica» (Eugenio María de Hostos).

¹⁵ Patrick E. Bryan, «La Producción Campesina en la República Dominicana a Principios del Siglo XX». *Eme Emé Estudios Dominicanos* 7, no. 42 (May-Jun, 1979): 52.

Es cierto que la comunidad norteña —relativamente igualitaria anteriormente— comenzó a conocer diferencias socioeconómicas cada vez mayores. La clase comercial comenzó a transformarse lentamente en una clase terrateniente que tomó a su cargo, en gran parte, la producción de tabaco o cacao. Además, surgió una clase mejor situada de campesinos propietarios, los cuales, junto a la agricultura de subsistencia, cultivaban tabaco o cacao y se dejaban conducir en sus empresas, en gran medida, por los desarrollos en el mercado.

Es difícil decir si hacían uso de trabajo asalariado o realizaban (pequeñas) inversiones de capital, pero lo que sí es seguro es que se distinguían claramente del grupo social más bajo, los que no poseían tierra y de los pequeños campesinos que, con frecuencia no poseían título de propiedad. El gobernador de Puerto Plata bosquejó una idea interesante sobre esta distinción de «clase» cuando se quejaba de los métodos de la policía rural:

(...) cuando se ha necesitado cierto número de ciudadanos para un servicio, que muchas o las más de las veces, en lugar de escogerse aquellos que no son propietarios, se designan siempre los que pueden redimirse por medio de remuneraciones.¹⁶

Esta distinción se daba más fuertemente en los centros económicos como Santiago, Puerto Plata y La Vega, donde los precios de la tierra habían subido tanto que, para los campesinos pobres, el acceso a esta estaba casi descartado. La mayor parte de estos campesinos se convirtió en trabajador ocasional de las otras infraestructuras de aquel período o se preocupaba de su manutención yendo a trabajar a las plantaciones de cacao en la región de San Francisco de Macorís. Una parte de ellos emigró hacia las regiones más lejanas, con lo cual la estratificación social se transformó también en una estratificación regional.

¹⁶ Memoria del Gobernador de Puerto Plata, 1898, en IP, 1898.

También en el Norte, por tanto, crecieron las ciudades y la magnitud de una población dependiente de un salario. Esto hizo que, lentamente, el gobierno se fuera preocupando de la producción de alimentos, puesto que de vez en cuando se sentía la amenaza de una falta de alimentos. Tal como un diplomático británico observaba en 1911: «la atención conferida al cacao, al menos en el Cibao, ha detenido el desarrollo de otros productos».¹⁷ Regularmente llegaban quejas desde las ciudades sobre la falta de productos alimenticios y sobre el aumento de precios que esta traía consigo.

Ya en 1876 Pedro Francisco Bonó, como Comisionado Especial de Agricultura, había señalado la importancia del cultivo de arroz en el sector de La Vega, pero entonces él tenía en vista la exportación de arroz.¹⁸ Sin embargo, alrededor del cambio de siglo, la importación de arroz se convirtió en una fuente de preocupaciones. Según la *Revista de Agricultura*, se habían gastado en 1905 más o menos RD\$ 200,000 oro en la importación de 9 millones de libras de arroz.

Los gobernadores provinciales trataron de aumentar las posibilidades de comercialización de productos alimenticios con la esperanza de asegurar con esto el abastecimiento a las ciudades.¹⁹ De esta manera, el gobernador de Santiago trató de persuadir a las direcciones de las empresas ferroviarias para que cobraran tarifas más bajas para frutos menores.²⁰ En general, en este período, la agricultura de exportación y de alimentos se desarrollaban aún en relativa armonía en el Cibao, de tal manera que raramente había escasez de alimentos. El cultivo de productos alimenticios siguió recibiendo, por esto, poca atención explícita del gobierno.

¹⁷ Citado en Patrick E. Bryan, «The Transformation of the Dominican Economy», tesis Ph. D. University of London, 1977, 149.

¹⁸ *GStD*, III, 126, 16 de junio de 1876.

¹⁹ Memoria del Gobernador de Santiago, 1896, en IP, 1896.

²⁰ Al respecto ver Bruce Calder, «Caudillos and Gavilleros versus the United States Marines», *Hispanic American Historical Review* 58, no. 4 (1978): 653-656.

El Sur. La industria azucarera

El Sur había sido antiguamente la región donde la élite colonial española poseía sus latifundios, llamados *hatos*. La revolución haitiana había hecho valer también su influencia sobre esta región, pero la estructura del latifundio siguió existiendo en su mayor parte. También las relaciones sociales en la región mostraban claramente una herencia colonial. Los campesinos de esta parte de la isla, con frecuencia descendientes de esclavos, se mantenían aún en una relación de dependencia patrón-cliente respecto a los grandes terratenientes y les eran incondicionalmente fieles. Ellos constituían también el poder de la mano de obra en la explotación de los bosques y en las actividades pastoriles, las cuales eran los quehaceres más importantes en los hatos.

En la región de la costa, alrededor de Azua y Baní, la situación era diferente. Allí las familias campesinas cultivaban caña de azúcar, en parte como producto alimenticio —la caña de azúcar en tiempos difíciles era «el pan de los pobres»—, pero en su mayor parte, como cultivo comercial. Esta producción azucarera era realizada exclusivamente con trabajo familiar. La caña de azúcar era triturada en molinos de madera —los denominados trapiches—, los cuales eran tirados por bueyes. En 1871, había alrededor de Baní y Azua, entre 200 y 300 de estos trapiches. Las cifras precisas de producción no están a nuestra disposición, pero la exportación de azúcar de Santo Domingo alcanzaba en 1870 a más de 1.3 millones de libras y la de Azua en el siguiente año a más de 1.5 millones de libras. La producción total de estas dos provincias tiene que haber sido entonces de unos 3 millones de libras.²¹

Tomando en cuenta el bajo nivel tecnológico, esto significaba que una gran cantidad de familias campesinas participaba en el cultivo de la caña de azúcar. Según Sánchez, Azua, junto a Santiago y Moca en el Norte, era «el centro agrícola e industrial más

²¹ Cifras agregadas del: *Boletín Oficial*, III, 176, 8-7-1871; 192, 28-10-1871; 193, 4-1-1871; 194, 11-11-1871 en IV, 208, 2-1872.

importante». ²² Las familias campesinas cultivaban caña, parcialmente como un producto de subsistencia y cuando fuese posible como un producto de exportación. *Trapiches* (molinos de madera) halados por bueyes eran usados para moler la caña, ya que molinos con rollos de hierro eran escasos.

La mayor parte de las familias campesinas dependía en mayor o menor grado de los comerciantes de las ciudades a través de deudas por créditos o relaciones de patronaje, al mismo tiempo que estos últimos con frecuencia ocupaban una posición considerablemente débil con relación a los comerciantes de exportación que, muchas veces, se encontraban ligados con las casas comerciales de Curazao.

Durante los años de 1870 se produjo un drástico cambio en esta situación. Ciertos desarrollos dentro del país también incentivaron la producción de azúcar. Primero, una serie de gobiernos «modernos» estimuló la inversión de capital y ofreció exenciones de impuestos y otras ventajas a las nuevas empresas. Este patrón empezó durante el gobierno de González (1872-1874) y culminó durante el gobierno autoritario de Ulises Heureaux (1883-1899). La estabilidad política bajo la larga dictadura de Heureaux (Lilís) garantizaba una paz interna a través de su fuerte maquinaria militar. Segundo, miles de cubanos migraron a la República Dominicana durante la Guerra de Diez Años en Cuba (1868-1878), trayendo una buena cantidad de capital, espíritu emprendedor y conocimiento al país. Tercero, la competencia cubana estuvo temporalmente ausente durante La Guerra de Diez Años. Al mismo tiempo, las Antillas Británicas sufrieron una crisis estructural en su industria azucarera por el exhausto del terreno y la pérdida del apoyo político de los «intereses azucareros» británicos. Además, los precios del azúcar en el mercado global permanecieron altos hasta 1883 y se lograron mejorías en el transporte nacional e internacional.

Después de la crisis azucarera de 1883-1889, se desarrolló de una manera prácticamente industrial, una economía de plantación

²² Juan J. Sánchez, *La Caña en Santo Domingo* (Santo Domingo: Ediciones Taller, 1976 (original 1893), 32.

dirigida puramente a la exportación, la cual constituyó rápidamente un elemento dominante en la economía dominicana. En una economía tecnológicamente atrasada, cada humilde innovación tecnológica es percibida como una modernización trascendental. La reacción a las primeras etapas de la producción azucarera en la República Dominicana probó ser no excepción a esta regla. La tecnología introducida a partir de 1870 era aún primitiva, pero fue pregonada como la llegada de los tiempos modernos. La *Gaceta de Santo Domingo* publicó una serie de artículos en el verano de 1877 titulada «En la elaboración del azúcar está la salvación del país».

El punto central del sector azucarero se desplazó rápidamente hacia las poco pobladas tierras bajas en el Sur-Oriente donde la tranquila caleta de pescadores de San Pedro de Macorís se transformó en algunos años en un centro de exportación efervescente de actividad. El desarrollo de este nuevo sector exportador se ha descrito ya detalladamente,²³ por lo cual será dejado de lado aquí en gran parte. En lo que aquí sigue, solo entraremos más ampliamente en las consecuencias, que tuvo el surgimiento de este sector para las relaciones latifundistas y para las relaciones laborales en la región.

La tierra

Como ya se ha dicho, el Sur del país era la región de los hatos, extendidos latifundios con límites que se podían indicar solo tentativamente. La demarcación poco clara de los hatos constituía, no obstante, solo una parte de las problemáticas relaciones de propiedad de la tierra en la región. Debido a la fuga de muchos propietarios y a la repartición de la tierra bajo la administración

²³ Wilfredo Lozano, *La Dominación Imperialista en la República Dominicana, 1900-1930* (Santo Domingo, UASD, 1976); Frank Báez Evertsz, *Azúcar y Dependencia en la República Dominicana* (Santo Domingo, UASD, 1978); Antonio Ramón Lluberes Navarro, «The Sugar Industry. Emergence and Development of Capitalism in the Dominican Republic, 1872-1930», tesis Ph. D., George Washington University, 1982.

haitiana, la situación de la propiedad de la tierra se había vuelto menos transparente aún. Además, en el correr de la historia, se habían dividido muchos hatos los cuales habían caído en manos de más propietarios y por esa razón eran conocidos como «terrenos comuneros».²⁴ Cada propietario poseía una cantidad de pesos o acciones que le daban derecho a una parte proporcional de los frutos de la propiedad. Puesto que las propiedades no estaban divididas físicamente y los pesos pasaban de mano en mano, los terrenos comuneros eran una fuente de confusión y, con el crecimiento del valor de la tierra, una fuente de fraudes.

La falta de un catastro impedía también una determinación precisa de la magnitud de las tierras estatales. En muchos lugares se abusó de esto. El gobernador de Puerto Plata escribía en 1872, por ejemplo, que «cada cual vive y goza de él (el sistema de tierras estatales; M. B.) a su manera por no haber un Catastro de los bienes que corresponden a la Nación (...). Los habitantes de esos lugares se creen cada uno dueño de ellos». El registro se debía efectuar con hombres armados porque ellos eran «capaces de cualquier desorden».²⁵

Es probable que los pequeños y grandes campesinos por igual aprovecharan de esta situación poco clara antes de 1870. Esto cambió, no obstante, con el surgimiento de la industria azucarera. Durante la primera fase (1874-1884), llamada por Del Castillo la «fase concurrencial»,²⁶ esa transformación aún no era notable. Las nuevas empresas azucareras sacaban provecho, sin duda, de la tierra barata en la República Dominicana, cuyos precios eran

²⁴ Alcibiades Alburquerque, *Títulos de Terrenos Comuneros de la República Dominicana* (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1961); Alcibiades Alburquerque, *Apuntes Históricos sobre la Propiedad Territorial de Santo Domingo* (Santo Domingo: Imprenta Montalvo, 1926); Manuel Ramón Ruiz Tejada, *Estudio sobre la Propiedad Inmobiliaria en la República Dominicana* (Santo Domingo: UASD, 1952).

²⁵ Carta del Gobernador de Puerto Plata, 21-3-1872, en: IP, legajo 15.

²⁶ José del Castillo, *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana, 1900-1930* (Santo Domingo: Centro Dominicano de Investigaciones Antropológicas, 1978), 7.

mucho más bajos que los de las islas circundantes. Supieron acumular grandes extensiones de tierra, pero no entraron en conflicto con las familias campesinas que ya operaban en aquellas regiones. Por el contrario, en primera instancia, los pequeños productores de azúcar aprovechaban la nueva actividad. Encontraron mejor demanda que nunca para su propia caña de azúcar y el trabajo asalariado en los nuevos ingenios les ofrecía una atractiva ganancia extra.

Fue desde la segunda mitad de los años de 1880 que comenzaron a verse los lados oscuros de este modelo de desarrollo. La crisis en el mercado mundial azucarero que comenzó en 1883-1884 y que se encargó de una rápida disminución de los precios de la caña de azúcar, significó el fin de la clase de pequeños productores de caña, los cuales cayeron en la trampa de impagables deudas. Las empresas de caña de azúcar que sobrevivieron a la crisis buscaron la solución en el aumento en escala y una mecanización cada vez mayor de la elaboración. La aplicación ahora general de la energía del vapor se encargó también de que la magnitud de las regiones azucareras productivas creciera cada vez más.²⁷ En esta segunda fase —la «fase monopólica» de Del Castillo— creció por esto a pasos gigantescos la necesidad de tierra de las empresas azucareras.

La posición extremadamente influyente que las empresas azucareras adquirieron en esa época, entre otros por la eficiente defensa de intereses y procuración de créditos a las autoridades (léase Heureaux), fue un elemento importante. Bosch relata que Heureaux alguna vez había declarado a Juan Bautista Vicini, su amigo público, procurador de créditos y el mayor magnate del azúcar de ese momento, como el «verdadero presidente» de la nación.²⁸

²⁷ Por ejemplo, Memoria del Gobernador de Azua, en *Gaceta Oficial* (GO), 455, 10-3-1883: «(...) plantaciones de caña, que son las que construyen nuestra riqueza agrícola, se ensanchan con profusión, al extremo, que más de trescientos trapiches, de madera unos y de hierro otros, no dan abasto para triturar todas las cañas que presenta la estación de su sazónamiento».

²⁸ Juan Bosch, *Composición Social Dominicana* (Santo Domingo: Alfa y Omega, 1979), 215.

Desde los años 1890, comenzó por esta razón, una verdadera caza de las nuevas propiedades de tierra por parte de las empresas azucareras. Ellos acumularon mucha tierra y los campesinos fueron incorporados en las grandes empresas como colonos que producían caña de azúcar para un ingenio central. Si las tierras deseadas eran cultivadas con otros cultivos o sus propietarios no querían vender su tierra, se pasaba rápidamente a métodos de intimidación o a la confección de títulos de propiedad ilegales. La dudosa limitación de los «terrenos comuneros» dio la ocasión para aquellas prácticas. Algunas familias campesinas se encontraban de un día para otro sin tierra, aisladas de su provisión de agua o de leña. Algunas veces, las fuentes dan una idea de lo que fue este proceso. En 1891, más de 50 familias campesinas del sector de San Pedro de Macorís (Jagua), se atrevieron a protestar contra la —según su opinión— injusta expropiación de tierras de la empresa azucarera puertorriqueña de Juan Serralles:

Hasta ayer la comunidad estaba en esos terrenos del mismo modo que lo está hoy en otros de la isla; es decir, disfrutando en común de las ventajas y las proventas a que daban ocasión el uso y la costumbre.

Unos y otros (los campesinos; M.B.) han sido sorprendidos con la absorción que de casi toda la suma de derechos de la comunidad ha hecho y está haciendo el señor Juan Serralles, trochando todos los terrenos de la Jagua que no han sido ocupados; violentando muchas veces a los mismos que ya tienen posesión; con tal desconsideración que hasta ha obstruido el camino público poniendo en él compuertas que interceptan el libre paso de los que transitan por allí (...), con tal lesión del derecho común de los codueños que no les permite cortar maderas en los montes.

Conducta la de ese señor tanto más anómala cuanto que la suma de nuestros títulos excede con mucho a los que sabemos que tiene él.²⁹

²⁹ Solicitud al Ministro de Interior y Policía, 10-7-1891, en IP, legajo 133, exp. 8.

Es muy dudable que esta queja haya tenido algún resultado, porque con respecto a la propiedad comunal de la tierra, las opiniones de las autoridades casi no diferían de las de las empresas azucareras. Ambas consideraban los terrenos comuneros como un obstáculo para el avance económico, para «el progreso» en general y para la expansión de la industria azucarera en particular. Eran algo intolerable sobre todo para las grandes empresas, porque impedían la utilización y la comercialización de tierras. Limitaban a las empresas capitalistas en su expansión y otorgaban a las familias campesinas una fuente de existencia permanente e independiente que hacía posible que vivieran, según su preferencia, ya fuese como pequeño campesino o como semiproletario.

Las leyes que tenían como objetivo disolver los terrenos comuneros se fueron uniendo a medidas dirigidas a hacer disponer de tierra a las empresas con fuerte capital. Esto ya era claro en la ley de reforma agraria de Heureaux de 1897, la cual, si bien es cierto, no tuvo éxito en el registro y disolución de la propiedad comunal de la tierra, ofreció todas las posibilidades para repartir tierras a las grandes empresas agrícolas. La ley sobre las «Franquicias Agrícolas» de 1911 con aquella sobre la «División de Terrenos Comuneros» añadida a la primera, fue de considerarse lo más importante en este proceso. Fue esta ley que dio la oportunidad a las empresas azucareras, muchas de las cuales se encontraban entonces dominadas por capital de los Estados Unidos, de extender sus terrenos casi ilimitadamente y que los convirtió en los terratenientes más grandes de la república. El término definitivo de los terrenos comuneros llegó con la «Ley de Registro de Tierras» en 1920. La obligación de hacer medir las propiedades por reconocidos topógrafos pagados y el impuesto directo (de 0.5 hasta el 2 % del valor de la tierra) se encargaron de que muchas familias y comunidades campesinas tuvieran que deshacerse de sus reservas de tierra y que conservaran solo lo que podían cultivar con la fuerza de trabajo de su familia o comunidad.

No todo el aparato de Estado, sin embargo, tenía una actitud acrítica tras la bandera del «progreso» capitalista. Desde el principio hubo funcionarios y políticos que advertían en público de

los lados negativos de la expansión monopólica del azúcar. Irónicamente, el presidente Heureaux en su discurso del Congreso Nacional en 1883, ya había llamado la atención con respecto a dos desarrollos desfavorables de la industria azucarera: «el primero, que desaparecerán los frutos locales del consumo diario para consumir solamente los del exterior; y segundo que se extingue la familia campesina, sustentáculo tradicional del pueblo».³⁰ En el mismo sentido, algunos años más tarde, el gobernador de San Pedro de Macorís alegaba por una legislación de tierra de las empresas azucareras, «como la verdadera riqueza consiste en lo repartida que se encuentra la fortuna, se hace indispensable el deslinde general a fin de que cada cual tome el terreno que le pertenezca en proporción al título que posea».³¹

Cuando Heureaux ya había olvidado su advertencia matizada de 1883 y se había desarrollado un paladín acrítico de la industria azucarera, se demostró cuán correctas habían sido sus palabras de advertencia. El diputado Franco, en 1895, ya no necesitaba basarse en presunciones cuando trató de convencer al Congreso de las implicancias negativas que había acarreado la industria azucarera:

El progreso que aparentemente traen los ingenios es ficticio; ese progreso tan decantado por poetas y progresistas es efímero. S. P. de Macorís ha dado la prueba más evidente de lo que digo ahora (...). La primera vez que estuve en esta capital, vi en sus campos vecinos muchos conucos que la surtían de elementos de vida (...) hoy todos los que tenían sus conucos han vendido sus terrenos y se han convertido

³⁰ Mensaje al Congreso Nacional, 15 de marzo de 1883, en *EdP*, I, 52, 1 de abril de 1883. Heureaux ya había dado antes su opinión en este sentido en una memoria sobre El Seybo en 1881 al Ministro de Interior y Policía: «(...) pues no basta que en la cabecera de un territorio abunden establecimientos agrícolas y mercantiles ni aún que en esa capital tenga un número sobrado de habitantes, si el resto del territorio o provincia a que pertenece va a fenecer (?; M. B.) víctima de la consunción».

³¹ Memoria del Gobernador de San Pedro de Macorís, 13-1-1891, en *GO*, XVIII, 897, 31-10-1891.

en peones de los hacendados: de ahí la gran carestía de víveres que hay en Macorís (...).³²

La relación que se estableció aquí entre la desaparición de los minifundios, la proletarización de la anterior población campesina y la escasez de productos alimenticios en los centros poblados fue esencial para la problemática de la economía sureña alrededor del cambio de siglo. En este sentido el punto clave era que la industria azucarera necesitaba grandes cantidades de trabajadores asalariados.

Mano de obra

El sector azucarero mostraba, desde el principio todos los rasgos de un sector capitalista.³³ El sector azucarero capitalista y las regiones periféricas que aún no estaban dominadas exclusivamente por relaciones de producción capitalista, estaban ligadas, desde el principio, a través del factor trabajo. Dicho de manera menos abstracta: las personas que se encontraban con un pie o incluso con ambos pies en la economía de subsistencia, eran también las que proveían a las empresas azucareras de fuerza de trabajo. Estos trabajadores cambiaban su existencia campesina, a veces permanentemente, a veces por una temporada, por la de trabajador asalariado, tal como sucedió en el norte al instalar la vía férrea y en las plantaciones de cacao. Es difícil saber cómo se daba, en la práctica, una división del trabajo dentro de las familias para no poner en peligro la agricultura de auto-subsistencia. Probablemente eran los hombres adultos de la familia los que trabajaban fuera de sus propios fundos,³⁴

³² Diputado Franco en el Congreso Nacional, 14-6-1895, en *GO*, XXII, 1104, 19-10-1895.

³³ Por ejemplo, Roberto Cassá, *Historia Social y Económica de la República Dominicana* (Santo Domingo, Alfa y Omega, 1981), 129: «En el azúcar (...) desde el principio predominaron casi con exclusividad relaciones capitalistas de producción».

³⁴ Tendría que realizarse una amplia investigación sobre el aporte del trabajo femenino en la industria del azúcar. Generalmente se parte del hecho de que en la zafra solo trabajan hombres. Sin embargo, hay fotos de

mientras que las mujeres y los niños se encargaban del cultivo de alimentos. No está claro lo que sucedía cuando las familias completas partían a las regiones azucareras. Probablemente en estos grupos se encuentran las raíces de un proletariado urbano.

En todo caso, las empresas azucareras crearon una súbita demanda de trabajo asalariado en un sector muy poco poblado. Los relativamente altos salarios que (por esa razón) se pagaban en este sector fueron atrayendo rápidamente trabajadores de las regiones más lejanas. Hostos menciona que en 1884 había unas 6,000 personas trabajando en las empresas azucareras. No obstante, las empresas azucareras corrían el riesgo permanentemente; de no poder encontrar suficientes trabajadores. Aparte de los altos salarios, los empresarios apenas disponían de medios para amarrar a sus trabajadores. Esto era tanto más un problema puesto que los precios de los alimentos estaban sometidos a una constante inflación a causa de la situación en la cual se encontró de súbito una considerable parte de la población que era dependiente del mercado para los alimentos, mientras que la producción de éstos disminuía. «Todos los brazos, ocupados como están en la siembra y cosecha de esta planta (caña; M. B.), han abandonado por completo los frutos menores», escribía la revista *El Este*, que aparecía en San Pedro de Macorís.³⁵ Y el cónsul norteamericano Astwood mencionaba en 1884:

la Isla casi no puede producir para el consumo interno, particularmente en el área donde toda la atención se presta ahora a la producción del azúcar. Productos nativos que hace pocos años se vendían en abundancia y baratos, ya se han convertido en los artículos alimenticios más caros.³⁶

la zafra cubana de fines del siglo XIX que sugieren que esta ausencia de mujeres en la zafra no es tan evidente. Por ejemplo, Roland T. Ely, *Cuando Reinaba Su Magestad el Azúcar* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1963).

³⁵ Citado en: *Eco de la Opinión (EdLO)*. VI, 304, 7 de mayo de 1885.

³⁶ Citado en Ortiz, «Algunas consideraciones sobre el alza del azúcar en la República Dominicana, 1875-1900», *Revista de Historia*, Costa Rica (Ene 1975), 14.

No es casual que fuera justo en esta época que la inflación de los precios de alimentos y su estancada producción produjeran reacciones de inquietud en la prensa, en círculos empresariales y en órganos gubernamentales. 1884 fue el año en que la crisis del azúcar se hizo sentir con toda fuerza en la República Dominicana.

Los azucareros trataron de economizar desesperadamente, y la consecuencia mayor de ello fue que los salarios bajaron rápidamente. Las reacciones de los trabajadores no dejaron mucho que desear en cuanto a claridad: en varios ingenios simplemente se negaron a trabajar. *El Eco de la Opinión*, la revista de los empresarios azucareros, escribía en octubre de 1884, cuando la zafra en realidad ya había debido comenzar:

La paralización de los ingenios lo perturba todo. Algunos de ellos desean emprender trabajos, pero les faltan brazos. Los peones no quieren aceptar los salarios que se les ofrecen, porque (...) no compiten con la carestía actual de los artículos de subsistencia diarios.³⁷

Era claro que esto era una consecuencia de una situación en que el trabajo semiproletario en una economía con libre acceso a la tierra constituía prácticamente la única oferta de trabajo. Los campesinos-trabajadores trabajaban en las plantaciones de caña de azúcar, mientras era ventajoso según su punto de vista, y conservaban siempre la posibilidad de volver a su vida campesina.

La industria azucarera que «resucitó» en los años de 1890, después de la crisis y que se estableció definitivamente durante el primer cuarto de este siglo, era diferente a la anterior. Se dio una mayor concentración de empresas, la escala de ejecución empresarial se hizo incomparablemente mayor y el capital familiar que había hecho posible el establecimiento de la industria azucarera fue reemplazado por el capital corporativo de grandes empresas transnacionales como la Barthram Bros., la South Portorican Sugar Company, etc. Estas empresas arremetieron también contra el

³⁷ *EdlO*, V, 274, 9-10-1884.

problema del trabajo. Ya desde el principio, el gobierno y los empresarios habían buscado la solución para el problema del trabajo en la inmigración, pero solo ahora fue realizado en gran escala. En primera instancia, fue especialmente para los trabajadores de las islas inglesas empobrecidas, para quienes los salarios, que para los dominicanos eran muy bajos, aún tenían suficiente atractivo y fueron llevados a los ingenios azucareros. Posteriormente se incorporaron cada vez más braceros haitianos.

Los *cocolos*, como eran llamados los trabajadores migrantes, constituyeron desde 1890 la mayor parte de los trabajadores de las plantaciones de azúcar.³⁸ La mayoría llegó contratada, pero una pequeña parte llegó por sus propios medios a la República Dominicana. Aunque en la sociedad dominicana surgió rápidamente una mitología racista que atribuía a estos trabajadores negros todo tipo de rasgos inferiores, los *cocolos* eran, muchas veces, bien instruidos y mostraban un fuerte sentido comunitario.³⁹ En general, eran hombres de las familias que, después de la cosecha, volvían al hogar de origen. Como era y es válido para muchos grupos de trabajadores emigrantes, su parsimonia en el país en el que trabajaban se convirtió rápidamente en proverbial. Una razón para los comerciantes para protestar permanentemente contra su presencia.⁴⁰

Con el paso de los años, fueron los trabajadores haitianos los que fueron incorporados —en creciente proporción— como cortadores

³⁸ Para obtener una imagen del desarrollo del trabajo migrante, es imprescindible consultar los siguientes trabajos de José del Castillo: *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana, 1900-1930*; y «Las Emigraciones y su Aporte a la Cultura Dominicana», *Eme Eme Estudios Dominicanos* 8, no. 45 (Nov-Dic 1979): 3-43.

³⁹ Del Castillo, «Las Emigraciones y su Aporte a la Cultura Dominicana», 33.

⁴⁰ Ver carta del Gobernador de San Pedro de Macorís al Ministro de Interior y Policía, 30-11-1900, en: *IP*, legajo 172: «Jentes que únicamente trabajan para satisfacer sus exiguas necesidades del sustento diario, consistente en general en pan y pescados (...); que lo poco o mucho que economizan se lo llevan a su tierra terminada la zafra y, luego, a los pocos meses vuelven escuálidos unos, indijentes otros, son jentes que no reportan ninguna utilidad positiva, que no son de ninguna conveniencia práctica para el país».

de caña de azúcar. No está completamente claro cómo y cuándo tuvo lugar esta transición, pero en todo caso se decidió en tiempos de la ocupación norteamericana. El trabajo migrante haitiano fue entonces facilitado de manera considerable puesto que tanto Haití como la República Dominicana estaban gobernados por una administración militar de los Estados Unidos. La Memoria de la Secretaría de Agricultura e Inmigración de los años 1918 y 1919 ya indica la inmigración de braceros haitianos como «una práctica regular».⁴¹ En la cosecha de 1919-1920, los trabajadores haitianos constituían claramente el grupo más grande de trabajadores en las plantaciones de caña de azúcar.⁴²

Aparte de que este trabajo migrante aclara la estructura de la economía dominicana, entrega también una interesante visión del rol del Gobierno dominicano. Durante mucho tiempo, la introducción de trabajadores extranjeros había sido un asunto puramente particular, arreglado y dejado bajo la responsabilidad de las empresas azucareras. La gran concentración de trabajadores extranjeros en el suroriente del país y especialmente en San Pedro de Macorís tuvo, no obstante, tales consecuencias que el gobierno no pudo abstraerse.⁴³

Por esto en 1912, el Congreso Nacional promulgó una «Ley de Inmigración» cuyo objetivo era regular definitivamente la (manera de) admisión de inmigrantes. Una de las condiciones que se establecieron fue que la inmigración debía tener «utilidad general». También en otras expresiones se ve que el gobierno dominicano había comenzado a darse cuenta, por fin, de que lo que era bueno para los ingenios azucareros, no lo era automáticamente para el país. Esta nueva noción fue bien interpretada cuando la Secretaría

⁴¹ *Memoria que al Ciudadano Presidente de la República presenta el Secretario de Estado de Agricultura e Inmigración (del 1ro. de julio, 1918, al 30 de junio, 1919)* (Santo Domingo: El Progreso, 1919), 10.

⁴² Del Castillo, *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana...*, 53.

⁴³ Del Castillo, *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana...*, 44-45.

de Agricultura e Inmigración anunció en 1916 al empresario de azúcar, Vicini, que la nación poseía suficientes trabajadores, solo que éstos no deseaban trabajar en los ingenios porque los salarios no eran suficientemente altos para vivir con cierta holgura. Por eso se dio lacónicamente la siguiente recomendación: «El pago de buenos jornaleros paréceme que resolvería la cuestión».⁴⁴

No obstante, el poder de las empresas azucareras era demasiado grande como para que estas políticas gubernamentales resultaran exitosas. Los trabajadores extranjeros continuaron llegando al país de manera casi incontrolada, en tanto que las empresas azucareras los necesitaban. Recién durante la ocupación norteamericana se tomaron medidas estrictas sobre el asunto de la inmigración, solo que las metas de dichas medidas eran precisamente dar facilidades para el ingreso de trabajadores extranjeros a territorio dominicano y dar a las empresas mayor poder de decisión sobre los obreros migrantes. De esta manera, se les prohibió salir del país antes de que la zafra hubiera terminado.⁴⁵ Además, se agudizó mucho más todo tipo de determinaciones racistas en contra de todo aquel que no perteneciera a la raza «caucásica».

Desde ese momento, la política gubernamental no fue detener el trabajo inmigrante, sino preocuparse de que los trabajadores, después de la zafra, regresaran a sus hogares lo antes posible. Este objetivo nunca se pudo realizar totalmente, lo que condujo a que, lentamente, otros sectores de la economía dominicana también comenzaran a nutrirse de inmigrantes haitianos legales e ilegales, una fuerza de trabajo barata.

Las provincias limítrofes

El surgimiento de la industria azucarera en el sur y el cultivo de cacao en el norte fue acompañado de un desplazamiento socioeconómico y demográfico hacia el oriente. Las ciudades al este del país

⁴⁴ Citado en Del Castillo, 45-46.

⁴⁵ Del Castillo, *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana...*, 47.

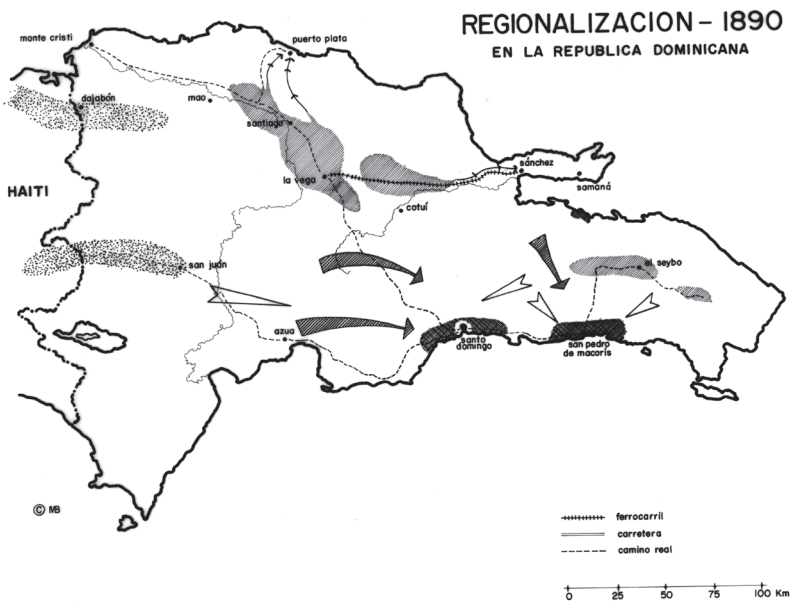
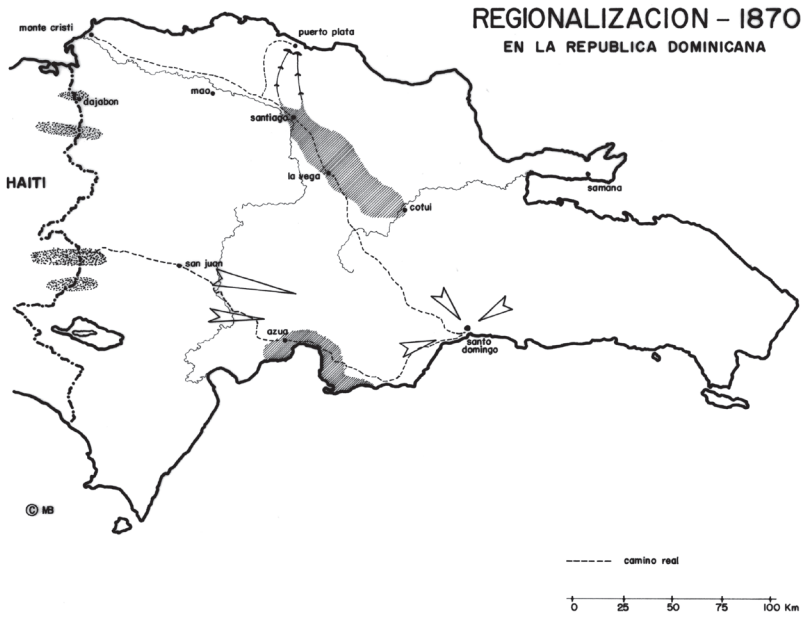
como San Pedro de Macorís, La Vega, San Francisco de Macorís y Sánchez eran los centros de la nueva actividad económica durante el último cuarto del siglo XIX. Esta tendencia hacia el oriente acentuó la existencia de una tercera región que se caracterizaba por su posición marginal y no integrada dentro de la economía dominicana: las áreas occidentales junto a la frontera con Haití.

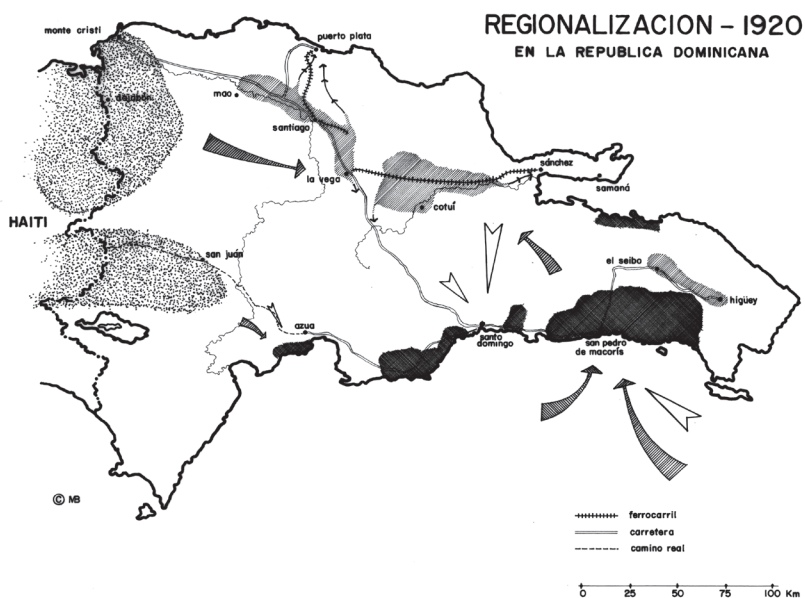
El área limítrofe fue la que más sufrió durante la época de choques bélicos entre las dos naciones vecinas. Los repetidos ataques haitianos en el transcurso del siglo XIX sobre todo tenían consecuencias importantes. Después de la ocupación de 1822 hasta 1844, las invasiones haitianas en forma de enfrentamientos bélicos continuaron en 1849, 1851 y 1855, y aunque después se estableció la paz, una situación tensa se mantuvo. Esta situación tenía como consecuencia de despoblar la región y de desorganizar la economía regional. Muchos ganaderos dominicanos se retiraron de las regiones limítrofes y la población restante, la cual se componía en parte de haitianos, continuó allí viviendo de la agricultura de auto-sustento y de alguna ganadería cuyos sobrantes eran vendidos en los mercados haitianos.

En el último cuarto del siglo XIX esa situación cambió o, mejor dicho, ya no eran tan solo las tierras fronterizas, sino que las provincias limítrofes, Azua en su totalidad (en aquella época Azua comprendía toda la parte suroccidental de la República Dominicana) y Monte Cristi, comenzaron a sentir la influencia de esta situación. Las consecuencias de este desarrollo para la provincia de Azua fueron poco menos que desastrosas. Esta era la consecuencia de la ruina del pequeño sector azucarero en Azua y de la gran migración hacia las plantaciones de caña de azúcar orientales. Ya en 1883, el gobernador de la localidad insistía con gran énfasis en medidas

para detener la emigración que los habitantes del campo emprenden para otras comunas, adonde los conduce la esperanza de ganar un salario de jornalero, empleándose en las haciendas de caña, con perjuicio de las propias labranzas que abandonan completamente.⁴⁶

⁴⁶ Memoria del Gobernador de Azua, 31-12-1883, en: *GO*, XI, 501, 6-3-1884.





En 1886, la ganadería ya se había convertido en la actividad agrícola más ejercida por falta de fuerza de trabajo.⁴⁷ La región entonces apenas sería tocada por los barcos costeros y el camino terrestre hacia Santo Domingo se hizo largo, agotador y peligroso.

A resultas de lo anterior, la provincia de Azua —que antiguamente fuera el orgullo de la economía dominicana— comenzó a orientar su producción hacia los mercados haitianos. Esta tendencia fue facilitada por la relación estable y más o menos pacífica entre los dos países durante la dictadura de Heureaux. El gobierno comenzó lentamente a preocuparse por la «esclavitud» en la cual el mercado haitiano mantenía a la provincia de Azua. Cuando los habitantes

⁴⁷ Memoria de Azua, 1886.

de esa demarcación hablaban de la «capital», no se referían a Santo Domingo, sino a Port-au-Prince, reportaba un informe provincial.⁴⁸

Procesos similares se produjeron en Monte Cristi. En 1900, el diputado Álvarez llamó la atención al Congreso Nacional sobre «el estado de miseria» de la anteriormente tan próspera provincia, el cual se había encargado de que «casi todos los habitantes del Distrito y aún más, una gran parte de los de las provincias de Santiago, La Vega y Moca hacen sus negocios con Haití».⁴⁹

Las áreas occidentales que, no obstante, habían aumentado también su población, dirigían su mirada cada vez más a los mercados haitianos, puesto que el gobierno dominicano no podía satisfacer las necesidades de esas regiones de manera alguna. Tanto económica como culturalmente, el espacio occidental fue abandonado a su suerte y las consecuencias hablan por sí mismas. El *patois* haitiano se convirtió lentamente en el idioma corriente de aquellos lugares y el gourde fue la moneda de cambio reconocida por sus habitantes.

El ganado fue el producto más importante del comercio fronterizo. El ganado de Azua se comercializaba en Croix de Bouquet, el mayor mercado ganadero haitiano, a diez kilómetros de Port-au-Prince.⁵⁰ En el norte existía una relación más equivalente. Allá el ganado funcionó prácticamente como un medio de pago.⁵¹ Conforme la situación del mercado en el ciclo de la demanda, el ganado se dirigió a uno u otro punto de la frontera. El viaje que hicieran los comerciantes dominicanos al interior haitiano para buscar ganado se llamaba la «zafra de animales». Es muy probable que las

⁴⁸ *EdLO*, 516, 12-10-1889. Comp. también al diputado Mota en el Congreso Nacional, 4-6-1889, en: *GO*. XVI, 795, 16-11-1889: «(En Barahona) se emplean las palabras *ir a la Capital* a hacer negocio o compras, por ir a Port-au-Prince; la capital de la República Dominicana no existe, comercialmente hablando».

⁴⁹ En *GO*, XXVII, 1345, 26-5-1900.

⁵⁰ Palmer, «Land Use and Landscape Change along the Dominican-Haitian Borderlands», 102.

⁵¹ Ver Roger Gaillard, *Premier écrasement du cacoïsme* (Port-au-Prince: Impr. Natal, 1981), 144.

repetidas quejas sobre robos de ganado en la parte dominicana fue un método eficaz de los ganaderos de esconder su comercio fronterizo ilegal.⁵² El gobernador de Monte Cristi lo describió así:

La experiencia muestra que los principales ladrones (...) son personas que viven en ambos lados de la frontera y que poseen una cierta influencia y posición política y económica que les permite actuar y protegerse contra la justicia.⁵³

Otros artículos que se producían en estas regiones para los mercados haitianos eran el azúcar pardo, extraída en los molinos tradicionales, comúnmente conocidos como trapiches, de los cuales aún en la década de los años 20 del siglo XX existían unos 200 en Las Matas y El Llano.⁵⁴ También se cultivaba algodón, café y tabaco. A cambio de estos productos, los comerciantes haitianos entregaban todo tipo de mercancías (a menudo importadas de Europa y de los Estados Unidos). Tan fuerte era la dependencia de estos comerciantes, que a principios de este siglo no existía en Bánica ninguna tienda; todas las necesidades de consumo eran satisfechas por los comerciantes viajeros haitianos.

También en otros aspectos se notaba la influencia de Haití. El gobernador de Monte Cristi en 1908 comunicaba preocupado que también para la asistencia espiritual de la Iglesia católica, los habitantes de Restauración recurrían a los servicios del país vecino. Además, insistía el gobernador en la necesidad de que se establecieran «varias escuelas de profesores (sic) que vayan a enseñar el castellano en esa región que solo habla patois».⁵⁵

⁵² Carta del Juez de Primera Instancia, L. I. Álvarez, en Monte Cristi al Gobernador Civil, 21 de julio, 1921; legajos del gobierno militar, núm. 14.

⁵³ Carta del Gobernador Civil de Monte Cristi al Secretario de Estado de Interior y Policía, 9 de julio, 1921; legajos del gobierno militar, núm. 14.

⁵⁴ Palmer, «Land Use and Landscape Change along the Dominican-Haitian Borderlands», 105.

⁵⁵ Memoria del Gobernador de Monte Cristi, 1908.

La región fronteriza era tierra de nadie; políticamente pertenecía a la República Dominicana, pero económicamente acudía a Haití. Era una región de pequeños campesinos y de comerciantes (con frecuencia reunidos en una sola persona), los cuales, sobreviviendo dentro de una economía de cambio primitiva, casi no tenían conciencia de lo que eran las autoridades o estados nacionales. Como expresa Prestol Castillo: «¿Una república dominicana? ¿Qué es eso?, dirían los asombrados habitantes del paraje, que solo tienen una vida mísera como la de los cerdos, sin noción de patria».⁵⁶

Ante tal realidad, la región que comprende el triángulo Cap-Haitien-Hinche-Guayubín debe ser considerado como una unidad económica, social y hasta política. Esto último se evidenció claramente en el primer año de la ocupación norteamericana de Haití (en 1915). La República Dominicana mantenía supuestamente bajo control político la provincia de Monte Cristi. Sin embargo, esta se convirtió en una de las bases más importantes de la resistencia de los *cacos*, ayudados por muchos políticos importantes de la línea noroeste.⁵⁷

Este proceso centrífugo provocó grandes preocupaciones en los gobernantes dominicanos a principios de este siglo. Empero, el gobierno no se daba cuenta (o no deseaba hacerlo) de que esta era la consecuencia directa del apoyo unilateral que le brindaba a un sector capitalista que exigía toda la atención, capital y trabajo, lo cual imposibilitaba un desarrollo dinámico de las regiones fronterizas. Era la conexión con el mercado capitalista de trabajo en oriente la que situaba a la región cada vez más al margen de la economía dominicana.

⁵⁶ Freddy Prestol Castillo, *El Masacre se pasa a pie* (Santo Domingo: Editora Taller, 1973), 65.

⁵⁷ Gaillard, *Premier écrasement du cacoisme*, 143-145 y 192-194.

Conclusión

La penetración de relaciones económicas capitalistas en sociedades periféricas, en contradicción a lo que se sugiere con frecuencia, no ha sido un proceso simple y uniforme, determinado prácticamente en su totalidad por el capital extranjero. Por el contrario, fue un complicado y multiforme desarrollo en el cual los intereses del capital se conformaban a, chocaban con, y ejercían influencia sobre autoridades nacionales y regionales y sobre las relaciones socioeconómicas existentes. A medida que las posibilidades de comunicación, la infraestructura de la nación y la fuerza del gobierno se fortalecían, este proceso devino más uniforme y las diferencias regionales disminuyeron.

Fue precisamente la debilidad del gobierno la causa de que la transformación de la economía dominicana fuera tan desigual, dispersa y desequilibrada. La frágil posición del gobierno se evidencia en dos sentidos. Por un lado, el Gobierno dominicano era muy dependiente del capital extranjero. Incluso con frecuencia la intromisión extranjera directa en los asuntos del país era algo normal, como aconteció en 1893, cuando Francia intervino para exigir enmienda por el daño causado al ciudadano francés Boimaré,⁵⁸ o en 1904, cuando aparecieron ante el puerto de Santo Domingo varios buques de guerra europeos con el fin de forzar un acuerdo sobre la deuda pública.⁵⁹ En otros casos se trataba más de la presión económica que ejercían los empresarios extranjeros sobre el gobierno. Durante la administración de Heureaux, el poder de las Compañías de Crédito ejerció una considerable influencia sobre la política gubernamental.⁶⁰

⁵⁸ Sobre la influencia en la República Dominicana ver Antonio de la Rosa, *Las Finanzas de Santo Domingo y el Control Americano* (Santo Domingo: Editora Nacional, 1969), 67-90.

⁵⁹ Al respecto César Herrera, *De Hartmont a Trujillo. Estudio para la Historia de la Deuda Pública* (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1953).

⁶⁰ Ver Harry Hoetink, *El Pueblo Dominicano, 1850-1900; apuntes para su sociología histórica* (Santiago de los Caballeros: Universidad Católica Madre y Maestra, 1971), 121-135.

La debilidad del gobierno igualmente se evidencia en la escasa influencia que podía ejercer sobre la sociedad. Los procesos sociales y económicos que conllevaba la transformación de la economía dominicana se sustrajeron en su mayor parte de la influencia del gobierno, incluso cuando los cambios eran considerados como no beneficiosos o aún peligrosos por el gobierno. Mientras que en toda la América Latina se cumplían estrictamente leyes antivagancia y en Puerto Rico, por ejemplo, se puso en vigor el controvertido sistema de libretas,⁶¹ el Gobierno dominicano solo podía ser espectador pasivo del crecimiento del ejército de trabajadores y de la lenta desintegración de las comunidades aldeanas. Los funcionarios públicos —en su impotencia— se quejaban de las ventorrillas, de la «rutina» de los campesinos, de la falta de alimentos y de la haitianización de las provincias limítrofes, pero no disponían del poder para combatir estas «malas».

Durante el gobierno de Heureaux podemos distinguir por primera vez algo de lo que se podría llamar «autoridad central», pero dicha autoridad no llegó más allá de un despiadado control del presidente sobre sus rivales políticos. Aunque el mejoramiento de los medios de transporte y de comunicación hizo posible someter a los caudillos regionales al poder central, el sistema autoritario de Heureaux no fue tan fuerte como para poder ejercer su influencia sobre los rápidos procesos de cambios sociales y económicos que caracterizaron el país a fines del siglo XIX.

Por consiguiente, estos cambios no fueron tanto el resultado de la labor de los diligentes funcionarios estatales, como de la penetración incontrolada de capital y tecnología, de empresarios. La monopolización de la tierra y el sometimiento de las estructuras sociales tradicionales tuvieron consecuencias sociales enormes. Un resultado directo de este desarrollo fue que la producción de alimentos para el mercado interno (especialmente el de Santo Domingo) no fue suficiente. Una región que antiguamente había sido

⁶¹ Laird W. Bergad, «Coffee and Rural Proletarianization in Puerto Rico, 1840-1898», *Journal of Latin American Studies* 15, no. 1 (May 1983): 83-100.

próspera en la producción de alimentos devino en importadora neta de esos artículos básicos.

En el caso de la industria azucarera del sur, el capital invertido fue a parar directamente al sector productivo de frutos menores. La carencia de capital del gobierno y los fuertes lazos que las empresas tenían con el extranjero (léase los Estados Unidos), se encargaron de que estos temieran escasamente a alguna intervención estatal. Por el contrario, repetidas veces los empresarios del azúcar sabían cómo arrancar concesiones al Estado con éxito. La única resistencia (las más de las veces pacíficas) provenía de la población campesina. Tanto hombres como mujeres que en un principio se habían mostrado dispuestos a alquilarse como jornaleros en las plantaciones, así tan fácilmente se alejaban del sector azucarero cuando los empresarios comenzaban a rebajar cada vez más los salarios. En una fase posterior, las familias campesinas desposeídas de sus tierras constituyeron el núcleo de la resistencia violenta de los «gavilleros» contra la ocupación estadounidense y contra la expansión ilimitada de las empresas azucareras norteamericanas.⁶²

Las empresas azucareras, en consecuencia, se vieron en la necesidad de reclutar trabajadores de las pequeñas Antillas cercanas. De este modo, además del control del capital, las tierras y el poder político de que disfrutaban, también adquirieron la deposición de un ejército laboral estable y barato.

En el Cibao fue más que nada a través del capital comercial que se llevó a cabo el proceso de cambio. Aunque los créditos extranjeros continuaron jugando un rol decisivo durante largo tiempo, los comerciantes extranjeros en el Cibao siempre tuvieron que soportar a una burguesía regional a su lado. Además, nunca lograron un monopolio sobre la tierra o incluso sobre el acceso a los productores directos y, por tanto, sobre los más importantes productos comerciales, esto es, el tabaco y el cacao. En ese período, el capital extranjero se limitó al sector comercial, fuera de la esfera productiva. La población campesina, que ya tenía una larga

⁶² Bruce J. Calder, «Caudillos and Gavilleros versus the United States Marines. Guerrilla Insurgency during the Dominican Intervention, 1916-1924», *Hispanic American Historical Review* 58, no. 4 (Nov. 1978): 649-675.

tradición de producción mercantil simple, además de los cultivos para la comercialización, siguió cultivando alimentos, por lo cual pudo conservar un cierto grado de independencia.

Bajo la influencia de relaciones capitalistas de producción cada vez más penetrantes, tuvo lugar una reestructuración del sector productivo, mediante la cual los productores fueron incorporados en un grado mayor al servicio de los intereses del capital. El medio más importante para ello fue la regulación legal de la tenencia de la tierra y el consecuente quebrantamiento de la economía campesina tradicional, que se basaba en el acceso ilimitado a la tierra. En vista de que los efectos de esa legislación no se hicieron sentir con toda su fuerza, sino entrado el siglo XX, la transición hacia las relaciones capitalistas de producción se dio aquí mucho más lentamente y menos abrupta que en el sur.

En las provincias limítrofes occidentales, los procesos de cambio no fueron tanto la consecuencia de la penetración de los intereses del capital en la región misma, como el resultado de procesos similares en las regiones circundantes. Por esto, la región sufrió un proceso de marginalización doble. Por una parte, la acrecentada actividad económica de la parte oriental de la isla, especialmente la demanda de trabajo asalariado, que era su consecuencia, atrajo gran parte de la población de la región. Por otra parte, la región llegó a estar cada vez más dentro de la esfera de influencia de la red comercial haitiana. El intercambio sobre el cual se basó el comercio fue la exportación de ganado y de cultivos comerciales producidos en pequeña escala y la importación de bienes de consumo, generalmente de origen extranjero. Capitales e innovaciones tecnológicas apenas llegaron a la región. La población llevaba una existencia aislada, en la cual se combinaba con frecuencia la agricultura con el comercio. Esta fue por excelencia, la región víctima de sus lazos con otras regiones circundantes transformadas en sentido capitalista. El surgimiento de movimientos mesiánicos, como el de Olivorio Mateo, justamente en esta región, no puede asombrar por consiguientes.⁶³

⁶³ Carlos Esteban Deive, *El Indio, el Negro y la Vida Tradicional Dominicana* (Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1978), 177-205.

En un país relativamente pequeño como la República Dominicana, las diferencias saltan a la vista. Lo atestiguan tres modelos considerablemente diferentes de desarrollo capitalista en el sector agrario. En este artículo se han estipulado algunos factores que podrían ser de interés, pero aún es difícil decir cuáles de ellos han sido de importancia decisiva. Lo que sí es claro es que la debilidad del Estado obligó a los empresarios capitalistas a encontrar sus propias soluciones, especialmente con respecto a la consecución de fuerza de trabajo. «La captura del campesinado» solo fue posible en el siglo XIX cerrando los canales de acceso a los medios de producción tales como créditos, tecnología y tierras.

Las consecuencias de estas diferencias para la historia dominicana del siglo veinte han sido complejas. Es posible sugerir algunas ideas sobre estos efectos. No hay duda de que los intereses azucareros de los Estado Unidos en la parte sur de la República Dominicana tuvieron un rol importante en la decisión de enviar la marina estadounidense en 1916. Bajo el gobierno militar, las empresas azucareras pudieron expandir sus propiedades a una escala sin precedentes. La resultante dislocación de la sociedad rural en la parte sur de la República eventualmente conllevó a resentimientos y protestas por pequeños terratenientes al igual que las élites rurales. En la región más seca de Barahona, resultó en una lucha feroz sobre los escasos recursos de agua entre la élite dominicana y la agresiva compañía Barahona. En la parte oriental, la dislocación conllevó a guerras guerrilleras de los gavilleros, que contaban con el amplio apoyo de la población rural.

Las reacciones claramente se diferenciaban en el Cibao, donde la transformación agrícola había ocurrido dentro de las estructuras sociales existentes. La región no experimentó inversiones extensas de capital extranjero y la dislocación social y económica tan evidente en el sur. Como resultado, la ocupación estadounidense aquí fue recibida por una reacción bastante reservada y pragmática. Solo cuando el gobierno militar empezó a interferir con la economía del Cibao al introducir un impuesto en la tierra emergió un movimiento antiestadounidense sustantivo.

Los contrastes regionales pueden también ayudar a analizar la dictadura de Trujillo (1930-1961). Yo sugeriría que el apoyo inicial del presidente vino de las clases medias urbanas, pero más que nada de la frustrada y a veces desesperada población rural, sobre todo entre los pequeños terratenientes del sur y occidente del país. Sin embargo, el apoyo también venía de los grandes terratenientes quienes vieron sus posiciones amenazadas por la expansión de empresas estadounidenses y se unían a las élites urbanas con sentimientos nacionalistas fuertes.

Es significativo que la población norteña del país siempre mantenía sus dudas sobre el régimen de Trujillo. A pesar de su dominancia casi completa, Trujillo nunca logró establecer un decisivo control de la economía del norte. El ejemplo más claro fue su intento fallido de establecer un monopolio tabacalero en 1934. La fuerza económica de la élite de Santiago (y posiblemente sus contactos europeos) detuvieron la interferencia de un dictador tan poderoso como Trujillo. Tal observación sugiere que las diferentes formas de transformación agrícola que ocurrieron a fines del siglo diecinueve ofrecen un punto de partida crucial para el análisis la historia de la República Dominicana en el siglo veinte.

CAPÍTULO 3

LUCHAS POR LA AUTONOMÍA: LA RESISTENCIA CAMPESINA AL CAPITALISMO EN LA REPÚBLICA DOMINICANA, 1870-1924

Introducción

Las expresiones de protesta campesina en el Tercer Mundo han atraído mucho la atención de las ciencias sociales modernas. La literatura se ha vuelto inmensa en las últimas décadas y se han construido muchas teorías para analizar y explicar la rebeldía campesina. Aunque siempre hay una cierta simplicidad y arbitrariedad al hacer distinciones, estas teorías se podrían dividir en «estructuralistas» y «antropológicas». En la primera, el énfasis está puesto en los cambios estructurales de la situación social y económica de los modernos países del Tercer Mundo. Estos cambios estructurales, como la expansión de la economía de exportación y la consolidación de los Estados nacionales, son considerados para constituir el indiscutible factor determinante en el análisis de la protesta campesina.¹

El segundo acercamiento otorga un lugar central a la sociedad campesina y a la percepción de la realidad por parte de sus miembros. Rechaza los intentos por establecer un conjunto inalterable de parámetros «objetivos» para explicar las formas de protesta campesina.² James Scott, uno de los exponentes más reconocidos de esta línea de pensamiento, escribe:

¹ Henry A. Landsberger (ed.), *Latin American Peasant Movements* (Ithaca/Londres: Cornell University Press, 1969); Jeffrey M. Paige, *Agrarian Revolution* (Nueva York: The Free Press, 1975), Barrington Moore, *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Harmondsworth, 1966).

² Ver James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant: Rebellion and Subsistence in Southeast Asia* (New Haven-Londres: 1976); Jean Meyer, *La Cristiada*

El problema de la explotación y la rebelión es [...] no solo un problema de calorías e ingresos, sino una cuestión de las concepciones campesinas de las injusticias sociales, de los derechos y obligaciones de reciprocidad.³

Ambos acercamientos tienen su valor analítico y heurístico. El primero porque nos permite comparar un fenómeno social como la protesta campesina en diferentes contextos históricos y regionales. Además, puede proporcionar conocimientos profundos de las determinantes macroeconómicas del cambio social. El segundo, porque nos lleva a una auténtica historia social en la que las vidas y percepciones de los actores históricos —los hombres y mujeres campesinas— obtienen un lugar central. También puede mostrar la heterogeneidad de los procesos históricos. La actuación de grupos sociales e individuos hace que la dinámica social cada vez toma rumbo distintas.

En este sentido, una combinación de estos dos acercamientos podría ser muy productiva. Podría llevarnos al centro de cambio social en la agricultura del Tercer Mundo. Los procesos de cambio fueron producidos por la interacción de las cambiantes estructuras social y económica a nivel nacional e internacional con las variadas y diversas reacciones de las poblaciones locales. Una historia que combine estos dos acercamientos puede ayudarnos a explicar las similitudes y diferencias en las estructuras socioeconómicas resultantes de la interacción de la economía en expansión del mundo capitalista con los modos de producción locales. Ello nos permite confrontar una perspectiva micro con un análisis de los cambios estructurales en la sociedad más amplia.⁴

(3 tomos) (México: Siglo XXI, 1973-1974); B. J. Kerkvliet, *The Huk Rebellion* (Berkeley, 1977).

³ Scott, *Moral Economy*, VII.

⁴ Eric R. Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century* (Nueva York: Harper & Row, 1969), fue el primero que claramente trató de escribir tal análisis, cf. pp. X-XIII. Otros ejemplos son G. Hyden, *Beyond Ujamaa in Tanzania: Underdevelopment and an Uncaptured Peasantry* (Londres, 1980); Florencia E. Mallon, *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant*

Aunque debe destacarse que no solo los campesinos fueron necesariamente, o aun normalmente, los afectados por estos procesos de cambio, es indudable que la población campesina en general padeció el embate principal de sus consecuencias negativas. Scott y Kerkvliet resaltan debidamente que esto no es por alguna forma de conservadurismo innato que los campesinos muchas veces han resistido cambios socio-económicos. Es «porque la comercialización de la agricultura muy a menudo trabaja *contra* los intereses de la mayoría de los campesinos que generalmente se encuentra al campesinado en el papel de defender los derechos tradicionales [...]».⁵

Sin embargo, sería una equivocación asumir que las reacciones del campesinado a las consecuencias de la penetración capitalista en la agricultura automáticamente significaron un conflicto abierto o hasta violento. Al escribir sobre el Asia precolonial, Michael Adas ha declarado: «Durante demasiado tiempo nuestra atención ha permanecido enfocada en los movimientos que involucran confrontaciones directas, a menudo violentas, entre los dirigentes del poder y los grupos disidentes». En contraste, él dirige su atención a lo que llama «protesta de elusión», «mediante la cual los grupos descontentos buscan atenuar sus penalidades y expresar su descontento a través de la evasión, el retiro sectario u otras actividades que aminoren los desafíos o contradicciones con aquellos a quienes ven como su opresor».⁶ Esta declaración es igualmente cierta para la historiografía latinoamericana, que ha mostrado una marcada preferencia por

Struggles and Capitalist Transition, 1860-1940 (Princeton: Princeton Legacy Library, 1983).

⁵ J. C. Scott, y B. J. Kerkvliet, «How Traditional Rural Patrons Lose Legitimacy», en *Cultures et développement* (Verano 1975): 501-540; 519-520. Para un análisis general de la situación en América Latina ver M. S. Grindle, *State and Countryside: Development Policy and Agrarian Politics in Latin America* (Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986).

⁶ Michael Adas, «From Avoidance to Confrontation: Peasant Protest in Pre-colonial and Colonial Asia», en *Comparative Studies in Society and History*, XXIII, 1981, 217-247. También J. C. Scott ha adoptado esta posición en *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven-Londres: Yale University Press, 1985).

el estudio de casos de rebelión abierta bien documentados. Esto puede llevar a una seria distorsión de la historia social del campesinado. Solo debemos recordar la sentencia de Scott: «Hay una buena razón [...] para afirmar que la rebelión es una de las consecuencias menos probables de la explotación».⁷

En general, antes de 1930, la protesta campesina en la República Dominicana consistió en separarse del mercado, disminuir la producción efectiva de la cosecha, emigrar o apoyar a las facciones políticas que se percibieron como defensoras de sus intereses. En realidad, solo cuando se puso en peligro su economía de subsistencia, se produjo la resistencia abierta. Generalmente, esta fue un recurso para acceder a la tierra, la «parte central de la autonomía campesina», pero también incluiría los derechos al agua u otros elementos esenciales de la economía campesina.⁸

En este trabajo quiero esbozar varias maneras en que la población campesina de la República Dominicana reaccionó a las consecuencias desfavorables del desarrollo capitalista. Debido al espacio limitado de este artículo, pero también a la escasez de fuentes, este empeño necesariamente debe tener un carácter provisional. La investigación futura puede arrojar más luz sobre la visión del mundo y las percepciones de la población campesina, así como la composición y trasfondo social de los movimientos campesinos organizados.

El sector norteño del tabaco

El valle norteño de la República Dominicana, llamado el Cibao, se desarrolló como la parte más dinámica y próspera de la

⁷ Scott, *Moral Economy*, 173.

⁸ En este artículo usaré conceptos generales como «campesinado» o «población campesina». Esto no es para negar que ya existían diferencias de clase entre los diferentes productores campesinos. Sin embargo, el propósito de este trabajo es describir solo algunas formas de resistencia campesina a falta de fuentes que permitirían un análisis de clase de la protesta campesina. Para una visión similar ver Pablo A. Mariñez, *Resistencia Campesina, Imperialismo y Reforma Agraria en República Dominicana (1899-1978)* (Santo Domingo: Ediciones CEPAE, 1984).

joven República que se independizó en 1844. Estaba separado de las partes sureñas por una cordillera prácticamente intransitable. El cultivo del tabaco, que se originó en el período del colonialismo español, sostuvo a una población campesina relativamente grande y a una creciente clase de comerciantes urbanos que operaban desde Puerto Plata y Santiago.

Las familias campesinas cultivaban su tabaco de una manera bastante elemental. La tierra era un recurso abundante. Su preparación se hizo mediante técnicas de tumba y quema. Todo el trabajo era hecho por medio del trabajo familiar. Una gran parte de la energía familiar campesina se consagró al cultivo de alimentos. Cuando se requería más trabajo del que la familia podía proporcionar, los campesinos acudían a un sistema de cooperación, la *Junta gratuita* o *Junta de vecinos*. A pesar de la tecnología primitiva, el campesinado de Cibao no debe conectarse automáticamente con la pobreza y la sumisión. Las familias campesinas eran descendientes de los colonos españoles, criollizadas y aisladas, pero también emprendedoras y autoconscientes.⁹

Sus actividades agrícolas eran solamente un elemento de la cultura campesina, en la que la agricultura, el arte manual y las obligaciones religiosas y sociales estaban estrechamente entrelazadas. El Cibao no tenía una clase de grandes hacendados que monopolizaran la tierra y otros recursos económicos. Las familias campesinas estuvieron parte de la economía monetaria y al mercado mundial y, como tales, expuestas a la explotación, pero el fácil acceso a la tierra y una sólida base de subsistencia fueron suficientes para salvaguardar una autonomía considerable.

La estructura descentralizada del cultivo del tabaco impidió las relaciones directas entre las casas de exportación y los productores. Por esta razón, el suministro del tabaco dependió de una red de intermediarios, llamados *corredores*, altamente diversificada y compleja. Los *corredores* vivían en el campo y reunían el tabaco en las regiones donde ejercían su influencia. Habitualmente tenían

⁹ Harry Hoetink, *El Pueblo Dominicano, 1850-1900* (Santiago de los Caballeros: UCMM, 1972).

una sólida posición social, política y económica en las comunidades campesinas del lugar. Poseían tiendas, daban crédito, actuaban como *compadres* y dirigían gavillas armadas. Al vivir dentro de una economía en la que el cultivo del tabaco constituía la única fuente regular de ingreso monetario, los campesinos fueron, para sus contactos externos, dependientes de estos *corredores*, quienes actuaron como intermediarios sociales y económicos y fueron la única fuente de crédito y apoyo político. Indudablemente pertenecieron a la sociedad rural, pero al mismo tiempo eran el puente entre el campo y la ciudad. A pesar de los evidentes elementos de una relación de patronazgo entre los campesinos y estos hombres fuertes del lugar, estos últimos no tenían un status muy alto y su papel no estaba institucionalizado o culturalmente sancionado. En este sentido, pueden describirse como *caciques*.¹⁰

La organización del comercio del tabaco se reflejó también en el terreno político. La clase mercantil urbana estaba en la cumbre. En estrecha cooperación con las poderosas casas mercantiles extranjeras, de las que eran totalmente dependientes, se introdujeron eficazmente en la política regional y nacional. Usando su influencia sobre los *corredores*, afianzaron una especie de clientela local que los apoyó política y militarmente. Estas lealtades verticales formaron la columna vertebral del partido llamado azul, el cual dominó la política de Cibao a fines del siglo XIX.

La segunda mitad del siglo XIX vio una lucha feroz entre la norteña élite del tabaco y los sureños terratenientes criadores de ganado. Esta situación caótica solo se terminó durante la larga dictadura del general «azul» Ulises Heureaux (1882-1899), la cual dio fin (temporalmente) la incesante guerra civil. Bajo su supervisión, el Estado central logró por primera vez ejercer un control efectivo sobre el país.¹¹ Esto fue posible, entre otras cosas, por el apoyo

¹⁰ Scott, y Kerkvliet, «Traditional Rural Patrons», 510. También Roger Bartra, *et al.*, *Caciquismo y poder político en el México rural* (México: Siglo XXI editores, 1976).

¹¹ Ver Hoetink, *El Pueblo dominicano*, Capítulo 5.

financiero que Heureaux recibió de los bancos extranjeros y las plantaciones azucareras del sur recién instauradas.

Eric Wolf ha resaltado la importancia crucial de la crisis a fines del siglo XIX, en 1873-1894, por el reacomodamiento de muchas economías del mundo.¹² La República Dominicana constituye un excelente ejemplo de este proceso durante la crisis del tabaco después de 1879. En la cúspide del desplome de los precios del tabaco en el mercado mundial, vino la integración de dos ciudades hanseáticas, Hamburgo y Bremen, en la Alemania unificada. Esto limitó el acceso del tabaco dominicano al mercado alemán y aceleró la caída de precios en la República Dominicana. Los comerciantes urbanos, que dependían directamente del mercado alemán, fueron los primeros en resentir los efectos de esta crisis. Experimentaron considerables dificultades financieras y, entre 1879 y 1884, el número de casas comerciales en Santiago disminuyó de veinticinco a seis.¹³

Los comerciantes dominicanos trataron de enfrentar la crisis presionando a los productores campesinos tanto como fue posible. Los periódicos llegaron a estar llenos de quejas sobre la «estupidez» de la población campesina y su «descuido» de la calidad del tabaco. Estas opiniones, que convergieron con el tradicional desprecio que las clases medias urbanas sentían por el *campesino*, sirvieron, sobre todo en este período, como excusa para llevar a su más bajo nivel los precios pagados a los productores. Dado que mantenían un monopolio absoluto sobre el comercio del tabaco, tuvieron éxito y los precios cayeron de 14 a 20 pesos en 1849 a 3.50 pesos por quintal en 1912.¹⁴

El éxito de esta estrategia dependió, en parte, del creciente papel del Estado central en el control de la producción campesina. El aparato represivo, que se volvió bastante sofisticado durante la administración de Heureaux, fue instrumental para llevar el precio

¹² Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History* (Cambridge, 1982), 310-313.

¹³ *Eco del Pueblo* (en adelante *EdP*), III, 125; 24 de agosto de 1884.

¹⁴ Baud, *Peasants and Tobacco*, 30.

por debajo de los costos de producción. De esta manera, los campesinos soportaron la principal carga de la crisis del tabaco.

Las reacciones de los campesinos a estas nocivas condiciones del mercado fueron diversas. En general, fueron comparables a las de los campesinos de otras partes de América Latina.¹⁵ La primera reacción a la caída de los precios del tabaco fue abatir los «costos» de producción. Puesto que estos costos no se medían en dinero sino en trabajo humano (que de otro modo estaría dedicado al cultivo de alimentos o al ocio), esto significó que se destinó menos energía para producir la misma cantidad de tabaco, pero de menor calidad. Así, las quejas de los comerciantes resultaron una profecía autocumplida. En 1874 se escribió que «los campesinos no sienten la obligación de continuar cultivando con el mismo cuidado y procedimientos porque tienen la idea de que los nuevos precios no los compensarán por sus esfuerzos».¹⁶ Y, en 1882, el *Eco del Pueblo* escribió:

[...] el problema no es que nuestros cultivadores no sepan cómo cultivar la hoja; han demostrado lo contrario en otras ocasiones; no, tenemos que buscar en una dirección diferente para encontrar el motivo real de esta negligencia que es, si se quiere, *consciente*.¹⁷

Los cosecheros también recurrían a otras estrategias. Lo que contaba era el peso del tabaco, no la calidad. Por consiguiente, el cultivador trató de agregar peso al tabaco de muchas maneras diferentes. A pesar del riesgo de putrefacción muchos mojaron el

¹⁵ Buenos ejemplos se dan en William Roseberry, *Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes* (Austin, 1983). Con respecto a la producción del tabaco, el caso colombiano es particularmente instructivo. Ver J. P. Harrison, «The evolution of the Colombian tobacco trade to 1875», en *Hispanic American Historical Review* 33, no. 2 (1952) y *The Colombian Tobacco Industry from government monopoly to free trade, 1778-1876* (Bogotá: Universidad de los Andes, 1969).

¹⁶ *El Orden*, 1, 9, 4 de octubre de 1874.

¹⁷ *EdP*, 1, 33, 19 de noviembre de 1882.

tabaco, de esta manera aumentando el peso del tabaco. Otro método consistió en poner piedras, ramas, etc. al fondo de los *serones*, las bolsas de tabaco. Una manera de salvar el trabajo y agregar peso al mismo tiempo, era poner hojas verdes, frescas en los *serones*, práctica que a la larga también producía putrefacción.

Los comerciantes se quejaron amargamente de la actitud de los campesinos, pero pocas personas percibieron que sus escalas falsas, interés usurero (hasta 10 % mensual) y precios bajos fueron los que indiscutiblemente produjeron estas prácticas:

Muchas personas dicen que algunos cultivadores aumentan el peso del tabaco [...]. Hay algo de verdad en esto, debemos reconocerlo, pero: ¿quién duda que esta conducta es una respuesta a la injusticia de que han sido víctimas? ¿Quién lo duda? ¿Tirá la primera piedra?¹⁸

Los campesinos también se opusieron a la interferencia en el proceso de producción, que los hacía más dependientes de la economía monetaria y requería gastos extras. Esto llegó a ser particularmente notorio en el caso de las *Juntas*. Este sistema cooperativo de intercambio de trabajo era una manera lidiar con la ocasional escasez de mano de obra durante la cosecha, así que el tabaco podía recolectarse sin gastos financieros. En una comunidad donde el dinero era tan escaso este sistema ofreció considerables ventajas económicas. Además, mejoraba la cohesión interna de la comunidad campesina. Los comerciantes continuamente trataban de terminar con esta práctica porque estaban convencidos de que afectaba la calidad de las hojas dada la apresurada manera en que se recolectaban. No obstante, la *Junta* perduró como práctica normal hasta los años cincuenta del siglo XX.

Esta reacción de los productores del tabaco fue típica del campesinado productor que vivió dentro de una economía orientada hacia la subsistencia y no estaba sujeto a una regular coerción no económica. Los campesinos se unieron indisolublemente al

¹⁸ *EdP*, IV, 193, 24 de enero de 1886.

mercado mundial y dependieron de un ingreso monetario mediante un limitado conjunto de artículos, tales como sal, armas y textiles, pero retuvieron una considerable libertad dentro de su propia esfera. Por supuesto, los campesinos no tenían los medios para influir el mercado mundial, pero continuaron organizando su propio proceso de producción. Esto llegó a ser particularmente notorio después de la crisis mundial de 1929, cuando los precios del tabaco fueron más bajos que nunca. El campesinado de Cibao suspendió conjuntamente el cultivo del tabaco y las cifras de producción cayeron de 20 millones de kilos en 1927 a 4.5 millones de kilos en 1932.¹⁹ Muchos campesinos emigraron hacia las montañas tratando de mantener su independencia. La población campesina de Cibao se parece, en este aspecto, al «campesinado no cautivo» en el África Oriental descrito por Goran Hyden. Aunque incorporado a la economía mundial su dependencia del sistema es marginal. En palabras de Hyden, «viven en la región limítrofe de este sistema y allí tienen la prerrogativa única de escoger la retirada. Tienen una verdadera opción de salida».²⁰

No solo en asuntos económicos se recurrió a esta opción de salida. Las exacciones onerosas de los jefes locales o el servicio del ejército también fueron formas de presión para impulsar a los campesinos hacia los bosques. Sobre todo, el «reclutamiento» de soldados —consistente en «destacar grupos de soldados con órdenes para enganchar a cualesquier jóvenes que encontraran a su paso»—²¹ fue lo que empujó a muchas familias campesinas hacia las regiones aisladas. Otros huyeron de la persecución jurídica o de las deudas impagables y, dada la situación desorganizada de la República en el siglo XIX, pocos fueron atrapados. En la correspondencia municipal se encuentran muchas quejas acerca de la imposibilidad de capturar a los fugitivos y las ocasionales listas de prisioneros generalmente registran a más de la mitad como *prófugo* (fugitivo).

¹⁹ Paul Muto, «La economía de exportación de la República Dominicana 1900-1930», en *Eme Eme Estudios Dominicanos* 3, no. 15, (1974): 677-110, 107-108.

²⁰ Hyden, *Beyond Ujaama*, 32.

²¹ Hoetink, *El Pueblo dominicano*, 98-99.

La debilidad del Estado expuso a la población campesina a todo tipo de abusos e intimidación, pero, por otra parte, les proporcionó un amplio espacio para evadir las injusticias y conservar cierta forma de autonomía. Por esta razón, la población campesina de las provincias norteñas muy rara vez recurrió a la protesta abierta.

En el período que nos interesa, solo la construcción del ferrocarril entre Samaná y Santiago (1881-1887) produjo cierta resistencia violenta. El endurecido empresario dominicano Gregorio Riva, que se desempeñaba como intermediario en este proyecto, emprendió un gran plan especulativo en el que trató de adquirir tanta tierra como fuese posible alrededor de la trayectoria del ferrocarril proyectada. Sus métodos estaban muy poco escrupulosos. Trató de vender sus tierras tan costosamente, que forzó al empresario escocés del ferrocarril a buscar otro (y menos favorable) puerto para iniciar su empresa. A lo largo del camino muchos campesinos fueron arrojados de su tierra, causando un profundo y duradero resentimiento. Resultó prácticamente imposible encontrar jornaleros dominicanos que estuvieran preparados para trabajar en la compañía. Por consiguiente, la mayoría de la fuerza de trabajo tuvo que traerse de las Indias Británicas Occidentales.

Aún después de terminado el ferrocarril, el resentimiento no decayó. Probablemente esto se debió, en parte, a la decisión del empresario de no extender el ferrocarril a Santiago. Esto también indispuso a la élite urbana y a los comerciantes del Cibao contra el proyecto del ferrocarril. Los actos de protesta fueron comunes: «Últimamente una locomotora fue levantada [...] no lejos de La Vega, mediante varias piezas grandes de madera, sobre las que unos hombres estaban parados [...]. Esta clase de cosas suceden casi a diario».²²

Estos ejemplos de comportamiento autónomo y protestas solo fueron posibles en una situación donde el acceso a la tierra era notoriamente libre. Sin embargo, bajo la influencia de las cambiantes relaciones de producción, poco a poco llegó a ser más fuerte la tendencia a regular el sistema de propiedad de la tierra y consolidar los recursos de la tierra.

²² *Eco de la Opinión*, 22 de octubre de 1887.

El sistema de tierra dominicano era el resultado de una confusa herencia española.²³ En general, la población campesina vivía en los llamados *terrenos comuneros*, restos de los subdivididos latifundios coloniales, los *hatos*. Aunque originalmente poseídos individualmente, el curso de tiempo los transformó en propiedades colectivas, en las que varios dueños tenían una porción o porciones, llamadas *pesos* o *acciones*. La propiedad nunca fue dividida físicamente. Esto dio por resultado el casi libre acceso de los accionistas a los productos de toda la propiedad.

Por otra parte, las municipalidades tenían sus propias tierras municipales, llamadas *ejidos*, con límites indefinidos. No había un registro de tierras, que podía orientar a los oficiales locales contra la disposición inmune de estas tierras. «Todos viven y se benefician de ellas porque no existe ningún registro (*Catastro*) de las tierras que pertenecen al Estado». La sensibilidad de la cuestión de la tierra fue subrayada por el hecho de que el registro de las tierras tenía que hacerse con hombres armados, ya que, en las palabras del gobernador de Puerto Plata en 1872, «todos los habitantes de estos lugares creen que ellos son los propietarios» y «son capaces de cualquier tipo de desorden».²⁴ La situación se volvió aún más complicada en 1876 con la ley sobre el libre traslado de las tierras del Estado, según la cual a cada dominicano o extranjero se le permitía tomar un pedazo deshabitado de tierra para que lo sembrara con cultivos tales como caña de azúcar, cacao y tabaco.

Para poner fin a esta situación, se proclamaron diferentes leyes de la tierra, de las cuales solo la última, en 1920 bajo el gobierno estadounidense, tuvo el efecto deseado. La aspiración de estas leyes era conseguir un registro obligatorio de transacciones de la tierra y destruir el sistema de tenencia colectiva de la tierra. Hasta 1920 el Estado no dispuso de medios para dar fuerza a estas

²³ Sobre el sistema de tierra dominicano ver A. Albuquerque, *Títulos de terrenos comuneros de la República Dominicana* (Ciudad Trujillo, 1961).

²⁴ «Carta del Gobernador de Puerto Plata, del 21 de marzo de 1872», en Archivo General de la Nación de la República Dominicana (en adelante AGN), Interior y Policía, Leg. 15.

regulaciones. Durante el período 1880-1920 fueron sobre todo los empresarios azucareros capitalistas, quienes restringieron a la población campesina el uso de la tierra. Por todas partes compraron grandes extensiones de tierra a precios infinitesimales y, donde se requirió, expulsaron a los campesinos por medio de títulos de tierra falsificados o por la fuerza.

El sector sureño del azúcar

El inicio de un sector azucarero a gran escala, mecanizado y absolutamente capitalista en la República Dominicana se puede ubicar en el año de 1874, cuando se introdujo el primer molino de vapor en la parte sudoriental del país. En los siguientes diez años se establecieron cerca de treinta *ingenios*, plantaciones azucareras manejadas con vapor, principalmente con capital cubano (y un poco de dominicano y estadounidense).²⁵ La crisis del mercado mundial en 1884, con su dramática caída de precios, eliminó a las empresas más pequeñas y financieramente menos solventes y causó una concentración de la propiedad. En la última década del siglo XIX las plantaciones azucareras comenzaron a acumular grandes cantidades de tierra.

El proceso de expansión y monopolización de la tierra por la industria azucarera se aceleró vertiginosamente en las primeros dos décadas del siglo XX. Siete de los *ingenios* más grandes extendieron su territorio de la siguiente manera:

1893	79,000 tareas (16 tareas hacen 1 ha.)
1911-1912	268,850 tareas
1915	580,340 tareas
1925	1,986,370 tareas ²⁶

²⁵ Para este período Juan J. Sánchez, *La caña de Santo Domingo* (Santo Domingo: Editora Taller, 1972).

²⁶ Frank Báez Evertsz, *Azúcar y dependencia en la República Dominicana* (Santo Domingo: Editora UASD, 1978), 47.

La industria azucarera que surgió en las primeras dos décadas de este siglo fue completamente financiada con capital estadounidense y dominada por un puñado de corporaciones de carácter transnacional.

Las reacciones iniciales de la población rural dominicana a las oportunidades de trabajo con sueldo relativamente bien pagado que las nuevas plantaciones ofrecían, estuvieron lejos de ser adversas. Los campesinos dominicanos mostraron una notable buena voluntad para adaptarse a las circunstancias cambiantes. Según José Ramón Abad, en esta primera etapa de la expansión azucarera un gran número de pequeños campesinos se unieron a las plantaciones azucareras en busca de un sueldo diario.²⁷ Tan grande era la atracción de las plantaciones azucareras que los oficiales estatales de otras regiones comenzaron a quejarse por la salida de personas de su distrito.

No obstante, este cuadro cambió pronto. Los jornaleros campesinos no objetaban la venta de su trabajo a las plantaciones, pero solo estaban preparados para hacerlo en sus propias condiciones. Algo de esa actitud se desprende del desdeñoso comentario de un corresponsal anónimo: «La fuerza de trabajo ha sido abundante a veces y escasa en otras, según la posición del barómetro de la *fiesta*».²⁸ Y trabajaron solo mientras interpretaron el trabajo como remunerativo. En 1884, cuando los empresarios azucareros bajaron drásticamente los sueldos, los cortadores de caña simplemente se negaron a trabajar. El *Eco de la Opinión*, un periódico a favor de los intereses azucareros, escribió en octubre de 1884, en vísperas de la próxima cosecha de azúcar: «Todo el mundo se preocupa por el estancamiento de los *ingenios*. Algunos de ellos ya quieren comenzar a trabajar, pero no tienen jornaleros. Los *peones* se niegan a aceptar los sueldos que se les ofrecen».²⁹ La situación no mejoró y los jornaleros dominicanos partieron *en masse* en los años subsecuentes,

²⁷ José Ramón Abad, *La República Dominicana. Reseña general geográfica-estadística* (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1973), 263.

²⁸ *El Mensajero*, VII, 9, 14 de julio de 1887.

²⁹ *Eco de la Opinión*, V, 274, 9 de octubre de 1884.

dejando a las plantaciones azucareras sin otra opción que importar mano de obra de las islas circundantes.³⁰

La migración, muchas veces casi indistinguible de la huida, también se puede ver como un acto de protesta.³¹ A este respecto se debe hacer una distinción entre migración *hacia* y migración *desde* los centros de actividad capitalista. La primera se puede considerar como una reacción positiva, de aprobación a nuevas oportunidades. La segunda fue una evidente señal de protesta. Este fue aún más el caso donde la penetración capitalista trajo consigo una considerable escasez de trabajo. En este caso, se desarrolló una confrontación innegable entre, por un lado, el Estado y los empresarios capitalistas, que idearon leyes de vagancia y libros de trabajo, y una población campesina aferrada a su libertad.³²

Poco a poco llegó a ser indudable que era una ficción pensar que la economía campesina podía quedar intacta y viable en la confrontación con un modo de producción que se adhirió tan completamente a otros valores e introdujo nuevos modos económicos de dominación. Abandonar las plantaciones del azúcar, como hicieron los campesinos después de 1884, no fue suficiente.

³⁰ José del Castillo, «La inmigración de braceros azucareros en la República Dominicana, 1900-1930», *Cuadernos del Cendia*, CCLXII, 7, (1978).

³¹ Ver A. I. Asiawaju, «Migration as Revolt: The Example of the Ivory Coast and the Upper Volta Before 1945», *Journal of African History* 17, no. 4 (1976): 577-594. También David Nicholls, *Haiti in Caribbean Context: Ethnicity, Economy and Revolt* (London: The MacMillan Press, 1985), 16.

³² Por supuesto, el desprecio por los «vagos» es un tema recurrente en la historiografía latinoamericana. Un ejemplo dominicano se encuentra en la *Voz de Santiago* (II, 98, 20 de febrero de 1882), bajo el título «La Vagancia: La influencia del *Vago* corrompe a la sociedad, porque generalmente es más fácil seguir al malo, que imitar al hombre trabajador [...]. Es imposible resumir todas las consecuencias de la *vagancia*. Influye en todo. El vago vive en una atmósfera pernicioso, siempre inventa mentiras para abusar la confusión que conscientemente siembra en los corazones de las personas». Sobre la legislación en Puerto Rico: Laird W. Bergad, *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century Puerto Rico*, (Princeton, 1983).

Las plantaciones monopolistas desafiaron al centro de su existencia como campesinos.

El perplejo campesinado trató en vano de oponerse a este peligro creciente. Pacíficamente al principio, mediante peticiones a las autoridades estatales, explicando la injusticia cometida con ellos. Algunos propietarios pequeños en el sur del país escribieron, por ejemplo:

Hasta ayer esta comunidad vivió en estas tierras de la misma manera que en otras partes de la Isla, que tienen un usufructo colectivo de sus ventajas y productos, tal como está determinado por el derecho común y la costumbre.

Ellos (los dueños) han sido sorprendidos por la adjudicación de casi toda la propiedad del señor Serralles (un poderoso empresario azucarero portorriqueño; MB), quien invadió toda la tierra cercana al Jagua que no estaba ocupada, violando en muchos casos los derechos de propiedad. Actuó tan descaradamente, que incluso ha cortado el camino público. Este comportamiento es aún más anómalo porque el número de títulos de ellos excede los suyos.³³

Sin embargo, las peticiones y defensas legales no podían detener la penetración del capitalismo. Las grandes empresas, que tenían muchos amigos en posiciones altas y disponían de amplias recompensas, constituyeron una fuerza superior en un país pequeño y atrasado. Incapaz de confrontar abiertamente a las plantaciones, la población campesina recurría a veces a un tipo de resistencia pasiva. En los casos en que las plantaciones necesitaban ayuda urgente, los peones y campesinos locales se negaban, a veces serenamente, a ayudar. Un corresponsal en San Pedro de Macoris informó que en el caso de un incendio en el ingenio Puerto Rico los 400 campesinos y unos jornaleros que estaban presentes en el ingenio en ese momento «se negaron a ayudar, tal

³³ «Petición al Ministro del Interior y Policía, 10 de julio de 1891», en *AGN, Interior y Policía*, Leg. 133, Exp. 8.

como se deseaba, y no obedecieron el inspector de la plantación». Cuando el mismo evento ocurrió en el ingenio «Santa Fe», «no fue posible encontrar personas que ayudaran, ni en la hacienda ni en los pueblos cercanos».³⁴ En los periódicos también aparecieron varios informes sobre incendios en los campos de caña, los cuales tenían orígenes misteriosos y fueron calificados como incendios provocados.

Lo que las plantaciones azucareras amenazaron no solo fue el acceso a la tierra, sino también un estilo de vida arraigado en una economía de subsistencia. Por ejemplo, en este mismo período se promulgaron leyes que limitaron las regiones donde se permitía el ganado suelto. La posesión de ganado era una parte indispensable de la economía de subsistencia del campesinado y estas leyes legitimaron los medios para minar la existencia del campesino. La guardia rural tuvo otro pretexto para hostigar a los campesinos. Era evidente que los grandes hacendados no tenían ningún problema con la ley.³⁵

La monopolización del suministro de agua tuvo consecuencias similares en las partes más secas al oeste del país. La distribución de agua nunca había sido un problema, pero después del establecimiento de las empresas agrícolas a gran escala, que utilizaban la irrigación, sobrevino una desenfadada lucha por el acceso al suministro del vital líquido. El ejemplo más incontrovertible de la monopolización del agua tuvo lugar en la costa sudoeste. Aquí, en 1917, la compañía norteamericana Barahona intentó realizar un

³⁴ *Eco de la Opinión*, 673, 20 de abril de 1892.

³⁵ Los campesinos que vivían cerca de los ingenios «La Duquesa» e «Italia» se quejaron al Gobernador de la Provincia de Santo Domingo del tiroteo a su ganado. Su conclusión fue evidente: «considerando que estos *ingenios* proporcionan más ganancias al país que el poco ganado que se puede sostener en sus alrededores y tomando en cuenta que los propietarios de estos *ingenios* son extranjeros, que nuestra triste experiencia nos enseña a tratar con cuidado, es mi opinión que se declare a esta región zona agrícola». Carta del Gobernador de Santo Domingo, 11 de enero de 1900, en AGN, Interior y Policía, Leg. 171.

proyecto de irrigación extensiva con el agua del Yaque del Sur.³⁶ Originalmente, los dueños de esta empresa estadounidense pidieron permiso para tomar 40 metros cúbicos por segundo, pero aun los 21 metros que finalmente les permitió tomar el gobierno militar estadounidense, dejaron con casi nada a los otros granjeros en la estación seca.³⁷

En este caso la tradicional élite terrateniente tomó la delantera en la lucha. En 1921 comenzó una vigorosa campaña de prensa y el periódico local, *El Cable*, publicó una larga serie de artículos bien documentados sobre «El saqueo del agua del sur». Al mismo tiempo los pequeños propietarios se organizaron en Comités de Defensa de Aguas.³⁸ Aunque este movimiento no podía acabar con las actividades de esta compañía, previno sus abusos más extremos. A la larga, la violencia pareció ser la única opción que quedaba. Ya antes de 1917 el sudeste había sido el escenario de muchas guerras. La destrucción de las estructuras de poder locales, la destrucción de la agricultura tradicional y la anarquía política llevaron a una gran lucha a muerte entre los diferentes caudillos de gavillas de guerra.³⁹

Después de la ocupación estadounidense, estas guerrillas, conocidas como *gavilleros*, adquirieron un sabor revolucionario, nacionalista. En esta «vuelta de cara» las ambigüedades de la dirección personalista llegaron a ser evidentes. Por un lado, el

³⁶ Ver Melvin M. Knight, *The Americans in Santo Domingo* (Nueva York, 1970; original 1928), 132-133.

³⁷ Carta al Teniente C. C. Baughman (28 de febrero de 1917) y Octavio A. Acevedo (10 de marzo de 1917), en AGN, Correspondencia del Ministerio de Fomento y Obras Públicas, Leg. 26. También *La Información*, 2173, 15 de junio de 1921, que escribió: «han dado una concesión por más agua de la que el Yaque contiene en la estación seca».

³⁸ Víctor Garrido, *En la ruta de mi vida, 1886-1966* (Santo Domingo, Impr. Arte y Cine, 1970), 111-113 y 120.

³⁹ Para este episodio: Bruce J. Calder, «Caudillos and Gavilleros versus the United States Marines: Guerrilla Insurgency during the Dominican Intervention, 1916-1924», en *Hispanic American Historical Review* 58, no. 4 (1978), 649-675; y *The Impact of Intervention: The Dominican Republic during the US Occupation of 1916-1924* (Austin, 1984), capítulos 5-7.

gobierno militar estadounidense y las empresas azucareras utilizaron a los hombres fuertes del lugar para mantener el orden. Por el otro, muchos jefes locales fueron los primeros en oponerse a la ocupación estadounidense y al monopolio de las compañías azucareras.

La tenaz guerra *gavillera*, que de 1917 a 1922 agitó a la región sudeste de la República Dominicana contra la ocupación estadounidense y las plantaciones azucareras norteamericanas, fue, en primer lugar, el intento desesperado de una clase de campesinos desposeídos por cambiar el futuro. Las líneas y filas de las fuerzas *gavilleros* estuvieron formadas por el campesinado desposeído que había sido arrojado de su tierra por las compañías azucareras. Muchos de los hombres que lucharon con los caudillos de los *gavilleros* eran de los *bateyes* azucareros, los desolados pueblos en donde vivían los cortadores de la caña de azúcar. Después de la rendición masiva de las guerrillas en 1922, los oficiales militares encontraron que un significativo porcentaje era de hombres que habían perdido su tierra recientemente.⁴⁰

Las guerrillas fueron apoyadas por la población campesina, que se había mantenido en la franja de las plantaciones azucareras, pero ella misma estuvo en constante peligro de ser eliminada. Estos campesinos proporcionaron reclutas, resguardo y un extenso sistema de inteligencia a las guerrillas. El movimiento comenzó a tomar proporciones revolucionarias y nacionalistas muy rápidamente. Muchas guerrillas estaban enteradas de la importancia de su lucha y desplegaron una aguda percepción política. Unos grupos tenían el control indiscutible de áreas definidas e incluso edificaron algunos tipos de estructuras de gobierno. En oposición a la etiqueta de «bandoleros» que los marines les habían dado, insistieron en la naturaleza ideológica de su lucha.

⁴⁰ Calder, *Caudillos and Gavilleros*, 658.

Cultura campesina y resistencia

En las partes del país que estaban situadas muy lejos de los centros de expansión capitalista, el cuadro fue más complejo. Aquí, las contradicciones entre la economía campesina local y las cambiantes estructuras sociales y económicas fueron más heterogéneas. En las zonas periféricas del país tuvo lugar no tanto una confrontación directa entre modos diferentes de producción, como una lucha de los campesinos para retener su autonomía económica y cultural escasamente documentada.

En pocas ocasiones podemos obtener un indicio de los elementos culturales de la lucha campesina y la influencia de una cultura campesina elástica. Un incidente significativo le ocurrió al proyecto de canalización del *Yaque del Norte* en Monte Cristi. En abril de 1885 todo el trabajo tuvo que detenerse inesperadamente durante una semana entera porque los obreros habían ido a casa para la Semana Santa. Los empresarios que querían terminar el proyecto tan rápidamente como fuera posible no pudieron hacer nada excepto resignarse y esperar.⁴¹

La sociedad dominicana en conjunto era católica, pero era un catolicismo popular que prevaleció en el campo.⁴² Estaba lleno de elementos africanos y otras ideas sincréticas y concedía un amplio espacio a los milagros y al contacto directo con el «otro lado». Además, la práctica religiosa estaba estrechamente vinculada —entretejida, podría decirse— con la economía de subsistencia. Las fiestas religiosas eran momentos para cumplir con las *promesas* (votos) hechas durante el año para provocar lluvias, bendecir la cosecha o curar al enfermo. Los muertos eran atendidos durante los *velorios*, vigiliadas, que podían durar más de nueve días y

⁴¹ *EdP*, IV 158, 3 de mayo de 1885.

⁴² Los informes de los Inspectores de Instrucción Pública, hechos en 1921-1922 contienen información muy interesante sobre la cultura popular en las diferentes regiones de la República Dominicana. Se reproducen en Emilio Rodríguez Demorizi, *Lengua y folklore de Santo Domingo* (Santiago: UCMM, 1975), pp. 91-277.

noches. El *pésame*, una ofrenda para el muerto, cuidaba las necesidades inmediatas de los quedaban atrás. Los niños «inocentes», quienes morían poco después del nacimiento, eran enviados al cielo en ceremonias igualmente largas (*baquinís*). La religión popular era una parte integral de la economía campesina y, como tal, jugó una parte significativa en el conflicto entre modos de producción diferentes.

Esto llegó a ser particularmente notorio en los intentos por acabar con ciertos elementos de la cultura popular, a fin de someterlos más al nuevo orden económico. La iglesia católica oficial comenzó a desalentar las expresiones «extravagantes» del fervor religioso, la prensa se quejó continuamente de los desórdenes que acompañaban a las ceremonias religiosas y la Guardia Nacional recibió órdenes explícitas de prohibir las prácticas religiosas populares.⁴³

Las consecuencias de todas estas actividades en las vidas de la población campesina son difíciles determinar, pero al parecer hicieron poco caso de estas medidas restrictivas. Fue solo en el curso del siglo XX que las cambiantes condiciones sociales y económicas transformaron lentamente lo que los legisladores fueron incapaces de erradicar.

El único ejemplo de un movimiento campesino más o menos organizado con una evidente tendencia religiosa, mesiánica, fue el movimiento del llamado Dios Olivorio en la región de San Juan, cerca de la frontera haitiana. La región fronteriza, al oeste de Azua, había mostrado un desarrollo muy específico a fines del siglo XIX. Debido al turbulento desarrollo capitalista en las partes orientales de la isla, llegó a ser una región más o menos marginada dentro de la economía dominicana. Su base económica fue la cría de ganado

⁴³ Esto está muy elocuentemente ilustrado en la «Orden del Cuerpo» (1908) de la Guardia Republicana, en donde se resumieron todo tipo de expresiones de la cultura popular y entonces prohibidas. También Patrick Bryan, «La producción campesina en la República Dominicana a principios de siglo XX», en *Eme Emé Estudios Dominicanos* 7, no. 42 (May-Jun 1979): pp. 29-62.

para el mercado haitiano, la cual se combinó con pequeñas artesanías y algo de agricultura.⁴⁴

Dentro de estas condiciones generales regionales dos procesos tuvieron un efecto profundo en el sustento de su población. Primero, hubo una creciente monopolización de la tierra en el fértil valle de San Juan por parte de los grandes hacendados con empresas agrícolas a gran escala. Esto empujó a los pequeños campesinos hacia las partes menos accesibles. Debido a la poca población, la tierra libre todavía estaba disponible, pero los derechos tradicionales, entre los que el libre movimiento de ganado era el más importante, se limitaron severamente.

En segundo lugar, la economía ganadera se vio severamente afectada por la política gubernamental de limitar la posesión de ganado para promover la agricultura comercial. La designación de las llamadas «regiones agrícolas», en las que se prohibió la posesión de ganado suelto, significó la dislocación de la estructura económica existente. La limitación de la frontera comercial con Haití por los subsecuentes gobiernos dominicanos empeoró aún más la situación y los archivos del Ministerio de Agricultura en las primeras décadas de este siglo contienen innumerables peticiones de los tenedores de ganado para cambiar la legislación y mejorar su situación.⁴⁵

Es contra este fondo de dislocación social y económica que se debe ver el surgimiento del movimiento Olivorista.⁴⁶ En 1908

⁴⁴ Esta región necesita un estudio más detallado. Una buena introducción es: Ernest Charles Palmer, «Land Use and Landscape Change along the Dominican-Haitian Borderlands», tesis PhD, Universidad de Florida, 1976. También ver capítulos 5 y 6.

⁴⁵ Ver por ejemplo la correspondencia de 1918, cuando cientos de personas pidieron permiso para tener ganado; AGN, Correspondencia del Ministerio de Agricultura e Inmigración, Leg. 12, 1918.

⁴⁶ Sobre este movimiento Jan Lundius, *The Great Power of God in San Juan Valley. Syncretism and Messianism in the Dominican Republic* (Lund: Lund Studies in History and Religion, 1995). También Carlos Esteban Deive, «El mesianismo olivorista», en *El Indio, el Negro y la Vida Tradicional Dominicana* (Santo Domingo, 1978), 177-205 y E. O. Garrido Puello, *Olivorio: un ensayo histórico* (Santo Domingo, 1963).

Olivorio Mateo, quien era jornalero por día y nativo de la región de San Juan, desapareció durante un huracán. Se le dio por muerto, pero reapareció después de nueve días y se autoerigió como mensajero de Dios proclamando que todo el que creyeran en él se salvaría. En poco tiempo, cientos de personas provenientes de toda la región se congregaron en su lugar de residencia. Mucha gente pobre se unió a la hermandad, la cual se estableció en el pueblo santo de Olivorio, donde todo el mundo era igual y no se permitía la violencia.

Indudablemente, el movimiento olivorista fue un culto mesiánico que Adas tomó como ejemplo de «protesta de elusión». Proporcionó un lugar de refugio para la población campesina que quería escapar de una sociedad cambiante que estaba destruyendo su estilo de vida y autonomía. Ello no pretendió ser una confrontación directa con esa sociedad. Carlos Deive destaca su carácter pacífico inicial:

Mientras su acción moderada no encontró oposición del sistema, el olivorionismo tuvo una postura pacífica y armoniosa. Solo cuando eso cambió, recurrió a una confrontación abierta con las fuerzas contrarias.⁴⁷

Y de hecho, la represión violenta no tardó en manifestarse. Primero fue el gobierno de Ramón Cáceres (1906-1911) que, en sus intentos por pacificar la parte occidental del país donde tenía muchos enemigos, extinguió todo el movimiento. No obstante, el gobierno nunca consiguió capturar al propio Olivorio. Después del asesinato de Cáceres y la subsecuente contienda civil, el olivorismo resurgió con más fuerza que antes. La represión final vino durante la ocupación del República Dominicana por los marines norteamericanos que, en el mismo período, trataban de reprimir la fuerte *caco*-resistencia haitiana al otro lado de la frontera.⁴⁸

⁴⁷ Deive, El mesianismo olivorista, 205.

⁴⁸ Para la conexión dominico-haitiana en el movimiento de resistencia ver Roger Gaillard, *Charlemagne Péralte le caco* (Port au-Prince, 1982), 177 y 180.

A partir de 1917 los estadounidenses dedicaron todos sus esfuerzos a suprimir el movimiento y capturar a Olivorio. Los diarios de las expediciones muestran cómo estas actividades funcionaron a la vez como medio para pacificar la parte occidental del país. Muchas personas fueron arrestadas bajo la acusación de comercio ilegal en la frontera, de aprovisionamiento a las guerrillas o de simple vagancia. Las chozas de los «bandoleros» fueron quemadas indiscriminadamente. En 1919 se descubrió y destruyó el campamento de Olivorio, «ocho *bohíos* (chozas) abandonados, una barraca grande con bancos para dormir empotrados en la pared y un salón de baile o lugar de reunión» y «varios *conucos* cercanos».⁴⁹

Después de la destrucción del campamento, Olivorio y algunos seguidores fieles se dirigieron a las montañas. Finalmente, el mesías fue asesinado en 1922 y aunque el olivorismo se disolvió como movimiento, sus ideas nunca desaparecieron. Hasta la fecha se pueden encontrar vestigios de las creencias olivoristas en la región de San Juan.⁵⁰ Sin embargo, como utopía colectiva, la anulación de conflicto había resultado ilusoria. La centralización y el control del Estado se habían vuelto el sustento de una nueva élite política y económica que trataba de recobrar su dominio sobre la sociedad dominicana. En este contexto, la autonomía organizada fue percibida como inherentemente subversiva. Como es tan frecuente en la historia, las clases gobernantes percibieron el camino de la «subversión» antes que el mismo grupo «subversivo»; un factor que, por supuesto, facilitó mucho su destrucción.

⁴⁹ Informe de las operaciones de un destacamento de la 9ª Compañía (26-12-1918 a 14-1-1919), en AGN, Correspondencia del Ministerio de Interior y Policía, Leg. 379, 1919.

⁵⁰ El movimiento Palma Sola, que fue destruido por la fuerza aérea dominicana en 1963, fue una continuación directa del mesianismo olivorista. Cf. Lusitania Martínez, «Palma Sola: Un caso de movimiento social campesino con características mesiánicas», en *Revista Estudios Dominicanos* 11, n.º 4 (Abril 1985): pp. 9-20.

Conclusión

La transformación de la sociedad campesina bajo la influencia de la economía mundial ha sido entendida como un irreversible proceso de proletarización. Concordante con esta perspectiva estuvo la sugerencia de que el papel del campesinado había sido sumamente pasivo y había sobrellevado su destrucción como una víctima dócil. Sin embargo, este punto de vista ha descuidado el activo y a veces firme papel de la población campesina para determinar el resultado de estos procesos de cambio. Generalmente, los campesinos no eran del todo contrarios al cambio y muchas veces tomaron parte activa en él. Mientras pudieron mantener una cierta independencia y no se puso en peligro su economía de subsistencia, no se sintieron particularmente amenazados por las nuevas circunstancias económicas. Estaban acostumbrados a una dosis tolerable de injusticia y mientras pudieron mantener su base de subsistencia, no sintieron la necesidad de rechazar estos cambios. Más bien, estaban ansiosos de obtener algún beneficio fuera de las nuevas oportunidades y no se oponían al trabajo pagado o a la producción efectiva de cosecha.

No tomó mucho tiempo darse cuenta de que en muchos casos la preservación de su economía de subsistencia era incompatible con las nuevas relaciones de producción dominadas por el capital. De Janvry y Garramon han identificado dos procesos esenciales que la penetración capitalista en la agricultura latinoamericana trata de reforzar en donde el trabajo es escaso: la alienación del trabajo a partir del acceso a la tierra a través de su monopolización y la imposición de relaciones sociales de producción que dificultan el trabajo al asegurar sus propios costos de oportunidad en el mercado de trabajo.⁵¹ Aunque estas condiciones nunca fueron totalmente encontradas en este período, este análisis subraya el conflicto fundamental entre la lógica capitalista y la autonomía de los campesinos.

⁵¹ A. De Janvry, y C. Garramon, «The Dynamics of Rural Poverty», *Journal of Peasant Studies*, IV (1976-1977): 207.

Mientras la protesta de elusión fue posible, los campesinos se limitaron a reacciones no violentas al capitalismo penetrante. En las regiones más remotas de la República el recurso de la tierra continuó abierto hasta los años cuarenta del siglo XX y aún después. Muchas familias campesinas emigraron a estas regiones. Otras se quedaron dónde estaban y trataron de conservar su propiedad ante la presión creciente de comerciantes y autoridades. En la cultura popular del pueblo dominicano se pueden encontrar formas menos notables de resistencia. *Fandangos*, *fiestas* y ceremonias cristianas populares, todo sirvió como medio para preservar algunas formas de autonomía cultural. Al examinar todas las medidas y leyes para suprimir estos símbolos de la cultura popular, no hay ninguna duda de que la propia élite dominicana entendió muy bien que esta retención de los «días viejos» era un rechazo implícito al nuevo sistema económico y cultural que minaba la autonomía campesina. A veces, la destrucción de las estructuras sociales y económicas tradicionales llevó al fervor religioso y el conflicto abierto, tal como sucedió en el caso de Olivorio Mateo. Por lo general quedó en un nivel local escasamente documentado.

Es tentador vincular las distintas formas de protesta campesina con los diferentes procesos de transformación capitalista en la República Dominicana. En la región norteña, los procesos de cambio fueron diversos y relativamente uniformes. El antagonismo de clase fue suavizado por el *compadrazgo* y otras alianzas de clases. El campesinado pudo continuar con sus actividades agrícolas y sociales sin demasiada interferencia exterior. El cultivo de cosechas efectivas, que era parte integrante de la economía de subsistencia, los encadenó firmemente al mercado. Por consiguiente, la resistencia campesina se centró en las condiciones del comercio y el crédito y significó, sobre todo, mantener su independencia frente a la clase mercantil regional.

En las provincias sureñas, la industria azucarera tuvo consecuencias desastrosas para la economía campesina. La región parece mostrar el clásico antagonismo plantación-campesino, en el que el campesinado es desalojado de su tierra por las influyentes empresas capitalistas. Contra este fondo, no sorprende que fuera en esta

región en especial donde la resistencia colectiva y violenta surgiera. En la fronteriza región occidental, el comportamiento campesino reflejó la posición desorientada y marginada de esta región. La creciente interferencia del Estado puso límites a la tenencia de ganado y a la libertad de comercio con Haití sin ofrecer otras alternativas económicas. Esta situación fue un campo propicio para el movimiento mesianista de Olivorio Mateo, el cual anhelaba reorganizar la sociedad y reordenar las relaciones sociales.⁵²

La penetración de capitalismo en el Tercer Mundo no ha sido un proceso uniforme y lineal. Sobre todo, en un país como la República Dominicana, con un Estado débil y la falta de un poder central dominante, el desarrollo capitalista fue errático y desigual. En algunas ocasiones utilizó las instituciones económicas y culturales existentes, en otras, las suprimió brutalmente. La investigación de las diferentes formas de resistencia en que se refugió el campesinado nos daría una mejor comprensión de la interacción entre estos factores diferentes. Esto podría modificar la idea aun ampliamente sostenida de un capitalismo omnipotente en la agricultura del Tercer Mundo. Por otra parte, también podría proporcionar un lugar más prominente al campesinado en la historia como sujeto de su propia historia.

⁵² De Queiroz llama a esta una situación de «anomie» o rompimiento de la cohesión social María Isaura Pereira de Queiroz, «Messiahs in Brazil», *Past and Present*, 31 de julio de 1965, 62-86, 72-73.

CAPÍTULO 4

EL AZÚCAR Y EL TRABAJO CAUTIVO. REFLEXIONES SOBRE EL CONTROL LABORAL EN LA REPÚBLICA DOMINICANA, 1870-1935

*Como empresas privadas, al final los ingenios azucareros
están en el negocio de producir dinero, no azúcar¹*

Introducción

La realidad del desarrollo del capitalismo en el siglo XX ha refutado cualquier contradicción mecánica entre producción capitalista y el continuo uso del trabajo forzado o cautivo. Cuando los autores liberales y marxistas profetizaron la inevitable desaparición de la esclavitud y del trabajo cautivo con el progreso de la producción capitalista, con demasiada frecuencia ocurrió lo contrario como para ser considerado una excepción.

Ciertamente, pudiese argumentarse que la evasión del mercado laboral libre fue esencial para el desarrollo del capitalismo en muchas partes del Tercer Mundo. Los trabajadores inmigrantes temporales asiáticos en las economías de las plantaciones del Caribe, los trabajadores indígenas de enganche en Centroamérica y los Andes, los mineros negros en Sudáfrica, todos jugaron un rol crucial en el establecimiento de la producción capitalista.² La mayoría de las plantaciones y las industrias fomentadas en diferentes lugares

¹ Rolf Knight, *Sugar Plantations and Labor Patterns in the Cauca Valley, Colombia* (Toronto: University of Toronto, 1972), 184

² Barry Munslow, y Henry Finch (eds.), *Proletarianisation in the Third World: Studies in the Creation of a Labour Force Under Dependent Capitalism* (London: Croom Helm, 1984).

del mundo al principio del siglo XX solo pudieron producir con ganancias debido a la mano de obra barata de trabajadores (migrantes) cautivos. El grado de «cautividad» de los trabajadores y el poder coercitivo de los empresarios podían variar, pero los capitalistas de todo el mundo recurrieron, en un momento u otro, a la evasión del mercado laboral libre. De esta forma trataron de lograr «el sueño de todos los capitalistas»: una fuerza de trabajo suficientemente grande, barata, trabajadora y obediente.³ Si aceptamos la universalidad de este «sueño», debemos preguntarnos cómo las empresas capitalistas fueron capaces de obtener el abastecimiento de trabajadores cautivos. También debemos preguntarnos cuál ha sido el rol del factor étnico (o racial) en la reproducción de relaciones del trabajo cautivo. Este artículo aborda estas interrogantes centrándose en la situación de los trabajadores azucareros haitianos en la República Dominicana.

La esclavitud fue abolida formalmente muy temprano en la República Dominicana (1822), pero con el crecimiento y la modernización tecnológica de los ingenios azucareros en el siglo XX, se elaboraron nuevos sistemas de control laboral, que muchos observadores han comparado con la esclavitud. Cada vez más, la industria azucarera dominicana llegó a depender de mano de obra de los trabajadores inmigrantes, primero de las islas de las Antillas Británicas y luego de Haití. En lo siguiente analizaremos este proceso histórico durante el período 1870-1935, cuando las características básicas de la producción azucarera en la República Dominicana tomaron su dimensión definitiva. Después de una corta descripción del desarrollo de la industria azucarera dominicana, tratamos de mostrar cómo el reclutar trabajadores inmigrantes fue

³ Ver también la observación hecha por Stoler, acerca de que la clave para el éxito de las plantaciones del norte de Sumatra fue «una fuerza de trabajo que era barata, socialmente maleable y políticamente inarticulada». Ann Laura Stoler, *Capitalism and Confrontation in Sumatra's Plantation Belt, 1870-1979* (New Haven-London: Yale University Press, 1985), 1. También ver Tom Brass, «Unfree Labour and Capitalist Restructuring in the Agrarian Sector: Peru and India», *Journal of Peasant Studies* 14, no. 1 (1986): 50-77.

parte de la política consciente de los empresarios azucareros. Los prejuicios raciales que invocaron en la sociedad dominicana les permitieron aislar su fuerza de trabajo y mantener un control estricto sobre ellos.

La producción azucarera y el trabajo cautivo

Muchos observadores han sugerido que la disponibilidad de mano de obra cautiva y barata perjudica la innovación tecnológica y, por ende, el desarrollo de las fuerzas productivas. Por consiguiente, mientras los empresarios pudieran contar con suficiente mano de obra barata, ellos dejarían de hacer inversiones costosas en tecnología productiva. En la historiografía caribeña esta perspectiva ha estado encarnada en la tal llamada tesis de «incompatibilidad» que sugiere una insuperable contradicción entre esclavitud y progreso tecnológico. Después del trabajo clásico de Eric Williams, *Capitalism and Slavery*,⁴ el historiador cubano Moreno Fragnals ha sido el protagonista más destacado de este enfoque.⁵ En su excelente monográfico sobre la transición de la esclavitud al trabajo libre en Cuba en la segunda mitad del siglo XIX, Rebecca Scott da una perspectiva diferente a la compleja relación entre la innovación tecnológica en la producción azucarera y la organización laboral.⁶ Ella rechaza la tesis de que la esclavitud fue abolida principalmente porque ya no derivaba ganancias a las plantaciones y porque era incompatible con las nuevas técnicas de producción azucareras. En lugar de una simple explicación causal, ella enfatiza la presión social dentro de la sociedad cubana y las interacciones entre los diferentes grupos sociales, que juntos conllevan a la abolición de la esclavitud. Ella argumenta que la abolición no fue el resultado de un «plan maestro» premeditado por una clase de empresarios

⁴ Eric Williams, *Capitalism and Slavery* (London: Deutsch, 1964), [primera edición, 1944].

⁵ Manuel Moreno Fragnals, *La historia como arma* (Barcelona: Crítica, 1983).

⁶ Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899* (Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1985).

capitalistas que ya no podía usar la esclavitud, sino un resultado no planificado de tensiones y cambios radicales en una sociedad en turbulencia. En este proceso dinámico los esclavos, al igual que los empresarios y los oficiales colonizadores contribuyeron al cambio: «La emancipación fue un proceso social en que la lucha entre el patrón y el esclavo, patrono y patrocinado, empleador y empleado, determinó el carácter, el cuándo y los términos de la transición de la esclavitud al trabajo libre».⁷

La abolición de la esclavitud tuvo consecuencias ambiguas para las plantaciones. Por una parte, alivió la responsabilidad de mantener a los trabajadores el año completo. Por otra parte, los privó de su control sobre la fuerza laboral, que ya no podía ser considerada propiedad, para ser usada y manipulada a su voluntad. Los empresarios azucareros trataron de resolver esta contradicción de dos maneras. Algunas veces introdujeron innovaciones tecnológicas que disminuyeron su dependencia en la provisión de mano de obra en las temporadas de zafras. Pero, más importante, ellos trataron de introducir nuevas formas de control laboral. En algunos lugares, las empresas azucareras trataron de usar trabajo asalariado, pero estos experimentos duraron poco y generalmente no tuvieron éxito.⁸ Por tanto, los potenciales dueños de plantaciones dependían de nuevos sistemas de mano de obra

⁷ Rebecca J. Scott, «Explaining Abolition: Contradiction, Adaptation and Challenge in Cuban Slave Society, 1860-1886», en Manuel Moreno Fraginals, et al. (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century* (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985), 51.

⁸ Para un uso más o menos «exitoso» de la mano de obra pagada nativa en Puerto Rico, ver Teresita Martínez-Vergne, «New Patterns for Puerto Rico's Sugar Workers: Abolition and Centralization at San Vicente, 1873-92», *Hispanic American Historical Review* 68, no. 1 (1988): 45-74.; para su fracaso, ver Andrés Ramos Mattei, «La importación de trabajadores contratados para la Industria azucarera puertorriqueña: 1860-1880», en F. Scarano (ed.), *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX. Río Piedras: Huracán*, 1985, 125-142; y del mismo autor, «Technical Innovations and Social Change in the Sugar Industry of Puerto Rico, 1870-1880», en Manuel Moreno Fraginals, et al. (eds.), *Between Slavery and Free*

cautiva, ocasionalmente se acordaba algo que pudiéramos llamar «esclavitud estacional». En la mayoría de las regiones de producción azucarera a gran escala, las formas de trabajo por contrato y trabajo temporal fueron eventualmente reemplazando el trabajo esclavo.⁹ Es irónico que Moreno Fragnals, de todos, ha enfatizado esta preferencia por el trabajo cautivo de los ingenios azucareros cubanos después de la abolición de la esclavitud, de esa manera implícitamente descartando su tesis de incompatibilidad.¹⁰

Scott enfatiza que la transformación de los sistemas laborales es el resultado de las luchas sociales. En este sentido, su refutación de la tesis de incompatibilidad es convincente. Sin embargo, su argumento permanece dentro de los límites del debate sobre la esclavitud y se abstiene de un análisis más general de la relación entre la producción industrial y la esclavitud como una de las varias formas del trabajo cautivo.¹¹ Aunque no se puede negar que desde una perspectiva social la esclavitud es un sistema muy específico, en un análisis económico es peligroso aislar la esclavitud de otros sistemas de trabajo cautivo.¹² El trabajo cautivo puede

Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985), 158-78.

⁹ Mucho se puede decir sobre la definición y la realidad de estas varias formas de reclutamiento de braceros. Aquí entendemos que «trabajo por contrato» está usado en el caso de corto plazo, normalmente contratos estacionales.

¹⁰ Moreno Fragnals, *La historia como arma...*, 97; ver también Walter Rodney, *A History of the Guyanese Working People, 1881-1905* (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1981).

¹¹ Ella solo alude a este problema cuando escribe: «Si (...) uno se acerca a la emancipación desde el punto de vista del estudio de sistemas de trabajo en América Latina, donde la sucesión de formas de esclavitud, esclavitud disfrazada, peonaje, trabajo por contrato, es depresivamente familiar, puede parecer que los cambios en las instituciones bajo cuales la mano de obra es extraída son casi fenómenos secundarios, ya que persisten los esenciales hechos de coerción y adversidad»; Scott, *Slave Emancipation in Cuba...*, 282.

¹² Este no es el lugar para una discusión extensa de la esclavitud y el trabajo cautivo. La característica de los esclavos como «propiedad» del dueño

existir bajo el disfraz de las relaciones de trabajo remunerado. Esto nos advierte contra un análisis «institucional» demasiado estricto de los sistemas laborales. Es mi convicción que solamente las definiciones que toman en consideración las prácticas diarias de cada uno de los sistemas laborales nos permitirán alcanzar una comparación satisfactoria entre los diferentes sistemas laborales. Tal perspectiva matiza el énfasis unilateral de las «peculiaridades» del sistema de esclavitud, y permite un análisis comparativo de la esclavitud y de otras formas de trabajo cautivo. En este capítulo la esclavitud será, por lo tanto, considerada como una forma (extrema) de las muchas posibles formas de trabajo cautivo. El trabajo se considerará cautivo cuando los trabajadores no tengan la libertad de dejar sus trabajos cuando quieran, no disfruten de los derechos civiles comunes y no puedan apelar a la justicia cuando sus derechos como trabajadores o como seres humanos sean violados.¹³

El control laboral y la producción de la caña de azúcar

El carácter peculiar y altamente estacional de la agricultura azucarera tuvo consecuencias importantes para su demanda laboral. Era necesaria la mayor parte del trabajo para la zafra, que duraba entre tres y seis meses, y la demanda disminuía drásticamente

del esclavo, importante desde un punto de vista humano, no es directamente pertinente para el análisis económico y social de la esclavitud. Discusiones comparativas incluyen a Robert Miles, *Capitalism and Unfree Labor: Anomaly or Necessity?* (London: Tavistock, 1987); y Léonie Archer (ed.), *Slavery and Other Forms of Unfree Labour* (London-New York: Routledge, 1988).

¹³ El mejor análisis general de la esclavitud sigue siendo el de Patterson. Su definición sociológica de la esclavitud es «la permanente dominación violenta de personas alienadas de sus lugares de origen y generalmente deshonradas», Orlando Patterson, *Slavery and Social Death* (Cambridge-London: Harvard University Press, 1982), 13. Al omitir el adjetivo «permanente» podemos usar esta definición como el punto de partida de investigación de otras formas de trabajo cautivo.

después que su terminación.¹⁴ Aunque el período de zafra era parcialmente determinado por las circunstancias ecológicas, este contenía más opciones de las que muchos observadores quieren que creamos. En Perú se convirtió en una práctica común cosechar el año entero en el siglo XX.¹⁵ El uso de la caña POJ 2878 permitió a los plantadores en el valle del Cauca (Colombia) variar la temporada de zafra por varios meses.¹⁶ Sin dejar de tener en cuenta los factores ecológicos, debemos recordar que una temporada de zafra corta y concentrada, frecuentemente considerada la característica de la agricultura azucarera, casi siempre contiene algunos elementos opcionales.¹⁷ La mayoría de los ingenios azucareros parecen haber confiado en temporadas de zafras altamente comprimidas como una manera de bajar los costos laborales. Es mi opinión que la corta temporada de zafra en la República Dominicana fue el resultado de un sistema consciente de mecanización diferencial que aumentó las ganancias de la producción azucarera y simultáneamente permitió un sistema sofisticado de control laboral. El contenido de sacarosa rápidamente disminuye si no se cosecha y se procesa a tiempo. Así que era esencial que el corte de la caña no se retrasara. Eso explica el deseo de las plantaciones de mantener un control estricto sobre sus trabajadores (y explica, por otra parte, por qué la mayoría de las huelgas en los ingenios azucareros ocurrían al principio de la zafra, cuando las plantaciones eran más vulnerables).

¹⁴ En Puerto Rico las demandas laborales bajaron a 20 por ciento de los braceros necesarios durante la zafra en la década de 1930, Arthur D. Gayer, Paul T. Homan, y Earle K. James, *The Sugar Economy of Puerto Rico* (New York: Columbia University Press, 1938), 171.

¹⁵ Christopher David Scott, *Machetes, Machines and Agrarian Reform: The Political Economy of Technical Choice in the Peruvian Sugar Industry, 1954-1974* (Norwich: University of East Anglia, 1979).

¹⁶ Knight, *Sugar Plantations and Labor...*, 20.

¹⁷ Peter Boomgaard, y Gert J. Oostindie, «Changing Sugar Technology and the Labour Nexus; The Caribbean, 1750-1900», *Nieuwe West Indische Gids-New West Indian Guide* 63, nos. 1-2 (1989): 10.

La mecanización diferencial fue la causa no ecológica más importante por el patrón de cosecha corta en la mayoría de las regiones productoras de azúcar en el siglo XX. Estaba basada en una separación sistemática entre los cortadores manuales de la caña en los campos y el procesamiento altamente mecanizado de la caña en los molinos. Esta distinción entre actividades de campo y de molino fue formalizada en el sistema central. Mientras que la calidad y la rentabilidad de la fabricación de azúcar fue mejorada por inversiones capitalistas a gran escala y por innovaciones tecnológicas, el cultivo y, sobre todo, el corte de la caña seguía siendo un trabajo manual realizado por miles de trabajadores no especializados.¹⁸ La lógica del sistema era que la mano de obra cara, (semi) especializada era reducida a un mínimo. Esta era una política laboral consciente que no fue exclusiva de los ingenios azucareros dominicanos.

La innovación tecnológica permitió que las empresas procesaran crecientes cantidades de caña, pero al mismo tiempo aumentaba el costo de oportunidad de interrupciones y retrasos.¹⁹ El éxito de esta política laboral, por lo tanto, dependía de dos factores: primero, del abastecimiento de suficientes trabajadores no especializados y, segundo, de la separación social y económica entre la gran fuerza de trabajo no especializada y los otros empleados, y de la sociedad en general. Estas metas eran difíciles de lograr con una fuerza de trabajo nativa, capaz de escapar o resistirse. Por lo tanto, en muchas partes del mundo la mano de obra era reclutada desde regiones distantes, aunque existiera una reserva laboral local.²⁰ Esta fuerza

¹⁸ Sidney W. Mintz, *Worker in the Cane: A Puerto Rican Life History* (New Haven: Yale University Press, 1960).

¹⁹ Scott, *Machetes, Machines and Agrarian Reform...*, 54; y Manuel Moreno Franginal, «Plantation Economies and Societies in the Spanish Caribbean, 1860-1930», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. IV (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), 211.

²⁰ Esto sugiere que si queremos usar las teorías de H. J. Nieboer, *Slavery as an Industrial System* (The Hague: Martinus Nijhoff, 1910); y Willemina Kloosterboer, *Involuntary Labour since the Abolition of Slavery* (Leiden: Brill, 1960), que sugiere una simple relación entre la esclavitud y la densidad

de trabajo migrante —aunque no siempre barata— sirvió para varios propósitos. Aumentó la competencia entre los trabajadores y permitió a las empresas mantener el control sobre los mismos por un período mayor. Lo importante era que durante ese período la empresa tenía poder virtualmente ilimitado sobre las vidas de sus trabajadores. Los inmigrantes usualmente no hablaban el idioma de la región, no tenían acceso a protección judicial y no podían apoyarse en miembros de su comunidad nativa.

Quizás el elemento más importante del uso de mano de obra inmigrante es que también permitía a las plantaciones cumplir con el segundo requisito para la aplicación de la fructífera mecanización diferencial. Los trabajadores migrantes usualmente se distinguían étnicamente y racialmente de la fuerza de trabajo nativa. Esto solía conllevar a expresiones de racismo entre la población nativa y a un creciente aislamiento de los trabajadores migrantes no especializados. Aún de mayor importancia, impedía (potencialmente) que los trabajadores nativos más caros y combativos entraran en la fuerza de trabajo no especializada. Richardson y Van Helten han mostrado cómo los dueños de las minas de Sudáfrica por temor a disturbios laborales y exigencias de salarios usaron este mecanismo para impedir que los trabajadores blancos tomaran control del trabajo no especializado de los africanos.²¹ Su preferencia por la «exclusividad racial» fue una política consciente para mantener el control sobre la fuerza laboral. Esto significaba un rechazo a las innovaciones tecnológicas que podían poner en riesgo esta segregación.²² Veremos que el mismo mecanismo también puede encontrarse en la industria azucarera dominicana.

de la población, la disponibilidad de mano de obra migratoria debe de ser añadida como un factor.

²¹ P. Richardson, y J. J. Van Helten, «Labour in the South African Goldmining Industry, 1886-1914», en S. Marks, y R. Rathbone (eds.), *Industrialisation and Social Change in South Africa: African Class Formation, Culture and Consciousness, 1870-1930* (Burnt Mill-New York: Longman, 1982), 81-87.

²² Robert H. Davies, *Capital, State and White Labour in South Africa, 1900-1960: An Historical Materialist Analysis of Class Formation and Class Relations* (Brighton: Harvester Press, 1979).

El crecimiento de la industria azucarera dominicana, 1870-1935

El cultivo moderno de la caña vino relativamente tarde a la República Dominicana. Los primeros ingenios con molinos a vapor fueron establecidos en la década de 1870. La mayoría de las empresas eran relativamente pequeñas, inicialmente financiadas con capital dominicano o cubano y empleando trabajadores dominicanos. Tras la crisis mundial del azúcar de 1884, se inició un proceso de concentración que desembocó en una industria azucarera a gran escala y con financiamiento externo. En 1880 los dos ingenios más grandes produjeron cerca de 15,000 quintales de azúcar (750,000 kilos), mientras que los otros producían menos de 5,000 quintales y unos pocos miles de galones de sirope.²³ La capacidad de los molinos aumentó rápidamente y algunos ingenios produjeron más de 100,000 quintales (cinco millones de kilos) en 1892.²⁴ En 1919, cuando el capitalismo estadounidense impulsó el sector azucarero dominicano, los ingenios más pequeños produjeron cerca de dos millones de kilos, mientras que el más grande, el Central Consuelo, produjo más de 30 millones de kilos.²⁵ La extensión de tierra cultivada aumentó consecuentemente. Los siete ingenios más grandes que ocupaban 6,000 hectáreas en 1893 crecieron a casi 125,000 hectáreas en 1925.²⁶ Este rápido desarrollo tuvo lugar en el contexto de una región mayormente rural y escasamente poblada. En este sentido, se parecía a la provincia de Oriente en Cuba, donde un sector azucarero se desarrolló en el mismo período.²⁷

Aún no conocemos mucho de las innovaciones tecnológicas que acompañaron a este explosivo crecimiento. Sorprendentemente,

²³ *Gaceta Oficial (GO)*, VII, 329, 4-10-1880.

²⁴ Juan J. Sánchez, *La caña en Santo Domingo* (Santo Domingo: Editora Taller, 1972), 53 [primera edición, 1893].

²⁵ *Listín Diario*, XXI, no. 9166, 6-12-1919; «La última zafra».

²⁶ Frank Báez Evertsz, *Azúcar y Dependencia en la República Dominicana* (Santo Domingo: Editora UASD, 1978), 47.

²⁷ Robert B. Hoernel, «Sugar and Social Change in Oriente, Cuba, 1898-1946», *Journal of Latin American Studies* 8, no. 2 (1976): 215-249.

no sabemos siquiera qué variedades de caña de azúcar se cultivaban. Fue probablemente la misma caña Otaheite usada en Cuba y en Puerto Rico, ya que muchos de los primeros empresarios azucareros vinieron de estas islas. La energía a vapor era un recurso indispensable para los molinos de azúcar desde la década de 1880 en adelante. El ingenio Constancia empezó a trabajar con un molino horizontal de 30 caballos de fuerza y un centrifugador «Laffterty» en 1879.²⁸ En el mismo año, las máquinas de La Esperanza podían moler 250 vagones de caña diarios en cuatro máquinas centrífugas.²⁹ Otros ingenios tenían equipos similares, modernos en su contexto, pero aún algo limitados a la luz de los avances de los años siguientes.³⁰

El desarrollo del sistema central fue el cambio más importante en la organización de la industria azucarera.³¹ Trajo una división organizacional entre el cultivo y el proceso de la caña. La industria azucarera moderna centralizó la producción del azúcar, moliendo la caña de muchas fincas (semi) independientes. Esta división de responsabilidades, que como hemos visto respondía a una política consciente, se convirtió en la regla desde la década de 1890 en adelante. En 1892, la República Dominicana contaba con 19 molinos procesando caña cultivada en unas 230 colonias.³² La concentración

²⁸ *Eco de la Opinión (EdlO)*, I, 12, 7-6-1879.

²⁹ *EdlO*, I, 13, 20-6-1879.

³⁰ José del Castillo, «The Formation of the Dominican Sugar Industry: From Competition to Monopoly, from National Semiproletariat to Foreign Proletariat», en Manuel Moreno Fraginals *et al.* (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century* (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985), 222.

³¹ Schnakenbourg le llama «el paso decisivo en la historia de la revolución industrial en el Caribe», ver Christian Schnakenbourg, «From the Sugar Estate to Central Factory: The Industrial Revolution in the Caribbean (1840-1950)», en B. Albert, y A. Graves (eds.), *Crisis and Change in the International Sugar Economy, 1860-1960* (Norwich-Edinburgh: ISC Press, 1984), 83-94. Ver también Manuel Moreno Fraginals, «Plantation Economies and Societies in the Spanish Caribbean, 1860-1930», 188-192.

³² Carta de los cultivadores de caña de azúcar en San Pedro de Macorís al ministro de Obras Públicas, julio 1892, en Archivo General de la Nación,

fue la lógica consecuencia de este proceso de modernización y racionalización tecnológica. Las altas inversiones de capital necesarias para una producción fructífera fueron un obstáculo insuperable para las empresas más pequeñas. En 1907, tres compañías (dos de las cuales eran dominadas por capital estadounidense) poseían nueve de un total de 14 molinos de azúcar, controlando el 67 por ciento de la producción azucarera. Este proceso de expansión y concentración se aceleró durante la ocupación del país por parte de los Estados Unidos (1916-1924). Se establecieron nuevos ingenios y se expandieron los ya existentes. Las inversiones de capital alcanzaron 1.6 millones de dólares en 1921.³³ La producción azucarera continuó creciendo y oscilaba cerca de 400 millones de kilos en la década de 1930.³⁴

El sistema de producción dependía de la división de trabajo incorporada en el sistema central y su acompañante mecanización diferencial. El transporte del campo a los molinos y la producción del azúcar fueron completamente modernizados. Los equipos de proceso, los caminos y ferrocarriles fueron construidos de tal manera que las empresas azucareras tenían una estructura completamente autónoma. Sin embargo, en medio de toda esta modernización tecnológica, las actividades de campo no cambiaban. El corte de la caña continuaba siendo realizado con machete por una gran fuerza de trabajo no especializada, sin ninguna mecanización. Tal como en otras regiones de producción azucarera en el mundo, la demanda estacional anual de trabajadores no especializados, que fue el resultado de esta mecanización diferencial, se convirtió en la característica más importante de la producción azucarera en la República Dominicana. Las plantaciones dominicanas

Santo Domingo (AGN) Correspondencia del Ministerio de Fomento y Obras Públicas (F/OP), legajo 12, esp.1.

³³ José del Castillo, y Walter Cordero, *La economía dominicana durante el primer cuarto del siglo XX* (Santo Domingo: Fundación García-Arevalo, 1979), 25-47.

³⁴ Roberto Cassá, *Capitalismo y dictadura* (Santo Domingo: Editora UASD, 1982), 269, cuadro III, 11.

de caña intentaron de varias maneras reclutar braceros, primero usando la población nativa, luego importando braceros bajo contrato de Puerto Rico y de las Antillas Británicas. Al final terminaron con braceros haitianos en la década de 1920. Yo daré un corto bosquejo de estas diferentes etapas de reclutamiento de braceros.

El azúcar y la cuestión laboral en la República Dominicana

Los ingenios azucareros formaron la primera oportunidad sustancial para el trabajo asalariado en el siglo XIX en la República Dominicana. La escasa evidencia histórica sugiere que muchos campesinos vinieron a los ingenios espontáneamente cuando los ingenios fueron establecidos. Aparte de anuncios en los periódicos del país y exhortaciones de las élites nacionales, no había coerción o reclutamiento activo. Como en Puerto Rico, los campesinos dominicanos parecen haber apreciado la oportunidad del trabajo asalariado ofrecido por los ingenios azucareros. Se reportó que 6,000 personas trabajaban en la cosecha de caña del 1884, de los cuales solo 500 eran extranjeros (la población del país era menos de 400,000 en este período). Miles de campesinos fueron a las regiones azucareras de todas partes del país.³⁵ Esto puede ser parcialmente explicado por los salarios relativamente altos y el hecho de que la cosecha de caña no interfería con la agricultura de subsistencia.³⁶ La repugnancia contra el trabajo en los ingenios, como la que existía en las sociedades azucareras del Caribe con una larga historia de producción en las plantaciones basada en mano de obra de esclavos, parece haber estado ausente en la República Dominicana durante el primer período de producción de azúcar.

La luna de miel entre el capital y el trabajo se rompió abruptamente cuando el mercado mundial azucarero colapsó en 1884.

³⁵ José Ramón Abad, *La República Dominicana. Reseña general geográfico-estadística* (Santo Domingo: García Hermanos, 1973), 263 [primera edición 1888].

³⁶ Sánchez, *La caña en Santo Domingo*.

Los precios bajaron dramáticamente y la producción azucarera dominicana apenas podía mantener su parte del mercado. Muchos sucumbieron y otros fueron obligados a cortar sus gastos. Una consecuencia de la crisis fue una disminución de los sueldos. Los braceros dominicanos reaccionaron al deterioro de la paga y las condiciones de trabajo a través de huelgas. En los años después del 1884, la industria azucarera fue el escenario de muchas confrontaciones violentas entre las plantaciones y los braceros al principio de la zafra. Cuando se hizo claro que sus protestas no tenían éxito, la mayoría de los braceros dominicanos dejaron la región y regresaron a sus casas.³⁷ El experimento con el «trabajo libre» llegó a su fin. El azúcar en la República Dominicana solo podía ser producida a precios competitivos en un mercado mundial capitalista cuando la modernización tecnológica fuese acompañada por una fuerza de trabajo barata y cautiva.

Cuando el sector azucarero se recuperó en la década de 1890 y empezó a expandirse otra vez, las compañías azucareras se involucraron directamente en el abastecimiento de mano de obra. Se llevaron a cabo algunos experimentos fallidos con trabajadores por contrato de Puerto Rico y las Islas Canarias. Gradualmente las islas más pequeñas de las Antillas Británicas se convirtieron en las mayores abastecedoras de trabajadores por contrato para los ingenios azucareros dominicanos. Los *cocolos*, como les decían a los trabajadores de las islas, fueron la salvación de la producción azucarera dominicana, tal como los jamaíquinos y los haitianos fueron para los colonos cubanos de Oriente.³⁸ Al comienzo del siglo XX, todos los años unos 4 a 5,000 cocolos arribaban a San Pedro de Macorís

³⁷ Harry Hoetink, «Labour “Scarcity” and Immigration in the Dominican Republic. 1875-c. 1930», en Malcolm Cross, y Gad Heuman (eds.), *Labour in the Caribbean* (London-Basingstoke: Macmillan, 1988), 160-175.

³⁸ Mats Lundahl, *The Haitian Economy: Man, Land and Markets* (London-Canberra: Croom Helm, 1983), 94-110; y Franklin W. Knight, «Jamaican Migrants and the Cuban Sugar Industry, 1900-1934», en Manuel Moreno Fraginals, et al. (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century* (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985), 94-114.

al principio de la cosecha de caña. Muchos de estos braceros estacionales permanecieron en el país y se convirtieron en parte de la población permanente de las regiones azucareras. En 1919 y 1920, seis mil cocos llegaron al país, mientras que doce mil estaban registrados como braceros en la zafra.³⁹

La mayoría de los inmigrantes eran contratados en su país de origen, pero también ocurrió la inmigración espontánea. Es interesante que inicialmente esta inmigración espontánea era mejor recibida en la República Dominicana que la mano de obra por contrato. Los migrantes independientes eran usualmente de mejor educación y se adaptaban con mayor facilidad a la sociedad dominicana. El gobernador de San Pedro de Macorís escribió en 1895 sobre las notables ventajas del migrante espontáneo, ya que el trabajador por contrato «con frecuencia resulta de poca confianza y por lo tanto no cumple con sus obligaciones de contrato» y en lugar de resolver el problema laboral de los empresarios agrícolas, ellos solo agrandaban el número del proletariado (urbano).⁴⁰ Esto sugiere que las compañías azucareras en primera instancia preferían una fuerza de trabajo más responsable y más especializada. Solo después ellos se enfrentaron al otro lado de la moneda: estos braceros fueron los primeros en pelear por mejores condiciones de trabajo y aumentos salariales. Desde el principio, los cocos establecieron clubes y asociaciones de ayuda mutua. Cuando desarrollaron una mayor autoconciencia y se hicieron más combativos, también establecieron organizaciones de trabajo, que no esquivaban confrontaciones con los empleadores.⁴¹ Por estas razones, las compañías azucareras empezaron a evitar el empleo de braceros de las Antillas Británicas. Ellos eran considerados demasiado

³⁹ José del Castillo, «Las inmigraciones y su aporte a la Cultura Dominicana (finales del siglo XIX y principios del XX)», *Eme Emé Estudios Dominicanos* 8, no. 45 (1979): 35.

⁴⁰ Memoria del Gobernador de San Pedro de Macorís, Dionisio García, en *Gaceta Oficial*, XXII, 1101, 28-9-1895.

⁴¹ José del Castillo, «Las inmigraciones y su aporte a la Cultura Dominicana (finales del siglo XIX y principios del XX)», 3-43.

exigentes y demasiado políticamente conscientes para funcionar apropiadamente en los ingenios.⁴²

Como hemos ya visto, originalmente los sueldos eran relativamente altos en la industria azucarera dominicana como para persuadir a los campesinos a dejar sus casas y trabajar en los ingenios. Hasta el 1884, un peso era el precio normal por un día de trabajo,⁴³ pero algunos observadores indicaron que los sueldos podían ser tan altos como dos pesos. Con la llegada de la crisis, los sueldos bajaron y el trabajo por contrato se hizo la regla, gradualmente acompañado por trabajo a destajo. En el siglo XX, los braceros eran pagados de acuerdo con la cantidad de caña que cosechaban. Un bracero promedio podía cortar tres toneladas en un día; algunos lograban cuatro o hasta cinco toneladas, bajo circunstancias favorables. Los sueldos fluctuaban cerca de 30 centavos por tonelada hasta la década de 1920.⁴⁴ Desde entonces empezó una gran disminución, y en 1935, se pagaba 17 y a veces 15 centavos por tonelada. Los braceros de día ganaban aún menos. Un observador reportó en 1935, que «un jornalero tiene que rendir una labor de 6 de la mañana a 7 de la noche y no tiene obción (sic) a ganar mas de 30 o 40 centavos al día (...)».⁴⁵

Aún antes de la zafra de 1919-1920, en la cual, como hemos visto, unos 12,000 cocolos estuvieron involucrados, los primeros

⁴² Ver, por ejemplo, la carta de W. Benton al Gobierno Militar Estadounidense, 8-20-1919: «Bajo protección de forasteros (...) ideas bolcheviques invaden Macorís», en AGN, Gobierno Militar, Interior y Policía, legajo 122. Ver también Marrero Aristy, *Over...*, 81; Marrero Aristy (1940: 81) y Patrick E. Bryan, «The Question of Labor in the Sugar Industry of the Dominican Republic in the Late Nineteenth and Early Twentieth Century», en Bryan (1985: 244-245).

⁴³ El peso dominicano estaba a la par del dólar en este período; el peso mexicano con un valor de 80 por ciento del dólar estadounidense. Algunas veces el sueldo era pagado en pesos mexicanos, de esta manera reduciendo el sueldo.

⁴⁴ Melvin M. Knight, *The Americans in Santo Domingo* (New York: Arno Press, 1970), 157 [primera edición 1928].

⁴⁵ Carta Pedro de León M., 15-5-1935, en AGN, Sección de Comercio, legajo 35.

braceros por contrato haitianos aparecieron en los ingenios azucareros dominicanos. Con la creciente actitud combativa de los braceros de las Antillas Británicas, los braceros por contrato haitianos se hacían más atractivos. Además, el nivel de remuneración en Haití era relativamente menor que en todas las islas en los alrededores y los braceros haitianos estaban preparados para aceptar los disminuidos sueldos ofrecidos por los ingenios. La ocupación de ambas naciones, Haití y la República Dominicana por parte de las tropas de los Estados Unidos, respectivamente en 1915 y 1916, facilitó grandemente la inmigración de los braceros haitianos. En 1920, una empresa como la Central Romana ya empleaba entre 7,500 y 9,000 braceros haitianos. Knight estimó que ya en 1926 unos 100,000 haitianos trabajaban en el país.⁴⁶ Desde la década de 1920 en adelante los haitianos formarían la principal fuerza de trabajo en la economía azucarera dominicana.

La organización interna de los ingenios dominicanos

Dentro del contexto físico de la plantación, los braceros azucareros eran controlados muy de cerca por la compañía. Para una fluida finalización de la zafra era imperativo que los braceros permanecieran en los ingenios hasta que ya no fueran necesarios y que se evitaran las dilaciones, interrupciones y protestas. Los ingenios azucareros por lo tanto tendían a aislarse y a convertirse en bastiones de capital (extranjero) bien protegidos con soberanía práctica en sus territorios. La mayoría de los ingenios poseía sus propios medios de comunicación, su propio transporte y su propia fuerza policial. Una característica esencial del Estado dominicano hasta la década de 1930 era su débil base económica. Los impuestos de importaciones y exportaciones eran las únicas fuentes de ganancias para los gobiernos dominicanos, que eran por lo tanto altamente dependientes de los créditos de la clase empresarial. En términos financieros, los ingenios con frecuencia eran más poderosos que el gobierno. El gobierno del presidente Heureaux (1884-1899), por

⁴⁶ Knight, *The Americans in Santo Domingo...*, 158-159.

ejemplo, era completamente dependiente del magnate azucarero J. B. Vicini. Los ingenios azucareros eran una fuerza dominante en el país y se podían expandir prácticamente de una manera irrestricta. Durante la ocupación estadounidense de 1916 a 1924 los privilegios y la libertad de las empresas azucareras aumentaron aún más, no obstante que les era negado el acceso al mercado estadounidense.

Las autoridades locales no tenían el poder para confrontar estas enormes empresas y no podían hacer nada contra sus políticas de intimidación. El gobernador de San Pedro de Macorís reportó a sus superiores en 1914 que en los ingenios y en las colonias los dueños o administradores se habían apropiado del derecho de asignar su propia policía rural (Guardias Campestres).⁴⁷ El gobierno intentó poner un impuesto en los braceros (negros) importados en el país en la década de 1920, pero los ingenios simplemente no quisieron pagar.⁴⁸ Un artículo indignado en 1929 notó que «los administradores (de los ingenios) poseían más poder que el presidente mismo de la República».⁴⁹ Usando su fuerza económica, las compañías adquirieron grandes extensiones de tierra en las primeras décadas del siglo XX, con frecuencia aprovechándose de los precios bajos de la tierra y el sistema ambiguo de titulación de tierras. Después que habían consolidado sus derechos, ellos empezaban a sacar a los habitantes locales. Cortaban caminos y desviaban ríos; mataban indiscriminadamente el ganado de los campesinos locales y destruían los cultivos.⁵⁰ La infame culminación de este proceso fue la quema de dos pueblos situados en el Central Romana en 1924.⁵¹

⁴⁷ Carta del Gobernador de San Pedro de Macorís, 15-12-1914, en AGN, IP, legajo 123.

⁴⁸ Reporte de J. Furcy Pichardo al secretario de Estado de Agricultura e Inmigración, 12-8-1927, sobre «Necesidad de adoptar medidas especiales para compeler a los Ingenios al pago del Impuesto de Inmigración», en: AGN, Sección de Agricultura, 36, 1927.

⁴⁹ LI, XIV, 4725, 13-9-1929.

⁵⁰ Frank Báez Evertsz, *Azúcar y Dependencia en la República Dominicana* (Santo Domingo: UASD, 1978).

⁵¹ Knight, *The Americans in Santo Domingo...*, 350.

Esta ofensiva fue seguida a finales de la década de 1920 por procedimientos judiciales contra otros dos pueblos.⁵²

La autonomía de las compañías azucareras frente al Estado estaba complementada por una ubicua dominación sobre las vidas de sus braceros. Esto ha llevado a algunos autores a presentar los ingenios azucareros del siglo XX como «instituciones completas»,⁵³ y otros a describir la posición de los braceros azucareros como una nueva forma de esclavitud. Varios autores han argumentado que esta perspectiva también se podía aplicar a la situación en los ingenios azucareros dominicanos en el siglo XX,⁵⁴ aunque también había críticas a este punto de vista.⁵⁵ Fue dentro de estas poderosas y autoritarias instituciones que los braceros dominicanos, los de las Antillas Británicas y los haitianos cortaron caña durante la zafra. Por cuatro o seis meses ningún otro marco legal existía más que aquel del ingenio, que funcionaba como un estado autoritario, donde el poder ejecutivo y la jurisdicción estaban en manos de un pequeño grupo de gerentes. Todos los esfuerzos eran dirigidos a la óptima organización del cortar, transportar y moler la caña de azúcar. Cualquier cosa que amenazara con interrumpir el tranquilo progreso de la zafra era tratada como subversiva y severamente reprimida.

Los braceros dominicanos remunerados estaban hasta cierto punto protegidos por la legislación dominicana y por la opinión

⁵² LI, XII, 3071,22-6-1927; «Los Agricultores de Ramón Santana Siguen Luchando»).

⁵³ George L. Beckford, *Persistent Poverty: Underdevelopment in Plantation Economies in the Third World* (New York: Oxford University Press, 1972), 61-64.

⁵⁴ Maurice Lemoine, *Sucre Amer. Esclaves aujourd'hui dans les Caraïbes* (Paris: Encre, 1981); Ramón A. Veras, *Inmigración, haitianos, esclavitud* (Santo Domingo: Editora Taller, 1983); José M. Madruga, *Azúcar y haitianos en la República Dominicana* (Santo Domingo: Editora Taller, 1986); y Roger Plant, *Sugar and Modern Slavery: A Tale of Two Countries* (London: Zed Press, 1987).

⁵⁵ Ver *El Batey: Estudio socioeconómico de los bateyes del consejo Estatal del Azúcar* (Santo Domingo: Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1986), 196-199.

pública, pero también estaban a riesgo del tratamiento arbitrario en los ingenios. Una carta al presidente Trujillo en 1934 se quejaba de que:

un jornalero le ponen un trabajo supongamos de cinco pesos y si dicho trabajo no está terminado a los siete días no puede cobrar el día de pago, no puede cobrar aún sea terminado en el curso de la quincena. Entonces tiene que esperar un mes y entonces dicho mayordomo le ordena a la Bodega que le despache al ajustero lo que desee en efecto y viene a resultar que cuando viene a llegar el pago, ya aquel infeliz no le queda nada para cobrar, porque todo le ha costado irlo consumiendo en aquella Bodega, que le vende a precio sumamente caro. Y a veces resulta que aquel jornalero a fuerza de sacrificios terminado su trabajo y el día que llega el pago que cree que va a cobrar no le pagan porque el Mayordomo no le reporta su trabajo terminado así por el gusto.⁵⁶

La situación de los braceros haitianos era aún peor. Ellos no contaban con ninguna forma de protección y eran tratados como si no fueran gente en los ingenios. La estructura de los ingenios y la organización de trabajo parecían estar diseñadas para enfatizar la insignificancia personal y la inferioridad social de los braceros haitianos.⁵⁷ No solo la represión abierta, sino aún más la arbitrariedad y la imprevisibilidad de la gerencia constituían el núcleo de la disciplina en los ingenios, negando a los braceros los derechos más básicos y manteniéndolos en una situación de inseguridad y suspenso.

⁵⁶ Carta Martín Ramírez, 5-11-1934, en AGN, Sección de Trabajo, legajo 2, exp. 26.

⁵⁷ Usando la sugerida fórmula de Patterson, podemos decir que los braceros haitianos estaban en muchas maneras «socialmente muertos» en los ingenios azucareros dominicanos, arraigados de sus entornos, desocializados y despersonalizados.

La única razón por la que los obreros estaban dispuestos a padecer las vicisitudes de la vida en los ingenios era la expectativa de algunos ahorros monetarios para llevar a sus familias al final de la zafra. Los asuntos financieros eran, por lo tanto, esenciales para las relaciones de poder en los ingenios. Uno de los métodos para mantener la presión en los braceros era la imposición de multas en casos de protestas, trabajo insatisfactorio o el incumplir con las reglas de la compañía. Estas multas eran establecidas por la compañía, pero su aplicación dependía de la conducta individual de los supervisores. La aplicación arbitraria de multas por un gerente «yanqui» trabajando ya nueve años en el Ingenio Consuelo, propició una carta anónima al Procurador General de la República en 1934:

[T]iene bajo sus órdenes un personal no menor de 150 hombres miserablemente tratados; pues en verdad estos hombres trabajamos como parias, sin derecho siquiera ante el patrón de alegar nuestro Derecho. Este señor Dunsmore, por la menor tontería, baste con que a él se le antoje, le aplica una «multa» en metálico al trabajador, cuya cuantía se la descuenta el pagador el día del cobro. Conozco casos en que un padre de familia, conductor de locomotoras, por ejemplo, ha trabajado cuatro días de la semana y le han aplicado multas por el valor de cinco días de labor, es decir, ha quedado adeudando el valor de un día para que sea descontado del jornal de la siguiente semana que aún no ha trabajado.⁵⁸

El pago de trabajo también tuvo lugar en un ambiente de inseguridad. Aunque las compañías estuvieron obligadas por ley a pagar a sus braceros por lo menos cada dos semanas, el trabajo era con frecuencia pagado después de dos meses o aún hasta después de la zafra. En espera de pago, los braceros tenían que sobrevivir por medio de un sistema de crédito abusivo de las tiendas del

⁵⁸ Carta anónima, 10-11-1934, en AGN, Sección de Trabajo, 2, exp. 38.

ingenio. Un aspecto de la organización de los ingenios que constantemente recurre en las fuentes fue el sistema del tal llamado *vales, fichas* o *tickets*. Igual que en otros ingenios caribeños,⁵⁹ las compañías azucareras dominicanas acuñaban su propio dinero, que solo podía ser usado en los ingenios. Funcionaba como un tipo de crédito que mantenía a los braceros endeudados con el ingenio, usualmente a su desventaja. Originalmente diseñado para remediar la escasez de monedas de bajo valor, se convirtió en otro instrumento de ganancias y control en los ingenios.

Primero, el sistema proveía a la compañía azucarera con una fuente adicional de ganancia. Los empleados de los ingenios estaban obligados a comprar los artículos de primera necesidad en las *bodegas* de la compañía, donde los precios eran invariablemente más altos que en otras tiendas. Una lista de precios de los artículos necesarios diarios mostraba que en 1935 los precios en las tiendas de la compañía estaban entre 10 y 100 por ciento más altos que en las afueras de los ingenios. Los braceros eran también engañados en otras maneras, la más famosa de la cual era el *over*, tan brillantemente descrita en la novela de Marrero Aristy del mismo nombre.⁶⁰ Esto implicaba que los dueños de la bodega (bodegueros), a pesar de precios hipotéticamente fijos, tenían una ganancia no registrada en las provisiones suministradas por la compañía. Ellos solo podían lograr esta ganancia usando balances falsos y otras prácticas ilegales. Como el ficticio bodeguero en la novela de Marrero Aristy lamenta:

El almacén despacha a cinco para que se venda a cinco, de acuerdo con los reglamentos y con la muy clara y visible lista de precios que hay en cada bodega; pero a fines de mes, o mejor dicho, cuando se pasan los inventarios, las

⁵⁹ Moreno Fraginals, «Plantation Economies and Societies in the Spanish Caribbean, 1860-1930», 145-161.

⁶⁰ Ramón Marrero Aristy, *Over* (Santo Domingo: Editora Taller, 1973) [primera edición 1940].

cuentas deben aparecer como si hubiera vendido a seis o a siete. Y si no se trabaja en esa forma, ¡a la calle!⁶¹

La segunda y quizás principal meta del sistema de vales era obligar a los braceros a quedarse en los ingenios. Ellos estaban forzados a comprar los artículos básicos en los ingenios, y por no tener «dinero dominicano» oficial, ellos estaban imposibilitados de dejar los ingenios. Las compañías con frecuencia querían cambiar los vales solo al final de las zafras para retener el control máximo de los braceros. Cuando se producían problemas, a los braceros individuales se les podía negar el derecho de cambiar sus vales. En 1932, muchos braceros haitianos tuvieron que regresar a sus casas con tickets con un valor de 2,000 dólares, que ellos no habían podido cambiar.⁶² Las compañías hacían todo lo posible por mantener su monopolio comercial. Ellos prohibieron la entrada de agentes vendedores ambulantes (buhoneros) en sus instalaciones y presionaban a los empleados que intentaban comprar en otras tiendas independientes. Como Marrero Aristy observó irónicamente, aún una pequeña «bodeguita» fuera de los perímetros del ingenio era «una verdadera tortura» para las compañías.⁶³

El más importante mecanismo de control que los ingenios tenían a su disposición era el estatus ilegal de muchos haitianos. Empezando con la ley de 1912, e intensificada con las campañas de Trujillo de «dominicanizar» la zafra de la caña de azúcar en la década de 1930, la mayoría de los trabajadores haitianos no poseía un permiso de trabajo formal. Ellos con frecuencia eran apresados y transportados a los ingenios (durante la zafra) o retornados a Haití (después de la zafra). Aún los braceros con permiso no estaban salvos de la intimidación y el maltrato de la policía. A pesar de la retórica nacionalista, este proceso de «ilegalización» de la fuerza de trabajo haitiana no fue diseñado para impedirles venir a los ingenios azucareros dominicanos. Le proveyó a los ingenios

⁶¹ Marrero Aristy, *Over...*, 46.

⁶² Carta F. Lamotte, 20-9-1933, en AGN, Sección de Trabajo, 2.

⁶³ Marrero Aristy, *Over...*, 113-114.

y al estado una palanca para incrementar su control y explotación de los braceros haitianos.⁶⁴ Esto no podía impedir a los braceros haitianos que crearan sus propias redes de organización social y solidaridad. A la larga, esta política por lo tanto facilitó el establecimiento de familias haitianas en territorio dominicano.

El reclutamiento y los braceros haitianos

No todos estaban de acuerdo con las políticas de trabajo de las compañías azucareras y la ilimitada inmigración de los trabajadores azucareros. Muchos argumentaban que los sueldos deberían ser aumentados para atraer a los braceros dominicanos. Otros favorecían un rol más activo del Estado en la organización y el control de la inmigración. Sin embargo, las características somáticas de los inmigrantes y sus influencias culturales en la sociedad dominicana rápidamente se convirtieron en el tema de discusión de mayor importancia. La discusión sobre las políticas laborales de las compañías azucareras se dirigía implícita o explícitamente a las consecuencias raciales y culturales para la población dominicana. En esta discusión las compañías azucareras a menudo estuvieron en oposición a la opinión pública. Ellos no estaban primordialmente interesados en el color de su fuerza de trabajo, solo en su costo. El Estado dominicano tomó una posición ambigua en este asunto. Hizo unos desanimados intentos de mediar entre los conflictivos intereses. Por un lado, trató de limitar el número de inmigrantes negros a través de legislaciones. En 1912, el Gobierno dominicano pasó una ley que facilitaba la inmigración «caucásica» y requería

⁶⁴ Báez Evertsz describe la condición de los braceros haitianos: «El sistema jurídico y político tiende a excluir al inmigrante de determinados derechos básicos, como un ser humano y bajo lo regido por los derechos laborales existentes, al etiquetarlo un “no ciudadano”, o sea, un “extranjero”», ver Frank Báez Evertsz, *Braceros haitianos en la República Dominicana* (Santo Domingo: Editora Taller, 1986), 133. Ver también, Mercedes Acosta, «Azúcar e Inmigración Haitiana», en Andrés Corten, *et al.*, *Azúcar y política en la República Dominicana* (Santo Domingo: Editora Taller, 1976), 146.

permiso previo para braceros o cualquier otra raza.⁶⁵ Nuevas leyes fueron introducidas en 1919 que regulaban los términos de la inmigración laboral. A los inmigrantes haitianos no se les permitía dejar el país antes de que la zafra hubiese terminado. Sin embargo, después de ese período tenían que salir dentro de un mes.⁶⁶ No obstante, al mismo tiempo, permitía que la inmigración ilegal continuara prácticamente sin obstáculos. Esta legislación parece ser primordialmente diseñada para poner presión a los haitianos y cocolos y restringir los esfuerzos de estos últimos de organizarse. La inmigración de los braceros cocolos continuó hasta bien entrada la década de 1920 cuando la solución alterna de tener braceros haitianos probó ser más ventajosa para las compañías azucareras.

La actitud ambigua del Estado dio una específica significación al proceso de reclutamiento de mano de obra. A partir de la ley de 1912, las compañías azucareras estaban obligadas a pedir permiso del Gobierno dominicano para traer braceros haitianos. Los reportes anuales del Departamento de Agricultura e Inmigración de este período contienen listas bien ordenadas con números redondos de los haitianos que cada compañía podía emplear. Sin embargo, no hay duda alguna de que los números reales de haitianos que entraban en los ingenios excedían por mucho las cifras oficiales. El Gobierno dominicano no podía —y probablemente no tenía la voluntad de— parar el cruce fronterizo ilegal de miles de haitianos. Ciertamente, la mayor parte de esta inmigración ilegal fue organizada por contratantes de las compañías azucareras. En enero de 1917, el periódico *La Información* reportó por ejemplo que los ingenios, «en sus esfuerzos de mantener los sueldos miserables en el país»,⁶⁷ habían mandado agentes a Haití para contratar braceros para la siguiente zafra. Dos años después, el inspector general de Migración escribió:

⁶⁵ José del Castillo, *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana, 1800-1930* (Santo Domingo: Cuadernos del CENDIA, 1978), 48.

⁶⁶ Del Castillo, *La Inmigración de Braceros Azucareros...*, 47.

⁶⁷ LI, II, 321, 22-1-1917; «Alarmante Noticia».

«[Los braceros haitianos] son conducidos a veces por agentes ó capataces que, interesados en burlar la Ley, hacen entrar sus braceros por puntos excusados ú ocultos de la frontera, y los conducen á los Ingenios á furto de todo control de las autoridades de Inmigración».⁶⁸

La mayoría de los oficiales gubernamentales cerraron sus ojos a estos manejos ilegales de las compañías azucareras. Cuando los haitianos individualmente eran aprehendidos por la policía, ellos no eran usualmente retornados a su país, sino llevados al ingenio más cercano.⁶⁹ Altos oficiales algunas veces activamente apoyaban el reclutamiento de braceros de las compañías azucareras, aún en contra de los intereses del Estado dominicano. Un contratista de braceros que fue a la región fronteriza de Barahona a nombre del Gobierno a encontrar braceros para la construcción de carreteras, primero vio que sus hombres eran llevados por contratistas del Central Romana. Cuando al fin encontró algunos hombres, el Gobernador provincial intervino, «pretextando que era peligroso sustraer braceros de los Comunes de Barahona y Cabral porque ellos hacían falta a la Barahona Company y otras grandes y pequeñas empresas agrícolas...».⁷⁰ Algunas veces el gobierno mismo activamente se involucraba en el reclutamiento de braceros haitianos. Los problemas financieros del Estado hacían que las autoridades fueran muy dispuestas a aprovecharse de la mano de obra barata de los inmigrantes, especialmente en la construcción de carreteras.⁷¹ Aunque el comercio de braceros migrantes no se

⁶⁸ Informe de Inspector General de Inmigración sobre «Control de Braceros», 25-1-1927, en AGN, Sección de Agricultura, legajo 36.

⁶⁹ LI, XII, 3042, 20-7-1927.

⁷⁰ Carta M. German Soriano al Departamento de Trabajo, 19-2-1919, en AGN, Ministerio de Interior y Policía (IP), legajo 390.

⁷¹ Ver, por ejemplo, las quejas del líder obrero José Casado, probablemente hechas en 1917, que el Gobierno (militar) contribuyó a la triste situación de los braceros dominicanos, «porque el Gobierno permite la importación de numerosos braceros haitianos y hombres de las Islas de Barlovento, para trabajar en las haciendas azucareras o en empresas nacionales

había convertido todavía en una transacción comercial entre los dos gobiernos, como sucedió después de la década de 1950,⁷² debe asumirse que muchos funcionarios en alguna manera se aprovecharon de las transacciones ilegales de mano de obra. Los haitianos eran «algo indeseables desde el punto de vista de los dominicanos», como fue registrado en un reporte departamental,⁷³ pero la caña tenía que ser cosechada y las compañías azucareras estaban preparadas para «compensar» a los funcionarios que les permitieran importar braceros haitianos. Observadores preocupados por lo tanto se quejaban de los empleados públicos «políticos de oficio» que se olvidaban de sus responsabilidades públicas y que exclusivamente servían los intereses del azúcar. *La Información* describiendo la situación en la parte este del país donde la mayoría de los ingenios estaban instalados, comentó en 1929 que «la clase representativa de esta región se ha convertido en empleados pagados de las compañías azucareras».⁷⁴

Durante la década de 1920, los braceros dominicanos continuaban siendo empleados en los ingenios, pero ellos formaban una fuerza de trabajo libre y no recibían el mismo tratamiento dado a los braceros inmigrantes. Ellos dejaban los ingenios cuando no los trataban bien o les pagaban muy poco. Más importante es que todavía tenían acceso a la tierra, y cuando habían ganado suficiente o sus casas necesitaban su presencia, ellos retornaban a sus pueblos. Los ingenios que empezaron la zafra de caña con 900 dominicanos en 1915, terminaron con solo 400 después de dos

públicas (...) una declaración de hechos sometida por La Federación de Trabajadores de Santo Domingo en el nombre de los Trabajadores Dominicanos al Honorable Comisión delegada a la República Dominicana por la Federación Americana de Trabajo», AGN, Gobierno Militar. Ver también *El Diario*, XVIII, 8429, 10-10-1919.

⁷² Plant, *Sugar and Modern Slavery...*, 54.

⁷³ Secretaría del Estado de Agricultura e Inmigración, *Memoria de la Secretaría del Estado de Agricultura e Inmigración, Julio 1918-Junio 1919* (Santo Domingo: [s.e.], 1919).

⁷⁴ LI, XIV, 4725, 13-9-1929, «Los Trabajadores del Este y La Política Actual».

meses.⁷⁵ «El trabajador dominicano no existe», escribió *La Información*⁷⁶ «porque la limitada población y la abundancia de tierra para cultivar hace a cada dominicano industrial un pequeño dueño que no se siente atraído al pesado y mal pagado trabajo del cortador de caña». No era que la mano de obra dominicana no existiera, sino que no aceptaba las condiciones de trabajo y el bajo pago en los ingenios azucareros. Se sugirió en 1923 que, si los sueldos fuesen 25 o 30 por ciento más altos, se pudieran encontrar suficientes braceros dominicanos para los ingenios.⁷⁷ Sin embargo, no era solamente un asunto de sueldos; los trabajadores dominicanos no estaban preparados para aceptar el control estricto de trabajo preferido por las compañías azucareras. Esto era especialmente verdad en la década de 1920 cuando los partidos nacionalistas y un incipiente movimiento laboral clamaba por la protección de la identidad nacional dominicana y denunciaba cualquier maltrato de «nacionales» por las compañías estadounidenses. La mano de obra del migrante haitiano era por lo tanto la solución perfecta para las compañías azucareras. Era barata y abundante, y, sobre todo, sin protección.

El aislamiento de los braceros haitianos fue facilitado por los sentimientos racistas y antihaitianos que existían en la República Dominicana. Los sentimientos nacionalistas que surgieron a principios de siglo fortalecieron estos sentimientos que eran característicos de la política dominicana. Desde las invasiones militares haitianas de la primera mitad del siglo XIX, la sociedad dominicana ha sido caracterizada por una fuerte aversión a sus vecinos haitianos. En las primeras décadas del siglo XX, el rechazo racista de la «invasión negra» de los trabajadores azucareros fue añadido a este antihaitianismo. Primero fue dirigido hacia los cocolos. Como

⁷⁵ Carta de Santa Fe Plantation, 15-4-1915, en AGN, Ministerio de Agricultura e Inmigración (A/I), legajo 5.

⁷⁶ LI, X, 2222, 3-7-1925; «El Bracero Haitiano».

⁷⁷ Secretaría de Estado de Agricultura e Inmigración, *Memoria de la Secretaría de Estado de Agricultura e Inmigración, 1923* (Santo Domingo: [s.e.], 1923), 12.

reacción a su unificación, los políticos dominicanos exigieron la expulsión de estos «negros saltamontes».⁷⁸ Después, los haitianos se convirtieron en las víctimas principales de estos sentimientos. En 1910, se observó en la Cámara de Diputados dominicana: «Males gravísimos se derivan de esa perniciosa concurrencia de la inmigración de razas inferiores, la prostitución de la raza, del idioma y las costumbres».⁷⁹ Y el Ministerio de Asuntos Exteriores advirtió a sus colegas en 1918 de tener cuidado, «en vista de la creciente inmigración de haitianos entre los cuales figuran en gran número procesados, delincuentes y hombres de malas costumbres que vienen a interrumpir y complicar la labor de las autoridades de la RD».⁸⁰ Es interesante notar que estas opiniones iban a formar parte de un discurso nacionalista más general que favoreció a la agricultura a menor escala de la población campesina dominicana y rechazó el sector azucarero financiado por los Estados Unidos. Estas ideas eventualmente condujeron a la larga dictadura del General Trujillo (1930-1961), durante la cual muchas de ellas fueron puestas en práctica.

El movimiento obrero dominicano que trató de mejorar la situación de los braceros dominicanos en los primeros decenios del siglo XX, también se opuso a la inmigración de haitianos. Como en otras partes del mundo, ellos estaban resentidos con el hecho de que los braceros migrantes aceptaran los sueldos extremadamente bajos pagados por los ingenios azucareros.⁸¹ El líder obrero

⁷⁸ Patrick E. Bryan, «The Question of Labor in the Sugar Industry of the Dominican Republic in the Late Nineteenth and Early Twentieth Century», en Manuel Moreno Fraginals *et al.* (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century* (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985), 242-245.

⁷⁹ Sesión de la Cámara de Diputados, 13-6-1910, en GO, XXVII, 2141, 19-11-1910.

⁸⁰ Carta Secretario de Estado de Relaciones Exteriores a Agricultura e Inmigración, 12-8-1918, en AGN, A/I, legajo 12.

⁸¹ Por ejemplo Sheldon L. Maram, «Labor and the Left in Brazil, 1890-1921: A Movement Aborted», *Hispanic American Historical Review* 57, no. 2 (1977): 266 y ss.; y Philippe Bourgois, *Ethnicity at Work: Divided Labor on*

dominicano José Casado acusó a los haitianos de causar un espiral hacia abajo de los sueldos y de expulsar a los braceros dominicanos. Otros se expresaron en una manera más violenta. En 1915, fue formada una sociedad con el expreso propósito de oponerse a la inmigración de cortadores de caña negros. Ese año tuvieron lugar varios disturbios cuando braceros dominicanos trataron de parar el desembarque de inmigrantes.⁸² Líderes obreros se expresaron en crecientes términos racistas para mostrar su rechazo a la inmigración haitiana. En la Conferencia Laboral Panamericana en 1919, José Eugenio Kunhardt públicamente declaró:

El trabajador haitiano es inferior al trabajador dominicano de todos los puntos de vista (...). Él es menos civilizado, etnológicamente inferior y por lo tanto sus necesidades diarias requieren menos dinero (...). Y porque sus necesidades diarias son pocas, por supuesto ellos pueden trabajar por un pago mínimo.⁸³

Aún a fines de la década de 1920 y a principios de la década de 1930 cuando la crítica a las compañías azucareras aumentaba y el movimiento obrero se hacía más expresivo, la situación de los braceros haitianos nunca era incluida en la retórica antiimperialista. Esta actitud de la clase trabajadora dominicana pudo haber sido deliberadamente alimentada por los intereses azucareros.⁸⁴ Causó un rechazo ideológico de la inmigración haitiana, y a la larga favoreció el aislamiento de la mano de obra haitiana en los ingenios azucareros. Mientras que los cocos todavía habían

a Central American Banana Plantation (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1989).

⁸² Plant, *Sugar and Modern Slavery...*, 18.

⁸³ M. E. Kunhardt, *Discurso ante la Conferencia Panamericana del Trabajo*. Santo Domingo, 1919. Ver también Roberto Cassá, *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana (desde los orígenes hasta 1960)* (Santo Domingo: Editora Taller, 1990), 107.

⁸⁴ Mercedes Acosta, «Azúcar e inmigración haitiana», 148-149.

sido hasta cierto punto protegidos por el servicio consular británico y sus compatriotas se habían integrado a la sociedad local,⁸⁵ el bracero haitiano no podía esperar protección por parte de nadie y permanecía completamente separado de la sociedad dominicana. Esto no cambiaba en los casos de los haitianos de segunda o tercera generación que habían nacido en la República Dominicana y tenían el derecho constitucional de ser considerados ciudadanos dominicanos. Aún estos dominico-haitianos eran considerados «extranjeros» por los políticos y la opinión pública.⁸⁶ Esto se manifestó en la forma más horripilante durante la tristemente célebre matanza de miles de haitianos por el régimen de Trujillo en 1937. Probablemente impresionados por la política cubana durante la crisis global cuando los trabajadores extranjeros fueron expulsados, Trujillo puso a la guardia militar dominicana a apresar y ejecutar entre 10,000 y 20,000 haitianos. La abominable lógica de esta masacre significó que los ingenios azucareros se convirtieron en el único lugar de refugio seguro.⁸⁷ El efecto de la masacre de 1937 fue que los braceros haitianos continuaron acorralados y aislados en el sector azucarero.⁸⁸

Conclusión

La abolición de la esclavitud caribeña y la modernización tecnológica en la producción de azúcar de caña no significó el fin de del trabajo cautivo. La industria azucarera moderna claramente ejemplificó que el trabajo cautivo no era de ninguna manera incompatible con el surgimiento del capitalismo industrial, ni con la

⁸⁵ José del Castillo, «Las inmigraciones y su aporte a la cultura dominicana (finales del siglo XIX y principios del XX)», *Eme Emé Estudios Dominicanos* 8, no. 45 (1979): 3-43.; y Bourgois, *Ethnicity at Work...*, 93-97.

⁸⁶ Carlos Dore Cabral, «Los dominicanos de origen haitiano y la segregación social en la República Dominicana», *Estudios Sociales* 20, no. 68 (1987): 57-80.

⁸⁷ Plant, *Sugar and Modern Slavery*, 23-24.

⁸⁸ Báez Evertsz, *Braceros haitianos en la República Dominicana...*, 191-193.

creciente sofisticación tecnológica. Debido a un sistema consciente de mecanización diferencial, los ingenios azucareros modernizaron la fabricación de azúcar en la primera mitad del siglo XX, pero continuaron dependiendo de los trabajadores no especializados baratos para la cosecha de la caña. Grandes inversiones de capital y maquinarias costosas aumentaron los costos de oportunidad de demoras e interrupciones una vez que la zafra había empezado. Las compañías azucareras, por lo tanto, trataron de obtener el máximo control de la fuerza laboral. Esta mano de obra tenía que ser barata, abundante y obediente. En vez de dar lugar a relaciones laborales «libres» la modernización de esta manera provocó nuevas formas de trabajo cautivo. A las plantaciones les importaba poco la especialización o el entrenamiento de los trabajadores. Ciertamente, al enfatizar el carácter no especializado del trabajo de campo ellos apuntaban los sueldos hacia abajo. Mientras que para los trabajadores de año completo en los ingenios las relaciones «normales» de pago de sueldo prevalecían, los trabajadores de campo lo hacían por contratos laborales de temporada. En la República Dominicana esta mano de obra vino de las clases empobrecidas de las Antillas Británicas y de Haití.

Una característica importante distinguía la situación dominicana de las otras regiones azucareras en el mundo. Mientras que en este último el trabajo cautivo fue gradualmente remplazado por el trabajo remunerado libre o la mecanización (parcial) de la zafra, el sector azucarero dominicano permaneció dependiente de la mano de obra por contrato haitiana. Investigaciones en las condiciones de trabajadores azucareros haitianos en la República Dominicana sugieren que estas han inclusive empeorado en las décadas recientes.⁸⁹ Esto arroja una nueva luz a las conclusiones de los más recientes análisis «revisionistas» que tienden a calificar el panorama «cautivo» de la mano de obra latinoamericana.⁹⁰ En

⁸⁹ Lemoine, *Sucre Amer. Esclaves aujourd'hui dans les Caraïbes*.

⁹⁰ Arnold J. Bauer, «Rural Workers in Spanish America: Problems of Peonage and Oppression», *Hispanic American Historical Review* 59, no. 1 (Feb. 1979): 34-63; y Michael J. Gonzales, *Plantation Agriculture and*

situaciones en que los braceros tenían espacio para maniobrar y eran hasta capaces de manipular el sistema laboral, los dueños de los ingenios tenían que hacer concesiones. Gonzales describe cómo los trabajadores en las plantaciones peruanas se aprovecharon de la competencia por trabajadores entre las plantaciones. En tiempos de crisis económica ellos aún usaron sus deudas para ponerle presión a los dueños para mantenerlos empleados. Otras experiencias históricas como las de los ingenios azucareros en Hawaii y Louisiana, muestran que la mecanización de la cosecha de azúcar ocurrió cuando no estaba disponible una fuerza de trabajo barata y obediente.⁹¹ En Perú las protestas laborales en las décadas de 1940 y 1950 finalmente forzaron las compañías azucareras a racionalizar la zafra.⁹²

¿Por qué estos mecanismos no ocurrieron en los ingenios azucareros dominicanos? Al contestar esta pregunta, el prolongado uso de la mano de obra haitiana es crucial. El aislamiento político y racial de los braceros azucareros haitianos permitió un excepcional grado de control laboral por las compañías azucareras. Los migrantes eran desprovistos de protección política o judicial. Prejuicios raciales profundamente enraizados entre las masas de la población dominicana impedían su integración en la sociedad dominicana y ayudó a reproducir su aislamiento. La izquierda y la derecha persistían en sus prejuicios raciales. Esta situación puede parcialmente ser explicada por el hecho de que el país fue gobernado durante más de 30 años por la severa y ferozmente antihaitiana dictadura de Trujillo. Fuerzas sociales que pudieron haber combatido las condiciones de trabajo inhumano en los ingenios azucareros,

Social Control in Northern Peru, 1875-1933 (Austin, Texas: Texas University Press, 1985).

⁹¹ Edward D. Beechert, «Technology and the Plantation Labour Supply: The Case of Queensland, Hawaii, Louisiana and Cuba», en Bill Albert and Adrian Graves (eds.), *The World Sugar Economy in War and Depression, 1914-1940* (London-New York: Routledge, 1988).

⁹² Christopher David Scott, «Peasants, Proletarianization and the Articulation of Modes of Production: The Case of Sugar Cane Cutters in Northern Peru, 1940-69», *Journal of Peasant Studies* 3, no. 3 (1976): 321-341.

como surgieron en la mayoría de las regiones en el siglo XX, no podía echar raíces durante el período de Trujillo. Algunas protestas fueron orquestadas por el gobierno para presionar en las compañías azucareras estadounidenses, pero las mismas nunca incluyeron el destino de los migrantes haitianos. De hecho, el aislamiento político y social de los braceros haitianos dentro de la sociedad dominicana formó una parte crucial de la retórica nacionalista de Trujillo.

El uso prolongado de braceros por contrato haitianos fue muy ventajoso para los ingenios azucareros.⁹³ Hemos argumentado que la mecanización diferencial solo pudo funcionar propiamente cuando la gran fuerza de trabajo no especializada podía ser mantenida separada de la fuerza de trabajo especializada. Aunque la diferenciación racial no fue necesariamente el propósito explícito de la gerencia esta sirvió como un mecanismo perfecto para la continua separación entre dos grupos de braceros. Las compañías azucareras se aprovecharon de la oposición racial contra la inmigración de braceros azucareros negros entre la población dominicana en las primeras décadas del siglo XX, lo cual facilitó una división étnica de trabajo en los ingenios y reprodujo el aislamiento social y político de los cortadores de caña de azúcar.⁹⁴ Ellos por

⁹³ Podemos dudar si esta política fue positiva a largo plazo. En la década de 1960, la producción azucarera dominicana rápidamente se rezagó y tuvo los resultados más bajos del Caribe, mientras una variedad de factores jugó un rol en su caída, es probable que la naturaleza arcaica de la tecnología azucarera dominicana sea un resultado directo del sistema de trabajo barato. Gerhard B. Hagelberg, *The Caribbean Sugar Industries: Constraints and Opportunities* (New Haven: Yale University, 1974), 138.

⁹⁴ Aunque yo no estoy de acuerdo con el análisis mecánico del racismo mundial de Wallerstein y Miles, su énfasis en la correlación entre la injusticia racial y económica es esclarecedor. Ver Immanuel Wallerstein, *Historical Capitalism* (London: Verso, 1983); y Robert Miles, *Capitalism and Unfree Labor: Anomaly or Necessity?* (London: Tavistock, 1987). Podríamos adaptar una de sus observaciones, «El racismo era *con frecuencia* [¡mi adición!] la justificación ideológica para la jerarquización de la fuerza de trabajo y su distribución de recompensa altamente desigual», Wallerstein, *Historical Capitalism...*, 78.

lo tanto tuvieron éxito en evitar una clase de *macheteros* orgullosos y militantes, como vinieron a existir en Perú en la década de 1950.⁹⁵ En este sentido, los ingenios azucareros dominicanos pueden ser comparados con la situación en las minas de Sudáfrica, donde una división racialmente definida de trabajo también existía junto con una política de mecanización diferencial.⁹⁶ Tal como en Sudáfrica, una división racial de trabajo más o menos definida se tornó en un tipo de apartheid rígido en el sector azucarero dominicano. En la República Dominicana, también, un estado autoritario jugó un rol importante en este proceso. Esto sugiere que formas extremas de control laboral pueden persistir en sociedades industriales modernas cuando la mecanización diferencial coexiste con divisiones étnicas o raciales bastante rígidas.

⁹⁵ Scott, *Machetes, Machines and Agrarian Reform*.

⁹⁶ Robert H. Davies, *Capital, State and White Labour in South Africa, 1900-1960: An Historical Materialist Analysis of Class Formation and Class Relations* (Brighton: Harvester Press, 1979), 62-70 y ss.

CAPÍTULO 5

UNA FRONTERA-REFUGIO: DOMINICANOS Y HAITIANOS CONTRA EL ESTADO (1870-1930)

Introducción

En 1856, *El Monitor*, periódico del gobierno de la República Dominicana, publicó un editorial sobre la situación en la frontera dominico-haitiana. En él se leía lo siguiente:

Consisten tales abusos en el tráfico clandestino que hacen varios pacotilleros, trayendo de Haití cargas de mercancías que públicamente expenden en nuestros mercados fronterizos; todo esto no solo en perjuicio de nuestro comercio, que naturalmente se reciente (sic) en sus intereses, sino también en mengua del Erario público que impunemente se defrauda.¹

Casi setenta años después, en 1921, el gobernador de la provincia fronteriza dominicana de Monte Cristi, se quejaba ante sus superiores en términos similares:

La experiencia nos lleva a concluir por experiencia que los jefes de los ladrones (de ganado) son personas que viven en ambos lados de la frontera y quienes gozan de alguna influencia y de un nivel político y económico que les permite combinar y de una manera u otra, protegerse contra los efectos de la justicia.²

¹ *El Monitor*, II, 26, 30-1-1886; «Fronteras del Sur».

² Carta del Gobernador Civil al Secretario de Estado de Interior y Policía, 9-7-1921, en: Archivo General de la Nación, Santo Domingo (AGN), Gobierno Militar, legajo 14.

Estas dos citas se refieren a un problema que ha atormentado a las autoridades dominicanas desde los primeros días de su independencia, al lado del ya existente estado de Haití: su inhabilidad de controlar la población de la región fronteriza. Continuamente, desde la determinación de la frontera entre la parte francesa y la española de la isla con el Tratado de Rijswijk (1697), a región fronteriza ha sido virtualmente una tierra de nadie, caracterizada por el comercio ilícito (contrabanda), conspiraciones revolucionarias y en general, el irrespeto de la ley. Los políticos de las dos naciones trataron de construir una nación-Estado moderna con sólidos e impenetrables límites, pero la población que vivía en ambos lados de la frontera no hizo mucho caso de la retórica política y sus implicaciones jurídicas. Las regiones de ambos lados de la frontera continuaron unidas por una infinidad de relaciones políticas, así como sociales y económicas. Las autoridades trataron de cortar estos lazos que cruzaban la frontera. Cuando estos vínculos no fueron severamente prohibidos, fueron desalentados por la imposición de pesados impuestos aduaneros. Esta política fue primordial durante la ocupación común de Haití y de la República Dominicana (1916-1924) implementada por las tropas de Estados Unidos. Los marinos estadounidenses hicieron todo lo posible para obtener el control sobre la región fronteriza entre ambas naciones. Esto formaba parte de sus esfuerzos por pacificar la región, pero era también a continuación de viejos esfuerzos por mejorar la organización de la recaudación de los derechos aduaneros entre las dos naciones vecinas.

En la República Dominicana esta política fue complementada por una ideología antihaitiana de inspiración racial. Esto condujo durante el régimen de Trujillo (1930-1961) a una vehemente política nacionalista. El gobierno «conquistó» la región fronteriza mediante proyectos de colonización y una violenta represión que condujo a la matanza de miles de haitianos en el año 1937. Este capítulo analiza la sociedad que existió a ambos lados de la frontera durante el período de 1870-1930. Nuestra investigación, basada principalmente en documentos dominicanos, permite sustentar que las características específicas de la frontera creaban nichos de

autonomía política y económica, que facilitaban a la población con medios diversos para resistir la intervención del Estado.

La región fronteriza a finales del siglo XIX

La región fronteriza entre Haití y la República Dominicana puede ser dividida en cuatro secciones geográficas principales. La sección sureña es la Sierra de Neiba (Massif de la Selle), la cual es una cadena de montañas de poca altura. Está la zona principal de la Llanura (Planicie) Central, la cual comprende el fértil Valle de San Juan y corre hacia la costa occidental del norte de Port-au-Prince. La mayor parte de la actividad comercial tuvo lugar en este llano, largo y estrecho valle. La parte norte está formada por la Cordillera Central (Massif du Nord). Estas montañas forman la sección más inhóspita de la región fronteriza. Una cuarta zona puede ser identificada en la porción más al norte, donde las montañas se tornan más bajas. A través de esta franja de tierra se llevó a cabo el comercio entre Monte Cristi y Cabo Haitiano (Cap-Haitien). A la vuelta del siglo, los principales pueblos en la parte dominicana de la frontera eran: San Juan de la Maguana, a orillas del río Yaque del Sur, en el sur y Monte Cristi, en el norte. Todavía estos pueblos se encontraban situados a cierta distancia de la frontera (¡tomaba ocho horas a caballo el cubrir la distancia entre San Juan y La frontera!). Los únicos y verdaderos pueblos de la frontera fueron Las Matas de Farfán y Comendador. La mayor parte de la población vivía dispersa en el campo, a lo largo de la frontera, ocupándose en la cría de ganado o en actividades comerciales o agrícolas. En la parte haitiana, Port-au-Prince fue el punto focal. Cuando las disputas sobre la región fronteriza se intensificaron en el curso del siglo XX, otros pueblos adquirieron importancia, tales como: Dajabón, en la parte dominicana y Belladère, en la parte haitiana.

La existencia de la frontera era el resultado directo de las actividades comerciales ilegales realizadas durante el período colonial. Desde los inicios del período colonial español, la principal actividad económica de la región había sido el comercio de ganado, el cual se llevaba a cabo al margen del control de las autoridades.

Para poner fin al comercio con los bucaneros, la Corona Española ordenó la despoblación de la parte occidental de la isla (las llamadas «despoblaciones») en los años 1605-1606, creando así las condiciones para la colonia francesa de Saint-Domingue.

El contrabando de ganado continuó siendo el nexo de la economía fronteriza en el siglo XIX. El geógrafo Palmer (1976) ha enfatizado la completa diferencia de patrones en el uso de la tierra en ambos lados de la frontera. El Valle de San Juan había sido y permanecido el territorio de los «hatos», grandes extensiones de tierra que eran utilizadas para la cría extensiva de ganado. El ganado era regularmente reunido y llevado hacia los lugares donde se podían encontrar los mejores compradores. En la primera mitad del siglo XIX, la mayoría del ganado criado en el valle era vendido y consumido en Haití. Este patrón era opuesto a aquél del otro lado de la frontera, donde la política haitiana fomentaba el cultivo en pequeñas parcelas de tierra. Este contraste general era ciertamente verdadero, pero no debe impedirnos considerar la existencia de numerosas y pequeñas haciendas de campesinos en la parte dominicana de la frontera. La producción de alimentos procedentes de estos campesinos constituía la base esencial de la economía en la región.³ De acuerdo a la ideología nacionalista y racista del régimen de Trujillo, estos pequeños campesinos fueron consecuentemente designados como invasores haitianos, dándoles, de esta manera, un lugar excepcional de extranjeros en la economía regional. Fuentes contemporáneas sugieren que la agricultura de pequeña escala en la parte dominicana de la frontera era, sobre todo, fruto del trabajo de los campesinos haitianos. El problema radica en que era casi imposible de verificar la nacionalidad de los habitantes de esta región. Casi todos eran bilingües: hablaban español y creole francés (*patois*). Los juicios sobre su procedencia haitiana se

³ Esto fue probado cuando la represión del Gobierno dominicano en el 1937 ahuyentó la mayoría de la población pobre de la región, lo que trajo como consecuencia una aguda escasez de productos alimenticios. Ver E. C. Palmer, «Land Use and Landscape Change along the Dominican-Haitian Borderlands», Ph. D. thesis, University of Florida, 1976, 89.

basaban usualmente en el color de la piel. Ahora bien, la región había vivido bajo tantos gobiernos diferentes y había pasado por tan variadas nacionalidades, que su población se había convertido en una amalgama étnica.⁴ Sus primeros habitantes fueron los esclavos cimarrones que habían escapado de las plantaciones francesas. Al final del siglo XIX su población se había convertido en una típica población de la frontera: adversa a la retórica nacionalista, independiente, bilingüe y sumamente astuta para aprovecharse de los cambiantes vientos políticos y económicos. En lo que respecta a la economía que se hacía cruzando la frontera, la nacionalidad importaba bien poco. Había tantos dominicanos, como haitianos dedicados a la agricultura de pequeña escala. Cuando el político dominicano Víctor Garrido,⁵ rememoraba sus días de infancia en San Juan a finales de este siglo, escribía:

Todo el mundo viajaba a Haití a vender su ganado y al regresar traía cuanto necesitaba en artículos de procedencia extranjera. (...) Todo aquello que no se producía en el país, generalmente de manufactura francesa, entraba por la frontera legalmente o contrabandeado.

Cualquiera que fuera su nacionalidad o sus antecedentes étnicos, todos los habitantes participaban en el comercio a escala pequeña, el cual constituía la arteria vital de la economía fronteriza. En efecto, el hecho de que los mencionados antecedentes importaran tan poco, era el elemento más característico de la región.

⁴ El problema de si las diferencias entre la población haitiana y dominicana son étnicas, raciales o culturales, es muy difícil de resolver aquí. Claras diferencias somáticas existen entre la mayoría de los haitianos y la mayoría de los dominicanos (los primeros tienen una apariencia más negroide que los segundos), pero estas clasificaciones han sufrido tanta manipulación ideológica que es casi imposible el utilizarlas. Ver a David Nicholls, *From Dessalines to Duvalier. Race, Colour and national independence in Haiti* (Cambridge: 1979) y Franklin J. Franco, *Los Negros, los Mulatos y la Nación Dominicana* (Santo Domingo: 1979).

⁵ Víctor Garrido, *En la ruta de mi vida, 1886-1966* (Santo Domingo: 1970), 17.

El comercio fronterizo tenía dos circuitos básicos. Los comerciantes y terratenientes dominicanos llevaban ganado y otros productos a los mercados haitianos en la frontera o en Port-au-Prince. Los buhoneros de pequeña escala hacían lo mismo con cantidades exiguas de otros productos, tales como tabaco, cera y algodón. El dinero ganado lo gastaban en productos manufacturados, los cuales eran importados mayormente de Europa. Estos productos eran vendidos en el otro lado de la frontera. Este círculo mercantil era realizado, casi enteramente, en dinero haitiano. La segunda cadena comercial consistía en buhoneros haitianos (en general mujeres) quienes viajaban a través de los campos dominicanos con una variedad de productos. Estas mujeres viajaban hacia el este, a poblaciones tan lejanas como Santiago e inclusive llegaban hasta Samaná. Esto trajo como resultado que, en el español vernáculo del siglo XX de la región norte de la República Dominicana, se adoptara la palabra haitiana *marchante* para denominar a un comerciante. Ellos eran comerciantes de pequeña escala, quienes algunas veces compraban productos dominicanos, pero cuya prioridad era vender su propia mercancía. Por supuesto, estos circuitos no estaban tan rígidamente separados y se daban muchas interconexiones. En todo caso estos dos circuitos nos brindan un marco básico de análisis. Aquí, lo que me interesa estudiar en primer lugar es la importancia del comercio fronterizo. ¿Cómo eran percibidas las regiones fronterizas en los centros del poder político y económico? ¿Qué relaciones tenían los habitantes con el estado nacional y cómo reaccionaron a las intervenciones, cada vez mayores, de una emergente administración estatal?

Estableciendo fronteras: El surgimiento de los Estados nacionales haitiano y dominicano

La revolución de esclavos en la colonia francesa de Saint-Domingue propulsó una avalancha de procesos políticos en la isla. Muchas personas visualizaron el surgimiento de una nación isleña independiente, pero las diferencias culturales e históricas entre ambas partes de la isla eran muy grandes. Aún la ocupación

haitiana de la parte española (1822-1844), la cual, con seguridad fue bien recibida por no pocos dominicanos, no hizo posible la unión de ambas naciones. Dos Estados surgieron en la segunda mitad de siglo XIX; cada uno buscando simultáneamente una identidad colectiva que pudiera fraguar el sentimiento de una nación única entre sus habitantes. Pero, ambas naciones se encontraban divididas en su interior. De acuerdo a David Nicholls,⁶ los líderes haitianos basaron su ideología nacional en la idea de compartir una herencia africana. Aunque existían fuertes conflictos entre los políticos negros y mulatos, esta construcción de la identidad nacional haitiana era aceptada por la generalidad. Algunos políticos e intelectuales haitianos creían, inclusive, que esto exigía una unificación de la isla bajo el liderazgo haitiano.

Contrariamente a los haitianos, los dominicanos poseían una identidad étnica y nacional poco definida. Para muchos, el color claro de la piel de los dominicanos constituía toda la diferencia, pero solamente los más obstinados podían negar que la población dominicana mostraba bastantes rasgos de una mezcla racial. Para otros, la herencia española constituía el principal foco de la «dominicanidad», pero debido al desinterés de España durante la colonia y a las experiencias negativas durante el período de «la España Boba», especialmente los años 1821-1822, esto era un principio frágil y problemático. A la postre, el miedo al deseo de los haitianos de unificar y dominar la isla, proporcionó los cimientos para la ideología dominicana de nacionalismo. La definición de la identidad dominicana muchas veces se circunscribía solamente al antihaitianismo. Esto lleva a Nicholls a concluir que en la República Dominicana las fuerzas centrífugas que dividían la nación eran más fuertes que aquellas en Haití.⁷ Esto podría explicar por qué la región fronteriza ha jugado siempre un papel tan importante en la ideología de la política dominicana. La incertidumbre y el miedo

⁶ Nicholls, *From Dessalines to Duvalier. Race, Colour and national independence in Haiti* (Cambridge: 1979).

⁷ Nicholls, *From Dessalines to Duvalier...*, 13-14.

respecto de la nacionalidad dominicana se proyectaron en la región fronteriza.

Cuando el Estado dominicano ganó alguna fuerza en las últimas décadas del siglo XIX, las autoridades trataron cada vez más de fortalecer su control sobre la región fronteriza. Varios procesos históricos explican este nuevo interés por la región. Primeramente, estaba el dramático cambio socio-económico en la parte oriental del país, como resultado del establecimiento de plantaciones de azúcar. Estas empresas necesitaban mucha mano de obra y sus salarios, relativamente altos, atrajeron a los obreros dominicanos de todas partes del país. El Valle de San Juan era una de las principales fuentes de mano de obra para el naciente sector azucarero. Un número considerable de hombres emigraron desde las sureñas provincias fronterizas, provocando una aguda sensación de desolación y de marginalización. Por esta razón, el Gobernador de Azua demandó en el año 1883 poner fin a «la emigración de la población rural hacia otras regiones, donde ellos tenían la esperanza de ganar un salario como obreros, trabajando durante el día, en las plantaciones de azúcar, en detrimento de sus propios pedazos de tierra que abandonaron completamente».⁸ La «miseria irresistible», como calificó este Gobernador a la situación de su provincia, se intensificó cuando la crisis mundial provocó una depresión comercial después de 1884.

Muchos campesinos sustituyeron la agricultura por la cría de ganado, el cual vendían en Haití. Para pesar de muchos observadores dominicanos, el mercado haitiano se convirtió en el punto focal de la economía regional. La economía haitiana era considerada más fuerte y más floreciente en este período y existía mucho miedo al dominio comercial de los haitianos.⁹ Las autoridades dominicanas denunciaron el «monopolio haitiano» y se quejaron del hecho de que la economía regional se había convertido en tributaria de los comerciantes haitianos. El periódico dominicano *El Eco*

⁸ *Gaceta Oficial*, XI, 501-6-3-1884: «Gobernación civil y militar de la provincia de Azua» (31-12-1883).

⁹ Bernardo Vega, *Trujillo y Haití, Volumen I: 1930-1937* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1988), 33.

de la *Opinión* proponía en 1889: «Rómpasele la fatal cadena que esclaviza el comercio de Azua, es decir, destrúyasele el monopolio exorbitante y onerosísimo de nuestra vecina de occidente (...). Por lo pronto Azua no es más que «la tributaria» del pueblo haitiano». ¹⁰ El representante de Barahona en el Congreso Nacional, Mota, observó en 1889: «allí se emplean las palabras *ir a la Capital* a hacer negocios o comprar, por ir a Port-au-Prince; a Capital de la República Dominicana no existe, comercialmente hablando». ¹¹ Durante ciertos períodos del año era casi imposible conseguir alimentos y carne en Azua, porque todo era exportado hacia Haití. Hasta el suministro de agua para la ciudad estaba en peligro, porque todas las mulas eran vendidas a través de la frontera. ¹² El ingreso de la provincia disminuyó dramáticamente y las autoridades regionales pidieron al gobierno central apoyo para sus pisoteadas provincias. Esto coincidió con los esfuerzos del gobierno de Heureaux (1884-1899) para incrementar la renta pública. El ingreso estatal dependía completamente de los derechos aduaneros (exportación e importación) y ya se registraba una creciente conciencia de que el comercio fronterizo podría ser una interesante fuente de ingreso. Como remarcó el ministro de Finanzas en 1896, era una necesidad financiera el «regularizar definitivamente el comercio fronterizo con el vecino Estado». ¹³

El último factor procedía de las cambiantes relaciones entre Haití y la República Dominicana. Ambas naciones independientes mantenían opiniones diferentes respecto de la exacta ubicación de la frontera y este conflicto potencial continuaba estorbando la cordialidad de las relaciones. En 1874 fue firmado un tratado que creaba un acuerdo práctico y permitía el comercio fronterizo. Esta

¹⁰ *Eco de la Opinión*, 516, 12-10-1889; «Azua».

¹¹ *Gaceta Oficial*, XVI, 795. 16-11-1859; «Congreso Nacional, sesión 4-6-1589».

¹² Ver, por ejemplo: Carta del Ayuntamiento de Azua al Secretario de Estado de Interior y Policía. 3-6-1890, en Correspondencia de Interior y Policía (IP), legajo 123, 1890.

¹³ *Memoria del Secretario de Estado de Hacienda y Comercio*, 1896.

coexistencia pacífica finalizó en 1890, cuando un conflicto sobre los derechos aduaneros haitianos, provocó el inicio de un nuevo período de relaciones hostiles.¹⁴ Las autoridades haitianas se alarmaron ante el rumor de que la República Dominicana tenía intenciones de arrendar la Península de Samaná a los Estados Unidos. En los años 1892 y 1893 se registraron crecientes incidentes entre ambos países. Esto concedió un nuevo vigor a los intentos dominicanos para incrementar el control gubernamental sobre las regiones fronterizas. En 1895, los llamados *mercados fronterizos* fueron establecidos en la parte dominicana de la frontera: en Bánica, Las Matas y Comendador. La intención de estos mercados era permitir a los habitantes de las regiones fronterizas, según palabras del Gobernador de Azua, «realizar la venta de sus productos, librándoles de las pérdidas ocasionadas por largos viajes a los mercados haitianos y sobre todo por las combinaciones perjudiciales de aquellos especuladores».¹⁵ Estos mercados controlados por el gobierno tenían la intención de lograr dos metas relacionadas. Primeramente, el gobierno trataba por este medio de obtener el control sobre el comercio dominicano; segundo, se esperaba romper el monopolio de los mercados haitianos e incrementar el ingreso estatal. El experimento tuvo un fracaso inmediato. Pocos comerciantes se dejaron convencer por la retórica altisonante de las autoridades dominicanas. El periódico *La Prensa* informaba después de unos meses: «Los criadores siguen llevando sus ganados a Haití». El gobernador de Barahona tenía que admitir, por igual, el fracaso de la iniciativa gubernamental ya en 1896 «porque, realizando sus animales como lo hacen en dinero haitiano, (los habitantes) pasan las fronteras y vuelven con sus bestias cargadas de todo género de mercancías».¹⁶

Luego del final del largo régimen de Heureaux en 1899, se inició una nueva era. El presidente asesinado dejó la República

¹⁴ Manuel Arturo Peña Batlle, *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana* (Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1988), 229-243.

¹⁵ *Gaceta Oficial*, XXII, 1073, 16-3-1895.

¹⁶ *La Prensa*, V, 3-10-1896; «Asunto Fronterizo»; y *Gaceta Oficial* XXIII, 1152, 19-9-1896; «Memoria de Barahona» (C.A. Mota).

Dominicana en una desastrosa situación financiera. Los acreedores europeos pidieron el saldo de todas sus deudas y amenazaron con una intervención militar para hacer valer sus derechos. La situación dominicana pudo haber sido la razón principal para que el notorio corolario de Theodore Roosevelt legitimizara, en la Doctrina de Monroe, la intervención de los Estados Unidos en caso de conflictos entre naciones europeas y latinoamericanas. En todo caso, a partir de 1905, los Estados Unidos tomaron control oficial de la administración de las aduanas dominicanas, con lo cual se pudo pagar más de un 55 % de las deudas a los acreedores. Este fue el inicio de una creciente involucración de los Estados Unidos en la recaudación y distribución de las aduanas dominicanas.¹⁷

Las consecuencias de la intervención estadounidense se sintieron más directamente en las regiones fronterizas con Haití. Ya en 1905, los oficiales estadounidenses habían viajado por toda la región fronteriza con el propósito de investigar las posibilidades de organizar un control de aduanas más estricto del comercio de la frontera. Estaban consternados por el escaso control de la frontera y por la desorganización en la recaudación de las aduanas. Uno de ellos escribió:

En Limón solo encontré dos guardias para cuidar tres caminos separados por considerable distancia de pésimos caminos y terrenos. Aunque los guardias tienen carabinas solo tienen un cartucho cada uno. En Jimany no tiene ninguno.

Este oficial también reportó que algunos recaudadores dominicanos utilizaban tarifas que databan del año 1897, las cuales habían sido cambiadas hacía mucho. Otras personas ni siquiera eran conscientes de que a ellas les tocaba recaudar impuestos.¹⁸ Los

¹⁷ Martin D. Clausner, *Rural Santo Domingo, Settled, Unsettled, and Resettled* (Philadelphia: Temple UP, 1973).

¹⁸ Carta H. J. Worley al Coronel George R. Colton, Las Damas, 27-5-1905, en Correspondencia Hacienda y Comercio, legajo 88, 1905.

observadores estadounidenses también percibieron un contrabando bastante extendido. Acerca de la región norte se observó:

El contrabando se lleva ahora mismo a cabo en cantidades inmensas y sin ninguna interferencia aparente o miedo. Se piensa y se dice abiertamente que embarques por valor de 20,000 dólares han cruzado la frontera por aquí o en estas inmediaciones, sin pagar impuesto alguno al gobierno.¹⁹

Las conclusiones de estas observaciones no eran difíciles de sacar. Bajo la supervisión de los oficiales estadounidenses se reorganizó el control de la extensa frontera. Los caminos fueron vigilados por guardias armados y provistos de amplios poderes; otros cruces fronterizos fueron cerrados al tráfico. Todas las personas que viajaban por estos caminos cerrados eran consideradas automáticamente contrabandistas. Gradualmente este sistema se fue perfeccionando. En 1911, la Ley de Aduanas y Puertos fue aprobada, lo que formalizó las nuevas medidas y estableció una *Guardia de Frontera*. El ministro de Finanzas reportó al final de ese año que «los esfuerzos de este Cuerpo de guardias lograron reducir de un modo considerable la cuantía del contrabando fronterizo». La ley también prohibía la importación de productos no haitianos, «medida que ha disminuido, hasta casi anularlas, las operaciones comerciales con Haití».²⁰

Con la ocupación de Haití (1915) y de la República Dominicana (1916) por los marinos estadounidenses, se inició una nueva etapa. La presión sobre la población de la región fronteriza aumentó. La frontera entre los dos países se mantuvo, pero ahora se dio la extraña situación de que representantes de un gobierno neo-colonial mandaban en ambos lados de la frontera. La situación se llegó a

¹⁹ Reporte H. J. Worley, Delegado Recaudador Adicional a George R. Colton, Controlador y Receptor General, Monte Cristi, 7-5-1905, en Hacienda y Comercio, legajo 88, 1905.

²⁰ *Gaceta Oficial*, XXVIII, 2175, 29-3-1911; «Memoria de Hacienda y Comercio», (Fred. Velázquez H., febrero 1911).

complicar más por el hecho de que el contrabando por la frontera adquirió matices políticos debido a la ocupación estadounidense. Los conflictos entre la población de la región y el Estado tenían un cariz político durante este período. El desorden, que por mucho tiempo había caracterizado a la región, se convirtió ahora en antiimperialismo. Mientras los gobiernos militares trataban de desarmar la población y de imponer su voluntad en el país, la región fronteriza se convirtió, como veremos, en el campo de batalla más apreciado de la resistencia antiimperialista. El estado central hizo sentir su presencia cada vez más en la región fronteriza y las relaciones entre la población de la región y el Estado se tornaron más conflictivas. En ambos países, la región fronteriza se convirtió en un foco de resistencia al estado central y un refugio para «elementos» subversivos.

La frontera como refugio

Hay algo inherentemente paradójico acerca de las regiones fronterizas. Son lugares donde al Estado le es más difícil hacer que su soberanía sea respetada. Aún cuando estas regiones no sean ni económica ni demográficamente importantes, juegan un papel esencial en la ideología nacionalista. En estas regiones, más que en ningún otro lado, los Estados sienten la necesidad de establecer y defender sus derechos. Por otra parte, las regiones fronterizas tienen muchas veces una función marginal en la economía nacional. La densidad poblacional en estas regiones es usualmente baja y el contacto con el centro del poder político es tenue. De esta manera, existe una evidente tensión entre la vasta atención ideológica por estas regiones y su simultáneo aislamiento y marginalización. En otras palabras, son regiones donde la identidad nacional es lo que más importa, pero donde está expuesta a ser alterada o contaminada por influencias extranjeras. Además, las regiones fronterizas son notoriamente difíciles de controlar. El «otro lado» constituye un refugio natural para bandidos, revolucionarios y otros descontentos o elementos subversivos dentro de la sociedad. Mientras se pueda convencer a las autoridades del otro lado de la frontera de

que es un asunto de mutuo interés el restringir a estos grupos, el problema puede ser contenido, pero de no ser así, el Estado, en la mayoría de los casos, no es capaz de mantener a raya a la población.

Estas características paradójicas se manifestaban también en la región fronteriza dominico-haitiana. Fue esta simultáneamente una frontera que contenía y restringía a la población y una región fronteriza donde el poder del Estado disminuía y era sustituido por el derecho consuetudinario. Esta combinación le dio a la región su peculiar carácter independiente. La prueba más obvia de la incapacidad del Estado dominicano para limitar esta independencia fue el hecho de que el comercio de la frontera continuó prácticamente sin ser impedido hasta los años 30. Los esfuerzos del Estado para frenar y gravar el comercio fueron invariablemente infructuosos. Los comerciantes dominicanos jugaron también un importante rol para la economía haitiana y los haitianos para la economía dominicana. La resistencia del comercio fronterizo se evidenciaba durante las últimas décadas del siglo XIX, cuando el gobierno comenzó a imponer su voluntad en la región. La población se resistía a aceptar que se infringiera su tradicional autonomía. Esta hizo todo lo que pudo para evadir los nuevos derechos de aduana y defender sus derechos consuetudinarios con una audacia desafiante. El consejo municipal de Las Matas convocó en 1890 a todos los «deudores a la caja municipal por concepto de exportación de reses a Haytí» para apremiarlos en el pago de los derechos aduanales requeridos. Sin embargo, el presidente del consejo tuvo que reportar a sus superiores que los exportadores de reses le habían dicho «que ellos no estaban dispuestos a pagar el derecho de reses ni lo que debían, ni lo que pudieran deber en el sucesivo». Ellos claramente declararon «¡que no pagaran nada, que no fueran bobos!» El presidente municipal tímidamente añadió que las autoridades no estaban en la posición de forzarlos.²¹

Era imposible poner fin a la conexión fronteriza de un solo golpe, como le hubiera gustado a muchos políticos. La región entera dependía de este comercio y los intereses envueltos eran muy

²¹ Carta al Presidente del Ayuntamiento de Las Matas (J. Bautista), 9-7-1890; en: IP, legajo 121, 1890.

grandes. Aún los oficiales que trataron seriamente de implementar las leyes no pudieron escapar de su lógica. El gobernador de Azua se quejó en 1900 al ministro del Interior acerca del fervor del nuevo «interventor de la aduana fronteriza» en Comendador. Su actitud tan formal había causado un «peligroso conflicto» con los comerciantes haitianos y dominicanos. Además de amenazar a los comerciantes haitianos, impuso derechos sobre los compradores dominicanos, «que acostumbraban prestar el servicio consistente en traer a los pobres de las fronteras los lienzos y demás cosas necesarias a su vivir».²² El gobernador advirtió sobre las consecuencias sociales de esta actitud, pero también enfatizó su impracticabilidad. Este comercio fronterizo había sobrevivido todos los obstáculos hasta entonces y no iba a ser parado por un rígido formalismo.

Cuando el control fronterizo se tornó más eficiente, la actitud de las clases mercantil y contrabandista cambió por igual. Ellos ya no podían ignorar a las autoridades, sino que tenían que encontrar nuevos caminos para evadir los derechos aduaneros y defender sus prácticas comerciales. En la resistencia a la creciente intervención estatal en la región fronteriza, no era fácil distinguir entre los motivos económicos y los políticos. Tal y como sucediera en el caso de los *gavilleros*, que pelearon contra los intereses estadounidenses en el este, el interés propio iba de la mano o se mezclaba muchas veces con lealtades patrióticas y políticas por parte de la población de la región fronteriza. Este proceso de adaptación coincidió con un largo período de contiendas políticas y guerra civil. Muchas facciones políticas se aprovecharon de la autonomía de la región fronteriza para oponerse al gobierno central. De esta forma la frontera se fue tornando más violenta. Hecho que se evidencia en la creciente participación norteamericana en la recaudación de impuestos aduanales. El viajero francés Aubin, luego de haber descrito cómo los primeros oficiales estadounidenses habían sido ahuyentados, escribía en 1910: «La política americana provoca terror en estas zonas remotas simples y tranquilas. Hasta ahora, la

²² Carta al Gobernador del Azua, 21-6-1900, en IP, legajo 172.

frontera era libre, la aduana terrestre no existía en Haití; en la República Dominicana cerraba ojos». Los métodos no diplomáticos de los oficiales estadounidenses antagonizaron a la población y, algunas veces, incluso a las autoridades dominicanas. El gobernador de Barahona reportó en 1908:

Muchas i repetidas son las quejas que recibe este Despacho de las autoridades de Duvergé, Neiba i Cabral sobre los abusos que cometen en aquellos lugares los agentes de la Guardia de Fronteras, atropellando a los habitantes de aquellas localidades, despojándolos, algunas veces, de los efectos que llevan i que han sido comprados al comercio de esta Provincia, pretextando para ello que son de procedencia extranjera, i sospechados de contrabanda.²³

El establecimiento del control fronterizo estadounidense condujo a una extensa violencia. El ministro estadounidense W. W. Russell reportó en 1912 que durante los primeros veinte y ocho meses de a Receptoría de Aduanas, diez y ocho oficiales de aduana estadounidenses fueron asesinados o heridos en enfrentamientos a pistola con los que él llamaba «bandas contrabandistas».²⁴ Esto era una gran simplificación de los complejos procesos sociales y políticos que ocurrían en la región. El derramamiento de sangre fue resultado de un conflicto sobre la autoridad regional. Especialmente en la parte norte de la frontera, surgió un Estado virtualmente independiente en las primeras décadas del siglo XX, bajo el liderazgo del carismático caudillo Desiderio Arias. El caudillo había creado su propia base de poder. La base económica de su posición era el comercio con Haití. En palabras de Troncoso Sánchez:

Los cabecillas de Monte Cristi controlaban las entradas fiscales, se lucraban con el contrabando y distribuían entre sus amigos los cargos públicos del distrito, mientras

²³ Carta al Gobernador de Barahona, 23-1-1908, en: IP, 240, exp. 7.

²⁴ Clausner, *Rural Santo Domingo...*, 142.

el tráfico ganadero, principal riqueza de la región, se hacía casi exclusivamente con los haitianos.²⁵

La mayoría de los gobiernos dominicanos había aceptado esta autonomía regional y había tratado de alcanzar una especie de acuerdo con el caudillo. Durante casi todo el periodo entre 1905 y 1916, Desiderio Arias fue gobernador provincial y pudo manejar su territorio prácticamente como un feudo personal.²⁶ Los oficiales estadounidenses que viajaban por la frontera en 1905 se quedaban perplejos ante el hecho de que los oficiales de aduana nombrados por el gobierno central no habían sido aceptados por Arias y habían abandonado la región. Advirtieron que aquí el contrabando era un negocio regular dirigido «a su antojo» por casas mercantiles establecidas en Dajabón y Monte Cristi. En el mismo año el cónsul estadounidense en Puerto Plata hablaba de una situación de «semi-autonomía» en la provincia de Monte Cristi. Así lo reportó: «Las autoridades allí están opuestas a cualquier cosa que tienda a disminuir allí su preponderancia local y absolutismo en todos los aspectos».²⁷

Las receptorías aduaneras estadounidenses trataron de poner fin a esta situación, pero como ya hemos visto, pasaron un mal rato. Una virulenta ideología antiestadounidense sirvió como legitimización de esta actitud. En 1912, las tropas de Desiderio Arias capturaron las casas aduaneras y los pueblos de Dajabón, Tierra Nueva y Comendador. Para este momento el recaudador de aduanas en Dajabón, que ya había sido forzado a salir, declaró así: «Los

²⁵ Pedro Troncoso Sánchez, *Ramón Cáceres* (Santo Domingo: Stella, 1964), 254.

²⁶ Cuando en febrero de 1904 el gobierno de Morales no pudo someter a los revolucionarios dirigidos por Desiderio Arias, fue forzado a concluir el llamado «Pacto de Monte Cristi», creando lo que Troncoso Sánchez llamó «casi un pequeño Estado independiente». Troncoso Sánchez, *Ramón Cáceres...*, 254.

²⁷ Carta del cónsul estadounidense en Puerto Plata al Secretario Asistente del Estado Robert Bacon, 3-11-1905, en Correspondencia de cónsules estadounidenses en Puerto Plata, T 652, 3.

oficiales dominicanos de gobierno no suministran ninguna protección al servicio aduanero de la frontera.²⁸ A esta observación le faltaba el dato de que fueron exactamente los mismos oficiales del gobierno, nombrados por el gobernador provincial, quienes atacaron los establecimientos aduanales. Los contactos ilimitados con las vecinas provincias haitianas eran la arteria vital de la región. Esto no era solamente un aspecto económico. Existían muchos contactos políticos a través de la frontera. Gaillard establece que Arias «estaba unido a la mayoría de nuestros políticos del norte (de Haití; MB)».²⁹ Cuando los revolucionarios dominicanos tenían que ponerse a la defensiva, se escondían detrás de la frontera. Lo mismo pasaba en la dirección inversa luego de que las tropas estadounidenses ocuparan Haití en 1915. Las guerrillas antiintervencionistas (los llamados «cacos»), bajo el mando de Charlemagne Péralte, se valieron del Estado libre de Arias para refugiarse. Observadores estadounidenses reportaron indignadamente que la policía dominicana estaba ayudando abiertamente a los rebeldes haitianos. Desiderio Arias y las autoridades dominicanas daban refugio y protegían a notorios «bandidos» haitianos y, se movía cielo y tierra para impedir la cooperación entre los oficiales estadounidenses en ambos lados de la frontera.³⁰ Esta cooperación revolucionaria continuó siendo un aspecto importante en la región fronteriza. Por cierto, que Bernardo Vega ha sugerido que esta fue la principal razón por la que Trujillo aniquiló a Arias en 1931.³¹

La combinación del contrabando y de la violencia revolucionaria trajo como resultado complejas relaciones sociales. Desafortunadamente no sabemos mucho acerca de la posición económica y social de los comerciantes, pero debemos asumir de que existía una clara jerarquía y de que los comerciantes más poderosos estaban cerca

²⁸ Clausner, *Rural Santo Domingo...*, 142.

²⁹ Roger Gaillard, *Les Blancs Débarquent, 1915: Premier écrasement du cacoïsme* (Port-au-Prince, 1981), 143.

³⁰ Gaillard, *Les Blancs Débarquent...*, 192.

³¹ Bernardo Vega, *Trujillo y Haití, Volumen I: 1930-1937* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1988), 14-15.

de los centros donde se tomaban las decisiones políticas. Los estratos bajos de la sociedad estaban conformados por los comerciantes recientes y por los campesinos. La mayoría de ellos dependían de la protección del poderoso y pasaban a ser su clientela. No obstante, algunos de ellos trataron de escapar de esta camisa de fuerza social y encontraron una vida independiente en las montañas. Este era el territorio de los pequeños campesinos, muchos de origen haitiano, que realizaban cultivos para la subsistencia de sus familias y estaban envueltos en otras actividades —legales e ilegales—. Las montañas servían también de refugio para varios grupos de bandidos. Personas de ambos lados de la frontera se quejaban repetidamente sobre el robo o hurto del ganado. El Gobernador de Barahona, Jaime Mota, se quejó en 1908 de que el ganado de la provincia había sido casi aniquilado, porque «los ladrones de profesión se dedicaban al provecho indigno del robo».³² Después de un recorrido de inspección a lo largo de la frontera Ramón Emilio Jiménez reportaba: «Los pocos campesinos dominicanos que encontramos en la ruta declararon que allí la crianza es imposible mientras no se ponga coto al robo que ya se ha hecho costumbre en aquellas montañas».³³ Se culpaba a los haitianos por el hurto del ganado y estas observaciones eran usadas para fomentar el miedo a la «invasión» haitiana. Sin embargo, resulta interesante notar que las mismas quejas eran expresadas en la parte haitiana de la frontera. Las autoridades haitianas se quejaban de que los bandidos dominicanos robaban ganado a los criadores de ganado haitianos. Por lo tanto, tenemos que estar de acuerdo con el análisis del gobernador de Monte Cristi citado en el inicio de este artículo. Los bandidos operaban en ambos lados de la frontera y de esta manera trataban de escapar de la persecución. Esta situación también ocurría en la parte sur de la región fronteriza. Por ejemplo, el bandido («especie del gefe, de gavilla») Trifon operaba en la región de

³² Memoria del Gobernador de Barahona (Jaime Mota), enero 1908, en IP, legajo 240, exp. 7.

³³ *La Información*, III, 816, 30-9-1918; «Viaje de Inspección del Intendente de Enseñanza (En la Línea Fronteriza)» (Ramón Emilio Jiménez).

Pedernales acerca de la vuelta del siglo, hostigando a la gente en ambos lados de la frontera y provocando quejas por parte de las autoridades haitianas.³⁴

Dios Olivorio

Aunque la parte sur de la región fronteriza nunca tuvo su Desiderio Arias, su relación con el gobierno central era igualmente tensa. Varios movimientos revolucionarios se originaron en el suroeste, siendo el más famoso y sanguinario, la revolución dirigida por la influyente familia Ramírez (y en particular, el general Wenceslao Ramírez) de San Juan, en 1912. Aunque esta revolución fue un fracaso, sirvió de instrumento para establecer la fama de un mesías carismático apodado *Dios Olivorio*.³⁵ Agricultor de origen, Olivorio Mateo como era su nombre de bautizo, inició su predicación en 1908. Después de haber desaparecido durante una tormenta, regresó diciendo que había tenido una visión divina para curar a los enfermos y ayudar a los pobres. Su persona y sus predicciones atraerón rápidamente a muchos creyentes de la clase de agricultores. Olivorio articuló los sentimientos apocalípticos de la población rural en la región fronteriza. La región había experimentado un número de desastres climatológicos y la población rural sufrió directamente las consecuencias de la represión del comercio fronterizo. La inseguridad de la población rural se intensificó con la aparición del cometa Haley en 1910, el cual fue visible por más de cinco meses. El miedo al fin del mundo provocó que muchas personas se convirtieran en seguidores de Olivorio. Se reportó que en un fin de semana algunas 2,500 personas peregrinaron hacia la comunidad de Olivorio. Su fama creció aún más cuando fue absuelto de practicar ilegalmente la medicina. Olivorio

³⁴ Carta del Secretario de Estado de Relaciones Exteriores a su colega de Interior y Policía, 16-7-1900, en IP, legajo 174.

³⁵ Jan Lundius, y Mats Lundahl, *Olivorio Mateo: vida y muerte de un dios campesino* (Estocolmo: Department of International Economics and Geography, 1989).

creó su propia base de poder y se convirtió en un líder regional de importancia. La élite nacional comenzó a preocuparse por su liderazgo popular. Primero, esta trató de negociar con Olivorio y de usar su movimiento para sus propios intereses políticos. Pero cuando los políticos en Santo Domingo no tuvieron éxito en asegurar la lealtad del líder religioso, empezaron a conspirar para hacerlo caer. Esto culminó en la política de represión abierta del gobierno autoritario de Ramón Cáceres (1906-1911). Los militares atacaron al grupo de creyentes de Olivorio y destruyeron su santuario en 1911. Los miembros más leales del grupo huyeron junto al mesías a las montañas, donde empezaron a armarse ellos mismos. Se salvaron por la sangrienta guerra civil que estalló en 1912 después del asesinato de Cáceres. La oligarquía regional resistió las crecientes demandas del gobierno central y la presión de los Estados Unidos para cerrar la frontera y fue forzada a hacer un pacto con Olivorio. Por otro lado, los seguidores de Olivorio ganaron mucho prestigio por su fuerza espiritual y sus principios, aunque nunca fueron buenos guerreros (lo cual, de todas maneras, hubiera estado en contra de las creencias de Olivorio). Después de la revolución de 1912, se dejó tranquilos.

En los años siguientes, en torno a Olivorio se desarrolló un culto mesiánico. Las historias acerca de sus curaciones milagrosas y su filantropía se expandieron rápidamente entre los pobres y muchas personas se congregaron en torno a él. Gentes sin tierra, pero también personas que tenían problemas con las autoridades, encontraron refugio en su comunidad espiritual. Lundius y Lundahl escriben: «La comunidad de Olivorio se convirtió en un santuario, no solo para la población pobre campesina y los «echadías» sin tierra, sino también para las personas que, de una manera u otra, tenían problemas con la justicia».³⁶ Olivorio viajó extensivamente a través de la región, viviendo del ofrecimientos de sus muchos adeptos. Los habitantes rurales mantenían parcelas especiales de tierra cultivadas con legumbres y otros alimentos para el mesías. Olivorio tenía miles de seguidores y muchos más admiradores

³⁶ Lundius, y Lundahl, *Olivorio Mateo...*, 29.

silenciosos. El culto en torno a él no fue un movimiento exclusivamente dominicano. La familia Ramírez con la que él tenía cercanas conexiones, poseía tierras a ambos lados de la frontera. Olivorio trabajaba allí y probablemente convirtió a mucha gente. La escasa evidencia que tenemos sugiere que Olivorio también tenía seguidores en Haití. Las tropas estadounidenses que perseguían a Olivorio en 1918 confirmaron que él estaba «con toda probabilidad conectado con el movimiento en Haití». Ellos mencionaron también rumores de que «bandidos o exbandidos haitianos» estaban penetrando por el lado dominicano de la frontera. La imagen que surge de estos reportes es que la población de toda la región apoyaba el movimiento de Olivorio.³⁷ Cuando Charlemagne Péralte fue asesinado en 1919, tenía en su poder algunas plegarias escritas cuyo origen databa del culto a Olivorio. Hasta puede haber ocurrido el que Olivorio peleara contra las tropas estadounidenses junto a Péralte.³⁸

El apoyo al movimiento aumentó aún más cuando las tropas estadounidenses comenzaron a perseguir el culto. La Receptoría de Aduanas estadounidense trató de poner fin a las redes del comercio fronterizo y de ganar control sobre la economía informal de la región de la frontera. Cuando el comercio fronterizo fue declarado ilegal esto afectó a toda la población de esa región, pero fue resentido sobre todo por los seguidores de Olivorio. Ellos eran ahora indiscriminadamente considerados como criminales y, entre otras cosas, acusados de contrabando. La represión del culto se inició formalmente en 1919 y los seguidores de Olivorio fueron perseguidos por doquier por las tropas estadounidenses ayudadas por la nueva creada Guardia Nacional Dominicana. La mayoría de la población campesina tuvo que consentir la represión, pero

³⁷ Reporte sobre «Operaciones de la separación de la novena Compañía, G.N.D., del 26 de diciembre de 1918 al 14 de enero de 1919 (Mayor Joseph W. Feeley)», en IP, 379 (1919). Este reporte también muestra los procedimientos indiscriminados de estos guardias de la frontera. En un lapso de dos semanas arrestaron a más de cien personas, bajo dudosas acusaciones de «vagancia», entre ellas, a muchos «antiguos residentes de Haití».

³⁸ Lundius, y Lundahl, *Olivorio Mateo...*, 41.

los militares tuvieron que enfrentarse a un grupo guerrillero de aproximadamente mil olivoristas quienes huyeron con Olivorio a las montañas. La resistencia contra la intervención estadounidense unió a los «bandidos» dominicanos y a los «cacos» haitianos. Ambos se originaron en la población rural en la región fronteriza y eran tácitamente apoyados por la mayoría de los pobres. La secta sobrevivió a varias expediciones militares en los siguientes pocos años, obviamente porque era apoyada de manera callada por la mayoría de la población rural. Olivorio fue finalmente asesinado en junio de 1922. Esto no significó la extinción del movimiento. Hasta hoy día, el olivorismo ha conservado un lugar en la conciencia colectiva de la región.

Aquí no estamos interesados primariamente en las creencias de este culto, sino en la procedencia del considerable apoyo a este culto. Este apoyo no provenía solamente de la población pobre y rural; también miembros de la élite de terratenientes de la región simpatizaban con la comunidad. Algunos de ellos realmente apoyaron el culto, otros respetaron a Olivorio como caudillo regional. Muchas personas estaban de acuerdo con la manera en que Olivorio articulaba la frustración y desesperación de la región. El hecho de que políticos de la capital y líderes militares aceptaran negociar con él, reforzó el orgullo regional.

El movimiento olivorista es interesante, porque muestra que la resistencia contra la supresión de la autonomía de la región fronteriza pudo tomar variadas formas. Apoyado por los viejos intereses de ganado, la población pobre, primero trató de aislarse, estableciendo una comunidad independiente. Cuando esto provocó una represión inmediata, el culto de Olivorio se convirtió en una especie de organización clandestina que unía ambos lados de la frontera. Su vigencia residía en que proporcionaba a sus miembros satisfacción espiritual juntamente con acciones concretas. El movimiento de Olivorio debió de haber sido el último refugio para muchos habitantes pobres de la región, quienes eran triturados entre las ruedas de la modernización y la intervención del Estado central.

Conclusión

Las actividades económicas en la región fronteriza dominico-haitiana experimentaron un claro desarrollo histórico. Este desarrollo estuvo acompañado por percepciones cambiantes sobre el significado de la región. Después de la normalización de las relaciones dominico-haitianas y de la última invasión por fuerzas militares haitianas en 1856, la región fronteriza se convirtió en un santuario para la libertad de comercio. Los habitantes dominicanos y haitianos de la región construyeron un extenso sistema comercial basado en las diferencias de precios entre ambos países, en sus diversas vinculaciones con el mercado mundial y la disponibilidad de productos extranjeros y en los diversos sistemas productivos en ambos lados de la frontera. A pesar de que intelectuales y políticos dominicanos se preocupaban por las consecuencias fiscales y económicas de este comercio, no por eso era estigmatizado, ni menos todavía, cargado de connotaciones raciales.

En las últimas dos décadas del siglo XIX, la percepción del comercio fronterizo cambió. Los derechos aduaneros eran la única fuente de ingreso del gobierno central. Por esto, el régimen de Heureaux trató de obtener un mayor control sobre el comercio fronterizo para así resolver su continua penuria financiera. El gobierno instaló los primeros guardias fronterizos y trató, en vano, de atraer parte del comercio al suelo dominicano estableciendo mercados fronterizos e incrementando los derechos de aduana. Estos esfuerzos iban acompañados de una nueva ideología anti-haitiana. Primeramente, los elementos raciales apenas jugaron un papel en este antihaitianismo. El antihaitianismo puso la mirilla en el comercio monopólico de los comerciantes haitianos y las injustas ventajas del mercado haitiano. Era ante todo una ideología económica y reflejaba el hecho de que la economía haitiana en este período era más activa y próspera que la dominicana.

Un tercer período se inició cuando el control fronterizo se tornó más eficiente en las primeras décadas del siglo XX. Por primera vez, las autoridades tuvieron éxito en extender su poder dentro de la región fronteriza. El control de la frontera se volvió más

difícil de evadir. Como resultado de la Receptoría de Aduanas estadounidense, muchos de los oficiales de aduana y guardias eran norteamericanos. Ellos eran menos dependientes de la élite local y poseían mayor autoridad. Por otra parte, esto fomentó sentimientos antiestadounidenses que pintaron al contrabando con un cierto matiz político y, hasta heroico. Como en otros casos similares, el contrabando se convirtió en una ocupación aceptada en la región.

En el curso del siglo XX, el antihaitianismo tomó un giro de racismo virulento. La industria azucarera había empezado a utilizar extensivamente la mano de obra barata haitiana para cortar la caña de azúcar. La población dominicana confrontó una nueva clase de emigrantes haitianos. Ya no eran las itinerantes mujeres vendedoras que hablaban un español gracioso y tenían extrañas costumbres y que simultáneamente ofrecían mercancías apetecidas. Los labriegos del azúcar eran hombres que venían en grandes grupos, que apenas hablaban español y que vivían casi completamente separados de la sociedad dominicana. El mal trato que ellos recibían fue rápidamente racionalizado por los prejuicios raciales. Estos prejuicios eran fomentados por el incipiente movimiento laboral dominicano que consideraba la mano de obra barata haitiana una amenaza para sus objetivos. Finalmente, durante el régimen de Trujillo, fueron sintetizados en una coherente ideología racista.³⁹

Aunque esta ideología era condenada por muchos dominicanos, sus ideas fundamentales han sobrevivido hasta nuestros días. La historia de la región fronteriza es generalmente interpretada como una penetración gradual de campesinos haitianos, una *invasión pacífica*, así es llamada eufemísticamente hoy día. La imagen de campesinos pobres, poco educados y muchas veces enfermos, luchando por entrar en la República Dominicana es aceptada de manera general. Las actividades económicas a través de la frontera eran exclusivamente interpretadas como una guerra silenciosa de los haitianos que estaban violando la integridad el territorio

³⁹ Esta idea acerca de los orígenes relativamente recientes del racismo anti-haitiano no es común en la historiografía dominicana. Bernardo Vega ha sugerido una visión parecida. Vega, *Trujillo y Haití...*, 24-25.

dominicano. Esta ideología ha oscurecido el análisis de la historia de las actividades sociales y económicas a través de la frontera.⁴⁰ Se ignora que durante un largo período de tiempo, haitianos y dominicanos sostuvieron activamente relaciones socio-económicas entre ambos lados de la frontera. La región fronteriza era con todo su derecho una región social y económica con un comercio próspero. También se podría uno preguntar si servía de algo el referirse a «lados» de la frontera en el período anterior a 1930. La región era una unidad socio-económica que fue organizada aparte de, y en ocasiones, contra la ideología nacionalista de las clases dominantes. Cuando el Estado trató de reprimir las actividades comerciales, éstas fueron continuadas en secreto. Durante las persecuciones políticas, la región fronteriza ofrecía refugio y durante la ocupación estadounidense de ambos países, se convirtió en el foco de una vehemente resistencia antiimperialista. El duradero culto mesiánico en torno a Olivorio, que atrajo a muchos creyentes en ambos lados de la frontera, fue otra reacción al cambio de relaciones que se había producido entre la región y el Estado central.

En vez de describir la región fronteriza como un área marginal o presentarla como un teatro del imperialismo haitiano, debemos, por lo tanto, de considerarla como un universo socio-económico específico. Cuando el Estado trató de reprimir su autonomía, la región pasó a ser una región de refugio. Se desarrolló como un santuario de la actividad antimoderna, antiestado y antiimperialista. Las bases agrícolas y comerciales independientes de la región hicieron difícil a las autoridades imponer su voluntad, por lo que por mucho tiempo se mantuvo fuera del control del Estado. De esta manera, una sociedad autónoma pudo seguir existiendo. Esto proyecta una luz interesante sobre los límites del poder del Estado y, tal vez, y esto es todavía más importante, sobre los límites de la construcción de la identidad nacional.

⁴⁰ Rafael Emilio Yunén, *La isla como es: hipótesis para su comprobación* (Santiago de los Caballeros, Universidad Católica Madre y Maestra, 1985), 145 y ss.

CAPÍTULO 6

UNA FRONTERA PARA CRUZAR: LA SOCIEDAD RURAL A TRAVÉS DE LA FRONTERA DOMÍNICO-HAITIANA (1870-1930)

Hace años (...) casi todos los habitantes del Distrito (de Monte Cristi; MB), y aún más, una gran parte de los de las provincias de Santiago, La Vega y Moca, hacen sus negocios con Haití, sometiéndose no solo a dejar allí el dinero y sus productos, sino también a soportar humillaciones de todo género

Diputado Álvarez en el Congreso
Nacional Dominicano, 1900.¹

Introducción

Este capítulo trata de la situación económica de la región fronteriza en el período 1870-1930. Muestra que que, a pesar de la mucha retórica nacionalista y de los intentos del gobierno para cerrar la frontera, la región fronteriza entre la República Dominicana y Haití debe ser considerada como una región económica que contraría con frecuencia las políticas de ambos Estados-naciones. Los procesos de cambio social y económico se dieron a través de la frontera desafiando las autoridades.

La frontera domínico-haitiana puede ser considerada como un caso «casi clásico» del desarrollo de una red social y económica informal (y que puede ser calificada en muchos casos de subversiva) a través de las fronteras nacionales. Después del éxito de la revuelta esclava en la colonia francesa de Saint-Domingue y la ocupación haitiana de la parte oriental de la isla de habla española entre 1822-1844, las relaciones políticas entre los dos países se mantuvieron tensas. Esta tensión explica por qué la región fronteriza ha jugado

¹ *Gaceta Oficial (GO)*, XXVII, 1345, 26-5-1900.

siempre un papel importante en el discurso político dominicano. La frontera fue una contradicción viva en la sociedad isleña. Por un lado, ella era el símbolo último de la nacionalidad e independencia de las dos naciones, y por otro, ponía claramente en evidencia los problemas de los líderes políticos de ambas naciones para formular principios de racionalidad e identidad cultural, y su incapacidad de ganar un control decisivo sobre la población rural. En el siglo XIX, la República Dominicana era, de las dos naciones, la más débil militar y económicamente. Esta posición inferior en la práctica cotidiana contradecía la idea de una superioridad cultural que existía en la sociedad dominicana.

La incertidumbre y el miedo relativos a la nacionalidad dominicana se proyectaron como tales sobre la región fronteriza. Aquí las dos naciones se tocaban entre sí, separadas por una línea fronteriza nominal, pero unidas simultáneamente como gemelas siamesas. En la ideología dominicana la frontera se convirtió en la línea divisoria mitológica entre «ellos» y «nosotros», entre «barbarie» y «civilización». Al mismo tiempo, fue el lugar del contacto más intenso y frecuente entre dominicanos y haitianos. Aquí dominicanos y haitianos se mezclaron libremente hasta el extremo de que era casi imposible distinguir los unos de los otros. Los múltiples contactos económicos y sociales a través de la frontera, demostraron la dinámica independiente de la sociedad regional. Esto constituyó probablemente una justificación importante de la emergencia, en la República Dominicana del siglo XX, de un antihaitianismo fundamentado sobre criterios raciales. El objetivo de este trabajo es analizar el papel que jugó en este proceso el comercio fronterizo y, también, mostrar cómo la economía fronteriza desarrolló una red socio-económica independiente que hizo frente al discurso nacionalista y centralizador del Estado dominicano y en menor grado haitiano.

La sociedad fronteriza del siglo XIX

Haití y la República Dominicana vivían realidades económicas bastante diferentes. A pesar de la destrucción producida por la

revuelta de los esclavos, los haitianos mantuvieron una considerable exportación de productos agrícolas, lo que permitía la importación de una gran cantidad de bienes de consumo europeos, especialmente franceses, e hizo de su capital «uno de los primeros mercados de las Antillas».² La base agrícola de la República Dominicana era mucho más débil y una economía de exportación agrícola se desarrolló solamente, y de manera lenta, en la segunda mitad del siglo XIX. La excepción fue la exportación de tabaco de la parte norte del Valle del Cibao al mercado alemán, que fue generando algún capital y permitió alguna importación. El comercio entre los dos países fue el resultado de estos niveles de desarrollo económico diferentes. En él se reflejaban (como casi en todo tipo de intercambio comercial) las diferencias de precio y disponibilidad de los artículos. Geográficamente, la región fronteriza estaba más cerca del centro político y económico de Haití que del de la República Dominicana. Por esta razón la influencia haitiana sobre la región tendió a ser mayor. Las transacciones comerciales fueron frecuentemente efectuadas con dinero haitiano y la «lengua franca» de la región fue el creole (patois) hablado en Haití. Esto no quiere decir que la región era dominada por los haitianos, tal como lo sostienen muchos políticos dominicanos, sino más bien que la población de la región escogía para negociar el mercado más cercano y atractivo. Normalmente este era el de Puerto Príncipe, pero con facilidad los habitantes lo sustituían por el dominicano cuando les parecía una mejor opción.

Esto no quiere decir que la existencia de la frontera no tuviera consecuencias. Como pasó en todas las regiones fronterizas del mundo, la frontera dominico-haitiana se caracterizó por la presencia simultánea de monedas, precios y productos diferentes a ambos lados de la frontera. Varias monedas circulaban en la región. Tal como pasó en el Caribe entero, se usó de manera intermitente todo tipo de dinero. Las monedas haitiana y dominicana eran notablemente débiles y poco confiables, prefiriéndose frecuentemente otras monedas. El peso mexicano y el dólar americano (también

² *Eco de la Opinión (EdIO)*, 434, 25-6-1857: «Exposición de Azua».

llamado «peso») eran medios comunes de pago en ambos países. Mucha gente trataba, legal o ilegalmente, de aprovecharse de las oportunidades que brindaba esta situación. Normalmente se podía negociar sin mucha interferencia de las autoridades, pero en medio de esta relativa autonomía permanecía siempre algún elemento de inseguridad. Sorpresivamente el gobierno podía intensificar sus esfuerzos para cobrar los impuestos aduaneros, o podía estallar de repente una guerra civil. Las condiciones del comercio fronterizo se modificaban dentro del marco de las circunstancias cambiantes. La razón de ser de estas variaciones fue frecuentemente de naturaleza política. En tiempo de tensiones políticas entre los dos países se intensificaba el control de la frontera. La guerra también aumentaba los riesgos del comercio y podía tener consecuencias profundas en el flujo de mercancías. Las tropas atacaban los comerciantes y confiscaban la mercancía. Los bandidos a su vez sacaban provecho de la inseguridad de la situación. Por otro lado, las ganancias podían ser altas en estos períodos. Las provisiones para el sostén de la oposición revolucionaria provenían muchas veces del comercio fronterizo. Durante la resistencia de la guerrilla dominicana contra las fuerzas de ocupación española, el abastecimiento haitiano fue indispensable. Se reportó en 1863 que «las mujeres haitianas van a Guayubín y Monte Cristi a vender jabón, macarelas, bacalao, harina, sal y otros artículos de que carecen los rebeldes (...). Estos artículos se cambian por café y tabaco generalmente, que dan los dominicanos».³ Observaciones similares fueron hechas durante la ocupación americana de Haití (1915-1934), cuando los combatientes de la resistencia haitiana eran abastecidos por mercaderes dominicanos. Por estas razones la actividad económica de la frontera tuvo la mayoría de las veces un carácter esporádico lo que estimulaba la especulación, la clandestinidad y unos cambios frecuentes en su modo de organización.

³ Carta del «ayudante» Enrique G. de Guibano, Puerto Plata, 24-12-1863, Archivo Historia Nacional (Madrid), 3525, no. 41.

El comercio fronterizo

No es fácil dar una descripción exacta del comercio fronterizo. De hecho, varias redes comerciales existían a lo largo de la frontera, unas veces interconectadas, otras autónomas e incluso en conflicto. Desde el punto de vista dominicano, el elemento más importante del comercio fue la exportación de ganado hacia Haití. Esto ya era verdad durante el período colonial cuando las plantaciones francesas eran abastecidas con el ganado producido en la colonia española, «caballos, mulas, vacas, carne de vaca salada, cueros».⁴ La frontera dominicana era escasamente poblada y las «fértilles llanuras», y las dulces y forestadas lomas del Valle de San Juan eran muy favorables para la cría del ganado. En el siglo XIX, la mayoría de la población poseía cantidades considerables de tierra que usaba para la cría de ganado. Un censo rural en la comunidad fronteriza de Restauración reveló que de las 852 familias (5,108 personas) que vivían ahí en 1892, todas poseían sus propias tierras. A parte de que cultivaban algunas matas de café, ellas juntas poseían unos 5,400 puercos y unas 10,550 cabezas de ganado vacuno.⁵ Existieron pocos ganaderos y éstos distaban mucho de ser los proverbiales terratenientes latinoamericanos, pero en el contexto de la economía dominicana tuvieron su importancia. Para dar una idea: en Las Matas, el mayor ganadero en 1908 poseía un poco más de 4,000 tareas (270 hectáreas) de pasto, otros poseían entre 70 y 100 hectáreas.⁶

El pastoreo de ganado en la región fue una labor extensiva y sin ninguna especialización. El gobernador de Azua reportaba en 1883 que «los habitantes de esa gran porción de territorio se han

⁴ Charles Frostin, *Les révoltes blanches à Saint Domingue aux XVIIe et XVIIIe siècles (Haïti avant 1789)* (Paris, L'Ecole, 1975), 129-130.

⁵ «Estado General del Puesto Cantonal de Restauración» (20-11-1892), en Archivo General de la Nación (AGN), Santo Domingo, Ministerio de Interior y Policía, legajo 143.

⁶ «Memoria del Gobernador de Azua, 1908», AGN, legajos de Agricultura e Inmigración, legajo I (1860-1910).

dedicado a la vida de pastor, cediendo mucho la actividad individual a la obtención cómoda de los medios de subsistencia».⁷ Se dejaba vagar libremente el ganado y más que todo se hacía uso del cuero de los animales. En los informes oficiales del período 1880-1885 se señala un promedio de exportación anual de 30,000 pieles.⁸ Sin embargo la exportación de ganado vivo para consumo fue también importante. En el siglo XIX muchos terratenientes vivían de los ingresos generados por la venta de su ganado en el mercado haitiano. No existen cálculos exactos para este período, pero el Gobernador de Azua catalogó este comercio como «muy considerable», en 1883, «por cuanto sirve para dar abasto a las principales ciudades y plazas haitianas de comercio, donde nuestros ganaderos obtienen señaladas ventajas en la venta de sus animales». Pocos años más tarde, en 1889, él consideraba que en ese año unas 6,000 cabezas de ganado aproximadamente habían sido exportadas de su provincia hacia Haití, a 20 pesos la cabeza.⁹ Esto tiene que ser considerado como una estimación conservadora porque la mayor parte de la exportación se dio fuera de los canales oficiales. Tomando en consideración que la provincia de Azua solamente cubría la mitad de la frontera entera, podríamos estimar que la exportación de ganado hacia Haití ascendía anualmente a unas 15,000 cabezas en este período.

La base del comercio fronterizo fue de este modo el simple intercambio de ganado dominicano por artículos europeos (principalmente franceses) que venían de Haití. Aunque algunos comerciantes haitianos venían al lado dominicano para comprar ganado, el ganado dominicano era vendido mayormente en Haití. Esto sucedía en los mercados periódicos de los alrededores de la capital haitiana, Puerto Príncipe. Font Verette(s) era un «marché» (mercado) en el sur de Haití donde, tal como es reportado en 1887, «se venden una vez a la semana las reses y demás productos de

⁷ «Memoria del Gobernador de Azua, 21-12-1883», en *GO*, 501, 6-3-1884.

⁸ *El Correo*, I, 1, 21-8-1888; «Estadística».

⁹ «Memoria del Gobernador de Azua, Enero 1889», (Joaquín Campo), en *GO*, XVIII, 854, 3-1-1891.

nuestro suelo».¹⁰ A finales del siglo, Croix des Bouquets, a 20 km de Puerto Príncipe, se convirtió en el principal mercado ganadero. Los grandes ganaderos organizaban sus ventas ellos mismos. Conducían sus reses al lugar del mercado preferido y ahí trataban de venderlas. Los productores más pequeños probablemente vendían sus vacas a comerciantes que recogían el ganado y otros productos para la exportación. Mercaderes profesionales hacían visitas regulares a Haití. No era raro que ellos hicieran entre 10 y 20 viajes al año.¹¹

Conocemos poco acerca de la organización del comercio fronterizo, pero no hay duda de que una gran mayoría dependió de él para su sobrevivencia. Aprovechándose de sus redes de comercio ganadero los comerciantes dominicanos vendían también otros productos agrícolas al mercado haitiano. La madera de caoba, que abundaba en la parte Sur-Oeste de la República Dominicana, fue de importante interés. Además, «las mieles, la cera, la resina, el tabaco y todos los frutos de aquella extensa parte de la República, van a negociarse también a los mercados de la vecina nación».¹²

Muchas veces estos productos eran directamente vendidos en las ciudades haitianas. Se reportó en 1893 que cientos de personas viajaban a Puerto Príncipe para vender toda clase de productos.¹³ El dinero ganado en estas transacciones era usado para comprar todo tipo de mercancías, que luego serían vendidas en la República Dominicana. Es importante enfatizar que en este período una parte considerable del comercio era completamente legal. Muchos mercaderes se dieron a la tarea de obtener un pasaporte oficial y pagar sus impuestos de aduanas. En los años de

¹⁰ *EdlO*, 421, 26-1 1-1887; «El comercio fronterizo».

¹¹ Carta del Gobernador de Barahona, Candelario de la Rosa, 12-4-1900; AGN, legajos de Interior y Policía, No. 172.

¹² *EdlO*, 404, 25-6-1887; «Exposición de Azua».

¹³ «Memoria del Gobierno de Azua, 1893» (Luis Pelletier), AGN. «El gobernador declaraba que ellos vendían el ganado vacuno, lanas y caballos, as aves domésticas, las resinas, ceras, miel de abejas y otros productos industriales».

1890 con regularidad el gobierno daba a conocer el volumen del comercio legal. La exportación legal de la provincia de Azua en 1892 aumentó hasta casi 8,000 reses y más de 30,000 libras de productos agrícolas.¹⁴

Al lado del comercio fronterizo existió un segundo circuito dominado por los comerciantes haitianos. Eran en su mayoría pequeños vendedores ambulantes, a veces llamados «buhoneros» en la lengua vernácula dominicana. Estos comerciantes haitianos viajaban con su mercancía cargada en una mula a través del campo dominicano y la llevaban a los lugares de mercado. Estos comerciantes abundaban en todo el país y constituían una imagen familiar en ciudades como Santiago y Santo Domingo. Como fue escrito en 1889: «Una irrupción creciente de pacotilleros haitianos, que, sin trabas de ningún género, venden a muy bajos precios todas las mercancías que traen del vecino Estado».¹⁵ La mayoría de estos vendedores ambulantes eran mujeres. Sus productos variaban, pero vendían principalmente chucherías de importación y textiles. Un componente permanente de sus negocios eran sus preparaciones de hierbas mágicas y botellas, arte en lo cual los haitianos eran considerados expertos. A finales de siglo, cuando del lado dominicano disminuyó la producción agrícola, los productos comestibles de los buhoneros se volvieron más importantes. Ocasionalmente los comerciantes haitianos compraban productos dominicanos, pero la primera prioridad era vender su propia mercancía. En algunas épocas los grandes mercaderes haitianos se desplazaban muy adentro en República Dominicana para comprar ganado y otros útiles, en 1890 se escribía:

De tal modo hemos llegado en el tráfico con la República de Occidente, que ya no se limitan los compradores de allende el Masacre y a hacer sus negocios en Dajabón, sino

¹⁴ «Memoria del Gobernador de Azua, 1892», en AGN, legajos de Interior y Policía, No. 141, exp. 2.

¹⁵ Diputado Mota en Congreso Nacional, sesión del 4 de junio 1889, citado en GO, XVI, 795, 16-11-1889.

que recorren el interior del Cibao, y tienen muy buenas compras puesto que vienen cargados también de buenos dineros y en oro, cuyo metal tiene más aceptación entre los ganaderos que la acostumbrada plata.¹⁶

Estos mercaderes pertenecían a una pequeña élite mercantil que tenía la habilidad por aprovecharse de los más pequeños cambios en las relaciones económicas entre los dos países.

De este modo se originó una sociedad fronteriza fuera de control de los dos Estados, la cual seguía su propia lógica y obedecía a su dinámica interna. Ricos y pobres actuaban como si la frontera no existiese: desde el haitiano pobre quien era atrapado en la frontera «con un bultito al hombro» conteniendo cuatro libras de «manteca de puerco» y dos pañoletas,¹⁷ hasta la élite regional que compraba en Haití sus artículos caros. La interacción a través de la frontera fue facilitada por el hecho de que la mayoría de la gente de la región estaba unida entre ella por lazos familiares. El viajero francés Aubin notó que «la frontera estaba poblada por un pequeño grupo de familias originarias de Azua y Neyba, la población entera está emparentada entre sí».¹⁸ Hoetink también ha notado que «una larga historia de relaciones amistosas (existía) entre los estratos de las clases dirigentes de ambos países, las familias de la élite dominicana en el exilio vivían en Haití, sus hijos se educaban ahí, y existía un soporte mutuo político y financiero».¹⁹ Estos vínculos familiares fueron reforzados por los múltiples lazos económicos e intereses compartidos por la población en ambos lados de la frontera.

¹⁶ *Eco del Pueblo (EdP)*, IX, 267, 30-4-1890; «Escasez de carne».

¹⁷ *GO*, XXXII, 2848, 8-10-1915; Consejo Inferior de Aduanas de Puerto Plata».

¹⁸ E. Aubin, *En Haití* (París: [s.e.], 1910), 1984.

¹⁹ Harry Hoetink, «Ideology, intellectuals, identity: The Dominican Republic 1880-1980—Some preliminary notes», en Alistair Hennessy (ed.), *Intellectuals in the Twentieth-century Caribbean. Vol. II: Unity in variety: The Hispanic and Francophone Caribbean* (London: Macmillan, 1992); 132-144, cita de la 138.

La economía fronteriza bajo ataque

Al final del siglo XIX, en la República Dominicana ocurrieron cambios dramáticos, que a su vez influenciaron la sociedad fronteriza. El establecimiento de plantaciones de caña de azúcar a gran escala desde 1879 y en adelante, y el aumento del poder y la eficiencia del Estado Central habían producido efectos considerables sobre la estructura agraria y la organización del trabajo de reclutamiento en el país. Inicialmente la parte sur de la frontera se convirtió en fuente de mano de obra. Muchos campesinos emigraban a las plantaciones de caña de azúcar durante el tiempo de la zafra para aprovecharse del salario relativamente alto y conseguir algún ingreso adicional. La pérdida de tantos hombres tuvo consecuencias desastrosas para la producción regional. El establecimiento de las plantaciones de azúcar golpeó el equilibrio de la economía fronteriza. La producción agrícola disminuyó drásticamente. Si en tiempos anteriores los dominicanos habían invadido el mercado haitiano con sus productos agrícolas, ahora el lado dominicano de la región fronteriza se convertía en un área desolada con muy pocas actividades productivas. No hay clara evidencia —pero no resulta improbable— que a pesar de la importación de productos alimenticios desde Haití la despoblación del lado dominicano condujo también a una disminución progresiva de la importancia del comercio en este período.²⁰

El sector azucarero fue golpeado por una profunda crisis en 1884. Las plantaciones suspendieron el pago de los salarios y muchos trabajadores no pudieron pagar sus deudas a las plantaciones. Los pequeños terratenientes en las regiones azucareras tuvieron que vender sus tierras a las plantaciones que se habían establecido alrededor de Azua. Un sacerdote en Azua comentando los años anteriores a la sequía en la región, escribió en 1898: «Sequía y miseria

²⁰ Ver por ejemplo, «Mensaje del Gral. Gregorio Luperón al Congreso Nacional, Puerto Plata, 11-7-1880», en *GO*, VII, 322, 14-8-1880: «Este comercio (conga República de Haití) ha disminuido mucho, y cada día disminuye más».

general. Los campesinos vendieron sus conucos a Vicini y a Hardy (dos poderosos propietarios azucareros; MB) para luego trabajar en esas fincas».²¹

La mayoría de la población fronteriza dio la espalda a las plantaciones azucareras y, una vez más, tomó el comercio fronterizo como un medio para sobrevivir a la crisis. Algunos labriegos redujeron su producción agrícola. Otros trataron de aprovecharse del sector azucarero y empezaron vendiendo productos alimenticios a las plantaciones.²² Sin embargo, muchos pequeños vendedores sustituían sus actividades agrícolas por la cría de ganado a pequeña escala. Este proceso probablemente había empezado durante el período de migración al sector azucarero, pero continuó después de la crisis azucarera. El gobernador de Azua, José A. Pichardo, se quejaba de la «decadencia» agrícola en su provincia en el 1886, y decía que la ganadería había vuelto a ser «el objetivo de todas las aspiraciones, y el único recurso de la población».²³ La mayor parte de este ganado era destinado al mercado haitiano y de esta manera proporcionaba una ayuda al mercado fronterizo.

No obstante, el contexto había cambiado. La región fronteriza dominicana se volvió la parte más remota y marginalizada de la economía nacional. Las consecuencias de esta situación se extendieron a todas las esferas de la vida, incluso religiosa. Los sacerdotes en el lado dominicano fueron forzados a bajar las tarifas por sus servicios religiosos, entre ellos el bautismo porque «si les piden lo que manda el arancel se van a Haití en donde les cobran

²¹ Carta del Padre Suazo, 20-10-1898, en P. Antonio Camilo (ed.), *Las 600 Cartas del Padre Suazo y 48 años de historia en el sur. 1855-1903*, Santo Domingo, 1985, 60, no. 340.

²² Ver por ejemplo la observación del padre Suazo en Azua: «Aquí los domingos viene mucha gente de San Juan y Neyba a los Marché de ingenio Vicini y el de los Hardy, traen huevos, cebollines, habichuelas, etc.», Letra del padre Suazo, 18-4-1899 en *Las 600 Cartas del Padre Suazo*, 64, no. 361. Nótese el uso de la palabra francesa «Marché», indicando la influencia del creole hablado en Haití.

²³ «Memoria del Gobernador de Azua, 1886» (José A. Pichardo), AGN.

20 centavos oro por bautismo».²⁴ En la misma circunstancia la autoridad del Estado era sujeta a discusión. Las autoridades fueron incapaces de controlar el comercio fronterizo o confirmar la existencia de una división política y económica entre los dos países.

Hubo siempre gente que presentaba sus dudas acerca del comercio con Haití. Sin embargo, esta postura crítica no era muy difundida en el siglo XIX. Estas críticas apuntaban generalmente a la competencia injusta sufrida por la clase mercantil dominicana y la pérdida de impuestos por el Estado dominicano a consecuencia del comercio de la frontera. Cuando la economía dominicana adquirió más dinamismo y cuando, hacia final de siglo, surgió una clase mercantil más vigorosa, las quejas por la competencia haitiana injusta se volvieron más intensas. Esto fue muy obvio en las columnas del *Eco de la Opinión*, el portavoz de los empresarios azucareros y comerciantes ricos, especialmente después de la crisis azucarera de 1884 que destruyó muchas fortunas y aumentó la frustración de las clases empresariales dominicanas. El periódico presentaba «la muerte de gran parte de nuestro comercio» como una consecuencia de las importaciones haitianas.²⁵ Las cosas vinieron al tapete en junio de 1887 cuando, en una carta ampliamente difundida, 27 comerciantes de Azua pidieron al gobierno poner fin al comercio fronterizo. En esta carta ellos se referían a «la paralización de sus operaciones por falta de consumo», lo cual amenazaba el bienestar de la provincia. Esta situación era el resultado del comercio con Haití quien consumía «los frutos de su agricultura y de la industria pecuaria» y llenaba el mercado dominicano de importaciones baratas.

Parece que la necesidad de tener mercado para la ganadería, que es fuente de riquezas en las comarcas del Sur, cuyos moradores se dedican principalmente al oficio de pastor, ha dado origen a ese tráfico de mercancías que obtenidas a precios más bajos de los que pueden ofrecerse en nuestras plazas, atraen hacia Haití todo el concurso de

²⁴ Carta del padre Miguel Quezada, Restauración, 15-5-1906.

²⁵ *EdLO*, 400, 14-5-1887; «Una cuestión grave».

compradores, privando a esta parte del consumo que debiera ayudar al desarrollo y progreso del comercio nacional que, obligado al pago de derechos legales, no puede afrontar la competencia de un contrabando libre (...).²⁶

Es interesante notar que esta carta sugiere un conflicto de intereses entre los ganaderos rurales y una clase mercantil emergente. Esta inquietud es confirmada en una carta posterior enviada a los editores en la cual se escribía:

Veo que chiflan por el Sur i protestan contra los buenos de los haitianos, porque les pagan bien sus productos i dan mercancías baratas. Veinte i siete individuos firman una exposición al Gobierno pidiéndole que ampare sus intereses. Cuarenta mil ven perjudicados a los suyos, si el gobierno oye los veinte i siete.²⁷

Mucha gente se aprovechaba de todo eso y dependía económicamente del comercio con Haití. Por supuesto los primeros eran los mismos comerciantes, pero los artículos baratos traídos desde Haití eran también esenciales para muchas familias pobres. Esto provocó en 1900 que el gobernador de Azua saliera en defensa del comercio fronterizo advirtiendo contra su represión por parte del gobierno:

Las buhoneras haitianas que vienen al mercado de Comendador a realizar operaciones de ventas menudas de sus lienzos, que ofrecen a los dominicanos de allí, que no pueden salir a ninguna parte a adquirir los pobres retazos que han de servirles para cubrir sus carnes desnudas, a causa de la extrema carencia de recursos en que viven.²⁸

²⁶ Carta 16-6-1887, en *EdLO*, 404, 25-6-1887; «Exposición de Azua».

²⁷ *EdLO*, 408, 23-7-1887; «Nos escriben de Macorís, 16-7-1887».

²⁸ Carta del Gobernador de Azua, 21-6-1900, en AGN, Ministro de Interior y Policía, legajo 172.

Esto era un ejemplo elocuente de la incapacidad del mercado dominicano de satisfacer las necesidades de la población en la región fronteriza.

Sin embargo, el *Eco de la Opinión* continuó su cruzada contra el «monopolio exorbitante y onerosísimo» del mercado haitiano. La tensión política entre los dos países en la década de 1890 aportó cierta base para sus protestas anti-haitianas. Aumentó la presión sobre la independencia regional y creció la crítica al comercio informal con Haití y la autonomía de la región fronteriza. En consecuencia, se establecieron los llamados «mercados fronterizos» en el lado dominicano. Estos mercados controlados por el gobierno estaban orientados a apoyar dos objetivos interrelacionados. Primero, el gobierno intentó de esta manera lograr el control del comercio dominicano y aumentar así la recaudación de impuestos. Segundo, él esperaba romper el monopolio de los mercados haitianos y estimular la actividad mercantil en el lado dominicano de la frontera. A pesar de eso pocos comerciantes fueron engañados por la retórica grandilocuente de las autoridades dominicanas y el experimento fue un fracaso inmediato. No fue sino hasta el siglo XX cuando la supresión del comercio fronterizo tuvo algún éxito. Una serie de crisis económicas en Haití y el simultáneo desarrollo de la economía de exportación dominicana acabaron con la mayoría de las ventajas comerciales de Haití. La superioridad económica del Haití del siglo XIX se vino abajo en el siglo XX.

La intervención de los marines norteamericanos en los asuntos de la isla y su reforzamiento del Estado central de República Dominicana también tuvieron un efecto profundo sobre la sociedad fronteriza. El control norteamericano de las aduanas en la República Dominicana comenzó en 1905. Después que muchas naciones europeas habían tratado de cobrar deudas pendientes de la República, los Estados Unidos tomaron el control formal de la administración de las aduanas dominicanas teniendo como resultado el establecimiento de «las Aduanas Norteamericanas» en 1907. A pesar de que originalmente el propósito era de realizar un simple acto de arbitraje, o por lo menos se presentaba así, el gobierno norteamericano se fue envolviendo cada vez más en la organización y

administración del control dominicano de la frontera. Este cambio de situación fue directamente percibido por los habitantes de la región. Como fue mostrado en el capítulo anterior, la evasión de los impuestos y el contrabando no eran unas simples violaciones de la legislación dominicana, sino que llegaron a convertirse en protesta contra el derecho internacional. No hay que extrañar que la presencia norteamericana en la región fronteriza fue resentida como profundamente molesta por la mayoría de la población. Todos los viajeros que visitaban la región en las primeras décadas del siglo observaron a tensa atmósfera y contaron muchas historias acerca de la confrontación armada entre la población rural y los guardias fronterizos.

Cuando finalmente los norteamericanos tomaron el mando en Haití (1915) y en la República Dominicana (1916), una de las primeras cosas que hicieron fue aumentar el control del comercio fronterizo. De esta manera trataban de romper la resistencia de los «cacos» haitianos. Simultáneamente quisieron aumentar las entradas del gobierno por concepto de aduanas. Un control fronterizo más eficiente cambió la economía regional y la naturaleza del mercado de la frontera. En ambas regiones (Norte y Sur) la resistencia a la intervención creciente del Estado se convirtió en actitud política. Las élites regionales estaban resentidas de la restricción de su autonomía política. La ocupación norteamericana del país les permitió colorear la defensa de sus intereses con una retórica patriótica y antiimperialista. Antes de este período, los gobiernos tenían normalmente «comprado» el favor de las élites de la región. Cuando las nuevas autoridades no quisieron confiar más tiempo en este sistema se desencadenó una abierta confrontación. Esto quedó patente en la frontera norte, provincia de Monte Cristi, donde el carismático caudillo Desiderio Arias estableció una especie de República autónoma. Los marines norteamericanos obtuvieron algunas victorias, pero el control de la economía de la región y el comercio fronterizo se mantuvieron firmemente en las manos de la élite regional.

En este proceso el carácter del comercio fronterizo cambió dramáticamente. La situación política insegura aumentó los riesgos y

gradualmente se fueron hundiendo los pequeños comerciantes. El comercio fronterizo en pequeña escala continuó, pero bajó su volumen, y los buhoneros que se mantuvieron en sus negocios hicieron todo lo posible para permanecer del lado de la ley. El contrabando se volvió demasiado peligroso para la mayoría de la población rural y vino a ser una actividad exclusiva de los más poderosos. La eficiente supresión del comercio fronterizo estimuló el surgimiento de unas sofisticadas redes de comercio ilegal. El contrabando se volvió el monopolio de los grupos que operaban a ambos lados de la frontera. Estos grupos frecuentemente gozaban de la protección política del gobierno y de sus amigos poderosos.

La criminalización del comercio fronterizo probó ser una profecía que de este modo se iba cumpliendo de por sí. El crimen organizado intentó extender sus actividades a varios sectores comerciales. Es posible que no sea una coincidencia fortuita el hecho que en este período también aumentaron las quejas de robo de ganado. Algo casi no existente en el siglo XIX se convirtió en un problema serio durante las primeras décadas del siglo XX. Las autoridades de ambos lados de la frontera se quejaban del hecho de que el ganado robado fuera llevado al otro lado de la frontera y vendido allí. El gobernador de la provincia de Monte Cristi reportaba:

Los ladrones de este lado de la frontera, por ejemplo, usando agentes roban algunas cabezas de ganado y las llevan a sus cómplices al otro lado de la frontera y éstos, algunas veces en complicidad con las autoridades, las llevan a vender a una distancia considerable de la frontera.²⁹

En estos años cuando a situación económica de la República Dominicana era difícil, mucho ganado haitiano fue robado por estos grupos y vendido en el vecino país. Un juez dominicano observaba que en 1921 «una gran parte de nuestra gente de la frontera está metida en este tráfico ilegal». La actividad fue

²⁹ Carta del Gobernador Civil al Secretario de Interior y Policía, 9-7-1921, en AGN, Gobierno Militar, legajo 14.

llamada la «zafra de animales».³⁰ Los ganaderos dominicanos que se quejaban de que su ganado fuera robado por criminales haitianos,³¹ ignoraban el hecho de que estos grupos eran transnacionales. Los grupos contenían nacionales de los dos países y eran el producto de la situación específica de esa región. Esos grupos solo pedían encontrar éxito cuando conseguían protección en ambos lados de la frontera. A ellos también les protegía el hecho de que el comercio legal entre los dos países continuó, y más aún aumentó al final de los años 20. Un informe confidencial del encargado dominicano de asuntos haitianos al Ministro de Relaciones Exteriores observaba en 1928:

La carne que se consume aquí, viene en pies de a República Dominicana a venderse en estos mercados, cosa que causa trastornos a nuestros ganaderos, pues toda vez que estos han hecho una jornada larga y fatigosa, tienen que dar las reses al precio que les impongan los compradores haitianos porque les es materialmente imposible retornar con ellas a Santo Domingo.³²

Aparte de la indicación de que el comercio fronterizo continuó en este período, es importante ver en esta cita la repetición de las quejas del siglo XIX, ahora en un contexto de cambios rápidos de relaciones entre los dos países.

El antihaitianismo en la República Dominicana del siglo XX

La polarización creciente en la región fronteriza fue acompañada por el deterioro de las relaciones entre haitianos y dominicanos.

³⁰ Carta del Juez de Primera Instancia, Lic. L. I. Álvarez, Monte Cristi, en AGN, Gobierno Militar, Interior y Policía, legajo 14.

³¹ Por ejemplo, *La Información* (LI), III, 616, 28-1-1918; «Por la Frontera».

³² «Notas confidenciales» adjuntas con carta del Encargado de Negocios a R. A. Espailat, 25-5-1928, en AGN, legajos de Agricultura e Inmigración, legajo C.

Debido al hecho que el campesino dominicano se negó a hacer el mal pagado y sucio trabajo del corte de caña, las plantaciones azucareras empezaron a depender de manera creciente de la mano de obra de la migración haitiana. El reclutamiento de los cortadores de caña en Haití comenzó en serio durante la ocupación norteamericana de la isla. Miles de campesinos haitianos eran transportados a las regiones azucareras antes de la zafra y mantenidos en las plantaciones hasta el final de la cosecha. A partir de los años 20 y en adelante, los haitianos formaron la principal fuerza laboral en la economía azucarera dominicana. En 1920, una empresa como el Central Romana ya empleaba entre 7,500 y 9,000 trabajadores haitianos. Se estimó que en 1926, algunos 100,000 haitianos estaban trabajando en el país.³³ Estos *braceros* haitianos tenían que trabajar bajo condiciones cercanas a la esclavitud y eran prácticamente mantenidos aislados de la población dominicana. Lo único que los dominicanos observaban era cómo grupos de trabajadores haitianos eran montados en camiones y transportados a las plantaciones. Los líderes laborales dominicanos rápidamente comenzaron a oponerse al reclutamiento de obreros haitianos, porque lo consideraban como un ataque a sus sindicatos y a las condiciones de trabajo del obrero dominicano en general. En lugar de demostrar solidaridad con sus colegas de trabajo haitianos, ellos recurrieron cada vez más a un discurso racista con el fin de demostrar el carácter indeseable de la inmigración haitiana. De este modo hicieron exactamente lo que los propietarios azucareros querían que hicieran, confirmando y reproduciendo el aislamiento de los obreros haitianos dentro de la sociedad dominicana. Sin embargo, esto no pudo prevenir un aumento de la presencia de haitianos en la sociedad dominicana. Junto con la industria azucarera, los obreros haitianos fueron empleados en trabajos públicos (¡por el mismo gobierno!), en otros sectores agrícolas, especialmente del café y tabaco y como trabajadores domésticos. Al mismo tiempo,

³³ Melvin M. Knight, *The Americans in Santo Domingo* (New York: Arno Press, 1970), 158-159 [primera edición 1928].

los buhoneros haitianos continuaban ocupando un lugar importante en los mercados rurales y urbanos.

El aumento de la presencia de haitianos al interior de la sociedad dominicana fomentó un antihaitianismo virulento y sin precedentes en el seno de las autoridades dominicanas. Estas ideas rápidamente encontraron espacio en la prensa y gradualmente impregnaron la opinión pública dominicana de un nuevo antihaitianismo. Esta ideología anti-haitiana que, es cierto, había estado siempre presente en ciertas capas de la población,³⁴ se dirigía principalmente contra lo que era visto como una haitianización progresiva de la sociedad dominicana. Basta dar un ejemplo para demostrar la vehemencia de estas ideas. El periódico más importante de la República Dominicana, el *Listín Diario*, publicó en 1914 un artículo extenso con el ominoso título de «El verdadero peligro», en el cual escribía: «Un solo enemigo natural, irreconciliable y eterno, tiene el pueblo dominicano, y ese adversario temible es el haitiano». El periódico explicaba «la invasión haitiana» de la siguiente manera: «Haití compuesto de una de las razas más prolíficas, de un clima y un estado social que favorecen al infinito la procreación de la especie, aumenta su población en proporción geométrica».³⁵ Además del racismo virulento de esta cita esto evidencia el miedo reinante entre muchos dominicanos de ser invadidos por la población haitiana más numerosa.

Uno de los principales motivos de este antihaitianismo emergente fue la intrusión de campesinos haitianos al interior de la región fronteriza dominicana que recibió el nombre de «invasión pacífica». Mientras que durante el siglo XIX la usurpación de tierras agrícolas por campesinos haitianos fue apenas mencionada y criticada, en los años 20, ella se convirtió en un tema recurrente

³⁴ Ver por ejemplo al antihaitianismo vehemente en los artículos de Rafael Abreu Licairac en el *Eco de la Opinión*, 183, 9-7-1892: «El objetivo político de los haitianos cual deberá ser el nuestro»; 190, 27-8-1892: «Entre Scila y Caribdis»; y 200, 12-11-1892: «Dominicanos y Haitianos». Una cita: «Nosotros no tenemos preocupaciones de raza ni nexos alguno con las tribus salvajes de África ni comemos como diría gráficamente el vulgo».

³⁵ *Listín Diario*, XXV, 7421, 21-2-1914: «El verdadero peligro».

y de fuerte controversia. Se alegaba que los campesinos haitianos iban penetrando gradualmente en el territorio dominicano y usurpaban tierras agrícolas. La región fronteriza se convirtió en símbolo del porvenir de la República Dominicana si no se llegase a detener su vecino. Reportes y artículos en la prensa enfatizaban una y otra vez la dominante presencia haitiana en la región. El periódico del Cibao *La información* comparó «la ola negra» con «la plaga que asoló a Egipto» y reportó:

En toda la comarca Cibaëña no hay un solo campo en que, para descrédito nuestro, no se haya plantada su guarida alguna cuadrilla de haitianos, que impunemente destruyen nuestros bosques, haciendo decenas de ti shadién (conuquitos).³⁶

El inspector de educación, Ramón Emilio Jiménez observaba el mismo año que la mayoría de la población fronteriza se componía de haitianos que hablaban «patuá». Retomando el tema del abigeato reportaba: «Los pocos campesinos dominicanos que encontramos en la ruta declararon que allí la crianza es imposible mientras no se ponga coto al robo...».³⁷ En 1927 se observaba que la población dominicana abandonó la región de Dajabón «por falta de medios de vida». Y además se añadía: «Y el puesto que abandona un campesino en sus secciones rurales lo ocupa el pacífico invasor del oeste».³⁸ Este debate más que reflejar una apreciación exacta de la realidad cotidiana de la economía fronteriza se refería en primer lugar a la abstracta soberanía dominicana. Ya no era solamente competencia económica, lo que importaba, sino una

³⁶ *LI*, III, 676, 11-4-1918, «La ola Negra nos invade».

³⁷ *LI*, III, 816, 30-9-1918; «Viaje de Inspección del Intendente de Enseñanza en la Línea fronteriza» (R. Emilio Jiménez). Es interesante notar que Jiménez se convertiría en uno de los más famosos novelistas «costumbristas» de la República.

³⁸ *LI*, XII, 3036, 8-11-1927; «Dajabón se despuebla».

amplia hilera de factores ideológicos y culturales, los cuales eran importantes para la definición de la identidad dominicana.

El problema era que nadie sabía exactamente cómo distinguir en la región a dominicanos y haitianos. En el siglo XIX poca gente se había realmente preocupado por esto y ni siquiera existía registro civil. Cuando finalmente en el siglo XX se hizo la pregunta por la nacionalidad las respuestas no pudieron ser más confusas. La constitución dominicana consideraba como ciudadanos dominicanos a todos los niños nacidos en suelo dominicano, pero cuando se trataba de niños de padres haitianos se aplicaba otro criterio.³⁹ La diferencia étnica entre dominicanos y haitianos se construyó en las primeras décadas del siglo XX. Por supuesto esta construcción se basó en diferencias que tenían su propia base histórica y cultural pero que en este entonces se aplicaban con nuevos propósitos. Estas diferencias sirvieron de instrumentos para distinguir y defender lo que se conoció como «dominicanidad». Los criterios distintivos más importantes fueron, en orden de importancia, la lengua y el color de la piel. Dominar el español era como un ticket de entrada para conseguir la ciudadanía dominicana. El color de la piel era también importante, pero sobre todo el contexto social: cuando la apariencia negroide de alguien coincidía con la pobreza y el uso del patuá, se lo consideraba haitiano.

Es casi imposible determinar la veracidad de estas diferencias. Y más difícil es determinar la verdad de los alegatos acerca de la usurpación haitiana de tierra y especialmente si verdaderamente los campesinos dominicanos fueron sustituidos por intrusos haitianos. ¿Quiénes eran estos «haitianos» que fueron denunciados por vivir en territorio dominicano? No es improbable que la mayoría de ellos eran genuinos ciudadanos dominicanos a quienes aconteció tener una piel oscura. Ellos hablaban patuá, por ser la lengua con la cual crecieron, al no haber tenido acceso a una educación en lengua española. Podría tener alguna significación que Víctor Garrido,

³⁹ Carlos Dore Cabral, «Los Dominicanos de origen haitiano y la segregación social en la República Dominicana», *Estudios Sociales* 20, no. 68 (1987): 57-72.

dominicano incuestionable y miembro de una familia antigua de la región fronteriza, no mencionó ninguna intrusión «haitiana» en su investigación antropológica de la cultura fronteriza de 1922.⁴⁰ Del mismo modo que Aubin, él consideró la sociedad fronteriza como un área social y cultural específica que había venido a la existencia en un proceso de contacto cultural. Ambos evadieron distinciones rígidas entre las influencias haitianas y dominicanas en la región fronteriza. Esta clase de esquematización racial fue la construcción de una nueva generación de políticos dominicanos que intentaban forjar una identidad dominicana. Ya no era el monopolio económico del mercado haitiano el principal blanco de ataque tal como había sucedido a finales del siglo XIX. Estos nuevos líderes dominicanos querían poner fin definitivamente al comercio fronterizo en su conjunto. Ellos querían limpiar la cultura dominicana de las manchas extranjeras y una de sus estrategias fue la eliminación del comercio fronterizo.

No es pura coincidencia que en este período muchos políticos empezaran a hablar de la «dominicanización» de la frontera. Comprendiendo que la influencia dominicana había sido minimizada a lo largo de la frontera con Haití, ellos trataron de estimular a dominicanos de otras regiones del país a establecerse en la región fronteriza. Por el hecho que estos proyectos fueron frecuentemente acompañados por el deseo de inspiración racial de aumentar la población «blanca», ellos incluyeron planes para atraer inmigrantes europeos.⁴¹ Los primeros proyectos de colonización efectiva fueron ejecutados bajo el gobierno de Horacio Vásquez.⁴² La

⁴⁰ Víctor Garrido, «Datos acerca de la situación, historia, raza, etc., de la Común de San Juan» (1922), en Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Lengua y folklore de Santo Domingo* (Santiago: UCMM, 1975), 233-236.

⁴¹ Ver los planes para mantener a colonización con inmigrantes rumanos, *GO*, XXIX, 2360, 26-12-1912; «Memoria del Secretario de Estado de Agricultura e Inmigración» (27-2-1912, Rafael Díaz).

⁴² Ver por ejemplo: *LI*, XII, 2998, 18-3-1927; «La Colonización Fronteriza» y *XII*, 3025, 26-10-1927: «La Colonización Agrícola de la Frontera».

dominicanización de la frontera encontró su punto culminante durante la dictadura de Trujillo.⁴³

Conclusión

El punto de partida de este trabajo ha sido que las fronteras son más o menos construcciones artificiales. Por el motivo que ellas funcionan como símbolos de soberanía y son fuentes importantes de ingresos estatales, las autoridades les dan una gran atención. Sin embargo, muchos gobiernos nacionales tuvieron que permitir a través de la frontera una gran dosis de ilegalidad o por lo menos de actividad socio-económica no controlada, La ideología de la frontera no ha sido muchas veces más que un leve disfraz para encubrir una sociedad regional que se desarrollaba casi al margen de la intervención del Estado.

En este trabajo se ha ido demostrando que la región fronteriza compartida por Haití y República Dominicana nos presenta un ejemplo clásico de tal situación. La frontera entre los dos Estados adquirió tan fuerte connotación ideológica que poca gente se preocupó de averiguar su significado práctico. Sin embargo, fuentes históricas aclaran que el desarrollo social y económico de la región estuvo determinado, sobre todo, por los lazos económicos *a través* de la frontera. La frontera fue más un símbolo verbal de la formación del Estado que una división social o económica. El gobierno dominicano no tenía los medios financieros para pagar una vigilancia fronteriza eficiente. Los oficiales fronterizos con frecuencia se olvidaban de la legislación que procedía de la capital. Los guardias fronterizos que fueron designados al final del siglo no tenían rifles ni cartuchos. La ideología de una frontera cerrada

⁴³ Aun cuando esta política es bien conocida, no existen estudios especializados acerca del tema. Un interesante caso de estudio es Louk Box, y Barbara De la Rive Box-Lasocki, «¿Sociedad fronteriza o frontera social? Transformaciones sociales en la zona fronteriza de la República Dominicana (1907-1984)», *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, no. 46 (1989): 49-69.

que se volvió tan importante en la República Dominicana después de 1930 escondió todas las actividades socioeconómicas a través de la línea fronteriza. El comercio, que cada vez más fue llamado contrabando, ponía en relación gente de las dos naciones en ambos lados de la frontera. Aún cabría preguntarse si es útil hablar de «lados» de la frontera antes de 1930. La región era una entidad socioeconómica organizada al margen de los discursos nacionalistas de las clases dirigentes. El intercambio económico en la región fronteriza era el resultado directo de una lógica autónoma que el Estado consideró ilegal muchas veces o prefirió simplemente ignorar otras veces.

Este trabajo solo ha dado un análisis preliminar y, en muchos puntos, incompleto de esta situación. La ausencia de fuentes haitianas impide un análisis de la perspectiva de Haití. Sin embargo, este trabajo señala algunas pistas interesantes para futuras investigaciones. Primero, apunta a la necesidad de un análisis histórico del cambio de significación de la región fronteriza. Se debería investigar cómo cambió el sentido de la frontera y cómo estos cambios estaban en relación con los ciclos políticos y económicos de los dos países envueltos. Segundo, es interesante estudiar la región fronteriza como un ejemplo de economía rural informal. El comercio fronterizo fue frecuentemente ignorado por las autoridades o reprimido como contrabando. Por esta razón la organización de la economía fronteriza se dio de manera independiente y a veces en contra del control estatal. Las regiones fronterizas arrojan de este modo una luz importante sobre los límites del poder estatal. Debería ser interesante ver cuáles fueron las posibilidades (y los límites) de esta autonomía. Los resultados de tal abordaje podrían extrapolarse más allá de la región fronteriza y proveer información acerca de las complejas relaciones entre Estado y sociedad.

TABACO Y SOCIEDAD
EN EL CIBAO

CAPÍTULO 7

COMERCIO ALEMÁN Y EL TABACO DOMINICANO, 1884-1940

Introducción

Dos temas ocupan un lugar de preeminencia en el conjunto de la literatura sobre las relaciones comerciales entre Alemania y América Latina en los siglos XIX y XX. El primero es la denominada *Auswanderung* (emigración) y las colonias alemanas asentadas en diferentes regiones de América Latina; el segundo, las ambiciones imperialistas alemanas en el hemisferio americano a partir de la década de 1880.¹ Una parte de esta historia ha sido registrada en las ávidas descripciones hechas por una generación anterior de historiadores, en las que eran relatados los heroicos hechos perpetrados por mercaderes alemanes y, a menudo, aclamados con sincera admiración.² Otros detalles de dicha historia han sido investigados por historiadores regionales y estudiantes investigadores de postgrado.³ No obstante, una gran parte de la historia del comercio alemán en América Latina aún permanece en la oscuridad, lo cual constituye una situación lamentable. Podría argüirse que solamente el conocimiento detallado del comercio internacional,

¹ Sobre el tema de la colonización, ver H. Frosche, *Die Deutschen in Lateinamerika, Schicksal und Leistung* (Tübingen-Basel: 1979). Sobre el tema del imperialismo alemán ver H. U. Wehler, *Bismarck und der Imperialismus* (Köln-Berlin: 1969) y H. H. Herwig, *Germany's Vision of Empire in Venezuela, 1871-1914* (Princeton: 1986).

² Por ejemplo E. Baasch, *Beiträge zur Geschichte der Handelsbeziehungen zwischen Hamburg und Amerika* (Hamburg: 1892); E. Wiskermann, *Hamburg und die Welthandelspolitik von den Anfängen bis zur Gegenwart* (Hamburg: 1929); L. Beutin, *Bremen und Amerika* (Bremen: 1953).

³ W. Kresse, *Die Fahrgebiete der Hamburger Handelsflotte 1824-1888* (Hamburg: 1972); W. Mehrmann, *Disertation über die Organisation des Bremer Tabakimports und Tabakwarenhandels* (Universität Frankfurt am Main: 1921).

tanto norteamericano como europeo, nos permitirá entender la dinámica del desarrollo regional en dicho continente.

Las relaciones comerciales entre Europa y América Latina han venido siendo analizadas desde una perspectiva predominantemente macroeconómica. El flujo de productos básicos, la organización de los mercados europeos y la rivalidad entre los países industrializados han constituido el centro de atención. Este análisis ha sido causa de la apertura de intensos debates sobre los efectos del comercio internacional de productos básicos en el desarrollo de las jóvenes repúblicas latinoamericanas.

Los representantes de la escuela de dependencia afirmaron que el mencionado comercio internacional no ha hecho más que aumentar, quizá más exactamente, ha provocado el subdesarrollo de América Latina.⁴ No pasó mucho tiempo antes de que estudiosos de diversos perfiles académicos e ideológicos comenzaran a plantear interrogantes y a atacar las axiomáticas y mecánicas explicaciones que a menudo caracterizaban a los escritos de la dependencia. El escritor británico D. C. M. Platt ha sido el más provocativo crítico de los dependentistas.⁵ Platt sostuvo que los empresarios británicos apenas eran capaces de sacar exiguos beneficios de sus inversiones en América Latina. Por otro lado, los estudiosos de orientación marxista han apuntado a las relaciones de clase dentro de América Latina. Estos han cuestionado el énfasis de la explotación internacional y la desigualdad social, y han demostrado cómo las alianzas entre la burguesía latinoamericana

⁴ Un ejemplo de esta perspectiva es E. W. Ridings, «Foreign Predominance among Overseas Traders in Nineteenth-Century Latin America», *Latin America Research Review* 20, no. 2 (1985): 3-28.

⁵ D. C. M. Platt, «Dependency in Nineteenth-Century Latin America: An Historian Object», *Latin America Research Review* 15, no. 1 (1980): 113-130. También su crítica sobre el artículo de Ridings: «Wicked Foreign Merchants and Macho Entrepreneurs: Shall We Grow Up Now», *Latin America Research Review* 21, no. 3 (1986): 151-153. Para la consulta de su propia investigación ver *Latin America and British Trade 1806-1914* (London: 1972).

y los empresarios europeos fueron esenciales para la configuración del capitalismo latinoamericano.⁶

La mayoría de los historiadores ahora estarían de acuerdo en que sería necesario un análisis más detallado para resolver los numerosos problemas que esta controversia ha suscitado. Se necesita mucha más información a nivel regional o incluso a nivel local si queremos entender las consecuencias del comercio internacional en América Latina. Platt admite que por el hecho de que los comerciantes europeos tuvieran acceso a créditos baratos, estos tuvieron una decisiva ventaja sobre sus contrapartes latinoamericanas.⁷ Al mismo tiempo, este autor tiende a quitar importancia a las consecuencias negativas que la situación descrita pudo tener para las economías latinoamericanas. Basándose casi enteramente en cifras de importación y exportación británicas y en su relativa importancia para el comercio inglés, Platt es propenso a ignorar la posibilidad de que las mencionadas relaciones comerciales, insignificantes para Inglaterra (y, de hecho, para cualquier otra nación europea), pudieron haber constituido una cuestión de vida o muerte en un contexto latinoamericano. En un libro editado por el mismo Platt, Robert Greenhill apunta esta observación con respecto al comercio británico: «Toda negativa de compra de parte de mercaderes británicos, quizá en un esfuerzo por sacar más provecho de los productores, paralizaban áreas enteras».⁸ Cualesquiera que fueran las circunstancias, los comerciantes extranjeros eran capaces de ejercer considerable influencia en la administración y la elaboración de políticas de los gobiernos locales.⁹ Por otro

⁶ Como ejemplo de un temprano y «crudo» ataque marxista a la teoría de la dependencia ver A. Cueva, «Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia», en D. Camacho (ed.), *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana* (San José: 1979), 64-94.

⁷ Platt, *Latin America and British Trade*, 147 y ss.

⁸ R. Greenhill, «Merchants and the Latin America Trade: an Introduction», en D. C. M. Platt (ed.), *Business Imperialism, 1840-1930. An Inquiry Based on British Experience in Latin America* (Oxford: 1977), 187.

⁹ En ocasiones, los gobiernos locales empleaban créditos del exterior para librarse, de ese modo, de las onerosas condiciones que ponían los

lado, los comerciantes extranjeros siempre permanecieron ajenos al devenir de las sociedades latinoamericanas. Sus ganancias y, a veces, sus propias vidas dependían de coyunturas políticas que no eran capaces de predecir; por ello, la aculturación y la adaptación a las circunstancias locales eran pasos inevitables. Según Holger Herwig, los mercaderes alemanes de Venezuela adoptaron rápidamente las costumbres y la cultura del país, y continuamente buscaron el favor de las autoridades locales.¹⁰ Por tanto, muchos aspectos del comercio internacional en América Latina solamente pueden salir a la luz a través de investigaciones a nivel regional. Pequeños comerciantes de insignificante posición en la comunidad comercial alemana poseían un sustancial poder económico y hasta político en un contexto local latinoamericano. Esto se dio, especialmente, en las pequeñas repúblicas centroamericanas y caribeñas, donde el Estado era débil e incapaz de controlar procesos sociales y económicos.

Las interacciones comerciales entre Alemania y la República Dominicana bien pueden ofrecernos conceptos que contribuirían a la formulación de un análisis de relaciones comerciales internacionales más equilibrado. La exportación de tabaco conectó firmemente la región norte de la República Dominicana con las ciudades hanseáticas de Hamburgo y Bremen, que constituyeron el epicentro del comercio internacional de tabaco durante más de un siglo. El tabaco dominicano equivalía sólo a una parte infinitesimal del total del comercio hanseático, pero para el valle septentrional de la República Dominicana, donde se cultivaba el tabaco, el mercado alemán era esencial. Durante el siglo XIX, más del 90% del tabaco dominicano fue transportado a Hamburgo y Bremen. Los mercaderes alemanes controlaban prácticamente el flujo de dinero en el área y detentaban sustancial poder económico.

acreedores locales; esto ocurrió, por ejemplo, en la República Dominicana, durante el gobierno de Ulises Heureaux. Ver Harry Hoetink, *El Pueblo Dominicano: 1850-1900. Apuntes para su sociología histórica* (Santiago: 1972), 124 y ss.

¹⁰ Herwig, *Germany's Vision of Empire in Venezuela...*, 77-79 y ss.

Dicha posición experimentó cambios cuando se incrementó la competencia con el mercado internacional y la industria tabacalera dominicana entró en crisis a finales del siglo XIX. Al mismo tiempo, el comercio hanseático fue objeto de los cambios estructurales en la posición de sus ciudades y su incorporación en el Imperio Alemán. Estos cambios se desarrollaron en el contexto de la creciente rivalidad entre Alemania y EE. UU. en la cuenca del Caribe a partir de 1880. La Primera Guerra Mundial completó el proceso por el que EE. UU. consiguió adquirir definitivamente la hegemonía en la región. La presencia alemana en la zona desapareció completamente durante la guerra. Comerciantes alemanes fueron reapareciendo gradualmente a partir de 1920, y recibieron un golpe fatal en la década de 1930, cuando la crisis mundial interrumpió el comercio internacional.

La política internacional alemana interfirió en varias ocasiones en acontecimientos políticos, y Santo Domingo también obtuvo beneficios de la «diplomacia de las cañoneras» alemana.¹¹ Hasta tanto no se hayan hecho más investigaciones, podríamos solamente afirmar que el imperialismo alemán fue bastante infructuoso. La feroz retórica imperialista que caracterizó la política exterior alemana alrededor de 1900 no pudo obviar el hecho de que Alemania no era capaz de enfrentar la hegemonía de EE. UU. en el Caribe. Además, los comerciantes alemanes no estaban realmente interesados en política internacional y generalmente se abstendían de entrometerse en asuntos políticos locales.

¹¹ Ver J. F. Rippy, «The Initiation of the Custom Receivership in the Dominican Republic», *Hispanic American Historical Review* 17 (1937): 419-457. Ver también la correspondencia de F. M. Wolff, quien repetidas veces pidió la intervención militar alemana en la República Dominicana. Cuando, finalmente, en 1914, el S.M.S. Straßburg había anclado en Puerto Plata —«zum Schutz des deutschen Interessen» [para proteger los intereses alemanes]— Wolff escribió: «La intervención del crucero alemán “Estrasburgo” ha hecho más impresión en el Gobierno local que ninguna queja u objeción de los partidos directamente involucrados (...).»; carta de F. M. Wolff a Herr Dr. Merckl, 13-07-1914, Staatsarchiv Hamburg, Senatskommission für die Reichs- und auswärtigen Angelegenheiten, C I d 160.

El comercio tabacalero entre Alemania y la República Dominicana antes de 1880

El cultivo comercial de la planta de tabaco en la República Dominicana comenzó hacia finales del siglo XVIII como resultado del dinamismo comercial impulsado por los Borbones en la última fase del colonialismo español. Durante los turbulentos años que siguieron a la sublevación de esclavos en la vecina Saint-Domingue, un campesinado independiente inició su existencia en el Cibao. Miles de pequeños campesinos continuaron cultivando tabaco como medio para acceder a una humilde fuente de ingresos, al tiempo que se dedicaban a su agricultura de subsistencia. Bergantines alemanes ya habían echado anclas frente a las costas septentrionales del país y habían llevado tabaco a las ciudades hanseáticas del norte de Alemania durante la ocupación haitiana de la región hispanoparlante del país, en su parte oriental (1822-1844).¹² El mencionado comercio logró estabilizarse tras la independencia dominicana. Los intermediarios dominicanos organizaban las ventas de las cosechas mientras se establecían los mercaderes alemanes en Puerto Plata, el embarcadero norte de la nueva república.

El rápido reemplazo del monopolio español por el comercio hanseático fue un buen ejemplo para mostrar la reacción sorprendentemente efectiva de la comunidad hanseática frente a la independencia de América Latina. Comerciantes alemanes y británicos ya se habían beneficiado de la liberalización del comercio español en las postrimerías del siglo XVIII.¹³ Una vez finalizada la ocupación de Alemania por parte de los ejércitos napoleónicos, las ciudades hanseáticas no tardaron en establecer relaciones diplomáticas y comerciales con las repúblicas latinoamericanas que habían logrado su independencia. El gran número de tratados comerciales y diplomáticos rubricados por Hamburgo y Bremen

¹² Kresse, *Die Fahrgebiete der Hamburger Handelsflotte...*, 165. Estos barcos pertenecían a dos compañías Linck & Jones y Decastro & Petroltdt.

¹³ J. Fisher, «Imperial "Free Trade" and the Hispanic Economy, 1778-1796», *Journal of Latin American Studies* 13, no. 1 (1981): 21-56.

evidencian un claro índice de su vigor comercial.¹⁴ Esta conexión con América Latina era de tal importancia que animó a Mathies a escribir: «Las ciudades hanseáticas deben su resurgimiento a la emancipación de sus metrópolis de las colonias españolas de América Central y América del Sur».¹⁵

El centro de las actividades mercantiles alemanas en la cuenca del Caribe era St. Thomas, el puerto libre danés de las Islas Vírgenes. En esta isla la mayoría de las empresas mercantiles contaban con representaciones comerciales que organizaban las transacciones monetarias y supervisaban los trasvases de cargamentos de mercancías de los barcos de alta mar a los buques de cabotaje más pequeños. Incluso mercaderes residentes en otras partes del Caribe mantenían contacto directo con este centro de negocios, de información y de crédito.¹⁶ En estrecha colaboración con los negocios británicos, los puertos libres de las hanseáticas Hamburgo y Bremen volvieron a ser importantes mercados de productos de primera necesidad. La investigación histórica ha tendido a enfatizar la competencia mercantil entre Alemania y Gran Bretaña en el siglo XIX,¹⁷ sin haber prestado la debida atención a las ciudades hanseáticas. De hecho, Hamburgo y Bremen estaban íntimamente ligadas a la economía británica a través de créditos, empresas conjuntas y acuerdos de envío. Con respecto a la posición de Hamburgo,

¹⁴ El apoyo moral y material ofrecido por diversos grupos alemanes a la causa independentista latinoamericana favoreció enormemente a los comerciantes alemanes después de que las nuevas naciones lograran su independencia. Ver H. Dane, *Die wirtschaftlichen Beziehungen Deutschlands zu Mexico und Mittelamerika in 19. Jahrhundert* (Köln-Wien: 1971), 23.

¹⁵ O. Mathies, «Hamburgs Seeschiffahrt und Seehandel», en O. Mathies, H. Entholt, L. Leichtweiss, *Die Hansestädte Hamburg, Bremen, Lübeck* (Gotha: 1928), 9.

¹⁶ R. Walter, *Venezuela und Deutschland (1815-1870)* (Wiesbaden: 1983), 158-160.

¹⁷ Ver R. J. S. Hoffman, *Great Britain and the German Trade Rivalry, 1875-1914* (Philadelphia: 1933) y J. L. D. Forbes, «German Informal Imperialism in South America before 1914»: *The Economic History Review*, second series 31, no. 3 (August 1978): 384-398. Ver también Platt, *Latin America and British Trade*.

Charles Kindleberger observa: «[Hamburgo] se forjó la tradición de ser más ciudad británica que alemana».¹⁸ Los comerciantes de estas ciudades no compartían los sentimientos nacionalistas que rápidamente iban cobrando importancia en el resto de Alemania; estos deseaban la salvaguarda de sus intereses, pero —si bien hubo excepciones— no querían verse involucrados en las aspiraciones imperialistas de Alemania.

La producción de tabaco en el Cibao experimentó un rápido incremento, como resultado de la demanda alemana y los precios favorables. La producción aumentó de un promedio de 25,000 quintales (1 quintal = 46 kg) en la década de 1840 a unos 50,000 quintales en la década de 1850, y a 80,000 en la de 1870. El tabaco alcanzó buenos precios durante el período mencionado y se convirtió en el principal cultivo comercial de la región. Junto con los campesinos productores, también los terratenientes fueron entusiastas productores de tabaco. Como consecuencia de la escasez de mano de obra, el cultivo de tabaco a gran escala no avanzó, pero el producto era considerado como suficientemente rentable por los prósperos habitantes cibaños, y gradualmente su comercialización fue organizándose mejor. El tabaco era adquirido —frecuentemente, pagado en pequeños anticipos a las familias campesinas— por tenderos o compradores locales, generalmente denominados corredores. Estos intermediarios entregaban el tabaco a los comerciantes urbanos de Santiago de los Caballeros y de otras ciudades provinciales. A continuación, el producto era transportado por caballerías de carga a Puerto Plata, desde donde los exportadores locales y alemanes lo enviaban a Alemania. Las transacciones dependían básicamente del balance entre la exportación de tabaco y la importación de mercancías europeas. El crédito

¹⁸ C. P. Kindleberger, *Economic Response. Comparative Studies in Trade, Finance, and Growth* (Cambridge: 1978), 189. Ver también Wiskermann, *Hamburg und die Welthandelspolitik...*, 147, nota 3: «Vestimenta, costumbres, idioma, modo de vida, todo es inglés (...) las casas de Hamburgo, especialmente las de los ricos, se han “britanizado” de tal modo, que uno se olvida de que está en territorio alemán (...)».

era el recurso vital. Los anticipos de los mercaderes alemanes permitían a sus pares dominicanos comprar el tabaco que más tarde podrían canjear por bienes de consumo importados. En última instancia, el rendimiento de la cosecha tabacalera determinaba la suerte de los comerciantes dominicanos y, por ello, la de la región del Cibao. El dinero que entraba al país cada primavera, cuando comenzaba la cosecha, impulsaba la economía de la región y animaba la vida social. En 1867 se informó que había más de 1 millón de pesos en circulación en el Cibao como consecuencia de la cosecha del tabaco.¹⁹ Otro observador describe lo anterior en términos más románticos: «Puede decirse, que el tiempo del tabaco es aquí la bendita edad de oro en que, según leyendas, todo era contento y felicidad».²⁰ La otra cara de esta situación fue la dependencia regional que tratamos en seguida.

El punto clave de las relaciones comerciales germano-dominicanas se encontraba en Puerto Plata (y, en cierta medida, en el otro puerto septentrional, Monte Cristi). Comerciantes alemanes se habían radicado allí a partir de la década de 1840 para coordinar las exportaciones. Muchos de ellos hacían negocios de relativamente pequeña envergadura y sus finanzas dependían de los importadores de Bremen y Hamburgo. En ciertos casos, algunos solamente podían mantener el negocio durante pocos años. Algunos, incluso, iban a la quiebra y debían abandonar el país. En este sentido, estos últimos simbolizaban la errática e inestable naturaleza del comercio internacional durante este primer período de expansión mercantil.²¹ Otros comerciantes permanecieron

¹⁹ *El Monitor*, III, 101, 10-08-1867.

²⁰ *Eco del Pueblo (EdP)*, IV, 198, 10-03-1886, «El tabaco y el Cibao».

²¹ Consideremos, como ejemplo, el caso de John Bothe, un comerciante procedente de Bremen que llegó al país en la década de 1850 y se convirtió en el primer cónsul de dicha ciudad en el Cibao. Al principio, trabajó en sociedad con Charles Neumann. Cuando este abandonó el país, Bothe continuó sus actividades asociado a G. L. Cheesman. En 1860, Bothe fundó su propia empresa *John Bothe & Co.*, que fue probablemente sorprendida por la ocupación española del país y de la que nunca más se tuvo noticia: Bremer Staatsarchiv, C.14.b.2, Verhältnisse mit der

durante más tiempo y forjaron fuertes vínculos con la región; J. W. Kuck, que arribó al Cibao en 1848, fue uno de ellos. Kuck trabó amistad con miembros destacados de la élite cibaëña y permaneció unos veinte años en el país.²² Cuando regresó a Hamburgo fue nombrado cónsul de la República Dominicana. Cincuenta años más tarde nos encontramos con su hijo (?), Robert Kuck, en calidad de encargado de negocios de la República Dominicana en Alemania. Otro comerciante hamburgués, Gustav Zeller, llegó a la isla en 1850, y rápidamente se consolidó como un importante exportador de tabaco. Cuando el negocio del tabaco entró en crisis y la demanda alemana del producto disminuyó, Zeller se convirtió en uno de los primeros productores de cacao y probablemente permaneció en el país hasta su muerte. Las fuentes ofrecen muy pocos indicios de que los importadores alemanes hayan hecho uso de su superioridad económica para ejercer influencia política en la región. No obstante, cuando la clase mercantil del Cibao se levantó en pública rebelión contra la política económica de Buenaventura Báez, en 1857, los alemanes apoyaron abiertamente la medida. Esto no fue sorprendente, ya que las disposiciones económicas del Gobierno constituían un intento de desviar las ganancias del comercio del tabaco hacia el sector estatal, que estaba bajo control de los grandes terratenientes del sur del país. Como tales, estos latifundistas personificaban un ataque directo a los intereses tabacaleros del Cibao. Desde Saint Thomas y Alemania se envió dinero para apoyar la causa de los rebeldes.²³

Dominikanischen Republik: Konsulat in Porto Plata. Los riesgos del comercio internacional se hicieron evidentes a través de la familia Nölting. Emile Nölting se convirtió en un comerciante muy exitoso de la isla. Sin embargo, sus dos hermanos, que llegaron más tarde, murieron ambos antes de un año; C. Schmidt-Reitz, «Emile Nölting & Co. Zur Geschichte des Hamburgischen Handels mit Haiti», *Hamburger Wirtschafts-Chronik* 2, no. 1-2 (1958), 5-79.

²² Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de P. F. Bonó* (Santo Domingo: 1964), 508. *El Monitor*, III, 74, 02-02-1867.

²³ Antonio Llubes, «La Revolución de Julio de 1857», *Eme Eme Estudios Dominicanos* 8 (Sept.-Oct. 1973): 18-45.

Mientras el mercado se mantuviera favorable, el comercio en el Cibao prosperaba y se hacían fortunas. Sin embargo, cuando bajaban los precios o la demanda desde Alemania declinaba, la economía cibaëña llegaba al punto del colapso. Más adelante veremos por qué la mencionada situación era considerada como «normal». La Guerra Franco-Prusiana de 1870 lanzó a los comerciantes una aciaga advertencia:

Gran tristeza existía y aún todavía existe en el ánimo de los habitantes de esta Provincia por la carencia de moneda en circulación, cuyo estado hace sufrir a todas las clases sociales, máxime cuando para nuestro comercio a consecuencia de la Guerra Europea (entre Prusia y Francia; MB) se encuentra sin salida el tabaco, principal o único elemento que hace siempre rodar por nuestro suelo el oro y la plata.²⁴

No es sorprendente que ya en este temprano período del comercio del tabaco, cuando las circunstancias eran relativamente favorables, los mercaderes dominicanos se sintieran incómodos con la posición dominante del comercio alemán.²⁵ El periódico de los intereses tabacaleros, *Eco del Pueblo* escribió en 1892, al inicio de la cosecha del tabaco regional:

Sólo falta para que no se muera esta esperanza, que los señores de Hamburgo, después que tengan allá las primeras partidas, y hayan fijado precio bueno, no vengan, ya en camino las segundas, con uno de esos cablegramas *acordadas* anunciando *baja*, para así obtener por nada el fruto de tantos afanes, causando la ruina del comercio interior que

²⁴ Carta del gobernador de Santiago al ministro de Asuntos Interiores, 14-12-1870, en Archivo General de la Nación (AGN) Santo Domingo, Legajos del Ministerio del Interior y Policía, 11.

²⁵ *El Porvenir*, I, 35, 14-09-1872.

es el que se ocupa de ese negocio y el cual casi en todos estos asuntos [...] *paga siempre el pato*.²⁶

Esta queja demuestra que el aumento de la producción tabacalera en el Cibao había dado a luz una numerosa y ruidosa clase mercantil a finales del siglo XIX. La mayoría de las casas comerciales de Santiago eran de pequeña magnitud, y fuertemente dependientes de sus pares de Puerto Plata, ya que los primeros poseían menor capital y no tenían contacto directo con los importadores alemanes. En el periódico *El Liberal* se escribió en 1878: «[C]on limitadísimas excepciones, los negocios de Santiago no pueden sostenerse sin el auxilio de Puerto Plata».²⁷ Las casas de Ginebra y de Heinsen —esta última, de origen alemán—, que también tenían su sede en Santiago eran consideradas los dos mayores establecimientos mercantiles del país. Algunos advirtieron el peligro de la fuerte dependencia del tabaco en el Cibao, lo que tuvo que ver, sobre todo, con el resultado de la gran crisis que sacudió la economía mundial después de 1873. Sin embargo, el gobernador de Santiago, en 1870, ya había llamado la atención hacia el riesgo de que la población cibaëña se dedicaba exclusivamente al cultivo y la comercialización de un solo producto que dependía de un mercado mundial muy inestable.²⁸ De momento, la mayoría de los comerciantes dominicanos continuaron con sus negocios como si nada hubiera pasado. Las únicas señales de que estaban poniéndose cada vez más inquietos eran sus reiterados ataques a los vagos y negligentes campesinos de quienes se suponía que desprestigiaban el cultivo del tabaco. Entre los círculos mercantiles se hizo costumbre culpar de los bajos precios del tabaco, ante todo, a la malevolencia y la estupidez del campesinado que engañaba a los mercaderes y no negociaba el producto adecuadamente.

²⁶ *Eco del Pueblo*, X, 313, 31-4-1892.

²⁷ *El Liberal*, I, 10, 14-11-1878 «El comercio de Santiago».

²⁸ Carta del gobernador de Santiago, 22-01-1870, AGN, Legajos del Ministerio del Interior y Policía, 11.

No es posible aseverar la veracidad de dichas acusaciones. En la época, no existían estándares fijos para determinar la calidad del tabaco. Cada tipo específico de tabaco se destinaba a un uso particular y tenía un precio de mercado estipulado. Las opiniones acerca de la calidad del tabaco dominicano, tal como aparecían en la prensa local, estaban firmemente influenciadas por intereses mercantiles. Las quejas sobre la deficiente preparación del tabaco fueron una buena excusa para rebajar los precios pagados a los productores. El hecho de que dichas quejas alcanzaran tanta notoriedad no era una coincidencia en tiempos de crisis internacional. El deterioro de las condiciones de mercado condujo directamente a una depreciación de los pagos a los productores; dichos pagos disminuyeron de 20 pesos por quintal en 1849 a apenas 9 pesos en 1872.²⁹ Debemos asumir que, efectivamente, la calidad del tabaco dominicano había declinado durante el curso de este proceso. Muchos de los más influyentes productores tabacaleros pusieron fin a la producción y se convirtieron en comerciantes. La población campesina continuó cultivando tabaco a pequeña escala y con métodos primitivos. Las familias campesinas necesitaban el tabaco para la obtención de humildes ingresos económicos, pero, por lo demás vivían de una economía de subsistencia. Cuando los precios bajaron, los campesinos respondieron al hecho sembrando más cantidad de tabaco, pero dedicándose menos a su cuidado. El periódico *El Orden* escribe en 1874: «El tabaco bajó en su precio, y entonces los agricultores no se creyeron con la obligación de seguirlo cultivando con el

²⁹ V. Place, «Memoria sobre el cultivo, la cosecha y la venta de tabacos en Santo Domingo», J. Boin, J. Serulle Ramia (ed.), *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana*, tomo I, 1844-1875 (Santo Domingo, 1979). Para 1872, *El Porvenir*, I, 25, 06-07-1872. El mismo proceso en la industria tabacalera colombiana se describe en J. P. Harrison, «The Evolution of the Colombian Tobacco Trade to 1875», *Hispanic American Historical Review* 32, no. 2 (May 1952), 163-174. Ver también J. P. Harrison, *The Colombian Tobacco Industry from Government Monopoly to Free Trade* (Bogotá: 1969).

mismo cuidado y las mismas reglas, porque los nuevos precios no les parecía que compensaran sus afanes».³⁰

El tabaco dominicano pasó a ocupar una posición distinta a la anterior en el mercado internacional, y esto se hizo directamente evidente en el sector productivo. En paralelo con el tabaco brasileño y el de las antiguas Indias Orientales Neerlandesas (actualmente Indonesia), el dominicano pasó a ser un tipo mediocre de tabaco negro, conveniente para relleno de cigarros, pero no pudo seguir vendiéndose a sus altos precios anteriores. Durante este proceso, el cultivo del tabaco pasó a ser dominio exclusivo de las familias campesinas.

El tabaco dominicano en crisis, 1879-1914

En 1874 se estableció la primera plantación de caña de azúcar con ingenios a vapor en la República Dominicana. En un plazo de menos de diez años, empresarios cubanos y dominicanos fundaron otras 30 plantaciones en la región sur del país. El floreciente sector del azúcar atrajo capital y mano de obra desde todos los rincones del país, y el núcleo económico de este se desplazó definitivamente hacia el sur. El Cibao perdió su otrora predominancia y el tabaco fue relegado a un segundo puesto. Es relevante mencionar que el dictador Ulises Heureaux (1884-1899), que había comenzado su carrera defendiendo los intereses del Cibao, terminó siendo el héroe de la industria azucarera sureña. Cuando la vía férrea entre Samaná y La Vega comenzó a transitar en la zona oriental del valle del Cibao, en la década de 1890, empresarios acomodados establecieron allí plantaciones de cacao. El cacao se convirtió rápidamente en un producto de exportación de la región, lo cual reforzó aún más la posición del tabaco como cultivo de la gente pobre.³¹

¿Por qué perdió el tabaco tanta importancia económica? La respuesta a esta pregunta debe ser buscada principalmente en

³⁰ *El Orden*, I, 9, 04-10-1874, «Cuestión Tabaco».

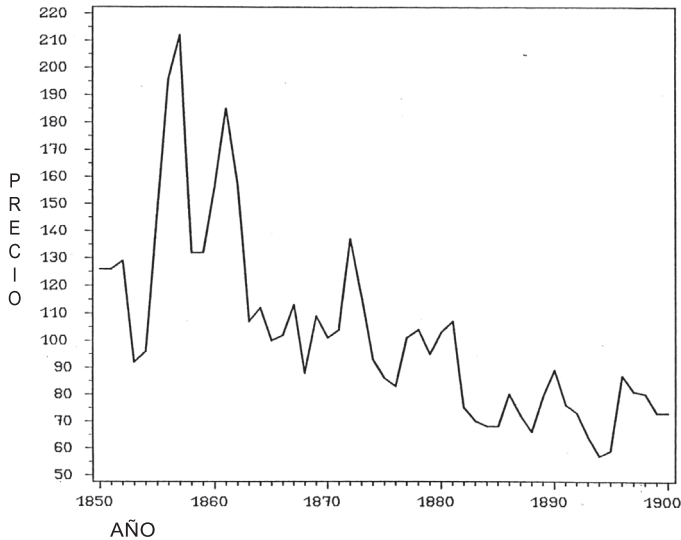
³¹ El académico neerlandés Hoetink describe este período. Hoetink, *El pueblo dominicano*.

los cambios del comercio alemán. Las ciudades hanseáticas no pudieron seguir ignorando la atracción de la *Zollverein* (Unión Aduanera de Alemania), que se había creado en 1834. Su lucha por independencia económica cedió finalmente ante las ventajas del comercio continental alemán. En el marco de una creciente competencia con Inglaterra y una nueva ola de proteccionismo europeo, la asociación con la *Zollverein* era inevitable. Bremen ofreció larga resistencia a la asociación bajo el mando de sus mercaderes de tabaco, pero finalmente, en 1881, como la última de las ciudades hanseáticas, aceptó las condiciones de la *Zollverein*.³² En su calidad de miembros de la *Zollverein*, la posición de las ciudades de Bremen y de Hamburgo cambió de manera drástica. Ambas se convirtieron en ciudades «continentales», forzadas a aceptar las medidas proteccionistas que caracterizaban el deseo de Bismarck de forjar una economía alemana fuerte. El comercio tabacalero fue el primero en sentir los efectos de dichos cambios. Después de una dilatada discusión pública y de una feroz batalla en el Parlamento alemán contra el proyecto de un monopolio de tabaco impulsado por Bismarck, se sancionó una ley que elevaba los derechos de importación del tabaco de 40 a 85 marcos alemanes por cada 100 kg de producto.³³ El impuesto era independiente del precio o de la calidad del tabaco y, por tanto, afectaba mayormente al tabaco barato, negro, como el que provenía de la República Dominicana.

³² Sobre la feroz resistencia a la asociación con la *Zollverein* en las filas de los comerciantes de tabaco bremenses: L. Beutin, «Drei Jahrhunderte Tabakhandel in Bremen», en H. Kellenbenz, y L. Beutin, (eds.), *Gesammelte Schriften zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte* (Köln-Wien: 1963), 98-130, especialmente 107-108. Cuando Bremen finalmente cedió a asociarse, tuvo que aceptar condiciones menos favorables que las de Hamburgo. El Parlamento alemán solo aceptó en 1884 la asociación de Bremen a la *Zollverein*. Ver H. Entholt, «Bremens Handel, Schifffahrt und Industrie im 19. Jahrhundert (1815-1914)», en Mathies, *et. al.*, *Die Hansestädte*, 180-182.

³³ H. Kaemena, *Die Haltung Bremens zur Handels- und Wirtschaftspolitik des Deutschen Reiches in der Bismarckzeit* (manuscrito inédito 1971), Bremer Staatsarchiv.

Precio del tabaco dominicano en Hamburgo (1850-1900)
(Marcos alemanes por 100 kg)



Fuente: *Gaceta oficial*, XXIII, 1735, 03-11-1906, Consulado en Hamburgo.

Tabla I

Precios del tabaco dominicano y costes de transporte
(pesos dominicanos por quintal)

	1849	1872	1887	1912
Precio pagado al campesino	14-20	9	4	3.50
Costes de transporte interno	1.50	2.25	3.75	2.35
Costes de transporte internacional	2.50	2.25	?	1.75

Fuentes: 1849: Place, «Memoria sobre el cultivo, la cosecha y la venta de tabacos en Santo Domingo» op. cit., pág. 196;
1872: *El Porvenir*, I, 25, 6-7-1887;
1887: *El Mensajero*, VII, 13, 28-8-1887;
1912: P. E. Bryan, *The Transformation of the Dominican Economy* (tesis doctoral inédita, s.l., s.f.), pág. 139.

La consecuencia de la legislación alemana fue que los precios del tabaco dominicano cayeron aproximadamente un 30 % en el mercado hamburgués, comparado con el ya bajo precio promedio de la década de 1870. El precio pagado al productor descendió de 9 a 4 pesos por quintal (Tabla I). La consiguiente crisis en el Cibao reafirmó dramáticamente la debilidad de su sector comercial. La suerte de los comerciantes tabacaleros dominicanos estaba firmemente atada a las cíclicas fluctuaciones del mercado alemán, y los resultados de la caída del precio del producto fueron desastrosos. Muchos comerciantes terminaron sus actividades, mientras que otros sobrevivieron con un mínimo nivel de negocios “demostrando elocuentemente las condiciones miserables que nos consumen”. Según el periódico más importante de Santiago durante este período, el *Eco del Pueblo*, Santiago perdió unos 25 establecimientos comerciales en los tres años siguientes a 1879.³⁴ Los efectos de la depreciación del tabaco dominicano no se puede comprobar fácilmente. Su consecuencia más lógica pudo haber sido la desaparición del tabaco dominicano del ámbito del mercado internacional; no obstante, ello no ocurrió. Si bien la producción se ralentizó en algo durante los años restantes del siglo XIX, continuaron arribando a los mercados alemanes entre 70,000 y 130,000 quintales de tabaco por año. Los precios cayeron a sus niveles más bajos del siglo, pero los campesinos productores nunca abandonaron su cultivo. El hecho de que la cosecha descendiera a niveles extremadamente bajos en pocos años tuvo como causa las malas condiciones meteorológicas que se dieron en la época, no una reacción consciente de abandono del cultivo por parte de los campesinos.

Las contingencias que podemos apreciar muestran mucho más el cariz de una reestructuración del sector productivo. Geográficamente, el tabaco perdió algo de su atractivo en la mayoría de las tierras favorables del centro del Cibao, en los alrededores y el sudeste de la ciudad de Santiago. La producción de tabaco fue gradualmente empujada hacia la más árida zona noroeste del valle

³⁴ *EdP*, I, 35, 3-12-1882. La cita se encuentra en *Voz de Santiago*, II, 64, 12-6-1881.

cibaño (La Línea) y hacia las laderas de la Sierra. Dentro del mismo proceso se hizo evidente un fenómeno de diferenciación social, debido a que quienes producían tabaco pertenecían a las comunidades más carenciadas de la sociedad. Como consecuencia del corto período de crecimiento y maduración de la planta del tabaco, los campesinos pobres pudieron integrar su cultivo en su agricultura de subsistencia; además, estaban acostumbrados a elaborar ellos mismos el tabaco, preparando andullos: rollos de tabaco prensado. Paradójicamente, se podría decir que el tabaco mantuvo su posición de mercado debido a que sus productores se retiraron de él y lo integraron en un sistema de agricultura de subsistencia.

Al mismo tiempo, el Estado era demasiado débil e inefectivo para ejercer influencia decisiva en el curso de los acontecimientos. Si el Gobierno hubiera tenido el poder, habría podido, con toda probabilidad, obligar a los campesinos a trabajar otros tipos de cultivos comerciales tales como el algodón, el arroz o el café. Sin embargo, los planes de este tipo fracasaron sin excepción. La única alternativa estatal era tratar de mejorar la calidad del tabaco dominicano, para lo que las autoridades provinciales comenzaron a distribuir semillas de mejores tipos de tabaco. El Gobierno, además, patrocinó fincas modelo en las que se impartía algunas clases de entrenamiento agrario básico.³⁵ En la década de 1890 fueron contratados algunos productores cubanos de tabaco para instruir a sus pares dominicanos en los aspectos técnicos del cultivo del producto.

Todas las medidas enumeradas tuvieron poca repercusión. En primer lugar, estos esfuerzos de innovación no marcharon paralelamente con mejoras de la infraestructura regional. El estado de los caminos continuó siendo deplorable. Los costes de transporte dentro de la región llegaron a ser incluso más altos que los del transporte del tabaco a Alemania (Tabla I). En segundo lugar, estas medidas ignoraban la lógica fundamental de la situación. Los importadores alemanes no estaban realmente interesados en tabaco dominicano mejor preparado, sino que necesitaban un tabaco

³⁵ Sobre las iniciativas gubernamentales: *EdP*, III, 125, 24-8-1884, «El tabaco» y *El Porvenir*, XIII, 571, 30-8-1884, «El tabaco».

barato, de sabor fuerte, que pudiera ser empleado como relleno en cigarros alemanes.³⁶ En lo que a esto respecta, la campesinización de la producción del tabaco dominicano fue de gran conveniencia para los alemanes, ya que esta garantizaba su abastecimiento y les permitía rebajar los precios hasta un absoluto mínimo.

Tal como ya hemos visto, la clase mercantil fue la que sufrió los más severos efectos de la crisis económica. Muchos comerciantes alemanes habían abandonado el país. Hamburgo y Bremen continuaron siendo los dos importantes mercados para el tabaco, pero los bajos precios y el limitado número de casas importadoras no justificaba la presencia de agentes de comercio alemanes en el país. La exportación de tabaco se convirtió en el negocio exclusivo de mercaderes dominicanos, quienes usaban créditos alemanes para pagar a los productores y lo enviaban a Alemania para pagar sus deudas y los bienes de importación que habían encargado. El poder regional y la prosperidad que los comerciantes dominicanos ganaron en este proceso fueron adquiridas a expensas de un aumento de la dependencia del mercado alemán.

Por todo ello, no es coincidencia que hayan comenzado a emerger sentimientos nacionalistas durante este período. El mercado alemán fue culpado de los problemas del sector tabacalero dominicano, y había surgido una burguesía mercantil que se resentía de su dependencia de los acreedores alemanes. Esta burguesía expresaba su frustración a través de una retórica nacionalista, achacando la crisis del sector del tabaco a la supremacía de los comerciantes germanos, «la sanguijuela que chupa nuestra savia y los que

³⁶ La firme opinión de José Ramón Abad sobre este aspecto del comercio de tabaco es digna de mención: «[El comercio de Hamburgo] ha hallado en nuestra hoja una clase de mucho rendimiento para sus manipulaciones, siempre que se mantenga en los precios bajos á que ha sabido limitarlo. Esta influencia del mercado de Hamburgo ha sido decisiva y fatal á nuestra hoja, que no ha tenido estímulo para mejorar en calidad...» J. R. Abad, *La República Dominicana. Reseña general geográfico-estadística* (Santo Domingo: 1888, reimpresión fotográfica, Banco Central de la República Dominicana, 1972), 317.

hacen toda la ganancia».³⁷ Siempre habían existido sentimientos antialemanes en el Cibao, pero cuando la crisis se profundizó y los márgenes de ganancia cayeron, dichas críticas se agudizaron. A partir de la década de 1880, la prensa local aparecía llena de acusaciones contra los alemanes, quienes estarían manipulando los mercados y recurriendo a otras malas prácticas. La retórica nacionalista que siempre caracterizaba dichos artículos era a veces complementada con un toque de antisemitismo, ya que se suponía que la mayoría de los importadores de Hamburgo y de Bremen eran judíos.³⁸ La ira dominicana giraba alrededor de dos temas: la manipulación del mercado por los importadores alemanes y su sabotaje a los intentos dominicanos de encontrar mercados alternativos. La acusación de que los comerciantes alemanes amañaban el mercado con el objeto de pagar precios bajos por el tabaco era una queja antigua y recurrente. El periplo transatlántico, que se prolongaba por aproximadamente un mes y, además, los deficientes medios de comunicación, controlados en gran parte por empresas europeas, proveían razones abundantes para tales suposiciones. La construcción de una línea de telégrafos, en 1884, no subsanó dicha situación. Todo lo contrario, al historiador lector de las excitadas y, a menudo, erróneas noticias de Europa en los periódicos del Cibao, le causa la impresión de que el telégrafo aumentaba la tensión y el suspenso sobre la situación del mercado en Alemania.

Los comerciantes alemanes tenían dos palancas para hacer presión sobre el mercado tabacalero dominicano. En primer lugar, intentaban manipular los informes desde Alemania. Cuando llegaron los primeros cargamentos de tabaco, los alemanes enviaron un cable a la República Dominicana con juicios favorables acerca de su calidad y precio. A la llegada de las noticias, los mercaderes dominicanos trataron de embarcar sus cosechas de tabaco hacia Alemania lo más rápido posible. Una vez que la mayor parte

³⁷ *El Diario*, 02-06-1910, «El tabaco».

³⁸ Por ejemplo: *El Diario*, VI, 1517, 17-08-1907, «La cuestión palpitante» habla de «aquellos tres judíos», que se suponía controlaban el mercado del tabaco en Hamburgo.

del tabaco dominicano había sido enviado de este modo, llegaron súbitamente informes menos favorables desde Alemania. La decepcionante calidad del tabaco, la declinante demanda del producto en Europa, las grandes cantidades remanentes de la anterior cosecha, entre otros factores. En la perspectiva de los comerciantes dominicanos, todos estos juicios de los importadores alemanes conspiraban para justificar los bajos precios del tabaco.³⁹ Como escribió *El Eco del Pueblo* en 1892 en los principios de una cosecha buena:

Sólo falta para que no se muera esta esperanza que los señores de Hamburgo, después que tengan allá las primeras partidas, y hayan fijado precio *bueno*, que no vengan, ya en camino las segundas, con uno de esos cablegramas *acordadas* anunciando *baja*, para así obtener por *nada* el fruto de tantos afanes, causando la ruina del comercio interior que es el que se ocupa de ese negocio y el cual casi en todos estos asuntos, como en otros, *paga siempre el pato*. (*EdP*, X, 313, 13-4-1892).

La situación del mercado alemán era de tal trascendencia porque los comerciantes dominicanos tenían que cumplir con sus obligaciones contractuales. Los dominicanos tenían que pagar sus créditos a los mismos importadores alemanes que se los habían dado. Esta trampa crediticia era la otra muy efectiva senda por la que los importadores alemanes ejercían presión en sus homólogos dominicanos. Como ya hemos visto, la mayoría de los comerciantes dominicanos pedía prestado dinero para comprar el tabaco y encargaba mercancías europeas al mismo tiempo. Por lo general, recurrían a los préstamos a corto plazo que ofrecían los importadores y que debían devolver en dinero en efectivo o en especie, con tabaco. Es evidente que los mercaderes dominicanos se encontraban en una difícil situación para negociar cuando los importadores alemanes les exigían la devolución de sus préstamos y, al mismo

³⁹ *El Diario*, VI, 1538, 11-09-1907, «Nuestro tabaco».

tiempo, les ofrecían bajos precios por sus productos. Pedro M. Archambault representó vívidamente esta situación:

El comerciante cibaño, recibe un crédito renovable sobre reconocimientos de embarque; al final de la cosecha, cuando el comisionista alemán tiene en sus almacenes toda la cosecha, se dispara el mercado extranjero [sic] con una baja de precios desastrosa, baja estudiada y abrumadora. Entonces se suscita entre la víctima y el victimario el siguiente diálogo: *Comerciante dominicano*: Los precios del tabaco me arruinan; no me lo venda hasta ver si mejoran las ofertas. *Banquero alemán*: Sí, PERO YO NO HAGO NADA CON SU TABACO, págume mis créditos, necesito mi dinero. *Comerciante*: Todo mi capital lo tengo en manos de usted y además los beneficios con que yo contaba. Espérame por Dios, algunos días. *Banquero* ¿Esperar? En todo caso tendrá usted que pagarme los ruinosos intereses que para ese caso hemos convenido y darme otra garantía, porque su tabaco está podrido. Si no le es posible pagar por cable hoy mismo le *quemo* su tabaco por lo que me den.⁴⁰

Por supuesto, los alarmados e indignados comentaristas tendían a ofrecer un punto de vista unilateral y exagerado. El hecho de que los negocios continuaron durante todos estos años podría, en sí mismo, ser un indicador de que también los comerciantes dominicanos se veían beneficiados con las ganancias. Su irritación era, a menudo, muy selectiva y tendía a ocultar sus propias costumbres y trucos, tales como la subestimación de la cosecha, el agregado de peso adicional en los *serones* o la inclusión de hojas de baja calidad en lotes de alta categorización. Sin embargo, los sentimientos antialemanes de la clase mercantil tenían como base una estructural posición inferior de mercado. Dichos sentimientos reflejaban la frustración que entrañaba tal dependencia en las mentes de una naciente burguesía comercial.

⁴⁰ *El Diario*, V, 1509, 26-07-1907, «¡Alerta!», III (Pedro M. Archambault).

Encontrándose en un meollo de caída de la demanda y de precios declinantes, resulta lógico que los exportadores dominicanos intentaran explorar las posibilidades de hallar nuevos mercados. La búsqueda de alternativas de mercado se convirtió en un tema de continuos y acalorados debates desde finales del siglo XIX. Particulares y representantes oficiales del Gobierno viajaron a Europa para suscitar el interés de países consumidores de tabaco tales como España, Francia y los Países Bajos, en la importación directa de su tabaco dominicano, omitiendo la mediación «fiduciaria» alemana, tal como desdeñosamente se la denominaba en la prensa local. El fracaso de mencionados intentos constituyó la segunda gran frustración de los comerciantes dominicanos. El cónsul dominicano en Hamburgo informaba, en 1891, que los experimentos con el mercado holandés no habían dado resultados satisfactorios.⁴¹ Tentativas similares en otros mercados fueron achacadas a la manipulación de los alemanes. Como ya se ha dicho anteriormente, los importadores alemanes hicieron todo lo que estuvo a su alcance para minar las mencionadas iniciativas dominicanas. De ser necesario, los alemanes ofrecían precios muy bajos a potenciales compradores, para así socavar las ofertas de precio dominicanas.

Por ejemplo, una tentativa del Gobierno dominicano para cerrar un acuerdo de negocios con España, en 1901, fracasó por el hecho de que los alemanes ofrecieron a los españoles mejores condiciones de transacción.⁴² En 1920, todavía se informaba de que un intento de los dominicanos para vender directamente tabaco a España «fracasaba» porque la Tabacalera española no se atrevió desafiar los «carteles alemanes».⁴³ Cuando los comerciantes dominicanos intentaron establecerse por sí mismos en los mercados hanseáticos y vender su propio tabaco, los mercaderes germanos desplegaron acciones similares. Ya hemos dicho que un intento de negociación de la empresa dominicana Jiménez Grullón & Cía, en 1891, se malogró tan solo porque los importadores alemanes

⁴¹ *Gaceta Oficial*, XVIII, 902, 05-12-1891, «Comercio de Hamburgo».

⁴² *El Normalismo*, I, 21, 11-09-1901.

⁴³ *La Información*, V, 1952, 06-09-1920.

—«por ser gente muy rica»— podían dar condiciones mucho más favorables.⁴⁴

Podemos estar seguros de que la escrupulosa manipulación del mercado, tal como se denunciaba en la prensa dominicana, fue un hecho, pero los importadores alemanes, en general, no necesitaban echar mano de métodos tan rudos y poco sofisticados. Su poder económico les aseguraba el dominio del mercado. Además, no estaban interesados en absoluto en poner fuera de juego a sus homólogos dominicanos. Tras el abandono de la isla de la mayoría de los mercaderes alemanes, la continuidad de la exportación de tabaco dependió de la subsistencia de los comerciantes dominicanos.

La débil posición de los mercaderes dominicanos era, asimismo, consecuencia de la estructura del mercado internacional del tabaco en ese momento. Desde finales del siglo XIX, los patrones de consumo comenzaron a cambiar y, con ellos, también la estructura del comercio internacional. En parte, como consecuencia de la expansión del cultivo del tabaco en las Indias Orientales Neerlandesas, emergió una preferencia del público por un tipo de tabaco más liviano. El mercado del tabaco negro no desapareció, pero su importancia disminuyó y sufrió la declinación del precio de sus productos. En especial, en las regiones donde fracasó la aplicación de innovaciones adecuadas, como en Colombia y la República Dominicana, las ganancias disminuyeron dramáticamente y la clase mercantil local vio debilitarse en gran medida su poder de negociación. Al mismo tiempo, tuvo lugar una constricción en el sector importador alemán. La descentralizada estructura del comercio tabacalero en el siglo XIX, cuando cada propietario de una embarcación era, efectivamente, un comerciante, cedió el paso a una organización de compleja estructura controlada por un reducido número de empresas importadoras. Estas estaban constituidas por los compradores de primera línea, la «primera mano», tal como se los llamaba. Estas eran las únicas empresas capaces de aportar las ingentes cantidades de dinero comprometidas en dichos negocios. Los importadores de primera mano tenían que otorgar créditos a

⁴⁴ *El Diario*, VI, 1517, 17-08-1907, «La cuestión palpitante».

largo plazo tanto a los exportadores extranjeros como a las fábricas alemanas que procesaban el tabaco. Por ello, la importación de tabaco mostraba claramente características de oligopolio, situación en la que un pequeño grupo de empresas poseedoras del capital podían fácilmente manipular el mercado.

Con el correr del tiempo, un segundo grupo de pequeños comerciantes alemanes surgió entre los importadores de tabaco y el sector manufacturero. Estos comerciantes «de segunda mano» empleaban frecuentemente una red de viajantes de comercio que distribuían el tabaco en el país.⁴⁵ El tabaco dominicano apenas representaba un papel de poca importancia en la voluminosa y complicada red del comercio mundial. Por su carácter de tabaco negro y de sabor neutro, era siempre aprovechable, pero no imprescindible. Por ello, los exportadores dominicanos se hallaban en un terreno desfavorable para acordar mejores condiciones de venta y debían aceptar los precios fijados por los compradores alemanes.

Vientos de cambio: fabricación de cigarrillos en el Cibao

En el país se había consumido, desde siempre, cierto volumen de tabaco dominicano. Originalmente, se fumaban cigarros y andullos fabricados localmente. Durante las últimas décadas del siglo XIX la fabricación cobró nuevo ímpetu, lo que trajo aparejado que numerosas pequeñas fábricas surgieran en los centros urbanos. Algunas veces se hacían inversiones, y se empleaban diversas modalidades de trabajo asalariado. Sin embargo, dichas fábricas eran, generalmente, pequeños emprendimientos basados en la explotación de sus empleados, dirigidos principalmente al mercado local, aunque ocasionalmente exportaban sus productos a Haití.

⁴⁵ El comercio del tabaco era un asunto complicado. Contamos con unos pocos libros que realmente tratan de entender sus intrincaciones. Una publicación muy interesante, pero prácticamente imposible de conseguir es: Mehrmann, op. cit. Información general sobre el tema se halla en J. Wolf, *Der Tabak. Anbau, Handel und Verarbeitung* (Leipzig: 1915). Sobre el mercado de tabaco holandés: C. G. Hof, *Der koloniale Rohabakhandel in Holland* (Dissertation Frankfurt am Main: Bückeberg, 1935).

El escenario descrito cambió drásticamente cuando, en 1902, entró en funciones la fábrica de cigarrillos La Habanera. Fundada por el empresario alemán Richard Söllner, puede ser considerada como la fuente del renacimiento del sector tabacalero dominicano.⁴⁶ Söllner instaló una moderna fábrica mecanizada que procuraba una producción de 1.2 millones de cigarrillos diarios. Si aceptamos estas cifras como verdaderas, debemos asumir el hecho de que la fábrica contaba con las maquinarias más avanzadas de ese período histórico. Complementando sus actividades con la producción de cigarros, la fábrica demostró ser una próspera empresa. En el proceso de su expansión, la fábrica se convirtió en un importante comprador de tabaco dominicano. No queda claro si la empresa, desde el comienzo de sus actividades, tenía injerencia en el cultivo del tabaco, pero, a poco de iniciar sus negocios, extendió sus actividades al ámbito de la producción de la materia prima. En primera instancia, la atención iba dirigida a la supervisión y guía de los campesinos tabacaleros. La compañía se ocupaba de la distribución de semillas y de ofrecer asesoramiento técnico acerca de los métodos de cultivo de tipos de tabaco de preferencia. Muy pronto, la factoría dio un paso adelante y comenzó a comprar tierras por cuenta propia. Luego, contrató campesinos para que cultivaran el tabaco de acuerdo a los deseos de la compañía; en 1910, ya se encontraba en posesión de más de 15,000 vegas de tabaco.⁴⁷

La exitosa intervención de La Habanera en materia de producción constituye un fenómeno interesante que debe ser explicado por el hecho de que, por primera vez, las mejoras en actividades laborales intensivas en el campo de la agricultura fueron efectivamente compensadas por mejores precios. Como hemos visto, una

⁴⁶ A. Bueno, *Santiago: quien te vio y quién te ve* (Santiago de los Caballeros: 1961), 48-50.

⁴⁷ *El Tiempo*, 23-03-1910. No queda claro si la denominación de «vega» ha sido empleada aquí para indicar la superficie cultivada con tabaco o si se lo ha hecho para dar una indicación de la cantidad de terrenos. Para consultas sobre las innovaciones de Söllner, ver también: «Memoria que presenta el secretario de Agricultura é Inmigración», *Gaceta Oficial*, 2361, 29-12-1912.

inadecuada compensación de la producción había sido el principal obstáculo para el mejoramiento del proceso de manufactura del tabaco dominicano. La Habanera subsanó tal inconveniente y pagó altos precios por tabaco de buena calidad. Cuando, en 1909, el precio promedio era de 1, 2 y 3 pesos por los tres tipos de calidad del tabaco dominicano, La Habanera pagaba 20 pesos por un tabaco bien preparado.⁴⁸ La política de La Habanera fue un exitoso instrumento para llevar agua al molino de Richard Söllner. En 1912, un diplomático alemán informó que La Habanera había hecho de Söllner «un hombre muy rico». Nuestro empresario vivía en Hamburgo y en contadas ocasiones hacía alguna visita a sus negocios en Santiago.⁴⁹ En 1914, Söllner convirtió a su fábrica en una compañía de responsabilidad limitada, que pasó a llamarse Compañía Anónima Tabacalera. Si bien Söllner continuó ejerciendo la presidencia de la empresa, se aceptaba ahora cierta participación dominicana.⁵⁰ Es muy probable que Söllner haya hecho el mencionado cambio teniendo en cuenta la competencia política y económica entre Alemania y EE. UU. y la inminencia de la Primera Guerra Mundial. Con el asentimiento de la participación dominicana en su empresa, Söllner protegía a su compañía contra las medidas antialemanas e, incluso, su confiscación. Este hecho puede ser considerado como un claro ejemplo del pragmatismo que Herwig apunta como característica de la actuación de los hombres de negocios alemanes en América Latina.

La fábrica de Söllner fue solamente un ejemplo muy exitoso de una tendencia general. Durante las primeras décadas del siglo XX surgieron muchas fábricas de cigarrillos y cigarros. Algunas de ellas, como *La Matilde* o *La Aurora* fueron, aunque en menor escala, casi tan exitosas como La Habanera. Gradualmente fue surgiendo

⁴⁸ *El Diario*, VII, 2025, 13-05-1909, «Sobre tabaco».

⁴⁹ Carta del ministro del Imperio Alemán residente en Port-au-Prince al Canciller Imperial, Señor von Bethmann Holweg, 12-01-1912, Staatsarchiv Hamburg, A III c 15, Deutsche Konsularischen Vertretungen in der Dominikanischen Republic etc. 1899-1915.

⁵⁰ *El Diario*, 11-07-1914.

un mercado para el tabaco dentro de las fronteras del país, lo cual menguó algo de la dependencia del mercado europeo y fortaleció la importancia del tabaco para la economía nacional.

Reestructuración del comercio del tabaco dominicano, 1914-1935

Las periodizaciones de la historia económica sugieren, a menudo, claridades y ambigüedades que pueden ser engañosas. En lo que respecta a las relaciones comerciales latinoamericanas en las que Alemania estuvo involucrada, sin embargo, el año 1914 es un irrefutable momento decisivo. El estallido de la Primera Guerra Mundial puso un definitivo punto final a cualesquiera que hubieran sido las ilusiones de los políticos alemanes sobre el destino de la Alemania Imperial en el Caribe. Al mismo tiempo, la guerra aisló a Alemania de los mercados latinoamericanos.

Por otra parte, la irrupción de la Primera Guerra Mundial proporcionó a los Estados Unidos el pretexto ideal para eliminar el peligro alemán de su patio trasero de una vez y para siempre. La competencia entre estas dos potencias mundiales, latente desde los primeros años del siglo XX, alcanzó entonces un punto crítico. Los Estados Unidos instigaron a gobiernos locales a poner restricciones a su comercio con Alemania y, donde fuera posible, promovió la confiscación de las propiedades alemanas. En Haití y en la República Dominicana, la aplicación de la mencionada política fue facilitada por la ocupación estadounidense de los mencionados países, en 1915 y 1916, respectivamente. Estas ocupaciones pueden ser consideradas, en parte, como el resultado de la disputa entre Alemania y EE. UU. Con respecto al caso de Haití, H. Schmidt afirma: «Un propósito primario de la intervención estadounidense en 1915 había sido contrarrestar la presumida amenaza de la invasión alemana».⁵¹ La influencia alemana quizá haya sido un asunto de menor importancia en la ocupación de la

⁵¹ H. Schmidt, *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934* (New Brunswick: 1971), 91.

República Dominicana,⁵² pero el resultado fue, en gran medida, el mismo: las relaciones comerciales con Alemania fueron suspendidas y los intereses alemanes en el país fueron reducidos a un mínimo.

Inicialmente, surgió cierto optimismo en el sector tabacalero del Cibao. Los disturbios revolucionarios en el norte fueron controlados temporalmente y solamente unos pocos lamentaron la finalización de las conexiones comerciales con Alemania. El optimismo parecía estar justificado por el envío al Cibao, en 1917, de representantes de España y Francia para comprar tabaco, «sin intercesión de *trust* alguno», tal como se anunció alborozadamente.⁵³ Sin embargo, el mercado del tabaco demostró ser menos flexible de lo que muchos habitantes del Cibao esperaban o preveían. La Tabacalera Española se abstuvo por completo de efectuar compras en el mercado dominicano.⁵⁴ Los franceses actuaron como renuentes compradores a pequeña escala. Algunas empresas estadounidenses como la *Tropical Tobacco Co.* y la *Southern Leaf Tobacco Company* comenzaron sus negocios en la isla, pero dichas compañías estaban por sobre todo interesadas en hacer rápidas ganancias. Cuando los precios subieron durante la euforia posbélica, la *Danza de los millones*, la *Southern Leaf Tobacco Company* compró voluminosas cantidades de tabaco para la compañía estatal francesa. Cuando los precios cayeron y la crisis golpeó al Cibao, la *Southern Leaf*, simplemente, suspendió sus operaciones. El Gobierno militar estadounidense trató de apartarse del sector del tabaco tanto como pudo, sin embargo, a causa del abrupto final de la *Danza de los millones*, tuvo que entrar en acción. Muchos miembros de la élite del Cibao habían apoyado la intervención estadounidense porque esperaban que les concedería el largamente anhelado acceso preferencial del tabaco dominicano al mercado estadounidense. Según pensaban, esto solucionaría los problemas comerciales y

⁵² B. J. Calder, *The Impact of Intervention. The Dominican Republic during the U.S. Occupation of 1916-1924* (Austin: 1984), 259-260.

⁵³ *La Información*, II, 477, 19-08-1917, «Porvenir del tabaco».

⁵⁴ *La Información*, V, 1952, 06-09-1920.

aseguraría el futuro del tabaco dominicano de un solo golpe.⁵⁵ Sin embargo, no había modo de que el Gobierno Militar pudiera conceder tal privilegio. Modernizar un país en estado de semicolonía era una cosa; promover medidas que podrían estimular la competencia productiva en la madre patria, era algo completamente distinto. El gobernador de La Vega llamó la atención a «la antipatía que despertaría en los cultivadores de tabaco americano cualquier tendencia a favorecer un competidor». Por lo tanto, sería conveniente «no intentar en estos momentos una diligencia tendiente a introducir Tabaco dominicano en los EE. UU.».⁵⁶

Para mostrar su buena voluntad y restablecer la tranquilidad en la región, el ya fuertemente endeudado Gobierno estadounidense prometió, en 1920, comprar toda la producción de tabaco cibaño por un precio mínimo de 4 pesos el quintal. La compra en sí misma no fue tan simple, pero el verdadero problema fue la venta del tabaco que esperaba entonces apilado en los almacenes. La demanda del producto era baja y la conexión con los compradores internacionales había sido siempre establecida a través de la mediación de importadores alemanes. Ni siquiera los concertados esfuerzos de los representantes diplomáticos dominicanos en Italia, Inglaterra y España, autorizados por el Gobierno a conceder a los compradores un vencimiento de pago a 120 días, no lograron acelerar la actividad económica.⁵⁷ El tabaco se vendía apenas lentamente, y nunca a precios lucrativos. Hacia finales de 1922, después de tres temporadas de compra de tabaco, el Gobierno estadounidense tenía

⁵⁵ Ver, por ejemplo, la carta de los Ayuntamientos del Cibao al Gobierno Militar, 20-10-1919, AGN, Legajos Gobierno Militar, Hacienda y Comercio, 121.

⁵⁶ Carta del Gobierno Civil de la Provincia de La Vega al Gobierno Militar (Thomas Snowdon), 26-08-1920, AGN, Legajos Gobierno Militar, Hacienda y Comercio 13.

⁵⁷ Carta de J. Loomis al Gobierno Militar, 28-02-1922, AGN, Legajos Gobierno Militar, 6. Ver también Memorandum Arthur A. Mayo, 28-09-1921, AGN, Legajos Gobierno Militar, Hacienda y Comercio, 9, con la lista de actividades —a menudo frustradas— para vender el tabaco.

aún 100,000 quintales sin vender, acopiados en los depósitos.⁵⁸ Al año siguiente, el Gobierno de EE. UU. revocó su política. El tabaco dominicano, pues, había regresado a donde siempre había estado: a un mercado especulativo con nada más que un número limitado de potenciales compradores.

A pesar de todo, se estaban produciendo muchos cambios en el mercado internacional del tabaco. La aparición de nuevas áreas de consumo masivo de tabaco en África del Norte y un acelerado crecimiento del consumo de cigarrillos en el mundo industrializado provocaron el aumento de la demanda de tabacos negros fuertes y despertaron un nuevo interés por parte de Europa en las regiones tradicionales de su producción, tales como Colombia, Brasil y la República Dominicana. Hamburgo y Bremen mantuvieron su importante —aunque ya no incuestionable— posición en el mercado internacional de tabacos negros. Hasta en América Latina, donde el comercio germano había sufrido por su inclusión en listas negras y las confiscaciones, los comerciantes hanseáticos reaparecieron rápidamente.⁵⁹ El sector comercial alemán, naturalmente, sintió las consecuencias de la inestabilidad de la República de Weimar y su descontrolada inflación, pero en su carácter de comerciantes internacionales, cuya mediación era aún necesaria, vieron crecer rápidamente su volumen de negocios. En el caso del tabaco, los mercaderes hanseáticos obtuvieron considerables beneficios de la prolongada descentralización de la industria del cigarro de Europa del Norte, que albergaba a miles de pequeñas empresas. La relevancia de los importadores de tabaco se debía, sobre todo, a su esencial papel en la distribución del tabaco. Ellos no perdieron esta posición hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando la producción de cigarrillos se mecanizó casi por completo y se concentró en manos de unas pocas grandes empresas. Por otro lado, la competencia aumentó considerablemente en el período de entreguerras. Los influyentes monopolios de Francia

⁵⁸ *La Información*, VIII, 1925, 14-12-1922, «La venta del tabaco».

⁵⁹ P. G. Hastedt, *Deutsche Direktinvestitionen in Lateinamerika* (Göttingen: 1970), 36-37.

y España comenzaron a organizar suscripciones públicas para las que los importadores debían hacer ofertas competitivas en relación con la compra de grandes volúmenes de tabaco. A menudo, dichas ofertas tenían que ser propuestas antes de que la cosecha hubiera comenzado en las diversas áreas de producción,⁶⁰ lo que añadió un nuevo elemento al comercio. Los contratos tenían que ser cumplidos, y esto conllevó al aumento de la competencia en la compra de la clase de tabaco más barata.

Las consecuencias de lo anterior para el sector tabacalero dominicano fueron duales. En primer lugar, el mercado adquirió más competitividad. Después de la partida de los Marines estadounidenses, en 1924, volvieron al país comerciantes procedentes de diversos países europeos y el indisputado monopolio alemán desapareció. A partir de la década de 1920, la cosecha de tabaco dominicano se dividía más o menos equitativamente entre compradores belgas, holandeses, franceses y alemanes.⁶¹ Es cierto que la industria cigarrera alemana siguió siendo la que empleaba la mayoría del tabaco dominicano, pero una gran parte de él era provista ahora por los importadores holandeses y belgas. A veces, los dominicanos veían en este devenir un signo de que el aumento de la competitividad del tabaco dominicano era únicamente imaginario,⁶² pero para los comerciantes alemanes, este no era ciertamente el caso. Estos hacían todo lo que estaba a su alcance para recuperar su posición dominante en el mercado del tabaco dominicano.

En segundo lugar, en conexión con lo expuesto en el primero, el comercio internacional del tabaco dominicano comenzó a tener lugar, gradualmente, en el Cibao mismo. Mientras que, en épocas

⁶⁰ Entrevista a A. L. van Beek Hzn., expresidente de la Compañía Importadora de Tabaco de Róterdam [Países Bajos], A. L. van Beek N.V., Rotterdam, 02-07-1987.

⁶¹ Secretaría del Estado del Tesoro y Comercio, Sección de Comercio, *Tabaco en rama: exportación durante el período comprendido entre los años 1928-1938* (texto mecanografiado, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Santo Domingo).

⁶² Ver *La Información*, X, 2274, 01-09-1925, «Nuestro tabaco en el mercado de Bremen».

anteriores, su destino había sido dictado en Hamburgo y en Bremen, el incremento de la competitividad forzaba ahora a los importadores europeos a enviar a sus propios representantes al Cibao. A imitación de empresas estadounidenses, los europeos fueron llegando paulatinamente a la región. Algunos países enviaban nada más que empleados durante la temporada de cosecha; otros, establecieron oficinas que ocupaban durante todo el año. Estas empresas, asimismo, comenzaron a construir almacenes y a participar en el procesamiento del tabaco en la región misma. Hacia 1925, el muy próspero comerciante francés Albert Oquet, quien fundó una fábrica de cigarros en 1919, poseía almacenes en diferentes partes de la región y daba empleo a varios miles de personas durante la temporada de cosecha.⁶³ La General Sales Company contaba con 17 almacenes en 1934.⁶⁴ A causa de la ocupación estadounidense, los comerciantes alemanes no regresaron a la región sino hasta después de la ocupación. Solamente una empresa alemana, Schultze & Lembke, mantuvo oficinas en el país durante el período de ocupación. El resto de los mercaderes de tabaco alemanes tuvieron que recomenzar sus actividades a finales de la década de 1920. Es interesante destacar el hecho de que los alemanes mantuvieron el sistema de comercio prebélico. A diferencia de sus competidores, los importadores alemanes no establecieron agencias ni almacenes en el Cibao, pero continuaron con sus negocios a través de la mediación de mercaderes dominicanos. Es probable que los alemanes fueran capaces de actuar de este modo gracias a los contactos establecidos de antaño en la región. Únicamente cuando aumentó nuevamente su participación en el mercado, en la segunda mitad de la década de 1920, las empresas alemanas comenzaron a enviar sus propios agentes al Cibao durante la temporada de cosecha.⁶⁵

⁶³ *La Información*, XI, 2552, 19-04-1926, «Nuestro tabaco y su mercado». Sobre su fábrica de cigarros: *Listín Diario*, XXX, 9070, 13-08-1919.

⁶⁴ Carta de E. Almonte, 28-09-1934, AGN, Legajos Sección de Comercio, 30, 175.

⁶⁵ Informe sobre el comercio del tabaco en Alemania, 24-01-1930, AGN, Sección de Comercio, 6, 257.

El incremento de la competencia entre los compradores y su presencia en el Cibao contribuyeron a cierta estabilización del mercado del tabaco dominicano. En palabras del principal periódico de Santiago, *La Información*: «La presencia de los compradores, representantes y directores de las casas especuladoras en tabaco de Europa y los Estados Unidos, hace menos problemático el negocio».⁶⁶ La existencia de una industria tabacalera nacional también hizo su aporte para lograr un mayor afianzamiento del mercado. Si bien no contamos con datos exactos, fábricas como la Compañía Anónima Tabacalera y La Aurora procesaron considerables cantidades de tabaco. Dado que dichas fábricas se dedicaban a la producción para el creciente mercado interno, su demanda era menos vulnerable a los intempestivos cambios del mercado internacional. No obstante, la demanda interna ocupaba solamente una cantidad muy pequeña de la totalidad de la producción de la región, y la dependencia de la clase comercial del Cibao de los avatares del mercado internacional siguió vigente. El tabaco continuó siendo el producto que señalaba el destino de los comerciantes cibaños. Un atraso en la exportación o una inesperada cosecha pobre afectaba a todas las capas de la sociedad cibaña, pero, más que a nadie, al sector comercial. Su supeditación a los resultados de las cosechas se parecía mucho a la situación de los comerciantes decimonónicos. Por ejemplo, en 1928 se informó que:

Debido a la casi paralización de compra de tabaco por los exportadores, y siendo esa cosecha la única que actualmente da movimiento a nuestro comercio, se nota

⁶⁶ *La Información*, X, 2233, 15-07-1925, «El tabaco y sus cuestiones». También: *La Información*, X, 2163, 23-04-1925, «El mercado de tabaco en Santiago»: «El negocio del tabaco ha ido modificándose favorablemente (...) en el sentido de que los compradores vienen ahora a nuestro mercado, y las ventas se hacen directamente y al contado a especuladores de distintas procedencias, contrariamente a lo que se hacía en años anteriores, cuando el comercio dominicano de la pasada generación dependiente del agiotista alemán, situaba su tabaco en aquel mercado para satisfacer sus créditos que allí se imponían».

muy marcadamente la falta de negocios y la mala perspectiva para los meses venideros (...) Debido a esta casi paralización de negocios, ha habido algunas quiebras entre comerciantes detallistas y algunas arreglos (...).⁶⁷

Al describir el período anterior se hacía posible suponer una clara oposición entre los intereses alemanes y dominicanos; en la década de 1920, las relaciones entre los negocios dominicanos y europeos eran más complicadas. En este período, la elite comercial del Cibao fue conformándose paulatinamente de mercaderes extranjeros y nativos, cuyos intereses estaban, a menudo, estrechamente vinculados.⁶⁸ Algunos empresarios dominicanos alcanzaron altos niveles de prosperidad al conectar sus negocios con capital extranjero.⁶⁹ Otros avanzaban haciendo uso de su influencia local y sus conexiones. Algunas compañías extranjeras se mantuvieron en su condición de forasteras, simplemente comprando el tabaco y luego marchándose. Otros, tales como el francés Oquet, se integraron completamente y se convirtieron en miembros permanentes y altamente respetados de la sociedad de Santiago. Los sentimientos nacionalistas apuntaban ahora, en primera instancia, directamente contra los «yanquis» del norte, y la agitación patriota contra la influencia europea desapareció casi por completo.⁷⁰

Lo antedicho no significa que hubieran desaparecido las críticas contra el comportamiento de los comerciantes. Al contrario, la ocupación estadounidense suscitó un moderado radicalismo político,

⁶⁷ Informe mensual Santiago, julio 1928, AGN, Gobernación de Santiago, 1928, 7.

⁶⁸ Este aspecto del comercio internacional se halla destacado acertadamente en: D. C. M. Platt, «Introduction» en Platt, *Business Imperialism*, 1-14.

⁶⁹ Por ejemplo, la compañía de los Hermanos Bonelly compraba tabaco para una casa importadora alemana y poseía cuatro depósitos de almacenamiento: *La Información*, X, 2163, 23-04-1925.

⁷⁰ El más importante periódico de Santiago, *La Información*, fue un buen ejemplo de esta tendencia. El diario había cerrado sus puertas algunas veces durante el régimen del Gobierno Militar de los Marines estadounidenses y, desde entonces, mantuvo una feroz posición antiimperialista.

y el crecimiento de una substancial clase (semi)proletaria en las fábricas de cigarros contribuyó al comienzo de la sindicalización. A raíz de estos acontecimientos, la prensa local se convirtió en un acalorado comentarista de los procedimientos del mercado tabacalero cibaño, expresando duras críticas sobre cualquier tipo de manipulación mercantil y denunciando pactos secretos sobre precios máximos entre las compañías tabacaleras durante cada temporada de cosecha. Repetidas veces se demandaban medidas opuestas a las especulaciones en contra del tabaco para disminuir los precios.⁷¹ No obstante, dichas acusaciones estaban dirigidas no solamente a los comerciantes extranjeros sino también a la comunidad mercantil en su totalidad. A veces, los mercaderes europeos eran tomados como ejemplo de honestidad, en comparación con las prácticas abusivas de los dominicanos.⁷²

A pesar de todo, los comerciantes alemanes no perdieron su astucia negociadora. Los germanos jamás dejaban pasar una oportunidad para ejercer su influencia en el mercado y así recuperar su posición anterior. Ocasionalmente, divulgaban información falsa acerca de la situación del mercado. Esta era, de todos modos, una práctica corriente de la comunidad mercantil que perdió efectividad gracias a la mejora de los medios de comunicación y a la presencia de competidores siempre dispuestos a denunciar las malas conductas de sus rivales.⁷³ La manipulación de los precios del tabaco dominicano en Alemania fue más efectiva. A veces, los comerciantes alemanes intentaban mantener artificialmente precios bajos abaratando el valor del tabaco en el momento adecuado. En 1934, un comentarista anónimo describe dicha práctica de este modo:

⁷¹ *La Información*, X, 2132, 16-03-1925, «El tabaco y su monopolio».

⁷² Por ejemplo, *La Información*, IX, 1963, 06-06-1924.

⁷³ Por ejemplo, véanse las indignadas denuncias de las especulaciones mercantiles de Scheltema, un comerciante holandés de tabaco, *La Información*, XIV, 4678, 15-07-1929, «Maniobras especulativas contra el tabaco dominicano en el mercado holandés y alemán».

El sistema de centralización del Tabaco dominicano en los mercados europeos viene efectuándose desde el año 1928 del modo siguiente: Se compra el tabaco a un bajo precio, si en el mercado aparece un competidor alcista, los acaparadores europeos ofrecen el tabaco por ellos comprados a un precio mucho más barato de lo cuesta en Santo Domingo, desalojando de ese modo al competidor. Entonces los precios sufren una baja considerable por la falta de demanda, aprovechándose los acaparadores para comprar fuertes partidas de este producto.⁷⁴

Si bien son más difíciles de advertir, los cambios en el ámbito de la producción no fueron, por cierto, insignificantes. Por una parte, la producción que había comenzado a incrementarse gracias al establecimiento de varias modernas fábricas de cigarros y cigarrillos, mantuvo su curva ascendente hasta entrada la década de 1920. En 1925, las cifras de exportación alcanzaron una cantidad de 22 millones de kilogramos. Si adjuntamos los datos del consumo interno al cuadro anterior, podemos asumir que la producción llegó a cerca de los 30 millones de kilogramos.

De hecho, se cultivaban generalmente dos variedades de tabaco. El denominado tabaco criollo se destinaba a la exportación; la mayoría del tabaco de olor, de calidad algo mejor que la del criollo, se consumía en el país. El tabaco de olor lograba siempre mejores precios y, por ello, era la variedad preferida por los productores más orientados al mercado. El tabaco criollo siguió siendo cultivado por los productores campesinos a pequeña escala a causa de su mayor resistencia y menor susceptibilidad a condiciones climáticas adversas. Gracias a la creciente competencia entre los comerciantes, los esfuerzos para mejorar la calidad del tabaco comenzaron a dar su fruto a los productores.

Paralelamente al sector del campesinado, emergió un grupo de productores de mayor orientación capitalista que compraban

⁷⁴ Informe mensual Puerto Plata, Julio-Agosto 1934, AGN, Sección de Agricultura, 30, 14.

tierras, invertían capital y aplicaban mejoras tecnológicas. Este grupo formaba parte de la creciente burguesía cibaëña, que incrementó fuertemente su número de miembros y su influencia social durante las primeras décadas del siglo XX. Sus empresas privadas se desarrollaron en estrecha armonía con el gobierno modernizador y nacionalista de Horacio Vásquez (1924-1930). Con ayuda de la nueva legislación sobre la tierra y sacando ventaja de la construcción de sistemas de irrigación en la región, esta vigorosa clase de emprendedores agrarios se convirtió en un elemento dominante de las áreas rurales.⁷⁵ Con el respaldo de la investigación agronómica llevada a cabo en los viveros experimentales establecidos por el Gobierno, dichos emprendedores ensayaban nuevos métodos de cultivo, examinaban diferentes variedades de plantas de tabaco y experimentaban con procesos de fermentación de control más eficaz. El arado que había mejorado la labor en la región hacia el cambio del siglo XX se hizo de uso general. Algunos hasta comenzaron a emplear fertilizantes importados de Alemania.

Simultáneamente a los avances descritos creció la presión sobre los fecundos campos del Cibao. Cuando la Ley de Registro de Tierras, en 1920, puso punto final a los ambiguos modelos de propiedad territorial, numerosos cibaëños acomodados invirtieron en tierras que intentaron hacer rentables con el cultivo de tabaco. Algunos de ellos se hicieron cargo personalmente de las labores agrícolas, pero muchos otros se aprovecharon del creciente cerco en el que iba encerrando al campesinado y dieron comienzo a la producción de tabaco a través de convenios de aparcería. A resultas del limitado acceso a tierras de cultivo causado por la monopolización llevada a cabo por este grupo de empresarios rurales y urbanos y —en menor medida— por el crecimiento demográfico, la independencia del campesinado fue disminuyendo

⁷⁵ Sobre la irrigación, ver, por ejemplo *Memoria correspondiente al año 1927 que al ciudadano Presidente de la República presenta el Sr. Rafael Espaillet, Secretario de Estado de Agricultura e Inmigración* (Santo Domingo: 1928), 27-29.

paulatinamente. Muchos campesinos se vieron forzados a firmar contratos de aparcería, *a medias*, con los nuevos propietarios de las tierras.

Sin embargo, la incorporación del campesinado a la producción solamente tuvo carácter parcial, y ello no condujo a la completa dependencia de las ganancias por las cosechas. Durante la crisis mundial de los años 30 del siglo pasado, cuando los precios del tabaco cayeron hasta un mínimo absoluto tal que dejaban al productor cibaño un margen de 60 centavos por quintal, muchos campesinos se retiraron sin más del mercado. La producción de tabaco dominicano se redujo a una cuarta parte de la cantidad de antes de la crisis y el mercado tabacalero cibaño prácticamente se detuvo. Empero, mientras la élite del Cibao lamentaba sus pérdidas, los campesinos continuaron con sus agriculturas de subsistencia, aparentemente imperturbables frente a los acontecimientos; tan imperturbables que la crisis apenas dejó rastros en la memoria colectiva.⁷⁶ Querriamos detenernos aquí un momento para comentar la finalización de las operaciones alemanas en el Cibao. Hacia finales de los años veinte del siglo pasado, las ciudades hanseáticas habían recuperado, en mayor o menor medida, su posición dominante en el mercado europeo del tabaco. Sin embargo, este resurgimiento resultó ser de carácter efímero. La crisis mundial de los años 30 del siglo XX y el ascenso al poder del Partido Nacionalsocialista, en 1933, clausuró definitivamente la era de la Liga Hanseática. Para contrarrestar la crisis imperante —protegiendo a los productores alemanes de tabaco e incrementando los ingresos del Estado— se aumentaron, en 1931, sus los aranceles de importación. El descenso del consumo y los altos impuestos afectaron severamente la importación de tabaco.⁷⁷

En 1933, el Gobierno nacionalsocialista introdujo una «política comercial equilibrada», que tenía por objeto auspiciar el intercambio bilateral de mercancías entre Alemania y sus socios comerciales

⁷⁶ Ver el capítulo 9.

⁷⁷ Hof, *Der koloniale Rohtabakhandel in Holland...*, 74.

sin la mediación de empresas privadas.⁷⁸ El ministro de Agricultura de la República Dominicana ya había recibido, en 1931, una carta confidencial del Servicio Internacional de Economía Alemán (*Weltwirtschaftsdienst*) en la que recomendaba vivamente tal intercambio directo. Anticipando la llegada al poder del Partido Nacionalsocialista, esta modalidad de negocios podría ser un camino para «poner fin a la dominancia perniciosa de los financieros y bancos internacionales».⁷⁹

La reacción frente al recibo de dicha carta fue probablemente un educado silencio, pero cuando la política anunciada en ella se aplicó compulsivamente a los exportadores de tabaco dominicanos, su respuesta fue de todo menos de satisfacción. Un comerciante alemán informa sobre una «atmósfera de insatisfacción» en el Cibao, como consecuencia de las medidas impuestas.⁸⁰ Del mismo modo que en otros países latinoamericanos, esta política comercial se veía como un obstáculo para el libre comercio y uno más de los trucos para deprimir los precios de los productos agrícolas.

La poco diplomática propaganda nazi contribuyó a perjudicar aún más los intereses alemanes. Si bien, indudablemente, el presidente dominicano Trujillo profesaba fuerte simpatía hacia el nacionalsocialismo alemán y, sobre todo, hacia su líder, la proximidad del país con EE. UU. lo previno de llevar a la práctica la mencionada política. En 1933, fue fundada una *Auslandsorganisation* (Organización para el Extranjero) del partido nazi en Ciudad

⁷⁸ Estos acuerdos se denominaban «acuerdos de compensación bilateral». Ver por ejemplo L. Neal, «The Economic and Finance Bilateral Clearing Agreements: Germany, 1934-1938», *The Economic History Review*, second series 32, no. 3 (August 1979): 391-404.

⁷⁹ Carta confidencial del Dr. G. Woy, *Weltwirtschaftsdienst* Leipzig, a secretario de Agricultura, R. César Tolentino, 28-10-1931, AGN, Sección de Comercio, 23, 345.

⁸⁰ Carta de Schütte & Bünemann a la Cámara de Comercio de Bremen, 12-06-1934, *Handelskammer Bremen*, Hp II 59, *Dominikanische Republik*, 1850-1915, 1927-1943.

Trujillo (Santo Domingo),⁸¹ que nunca llegó a sentar una base sólida en la isla. Por el contrario, dicha organización fue rápida causa de disputas políticas y disidentes en el seno de la comunidad alemana. Un cónsul alemán, en 1935, se quejaba desesperadamente de las *Stänkereien* (intrigas) y las *Streitigkeiten* (riñas) en las filas de los residentes alemanes de Santo Domingo como resultado de la propaganda nazi.⁸²

Como consecuencia de los acontecimientos acaecidos en la década de 1930, la influencia alemana en la República Dominicana se fue marchitando. Los Países Bajos tomaron la posta del comercio tabacalero y, una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, emergieron como los principales compradores del tabaco dominicano. Un informe de 1939 relata que «la colonia tabacalera alemana en la República Dominicana se ha empobrecido en el sentido literal de la palabra. Al mismo tiempo, la influencia alemana en el comercio de tránsito ha desaparecido completamente».⁸³

Conclusión

En el presente artículo hemos intentado ofrecer un ejemplo de un sistema internacional de comercio y sus consecuencias para una economía regional en el Caribe. Nos hemos encontrado con que los efectos de un sistema internacional de productos básicos se pueden dar de diversas formas, a veces ampliamente divergentes unas de otras, bajo diferentes circunstancias históricas.

Un enfoque tal, dirigido al análisis de comercio internacional, pondrá fin a la simple dicotomía entre «interno» y «externo» dictada

⁸¹ R. Pommerin, *Das Dritte Reich und Lateinamerika* (Düsseldorf: 1977), 33. Para mayor información sobre la propaganda nacionalsocialista en la República Dominicana. Ver Bernardo Vega, *Nazismo, Fascismo y Falangismo en la República Dominicana* (Santo Domingo: 1985).

⁸² Carta de Hermann H. W. Barkhausen al Sr. Eckermann, 30-03-1935, *Handelskammer Bremen*, Hp II 59.

⁸³ *Bremen, die Tabakstadt Deutschlands, Eine Darstellung des bremischen Tabakshandels und der bremischen Tabaksindustrie* (Bremen: 1939), 31. Ver también Beutin, *Drei Jahrhunderte Tabakshande...*, 125-129.

por las teorías de la dependencia; asimismo, será una firme crítica del ingenuo modelo neoclásico del que D. C. M. Platt ha sido el más ferviente abanderado. Las sociedades locales cambiaron; por una parte, a consecuencia de las relaciones comerciales internacionales; por otra, como resultado de su dinámica interna. En algunas oportunidades, estas sociedades dieron muestra de una vigorosa resiliencia económica; en otras, perdieron terreno. En el caso particular del comercio tabacalero entre la República Dominicana y Alemania, hemos adquirido algunas percepciones.

En primer lugar, se pone de manifiesto que un cambiante mercado internacional que involucra regiones productoras de productos básicos es menos unidireccional de lo que se supone comúnmente. Los resultados finales de la variabilidad de los precios del mercado internacional o de los cambios de los patrones de consumo se deciden en el seno de la región productora. La entrada al mercado de los tabacos asiáticos, el tabaco brasileño y las medidas proteccionistas alemanas provocaron el descenso de la demanda de tabaco dominicano y una caída de sus precios, pero fue la específica estructura socioeconómica del Cibao hacia finales del siglo XIX lo que determinó las consecuencias para su producción. En Cuba y en Brasil, el ingreso de los nuevos actores al mercado condujo a mejoras técnicas en el cultivo del tabaco y al incremento de la intervención estatal en el proceso; en Colombia, provocó la casi total desaparición del tabaco como producto de exportación; la consecuencia en el Cibao fue el surgimiento de una economía campesina productora de tabaco. Los bajos precios ahuyentaron a los productores más orientados hacia la economía de mercado. Los comerciantes urbanos no tuvieron intención de incorporarse al proceso de producción. A consecuencia de esto, dichos comerciantes ciudadanos tuvieron que dejar la producción en manos de una clase rural que mantuvo considerable autonomía en razón de su disposición de tierras abiertas. Es muy posible que la crisis del sector mercantil dominicano a finales del siglo XIX haya sido el factor más importante que garantizó la supervivencia de un campesinado autónomo en la región.

Un segundo tema de interés se relaciona con el surgimiento de una burguesía regional. Nos parece útil analizar el desarrollo de una nueva facción de élite, tanto en su fuero interno como en el contexto internacional, sin supeditar ambos aspectos. Los cambios en la posición de la clase mercantil cibaena fueron muy significativos. La actividad comercial en la región tuvo sus orígenes en un primitivo comercio de importación y exportación en la que el tabaco y algunos otros productos básicos se intercambiaban por bienes de consumo europeos. El asentamiento de mercaderes alemanes estimuló en gran medida la actividad comercial en la región. Estos comerciantes otorgaron créditos al Cibao y permitieron a la zona la expansión de sus negocios. En la década de 1870, cuando una crisis comercial provocó la caída de los precios y la restricción de los créditos, los comerciantes cibaenos se vieron confrontados con las consecuencias negativas de la dependencia económica de los alemanes. Muchos comerciantes del Cibao cayeron en bancarrota y todos sufrieron pérdidas considerables. Las medidas comerciales restrictivas del régimen de Bismarck y la crisis general fueron vehículo de una concentración en el mercado tabacalero hanseático. Los comerciantes alemanes se alejaron del negocio del tabaco por su incapacidad de sacar ganancias del languideciente mercado, pero Hamburgo y Bremen siguieron siendo las principales plazas para el tabaco negro latinoamericano.

A largo plazo, la ausencia de los alemanes permitió a los mercaderes cibaenos apoderarse del mercado de exportación y establecerse como la clase dominante de la región. En su condición de exportadores de productos básicos dominicanos, eran prácticamente los únicos que tenían acceso a créditos extranjeros; además, fueron incorporándose gradualmente al sector industrial que había comenzado su labor en la manufactura del tabaco. Todo esto los elevó a ocupar una sólida posición económica y política en la región. Finalmente, la tensión existente entre este indisputable poder local y la continua dependencia de los créditos alemanes fomentó fuertes sentimientos antialemanes y el nacimiento de ideología de raigambre nacionalista.

CAPÍTULO 8

LA HUELGA DE LOS TABAQUEROS, SANTIAGO, 1919. UN MOMENTO DE LA LUCHA OBRERA EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Introducción

Se ha escrito muy poco sobre los esfuerzos de crear un movimiento obrero en la República Dominicana en las primeras décadas del siglo XX. Parece que el estancamiento político en la era de Trujillo ha escondido los gérmenes de un movimiento obrero que efectivamente había en la época anterior al régimen de Trujillo.¹

Tampoco es muy fácil analizar la sociedad dominicana en las primeras décadas de este siglo, porque la transformación económica por la cual fue tocado el país dificulta el uso de conceptos como proletariado, lucha obrera o inclusive, sector industrial. La sociedad dominicana se encontró en una etapa de grandes cambios y muchos obreros tenían vínculos campesinos o artesanales; muchas actividades industriales todavía mostraban rasgos precapitalistas o artesanales.² Para un análisis del movimiento obrero en esta fase de la historia dominicana es necesario saber más sobre la organización y las expresiones públicas de los distintos grupos de obreros. Este artículo pretende hacer un aporte pequeño a tal conocimiento. Presenta un «estudio de caso» de un conflicto laboral

¹ Algunos trabajos son: Manuel de Jesús Pozo, «Historia del Movimiento Obrero Dominicano de 1900-1930». *Realidad Contemporánea* 1, no. 2 (Abr-Jun 1976): 35-89. Nelson Moreno Ceballos, «Historia del Movimiento obrero y sindical dominicano», *Revista Estudios Dominicanos* 1, no. 3 (Ene-Abr 1985): 49-61. Para un estudio mayor, ver Roberto Cassá *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana: desde los orígenes hasta 1960* (Santo Domingo: Fundación Cultura Dominicana, 1990).

² Ver por ejemplo Wilfredo Lozano, *Proletarización y campesinado en el capitalismo agroexportador* (Santo Domingo: INTEC, 1985).

que tuvo lugar en Santiago en 1919. En este año el gremio de los tabaqueros, llamado la Hermandad Cigarrera, declaró una huelga que duró dos meses. Aunque pueda ser considerado un momento muy corto y hasta insignificante en la historia dominicana, esta huelga tuvo una trascendencia tan amplia que se dejó sentir en todos los años 20.

Este capítulo describe primero uno de los rasgos más importantes de la industria del tabaco en el Cibao. Luego, quiero mostrar algunos de los elementos que formaban el movimiento de los tabaqueros. La mayor parte de este artículo es dedicado a los detalles de la huelga de 1919. Al final quiero formular algunas conclusiones tentativas.³

La industria del tabaco en los principios del siglo XX

Desde los finales del siglo XVIII se estableció el tabaco como el producto más importante de la economía cibaëña. La mayor parte del tabaco, producido por miles de pequeños productores, se exportaba a Europa «en rama», sin ninguna elaboración. Sin embargo, una parte del tabaco siempre se preparaba y consumía en la misma isla. Los andullos hechos sobre todo en la Sierra, tenían buena demanda tanto en la República Dominicana, como en Haití.⁴ En la segunda mitad del siglo XIX se fundó también un sector de elaboración de tabaco en los centros urbanos de la región. En el principio se trataba solamente de pequeñas *tabaquerías* donde se producía cigarros para el consumo local con mano de obra familiar. Vinieron a existir algunas más grandes, como «La Anacaona» de José Tolentino, «La Aurora» de E. León y «La Matilde» de Simón Mencía, establecidas todas en Santiago. Estas compañías empleaban más de 50 obreros cada una en 1900. El sector tabaquero creció

³ Este artículo está basado sobre todo a la prensa regional. Un estudio sistemático debe poder encontrar mucho más material

⁴ Por ejemplo Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Pedro F. Bonó* (Barcelona: Gráficas M. Pareja 1980), 200-201.

rápido en los primeros años del siglo XX. Enrique Deschamps contaba 87 tabaquerías y 25 cigarrerías en todo el país en 1907.⁵

La producción de cigarrillos añadió un nuevo elemento a esta industria criolla en esta época. Provocó una rápida industrialización del sector tabacalero e iba a formar la base de grandes compañías, de las cuales «La Habanera», fundada en 1904 por el alemán Richard Söllner, era sin duda lo más grande. Poseía las máquinas más modernas de la época e iba a ser la compañía más grande de Santiago empleando centenares de hombres y mujeres. «La Aurora» se convirtió en otra gran fábrica de cigarros y cigarrillos. Estas fábricas modernas empleaban un gran número de obreros, pero también en la multitud de las pequeñas tabaquerías muchos hombres y mujeres ganaron su pan diario. Había distintos empleos en la industria tabacalera, como torcedores, rezagadores, anilleros y despalladores, pero no sabemos si estos también implicaban diferencias sociales.

En las primeras décadas del siglo XX, podemos distinguir tres ramos de la industria tabacalera. En la cumbre existían las grandes fábricas. Tenían invertido grandes capitales en sus máquinas y edificios y fueron manejados según una lógica completamente capitalista. Un segundo grupo consistía en las tabaquerías medianas. Fueron empresas pequeñas con pocos empleados, pero con una existencia más o menos estable. Sus dueños tenían muchas veces distintas actividades comerciales y manejaban algún capital. En el libro de Tulio Cestero, *Por el Cibao*,⁶ se pueden encontrar muchos ejemplos de este tipo de empresas. Tercero, existía un numeroso grupo que podríamos llamar tabaquerías informales y que normalmente fueron indicadas con el nombre de *chinchales* en esta época. Aunque fueran urbanas, se parecían mucho al sector de manufactura campesina. No tenían máquinas, ni capital y producían

⁵ Para el desarrollo de la industria tabacalera, ver Antonio Lluberés Navarro, «El Tabaco Dominicano: de la Manufactura al Monopolio Industrial», *Eme-Eme Estudios Dominicanos* 6, no. 3 (Mar-Abr 1978).

⁶ Tulio Cestero, *Por el Cibao* (Santo Domingo: Cuna de América, 1901).

cigarros de una calidad inferior que se vendían baratos. Se observó en 1929 que el fabricante clandestino

Generalmente trabaja solo y en su casa. No paga operario local, nada. El millar de cigarros originario de esa fabricación se vende corrientemente al precio de seis pesos oro, es lo que un dueño de fábrica legal tiene que pagar a todo operario por a mano de obra de un millar de cigarros.⁷

Se nota que en esta época la diferencia entre los dos tipos de tabaquerías pequeñas adquirió un carácter jurídico. Desde el principio del siglo el gobierno gravó la producción de cigarros y cigarrillos con un impuesto. Los chinchales hicieron todo lo posible por evadir este impuesto, lo que resultó en quejas sobre competencia falsa de parte de los otros productores. Desde este momento, y sobre todo al final de los años 20 cuando las autoridades trataban de controlar el sector tabacalero, a estas fábricas se llamaron «cigarrerías clandestinas». Sacaba a la luz en una manera aún más fuerte la contradicción básica entre estos distintos productores.

Gérmenes de un movimiento obrero

No es completamente claro lo que significaba el término «obrero» en este período. Un proletariado, completamente «liberado» del acceso a los medios de producción casi no existía en la República Dominicana de principios de siglo. Muchos «obreros» todavía tenían acceso a la tierra y cultivaban parte de sus bienes de consumo en un pedazo de tierra. Otros poseían su propio negocio o trabajaban como artesanos independientes. La industria tabacalera tenía muchos elementos de una industria de casa. Ya vimos la descripción de los chinchales como una empresa familiar, pero también muchos obreros y obreras que trabajaban para las grandes fábricas hacían los cigarros en su casa y poseían sus propios

⁷ *La Información* (LI), XV, 4788, 2-12-1929; «La Fabricación Clandestina de Cigarros en el País».

instrumentos. Además, los sueldos de los cigarreros fueron siempre pagados «al ajuste», por millar de cigarros producidos. Hasta cierto punto se puede considerar a los obreros tabacaleros de entonces como una clase de artesanos semindependientes.

Como pasó en muchos otros países del mundo, fue este grupo de obreros artesanales y semindependientes los que formaban la vanguardia del movimiento obrero. Aunque habían ocurrido huelgas espontáneas en las plantaciones azucareras en el sur del país, fueron otros los sectores donde se fundaron organizaciones obreras. Los más destacados fueron los panaderos, los carreteros, los ganaderos y, por supuesto, los tabaqueros. Después de la muerte de Lilís, se formó en 1900 la *Liga de Obreros y Artesanos*. El documento de su fundación fue firmado por aproximadamente 400 artesanos y obreros, pertenecientes a 21 oficios diferentes.⁸ No es claro si existía alguna relación con esta Liga, pero en este mismo año se fundó en Santiago la *Unión de Obreros*, en la cual se organizaron los operarios del tabaco de Santiago, «con el propósito de mejorar la condición económica del obrero».⁹ Es evidente que no era una organización de obreros netamente dicha cuando se nota que las demandas de la Unión no tenían nada que ver con ingresos salariales, sino que se referían a la inestabilidad monetaria en el país, que dificultaron las actividades de los tabaqueros, «hoy demasiado oprimido con las constantes e interminables cuestiones de cambio y las dificultades de moneda». Los «obrerros» que se agremiaban en esta Unión fueron artesanos que no lucharon por mejorar sueldos, sino para una protección de sus pequeñas empresas.

La actividad gremial de los tabaqueros empezada en este momento continuaba en los años siguientes. En 1908, 41 tabaqueros reunidos en el salón de la Alianza Cibaëña, una sociedad de artesanos y de fines instructivos, fundaron un «gremio de tabaqueros».¹⁰

⁸ Pozo, *Historia del Movimiento...*, 47-48.

⁹ Carta del Presidente de la «Unión de Obreros», Marco A. Michel, al ciudadano ministro de lo Interior, en Legajos Interior y Policía, núm. 175, 1900 (Archivo General de la Nación).

¹⁰ *El Noticiero*, 27-10-1908; «Los tabaqueros se agremian».

Menos de dos años después de su fundación este gremio estaba discutiendo una huelga, la que fue evitada porque el gremio nombró a una comisión «que se acercara a los señores dueños de las fábricas, con el fin de armonizar intereses unos y otros».¹¹ Es claro que los tabaqueros todavía fueron lejos de una lucha de clase reivindicativa. Fueron conscientes de los diferentes intereses de los empresarios y de los obreros, pero buscaban acuerdos armónicos entre los dos grupos. Las actividades gremiales se desarrollaron de una manera irregular e interrumpida, pero llevaría finalmente a un verdadero movimiento tabaquero durante la ocupación norteamericana. Un nuevo gremio de tabaqueros se fundó en Santiago en el año 1914, el cual tenía 140 miembros.¹² También intensificaron las actividades de ayuda social y «socorro mutuo». Existían planes de emprender la educación obrera y crear «una escuela de obreros».¹³

En 1918 tuvo lugar la primera verdadera huelga de las obreras de La Tabacalera: «Obligadas por la carestía de la vida, las despalladoras de La Tabacalera, pobres obreras (...) se han declarado en huelga». La huelga duró solamente cuatro días. El éxito de la actitud obrera fue casi inmediato. La Tabacalera dejó saber que desde el principio había estado de acuerdo con las demandas del gremio y se llegó a un acuerdo «en la mayor cordialidad».¹⁴ Sin embargo, el periódico local, *La Información*, no estaba convencido de la buena voluntad de los dueños.¹⁵ La huelga había podido ser evitada fácilmente y solamente había sido necesaria por «este estado de injustificable descuido i de criminal apatía de parte de los jefes de fábricas, de casas de comercio, etc.».¹⁶

¹¹ *El Diario* (ED), 15-6-1910; «Huelga».

¹² *Censo de Población y datos históricos y estadísticos de la ciudad de Santiago de los Caballeros* (Santiago: *La Información*, 1917), 54.

¹³ Por ejemplo *LI*, II, 362, 12-3-1917 y *Listín Diario*, XXX, 9052, 23-7-1919; «Ambiente Obrero».

¹⁴ *LI*, III, 825, 10-10-1918; «Huelga de Tabaqueros».

¹⁵ *LI*, III, 827, 15-10-1918.

¹⁶ *LI*, III, 829, 16-10-1918.

Las actividades de los gremios de obreros se intensificaron en el 1919, cuando una fuerte crisis económica afectaba la economía dominicana, y también a consecuencia de los contactos más directos entre los gremios dominicanos y el movimiento sindical norteamericano. Un líder sindical norteamericano, Samuel Gompers, vino a ser una persona bastante conocida y admirado en la República Dominicana. El gremio de los tabaqueros le reconoció como «el hombre ecuaníme que admiramos y respetamos como el apóstol decidido de las libertades obreras contemporáneas». ¹⁷ Los obreros dominicanos sabían de las grandes huelgas en los Estados Unidos e intensificaron sus propias luchas reivindicativas. Exigían que sus sueldos no quedaran atrás del aumento del costo de la vida, lo cual fue muy notable en los centros urbanos dominicanos. Las actividades de los ganaderos, panaderos, carreteros y, sobre todo, los obreros del Ferrocarril de Samaná a Santiago fueron muy notables en este período. Sobre todo, la huelga exitosa de los trabajadores del ferrocarril al principio del año 1919 dio un gran empuje al movimiento obrero dominicano. ¹⁸ Para los tabaqueros de Santiago la prueba de fuego llegó en el verano de este mismo año, cuando ocurrió uno de los más intensos conflictos laborales de la época.

La huelga de los tabaqueros: 30 julio-25 septiembre 1919

Una radicalización de los tabaqueros tuvo lugar en el mes de julio de 1919. Los precios de consumo habían aumentado mucho y cuando las fábricas de cigarros y cigarrillos declararon que iban a aumentar los precios de sus productos, los obreros se prepararon para un enfrentamiento con los dueños. Siempre había existido una relación estrecha entre los precios de los productos tabaqueros y los sueldos de los obreros. Con esta medida de las fábricas los

¹⁷ *LI*, IV, 1054, 28-8-1919; «Los Huelguistas no aceptan otras condiciones que las dictadas por ellos».

¹⁸ Informe de la Gobernación de la provincia de Samaná, 13-5-1919, en *Legajos Interior y Policía*, núm. 386, 21. También: *ED*, XVIII, 8411, 8-9-1919; «Movimiento Obrero».

tabaqueros consideraron que también había que subir sus sueldos. *La Información* hizo notar que en el día 24 de julio los tabaqueros de Santiago se agremiaron. Es probable que no se trataba de un gremio nuevo, sino de una reorganización del gremio existente. No estaba claro si era el resultado de un conflicto interno, pero en esta ocasión fue elegida una nueva directiva bajo la presidencia de Manuel Tavárez R. El gremio, que tenía 400 asociados, tenía como objetivos:

poder solidariamente llegar a una inteligencia que satisfaga las aspiraciones de todos, propender al mejoramiento moral i material de los asociados sobre una base de mutua protección i buen compañerismo.¹⁹

Estos propósitos no parecen demasiado radicales, pero debernos interpretarlos como una señal de una nueva militancia de los tabaqueros.

La reorganización del gremio significó el principio de un conflicto laboral que duró dos meses. Cuatro días después los operarios tabaqueros pidieron un aumento salarial. La tensión provocada por esta demanda se dejó sentir aún mucho más fuerte cuando la fábrica «La Aurora» suspendió a tres obreros que pertenecían a la directiva del gremio. Además, esta y otras fábricas rehusaron reconocer el gremio y rechazaron las demandas salariales.²⁰ Dos días después el gremio de tabaqueros se declaró en huelga:

(A) las dos de la tarde iniciaron el desfile en filas ordenadas desde cada una de las fábricas de la ciudad hacia el Parque Colón, todos los operarios de las Cigarrerías de Santiago.

¹⁹ *LI*, IV, 1025, 24-7-1919; «Los Tabaqueros se agremian». *ED*, XVII, 8365, 25-7-1919; «Gremio de tabaqueros».

²⁰ *LI*, IV, 1028, 28-7-1919; «La Cuestión de los Tabaqueros». *La Información* condenó esta actitud como una pérdida de la «autoridad moral» de los dueños.

Más de 300 obreros firmaron un contrato notarial en el cual prometieron seguir las órdenes de la Junta Directiva y comportarse decente.²¹ La huelga era parte de un movimiento más amplio. En la Capital los tabaqueros habían parado sus trabajos algunos días anteriores apoyados por los anilleros y despalladores, «mujeres en su mayoría».²²

Los dueños de las fábricas en Santiago no tardaron mucho en su contesta a las exigencias de los obreros. Formaron la «Unión de Fabricantes» e hicieron saber que estaban dispuestos a conceder algunas de las demandas de los obreros. Sin embargo, el tono de su carta pública fue muy duro, alegando que sus concesiones fueron aceptadas «por pura complacencia y no porque fuera justo ni legal». Enfatizaron que su oferta tenía una vigencia de no más de tres días y que los obreros que no volvieran a trabajar dentro de este plazo iban a ser suspendidos.²³

Aunque el gremio consideraba a la Unión de Fabricantes como «una entidad inexistente», contestó la carta diciendo que mantenía sus demandas:

1. La liquidación de jornales en cada seis días de trabajo contados de lunes a sábado «en razón de que no quieren dejar en manos de nadie por más tiempo del que fuere prudente, el producto de un día de trabajo.
2. Un avance en moneda a mediados de semana.
3. El restablecimiento del lector en las salas de trabajo, cuya supresión les fue impuesta sin que fuera gravoso para la factoría.²⁴

Con respecto a esta última demanda, es probable que los dueños de las fábricas trataron de sofocar la militancia obrera y de suprimir los contactos nacionales tras la supresión del lector. El *Listín Diario*

²¹ *LI*, IV, 1031, 31-7-1919; «La Huelga de Tabaqueros fue declarada ayer».

²² *ED*, XVII, 8371, 1-8-1919.

²³ *LI*, IV, 1034, 4-8-1919; «Ecos de la Huelga».

²⁴ *LI*, «Ecos de la Huelga».

reportó que existía «prohibición expresa de que en las salas de trabajo fueran ni siquiera mencionados el libro ni la prensa».²⁵

Frente a la intransigencia de los dueños la huelga se prolongó, en agosto, por más tiempo del que se había esperado «teniendo en cuenta la falta de medios económicos de la asociación para resistir las consecuencias de la huelga».²⁶ Ya en la segunda semana de agosto se observó que «falta dinero i falta pan en muchos barrios i hogares de la población».²⁷ *La Información* alegó que la huelga continuaba porque había noticias que se iba a armar una nueva fábrica en Santiago, la cual iba a ser organizada según las demandas de los obreros. Es muy probable que se refería a la fábrica del comerciante francés, Albert Oquet, que supuestamente daría trabajo a 400 obreros.²⁸ En la última semana de agosto una solución del conflicto laboral parecía a mano. Por iniciativa del director de *La Información*, César Tolentino, tuvo lugar una «cordial entrevista entre los directores de la huelga i el presidente de La Tabacalera, Anselmo Copello». Desde el principio de la huelga La Tabacalera había tomado una posición muy dura frente a los obreros y se esperaba que un acuerdo con esta fábrica pudiera terminar la huelga en todas las fábricas de Santiago. El dueño de La Tabacalera hizo saber que aceptaría un aumento salarial de un peso por millar y que dejaría su oposición a la existencia del gremio dentro de la fábrica. El mediado esperó que por estas concesiones al conflicto podría ser terminado. *La Información* previó «una demostración de alegría en todas las clases obreras».²⁹ Sin embargo, al día siguiente los miembros del gremio, ahora generalmente llamada la «Hermandad Cigarrera», discutieron los acuerdos provisionales y... los rechazaron rotundamente».³⁰

²⁵ *Listín Diario*, XXX, 9056, 28-7-1919; «La huelga de tabaqueros».

²⁶ *LI*, IV, 1038, 8-8-1919; «En busca del acuerdo».

²⁷ *LI*, IV, 1043, 14-8-1919; «Porqué se prolonga la huelga».

²⁸ *ED*, XVII, 8377, 8-8-1919; «Gran Factoría».

²⁹ *LI*, IV, 1049, 22-8-1919; «La Huelga de Tabaqueros llega a su fin».

³⁰ *LI*, IV, 1050, 23-8-1919; «La Hermandad cigarrera rechaza el acuerdo provisional».

Como era de esperar, había dos versiones para explicar este rechazo. Los fabricantes lo explicaban por referencia a la falta de disciplina dentro del gremio y sobre todo, a la contradicción que existía entre los obreros de las grandes fábricas y los de los chincales. Copello enfatizó en una carta el 26 de agosto que

es el parecer de los que están más cerca de ella (la Hermandad Cigarrera; MB), que todavía no se siente con capacidad suficiente para lograr que se establezca un precio igual para la elaboración en todas las fábricas de la ciudad, porque le falta la cohesión necesaria i la organización indispensable para actuar con fuerza moral suficiente sobre los torcedores de los chincales i con ninguna influencia en las fábricas de otras localidades dentro i fuera de la provincia.³¹

Esta carta hace una clara alusión a que el conflicto se había enfocado a la relación entre los salarios de las grandes y pequeñas fábricas. La Hermandad Cigarrera quería un sueldo diferencial de acuerdo con el tamaño de las fábricas. La Tabacalera no quería pagar sueldos más altos que los chincales.

Los tabaqueros evidentemente tenían un análisis muy distinto y completamente contrapuesto a la versión de Copello. En una carta pública explicaron sus argumentos para rechazar el acuerdo provisional. Primero, enfatizaron que los acuerdos habían sido demasiado ambiguos y vagos, algo que también había sido admitido por *La Información*. Todas las concesiones que La Tabacalera había ofrecido *en principio*, no había garantías que en verdad la fábrica cumpliera con sus promesas. También la aceptación del gremio por la fábrica había sido demasiado vaga para el gremio. La base de ella sería el séptimo artículo de los Reglamentos de La Habanera (un nombre que todavía se usaba, aunque el nombre oficial de la fábrica fue, desde 1914, Compañía Anónima Tabacalera). Este artículo solamente indicó que «la queja podrá ser hecha personalmente, o por

³¹ *LI*, IV, 1052, 26-8-1919; «La Tabacalera retira sus contraproposiciones ante la actitud de los torcedores».

medio de una Comisión cuando se trata de un asunto de interés general». La aplicación de este artículo será completamente indefinida. ¿Qué significaba «interés general»? ¿Y cuál iba a ser el papel del gremio en esta comisión de quejas? Podía ser que ni siquiera un representante del gremio tendría un asiento en esta comisión, porque se hablaba de una queja hecha *personalmente* por el tabaquero. Concluyó el gremio: «nada más evidente entonces que la entidad gremial no existe en el taller».

El asunto de los chinchales había sido estudiado detenidamente por la Hermandad. En este momento no se creyó que se podían pagar los mismos sueldos en todas las fábricas. Tampoco quería acabar con las pequeñas fábricas porque significaría una pérdida de ingresos para muchas familias pobres.³²

El fracaso de la intermediación de César Tolentino agudizó el conflicto. Lunes, el primero de septiembre, un gran número de tabaqueros se reunió en la plaza Duarte para hacer un desfile por las calles de Santiago. Cuando algunos huelguistas trataron de convencer a un «rezagador» de la fábrica La Aurora de la justicia de la huelga estalló un pleito. La policía puso fin a los desórdenes y cuatro tabaqueros fueron arrestados.³³ El Comité Ejecutivo de la Hermandad trató de mantener la disciplina en la huelga que ya duraba más de un mes. Rechazó los desórdenes y dio una admonición fuerte a los involucrados. Al mismo tiempo aumentó su presión a los miembros de la Hermandad que mostraban signos de vacilación. Les recordó el contrato que todos los miembros habían firmado voluntariamente en el principio de la huelga.³⁴

La relación entre las grandes fábricas y los chinchales se había desarrollado en el punto central de la huelga. La Hermandad Cigarrera había diseñado un «plan nivelativo», lo que determinaba los sueldos de los obreros en las empresas de distinta índole y tamaño. En los primeros días de septiembre cinco fábricas medianas habían

³² *LI*, IV, 1054, 28-8-1919; «Los huelguistas no aceptan otras condiciones».

³³ *ED*, XVIII, 8396, 1-9-1919. *LI*, IV, 1058, 2-9-1919; «El desorden de ayer».

³⁴ *LI*, IV, 1059, 39-1919; «Evoluciones Obreras».

aceptado este plan.³⁵ La lucha ahora se concentró en las grandes fábricas, la Compañía Anónima Tabacalera y La Aurora, las cuales siguieron rechazando los planes de los tabaqueros, porque significaría que ellos pagarían sueldos más altos que las pequeñas fábricas.

Frente a la tensión explosiva en que se encontró el movimiento huelguista, las autoridades no podían quedar pasivas. Aparte de los ingresos económicos que se iban a perder, el conflicto afectó a la entera provincia y constituyó un ejemplo peligroso para otros sectores de la economía regional. El Gobernador de Santiago trató entonces de efectuar una reconciliación entre los diferentes partidos. Invitó a la Hermandad para una entrevista «con el propósito de terminar la huelga existente».³⁶ Sin embargo, el gobernador no pudo ofrecer mucho. Propuso que la Hermandad «accediese a la transacción pedida por el señor Copello, lo que volvieron a rechazar los representantes del gremio», como observó lacónicamente *La Información*. De la misma manera fracasó un esfuerzo para cambiar la opinión de Anselmo Copello.³⁷

La Hermandad declaró que no iba a terminar la huelga mientras «el precio fijado para la Habanera era el mismo que actualmente pagaban las pequeñas factorías de la localidad basado en el plan nivelativo del Comité Ejecutivo».

Según la Hermandad pocos obreros efectivamente sufrieron como consecuencia de la huelga prolongada. El gremio había organizado un sistema de trabajo «por el cual, estableciendo permutas, todos trabajan dos días por semana, ganando así lo necesario para el sostenimiento de los principios perseguidos por el Comité Ejecutivo». Calculó que solamente unos cuarenta obreros se quedaron

³⁵ *LI*, IV, 1060, 4-9-1919; «Evolución obrera». Fueron: «La Dominicana» de Agustín Pichardo, «La Flor Sublime» de Lévido Minier, «La Bandera» de José Díaz C., «El Negro Bueno» de Font y Co. y «La Indiana» de J. Zacarías Espinal.

³⁶ *ED*, XVIII, 8399, 4-9-1919; «El Gobernador y los cigarreros».

³⁷ *LI*, IV, 1061, 5-9-1919; «Evoluciones obreras», y *LI*, IV, 1062, 6-9-1919; «Las gestiones del Gobernador frustradas».

sin trabajo. Además, se observó que los chinchales prosperaban por la ausencia de la competencia de las dos grandes fábricas.³⁸

No obstante estas observaciones optimistas, muchos obreros venían a encontrar problemas materiales. El desaliento y la desilusión estaba creciendo dentro de los miembros del gremio. Los contratos firmados por los tabaqueros no podían impedir que al principio de septiembre tres miembros del gremio públicamente resignaron de la Hermandad, Uno de ellos escribió en *El Diario*:

No estando preparado para tan largo cese en el trabajo i escaseándoseme ya los medios de subsistencia me veo en la necesidad de reanudar el interrumpido trabajo para poder atender a las primeras necesidades de la vida.³⁹

Los líderes de la Hermandad se dieron cuenta de los posibles efectos de estas resignaciones. Trataron de cerrar las filas y empezaron un caso judicial contra los tres obreros en la Alcaldía de la Segunda Circunscripción.⁴⁰

Por otro lado, se intensificaron los rumores de que los dueños de las fábricas iban a traer obreros de la región de Puerto Plata para romper la huelga y reasumir la producción. Probablemente más grave para los tabaqueros fue que la huelga iba a perder la simpatía de la opinión pública, como escribió el periódico *El Progreso* de La Vega:

Al principio, la opinión pública estuvo con la huelga. Pero engreída la masa proletaria en la que parece faltar una cabeza directora y sensata se ha ido tal vez mal aconsejada a un extremo radical, postulando unas pretensiones que solamente son posibles en la Rusia bolchevique.⁴¹

³⁸ *LI*, IV, 1063, 8-9-1919; «Evoluciones obreras» y *LI*, IV, 1067, 12-9-1919; «Progreso de los Chinchales».

³⁹ *ED*, XVIII, 8404, 10-9-1919; Carta de José Rodríguez, 5-9-1919.

⁴⁰ *LI*, IV, 1068, 13-9-1919.

⁴¹ *ED*, XVIII, 8411, 8-9-1919; «El Movimiento obrero» (de *El Progreso*, La Vega).

La Información, el periódico que desde el principio había sido un firme defensor de la huelga, también perdió su paciencia. Opinó que la radicalización de la Hermandad hacía imposible una solución del conflicto.⁴²

Era evidente, en la tercera semana de septiembre, que la huelga estaba perdida. Viernes, 19 de septiembre, otra reunión tuvo lugar entre la Hermandad y Anselmo Copello. La Hermandad se dio cuenta de que sus miembros estaban al final de sus fuerzas. Dejó saber que quería llegar a un compromiso y aceptaría los acuerdos provisionales del 21 de agosto. Pero, «no fue de ninguna manera posible el entendido, rechazados todos los puntos de la Comisión por el señor Copello». La posición del negociador de La Tabacalera fue sumamente dura y no dejó ningún espacio para la Hermandad, «aprovechándose de las actuales circunstancias fatales porque atraviesa el obrero dominicano», como observó *La Información*.⁴³ Todavía la Hermandad intentó de mantener su militancia y dignidad. Declaró que estaba

dispuesto a pasar por todas las transiciones peligrosas que sean menester antes que llegar al extremo de firmar un acuerdo humillante tal como lo propone el Presidente de la Tabacalera y se propone seguir en la consecución tenaz y decidida de sus principios doctrinarios.⁴⁴

Sin embargo, la misma noche el Comité Ejecutivo de la Hermandad convocó una sesión extraordinaria. En esta ocasión se decidió que sería imposible continuar la huelga. La semana

⁴² *LI*, IV, 1050, 23-8-1919; «La Hermandad cigarrera rechaza (...)», escribió: «Es absurdo que el tabaquero que se quiere llamar el cooperador (de la fábrica; MB) (...) va en contra de los intereses de la fábrica (...)» *LI*, IV, 1072, 18-9-1919: «Buscando una solución». «Al principio, la opinión pública estuvo con la huelga, le dio su apoyo moral mientras las demandas de las clases trabajadoras estuvieron fundamentadas en derechos conciliables con los intereses de la Fábrica (...)».

⁴³ *LI*, IV, 1073, 19-9-1919; «Evoluciones obreras».

⁴⁴ *LI*, «Evoluciones obreras».

siguiente la Hermandad declaró que la huelga había terminado. Jueves, 25 de septiembre, *El Diario* encabezó la noticia de que «Las Fábricas de tabaco reanudan sus labores», y observó que: «Numerosos son los cigarreros que han ido a inscribirse incondicionalmente. Los precios que regirán son los establecidos por la casa (La Tabacalera; MB)». ⁴⁵ En esta corta noticia se reflejó toda la humillación sufrida por la Hermandad Cigarrera al final de esta larga huelga.

Conclusión: La huelga de 1919 en perspectiva histórica

La huelga de los tabaqueros de Santiago duró dos meses y fue la huelga más larga que el país había conocido hasta el momento. Solamente por esta razón es ya memorable. Pero aparte de esto nos puede dar informaciones sobre el inicio del movimiento obrero en el principio de este siglo. Sobre todo, se refleja en los resultados ambiguos de la huelga. Por un lado, ocasionó un aumento en los sueldos de los tabaqueros. También mostró la fuerza y militancia del gremio de los tabaqueros, manteniendo una huelga durante dos meses sin grandes deserciones, pleitos internos o rompe-huelgas. Por otro lado, mostró la debilidad estructural del movimiento obrero en una sociedad como la dominicana en las primeras décadas del siglo.

Primero, la Hermandad no contaba con los suficientes fondos para sostener una huelga de larga duración. Gracias a los acuerdos con algunas fábricas, las que fueron menos afectadas por las demandas del gremio, los tabaqueros podían sobrevivir. Pero fue muy claro que la situación económica de muchas familias de tabaqueros fue muy precaria desde el principio de la huelga. Frente al poder económico y político de las grandes fábricas, los tabaqueros fueron incapaz de mantener sus demandas. También puede ser que había una cierta incoherencia ideológica dentro de la Hermandad. No sabemos nada sobre la ideología reinante en las filas de los tabaqueros. Roberto Cassá probablemente tiene razón cuando

⁴⁵ *ED*, XVIII, 8416, 25-9-1919; «Las Fábricas de tabacos reanudan sus labores».

dice que las ideas socialistas no tenían influencia en el movimiento obrero de esta época.⁴⁶ Fue más bien el movimiento sindical de los Estados Unidos el que sirvió de ejemplo a los obreros dominicanos. Su objetivo no fue tanto una lucha de clase, sino una mejor integración del movimiento obrero en la organización de las empresas y una repartición más igualitaria de sus ingresos. Parece que los dirigentes de la Hermandad no estaban preparados para la radicalización de sus miembros como resultado de la actitud irreconciliable y arrogante de los gerentes de La Tabacalera y La Aurora. Los acuerdos aprobados por el Comité Ejecutivo fueron rechazados por la asamblea general del gremio. Parece que desde este momento el Comité perdió control sobre los acontecimientos, ya que

los miembros no querían aceptar los compromisos hechos por el Comité y «creyeron más justo para sus intereses, seguir exigiendo, sin transacciones, hasta obligar a sucumbir a los dueños de factoría».⁴⁷

Al final, los dueños de las dos grandes fábricas aprovecharon la situación para llevar a los huelguistas a una derrota humillante.

Segundo, la huelga de los tabaqueros sacó a la luz las contradicciones dentro del movimiento obrero en este momento del desarrollo económico del país. Los distintos grupos de obreros muchas veces tenían intereses distintos y hasta conflictivos. Los obreros de las grandes y mediabas compañías formaban un verdadero grupo de proletarios, que lucharon con los empresarios para recibir una parte mayor de las ganancias de la empresa. Las relaciones entre dueño y obrero en las pequeñas tabaquerías fueron completamente distintas. El dueño era muchas veces tan pobre como sus empleados y las ganancias siempre fueron muy pocas. El carácter artesanal en los chinchales nunca se perdió y las relaciones de trabajo fueron coloreadas por fuertes lazos de

⁴⁶ Comunicación personal.

⁴⁷ *LI*, IV, 1050, 23-8-1919; «La Hermandad cigarrera rechaza (...)».

confianza y compadrazgo entre obreros y dueños. En el caso de los chinchales las demandas salariales debían obligatoriamente ser muy limitadas. La Hermandad lo entendió y fue por eso que se inventó el «plan nivelativo». En este plan trataba de armonizar los intereses de los diferentes grupos de obreros y de evitar una división dentro del gremio de tabaqueros. No sabemos mucho sobre las diferencias entre las diferentes ocupaciones en las factorías, pero parece que los cigarreros tenían una posición privilegiada dentro del cuerpo obrero e inclusive pueden ser considerados como la «aristocracia obrera». Esta diferencia ya estaba aceptada. La Hermandad hacía todo para evitar más divisiones. De esta actitud los dueños de las grandes fábricas se aprovechaban y puede ser argumentado que fue precisamente eso que últimamente ocasionó la derrota del movimiento huelguista.

Un último punto que pide el análisis es el contexto social y político de la huelga. El comportamiento de las autoridades y la prensa fueron muy importantes y no tan opuestos a la huelga como podríamos esperar desde nuestro punto de vista actual. Sobre todo, la prensa tenía al principio una actitud muy positiva con respecto a la huelga. Por otro lado, el cambio en esta actitud fue demostrativo para los límites de este apoyo moral al movimiento obrero. Las demandas de los tabaqueros fueron recibidas con mucha complacencia en el principio de la huelga, pero con la radicalización de la huelga, las simpatías de la prensa disminuyeron rápido. Después de fracaso de su intermediación, *La Información* escribió: «El verdadero problema obrero en nuestro medio radica en su consciente preparación para rendir bien su labor i saber cuándo i hasta dónde debe llevar sus reclamos».⁴⁸

Las autoridades se comportaron muy pasivamente frente a la huelga. Solamente cuando la situación se complicó y vino a poner en peligro la paz pública, el Gobernador hizo un esfuerzo débil de buscar una solución. La reacción de las autoridades a la huelga se mostró un mes después de su fin. Refiriéndose explícitamente a los tabaqueros se emitió una orden policial. Fueron prohibidos todos

⁴⁸ *LI*, «La Hermandad cigarrera rechaza (...)».

los actos notariales para los gremios de obreros «prescribiendo multas y penas a los miembros que violen sus cláusulas». ⁴⁹ Esto y otras prohibiciones tenían como claro objetivo de romper la unidad dentro de los gremios y poner fin al control y la disciplina que habían mostrado la Hermandad durante su huelga. Desde entonces, las autoridades tenían una actitud mucho más represiva frente al movimiento obrero.

La significación de la huelga de los tabaqueros a largo plazo es difícil de acertar. Fue la culminación de una actividad obrera que no tenía precedentes. En una cierta manera fue una prueba de fuego para todos los partidos involucrados. Después de esta huelga la relación entre dueños y obreros había perdido su «inocencia». Cada uno de los actores sabía qué hacer. Es cierto que la actividad sindical de los tabaqueros no se paró después de la huelga de 1919, pero los enfrentamientos ahora fueron más vehementes y más cortos, como si se hubiese decidido dejar sentado las bases. En Santiago, la Tabacalera siguió siendo el foco de la lucha sindical. En 1924 un nuevo conflicto originó la suspensión de treinta cigarreros de la fábrica. El día anterior de la suspensión, la Hermandad Cigarrera había convocado una reunión «para considerar la posibilidad de una demanda en el alza de precio por concepto de elaboración». La suspensión de los obreros fue considerada como una represalia directa frente a las actividades del gremio. ⁵⁰ Después de las negociaciones que duraron más de una semana, la mitad de los obreros suspendidos fueron re-empleados y La Tabacalera y La Aurora subieron los sueldos en un 20%. ⁵¹ Otras huelgas de tabaqueros ocurrieron en Moca en 1925 y en la Capital en 1927. ⁵²

⁴⁹ *ED*, XVIII, 8446, 30-10-1919; «A los obreros».

⁵⁰ *LI*, IX, 1363, 8-4-1924; «La Tabacalera reduce el número de Operarios».

⁵¹ *LI*, IX, 1366, 11-4-1924; *LI*, IX, 1371, 19-4-1924; «Algunas resoluciones tomadas por la Hermandad cigarrera».

⁵² *LI*, X, 2103, 9-2-1925; «La Huelga de los Tabaqueros en Moca». *LI*, XII, 2964, 12-1-1927; «Huelga en la Capital». Paró el trabajo en las fábricas de los señores Cambiaso y en «La Vencedera» de Nadal y Co., «en señal de protesta, por no acceder las mencionadas factorías a la petición de aumento de salarios que le pide el referido gremio». La huelga duró por

Esta última huelga duró por lo menos un mes y fue apoyado públicamente por los tabaqueros de Santiago. La huelga había sido aceptada como un instrumento legítimo de la lucha obrera en la República Dominicana. Fue el régimen de Trujillo quien sofocó este proceso de creación de un verdadero movimiento obrero y echó atrás la conciencia sindical de los obreros dominicanos por lo menos 30 años.

lo menos hasta febrero: *LI*, XII, 2985, 7-2-1927; «Continúa la Huelga de los Cigarreros Capitaleños».

CAPÍTULO 9

LA GENTE DEL TABACO: VILLA GONZÁLEZ EN EL SIGLO XX

La región

Villa González es el primer pueblo por el que pasa el chofer que va de Santiago de los Caballeros hacia el Noroeste «por la línea». A solo veinte kilómetros de la «capital del norte», como ha sido llamada Santiago, la vida social y económica de Villa González está orientada hacia esa ciudad. El pueblo mismo constituye, desde los años treinta, el centro de la región circundante donde se ubican secciones como Palmarejo, Palmar Arriba y Abajo y Banegas.¹ Esta función de centro local se originó probablemente por la ubicación favorable del pueblo que estaba cerca de la vía férrea y de la autopista que comunican el centro mercantil Santiago con el puerto exportador Puerto Plata.

Originalmente el pueblo se llamaba Las Lagunas, nombre que todavía usan muchos ancianos. Se le había dado este nombre porque el pueblo fue fundado por refugiados provenientes de una región occidental más baja que se había inundado durante la temporada de lluvias. Esta migración fue lo suficientemente importante como para que también se trasladara la estación de ferrocarril de aquella época. El nombre actual, Villa González, proviene del supuesto fundador del pueblo: Edilio González y fue aceptado en

¹ Aunque hablaré constantemente de la región de Villa González, esto no es lo mismo que el Distrito Municipal Villa González. La autopista divide a este Distrito en dos. La región que está al sur de la autopista (con Quinigua y Banegas) la he dejado de lado porque no se la puede considerar como región específicamente tabacalera. En cambio, La Delgada sí fue incluida en mi investigación, aunque no se encuentra bajo la jurisdicción de Villa González. Por tanto, Villa González consiste para mí en el pueblo Villa González mismo, Palmarejo al occidente y Palmar Arriba, Palmar Abajo y La Delgada al oriente. Además, se incluye el pueblecito Limón que está en las lomas, a modo de comparación.

los años treinta. En el censo de 1935 se menciona el pueblo como «Las Lagunas (Villa González)».² Los pueblos aldeaños ya mencionados no son unidades agrupadas en torno a un núcleo, sino montones de casitas no estructurados a los cuales se llega a través de callejones no pavimentados. Estos centros de población, surgidos espontáneamente, son un reflejo del inmenso crecimiento de la población que ha experimentado la República Dominicana en los últimos treinta años. En los lugares donde en los años treinta se encontraban algunas haciendas dispersas, ahora se encuentra de diez a veinte veces la cantidad de entonces.

Las cifras de población que tenemos de Villa González y alrededores hablan claro al respecto:³

	1935	1960	1970	1980
Total	6,281	12,856	14,783	18,333
Urbana	935	1,164	2,091	2,654
Rural	5,346	11,692	12,692	15,679

Este enorme crecimiento de población que experimentó Villa González (y el país entero) en el siglo veinte ha sido causa muy importante del cambio en la estructura socio-económica de la región.⁴ Aunque fue más visible en las ciudades, tuvo también profundas consecuencias en el campo. Los cambios en la estructura de producción del tabaco, que discutiremos en seguida, tuvieron que ver todos con este fenómeno. El crecimiento de la población dentro de la República Dominicana y le cambiante estructura de la economía mundial fueron los dos factores a largo plazo que han dado forma a la economía dominicana del siglo veinte.

La capital provincial Santiago («el pueblo» para los habitantes del campo) ha sido, desde hace mucho, el centro de todas las actividades mercantiles en el Cibao. Se podría decir que para las

² *Censo Nacional*, 1935.

³ *Censo Nacional*, 1935, 1960, 1970, 1980.

⁴ En cuanto al país entero, ver Isis Duarte, *Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo* (Santo Domingo: CODIA, 1980).

actividades del campo (salida de productos, compra de herramientas, abono, etc., contactos sociales) Villa González era el punto clave, y para las necesidades menos directas o frecuentes (compra de artículos durables, atención médica) era Santiago. Aunque en los años treinta la «distancia» a Santiago era mayor que hoy, muchos habitantes de los pueblos iban varias veces al año a la ciudad. Aparte de las bodegas de los compradores de tabaco y una sola tienda, Villa González no tenía casi nada que ofrecer. Estaba, por ejemplo, totalmente desprovista de servicios médicos y los enfermos eran transportados en literas a Santiago.

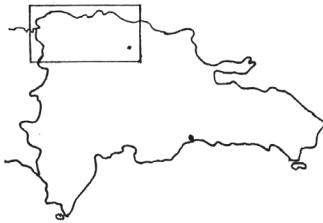
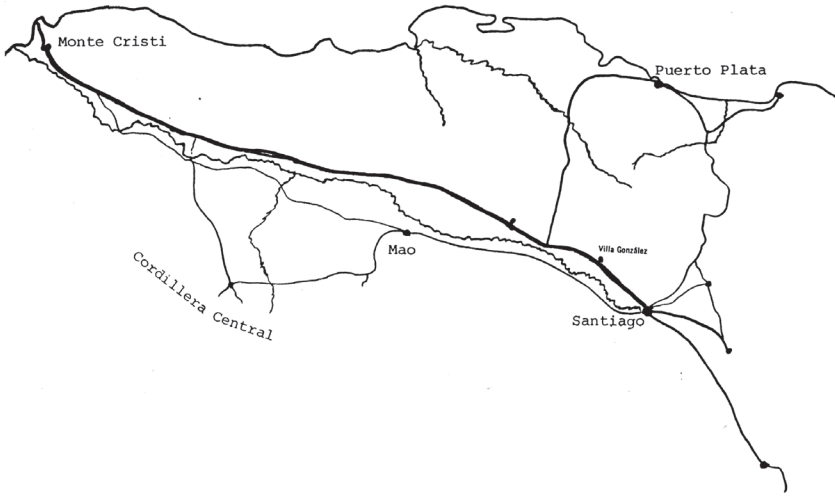
Navarrete, que está cerca, no cumplía para Villa González una función importante, pero para los pueblos situados al occidente de Villa González ya se nota que algunas determinadas funciones de ciudad eran realizadas en aquel lugar.

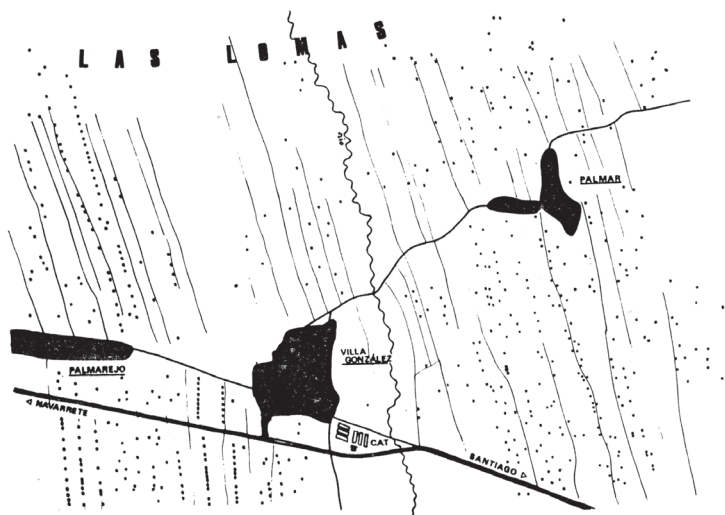
Como ya se dijo, Villa González se encontraba cerca de dos grandes líneas de comunicación. La línea férrea del *Ferrocarril Central* estuvo lista en 1897 y aunque nunca funcionó muy satisfactoriamente, transportó durante casi cincuenta años la mayor parte del tabaco del Cibao a Puerto Plata. A fines de los años cuarenta se cerró la línea por orden del general Trujillo, en parte debido a sus resultados empresariales no satisfactorios y, en parte, para perjudicar los intereses comerciales norteños que convenía mucho a Trujillo.⁵ La autopista de Santiago a Puerto Plata estuvo lista bajo la primera ocupación norteamericana de 1918 a 1924, pero consistió al principio de una vía. En 1962 se amplió el camino y desde entonces fue la conexión más importante entre las dos ciudades.

Le región que cae bajo la jurisprudencia de Villa González está situada en la parte norte del valle del Cibao. La parte más importante de la región tabacalera está pegada a las lomas. En general, se puede decir que la tierra está dividida en terrenos alargados ubicados de forma prácticamente perpendicular sobre las lomas

⁵ Michiel Baud, *Historia de un sueño. Los Ferrocarriles Públicos en la República Dominicana, 1880-1930* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1993).

y que se distribuyen de acuerdo a la propiedad. En el Limón, que está en las lomas, no se puede hablar de una ordenación semejante. Aquí lo conucos de tabaco están dispersos, pegados a las lomas, a menudo muy distantes del centro del pueblo.





La tierra

En 1920 llegaron los agrimensores, enviados por las autoridades norteamericanas, para poner fin de una vez por todas a la confusión que había acerca de la propiedad de la tierra.⁶ Esto significó que todos los campesinos se vieron obligados a dejar medir la tierra cuya propiedad no se podía comprobar. Esto costaba RD\$ 20 (algunos dicen RD\$ 30), por cuya cantidad se podía medir un máximo de 100 tareas. Si el cosechero poseía más, entonces le costaba RD\$ 10 por tarea. La mayor parte de la tierra no cultivada tenía por entonces tan poco valor. Veinte pesos era tanto dinero en esta época que muchos cosecheros entregaron de-

⁶ Este evento fue la consecuencia de la *Ley de Registro de Tierras* del año 1920, que fue la sucesora de las (inefectivas) leyes sobre *División de Terrenos Comunes* del año 1911 y de *La Propiedad Territorial* del año 1912. Ver Alcibíades Albuquerque, *Títulos de los terrenos comuneros de la República Dominicana* (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana 1961), 50-63.

terminados derechos y solo hicieron medir lo que era necesario para la familia.⁷ Los terrenos no reclamados (muchas veces los terrenos comuneros) debían corresponderle oficialmente al Estado. Sin embargo, los grandes latifundistas se apropiaron de ellos muchas veces.

Desde el comienzo de los años veinte la tierra ya estaba dividida y, por tanto, su propiedad debía ser respetada. Sin embargo, esto no significaba aún que la tierra se hubiera transformado en un medio de producción escaso. Durante los años veinte y treinta existía aún en abundancia; esto lo pueden recordar todos los cosecheros ancianos de la región de Villa González. Si cualquier cosechero necesitaba tierra solo debía pedirla a un terrateniente vecino más rico y podía entonces delimitar y desmontar un conuco sin problema. No necesitaba pagar alquiler o algo parecido. No está claro si se esperaba alguna retribución en especies; pero también eso es improbable puesta que todos los cosecheros cultivaban más o menos los mismos productos. Para los campesinos no existía la tierra como imposición de capital u objeto de especulación y, según ellos dicen, tampoco para los terratenientes mayores. La tierra adquiría valor solamente a través del uso. Con respecto a esto, parece que las constituciones de 1911-1912 y 1920 no habían cambiado directamente la posición tradicional con respecto a la tierra, como por ejemplo menciona el norteamericano Melvin Knight.⁸ Tampoco muestra la poca influyente que era, aún en el Cibao de los años treinta, una agricultura emprendida sobre base capitalista.

Tampoco era la tierra un medio para adquirir estatus en este período. La posesión de ganado era el signo de riqueza, la posesión en sí de la tierra no lo era. En aquel tiempo todos podían cultivar tanta tierra como quisiesen y solo los «perezosos» o «gente que no

⁷ Equipo de Investigación Socioeconómica del ISA (L. A. Crouch, ed.), *Desarrollo del capitalismo en el campo dominicano. Política agraria, pobreza rural y crecimiento agrícola* (versión preliminar) (Santiago: 1979), 19-22.

⁸ Melvin Knight, *The Americans in Santo Domingo* (New York: 1970), 46 [original, 1928, hay traducción en castellano].

entendía de agricultura» carecían de tierra. La diferencia entre los pobres y ricos en esa época estaba determinada mucho más por la oposición de la ganadería frente al tabaco. Además del contrapunto cubano de Fernando Ortiz, «azúcar-tabaco»,⁹ y el de Pedro Mir, «ganadería-azúcar»,¹⁰ había un tercer contrapunto: «ganadería-tabaco». El cultivo del tabaco era, como decía un tabacalero, el destino de «nosotras, pobrecitos infelices».

Hasta los años veinte y treinta la tierra no tenía valor de imposición o alquiler. Sin embargo, algo costaba, por poco que fuese, aunque fuera para pagar la empalizada. En los años veinte el precio de los terrenos agrícolas en la región de Villa González era entre los 20 y 40 centavos por tarea. Esto siguió siendo así hasta los años treinta, cuando comenzó el alza de precios que ha continuado cada vez más rápidamente hasta nuestros días. Primero era de \$1 a \$2 por tarea; en los años cuarenta, \$5; y en los años cincuenta, de \$20 a \$40. En los años sesenta se llegó a los 100 pesos y en los años 80 el precio promedio por tarea alcanza los 400 pesos.

El valor de la tierra estaba determinado por diferentes factores. Robert Wendell Werge menciona los siete criterios que usa el campesino para calcular el valor de la tierra al tratar la agricultura de *tala y tumba*: color, textura, contenido de la humedad, inclinación, estructura, exposición de la luz solar y profundidad.¹¹ Un cosechero de las lomas de Limón mencionaba como los tres factores más importantes: la pendiente, la cercanía de la autopista y la ubicación (en las lomas o los llanos). Estos dos últimos factores se pueden reducir a un común denominador: cercanía del mercado, evidentemente de vital importancia en el cultivo de un producto mercantil como el tabaco. En la época en que la tierra aún era abundante, la virginidad de esta, o bien, la presencia de montería jugaba un

⁹ Fernando Ortiz, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (La Habana: Jesús Montero editor, 1940).

¹⁰ Pedro Mir, *Las dos patrias de Santo Domingo* (Santo Domingo: Editora Cultural Dominicana, 1975).

¹¹ Robert Wendell Werge, «La Agricultura de “Tumba y Quema” en la República Dominicana», *Eme Eme* 3, no. 13 (Jul-Ago, 1974): 50.

papel importante. Un terreno ya antes cultivado, llamado *bota-do*, *tabuco* o *broque* tenía muy poco valor y se vendía solo en casos excepcionales.

La rápida comercialización de la tierra después de los años 50 ha determinado considerablemente la manera en que se ha efectuado la posesión de la tierra. Los pequeños campesinos que actualmente son propietarios de la tierra cultivada por ellos, han adquirido los títulos casi todos por herencia. Los pequeños campesinos que han llegado a poseer tierras a través de la compra, son muy escasos.¹² Los ascendentes precios de la tierra siguen siendo inalcanzables para el cosechero. El caso del cosechero, que a principios de los años cincuenta quería comprar un terreno junto a su casa, es gráfico. No podía reunir los \$50 que se requerían para su compra. Tampoco los \$1000 que costó en 1980 ese mismo terreno. Aquellos que ahora poseen tierras, son los felices descendientes de abuelos que fueron lo suficientemente perseverantes para no vender su tierra frente a la presión de los precios en ascenso y la creciente cantidad de el arriendo de la tierra no era muy usual en esta región.

Ya muy rápidamente después de le implantación del arriendo de la tierra fue introducido por sus dueños un sistema que, junto a la función del arriendo efectuaba un tipo de relación patronal entre los dueños de la tierra y el cosechero arrendatario. Se trata del arriendo *en media* que tuvo su aceptación general alrededor de 1950. Según Ferrán, el principal motivo del surgimiento de este sistema fue el hecho de que los cosecheros no tenían medios financieros para pagar el arriendo antes de la cosecha. Ferrán afirma también que el arriendo «en media» era irrefutablemente mucho más provechoso para el dueño de la tierra que el arriendo normal.¹³

¹² Ver también L. A. Crouch, «The Development of Capitalism in Dominican Agriculture». Ph.D. tesis, University of California, Berkeley, 1981, 30-32.

¹³ Fernando I. Ferrán, *Tabaco y Sociedad. La organización del Poder en el Mercado de Tabaco Dominicano* (Santo Domingo: 1976), 100-101. También, Equipo ISA, *Desarrollo del capitalismo en el campo dominicano...*, 34. «La aparcería ocurre más en el tabaco que en ningún otro cultivo».

Y en un período de aumento de los precios del tabaco, como el que se presentó después de 1945, este sistema fue más provechoso aún. Esta manera de alquilar muestra gran similitud con el *metayage* de la Francia de la Edad Media¹⁴ y con los sistemas de *sharecropping* tal como estos han existido y aún existen en muchos lugares del mundo. Sin duda que la ventaja ha sido para el propietario de la tierra quien hizo aceptar este sistema de manera tan general. Aún ahora, contra cualquier legislación que trate de combatir el arriendo «en media» más del 50 % (quizás el 70 %) de los tabacaleros de la región de Villa González es medianero (muchas veces llamado también *colono*).

El arriendo de la tierra «en media» quiere decir que el cosechero siembra un determinado terreno con semillas determinadas por el propietario —en Villa González es siempre tabaco— y corren por su cuenta todos los gastos que acarrea la compra de fertilizantes, insecticidas y el contrato de peones. El dinero para esto se lo adelanta el propietario de la tierra, llamado casi siempre *patrón*. Al final de la cosecha el patrón vende el tabaco y el producto de esta venta, descontado el adelanto, se divide 50-50. Este es, en líneas generales, el sistema, dentro del cual, evidentemente puede existir todo tipo de acuerdos. Ha sido en los últimos años del gobierno de Balaguer cuando se ha intentado, a través de algunas leyes, cambiar el sistema en beneficio de los pequeños productores.

Una segunda consecuencia de la reciente comercialización es que la clase latifundista en la región de Villa González es un grupo relativamente joven. Está compuesta, principalmente, de corredores de tabaco que hicieron su fortuna durante los años treinta y cuarenta y que la utilizaron para hacer considerables compras de tierra dados los bajos precios de esa época.¹⁵ De las cinco grandes familias terratenientes que conoce la región, Fondeur, Espailat,

¹⁴ Ver Jaime de Jesús Domínguez, *Feudalismo, capitalismo mercantil, capitalismo industrial* (Santo Domingo: 1981), 111.

¹⁵ «Es cierto (...) que, en casi todos los pueblos, muchos de los que han acumulado tierras empezaron como comerciantes». Equipo ISA, *Desarrollo del capitalismo en el campo dominicano*.

Daje, Peña y Díaz, cuatro estaban comprometidas en la compra-venta de tabaco durante los años treinta (no es claro si los Daje también participaron en el comercio del tabaco) y tres de ellos reunieron la mayor parte de su capital durante los años treinta y cuarenta (los Fondeur y los Espaillat eran antiguas familias comerciantes).

Sera interesante averiguar detalladamente cómo fue en esta época de crisis, con los precios del tabaco extremadamente bajos (hasta veinte centavos/quintal a nivel del campo), que los intermediarios obtuvieron tan buenos resultados. Es muy probable que, en este período de tan poca perspectiva para los pequeños cosecheros tabacaleros, los pequeños terratenientes hayan vendido sus tierras en gran escala.¹⁶ De todos modos, se llevó a cabo una gran concentración de tierra en manos de algunas familias acomodadas. Este proceso terminó más o menos en la segunda mitad de los años cuarenta, cuando el fin de la Segunda Guerra Mundial anunciaba un nuevo (pero corto) período de florecimiento para el país.

A fines de los años cuarenta comenzó una nueva fase de la importancia que ocupó la tierra en la totalidad de la economía tabacalera. Se podría decir que en este período la tierra ocupó para los cosecheros, por primera vez, el lugar de un medio de producción autónomo. La tierra ya no era más de libre aprovisionamiento y el acceso a un conuco debía pagarse cada vez más caro, puesto que una gran parte de los cosecheros había vendido sus tierras y otros habían conservado muy poco como para proveer a cada hijo de una parcela. La primera señal de la valorización de la tierra fue la introducción del hasta entonces desconocido *arriendo*. Al principio este costaba \$1 por tarea, para en seguida aumentar a los \$10 y \$15 en los años ochenta. Algunos terratenientes han comenzado, de alguna manera, a suavizar el sistema. Otros dan un bono de \$10 a \$16 por quintal cosechado; y otros pagan una parte de los gastos. Sin embargo, la «media» está considerado como un contrato

¹⁶ En el mismo período Trujillo usaba mecanismos iguales para adquirir grandes terrenos. Ver Roberto Cassá, *Capitalismo y dictadura* (Santo Domingo: Editora UASD, 1982), 128.

muy desventajoso para el medianero. El cosechero que lo llamó «el sistema más duro que hay», expresó de manera muy clara lo que otros enuncian menos diplomáticamente. Desde los años cincuenta el arriendo de la tierra «en meda» fue, sin embargo, casi la única posibilidad para el cosechero de tener acceso a la tierra. Solo podía resignarse a las condiciones desventajosas.¹⁷

Habría que destacar aún un aspecto de este sistema, un rasgo que hasta hace poco era característico de la totalidad del sector tabacalero, a saber, la continuación de relaciones personales pre-capitalistas. Ferrán menciona, en este sentido, la relación entre cosechero y corredor,¹⁸ pero también en la «media» se puede encontrar este aspecto. Uno de los cosecheros más viejos en Palmarejo, todavía convencido creyente del sistema «antiguo» para cultivar tabaco entre otras semillas como yuca, ñame, maíz, alquila el cultivo de tabaco *en media* a un campesino de más o menos su misma edad. Ambos trabajan prácticamente todo el día juntos. Solo una escasa, pero innegable diferencia de estatus separa aquí al propietario de la tierra y al medianero.

También en las relaciones menos estrechas entre las dos partes existía, en general, alguna relación personal, en la cual el patrón muchas veces actuaba como consejero, acompañante o salvador ante la necesidad. Esto se puede explicar por el interés común de obtener una buena cosecha. Por otra parte, también debe haber sido importante el que los propietarios de la tierra en Villa González formaban una clase de «nuevos ricos» que tenían aún fuertes lazos con la agricultura y ocupaban a menudo una posición prominente en la vida social del lugar. Esto no significaba que no manejaran sus posesiones de tierra de una manera totalmente capitalista y que los buenos resultados de la empresa no estuvieran en primer lugar.

¹⁷ Crouch, «The Development of Capitalism in Dominican Agriculture», 47, escribe: «En la República Dominicana encontramos que la aparcería es una relación enteramente voluntaria (...). De hecho, el aparcerero tiene los mismos derechos que cualquier proletario», para mostrar que las relaciones entre patrón y medianero no son feudales.

¹⁸ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 114-116.

Con la lucha de los campesinos para cambiar el sistema de «media» a su favor y con la legislación, aunque fuera temporalmente solo papeles, del gobierno de Balaguer, el proceso de rompimiento de estos lazos personales se aceleró, sobre todo la protección antes mencionada de la que gozaba desde hacía poco el medianero, y ha hecho que los propietarios de la tierra hayan ido cada vez más en busca de otras maneras de explotación de sus posesiones. La más importante de ellas es la ley 289, de marzo de 1972,¹⁹ la cual, no obstante, apenas se aplica. Estas leyes se dirigen en especial a la protección del medianero y estipulan los fundamentos que dan el derecho a los cosecheros para romper el contrato.

En resumen, vemos desde los años treinta un desarrollo que va desde la tierra casi no tener valor como medio de producción autónomo hasta la concentración de la propiedad de esta en pocas manos, donde la tierra se aprovecha económicamente a través de un sistema de arriendo con rasgos en parte capitalistas, en parte precapitalistas. Desde los años ochenta se puede discernir una tendencia entre profesionales urbanos de comprar terrenos rurales como inversiones los cuales se arriendan a campesinos locales o establezcan empresas no-rurales.

El tabaco

Nos hemos extendido bastante en los cambios de la estructura de la propiedad de la tierra, puesto que estos, junto con el crecimiento de la población, forman el cuadro esencial dentro del cual debe considerarse el desarrollo del sector del tabaco. Ahora nos ocuparemos del tabaco mismo.

Ya desde hace unos sesenta años Villa González es conocida como una región tabacalera por excelencia. Saúl Pimentel escribe: «Este municipio (...) ha mantenido desde principios de

¹⁹ Ley No. 289 «que prohíbe la celebración de contratos de arrendamiento o de aparcería o de cualquier otros en las regiones rurales de la República» de 29-3-1972; publicado en *El Caribe*, 30-3-1972.

siglo la supremacía nacional en la producción de tabaco de olor». ²⁰ Esto no ha sido siempre así. Es probable que, a fines del siglo XIX, principios del XX, haya tenido lugar un desplazamiento de la región oriental entre Licey y La Vega hacia la de Villa González y Navarrete. Todavía en los años 30, emigraban cosecheros de la relativamente densa poblada Licey hacia las regiones menos pobladas al occidente de Santiago.

En el desarrollo del cultivo del tabaco en la región de Villa González se pueden distinguir, a grandes rasgos, tres períodos: Hasta fines de los años treinta, el cultivo del tabaco debe verse principalmente como un trabajo secundario (y complementario) de los pequeños campesinos-propietarios. Para cada familia individual, el cultivo de *frutos menores* (víveres) estaba destinado al consumo propio, que ocupaba el primer lugar. En este sentido llama la atención el que todos los cosecheros ancianos, ante la pregunta de cuáles habían sido los peores años, hayan mencionado aquellos años en los que la cosecha de los frutos menores se había perdido. A pesar de esto, hay que hacer hincapié en que puede ser que para las familias campesinas el cultivo de tabaco ocupaba el segundo lugar, pero no impedía que para la región en su totalidad, el tabaco fuera el producto vital, el determinante de la prosperidad. ²¹

A fines de los años treinta, y más aún en la segunda mitad de los años cuarenta, el tabaco fue obteniendo un lugar cada vez más importante en el conjunto de las actividades de las familias productoras de tabaco. El cultivo del tabaco se transformó lentamente en la actividad más importante y los cosecheros comenzaron a prestar mayor importancia a la preparación y la venta. Por primera vez, se puede hablar en esta época de «cosecheros tabacaleros». Las causas de este cambio fueron las siguientes:

²⁰ Pimentel, S., «Villa González Conserva Supremacía Tabaco Olor», suplemento especial, *Listín Diario*, 21 de junio 1981, 17.

²¹ Por ejemplo, «El Tabaco y el Cibao», *Eco del Pueblo*, IV, 198; 10 de marzo 1886.

1. Un cambio en la estructura del comercio internacional del tabaco, en el que las grandes firmas del comercio internacional instalaron agentes y depósitos en la región.²² Estas filiales estimularon el cultivo del tabaco y las innovaciones técnicas, y garantizaron una salida regular.
2. Una expansión de la producción nacional de cigarrillos y cigarros, sobre todo bajo la influencia de la *Compañía Anónima Tabacalera*, en la que se usaba principalmente el tabaco de olor, el tipo de tabaco más importante en Villa González.²³
3. Los ascendentes precios del tabaco en el mercado mundial después de 1939 y especialmente a partir de 1945.
4. El proceso mencionado anteriormente en el cual una parte de los cosecheros (quizás los más pequeños y menos acaudalados) habían vendido sus tierras, causando un tipo de saneamiento natural. Por un lado, significó que se constituía un grupo de campesinos propietarios que tenían la posibilidad de cultivar tabaco en una escala algo mayor. Junto a estos surgió un grupo de cosecheros sin tierra que fue obligado a cultivar (más) tabaco en la tierra de un propietario, ya sea a través del sistema de media, ya sea porque el dinero para el arriendo de la tierra solo se podía obtener a través del cultivo del tabaco. En ambos casos se substraía una gran parte de las ganancias del tabaco del cosechero, una pérdida que él debía compensar con la adaptación de su cosecha de tabaco tanto cuantitativa como cualitativamente.

A pesar de estos cambios, los métodos y técnicas en el cultivo del tabaco permanecieron en gran parte inalterados. En la segunda mitad de los años sesenta se vieron cambios profundos anunciando

²² Algunas indicaciones respecto a la organización del comercio: Anglo American Caribbean Commission, *The Tobacco Trade of the Caribbean* (Washington D. C.: 1949).

²³ La C. A. T. fue fundada por Trujillo en 1934 en un esfuerzo por monopolizar la comercialización del tabaco; ver Cassá, *Capitalismo y dictadura...*, 135-136.

un tercer período. Por nuevas iniciativas del *Instituto del Tabaco*, fundado en 1962, por varias innovaciones técnicas y aumentos de precios en el mercado mundial, el cultivo del tabaco, aunque permanecía por excelencia a pequeña escala, se vio envuelto en una corriente aceleradora. El cultivo de frutos menores se volvió menos importante y las familias cosecheras fueron cada vez más dependientes de los ingresos del tabaco. Es en este período cuando el cultivo del tabaco en la región de Villa González tomaba la forma de una monocultura. Sin embargo, algunos cosecheros viejos aún se resisten y cultivan su tabaco alternado con otros cultivos. Esto indica que la triple división antes mencionada, no ha sido un proceso que se pueda delimitar con precisión.

Innovaciones técnicas

Está claro que las innovaciones técnicas fueron estimuladas y más o menos determinadas por la anteriormente mencionada especialización en el cultivo del tabaco. Mientras más dependiente del buen resultado de la cosecha del tabaco se volvía un cosechero, más procuraría aplicar innovaciones para aumentar la producción y limitar el riesgo de la calidad. Así vemos en los últimos cincuenta años una expansión de nuevos métodos para cultivar tabaco. Este fue un proceso lento, puesto que los cosecheros, en general, solo adoptaban las innovaciones —costando a menudo dinero o trabajo extra— cuando el resultado de ellas era claro.

Los cambios que han tenido lugar en el cultivo del tabaco se pueden dividir en dos grupos. Los que se dirigen a la adaptación y mejoramiento de los métodos de cultivo ya existentes, o los dirigidos a la introducción de innovaciones (especialmente técnicas). Se puede decir que hasta los años cuarenta de este siglo, el cultivo del tabaco se desarrolló fundamentalmente a través de cambios de la primera categoría y que solo muy recientemente han ingresado innovaciones tecnológicas en el cultivo del tabaco. Una de ellas dejaremos fuera de consideración: la introducción de nuevos tipos de tabaco. Esta investigación estaba dirigida exclusivamente al sector del tabaco «criollo» y de «olor», puesto

que son los dos tabacos dominicanos tradicionales, en oposición al tabaco rubio y los tabacos cubanos que fueron introducidos en los años sesenta.

En lo que sigue no nos detendremos mucho en todas las diferencias sutiles que puedan caracterizar el cultivo de tabaco entre las haciendas. Pasaremos revista solo a las fases más importantes de ellas y trataremos de presentar las innovaciones que más saltan a la vista. En la totalidad del cultivo del tabaco podemos distinguir cinco fases: la preparación de la tierra, la siembra, el cultivo, la cosecha y el procesamiento. Los trataremos consecutivamente.

En la época en que la región de Villa González era aún poco densa en la población y la tierra existía en abundancia, el cosechero usaba cada dos a cinco años un conuco nuevo. Esto significaba que cada tantos años debía talar un trozo de montería, el *tala y tumba*. Y hacer la tierra cultivable. Este era un trabajo que se hacía exclusivamente con el hacha y el machete (*colín*). En la actualidad que el cosechero tiene un solo terreno a su disposición, la preparación para la siembra consiste solamente en el arado.

El arado fue introducido en la región en los años veinte y su uso se hizo general con relativa rapidez. Como bestias de tiro se usaban los bueyes (no hay caballos de tiro en la República Dominicana), que, o eran propiedad del cosechero, o se arrendaban. En este último caso el cosechero pagaba una suma por tarea a un *bueyero* para que le arara su tierra. En los años treinta, esta suma alcanzaba los cincuenta centavos. Un buen buey costaba en esa época \$50.

A fines de los años cincuenta apareció el primer tractor, que, siguiendo el mismo procedimiento, se prestaba a los cosecheros. El precio era, originalmente, un peso por tarea; en los años ochenta subió a \$4. Los bueyes se usan mucho todavía en las lomas, puesto que los tractores no pueden llegar allí. Aquí, el precio por tarea es de \$7 debido a las difíciles circunstancias. Además, el buey cuesta ahora alrededor de \$1,000. El mayor cambio que acarrió consigo el tractor fue que se podía arar más rápidamente. Donde le llevaba a una yunta de bueyes una semana arar veinte tareas, con el tractor esto se lograba en un día.

A pesar de los innumerables escritos que, desde la segunda mitad del siglo pasado, aconsejaban a los cosecheros de tabaco usar semilleros o *canteros*, la instalación de estos casi no fue practicada hasta los años treinta de este siglo. No encontraron mucha aplicación en la región de Villa González. En lugar de ello, se esperaba un período de lluvias para sembrar con la mano el conuco limpio. La mayor consecuencia de esto era que la temporada de siembra podía variar considerablemente de año a año y con esto, también la de la cosecha. Algunas veces se sembraba en octubre o noviembre, pero en casos extremos había que esperar hasta febrero. Esta variabilidad siguió existiendo de alguna manera hasta después del uso de canteros, puesto que también estos se instalaban en un período de lluvias. Debido a la irrigación relativamente simple de un terreno tan pequeño, el campesino podía, sin embargo, controlarlo sin problemas.

Una segunda consecuencia de no utilizar un semillero era que el tabaco se ubicaba desordenadamente en el campo. El antiguo conuco tabacalero no conocía filas ni era sistemático en su plantación. Esto impedía que cualquier actividad de cuidado, necesaria en una fase posterior, como el limpiar o desbotonar, se pudiera efectuar de manera mecánica. En este sentido, es útil remitirse a la lógica adquirida del cambio agrario. La plantación del tabaco en filas era, en esencia, solo compensable si se realizaba junto con el uso de abono y un cuidado intensivo. Mientras un cosechero no usara abono, poco sentido tenía el trabajo extra que acarrea el cultivo de tabaco en filas.

Desde los años cuarenta, el uso de semilleros se fue generalizando cada vez más. La causa principal de esto debe haber sido la disminución de tierra virgen disponible. Desde los años sesenta, también estimulado por el Instituto del Tabaco, el uso de los semilleros y la plantación en filas fue aceptado por la gran mayoría de los campesinos.

Durante el período en que el tabaco estaba en el campo (para el tabaco criollo esto es entre 60 y 65 días)²⁴ el cosechero no se preo-

²⁴ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 68.

cupaba mucho más por la planta. Una sola vez escardan y al final desmochan; esto es más o menos todo lo que hacen. Lo llamado *deshijar* también se realizaba, pero, en general, el cosechero dejaba crecer con intención algunos *hijos* para obtener una cosecha más grande.

El uso de abono es un fenómeno muy reciente para el pequeño cosechero tabacalero y todavía no es absolutamente de aceptación general. Si se les preguntara a los cosecheros ancianos si ellos abonan, la respuesta segura sería que antes no se necesitaba abono. La tierra era tan fértil, tan «feroz» que, incluso sin abono, la producción por tarea era mayor que ahora. Mientras que hoy día a duras penas se producen dos quintales por tarea, antes tres e incluso cuatro quintales era muy común.

Hasta los años ochenta, el cosechero de Villa González ha mostrado muy poco ánimo para aplicar el abono. En el tercer Censo Nacional del Tabaco, realizado en 1977 por el Instituto del Tabaco, se ve que de 918 cosecheros entrevistados en la región de Villa González, solo 284 abonaban sus tierras. Esto no se puede explicar cómo conservatismo o resistencia a los cambios, porque de esa misma cantidad, 853 usaban insecticidas.²⁵ Todavía para la mayoría de los cosecheros el abonar está demás o no es rentable. Sin embargo, los cosecheros más grandes han aceptado ya hace tiempo el abono. Uno de los comerciantes surgidos en los años treinta relata que en sus campos de tabaco ya se usaba en aquellos años el abono de fabricación alemana llamado *nitrofossa*.

La cosecha de hojas de tabaco es la que ha experimentado los menores cambios. Todavía se recogen las hojas de tabaco con la mano (tal como sucede también en el sector tabacalero más mecanizado de Norteamérica). Los recolectores caminan por el campo y arrancan toda una planta de una vez, o las hojas dándole varias vueltas de abajo hacia arriba. Un intento de cambio se vio, por coincidencia, cuando un cosechero de ochenta años mostró orgulloso sus cuchillas guardadas por largos años con las que, tal como relató, en lugar de tirar, cortaba las hojas de tabaco. Otros campesinos

²⁵ *Tercer Censo Tabacalero Nacional 1977...*, 17, cuadro 8.

afirmaron que a fines de los años veinte había un comprador que solo compraba hojas cortadas que aún tenían un pedacito de tallo. Al parecer este método no fue muy exitoso, puesto que después de uno o dos años no se supo más del comerciante.

Después de la cosecha, el tabaco se seca, y con esto comienza el tratamiento de sus hojas que tiene gran influencia en la calidad final del tabaco. Este tratamiento consta de dos fases: el secado y la fermentación. Antiguamente ambas fases se realizaban en la hacienda. Desde que en los años treinta los comerciantes de tabaco comenzaron a ocuparse más intensamente de la elaboración del tabaco, la fermentación se realiza en los almacenes.

El proceso de secado de las hojas de tabaco se efectúa siempre en el campo mismo, y se hace desde hace casi siglo y medio de la misma manera. Después de recogidas, las hojas de tabaco son amarradas en *sartas* por las mujeres y colgadas en un rancho. Estas *sartas* tienen una longitud de más o menos tres metros y contienen entre 150 y 165 hojas.²⁶ Los ranchos tienen una techumbre en punta que en ambos lados casi llega hasta el suelo. Quedan así dos lados abiertos por donde puede pasar el viento. Para la cobertura de los ranchos se usaban originalmente hojas de yagua, pero estas se han reemplazado por las de cana que son mucho más duraderas.

Cuando las hojas están completamente secas y han perdido su color verde, se esparcen sobre el suelo, aún amarradas en *sartas*, en capas sucesivas hasta que se forma una pila cuadrada de más o menos siete por tres y medio metros, con un metro de alto y que lleva el nombre de *trofa*. Aquí se realizaba antes la fermentación, pero ahora el tabaco se guarda así hasta la venta. Manteniéndose la troja cuidadosamente seca se evita la fermentación. No obstante, en esta fase el tabaco debe ser bien vigilado. Si la temperatura sube demasiado en el medio de la troja (un signo de fermentación), hay que voltear la troja, de tal manera que la parte de las *sartas* que antes estaban al interior, quede ahora en la parte exterior.

Cuando el tabaco está ya vendido se empaqueta. La forma de hacerlo ha sufrido un pequeño cambio. Antes el tabaco se entregaba,

²⁶ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 49.

o bien aún atado a la sarta (*ensartado* o *enmarillado*), *enmanojado*, o bien *enseronado*. Hoy día, se usa únicamente esta última manera, y se vende todavía solo una muy pequeña parte de tabaco selecto enmanojado.

Dejaremos aquí de lado la fermentación. Baste decir que es un proceso muy delicado que los comerciantes efectúan ahora de manera relativamente científica, a menudo con ayuda de todo tipo de asistencia técnica. Esto en gran contraste con el cosechero de antes, quien debía hacerlo todo con peligro de que durante el proceso de fermentación se dañara su tabaco.

Aunque, evidentemente, con la introducción del tractor y otras innovaciones técnicas, como insecticidas, y también, por ejemplo, el uso de autos y electricidad, el ambiente del cultivo del tabaco ha cambiado drásticamente, no se puede decir que la esencia del cultivo del tabaco criollo o de olor haya cambiado en cuanto a técnica y método. El gran cambio ha sido que los cosecheros han pasado al tabaco cubano o, más tarde, al *Burley* o *Virginia*. En el tabaco criollo y de olor es una minoría la que aplica un cálculo científico y planificado en el cultivo. La mayor parte de los pequeños cosecheros trabajan con un mínimo de capital y medios técnicos y están aun fuertemente ligados a una larga tradición agraria.

El comercio internacional

La comercialización del tabaco constituye la última etapa del proceso de producción anteriormente descrito. El tabaco dominicano siempre ha sido, ante todo, un producto de exportación. Incluso en la época en que la República independiente apenas tenía lazos con el extranjero, regularmente anclaban barcos alemanes en Puerto Plata para embarcar serones de tabaco. El tabaco criollo estaba tradicionalmente, y aun lo está, destinado a la exportación. El tabaco de olor también lo era originalmente, pero desde los años treinta, lo acaparan en su mejor parte con fábricas dominicanas elaboradoras de tabaco: La *Compañía Anónima Tabacalera* y *León Jimenes* (quienes también exportan una parte del tabaco).

Los años veinte y treinta pueden ser considerados como años de transición en el desarrollo del comercio del tabaco. Después de que las relaciones mercantiles del siglo diecinueve, que estaban bajo dominio de los puertos libres alemanes de Hamburgo y Bremen, terminaron abruptamente con la Primera Guerra Mundial en 1914,²⁷ creció lentamente la exportación moderna de tabaco monopolizada por grandes firmas extranjeras. Ahora el comercio de exportación se encuentra controlado por entre diez y quince empresas exportadoras, las cuales en su mayoría están en manos extranjeras.²⁸

En el siglo diecinueve y principios del veinte eran fundamentalmente comerciantes dominicanos quienes empacaban el tabaco en serones para firmas extranjeras, a menudo establecidas en el vecino Saint Thomas,²⁹ y lo embarcaban desde Puerto Plata sin ninguna otra elaboración. Se ocupaban, por tanto, exclusivamente de la venta y el transporte. En los primeros veinte a treinta años de este siglo, se establecieron en el Cibao algunos empresarios extranjeros particulares que, junto a los comerciantes dominicanos, comenzaron a realizar un comercio más autónomo. Compraban el tabaco por cuenta propia y lo almacenaban en sus bodegas para venderlo así provechosamente. Fueron también estos comerciantes los que crearon la costumbre de, después de recibido el producto, sacar el tabaco de los serones y clasificarlos más minuciosamente según los deseos del comercio internacional. Junto con esto se originó una industria dominicana de elaboración del tabaco.

A finales de los años treinta, en parte, como consecuencia de la crisis mundial y en parte por la gran magnitud que comenzó a tomar el comercio del tabaco, se unieron los comerciantes instalados en la República Dominicana, uno a uno, a las grandes empresas internacionales. Bajo la presión de los acontecimientos internacionales,

²⁷ Ver Cassá, *Capitalismo y dictadura...*, 133; y Antonio Lluberes Navarro, «La Crisis del Tabaco Cibaño, 1879-1930». *Listín Diario*, 4-7-1983 y 11-7-1983.

²⁸ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 149.

²⁹ Jaime de Jesús Domínguez, *Economía y Política en la República Dominicana, 1844-1861* (Santo Domingo: 1977), 82-83.

sobre todo el nivel más alto de salarios en los países industrializados estas empresas internacionales trasladaron el centro de sus actividades cada vez más hacia los países productores. Se abrieron oficinas, se contrató nuevo personal, se construyeron nuevos almacenes con un alto grado de mecanización, etc.

Desde este momento se realizaba prácticamente todo el tratamiento relacionado con la preparación bajo su supervisión. Después de que el tabaco era recibido del campesino, se trataba totalmente de nuevo en esos almacenes con mano de obra asalariada, casi siempre con ayuda de técnicas avanzadas. Se sueltan las hojas, se limpian de piedras, reamas, etc., se clasifican provisionalmente, se amontonan en trojas, se fermentan, se vuelven a limpiar y a clasificar y, finalmente, se comprimen en paquetes de un tamaño fijo, se empaquetan en jute, y de esa manera se transportan.

Paralelamente a este proceso de elaboración del tabaco, crecía el número de los llamados *empacadores locales*, quienes, en menor escala y a veces con dinero prestado, comenzaron a participar también en la elaboración del tabaco. Si en los años treinta existían solo algunos de estos pequeños empresarios capitalistas, ahora hay más de sesenta. Probablemente la estructura específica del sector tabacalero debe considerarse como la razón de ser más importante de et nuevo eslabón. Es evidente que los grandes exportadores no lograron construir un puente hasta los miles de productores dispersos.³⁰ El *comercio* intermediario (los llamados *corredores*) que antes formaba el puente, dio lugar a una rama empresarial *elaboradora* de tabaco, establecida entre el productor y el exportador.

Aunque con frecuencia menos eficientes, los empacadores locales pueden competir con los grandes exportadores de tabaco, puesto que se encuentran más cerca del productor y tienen costos más bajos (especialmente porque pagan sueldos más bajos y por la escasa mecanización). Si bien, por un lado, los exportadores no han logrado deshacerse de este, a sus ojos, muy molesto eslabón intermediario, estos empacadores locales, a su vez, no han logrado quebrar el monopolio de exportación de las empresas extranjeras.

³⁰ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 68.

Por lo que ambos deben buscar su conveniencia en una colaboración conflictiva y muy incómoda.

El grupo de empacadores locales es muy heterogéneo. Hay quienes trabajan totalmente independientes. Otros trabajan independientes, pero tienen contactos fijos con un exportador. Finalmente, hay algunos que trabajan como empacadores locales (así han empezado frecuentemente), pero en realidad trabajan para una empresa exportadora. Hay, pues, una gran variedad en cuanto a magnitud, profesionalismo y capital invertido.

No está muy claro lo que el campesino ha notado de este proceso. Nunca tuvo mucho que ver con el exportador mismo y sus contactos no llegan, en general, más allá del corredor. Aunque también el empacador local hacía uso de los corredores, la distancia entre el campesino y este empacador es mucho menor. Primero, porque provienen casi siempre de la misma región y porque los empacadores son a menudo descendientes de familias campesinas locales. Segundo, porque sus almacenes se encuentran en la misma región donde el empacador opera, mientras que los del exportador están muchas veces mucho más lejos. Además, casi siempre trabaja mucha gente de la región en estos almacenes. Los exportadores resultan, en general, para el campesino, extranjeros inaccesibles, que de vez en cuando pasan en sus grandes autos con aire acondicionado, pero que allá lejos manejan un comercio obscuro.

El comercio local

La organización y «reglas» del comercio del tabaco constituyen un conjunto en extremo complicado y siempre dinámico, que difícilmente se puede exponer. Como ya hemos visto, el contacto del cosechero hasta los años cuarenta estaba limitado a los *corredores*, quienes trabajaban para los exportadores. La actitud de los cosecheros frente a estas personas no estaba libre de ambigüedad. Los corredores eran quienes poseían el dinero que las familias campesinas tan urgentemente necesitaban. Eran ellos los que aun antes de la cosecha «daban pesos». Con ellos el campesino mantenían

muchas veces, además de una relación familiar o de compadre³¹ un tipo de sociedad. Con ellos podía hablar sobre sus nuevos planes, sobre la situación del tabaco, sobre acontecimientos recientes, sobre la cosecha.

Al mismo tiempo, sin embargo, la mayoría de los campesinos se daba muy bien cuenta de la situación de dependencia en que se encontraba e igualmente sabía que una parte de su trabajo se lo apropiaba el comprador. También estaban conscientes, sin duda alguna, de que era ventajoso para ellos si trabajaban más correedores en una región, porque de esa manera obtenían un mayor margen de maniobras.

El adelanto que el corredor daba a los cosecheros podía efectuarse de dos maneras. A veces el corredor compraba el tabaco cuando este aún se encontraba en el campo, *a la flor*. La ventaja de esto para el campesino era que desde ese momento casi no necesitaba preocuparse más del tabaco. La gran desventaja era el precio muy bajo que de esta manera recibía por su tabaco. Un precio que no tenía relación alguna con el valor del tabaco *después* de la cosecha. Este método de venta está ahora prohibido por la ley, debido a la influencia negativa que ejercía sobre la calidad del tabaco, pero todavía se práctica. La otra manera era que el corredor daba un adelanto al campesino bajo la condición (muchas veces tácita) de que el campesino le vendiera a él, a su tiempo, al precio establecido en ese momento. Esa obligación ligaba a ambas partes. El comerciante no debía ofrecer menos que el precio corriente y el campesino no debía vender su tabaco a otro y tenía que devolverle directamente el dinero prestado.

Si bien es cierto que el *comín* se considera a menudo como sinónimo de *corredor*, este tiene, en general, otra función. Un *comín* podría ser llamado *empacador de la comunidad*: alguien que, por cantidades mínimas empaca para familias campesinas que, en espera de la venta de su cosecha, necesitan dinero. Además, aquí se paga mucho menos por el tabaco que el valor de mercado prevaleciente en ese momento. En el momento en que el precio es

³¹ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 88 y 114.

atractivo, el común vende el tabaco empacado y puede así obtener una buena ganancia.

Este sistema, en esencia, ha permanecido inalterado hasta los años ochenta, pero gradualmente el campesino ha obtenido una mejor noción del mercado. La posición de los corredores se ha vuelto por eso menos importante en una región como Villa González, considerando que la distancia entre cosechero y comprador urbano es cada vez menor. Esto corroboraría la observación de un comerciante de que hoy por hoy hay menos corredores que en los años treinta. En los últimos años la fundación de asociaciones de cosecheros tabacaleros que se dedican a la venta colectiva del tabaco ha conseguido que el cosechero, aunque todavía opera como individuo, haya llegado a ser más fuerte en las negociaciones con los comerciantes. Esto no excluye el hecho de que los campesinos tengan aún poco control sobre la organización del comercio, el desarrollo de los precios y la comercialización.

El comercio del tabaco es muy complicado y está lleno de posibilidades de especulación. La causa más importante de esto es que el tabaco no es un producto que se embarca a granel, como el azúcar y hasta cierto punto el cacao y el café, sino que se vende según el tipo y la calidad. La clasificación así juega un papel muy importante en la comercialización del tabaco.

En general, era el cosechero quien realizaba una primera clasificación. Originalmente la clasificación consistía exclusivamente en la separación de las hojas grandes y las pequeñas. Por otra parte, este era también el tiempo en que se vendía una parte importante del tabaco *uno y otro*, o bien *al barrer*, es decir, sin ninguna clasificación. Manera ventajosa para el cosechero, ya que le ahorra trabajo.

La clasificación en dos categorías fue reemplazada, ya a principios de este siglo, por una clasificación en tres: *primero*, *segundo* y *criollo*, que aún se usa. Cada una de estas formas de clasificación se puede encontrar aun en el actual sector tabacalero dominicano. La periodicidad mencionada arriba da solo una visión esquemática de las más usuales denominaciones en determinadas épocas. Siempre han existido, no obstante, al mismo tiempo diferentes métodos de clasificación.

En el comercio de exportación siempre se manejó un sistema de clasificación mucho más refinado, que indicaba con mucha exactitud el tipo y la calidad del tabaco. Solo para el tabaco criollo se distinguían alrededor de veinte clases.³² Esta clasificación tuvo lugar en los países consumidores hasta los años cuarenta. Después del traslado de las actividades elaboradoras más importantes hacia la República Dominicana, esto se efectúa en el país mismo.

Los precios del tabaco deben ser analizados en dos niveles. Por un lado, los cambios por año, ligados a las estaciones. Por otro lado, las coyunturas a más largo alcance, en nuestro caso, las del siglo veinte. Trataremos estos dos niveles consecutivamente.

La cosecha del tabaco caía siempre en mayo (en el cultivo moderno, un poco antes). Esto significaba que la venta *a la flor* tenía lugar durante el período enero-abril con singulares bajos precios. Una corriente general era que luego de los bajos precios en el primer período de la cosecha, se podía divisar una tendencia lentamente ascendente. Los precios más altos se alcanzaban después de la estación de agosto-septiembre. Esta tendencia general se producía por diferentes factores. Antes que nada, se cosechaban y vendían primero las hojas más bajas y menos valoradas de la planta del tabaco, los *barresuelos*. Además, en la primera fase, tenían lugar las transacciones con los campesinos pequeños, desesperados por dinero que, por su posición desfavorable, estaban obligados a vender su tabaco rápidamente y por un precio bajo. También creen algunos cosecheros que el bajo precio del principio se compensaba por el mayor peso que en este período les da la humedad a las hojas. Finalmente, influía también el factor psicológico, es decir, que muchos cosecheros no tenían paciencia u osadía, incluso en el caso de que esto fuera posible, para esperar los mejores precios. El período de espera entre el momento en que el tabaco está listo para vender y el momento de la vena es un tiempo de mucha tensión y una parte de los cosecheros prefieren sacarse ese peso de encima lo antes posible.

³² Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 149.

La pregunta es cuán general era este desarrollo de los precios. Una revista francesa anunció que, en 1947, el precio de un quintal de tabaco en junio era en la República Dominicana de 13 a 14 pesos, 12 pesos en julio y 8 pesos en octubre.³³ ¿Era esto una excepción explicable por la gran demanda postguerra? ¿O se rompía el patrón general más a menudo? Para responder a estas preguntas será necesario realizar más investigaciones. Sin embargo, es innegable que el desarrollo interno de los precios que describimos arriba sufría importantes variaciones bajo la influencia de la situación internacional la cual determinaba la demanda del tabaco.

Con respecto al desarrollo de los precios a más largo plazo, no disponemos de datos detallados. Los períodos de más altos precios fueron el período 1916-1920 (durante la llamada *danza de los millones*) y el período de post-guerra, 1945-1948. El descenso lo constituyen los años treinta, como consecuencia de la crisis mundial, en que no solo los precios eran bajos, sino que también la comercialización estaba muy limitada.

Los precios antes de 1916 fueron durante mucho tiempo muy estables y alcanzaban, para los tres tipos mencionados, alrededor de 3, 4 o 5 pesos por quintal. En septiembre de 1916, después de que la situación bélica que había traído consigo la ocupación norteamericana de ese año, llegó a su fin, el precio del mejor tabaco subió hasta diez pesos, que para esa época era una suma no conocida. En 1920 bajó nuevamente el precio muy rápidamente hasta un máximo de tres pesos y medio.³⁴ Hasta el final de los años veinte, los precios siguieron oscilando entre los 3, 4, y 5 pesos, y los 6, 8 y 10 pesos. En 1930 la crisis mundial se hizo sentir en la República y los precios del tabaco criollo bajaron hasta llegar a los sesenta e incluso los veinte *centavos* por quintal. Hacia fines de los años treinta se estabilizó el precio en más o menos un peso hasta fines

³³ «*Le tabac Saint-Domingue*». *Revue Internationale des tabacs* 24, no. 151 (Aug-Sep 1949).

³⁴ Paul Muto, «Desarrollo de la Economía de Exportación Dominicana, 1900-1930», *Eme Eme* 3, no. 15 (Nov-Dic 1974), 107; también Lluberes, «La Crisis del Tabaco Cibaño, 1879-1930».

de los años cuarenta en que, bajo la influencia de la situación de post-guerra, alcanzaron otra vez precios de hasta 10 y 12 pesos. A partir de los años cincuenta subieron los precios; primero lentamente, en 1960 hasta 15, 20, 25 y 30 pesos, y en los años setenta, por la inflación, rápidamente llegaron en 1980 a los 50, 65, 75 y 90 pesos. Es difícil decir si esta alza de precios resultó muy favorable para los cosecheros.

El trabajo

Como ya se dijo anteriormente, cualquier persona que viviera durante los años treinta en la región de Villa González, podía tener a su disposición un terreno para cultivar. La mayoría de las familias, por lo demás, vivían de la agricultura. Tenían un terreno que, en principio, era cultivado por el padre y sus hijos. La tarea de la mujer era, ante todo, la realización del trabajo doméstico; además tenía la responsabilidad del cuidado de los animales siempre presentes en gran cantidad cerca de la casa (pollos, cerdos, cabras, etc.). Solo cuando era necesario trabajaba también en la tierra. En principio, una mujer «no podía» usar el machete, pero en caso necesario esta regla también se rompía. En Villa González ocurría regularmente (aunque no a menudo) que una mujer, después de la muerte de su marido, tomara la dirección, *diera frente*, de la finca, para luego pasársela finalmente a su hijo mayor.

Siempre había hombres que «no entendían» de agricultura, o que la vida de cosechero autónomo no les atraía. Estos trabajaban como peones. También los mismos cosecheros trabajaban durante las épocas flojas como jornaleros, *echando días*. Con respecto a este trabajo asalariado, existían dos posibilidades: trabajo dentro de la agricultura (especialmente el tabaco) o fuera de ella. Antes de entrar en este trabajo asalariado, debemos tratar del trabajo no asalariado.

Aunque los conucos, en general, no eran grandes y en principio estaban destinados a ser cultivados con la mano de obra de la familia, durante el ciclo anual del tabaco había algunos momentos en los cuales la ayuda extra era indispensable. Esto era así, en

primer lugar, en la recolección del tabaco e inmediatamente después, para amarrar el tabaco. En el caso en que se usara un cantero, se necesitaba ayuda para el trasplante también. Lo mismo se hacía, finalmente, para enseronar el tabaco. Hasta los años cincuenta los cosecheros no usaron el trabajo asalariado en estas actividades, sino que acudían a una institución originaria del siglo diecinueve, la cual es recordada con mucha nostalgia por los ancianos de hoy. Esta era la *Junta Gratuita* o *Junta de Vecinos*.³⁵

La *Junta* era un sistema de asistencia recíproca con rasgos precapitalistas y a la vez, dentro de las posibilidades del sector tabacalero dominicano, un sistema económicamente ventajoso para evitar las pesadas cargas financieras del trabajo asalariado. Era sobre todo en la cosecha cuando se hacía uso de este sistema. Un cosechero comunicaba a sus amigos y conocidos que en un determinado día habría una Junta: «Este día es mío». Todos se juntaban ese día en el campo del cosechero respectivo. El que no podía asistir, enviaba a un familiar como representante o pagaba a un peón. El cosechero se preocupaba del desayuno, una taza de chocolate caliente, almuerzo y al final del día un dulce y un trago. Los hombres recogían el tabaco, las mujeres ataban las hojas a las sargas y las colgaban en el rancho. Por la gran cantidad de gente que acudía, se podía trabajar mucho y en un día se llenaban a veces seis ranchos, el equivalente a más o menos de setenta tareas. También en otras actividades se hacía uso del sistema de Junta, aunque en forma más limitada; por ejemplo, en la construcción de un rancho o el desmonte de un bosque. Los lunes no se podía convocar a una Junta, para dejar un día fijo a las familias para sus propias obligaciones.

Es interesante que el enseronar, también de trabajo intensivo, y la clasificación estaba tradicionalmente excluidos de este sistema. La ayuda que el cosechero requería para esto siempre tenía que pagarla él mismo. La razón principal de esto debe encontrarse en

³⁵ Jacqueline Boin, y José Serulle Ramia, *El proceso de desarrollo capitalista en la República Dominicana (1844-1930)*, 2 tomos (Santo Domingo: 1979-1981), I:84.

el hecho de que este trabajo constituía una parte muy sensible e importante en la elaboración del tabaco, que cada cosechero quería mandar a hacerlo según sus propias normas e instrucciones. Esta es la fase en la que el tabaco obtiene su valor, cuando la *planta* se transforma en *mercancía*. En este momento el cosechero se transformaba, después de haber sido un miembro de la comunidad que pensaba colectivamente, en el pequeño capitalista que, como se ha observado ya tan a menudo, posee en sí el campesino. Esto no debe considerarse como una transfiguración drástica, sino más bien como un sutil desplazamiento que era sentido así por todos los afectados y que es la causa de que se desarrolle en esta fase una relación propietario-asalariado.

Del lado de los comerciantes y del gobierno siempre ha habido mucha crítica del sistema de Junta, porque este podía perjudicar la calidad del tabaco.³⁶ Sobre todo la gran rapidez con que se segaba el campo hacía que las hojas a diferentes niveles de la planta no pudieran terminar de crecer. Además, el sistema producía indiferencia y negligencia en el trabajo. Aunque hay, por cierto, algo de verdad en esta crítica, pierde de vista, sin embargo, la función de la Junta para los cosecheros tabacaleros. Durante los años treinta y cuarenta (y antes), en una economía en que el dinero era tan escaso y además se le daba gran importancia a la comunidad, la Junta era para los cosecheros una solución muy favorable: Económicamente, porque solucionaba el problema financiero; socialmente, porque fomentaba los lazos de amistad y con eso la cohesión social.³⁷ Además, la mayoría de la gente participaba de una Junta con gran placer. Esto era y es válido en muchas otras regiones agrícolas en Sudamérica y África, donde existen instituciones similares.

Actualmente la Junta, como se ha descrito aquí, prácticamente ha desaparecido. En general, se ha hecho más eficaz aceptar el trabajo pagado que acudir a los amigos. Esto es con seguridad el caso de Villa González, donde se recuerda la última Junta en el año

³⁶ Emilio Rodríguez Demorizi, *Papeles de Pedro F. Bonó* (Santo Domingo: Editora Caribe, 1964), 197-198.

³⁷ Crouch, «The Development of Capitalism in Dominican Agriculture», 43.

1959. En las partes más alejadas del centro del cultivo de tabaco dominicano, sin embargo, aún se aplica; por ejemplo, en Limón que está solo un poco más lejos en las lomas. Además, la idea se mantiene en algunos lugares, pero de otra forma. En fundos organizados en cooperativas se cultiva el tabaco de una manera que recuerda a la Junta.³⁸

El sector tabacalero, visto en un sentido más amplio, con todas sus actividades afines, fuera el generador más importante de empleo en el país. Una parte se encontraba en las ciudades, en las fábricas elaboradoras de tabaco de las cuales las más importantes en los años treinta eran la *Compañía Anónima Tabacalera* (cigarrillos), *El Faro de Colón* y *La Aurora* (puros), pero donde se encontraban también las empresas más pequeñas.³⁹ La oferta de empleo en el cultivo del tabaco mismo se fue haciendo durante la primera mitad de este siglo cada vez mayor. En las grandes fincas de tabaco se empleaba a peones para todos los trabajos. Una pequeña parte de éstos tenía empleo fijo, pero la gran mayoría era empleada por tiempo más corto. Especialmente para la cosecha se necesitaban muchos trabajadores. A veces una Junta trabajaba como una *brigada pagada* para hacer un trabajo fijo en ajuste. Para los cosecheros era casi siempre difícil encontrar tiempo para estas actividades, puesto que éstas más o menos coincidían con los períodos de más trabajo en sus propias fincas.

Lentamente, y después de los años cincuenta cada vez más rápidamente, se hizo más general el trabajo asalariado en el cultivo de tabaco. También los cosecheros pequeños comenzaron a usar cada vez más trabajadores y con esto ampliaron drásticamente el mercado de trabajo. Esto a la vez fue la causa de que un grupo cada vez mayor, en general campesinos sin tierra, se ganaran el pan exclusivamente con trabajo asalariado; un grupo aún creciente que se puede caracterizar como proletariado agrícola.⁴⁰ Muchos

³⁸ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 84.

³⁹ Antonio Llubes Navarro, «El tabaco dominicano: de la manufacturera al monopolio industrial», *Eme Eme* 4, no. 35 (Mar-Abr 1978): 15.

⁴⁰ Ferrán, *Tabaco y Sociedad...*, 84.

trabajaron para los empacadores. Originalmente la mayoría de los almacenes se encontraban en la ciudad de Santiago y ofrecían por eso poco empleo a los habitantes del campo. En los años treinta y cuarenta se dieron dos desarrollos más o menos al mismo tiempo, que cambiaron esta situación. Tal como vimos, en este período aumentó la cantidad de empacadores en el Cibao, tanto empacadores locales como exportadores. Esto significó que una creciente cantidad de almacenes se instalaran en los propios centros productores de tabaco. Unido al hecho de que los comerciantes atraían hacia sí cada vez más la elaboración del tabaco, significó un gran aumento de puestos de trabajo. La gran ventaja para los campesinos era que este trabajo se intensificaba solo *después* de la cosecha del tabaco, cuando la mayor parte del trabajo de las fincas ya había cesado.

Puesto que en la elaboración no había tenido lugar absolutamente ninguna mecanización hasta los años cuarenta, y después en muy pequeña escala, siempre se necesitaban muchos trabajadores en el período de venta y transporte del tabaco. El pesarlo, acarrearlo, fermentarlo y clasificarlo se hacía todo con trabajo asalariado. La clasificación del tabaco en los almacenes era, por tradición, trabajo femenino. En los almacenes se trabajaba desde las 5:30 a. m. hasta las 7 p. m., y en algunos almacenes se instalaba luz eléctrica, especialmente para hacer posible la continuación del trabajo hasta por la noche.

Es difícil hacer generalizaciones con respecto a los salarios. Hasta 1916 el salario diario de un peón era, en general, de un peso a peso y medio. En los años treinta los peones ganaban entre diez y veinte centavos con comida incluida y en los almacenes se ganaba más o menos 45 centavos. En 1941 un aserradero pagaba 72 centavos diarios. Con el avance del desarrollo capitalista de la República Dominicana y con la inflación surgiente de los años sesenta, fueron subiendo los salarios y ahora los peones ganan de tres a cuatro pesos diarios.

Una última forma de un sector generador de empleo ligado al tabaco era el transporte desde las fincas a los almacenes en Villa González, Navarrete o Santiago. Desde la puesta en marcha del ferrocarril entre Santiago y Puerto Plata en 1897 las grandes recuas

que transportaban el tabaco a Puerto Plata con muchos animales de carga, pertenecían al pasado, pero el transporte regional hacia los almacenes seguía haciéndose con animales de carga, casi siempre con mulos. A veces los mismos cosecheros poseían sus mulos. A menudo, sin embargo, había cosecheros que se ocupaban exclusivamente del transporte del tabaco. Los precios se cobraban por carga (dos serones) y dependían de la distancia. Desde el pueblecito La Delgada, por ejemplo, que estaba situado entre Villa González y Santiago, costaba a Santiago, en los años cuarenta, treinta centavos; y veinte centavos a Villa González. En los años cincuenta se introdujeron las primeras camionetas y cuando en los años sesenta se comenzó en serio con el arreglo y pavimento de las carreteras, significó el fin del transporte con animales de carga.

Un importante proveedor de empleo, a menuda mencionado, era el *Ferrocarril Central Dominicano*. Fundamentalmente los hombres que vivían cerca de la línea férrea en Villa González mismo y en Palmarejo trabajaban regularmente como ferroviarios. La construcción de durmientes, *traviesas*, a realizaban los cosecheros, quienes recibían un peso por cada cien durmientes. Los trabajos de mantenimiento eran hechos a veces por cosecheros también. Otros empleadores más o menos fijos fuera del tabaco eran la finca norteamericana de yuca, *La Yuquera* en Quinigua (donde se producía el almidón de yuca), la gran finca de guineos de la familia Bermúdez en Benegas y varias pequeñas empresas, como aserraderos y empresas de transporte.

En general, los trabajadores eran empleados por un período corto para estas actividades y pagados por ajuste, por lo cual es difícil decir mucho acerca de los salarios. Lo que sí es notable, es que en la finca de guineos de Bermúdez hasta los años sesenta no se pagó en efectivo sino con *vales*, que solo se podían usar en la bodega de la finca. Este sistema tan conocido en el mundo de las plantaciones del Caribe funcionaba de antiguo: por medio kilo de arroz, que en la tienda del pueblo costaba diez centavos, los trabajadores pagaban en la bodega dieciséis centavos.

Conclusión

En este estudio se ha intentado presentar una imagen «desde abajo» del desarrollo económico y social de un municipio tabacalero en el Cibao, tal como esto ha funcionado durante los últimos sesenta años. Con todas las reservas que deben acompañar a los resultados de semejante limitada investigación, podemos llegar a las siguientes conclusiones:

En primer lugar, el desarrollo esquematizado en este ensayo se mezcla de una manera interesante con la actual discusión de este momento en la República acerca del desarrollo del capitalismo en la República Dominicana. Además de aquellos que, siguiendo a (entre otros) André Gunder Frank, defienden la casi insostenible tesis de que los países latinoamericanos, desde el momento de la colonización fueron incorporados al sistema capitalista mundial y *por tanto* son capitalistas (entre otros Jimenes Grullón),⁴¹ muchos autores defienden la idea de que la República Dominicana, después del período de transición de 1875 a 1900 (o 1916), ha sido dominada definitivamente por un orden económico capitalista (Boin-Serulle Ramia, Cassá, Lozano y otros).⁴² El desarrollo económico de Villa González, sin embargo, nos muestra que la penetración de relaciones de producción capitalistas y la suplantación de la agricultura tradicional en el Cibao, se ha presentado mucho más tarde y en un período más corto de lo que se admite hasta ahora. Aunque no se han pronunciado de una manera muy específica sobre este tema, Juan Bosch, y más recientemente Crouch, son los únicos que han señalado la tardía penetración de las relaciones de producción capitalista en la República Dominicana.

⁴¹ Juan Isidro Jimenes Grullón, *Sociología Política Dominicana 1844-1966*, 3 tomos (Santo Domingo: Editora Taller, 1976-1980), I: XV.

⁴² Boin, y Serulle Ramia, *El proceso de desarrollo capitalista...*; Roberto Cassá, *Historia social y económica de la República Dominicana*, 2 tomos (Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1977-1981); Wilfredo Lozano, *La dominación imperialista en la República Dominicana, 1900-1930* (Santo Domingo: Editora UASD, 1976).

Mientras las fincas azucareras del Sur ya desde fines del siglo pasado habían sometido a los pequeños terratenientes, ya sea como colonos, ya sea como trabajadores asalariados, en el Cibao estos campesinos no fueron tocados por las plantaciones de cacao, tabaco y café, instaladas en la misma época. Se había formado ciertamente un grupo de peones jornaleros, que estaban como trabajadores empleados en estas empresas, pero que surgieron principalmente del crecimiento de la población y de un suave saneamiento progresivo en el sector del tabaco. Este saneamiento no mostró la violencia ni fuerza destructora que había sufrido el Sureste como consecuencia de la implantación del sector azucarero capitalista.

De esta manera, en los años veinte y treinta pudo surgir en el Cibao una clase de campesinos propietarios para quienes la agricultura era el medio de subsistencia más importante y cuya necesidad de dinero fue satisfecha por el cultivo y la venta de tabaco. El hecho de que los cosecheros que no poseían tierra pudieran disponer de esta sin pago a cambio, indica que la tierra en este período casi no tenía valor mercantil autónomo; otra prueba de la ausencia de una dominación de relaciones capitalistas en este nivel del campo.

Puesto que el cultivo del tabaco dentro de la economía campesina en general ocupaba un segundo lugar, la familia campesina era dependiente de la coyuntura del tabaco solo en cierto sentido. Los malos años eran, hasta los años cincuenta, aquellos años en que fracasaba la cosecha de alimentos, por ejemplo, el famoso *año del centenario*, 1944, y también 1957. Una cosecha fracasada de tabaco o bajas de precios en el mercado mundial tenían para el Cibao en su totalidad consecuencias trascendentales —regresión económica, escasez de dinero— pero dentro de la economía campesina significaba mucho menos.

El cultivo de tabaco en pequeña escala se caracterizaba antes de 1945, además, por una falta casi total de división del trabajo, trabajo asalariado e innovaciones técnicas para ahorrar trabajo o aumentar la calidad del tabaco. Tampoco se puede hablar de inversiones de capital de alguna magnitud. La ventaja de esta situación para los comerciantes (que sí fueron empresarios capitalistas) era

que los costos de producción (y en consecuencia los precios) eran bajos y que la reproducción de los cultivadores de tabaco estaba garantizada. Por esto podían comprar el tabaco a bajos precios, a veces incluso por debajo de los costos de producción. Puesto que el tabaco era el único producto comercializable en este período en la región de Villa González (en contradicción con la región al Este de Santiago, donde también se cultivaba y comercializaba mucho cacao y café), no necesitaban preocuparse mucho de que los cosecheros abandonaran el cultivo de tabaco. Esta situación tuvo como consecuencia que la acumulación de capital, antes de los años cuarenta, casi no tenía lugar a nivel productivo, sino solo en el sector del comercio. Fue en esta estructura económica donde se formó una clase de comerciantes acaudalados que acumulaban grandes terrenos y que se desempeñaban, gracias a esto, como una clase latifundista dentro del contexto de pequeña escala de la región.

En la segunda mitad de los años cuarenta comenzó para la región de Villa González el período de transición. El indicio más a la vista de esto fue la valorización de la tierra. Desde ese tiempo los campesinos sin tierra tuvieron que pagar, para tener acceso a ella, ya fuera en dinero o en especie a través del sistema de media. Además, el comercio se encargó de varias facetas de la elaboración del tabaco que hasta entonces se realizaban en la finca. Esto hizo que el cosechero tabacalero, después de haber sido un productor pequeño semindependiente, con varias funciones casi artesanales, se transformara paulatina y exclusivamente en proveedor de materias primas. Esto, agregado al arriendo cada vez más caro, lo iba obligando a cultivar tabaco para poder responder a la necesidad de dinero de su hacienda y familia. Los altos precios del tabaco después de la Segunda Guerra Mundial ejercieron una influencia estimulante en este proceso. Se hacía notar una división del trabajo cada vez mayor. El transporte del tabaco hacia los almacenes, antes casi siempre realizado por el mismo campesino, fue tomado a su cargo por los que poseían camionetas. El trabajo en las fincas y en los almacenes se subdividió cada vez más y lo realizaban trabajadores empleados especialmente para eso, quienes sin embargo

todavía provenían principalmente de las mismas familias cultivadoras de tabaco. Este proceso solo se reforzó con la introducción de medios técnicos nuevos

Los cambios en este período, no obstante, no significaba aún una completa transformación. El tractor hizo su aparición a principios de los años cincuenta, pero tuvo muy lenta aceptación. El trabajo asalariado se generalizó más, pero las Juntas siguieron existiendo. El cosechero entró en contacto con nuevas posibilidades de comunicación, con la electricidad y máquinas nuevas, pero en la práctica de su trabajo y vida diaria, las usaba muy poco.

Este período terminaba en los años sesenta. La fundación del Instituto del Tabaco en 1962, aunque un evento pequeño dentro del ámbito de la larga historia del tabaco dominicano, fue un momento importante. Desde ese año este Instituto se preocupó, a través de sus *asesores* locales, de entregar información agrícola. Hay aún algo más que podría indicar que en este período se efectuó un cambio. En el censo del tabaco en 1963 se mencionan datos sobre la cantidad de años que los campesinos interrogados se habían dedicado al cultivo del tabaco. Se entregó el siguiente cuadro (1440 respuestas).⁴³

Menos de un año	2 a 4 años	5 a 9 años	Más de 10 años
491 (35.1 %)	273 (19.5 %)	117 (8.3 %)	519 (37.1 %)

Nada menos que el 35 % de los campesinos se habían dedicado al cultivo del tabaco como máximo un año y 19.5 % menos de cuatro años; juntos 64.5 %, mientras el 37 % cultivaba tabaco hacía más de diez años. Es tentador ver aquí una separación entre los «viejos» tabacaleros tradicionales y los «nuevos».

Lo cambios iniciados en el período anterior se deciden en el período después de 1960. Los precios de la tierra y del tabaco comienzan a subir drásticamente y con esto los cosecheros tabacaleros

⁴³ Instituto del Tabaco de la República Dominicana, *Primer Censo Tabacalero Nacional 1963* (Datos preliminares); Tabla 20.

se integran totalmente a la economía monetaria. Al mismo tiempo el cultivo del tabaco va adquiriendo cada vez más el carácter de un monocultivo y la única fuente de subsistencia para una gran cantidad de familias del campo. La cantidad de cultivadores disminuye en alguna medida, lo que indica un saneamiento perseverante del sector. Aunque nos faltan las cifras, no hay duda de que aumenta el número de trabajadores sin tierra. Estos son reclutados casi exclusivamente de la comunidad de los cosecheros mismos.

Por otro lado, surge un grupo de campesinos tabacaleros que han sabido procurarse una existencia relativamente segura con bases propias y con una explotación racional. Para la mayor parte de los cosecheros el cultivo del tabaco es, no obstante, todavía un puro medio para subsistir, sin ninguna perspectiva de mejoramiento de su destino. La *media* saca la mayor parte de las ganancias, la tierra se ha vuelto más cara y los créditos solo se pueden conseguir con altos intereses.

A pesar de estar asociados en las recientemente fundadas asociaciones de cosecheros, es claro que está surgiendo una lucha de intereses entre estos dos grupos. Para el primero el uso de abono, insecticidas, tractores y análisis de costos se ha vuelto algo corriente, mientras que el resto cultiva su tabaco en gran parte de manera tradicional, usa el trabajo familiar, aplica medios que no cuestan dinero, etc. Esta contradicción aparece sobre todo durante la época de la venta del tabaco. Los cosecheros «modernos» tienen la idea de que su posición de negociación se va debilitando frente al comerciante porque los campesinos pequeños y pobres se deshacen de su tabaco por bajos precios. Por otra parte, estos últimos están muy conscientes de que estos cosecheros ricos muchas veces pagan bajos sueldos y a veces incluso arriendan una parte de su tierra por el sistema de *media*. La penetración de las relaciones de producción capitalistas en el campo de Villa González y la diferenciación del campesinado en los últimos veinte años, no se puede indicar de manera más clara.

No es sorprendente que la tan rápida transformación de la estructura económica y social en la región de Villa González haya dejado sus huellas en el pensamiento de los cosecheros ancianos. Crecidos en una economía casi completamente de subsistencia, sin

electricidad ni caminos pavimentados, sin medios de comunicación, solo enterándose de vez en cuando de los acontecimientos del mundo exterior por el tren que pasaba a treinta kilómetros por hora, se encuentran ahora en medio de un ambiente de cambios, introducidos por el desarrollo capitalista de la República Dominicana. No es milagro que muchos estén aturridos por la nostalgia. Antes, así dice la repetida historia, había alimentos en abundancia y lo único que se tenía que comprar era arroz, aceite y carne, y costaban poco. La gente se respetaba y todos se ayudaban cuando era preciso. El hecho de que hubiera poco dinero no era importante, pues no había muchas necesidades. Ahora eso ha cambiado. Los niños tienen que ir a la escuela y ya no pueden ayudar en las fincas e incluso cuestan dinero. La ayuda mutua desapareció y en todas partes se roban pollos y frutas. Aunque tal nostalgia es un fenómeno humano general que no corresponde únicamente a los cosecheros ancianos de la República Dominicana, indica la enorme rapidez con que se han dado los cambios en los últimos cincuenta años.

A pesar de los rápidos cambios, se ha mantenido en el sector tabacalero del Cibao el orgullo y la conciencia que tanto lo caracterizaba. Pedro F. Bonó relacionó el cultivo del tabaco ya en 1888 con una convicción democrática, y desde entonces, el pequeño empresario tabacalero ha recibido muchas alabanzas. Es demasiado simple explicar rasgos psicológicos con el cultivo de una determinada planta, pero es innegable que la población campesina del Cibao aún posee una fuerte cohesión social y una autoconciencia relativamente grande. La alienación y desorientación moral de la población en los reglones azucareros sureños y de las barriadas de Santo Domingo, casi no existen en el campo del Cibao. Pero, además, casi no se encuentra el desarraigo ideológico de las clases media y alta urbanas que carecen de confianza en un verdadero desarrollo independiente de la República Dominicana y que han puesto toda su esperanza en la ayuda del exterior. El viejo cosechero que me decía golpeando la mesa: «Yo soy dominicano, pertenezco a este país y aquí me quedo», expresaba tal vez un pensamiento que es también esencial para el futuro de todo el país.

La buena voluntad y combatividad, sin embargo, no son suficientes. Los políticos y el gobierno deberán reconocer el importante lugar que ocupa la población campesina dominicana. Ellos deberán mejorar drásticamente las previsiones sociales en el campo. Los hospitales y las escuelas son absolutamente necesarios para ofrecer a las familias campesinas las máximas posibilidades para frenar el interminable éxodo hacia las ciudades.

No menos importante es darles a estas familias la oportunidad de mejorar su agricultura de manera razonable y soportable. Tal como vimos, las familias campesinas del Cibao tienen una larga tradición de conocimiento agrícola. Se han adaptado con éxito a muchos cambios, a veces profundos. Han aceptado algunas innovaciones y han rechazado otras. Son sus acciones las que determinarán el futuro del desarrollo agrario. Esta es la razón por la cual hay que hacerles participar en la planificación agrícola. La reciente historia del Cibao nos enseña que la población campesina representa una enorme fuerza potencial. Para hacer realidad esas posibilidades habrá que reconocer su lugar en la sociedad dominicana.

CAPÍTULO 10

PATRIARCADO Y ESTRATEGIAS FAMILIARES EN EL MUNDO CAMPESINO: CLASE SOCIAL Y GÉNERO EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Introducción

En las ciencias sociales se ha usado el concepto de la «estrategia de familia» para mostrar el papel activo de las familias en influenciar los cambios económicos y sociales en un nivel micro.¹ Ya sea que el concepto central haya sido «supervivencia», «adaptación» o «agencia», la pregunta subyacente se refería a las formas en que los pobres trataban de garantizar su supervivencia social y económica. Aunque podemos suponer que las familias como un todo tienen estrategias, no es menos claro que los miembros individuales de la familia tienen sus propios intereses y metas, las cuales pueden no ser siempre perfectamente compatibles con los de la familia.²

Sin embargo, hay otro punto que ha recibido mucho menos atención. Las familias y los hogares son construcciones de la sociedad humana. Estas «ideologías de la familia», como Michelle Barret las ha llamado, han tenido no solo una grande, sino

¹ Marianne Schmink, «Household Economic Strategies: Review and Research Agenda», *Latin American Research Review* 19 (1984): 87-101; Tamara K. Hareven, «A Complex Relationship: Family Strategies and the Processes of Economic and Social Change», en R. Friedland, y A. F. Robertson (eds.). *Beyond the Marketplace. Rethinking Economy and Society* (New York: Aldine de Gruyter, 1990), 215-244.

² Daisy Dwyer, y Judith Bruce (eds.), *A Home Divided. Women and Income in the Third World* (Stanford: Stanford University Press, 1988); Naila Kabeer, *Reversed Realities. Gender Hierarchies in Development Thought* (London y New York: Verso, 1994); y Patricia R. Pessar, «Kinship Relations of Production in the Migration Process: The Case of Dominican Emigration to the United States», *New York University, Occasional Papers*, No. 32, 1982.

determinante influencia en las estrategias de familia.³ Lo que las personas buscan alcanzar, cómo tratan de lograr sus metas y en qué términos los expresan son todos factores de esta construcción ideológica del significado de la familia.⁴ Estas construcciones son «culturales» en el sentido de que muestran algunas características dominantes, pero son también «históricas». Son adaptadas, negociadas, y disputadas de acuerdo al cambio histórico en la sociedad. Como Mohammed correctamente observa: «Los sistemas de género no son de ninguna forma fijos o inmutables, sino que están constantemente en movimiento y cambiando a través de cada período histórico, y con cada conjunto de circunstancias históricas en las cuales los hombres y las mujeres se encuentran».⁵

Por otro lado, las ideologías de la familia también fueron usadas y manipuladas para servir al desarrollo de relaciones de producción capitalistas y al desarrollo del moderno estado-nación. Usando esta idea, Verena Stolcke ha escrito un influyente artículo sobre la explotación de la moralidad familiar en las haciendas brasileñas.⁶ Ella trató de mostrar cómo los sembradores organizaron sus estrategias de acumulación en el siglo XIX al aprovechar la familia nuclear y la ideología patriarcal que les rodeaba. Sin embargo, su énfasis en la manipulación de las ideologías de la familia puede ser demasiado simple. La pregunta debe ser cuándo ciertas

³ Michelle Barret, *Women's Oppression Today* (London: Verso, 1980), capítulo 6.

⁴ Ver Marit Melhuus, y Kristi Anne Stolen (eds.), *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power of Latin American Gender Imagery* (London: Verso, 1997).

⁵ Patricia Mohammed, «Writing Gender into History: The Negotiation of Gender Relations among Indian Men and Women in Post-indenture Trinidad Society, 1917-47», en Verene Shepherd, Bridge Brereton, y Barbara Bailey (eds.), *Engendering History. Caribbean Women in Historical Perspective* (London and Kingston: James Currey and Ian Randle, 1995), 43.

⁶ Verena Stolcke, «The Exploitation of Family Morality: Labour Systems and Family Structure on Sao Paulo Coffee Plantations, 1850-1979», en Elizabeth Jelin (ed.), *Family, Household and Gender Relations in Latin America* (London y Paris: Kegan Paul-UNESCO, 1991), 69-100.

ideologías se hicieron hegemónicas, qué significó esta hegemonía en la práctica diaria y cómo fue reproducida o refutada en la formulación y práctica de estrategias de familia.

En este trabajo yo trataré de brindar luz a este tema, usando un pueblo rural en el Cibao como punto de partida. Enfatiza la importancia de las ideologías patriarcales para las relaciones de clases sociales y género dentro de las familias rurales.⁷ Será argumentado que el análisis de estrategias de familia debe tener en cuenta el contexto de las relaciones de clases en el campo y la influencia de ideologías hegemónicas en las relaciones de género dentro de las familias rurales. Estos factores causaron estrategias específicas en las familias rurales, pero al mismo tiempo divergentes y con frecuencia causaron actitudes contradictorias entre los miembros individuales de la familia.

El trabajo familiar y el cultivo del tabaco en la República Dominicana

El Cibao, siempre ha sido una región agrícola. Las familias campesinas de descendencia española o mixta empezaron desde el período colonial a cultivar tabaco que fue vendido a comerciantes extranjeros. A fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, la gran parte de la población estaba en una forma u otra involucrada en el cultivo, proceso y comercialización del tabaco. Esto no cambió con la rápida transformación económica que vivió el país en la segunda mitad del siglo XIX. La agricultura campesina permaneció como la base del desarrollo económico orientado a la exportación de la

⁷ Para el debate sobre el patriarcado, ver Susan C. Bourque, y Kay Barbara Warren, *Women of the Andes. Patriarchy and Social Change in Two Peruvian Towns* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1981); Deniz Kandiyoti, «Bargaining with Patriarchy», *Gender and Society* 2 (1988): 274-290; y Doris Sommer, *One Master for Another. Populism as Patriarchal Rhetoric in Dominican Novels* (Lanham: University Press of America, 1983), ha hecho un interesante análisis de las implicaciones patriarcales en las novelas dominicanas del siglo XX.

región en un nuevo contexto.⁸ Las nuevas oportunidades presentadas por el mercado mundial indujeron a familias con más dinero a comprar mayores extensiones de tierra (barata). En esta forma se creó una nueva clase de terratenientes relativamente grandes. Estos terratenientes se convirtieron en un factor dominante en la región en las primeras décadas del siglo XX, pero ellos carecían de los medios necesarios para atraer la mano de obra extranjera y, por lo tanto, dependieron de los campesinos como proveedores de mano de obra barata.

La organización de la agricultura campesina dependía de los dos ciclos productivos: de la cosecha de alimentos y del cultivo del tabaco. El tabaco era usualmente sembrado durante el período lluvioso en los últimos dos meses del año, pero los productores campesinos podían sembrar tabaco en cualquier período del año que prometiera lluvias prolongadas. El cultivo de los productos alimenticios necesitaba atención permanente. Los plátanos y la yuca podían rendir frutos el año completo y eran los productos favoritos de la población rural. Los ciclos productivos del tabaco y de los alimentos, por lo tanto, existían conjuntamente. El tabaco y los productos alimenticios eran cultivados habitualmente en la misma tierra. Cuando se sembraba el tabaco, era un procedimiento normal sembrarlo junto con cultivos básicos tales como maíz, yuca y habichuelas. Este sistema mixto fue fuertemente criticado por consejeros agrícolas y comerciantes tabacaleros, pero era un elemento esencial de la subsistencia económica y continuó hasta la década de los sesenta. Las mujeres y los niños jugaron un rol importante en la provisión de alimentos, y por esa razón existió una preferencia de cultivar productos alimenticios cerca de la casa.

El tabaco fue siempre cultivado en tierra recientemente despejada. Hasta los últimos años del siglo XX, el proceso agrario en el Cibao empezaba con la «tala y tumba» de un pedazo de terreno

⁸ Michiel Baud, *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic, 1870-1930* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1995); Pedro L. San Miguel, «The Dominican Peasantry and the Market Economy: The Peasants of the Cibao, 1880-1960». Ph. D. dissertation, Columbia University, 1987.

virgen. Los árboles que se cortaban en esta operación producían la madera para hacer cercas, que eran necesarias para proteger el cultivo de los animales que lo rodeaban. El despeje del conuco era una manera laboriosamente intensa de preparar la tierra. Sin embargo, los árboles que se cortaban para el despeje de un conuco llenaban muchas funciones en los hogares de los campesinos. Aparte de ser esencial para proteger los cultivos, dichos árboles proveían madera para construir casas y madera para cocinar. Además, el despeje de las tierras era hecho en la temporada muerta, entre agosto y noviembre, cuando había poco trabajo agrícola. Puede asumirse que a los campesinos les gustaba el trabajo arduo y compensador de despejar un conuco. Esto afirmaba su masculinidad y era una oportunidad de mostrarle al mundo su responsabilidad masculina de cuidar a su familia.⁹ Esto concuerda con la discusión de Louise Fresco de las prácticas agrícolas en República Democrática del Congo (anteriormente Zaire), donde las mujeres (campesinas) observaron que «si un hombre quiere ser bueno a su esposa, despeja un terreno nuevo para ella».¹⁰

El trabajo familiar por sí solo a menudo no era suficiente para lidiar con el trabajo simultáneo involucrado en la cosecha y este período era, por lo tanto, la ocasión para organizar grupos de trabajo comunitario, *Juntas Gratuitas* o *Juntas de vecinos* (a veces, se usaba el término *convites*). No sabemos cuándo los productores campesinos empezaron a usar este intercambio de mano de obra recíproca, pero ya existía al principio del siglo XIX.¹¹ Fue una respuesta lógica a la necesidad periódica de trabajo extra en la economía campesina

⁹ Augusto Ortega, «Breve apuntes acerca de la Psicología Dominicana etc., de Santiago», en Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Lengua y folklore de Santo Domingo* (Santiago: UCMM, 1976), 131-152.

¹⁰ Louise Fresco, *Cassava in Shifting Cultivation: A Systems Approach to Agricultural Technology Development in Africa* (Amsterdam: Royal Tropical Institute, 1986), 134.

¹¹ Víctor Place, «Memoria sobre el cultivo, la cosecha y la venta de los tabacos», en Jacqueline Boin, y José Serulle Ramia, *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana (1844-1930)*, vol. 1 (Santo Domingo: Ed. Gramil, 1979), 189.

de escasos recursos.¹² Fue parte de una estrategia de sobrevivencia en la cual los hogares de los campesinos individuales vincularon su destino con el de otros. Aparte de la conveniencia económica de tal sistema, fue un momento cuando las redes de amistad y obligación social se reafirmaron y consolidaron.

El cultivo de productos alimenticios fue esencial para la economía campesina. Para las familias campesinas eran tan importantes como el cultivo del tabaco. Garantizaban su reproducción y disminuían su dependencia en un mercado impredecible. La importancia de los productos alimenticios explicaba los procesos alternantes de participación en el mercado y retiro que ha sido tan característico en la historia de la producción campesina.¹³ Los hogares campesinos usaban las ganancias producidas por el tabaco para comprar bienes de consumo. Algunas veces les permitía obtener crédito, pero la mayoría de las familias no dependían de la venta del tabaco. Podemos dudar si el cultivo del tabaco fue el centro alrededor del cual giraba el ciclo agrícola de las familias rurales. Como consecuencia, la fortuna de los productores campesinos dependía no tanto del mercado tabacalero, como del éxito o no de la cosecha de los productos alimenticios. Puede ser significativo que los campesinos más viejos apenas se acuerdan de años de precios extremadamente bajos del tabaco, mientras que se acuerdan precisamente los años en que ocurrió una escasez de los productos alimenticios.

La mano de obra familiar también fue usada en el proceso del tabaco. Los agricultores frecuentemente se quedaban con el mejor tabaco para ellos mismos y enrollaban sus propios cigarros, los cuales ellos fumaban y a veces vendían al por menor. La producción de andullos (rollos de tabaco presionado) fue una actividad artesanal que complementaba el trabajo agrícola. Cuando bajaron

¹² Charles J. Erasmus, «Culture, Structure, and Process: The Occurrence and Disappearance of Reciprocal Farm Labor», *Southwestern Journal of Anthropology* 12 (1956): 444-469.

¹³ Eric R. Wolf, «Types of Latin American Peasantries: A Preliminary Discussion», *American Anthropologist* 57 (1955): 452-470.

los precios del mercado, las familias rurales extendieron esta actividad. Ellos retuvieron más tabaco para sí mismos y aumentaron la cantidad de tabaco que procesaban.¹⁴

En las primeras décadas del siglo XX surgieron nuevas oportunidades de ganar dinero. Muchas empresas de tabaco construyeron bodegas en el área de producción principal y empezaron a hacer la selección y el proceso del tabaco ahí. Estas actividades les dieron a las familias campesinas la posibilidad de ganar dinero extra. Aunque los hombres estaban involucrados en algunas de las tareas, las mujeres formaron la mayor fuerza de trabajo. No está totalmente claro si esto fue una política consciente de parte de las empresas exportadoras o si fue el resultado de la lógica de la producción campesina. En cualquier caso, durante la temporada de cosecha muchas campesinas trabajaban en las bodegas rurales ganando dinero extra para sus hogares. Por lo tanto, la agricultura estaba incrustada en un complejo mosaico de actividades en cuales se usó el trabajo de todos los miembros de la familia.

Las familias y los hogares en el campo dominicano

La mayoría de los matrimonios rurales eran de hecho (amancebados) pero aún cuando fueran confirmados por la ley o la iglesia, solo se convertían en una realidad social con la llegada de hijos. En ese momento la joven pareja decidía construir una casa y empezar un nuevo hogar.¹⁵ Algunas parejas se quedaban con los padres de uno de los dos, pero esto era considerado una etapa transitoria. Los matrimonios podían ser arreglados en tres maneras. Algunas veces los padres escogían un buen candidato y arreglaban el matrimonio. Algunos de los viejos campesinos dicen que no podían casarse con la persona que amaban, sino que tenían que casarse con la persona preferida por sus padres. Esta fue la indicación más clara de la autoridad que los padres tradicionalmente ejercían en la sociedad rural. La segunda forma era que el matrimonio era

¹⁴ Baud, *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic...*, 86-88.

¹⁵ Harry Hoetink, *El Pueblo Dominicano: 1850-1900* (Santiago: UCMM, 1972).

decidido por consentimiento mutuo entre los futuros marido y mujer y sus respectivos padres. Esta era la manera ideal de empezar una familia y causaba la menor tensión. Ocurría con frecuencia la llamada *fuga*.¹⁶ Casi siempre sucedía con el consentimiento (implícito) de la futura esposa y sus padres. Esta era la manera más común de empezar una familia y era con frecuencia vista como un típico comienzo de los «matrimonios» rurales. Un reporte del 1922 observó: «Casi siempre la gravidez o la fuga preceden a las bodas, y puede ser que, en definitiva, los padres consienten en el amancebamiento como una cosa natural, en cuyo caso se consideren los amancebados como realmente casados, porque el consentimiento de los padres o la palabra dada a éstos es cosa de respeto».¹⁷ La tercera forma era la consumación del matrimonio por dos jóvenes sin consentimiento explícito o en contra de la voluntad de sus padres. Su consecuencia más obvia era un inicio con precariedad financiera y material de los recién casados, quienes no podían contar con el apoyo de sus respectivas familias.

En principio, la nueva familia constituía un hogar independiente, pero en circunstancias normales existía en un parámetro más amplio basado en afiliación y reciprocidad. La organización del trabajo comunal mencionado estaba basada en vínculos, afiliaciones y confianzas. La reproducción de estos vínculos no era obvia, sino que dependía de la continuación de su utilidad. Cuando el matrimonio se disolvía, los patrones existentes de reciprocidad y lealtades también se rompían. En estas circunstancias, la mujer regresaba a su propio grupo de apoyo y afiliación, frecuentemente reintegrándose —con sus hijos— en el hogar de los padres. Muchos hombres establecían un segundo hogar con otra mujer. Esta era una causa frecuente del divorcio. En tal situación, el hombre normalmente iba a vivir con la segunda mujer. El hogar

¹⁶ Esto es diferente a lo llamado *raptó* en cual el consentimiento de la joven no es obvio. Esta práctica por supuesto, enfrentaba el hombre-padre y el raptor.

¹⁷ Ortega, «Breve apuntes acerca de la Psicología Dominicana etc., de Santiago», 139.

independiente encabezado por la mujer que era tan frecuentemente mencionado como característico del Caribe, fue prácticamente inexistente en el campo del Cibao. No era posible social ni económicamente que una mujer tuviera un hogar independiente con sus hijos.¹⁸ Las únicas cosas que se parecían eran los segundos hogares que algunos hombres establecían. En estas circunstancias, la mujer vivía sola con sus hijos y era visitada regularmente por un hombre. El otro caso era cuando los hogares eran temporalmente dirigidos por las mujeres cuando los hombres estaban lejos trabajando por paga.

La ausencia relativa de hogares dirigidos por la mujer en el campo dominicano puede ser tomada como una señal clara del control patriarcal que reinaba ahí. En este respecto, la estructura familiar dominicana se parece más al patrón general latinoamericano en el que hay vínculos inequívocos y claros entre la organización familiar y la dominación masculina. Elizabeth Jelin por ejemplo escribe: «En la tradición cultural latinoamericana, la subordinación de la mujer está anclada a un grupo familiar fuertemente cohesionado que constituye la base de todo el sistema de relaciones sociales».¹⁹

¹⁸ Ver Sylvia Chant, «Single-Parent Families: Choice or Constraint? The Formation of Female-Headed Households in Mexican Shanty Towns», *Development and Change* 16, (1985): 635-656.

¹⁹ Elizabeth Jelin, «Introduction», en Elizabeth Jelin (ed.), *Women and Social Change in Latin America* (London: Zed Books, 1990), 2. Ver también Asuncion Lavrin (ed.), *Latin American Women. Historical Perspectives* (Westport y London: Greenwood Press, 1978); y Elizabeth Kuznesof, y Robert Oppenheimer, «The Family and Society in Nineteenth-Century Latin America: An Historiographical Introduction», *Journal of Family History* 10 (1985): 215-233. Deberíamos tener cuidado, sin embargo, en nuestras comparaciones de estos sistemas patriarcales. El sistema patriarcal del campo ruso, descrito por Worobec, parece por ejemplo haber sido mucho más formal e incrustado en un sistema de leyes de hecho que en el caso de la República Dominicana analizado en este artículo; Christine D. Worobec, *Peasant Russia. Family and Community in the Post-Emancipation Period* (Princeton: Princeton University Press, 1991). Para un caso latinoamericano excepcional ver Barbara Potthast-Jutkeit, «The Ass of a Mare and Other Scandals: Marriage and Extramarital Relations in

Esta conexión se mostró claramente en algunas largas entrevistas que hice con una campesina, madre de cinco hijas en el Cibao, a quien llamaré María. Cuando le pregunté sobre la importancia y el rol de la familia en la sociedad campesina, ella dijo:

«Bueno, las familias tienen importancia para uno; que, por ejemplo, el padre y la madre forman la familia, entonces los hijos le tienen un respeto. Y no importa que no sea el padre, puede ser un hermano, el menor lo respeta, lo mismo que el mayor se lleva de un consejo que le dé el pequeño. Y si es un familiar, ya familia lejos, por ejemplo: primo hermano, que es un hijo de dos hermanos, también se llevan de acuerdo».

Lo que ella implicaba ahí, era que la autoridad masculina era central a la institución de la familia. Cuando el padre no estaba, otro hombre tenía que tomar su lugar para ejecutar la autoridad masculina.

La obligación principal del hombre era ocuparse del bienestar material de los miembros de la familia. Fuera que ganara su sustento como un campesino o como un jornalero, él tenía que proveer a la familia de techo y comida. Las mujeres también jugaban un importante (a veces el más importante) rol en la reproducción material de la familia, pero ideológicamente esto era la responsabilidad del hombre. En cambio, ellos podían dominar las vidas de sus mujeres e hijos, tal como ellos mismos eran dominados por los comerciantes y terratenientes.

El acceso a suficiente mano de obra para cuidar la agricultura era esencial para la agricultura campesina. Más mano de obra en la familia significaba más tierra que se cultivaba y podía conllevar a una mayor prosperidad. El control de la mano de obra se hizo más importante con el creciente dominio del mercado. Era normal que los hombres tuvieran varias familias y el tener muchos hijos se

Nineteenth-Century Paraguay», *Journal of Family History* 16, no. 3 (1991): 215-239.

consideraba una ventaja. La dominación masculina dependía de su control de la mano de obra de los miembros de su familia. Su habilidad de utilizar esa mano de obra determinaba la posibilidad de acumular riqueza material.²⁰ De acuerdo a Bray,²¹ el control sobre la mano de obra era un factor importante en la agricultura campesina en el Cibao en este período, que conllevó a un aumento en la diferenciación entre los campesinos: «Los hombres se esforzaban en acumular esposas e hijos cuando sus recursos materiales se lo permitían». Este debe haber sido el antecedente a la gran cantidad de hijos procreados por los agricultores más ricos. Mi investigación muestra que la mayoría de los agricultores acomodados tuvieron hijos con más de una mujer. Muchos hombres tenían más de 20 hijos vivos.

La necesidad de controlar la mano de obra familiar debe haber sido el factor principal en la reproducción de las tendencias patriarcales en un período de rápida transformación de la sociedad rural. Los hijos se mantenían bajo control directo hasta que llegaban a una edad avanzada. Los hombres y mujeres mayores cuentan que como adolescentes, ellos «no se pertenecían», que no tenían control sobre sus propias vidas. Grasmuck y Pessar sugieren que esta era una manera de mantener el control de la mano de obra de los hijos.²² Se posponía el momento cuando la mano de obra tenía que ser compartida con otro hogar. El control patriarcal sobre los hijos (y las mujeres) estaba firmemente afianzado. Esto no era el resultado de una forma de vida tradicionalmente campesina, sino que respondía a la combinación específica de la producción de subsistencia y la producción de tabaco para el mercado. Se hizo aún más importante en un período cuando las

²⁰ Para un interesante estudio de caso ver Nola Reinhardt, *Our Daily Bread. The Peasant Question and Family Farming in the Colombian Andes* (Berkeley: University of California Press, 1988), 56-60.

²¹ David B. Bray, «Dependency, Class Formation and the Creation of Caribbean Labor Reserves». Ph.D. dissertation, Brown University, 1983, 93.

²² Sherri Grasmuck, y Patricia R. Pessar, *Between Two Islands. Dominican International Migration* (Berkeley: University of California Press, 1991), 140 y ss.

nuevas oportunidades de trabajo asalariado atrajeron a la mano de obra masculina de los hogares campesinos. La construcción de dos ferrocarriles en la región entre 1880 y 1910 empleó cientos de hombres quienes dejaban a sus familias por varios meses cada año. Esto podía continuar solamente porque las mujeres y los hijos se ocupaban de la producción agrícola.

Los campesinos y los patrones en la economía tabacalera

Uno de los aspectos más notables de la sociedad rural en la región del Cibao fue la coexistencia de las diferentes clases sociales. Aunque cultural y socialmente los terratenientes y los campesinos estaban muy alejados, no había ninguna clara distinción étnica entre ellos. Esto hizo a la región tabacalera al norte diferente a la parte sur del país, donde los factores raciales y étnicos jugaron un rol mucho más significativo.²³ En los campos del Cibao las clases sociales vivían una al lado de la otra y estaban en constante, a veces bastante intenso, contacto uno con el otro. Los hijos de las élites frecuentemente tuvieron amistades con muchachos campesinos de su edad, que podía ser la base para relaciones que durarían toda una vida entre los miembros de las dos clases sociales. Los hombres adultos de las clases sociales compartían su interés en la agricultura, las peleas de gallos y en beber juntos. Las distinciones sociales fueron, por lo tanto, mitigadas por la proximidad física y el compartir del mismo medio ambiente rural. Es esta ambigüedad la que formó la relación entre la élite y los campesinos. Se manifestó con mayor claridad en la duradera interdependencia paternalista entre los dos grupos.

²³ Baud, *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic*. Esta fue también la gran diferencia con la situación en la vecina Cuba. Verena Martínez-Alier escribe sobre los patrones de matrimonios en Cuba: «La línea divisoria que dividía la sociedad cubana del siglo XIX era la raza». Verena Martínez-Alier, *Marriage, Class and Colour in Nineteenth-Century Cuba. A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society* (London-New York: Cambridge University Press, 1974), 2.

Las relaciones sexuales entre los hombres de la élite y las jóvenes campesinas no eran raras. A pesar de la diferencia entre las clases sociales, era generalmente aceptado que los hombres de élite tuvieran relaciones sexuales con mujeres de un estatus social inferior. En verdad, se puede argumentar que esta aceptación fue una consecuencia directa de estas diferencias sociales y la ideología patriarcal en que fueron incrustadas. Donde las mujeres de la élite eran vigiladas muy de cerca y la virginidad de las hijas era celosamente cuidada, a los varones adolescentes se les permitía adquirir experiencias sexuales con jovencitas de familias pobres. No solo en la adolescencia, sino también en edades mayores, las relaciones sexuales fuera del matrimonio eran fácilmente aceptadas dentro de las élites rurales. Este comportamiento fue un ejemplo claro de la ideología centrada en la dominación masculina que permeaba la sociedad dominicana. La idea de que el hombre podía tener varias relaciones sexuales era también aceptada en la sociedad campesina. Dentro de la ideología elitista, esta era complementada por un sentir de superioridad hacia los pobres, basado en la posición de las clases sociales. Siguiendo la estrategia clásica de las familias élites latinoamericanas de mantener la propiedad intacta, las élites *se casaban* solo con iguales.²⁴ Se mostró en la frecuencia de matrimonios entre las familias ricas. Por ejemplo, a principios del siglo XX, dos de las familias más influyentes de la región estaban relacionadas a través de tres matrimonios.²⁵

Los campesinos y los terratenientes estaban tradicionalmente ligados por una escala compleja de derechos y obligaciones y relaciones patrón-cliente proliferadas en la sociedad rural del Cibao. La dependencia mutua y el vínculo vertical entre la élite rural y

²⁴ Diana Balmori, *et al.*, *Notable Family Networks in Latin America*. (Albuquerque: New Mexico University Press, 1984); y Fiona Wilson, «Property and Ideology: A Regional Oligarchy in the Central Andes in the Nineteenth century», en David Lehmann (ed.), *Ecology and Exchange in the Andes* (Cambridge: Cambridge University Press, 1982), 191-210.

²⁵ Baud, *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic...*, 121.

los campesinos se originaron en la insegura situación política del siglo XIX en la República Dominicana. La autoridad de los líderes políticos dependía de la lealtad y el apoyo de la población campesina. Por otro lado, los campesinos necesitaban protección contra la constante incursión en sus propiedades y los abusos a los cuales se exponían. Una de las amenazas principales para la sociedad campesina era el reclutamiento obligado de los hombres. Los campesinos trataban de asegurar esta protección al entrar en relaciones verticales con la élite.²⁶ Un patrón influyente podía evitar expropiación y reclutamiento involuntario. La paradoja era, por supuesto, que de ellos se esperaba que pelearan por su patrón cuando este último terminara involucrado en problemas políticos.

Cuando la economía de exportación agrícola del Cibao aumentó en el cambio de siglo, los terratenientes extendieron y modificaron el sistema de patronaje existente y lo usaron para promover sus intereses comerciales. Las relaciones patrón-cliente del Cibao del siglo XX se hicieron más extensas con la comercialización de la agricultura cibaena. En lugar de erradicar las relaciones de producciones personales y «precapitalistas», la economía de mercado le dio nuevo significado a las relaciones de compadrazgo y otros sistemas de lealtades personales. Era a veces hasta instrumental en crearlas.²⁷ La mayoría de los terratenientes no trataron de sacar a los campesinos que ocuparon parte de sus tierras agrícolas. De hecho, ellos activamente estimularon la agricultura campesina en sus tierras contrario a, por ejemplo,

²⁶ Scott y Kerkvliet mencionan la protección como uno de los elementos esenciales de la relación patrón-cliente: «significa escudando al cliente de los peligros privados (bandillaje, enemigos personales) y de peligros públicos (soldados, oficiales externos, corte, recaudador de impuestos)». James C. Scott, y B. J. Kerkvliet, *How Traditional Rural Patrons Lose Legitimacy: A Theory with Special Reference to South-East Asia* (Madison: Land Tenure Center, University of Wisconsin-Madison, 1975), 512.

²⁷ Equipo de Investigación Socioeconómica, *Desarrollo del Capitalismo en el Campo Dominicano. Política agraria, pobreza rural y crecimiento agrícola* (Santiago: ISA, 1979), 33-36.

lo que pasó en el caso de los *agregados* en el sector cafetalero puerorriqueño del siglo XIX.²⁸

Los campesinos más viejos cuentan de que antes de la década de 1920, los terratenientes no exigían ninguna compensación por el uso de una porción de terreno. Un cultivador simplemente iba donde un terrateniente y normalmente se le asignaba un sector de tierra. Esto fue un resultado directo del hecho de que los terratenientes locales carecían de suficiente capital y mano de obra para poder cultivar sus tierras. Especialmente la ausencia de una fuerza de trabajo confiable impidió la expansión comercial a gran escala de la agricultura. Los empresarios locales no podían reclutar la mano de obra campesina por coerción extraeconómica y no tenían los fondos para atraer trabajadores con pagos altos. Encontraron una (temporal) solución al integrar la producción campesina en la explotación de sus propiedades. No siendo capaces de despejar y cultivar sus propiedades ellos mismos, les permitieron a los campesinos que no tenían tierra que se quedaran en sus tierras. La emergente agricultura capitalista se aprovechó de la presencia de productores campesinos en varias maneras. Primero, a través de su agricultura de tala y tumba, los productores campesinos fueron útiles despejando la tierra. En segundo lugar, miembros de las familias campesinas proporcionaban una estable, aunque restringida, fuente de mano de obra. Finalmente, ellos eran los productores del tabaco que era el sostén de la actividad comercial de la región.

Fue solo al transcurrir la década de 1920 que la creciente intervención estatal y la modernización del comercio de exportación trajo cambios fundamentales en la situación de los agricultores a menor escala. Especialmente la ley de 1920, que hizo el registro de la propiedad de tierra obligatorio, aumentó la brecha entre la élite y la población campesina. El registro era un asunto costoso y muchos dueños de tierra pobres no podían hacer más nada que ceder parte de sus propiedades en compensación por el costo de la inspección topográfica de sus tierras. En esta manera, ellos perdieron

²⁸ Laird W. Bergad, *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century Puerto Rico* (Princeton: Princeton University Press, 1983).

el excedente de tierra que había sido un elemento importante de sus organizaciones agrícolas. Al mismo tiempo, el costo del registro de la tierra indujo a los terratenientes más grandes a incrementar las ganancias de sus propiedades. Ellos intensificaron sus actividades agrícolas y empezaron a ocupar más tierras. Como consecuencia, desde finales de la década de 1920 en adelante, los campesinos tenían que pagar por el acceso a las tierras. En ese período, los acuerdos de agricultura «a medias» (aparcería) fueron lo normal, tanto así que la producción de tabaco llegó a ser considerada como un sector típico de este sistema en que los productores tenían que ceder parte de la cosecha a cambio de su acceso a la tierra.²⁹

Sin embargo, los vínculos paternalistas seguían vigentes en las zonas rurales de la región. Para obtener el acceso a las tierras, los productores dependían de la benevolencia de los terratenientes. Mientras el solicitante fuese «decente» y «cristiano» el permiso para despejar un conuco nunca les era rehusado. Fue esta última adición que señala a la desigualdad de poder en estos acuerdos de permiso de ocupar los terrenos. Los terratenientes presentaban sus permisos como actos de generosidad y así reforzaban vínculos paternalistas y verticales entre ellos y los campesinos. Que se les permitiera permanecer en las tierras también representaba una serie de obligaciones de parte de los campesinos. Se esperaba que ellos ofrecieran su mano de obra a los terratenientes, que le vendieran el tabaco a él y le mostraran obediencia a su familia. Los terratenientes más autoritarios hasta interferían en las vidas privadas de «sus» campesinos, interviniendo en la educación de sus hijos, haciendo arreglos o por lo menos dando consejos en sus matrimonios y censuraban conductas individuales inapropiadas. Se esperaba que los dependientes productores campesinos reconfirmaran su lealtad regularmente. Cuando su patrón los «mandaba a buscar», tenían que ir o por lo menos mandar a uno de sus hijos. La esencia de la dominación social de la élite rural era que era informal e impredecible. La benevolencia y la protección del patrón

²⁹ Luis A. Crouch, «The Development of Capitalism in Dominican Agriculture», Ph.D. dissertation, University of California, 1981, 35-36.

podía tornarse en ira y el retiro de los favores podía suceder a cualquier momento.³⁰

Por otro lado, los productores campesinos continuaron juzgando sus relaciones con sus terratenientes desde su perspectiva personal a la «economía moral» de la sociedad rural.³¹ Así como el «dar» pesos era la descripción rural de crédito, así también frecuentemente los productores campesinos definen el trabajar «a medias» o cultivo compartido como «trabajar con» un terrateniente. Hoy en día, la mayoría de los agricultores condenan el cultivo a medias (aparcería) como un sistema de explotación. Al mismo tiempo, hablando de sus propias experiencias, ellos tienden a enfatizar las características personales de los diferentes terratenientes. La disposición de ayudar a las familias involucradas en el cultivo compartido en los momentos de aflicciones fue con frecuencia percibido como más importante que la explotación estructural a que estaban expuestos. Los terratenientes autoritarios y explotadores también eran recordados por su generosidad, comprándole un ataúd a una viuda pobre, dándoles leche a los niños o comprándole medicina a una familia indigente. Por otro lado, los terratenientes que no ayudaban a los viejos inquilinos quienes les habían trabajado sus tierras por su vida entera, eran fuertemente criticados.

Las relaciones patriarcales por lo tanto trabajaban de dos maneras. Aseguraban suficiente fuerza laboral y apoyo para el patrón y proveía seguridad y una potencial red de protección en tiempos de dificultad a la población campesina. De mayor importancia, los terratenientes podían dar acceso a las tierras y al crédito. La vulnerabilidad política y económica de la producción campesina hizo que la protección y seguridad a la sombra de un miembro poderoso de la sociedad rural fuera un muy importante. Así que ambos partidarios tenían interés en continuar estas relaciones. En su estudio de las relaciones entre los terratenientes y los peones diurnos en

³⁰ Ver Michael F. Jiménez, «Class, Gender, and Peasant Resistance in Central Colombia, 1900-1930», 126-129.

³¹ James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia* (New Haven-London: Yale University Press, 1976).

la región montañosa del norte de la República Dominicana, David Bray observa: «Está en el interés de trabajadores y dueños establecer acuerdos informales de que el trabajador hará un trabajo particular cada año».³² La misma lógica se aplicaba a la relación entre los agricultores de tabaco y los comerciantes. Los campesinos esperaban protección y cierta lealtad de los comerciantes tabacaleros. Estos últimos tenían una obligación moral que aún en años de una mala cosecha ellos continuarían comprando el producto a precios razonables. Por otro lado, para los productores campesinos la idea de un «compromiso» implicaba casi una obligación sagrada de atenerse a los requisitos explícitos e implícitos de esta relación de confianza.

Patriarcado y relaciones de clase

Las consecuencias de la ideología patriarcal en el campo cibaeño fue un conjunto de reglas estrictas para el comportamiento decente. Los más jóvenes debían mostrar respeto a los mayores, mujeres a hombres, los pobres a los ricos.³³ Es significativo que este código informal de comportamiento cotidiano para los grupos subordinados mostraba grandes similitudes. Los campesinos con los terratenientes, las mujeres con sus hombres, los hijos con sus padres, no deberían iniciar una conversación en público, no podían mostrar curiosidad y tenían que «civilizar» su lenguaje. En la sociedad rural del siglo XIX, los niños debían arrodillarse al lado de la carretera y esperar la bendición de un adulto. Las mujeres tenían que obedecer los caprichos de sus hombres. Los campesinos tenían que llamar a los grandes terratenientes como figuras paternas, omniscientes en sus consejos y siempre deberían ser respetados. En cambio, ellos recibían protección del mundo exterior, ayuda en tiempos de dificultades y, en algunos

³² David B. Bray, «Dependency, Class Formation and the Creation of Caribbean Labor Reserves». Ph.D. dissertation, Brown University, 1983, 190.

³³ Stephen Gudeman, «The Compadrazgo as a Reflection of the Natural and Spiritual Person», en *Proceedings of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland for 1971* (London: 1972), 55.

casos, una fraternidad que trascendía a las diferencias de clases sociales, acercándose bastante a una amistad. De la misma manera, las mujeres entendían los vicios y las «debilidades» masculinas y por lo tanto daban licencia a la conducta irresponsable, aventuras sexuales y celos y pleitos entre hombres.

Por otra parte, siempre había matices y cambios en el paternalismo rural como resultado de críticas y resistencias. Los productores campesinos estaban muy al tanto de los conflictos de intereses entre ellos y los que sostenían el poder. Muchos campesinos cuentan historias de usurpaciones ilegales de tierra por potentados locales. Numerosos conflictos existían sobre las demarcaciones en la división de la propiedad de tierras. Este tipo de conflicto se intensificó después de que las tierras adquirieron valores sin precedentes y las relaciones de permanencia permitidas habían sido reemplazadas por los sistemas de aparcería, que eran muy desfavorables para los campesinos. Muchos productores campesinos confirman que este desarrollo significó un deterioro crucial en las condiciones de la agricultura campesina. Sus condiciones se tornaron en un continuo campo de negociación. El balance entre derechos y obligaciones dependía de los resultados de estas negociaciones y siempre estaba sujeto a cambios. Los acuerdos de ocupación en la primera etapa del desarrollo agrícola de la región fueron consecuencia de la «firme» posición negociadora del campesinado, mientras que la introducción de la aparcería demostró el creciente dominio de los grandes terratenientes.

La autoridad patriarcal de los terratenientes casi nunca fue desafiada abiertamente. La oposición pública a la clase terrateniente o defensa militante de derechos adquiridos parecen estar ausentes en la región.³⁴ A base de «transcripciones ocultas»,³⁵ los

³⁴ Guerrero ofrece un bello análisis de la naturaleza negociable de las relaciones patrón-cliente en haciendas ecuatorianas; ver Andrés Guerrero, *La semántica de la dominación: el concertaje de indios* (Quito: Eds. Libri Mundi, 1991).

³⁵ James C. Scott, *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts* (New Haven y London: Yale University Press, 1990).

campesinos trataron lo más posible de tornar las cosas a su favor. Los continuos comentarios de las conductas de los patrones en el discurso campesino eran una indicación del atento escrutinio del campesinado respecto a las relaciones patrón-cliente en las cuales estaban involucrados.³⁶ Su aparente actitud subordinada hacia la élite rural les permitía continuar su sistema de familia agrícola en el cual todos los miembros de la familia participaban. Además, los campesinos podían añadir que las relaciones personales con los terratenientes podían mitigar las más extremas consecuencias del capitalismo y de la pobreza en el campo.

Este consentimiento campesino también podía ser explicado por el hecho de que el respeto a las relaciones patriarcales tuvo una base fuerte en la sociedad campesina. La ideología de la dominación masculina permeaba todas las esferas de la sociedad rural. Los campesinos varones tenían lazos basados en una ideología común de dominación patriarcal. La organización del trabajo comunal en la forma de juntas fue un asunto entre hombres. Obviamente incluían a las esposas y a los hijos en estos planes. También reafirmaban la ideología masculina en sus quejas de comportamientos femeninos, jactándose de sus aventuras y conquistas, hablando de peleas de gallo o béisbol y gastando dinero en bebidas y apuestas.

Sin embargo, debería enfatizarse que esta actitud masculina que es normalmente referida como machismo no solo implicaba la dominación sobre las mujeres, sino también la rivalidad entre hombres.³⁷ Aunque la ideología patriarcal en el campo dominicano tendía a reforzar los lazos entre hombres, también imponía una jerarquía firme entre la sociedad masculina. Las diferencias

³⁶ Scott y Kerkvliet escriben: «mientras el campesino vea su relación con las élites agrícolas como una dependencia legítima (...) la "consciencia de clase" campesina es improbable». James C. Scott, y B. J. Kerkvliet, *How Traditional Rural Patrons Lose Legitimacy: A Theory with Special Reference to South-East Asia* (Madison: Land Tenure Center, University of Wisconsin-Madison, 1975), 501.

³⁷ Eric R. Wolf, y Edward C. Hansen, *The Human Condition in Latin America* (New York: Oxford University Press, 1972), 224.

de estatus o recursos económicos jugaron un rol importante en las relaciones cotidianas entre los hombres rurales.

Una última característica interesante en las relaciones patrón-cliente y las relaciones patriarcales era que también reproducía un cierto nivel de autonomía entre los grupos subordinados. Las relaciones patrón-cliente implícitamente confirmaban la existencia de una sociedad campesina separada que tenía su propia lógica y que estaba fuera del control de los terratenientes. Los campesinos también tendían a enfatizar estas distinciones en sus vidas cotidianas, como si estuviesen conscientes de su importancia en la protección de la autonomía de la sociedad campesina. Las personas que eran consideradas como socialmente superiores eran tratadas con una gran deferencia por los campesinos. Se les llamaba con el honorífico título de «don» o «doña» y tratados con gran cortesía. Visitantes no esperados eran con frecuencia recibidos con gran reverencia y tratados con gran cortesía y hospitalidad. Era considerado la responsabilidad de la ama de casa ofrecerle algo de beber o comer al visitante.

Eduardo García Tamayo considera tal actitud, que era frecuentemente acompañada de referencias autodenigrantes a la sociedad campesina, parte de la estrategia de sobrevivencia de la población campesina.³⁸ Su análisis coincide con las ideas de Pitt-Rivers, quien ha enfatizado el doble filo en el respeto extremo mostrado a los visitantes por los campesinos. Actuar respetuosamente y con hospitalidad hacia extraños era parte de la cultura rural. «Más aún», escribe Pitt-Rivers, «su análisis no estuviese completo si uno no señalara que es también un medio por el cual la comunidad se defiende en contra de interferencia exterior».³⁹ Los productores campesinos usualmente esquivaban la confrontación pública. Una apariencia de sumisión y aceptación era con frecuencia mucho más eficaz en salvaguardar un cierto nivel de autonomía de la sociedad

³⁸ Eduardo García Tamayo, «Cultura campesina en la frontera norte», *Estudios Sociales* 17 (1984): 46-47.

³⁹ J. A. Pitt-Rivers, *The People of the Sierra* (Chicago y London: University Press of Chicago, 1954), 27.

campesina.⁴⁰ La actitud sumisa hacia representantes del mundo exterior debe también ser considerada un método de defender la sociedad campesina. El énfasis en distinciones sociales entre los campesinos y la élite rural sirvió a los productores campesinos a proteger elementos específicos de su organización social y cultural y evitar interferencia externa.

La conclusión de mayor importancia que podemos deducir de lo antedicho es que las ideologías patriarcales fueron compartidas por los campesinos y los miembros de las élites por igual. La dominación patriarcal fue la ideología hegemónica en la sociedad rural. Entre las clases sociales esto llevó a fuertes relaciones clientelistas que tuvieron una larga historia, pero fueron reforzadas con el desarrollo capitalista en la región en las primeras décadas del siglo XX. Por otra parte, nunca fueron irrefutables y, a veces, incluso fueron decisivas para crear contra-tendencias y resistencia.

Patriarcado y las estrategias de familia

¿Qué permanece del concepto de estrategia familiar cuando tenemos que rechazar la supuesta homogeneidad del hogar y nos enfocamos, al contrario, en la ideología de la dominación masculina? Por supuesto, estas preguntas son muy generales. Pero pueden mencionarse dos puntos. Primero, debe haber algo en estas unidades que les permita atraer y retener a sus miembros individuales. Segundo, los hogares y las familias actúan a veces como unidades y, por lo tanto, con estrategias colectivas. El énfasis en este último ejemplo está en el «a veces». La pregunta esencial es cuándo y en qué temas se expresan estas estrategias de familia.

El problema es que estas estrategias normalmente son expresadas en términos ideológicos y culturales, que tienden a sobrestimar la cohesión familiar. Esto era (y en gran parte todavía lo es) muy

⁴⁰ Scott dice: «Hay buena razón (...) para sostener que la rebelión es una de las menos probables consecuencias de la explotación». James C. Scott, *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia* (New Haven-London: Yale University Press, 1976), 193.

claro en la República Dominicana. No hay duda de que la ideología patriarcal fue hegemónica al punto de que muchas mujeres también tendían a confirmar sus principios. Tal como sus esposos generalmente aceptaban los términos de las relaciones clientelistas que determinan sus vidas de trabajo, muchas mujeres rurales repetían (elementos de) la ideología patriarcal predominante.⁴¹ Pero en ambos casos, la práctica diaria muestra mucho menos sumisión de lo que estas ideologías quisieran que creyéramos. Hay mucho de lo que Deniz Kandiyoti ha llamado «negociación patriarcal», que apuntan a las constantes negociaciones que suceden dentro de un conjunto de restricciones.⁴² Yo creo que debemos analizar el comportamiento estratégico de los miembros individuales de la familia y de las familias en estos dos niveles. En el nivel general de la predominante ideología hegemónica y en el nivel de las disputas diarias.

El sistema de valores patriarcales de la sociedad rural dominicana puede ser considerado un sistema de valor que dio coherencia al comportamiento de hombres y mujeres pertenecientes a diferentes clases sociales. Les dio a las élites rurales una oportunidad de aprovecharse de productos y de mano de obra local sin tener que recurrir a extorsión económica o extraeconómica. Para el campesino esto personificaba un pacto «moral». Como tal, simbolizaba la «economía moral» del campo dominicano, que garantizaba su sobrevivencia material para sí mismo y para su familia y, por último, si bien no

⁴¹ Es importante recordar lo dicho del economista John Kenneth Galbraith: «El hogar en las economías establecidas, es fundamentalmente un disfraz para la ejecución de la autoridad masculina». Kate Young, *Planning Development with Women. Making a World of Difference* (London-Basingstoke: MacMillan, 1993), 122.

⁴² Deniz Kandiyoti, «Bargaining with Patriarchy», *Gender and Society* 2 (1988): 274-290. Ver también Patricia Mohammed, «A Social History of Post-Migrant Indians in Trinidad from 1917 to 1947: A Gender Perspective», Ph.D. dissertation, The Hague: Institute of Social Studies, 1994; y de la misma autora «Writing Gender into History: The Negotiation of Gender Relations among Indian Men and Women in Post-indenture Trinidad Society, 1917-47», en Verene Shepherd, Bridge Brereton, y Barbara Bailey (eds.), *Engendering History. Caribbean Women in Historical Perspective* (London-Kingston: James Currey and Ian Randle, 1995), 20-47.

menos importante, confirmaba su posición dominante como hombre en la sociedad campesina. En otras palabras, la aceptación de su posición subordinada en relación a la élite rural, al mismo tiempo aseguraban su dominación frente a su esposa e hijos.

La misma lógica se aplicó, en cierto sentido, a las mujeres. Al aceptar la dominación masculina, ellas mostraban su respetabilidad y de esta manera adquirirían el derecho a actuar autónomamente dentro de su propio territorio, o sea, el mundo femenino, y más específicamente el hogar. Trataré de arrojar alguna luz sobre las contradicciones de estas estrategias femeninas usando la historia —y la interpretación— como me fue contada por María.⁴³ Hablando de su matrimonio con un hombre casi 20 años mayor que ella, me contó:

Después que uno se une a un hombre tiene que vivir los tiempos buenos y los tiempos malos, pero que a veces hay mujeres que no lo reconocen. No todas las mujeres se adaptan. Yo me he adaptado, pero hay mujeres que no, que dicen que no tienen que aguantarle calamidad, dicen aquí, ¿tú ves?, ni miseria a ningún hombre, ni que le dé con la punta del pie, por ejemplo, que si el hombre consigue dinero se vaya a bebérselo con otra mujer, aquí se dice vulgarmente «con los cueros», ¿tú ves? Entonces hay muchas que dicen: ¡Ay! yo no aguanto eso! yo no voy a llevar eso porque si él se va a dar el gusto yo me voy a dar el gusto también; pero yo no, porque yo tengo el concepto que es siempre, eso es lo que es, ¿tú ves?, que después que uno es madre ya uno tiene que eximirse de muchas cosas, porque uno no le puede dar mal ejemplo a los hijos. La mujer pa' ser buena tiene que aguantar mucho, lo único que no se le aguanta a un hombre es que le dé golpes, ¿tú ves? Eso es lo que no, pero hambre, desnudez, descalcez, todo eso uno se lo tiene que soportar, la que quiere ser buena!, porque ya hay muchas que ya no están en este plano, que lo que

⁴³ Estos extractos son los resultados de varias entrevistas hechas en diciembre 1986.

quieren es seguridad, pero después que uno tiene familia uno tiene que adaptarse si quiere darles un ejemplo.

Esta responsabilidad de las madres para mantener la respetabilidad de sus familias y sus comunidades es una característica general de la sociedad rural latinoamericana. Las mujeres de esta manera reproducían la ideología de la subordinación femenina y la dominación masculina entre la población campesina. Florencia Mallon por ejemplo indica que la comunidad podía imponer la posición del patriarca convirtiéndose en el guardián del «la moral» de las mujeres.⁴⁴ Esta actitud ha sido frecuentemente considerada una consecuencia de la ideología del «marianismo» que pregonoó la imagen de la sufriente y tolerante mujer.⁴⁵ Esta explicación ha sido criticada porque presenta un estereotipo muy general respecto al comportamiento de las mujeres latinoamericanas.⁴⁶

La aceptación femenina de la dominación patriarcal puede ser considerada más que nada una manera de confirmar la separación femenina y un símbolo de la autonomía y la responsabilidad independiente de las mujeres. Al enfatizar las diferencias entre los hombres y las mujeres, las mujeres crearon espacios ideológicos autónomos para sí mismas. Hace más de cuarenta años, Louise Lamphere sugirió que una clara separación de las esferas domésticas y políticas conllevaba a estrategias femeninas dirigidas a influenciar a los hombres que tenían autoridad.⁴⁷ En el contexto

⁴⁴ Florencia E. Mallon, «Patriarchy in the Transition to Capitalism: Central Peru, 1830-1950», *Feminist Studies* 13 (1987): 387.

⁴⁵ Evelyn P. Stevens, «Marianismo: The Other Face of 'Machismo' in Latin America», en Ann Pescatello (ed.), *Female and Male in Latin America* (Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1973), 89-101.

⁴⁶ Susan C. Bourque, y Kay Barbara Warren, *Women of the Andes. Patriarchy and Social Change in Two Peruvian Towns* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1981), 60-62; Tracy Bachrach Ehlers, «Debunking Marianismo: Economic Vulnerability and Survival Strategies Among Guatemalan Wives», *Ethnology* 30 (1991): 1-16.

⁴⁷ Louise Lamphere, «Strategies, Cooperation, and Conflict among Women in Domestic Groups», en Michelle Z. Rosaldo, y Louise Lamphere, *Women, Culture, and Society* (Stanford: Stanford University Press, 1974), 100.

rural dominicano parece que llevó a la creación de una esfera femenina, que funcionaba parcialmente separada del mundo de los hombres. Los hombres eran considerados irresponsables e impulsivos, malgastando el dinero que tanto se necesitaba para el sostén de los miembros de la familia. A ellos también se les pintaba como nómadas, moviéndose de una mujer a la próxima.⁴⁸ Esta visión tenía sus claros orígenes históricos. A fines del siglo XIX, el trabajo pagado se convirtió en una actividad aceptada por los hombres campesinos. Muchos campesinos migraron a haciendas o a obras de construcción de ferrocarriles por varios meses al año. El resto de los miembros del hogar, mayormente las mujeres y los hijos, pero también los parientes más viejos, los remplazaban en su ausencia. La autonomía material y cultural que fue el resultado de esta situación confirmaba el lugar central de la mujer en la reproducción del hogar y el cuidado de los niños. Podemos decir que la capacidad de las mujeres de disputar la ideología de la responsabilidad masculina en la esfera doméstica estaba vinculada a su importancia dentro del proceso de producción agrícola.⁴⁹

En última instancia, la aceptación de la dominación patriarcal fue causada por una realidad social. Esta actitud era una señal de reconocimiento de la importancia de los roles del hombre en la reproducción física del hogar. Al igual que sucedió con las relaciones patrón-cliente, el patriarcado también tenía un aspecto protector. Los hombres tenían sus claras responsabilidades a cambio de su amplia libertad de acción. Se esperaba que ellos cuidaran de sus familias, les proveyeran comida, les compraran medicina y, en general, hicieran el trabajo necesario para la sobrevivencia de sus hogares. María lo analizaba así:

⁴⁸ Peter Wade, «Man the Hunter. Gender and Violence in Music and Drinking Contexts in Colombia», en Penelope Harvey y Peter Gow (ed.), *Sex and Violence. Issues in Representation and Experience* (London y New York: Routledge, 1994), 117.

⁴⁹ Naila Kabeer, *Reversed Realities. Gender Hierarchies in Development Thought* (London-New York: Verso, 1994), 121.

Hay que pensarlo muy bien cuando uno se va unir a un hombre, para que mañana, si Dios quiere, uno no fracase. Ahora la vejez ha tranquilizado a Modesto, pero cuando era más joven, era un poco terrible. Le gustaba mucho el ron y las mujeres, tú ves, los bares y esas cosas. Y yo nunca peleé, no, porque yo decía que sí él me dejaba dinero para la comida antes de salir —y nunca falló en eso— él podía salir los sábados. Pero siempre hacía las compras y si le faltaba algo a las muchachas me decía 've pa' que se les compres lo que necesiten, esto es lo tuyo'. Aunque se fuera y volviera el lunes, siempre dejaba dinero para comprar carne y otras cosas. Y yo por eso nunca peleé, porque yo decía que los hombres tienen que tener sus momentos. La única que no puede hacer nada de eso, es la mujer que es de la casa. Y hay muchas mujeres que no lo quieren reconocer, pero el único que tiene el derecho es el hombre, después que cumple en el hogar. La mujer es quien puede tener un solo esposo, pero el hombre no, el hombre puede tener las mujeres que quiera».

Esta aceptación del rol femenino llama la atención por su autoconsciencia. Hay queja dentro de esta, pero muestra, más que nada, una evaluación clara de los diferentes roles de cada género en la sociedad rural. Es aquí donde podemos discernir una actitud estratégica en que la aceptación de la supremacía masculina fue percibida como la mejor manera posible de asegurar la subsistencia de la familia. Tal actitud estratégica no descartaba la existencia de relaciones emocionales y amorosas en la sociedad rural, pero sí demuestra hasta qué punto las relaciones familiares y de género eran también gobernadas por los intereses de las personas involucradas. La aceptación de las relaciones patriarcales por parte de las mujeres puede ser considerada como un elemento constituyente de un comportamiento femenino dirigido a asegurar la subsistencia de ellas mismas y de sus hijos.

En esta aceptación de una ideología hegemónica y sus consecuencias prácticas podemos encontrar las raíces de la llamada

«estrategia de familia». A pesar de las diferencias de poder, muchas mujeres sentían solidaridad por su hombre. Los hombres y las mujeres, madres y padres enfrentaron el mundo externo como una entidad unida. Ellos acordaron sus estrategias y actuaron, por así decirlo, como una unidad. Su propósito principal fue criar a sus hijos y asegurar su reproducción física. Pero ellos también decidían sobre temas económicos, sobre qué sembrar, sobre la naturaleza de sus actividades fuera de su cultivo de tierra y su comportamiento relacionado con los terratenientes y los comerciantes.

Como hemos visto, esta armonía no era automática, eterna, ni obvia. Como todo manual de antropología nos enseña: el matrimonio es una institución social llena de tensiones y contradicciones. Junta a personas con diferentes personalidades, pero, más que nada, a dos redes sociales con intereses diferentes y posibles conflictos. Parcialmente por esa razón, la dominación patriarcal siempre ha sido restringida. La posición dominante del (futuro) esposo significaba una intromisión directa de la autoridad de los padres de la (futura) esposa, y más en particular, de su padre. Esto, combinado con los intereses económicos previamente mencionados de controlar la mano de obra, impuso limitaciones de mayor o menor importancia en la autoridad del esposo.

Esto nos trae a la segunda perspectiva esencial con respecto al concepto de estrategias de familia. El patriarcado nunca se dio sin ser cuestionado. Un ejemplo interesante de esta resistencia al control patriarcal es la frecuente migración de los jóvenes. Tal como Nola Reinhardt ha notado para su estudio de caso colombiano, en el campo dominicano muchos adolescentes migraron lejos del pueblo natal, aún en casos cuando el cultivo de la tierra les hubiera proporcionado un estándar de vida adecuado. Esta migración era una forma de escape del control patriarcal y de adquirir una posición independiente en la sociedad.⁵⁰

⁵⁰ Baud, *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic...*, 70-71; Nola Reinhardt, *Our Daily Bread. The Peasant Question and Family Farming in the Colombian Andes* (Berkeley: University of California Press, 1988), 59.

Se pueden ver procesos similares en los casos de mujeres. La forma de expresarse en las dos citas presentadas arriba demuestra que la conducta de obediencia no era inequívoca y predecible. Al contrastar sus propias opciones con aquellas de otras mujeres, María implícitamente confirmaba que la vida le había proveído opciones. Estas pueda que hayan sido limitadas y con poco atractivo, pero al expresarlas ella acentuaba su identidad personal y los contenidos estratégicos de sus acciones. Cuando le pregunté por qué había actuado en la forma en qué lo hizo, ella contestó:

Yo desde pequeña, yo no era ilusionista, porque a nosotros nos criaron así. Por ejemplo, mi mamá fue que nos crió, porque mi papá y ella se separaron y él no nos hizo caso, ¿tú ves? Mi mamá tenía que trabajar para comprarnos cosas. Luego yo cuando fui creciendo la ayudé con los más pequeños. Entonces yo me crié como con esa idea, como con esa responsabilidad desde pequeña; que lo que uno tenía, tenía que compartirlo entre todos, para que todos pudiéramos salir igual. Entonces así mismo yo cuando tuve mi hogar reconocí que así era, que si yo conseguía dinero yo no podía comprar para mí, sino que lo gastaba, por ejemplo, en comprar zapatos para mis hijas. Yo compartía lo que ganaba; si yo podía comprar unos tenis, yo los compraba, para que el día que se me ofreciera, yo no tendría que salir a pedir prestado, porque yo hubiera comprado algo para mí.

Esta versión de su propio pasado está expresada en términos de responsabilidades femeninas, pero también como el resultado de sus propias decisiones. Esta mujer se veía como alguien que había escogido un cierto camino, en lo cual la responsabilidad y la respetabilidad eran conceptos centrales.⁵¹ Puede ser que hayan sido impuestos por la sociedad dominada por los hombres, pero

⁵¹ Esta actitud muestra unas notables similitudes con la dicotomía caribeña entre *respetabilidad* femenina y reputación masculina descrita tan vívidamente por Wilson. Ver Peter J. Wilson, *Crab Antics. The Social Anthropology*

estos conceptos se habían (en parte) transformado en un instrumento que afirmaba su identidad personal.

Estas identidades autónomas ayudaban a las mujeres a mantener su distancia emocional y financiera del mundo de los hombres, al igual que en otros aspectos. Ellas no enlazaban completamente sus destinos a sus esposos y su familia. Mantenían un contacto cercano con su propio grupo familiar y podían tener sus propias propiedades. Muchas mujeres también intentaron generar sus propias ganancias. Ellas planchaban a los ricos, les cocinaban a los trabajadores de día (peones) o se involucraban en actividades irregulares e informales que generaban ingresos tales como vender comida en días feriados o cosiendo ropa. También organizaban sus propios grupos de ahorros recíprocos o comunales (san). Hoy en día tienen sus propios circuitos de lotería (rifa), que pueden ser considerados una forma informal de redistribuir dinero perteneciente a las mujeres. Una característica específica de la economía tabacalera era la presencia de bodegas en el campo. Esto permitía a las mujeres rurales ganar dinero extra sin tener que descuidar sus obligaciones femeninas en el hogar.

Todas estas actividades y opciones salvaguardaban un mínimo de espacio autónomo en una sociedad dominada por valores patriarcales. Es difícil decir hasta qué punto este aumento de oportunidades de ganancias a través de estos trabajos también cambió la posición de las mujeres campesinas.⁵² Sería interesante saber cómo este aumento en independencia financiera afectó a las relaciones matrimoniales. En un estudio sobre las estrategias de las mujeres pobres en la República Dominicana, Susan Brown sugirió que las mujeres que no enlazaban sus destinos a un hombre y que mantuvieron algún espacio para maniobrar estaban mejor social y económicamente que aquellas que seguían lo que ella llamaba

of English-Speaking Negro Societies of the Caribbean (New Haven-London: Yale University Press, 1973).

⁵² Helen I. Safa, *The Myth of the Male Breadwinner: Women and Industrialization in the Caribbean* (Boulder: Westview, 1995).

«el patrón de un solo hombre».⁵³ Las mujeres pobres parecen haber podido adaptarse mejor a circunstancias cambiantes cuando podían usar sus propios sistemas de amistades y de familia y mantener algún tipo de independencia del control patriarcal.⁵⁴

La aceptación de la dominación patriarcal, por ende, tiene sus límites. Aunque su carácter hegemónico la hizo mucho más difícil oponérsele que aceptarla, muchas mujeres trataron de mitigar o neutralizar sus consecuencias más desfavorables. Cuando los hombres no cumplían con sus partes contractuales implícitos en las relaciones patriarcales, las mujeres estaban exoneradas de sus pasivos y sumisos parámetros en sus comportamientos. Las borracheras frecuentes y los comportamientos irresponsables eran causa justa para que una mujer dejara a su hombre. Especialmente cuando este comportamiento incluía el abuso corporal de la mujer y los hijos, a las mujeres se les permitía dejar a sus esposos. María observaba:

La mujer para ser buena tiene que aguantar mucho, lo único que no se le aguanta a un hombre es que le dé golpes, ¿tú ves? Eso es lo que no! Pero hambre, desnudez, descalcez, todo eso uno se lo tiene que soportar, la que quiere ser buena!

La opción de dejar a su esposo dependía de las posibilidades que la mujer había mantenido fuera de su matrimonio.⁵⁵ Con el

⁵³ Susan E. Brown, «Lower Economic Sector Female Mating Patterns in the Dominican Republic: A Comparative Analysis», en Ruby Rohrlich-Leavitt (ed.), *Women Cross-Culturally. Change and Challenge* (The Hague and Paris: Mouton Publishers, 1975), 149-162; Sylvia Chant, «Single-Parent Families: Choice or Constraint? The Formation of Female-Headed Households in Mexican Shanty Towns», *Development and Change* 16, (1985): 635-656; y Naila Kabeer, *Reversed Realities...*, 103-104.

⁵⁴ Chant, «Single-Parent Families: Choice or Constraint? The Formation of Female-Headed Households in Mexican Shanty Towns», 648-650.

⁵⁵ Potthast-Jutkeit, «The Ass of a Mare and Other Scandals: Marriage and Extramarital Relations in Nineteenth-Century Paraguay», 231.

apoyo de su familia o con algunas posesiones propias, tal decisión era más fácil de tomar. Esto puede explicar el hecho de que en ambientes urbanos (migrantes) de familia, la posición de la mujer luce ser más débil. Los controles sociales que controlaban a las mujeres en el campo, también la protegían. Cuando esta protección desapareció, fue más probable que las tensiones intrafamiliares se salieran de control. Esto puede explicar la mayor frecuencia en que las mujeres y los niños son abusados físicamente en el contexto de los barrios urbanos.⁵⁶

La posición de las mujeres dentro del hogar fue por lo tanto ambivalente. Ellas eran, ante todo, responsables por el cuidado de los niños. Para asegurar la reproducción del hogar, ellas enfrentaron al mundo exterior junto a sus esposos. Ellas necesitaban al hombre para varios propósitos, no en el último lugar para que las «representaran» como el lenguaje coloquial lo usa. En este sentido, la mujer participó en las estrategias de familia. Esta dependencia de la protección pública por parte de los hombres era, por supuesto, la consecuencia de su posición subordinada. En la esfera pública, la mujer necesita al hombre para lograr ciertas cosas.

Por otro lado, las mujeres tenían sus propias responsabilidades. Ellas tenían que garantizar la estabilidad y la reproducción del hogar. La irresponsabilidad y la falta de fiabilidad del hombre (un estereotipo que, tal como la sumisión de la mujer, fue construido ideológicamente, y frecuentemente en formas menos simples en la vida cotidiana) obligaron a la mujer a construir garantías extras. Ellas mantuvieron sus propias redes de asistencia basada en afiliaciones de género. En este sentido, ellas siguieron sus propias estrategias y mantuvieron una cierta distancia al mundo masculino. Las mujeres por lo tanto percibieron el patriarcado masculino en forma similar como los campesinos hicieron con las élites rurales. Ellas se aprovecharon de los beneficios, y aceptaron

⁵⁶ Mercedes González de la Rocha, *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City* (Cambridge and Oxford: Blackwell, 1994); Roger N. Lancaster, *Life Is Hard. Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua* (Berkeley: University of California Press, 1992), 34-47.

las dificultades y la posible explotación que iba con esto. Al mismo tiempo, entendiendo su posición desfavorable, trataron de diseñar estrategias alternas que podían incrementar su autonomía y su independencia material.

Conclusión

En este capítulo se han presentado algunos aspectos de la hegemonía patriarcal en la sociedad rural de la República Dominicana en el período 1870-1930. El artículo ha sido escrito en el tiempo pasado, porque está basado en investigaciones de ese período y describe la situación en la sociedad rural en ese período. Como nuestro uso de la información de la historia oral indica, esto no quiere decir que no existen hoy en día elementos de las relaciones sociales analizados aquí. El trabajo de Patricia Pessar, por ejemplo, ha mostrado cómo elementos del patriarcado dictaron los términos de la migración a los Estados Unidos en la actualidad a principio de los ochenta del siglo XX.⁵⁷ Por otro lado, su trabajo demuestra cómo la experiencia de migración ha causado un cambio significativo en las relaciones de género. Esto es una advertencia que no debemos subestimar, el cambio y la adaptación que las instituciones aparentemente estables pueden experimentar. Similarmente, las relaciones sociales en la sociedad rural en la República Dominicana cambiaron considerablemente en el período que estudiamos.

Este capítulo ha argumentado que la hegemonía de una ideología patriarcal ha formado las relaciones de clases sociales y género en el campo dominicano.⁵⁸ Proporcionó a la élite rural una base ideológica para su dominación social y económica. La aceptación de su posición superior fue en gran parte facilitada por el hecho de

⁵⁷ Patricia R. Pessar, «Kinship Relations of Production in the Migration Process: The Case of Dominican Emigration to the United States», New York University, Occasional Papers, No. 32, 1982.

⁵⁸ Michael F. Jiménez, «Class, Gender, and Peasant Resistance in Central Colombia, 1900-1930»; y John Tutino, «Power, Class, and Family: Men and Women in the Mexican Elite, 1750-1810», *The Americas* 39 (1983): 359-381.

que los hombres campesinos compartían esta ideología patriarcal y la creencia en la dominación masculina. Los hombres campesinos eran sumisos y dependientes en términos de clases sociales, pero la misma ideología confirmaba su propio poder patriarcal dentro de la sociedad campesina. Al aceptar la dominación patriarcal de la élite, los hombres campesinos legitimaban y salvaguardaban su propia dominación sobre las mujeres y los hijos.

Hemos indicado dos maneras en las cuales fue cuestionada la hegemonía patriarcal. En primer lugar, muchos de los mismos hombres estaban conscientes de sus desfavorables posiciones y del abuso al cual eran sometidos. Ellos trataron de mejorar las medidas de producción y el comercio tabacalero. En general, trataron de estirar las fronteras sociales y económicas de su existencia. De mayor importancia, los hombres campesinos constantemente recordaban a los patronos sus obligaciones recíprocas que eran una precondition necesaria para sus lealtades. Aún hoy en día, hablando de la historia de la sociedad rural, el comportamiento de los poderosos hacia sus clientes es un tema que recurre constantemente. Había un entendimiento general de que los patronos que no cumplían sus obligaciones culturalmente definidas hacia sus clientes no merecían lealtad. La parte interesante, por supuesto, es que se hizo una clara distinción entre las obligaciones morales y las relaciones económicas en las cuales el comportamiento duro y amenazante era hasta cierto punto aceptado. La población rural generalmente tendía a aceptar terratenientes rigurosos que exprimían a los campesinos pero que estaban preparados a ayudar a una persona indigente. Esto señala, antes que nada, al poder de la hegemonía patriarcal, sino también, a la naturaleza incompleta del desarrollo capitalista. El sector tabacalero podría seguir las reglas «inmorales» del mercado, las relaciones sociales eran (aún) vistas como relaciones gobernadas por una economía moral.⁵⁹

⁵⁹ Scott, *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in South-east Asia*; y Michael Taussig, *The Devil and Commodity Fetishism in South America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980).

Dentro de la sociedad campesina, el patriarcado fue aún más ambiguo. Una producción garantizada de alimentos era esencial para la sobrevivencia del hogar. La reciprocidad y la redistribución entre los miembros de los hogares era una cuestión de supervivencia. Cuando el cabeza de familia cumplía con sus responsabilidades y se ocupaba de su familia, su autoridad era aceptada y se le permitían varias libertades. Pero aún en estas situaciones, las mujeres trataban de mantener sus propias redes de producción, apoyo y redistribución. Como vimos, la ideología patriarcal fue en sí responsable por generar una esfera separada. La fortaleza de estas redes femeninas separadas es incierta. Estas debieron haber variado grandemente de acuerdo con la fortaleza de la red de afiliación de la mujer, su propia capacidad y su relación con su esposo. De cualquier modo, permitían a la mujer una cierta autonomía. Las estrategias femeninas, por lo tanto, mostraban una interacción compleja de aceptación, evasión y oposición a la dominación patriarcal.

El caso de los hijos es también complejo. Hasta cierta edad, los hijos seguían a sus padres y no tenían estrategias propias. En esta etapa, las madres con frecuencia se unían a sus esposos en formas patriarcales y autoritarias de criar a sus hijos. A pesar de una nostalgia romantizada de los recuerdos sociales, la mayoría de las personas mayores en el campo se acuerda del control paterno de su niñez con una mezcla de aborrecimiento y asombro. Ellos están conscientes de que las cosas han cambiado desde entonces. La mayoría de estos cambios son bienvenidos —la gente era muy «cerrada» en los viejos tiempos—, pero algunos de ellos sinceramente lo rechazan. La queja más general es que los niños ya no respetan a sus padres y no quieren ayudar a sus padres con la mano de obra agrícola. Esta evaluación ambigua de los cambios de la sociedad rural señala a la ambivalencia siempre provocada por los sistemas patriarcales. Ellos estaban basados en una desigualdad estructural; por otro lado, trabajaban y proporcionaron a la sociedad rural un grado de orden y seguridad.

No cabe duda de que el papel de la familia ha sido contradictorio. Constituyó una fuente de subordinación para la mujer, pero

también les ofreció apoyo y solidaridad a los miembros de familia al encarar dificultades e inseguridad económica. La familia también fue una fuente y un instrumento de estrategias femeninas. Como Worobec escribe: «[Las mujeres] eran participantes y víctimas de un sistema que les proporcionaba recompensas al igual que castigos».⁶⁰ El patriarcado fue un sistema basado en la idea de desigualdad, pero como cualquier otro sistema, podía ser subvertido. El resultado fue que había una gran variación de estrategias diferentes, y algunas veces hasta contradictorias por cada familia y cada miembro de las familias. Estas múltiples estrategias tomaron lugar en el contexto de condiciones históricas cambiantes e ideologías hegemónicas que legitimaron la desigualdad y la subordinación. En su análisis de relaciones de clases sociales y género en el campo colombiano, Michael Jiménez ha enfatizado los resultados ambiguos de las estrategias masculinas y femeninas para garantizar la integridad del hogar campesino: «Paradójicamente, el involucramiento de las mujeres fortaleció la economía campesina que iba a ser dominada por los hombres que eventualmente dirigieron y persuadieron a las mujeres al regreso de las tareas puramente familiares y domésticas».⁶¹ Es necesario tomar en cuenta tales consecuencias contradictorias en la interacción en las estrategias de clases sociales, familia y género.

Por lo tanto, debemos saber más sobre el cambiante balance de poder dentro de las familias. En el campo dominicano la presencia de una ideología de dominación masculina es obvia. Por otro lado, ciertos factores mitigaron sus consecuencias prácticas. Ante todo, hasta el principio de nuestro siglo, había una abundancia de tierra que potencialmente permitía a las familias campesinas huir del control patriarcal de la élite rural. En segundo lugar, esta élite, social y económicamente dominante, carecía de los medios para controlar efectivamente a los campesinos. Los terratenientes

⁶⁰ Christine D. Worobec, *Peasant Russia. Family and Community in the Post-Emancipation Period* (Princeton: Princeton University Press, 1991), 215.

⁶¹ Jiménez, «Class, Gender, and Peasant Resistance in Central Colombia, 1900-1930», 142.

eran por lo tanto obligados a llegar a un tipo de acuerdo con los productores campesinos. Esto reforzó la naturaleza recíproca de la relación paternalista entre los dos grupos. Tercero, no existía una distinción étnica clara entre ellos. Esto facilitó la cordialidad de las relaciones y eliminó las formas discriminatorias y más represivas del poder patriarcal visibles en otras regiones latinoamericanas.

Dentro de las familias, las cosas eran menos claras. El poder patriarcal era la base de las relaciones de familia. Por un lado, el trabajo de las mujeres y los hijos era tan importante que el hombre como cabeza de la familia no los podía antagonizar demasiado. Por otro lado, la dominación masculina era generalmente aceptada, y las estrategias de las mujeres y de los adolescentes para contrarrestarlo permanecían generalmente dentro de sus parámetros. Las mujeres solo podían escapar al control represivo de los esposos al ponerse bajo el control de otro hombre, usualmente otra pareja o el padre de ella. Establecer un hogar independiente era difícilmente una opción para la mujer rural dominicana. Sin embargo, ellas sí trataron de mantener formas de independencia social o económica. Ellas retuvieron sus propias relaciones sociales, con frecuencia con sus familias o con otras mujeres, y trataron de salvaguardar un (pequeño) ingreso que no podía ser tocado por el esposo. Es interesante ver qué le pasó a esta autonomía parcial con los cambios sociales y económicos en el campo dominicano que sucedieron durante el siglo XX. Por lo que puedo ver, impulsó esta autonomía, aunque con resultados ampliamente divergentes. Permitió que algunas mujeres se aprovecharan de su creciente libertad, señalando nuevas estrategias sociales y económicas para sí mismas y para sus hijos. Al mismo tiempo, relegó a muchas mujeres (y a sus hijos) a una pobreza nunca antes conocida.

PENSAMIENTO SOCIAL Y EL
PAPEL DE LOS INTELLECTUALES

CAPÍTULO 11

INTELECTUALES, NACIÓN Y MODERNIDAD EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Introducción

La creación de una identidad nacional no fue una tarea fácil, considerando la diversidad social y étnica de los Estados latinoamericanos y las dificultades que encontraron para convertir su población en naciones. Además, existía una ambigüedad fundamental en el nacionalismo latinoamericano. La mayor parte de las elites latinoamericanas trataron de fraguar sus naciones en nombre del *progreso*, un concepto que simbolizaba el deseo de una rápida modernización y la obsesión por la modernidad occidental. Como escribió Carlos Fuentes: «Somos un continente en búsqueda desesperada de su modernidad».¹ Al mismo tiempo, sin embargo, las elites resistían la destrucción de la sociedad campesina «tradicional». En un estudio sobre el nacionalismo mexicano, Claudio Lomnitz-Adler ha destacado que el nacionalismo en Latinoamérica muchas veces se expresaba como resistencia a la modernización de la sociedad y los cambios consecuentes. Este nacionalismo falló en reconocer, de acuerdo a Lomnitz-Adler, que las naciones-estado eran criaturas de la modernidad. Su observación apunta a una ambigüedad fundamental en los movimientos latinoamericanos hacia la modernización. Este nacionalismo falló en reconocer, de acuerdo con Lomnitz-Adler, que las naciones-Estado mismas eran criaturas de la modernidad.²

¹ Citado en José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la modernidad* (Santiago de Chile: Planeta, 1994), 17.

² Claudio Lomnitz-Adler, *Exits from the Labyrinth. Culture and Ideology in the Mexican National Space* (Berkeley: University of California Press, 1992), 248 y ss.

Esta contradicción entre las ideologías modernizantes dirigidas hacia el progreso y los cambios sociales y económicos, por una parte, y una tendencia al conservadurismo y una retórica nostálgica, por otra, representa un interesante punto de partida para el análisis de formación de la nación en América Latina. La masa de pequeños campesinos, que poblaba el campo y que aportaba la mayor parte de la producción alimenticia y de la mano de obra, se convirtió en muchos casos en el símbolo romántico de esta identidad nacional. Este proceso sobre todo se hizo patente en países como Cuba, Puerto Rico y la República Dominicana, aunque también en otros países como por ejemplo en Colombia o Venezuela, donde la población campesina no presentaba diferencias fundamentales a nivel racial o étnico con la elite y a la que se podía considerar como parte de la cultura española. Tal y como afirma Gordon Lewis, estos campesinos se convirtieron en una de las «fuentes de inspiración primordiales» del nacionalismo temprano en estos países.³

Sin embargo, también señala directamente la antítesis ideológica de este ensalzamiento romántico. Precisamente al estar enraizados en un pasado muy lejano y en una sociedad que se debía considerar en varios aspectos como arcaica, al mismo tiempo se veía a la sociedad campesina como una fuente de retraso y de privación socioeconómica y cultural. Por eso, los Estados latinoamericanos se enfocaron en la civilización y en la modernización de las masas rurales. Se consideraba la educación de la población rural como la base de un proceso de modernización en el que la formación de la nación y el crecimiento económico iban unidos inseparablemente.

Esta doble agenda obligó a los intelectuales a reflexionar de nuevo sobre el papel del Estado en la modernización de la sociedad y, sobre todo, a recapacitar sobre su propio papel en dicho proceso. Los intelectuales intentaban por principios mantener cierta independencia con respecto a la política, pero eran conscientes de que solo

³ Gordon K. Lewis, *Main Currents in Caribbean Thought. The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900* (Baltimore and London: Johns Hopkins University Press, 1983), 268.

podían ejercer influencia si se asentaban a «la sombra del Estado».⁴ Por eso, oscilaban constantemente entre la necesidad de incorporarse y de mantener su independencia política e intelectual.

Esta vacilante demanda de modernidad también influía en las políticas étnicas de las recientes naciones-Estado. Muchos intelectuales latinoamericanos habían esperado que la «cuestión racial» se resolviese bajo el benevolente ataque de la modernización. Ellos quedaron amargamente desencantados cuando descubrieron que este no era el caso. Por lo tanto, las categorías raciales y étnicas realmente jugaron un importante papel en la construcción de las identidades nacionales en Latinoamérica y el Caribe. La diversidad étnica en la región y los problemas para dar forma a una nación homogénea condujeron a ideas racistas y al pesimismo de los intelectuales, el cual es frecuentemente mencionado como una característica central del pensamiento social de Latinoamérica y el Caribe.⁵ En la República Dominicana el problema étnico fue externalizado; es decir, los prejuicios raciales se dirigían a la población «africana» de Haití. El nacionalismo dominicano en el siglo XX se basó en gran parte en la manipulación del miedo dominicano al peligro «negro» que venía del país vecino. En este contexto la población rural dominicana adquirió otra significación. Con todos los problemas de su «atraso» y de su «indolencia» el campesino criollo se convirtió en el símbolo del carácter nacional y de la cultura criolla, europea que se oponía a la cultura del país vecino.

En este artículo quiero trazar el desarrollo intelectual en la República Dominicana desde la mitad del siglo XIX hasta la mitad del siglo XX. El enfoque recaerá en las ideas acerca de la modernización del campesinado y en la interpretación de las relaciones con el país vecino Haití.

⁴ Ver Nicola Miller, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America* (London: Verso, 1999).

⁵ Charles A. Hale, «Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1930», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. IV (Cambridge: Cambridge University Press, 1988), 367-441. Lewis, *Main Currents in Caribbean Thought*.

La independencia dominicana

La formulación del nacionalismo dominicano empezó cuando el país logró su independencia en 1844. De hecho, el país fue liberada por los esclavos rebeldes de Saint Domingue, quienes, liderados por Toussaint Louverture, habían dado fin al control francés. Fue solo después de ser gobernada por el nuevo gobierno haitiano desde 1822 a 1844 que la República Dominicana logró su independencia. El hecho de que tuviera que liberarse de una ex-colonia étnicamente diferente, y no de un poder colonial, ha determinado desde entonces al nacionalismo dominicano.

Bajo el gobierno autoritario de Lilís Heureaux (1882-1899) se produjo un dinámico desarrollo económico que alcanzó a todos los sectores de la población.⁶ La naciente clase media que surgió de la expansión de la agricultura de exportación, especialmente en el Cibao, se convirtió en el principal soporte de la ideología liberal. Defendía el libre comercio y el tráfico de bienes sin obstáculos, con una clara orientación hacia el exterior. Los líderes liberales mantenían estrecho contacto con espíritus similares de otras partes del Caribe e incluso de Europa y Estados Unidos. En general, se mostraban críticos respecto a España como poder colonial (aunque algunos siempre permanecieron *hispanistas*) y culpaban a la anterior madre patria por la débil identidad nacional de la independiente República Dominicana. Alguien como Gregorio Luperón puede ser considerado como ejemplo de la ambigüedad de esta elite regional. Se movieron entre el idealismo y el realismo. Por una parte, miraron a Estados Unidos y Europa del Norte como ejemplos de desarrollo y democracia; por otra parte, tenían que aceptar y obedecer las limitaciones del medio dominicano.⁷

Aunque demasiado simple, el contraste entre el sur conservador y autoritario de los grandes terratenientes y el norte liberal

⁶ Harry Hoetink, *El pueblo dominicano. Apuntes para su sociología histórica* (Santiago: UCMM, 1972).

⁷ Hoetink, *El Pueblo dominicano...*, 190-191. También González, *et al.*, *Política, Identidad y Pensamiento Social*.

y democrático de la pequeña producción campesina ha sido un tópico importante de la identidad dominicana. De esta manera llama la atención simultáneamente la regionalización del país y los orígenes diferentes y contrastantes de sus ideologías nacionales.

Campeños e ideología

La República Dominicana era un país agrario en el siglo XIX y muchas de sus ideas sobre la nación y el progreso tenían que ver con el desarrollo de la agricultura y la estructura de la sociedad rural. Esta tendencia se hizo más visible durante las últimas décadas del siglo XIX cuando la economía dominicana experimentó grandes cambios.

La brecha social entre la elite y el resto de la población era enorme. A causa de su énfasis en las diferencias entre los grupos sociales y en las relaciones rígidas e inamovibles entre los mismos, Hoetink consideró la sociedad dominicana como una sociedad «aristocrática». Esto no significa que las diferencias sociales permanecieran totalmente estáticas, sino que la cultura dominicana se caracterizaba por un énfasis en la distancia social. Se registraron períodos de movilidad social, pero eran rápidamente seguidos por el reagrupamiento de la elite y la creación de nuevas barreras sociales, tan rígidas como las anteriores. Hoetink destaca la interesante paradoja de que el creciente impacto del mercado mundial y las relaciones mercantiles inicialmente provocaron una mayor movilidad social, que con rapidez dio lugar a nuevas formas de estratificación social rígida: «Cuando la nueva estratificación cristalizó y se estabilizó, las líneas de demarcación social estaban más claramente definidas y eran más difíciles de cruzar de lo que habían sido antes de que se produjesen los cambios».⁸

La rígida jerarquía social y el énfasis en la distancia social entre los diversos grupos sociales, que caracterizó la sociedad

⁸ Harry Hoetink, «The Dominican Republic, c. 1870-1930», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. V (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), 296.

dominicana del siglo XIX, estuvieron estructurados sobre imágenes fijas y prejuicios que solo cambiaron muy lentamente. Estereotipos del campesino abundaron en la ideología dominicana del siglo XIX. No fueron en general muy positivos. La visión romántica del campesino como el honesto y no corrompido hombre de campo, que vive lejos de la decadente vida urbana, nunca tuvo un generalizado atractivo en la República Dominicana. El *montero* dominicano nunca fue el símbolo glorioso nacional, como el *jibaro* puertorriqueño, que algunos escritores lo han estimado como el símbolo incontaminado de la herencia cultural de Puerto Rico.⁹ Una tradición paternalista, que era proclive a mirar al campesino como el inocente y no explotado hombre del campo, sí existió en la República Dominicana, pero nunca conquistó una posición crucial en la ideología dominante.

La imagen más prevaleciente del campesino en los documentos del siglo XIX era más bien negativa. Se le describió como el ignorante e irresponsable vago que se oponía a la modernidad y a la civilización. Por ejemplo, en *El Porvenir* aparecía en 1873:

Señálase como una de las causas principales que aquí deploramos la indolencia y notoria apatía de las gentes del campo, quienes circunscribiendo el cultivo al menor espacio de terreno posible y satisfaciendo a muy poca costa sus necesidades, no sienten el más pequeño estímulo por acrecentar y mejorar la producción.¹⁰

Otros contemporáneos estaban constantemente quejándose del frívolo estilo de vida de la población rural, sus continuas fiestas, y la ausencia de «civilización». Muchas veces ellos también se referían a la irresponsabilidad de los hombres y al pecaminoso abandono de sus esposas e hijos. Rastros de este desprecio por las masas rurales pueden ser encontrados en casi todas las sociedades

⁹ L. W. Bergad, *Coffee and the growth of agrarian capitalism in nineteenth-century Puerto Rico* (Princeton: Princeton University Press: 1983), 60-61.

¹⁰ *El Porvenir*, II, 18 (mayo 4, 1873).

agrarias con una considerable población urbana y esto quizás con mayor fuerza todavía en la jerárquica sociedad dominicana. Sin embargo, estos prejuicios no fueron invariables, y en la medida en que la sociedad cambiaba, las expresiones ideológicas de las clases dominantes también cambiaban.

En el curso del siglo XIX, el prejuicio negativo en contra del campesino adquirió gradualmente una nueva significación. Originalmente, había mostrado las huellas de la tradicional ideología de casta española, católica y patrimonial, en la que toda clase era considerada como ocupante de un lugar dado por Dios, del que no podía ni debía escapar. El desprecio del campesinado, aquí, permaneció en función de una más o menos estática visión del mundo, colaboró en la conservación del *statu quo* y tuvo también sus aspectos paternalistas. Al final del siglo XIX tuvo lugar un lento cambio ideológico que no estuvo libre de ambigüedades.

Con la creciente presión de las relaciones capitalistas de producción, y la mayor importancia del comercio de exportación-importación, un lento y disparejo cambio ideológico tuvo lugar. La producción de artículos de exportación se hizo más importante que el inmovilismo social y la obediencia incondicional de la población rural. La principal preocupación de las clases urbano-mercantiles era el estímulo y control de esta producción agrícola. En los ojos de estos «modernizadores», el progreso no era solo una opción, sino un deber. Por ejemplo, el intelectual dominicano José Ramón López consideraba la lucha por el progreso una «misión» y escribía: «Ningún pueblo tiene derecho a apoderarse de un pedazo de tierra y esterilizarlo para la civilización, para el progreso (...)».¹¹ Los intereses de los grupos urbanos ya no descansaban en la idea de la preservación del orden social, sino en su transformación. Fue entonces, sobre

¹¹ En *El gran pesimismo dominicano: José Ramón López* (Santiago: UCMM, 1975), 62. En términos similares, la revista guatemalteca, *El guatemalteco*, habló en 1877 acerca de la necesidad de «obligarlos (a los indígenas) más o menos directamente a los trabajos agrícolas»; citado en Jorge Mario García Laguardia, *El pensamiento liberal de Guatemala* (Antología) (San José: EDUCA, 1977), 205.

todo, cuando el comportamiento económico del campesinado se vio atacado. El conservadurismo de los campesinos se convirtió en el principal blanco de la nueva clase comercial. «Rutina» era, en palabras del *Eco del Pueblo* en 1882, «el cáncer que nos devora».¹²

Aun así, no se debe malinterpretar la realidad diaria. Las divisiones sociales nunca impidieron cierta flexibilidad en la realidad cotidiana. Existían múltiples relaciones patrón-cliente entre los detentadores del poder regional y los campesinos. Ambos grupos apostaban por el mantenimiento de estos vínculos. Los terratenientes y los empresarios dependían de los campesinos para asegurarse la mano de obra y lealtades políticas. Estas relaciones paternalistas también penetraban en el ámbito urbano y parecen haber sido el principal elemento organizador de la sociedad dominicana a lo largo del siglo XIX e inicios del XX. Esta situación dio lugar a una peculiaridad de la sociedad dominicana. Era importante el énfasis en la distancia social, que se originaba por las negativas actitudes de la elite hacia el campesinado y la población pobre en general. Sin embargo, las relaciones paternalistas entre ricos y pobres eran usadas por la elite como un ejemplo de que tales relaciones habían sido «tradicionalmente» buenas y que el entendimiento mutuo entre la elite y el campesinado siempre había sido una característica de la cultura dominicana.

Este punto de vista servía para dos propósitos: por un lado, demostraba la benevolencia paternalista y la comprensión social de la elite dominicana, así como la actitud pacífica y el sentido de responsabilidad cívica propio de la población local. Por otro lado, servía para diluir las diferencias étnicas y sociales de la sociedad. Así, el campesinado criollo se convirtió en uno de los símbolos esenciales de la ideología nacional dominicana.

Educando al pueblo

Se convirtió en un axioma aceptado por las clases mercantiles, que el campesino ignorante tenía que ser guiado hacia una mayor

¹² *Eco del Pueblo*, I, 38 (diciembre 24, 1882).

y cualitativamente, mejor producción de cultivos de exportación; y en el mismo proceso debía ser disciplinado y puesto bajo el control del Estado. Los fandangos, ventorrillos y otros elementos de la cultura popular fueron desalentados y prohibidos, porque estaban distraiendo a los obreros de su trabajo. «La atención y mantenimiento de un conuco requiere trabajo constante y, sobre todo, buen orden», escribió el gobernador de Puerto Plata en 1898.¹³ Y el dominicano Dr. Emigdio Palau explicó durante un congreso en Bogotá que era de muchísima importancia «instruir al trabajador ignorante obligándolo a abandonar la rutina primitiva por procedimientos perfeccionados, capaces de doblar la producción».¹⁴

Al margen de este nuevo paternalismo se produjo algún interés real en las condiciones de vida del campo. Por primera vez, algunos escritores reconocieron que no necesariamente eran las características innatas de la población rural lo que debía contarse como causa de su pobreza y su negativa a cambiar sus maneras anticuadas, sino también las estructuras de la sociedad que impedían el progreso real del sector agrícola. En esta atmósfera económica e intelectual se originó el trabajo de los dos pensadores sociales tal vez más interesantes del siglo XIX de la República Dominicana: Pedro Francisco Bonó y José Ramón López.

Pedro Francisco Bonó fue el principal defensor del campesinado dominicano en el siglo XIX. Propugnó la emancipación del campesinado y contempló a los pequeños productores como la única esperanza de un desarrollo autónomo de la economía dominicana. Fue un típico representante del liberalismo social y fue tan hábil defensor de la posición del campesinado, que su labor ha sido reconocida tanto por intelectuales conservadores como radicales. De la misma manera que haría luego Fernando Ortiz para la situación cubana, Bonó encontró en la pequeña propiedad

¹³ AGN, Memoria del Gobernador de Puerto Plata, 1898. También P. Bryan, «La producción campesina en la República Dominicana a principios de siglo XX», *Eme Eme. Estudios Dominicanos* 7, no. 42 (mayo-junio 1979), 29-62.

¹⁴ *El Mensajero*, VIII, 21 (febrero 3, 1888) (II época).

tabaquera la unidad social más idónea para plantear un proyecto de la sociedad dominicana.¹⁵ Varias veces se expresó en defensa del tabaco como un cultivo del campesinado pobre y el sustento de la economía regional. También se dirigió en contra de los intereses en el sur que pretendieron terminar con este sector democrático y eminentemente regional. Ya en 1876 escribió:

[S]i a las circunstancias difíciles en que hoy se mueve el tabaco, se le agrega la acción contraria del Gobierno y el desprestigio en la opinión producida por la predicación de las clases ilustradas, el tabaco debe caer y ha caído. ¿Pero qué lo sustituye para sostener el Cibao? (...) [M]ás nada que la esperanza de anexarnos para que otro nos alimente y nos vista.¹⁶

Esta perspectiva aún ganó mucha fuerza en la región cuando la producción de azúcar empezó a dominar las regiones sureñas después de los años ochenta del siglo XIX y de esta manera empezó un proceso de desnacionalización del agro. En este proceso las ideas de Bonó adquirieron una significación especial, sobre todo en el siglo XX, porque lograron una conexión entre la transformación agraria y los procesos políticos en la República Dominicana.

José Ramón López recibió una acogida más ambigua. Muchas personas están en disposición de reconocer su creatividad y sus ideas originales, pero para la mayoría de los comentaristas sus opiniones eran demasiado simplistas y mal consideradas. La más famosa, y tal vez debería decir notoria, obra de López es *La*

¹⁵ Raymundo González, *Bonó, un intelectual de los pobres* (Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, 1994), 10. También Raymundo González, «El pensamiento de Bonó: Nación y clases trabajadoras», en: González et al, *Política, Identidad y Pensamiento Social*, 41-64.

¹⁶ Pedro Francisco Bonó, «Estudios. Cuestión Hacienda» [1876], en Emilio Rodríguez Demorizi (comp.), *Papeles de Pedro F. Bonó* (Barcelona: M. Pareja, 1980), 157-166.

alimentación y las razas, publicada en Cuba en 1896.¹⁷ En este ensayo, López trata de analizar el atraso, hoy diríamos «subdesarrollo», de la sociedad dominicana y, sobre todo, las miserables condiciones de vida del campesinado dominicano. La tesis fundamental de este ensayo puede resumirse como sigue: Una nación que no se alimenta adecuadamente está destinada a terminar en la miseria y en la decadencia. En el caso de que la población no sea consciente de este hecho —como es el caso de la República Dominicana—, la sociedad está degenerándose y el progreso económico es imposible. Más aún, tales circunstancias conforman un terreno fértil para todo tipo de vicios, como «imprevisión, violencia, doblez». Esta situación no es solo lamentable desde un punto de vista social, sino también porque ocasiona una pérdida de la riqueza nacional: «cuando el campesino comprenda la vida civilizada y la acepte con sus ventajas y sus cargas, la riqueza nacional se multiplicará por diez en los primeros años».¹⁸

La alimentación y las razas contiene muchos de los elementos y de las ambigüedades del pensamiento social dominicano del siglo XIX. Muestra la lucha intelectual de una naciente clase media, que quería tomar parte en la modernización de su nación, pero carecía de poder político y de influencia social y económica. El deseo de tener una influencia directa en el proceso político nacional fue con frecuencia conflictivo con su deseo simultáneo de mantener su independencia intelectual. Esencialmente, López construye dos imágenes diferentes y a veces contradictorias de la población rural dominicana.

Primero, está el punto de vista «pesimista» que ha determinado fuertemente la imagen de López. En ella, el campesinado emerge como un grupo que está irremediabilmente encerrado en un círculo vicioso de desnutrición y pobreza, del que está incapacitado para escapar y que determina las míseras condiciones de la vida del hombre de campo. En las palabras del mismo López: «La perezosa

¹⁷ José Ramón López, «La alimentación y las razas», en *El gran pesimismo dominicano*, 31-68. Ver también el próximo capítulo.

¹⁸ López, *La alimentación y las razas*, 41.

imprevisión hace al campesino jugador empedernido, pues no alcanza a imaginar otro alivio a su miseria, y se aferra al vicio que ha de agravarla». ¹⁹ Estas visiones reflejan el ejemplo extremo de una ideología en la que todas las injusticias y la desigualdad social se atribuían a las mismas masas pobres. Formaban parte de la línea de pensamiento social darwinista de fines de siglo XIX, en la que los pobres eran considerados inferiores y reprehensibles por la mera razón de su pobreza. ²⁰ En este sentido López compartió los prejuicios de las elites tradicionales.

Pero sus ideas están al mismo tiempo coloreadas por el liberalismo decimonónico, que era «el credo político de los sectores móviles y ambiciosos» de diferentes naciones latinoamericanas. ²¹ Un segundo elemento en su visión era su creencia de que cada individuo potencialmente podía convertirse en un miembro triunfante, acomodado y educado de la sociedad. Su conclusión lógica era que los pobres que no hubiesen usado sus oportunidades, debían acusarse a sí mismos de su pobreza.

El hombre será siempre lo que quiera ser. Al alcance de sus manos y de su inteligencia están todos los medios de progreso y de atraso, y solo necesita de voluntad clara y firme para imprimirse y conservar el rumbo que más le conviene. ²²

Por lo tanto, las ideas de José Ramón López presentan una ambivalencia fundamental que se puede definir en muchos aspectos como simbólica del desarrollismo del siglo XIX y de principios del siglo XX. Por una parte, existía un menosprecio muy arraigado por

¹⁹ López, 51.

²⁰ Leopoldo Zea, *América en la historia* (Madrid: Eds. de la Revista de Occidente, 1957), 64, donde él cita a Laski, «El liberalismo siempre ha estado afectado por su tendencia a considerar a los pobres como hombres fracasados por su propia culpa».

²¹ José Luis Romero, *Latinoamérica: Situaciones e ideologías* (Buenos Aires: Eds. del Candil, 1967), 60.

²² López, *La alimentación y las razas*, 55.

las clases populares que constituían un obstáculo para el desarrollo y la modernidad debido a su inferioridad innata. Por otra parte, estos intelectuales se daban cuenta de que la única esperanza para el progreso precisamente residía en la educación y en la escolarización de estas masas. Por lo tanto, se vieron obligados a dejar a un lado su pesimismo y a dirigir su atención hacia el mejoramiento de la cultura popular.

Esta adaptación se hizo aún más urgente por la dramática evolución económica y política que vivió el país durante las primeras décadas del siglo XX. La entrada casi incontrolada de inmigrantes y capital de las islas vecinas, de Europa y de Estados Unidos transformó la economía dominicana. La monopolización de la tierra en el sur del país y el sometimiento de la sociedad rural tradicional tuvieron consecuencias sociales dramáticas. Cuando con el cambio de siglo la dominación de los intereses norteamericanos incrementó rápidamente, la República Dominicana se convirtió en una pseudo-colonia. En 1916 Estados Unidos mandó sus tropas militares y realmente tomaron el mando del país. Aparte del fuerte antimperialismo que fue la consecuencia de la ocupación norteamericana de 1916 a 1924, el papel simbólico de la población campesina cambió. Nunca desaparecieron las imágenes negativas frente al primitivo hombre del campo, pero como resultado de un nuevo nacionalismo, muchos políticos e intelectuales empezaron a considerar a la población campesina como un elemento importante de la nación e incluso como el centro de la identidad dominicana.

Intelectuales, modernidad y política

La República Dominicana era, formalmente, una democracia presidencialista y, a menos que fuesen temporalmente cerrados, el Congreso y el Senado se reunían regularmente. La influencia de debates —a veces enconados, a veces superficiales— entre políticos e intelectuales fue, no obstante, limitada. La mayoría de los políticos —e incluso dictadores como Heureaux y Trujillo— valoraban la función simbólica del sistema, pero, al mismo tiempo, estaban convencidos de que la real prueba de fuerza se realizaba en otra parte.

Las ideologías importaban poco en una situación en que la mayor parte de los políticos eran al mismo tiempo militares y la generalidad del proceso político se decidía mediante la fuerza militar. La influencia que los intelectuales dominicanos podían ejercer sobre el rumbo de los acontecimientos era en verdad mínima. Ellos trataban de intervenir en la política local, pero difícilmente estaban en posición de imponer sus ideas. Hombres eruditos, como Pedro Francisco Bonó, disfrutaban de amplio respeto, pero los militares consideraban sus ideas demasiado abstractas para ser realmente útiles en el diario devenir. El pesimismo frecuentemente mencionado como característica básica de la cultura dominicana bien puede ser el resultado directo de esta situación. Muchos intelectuales se sintieron frustrados ante su impotencia para tener influencia e imprimir una dirección en los asuntos de su país. Esta frustración queda clara en la siguiente cita del destacado intelectual dominicano Américo Lugo:

No hay que forjarse ilusiones sobre el valor moral del pueblo dominicano. El valor moral alcanza siempre el límite de la capacidad intelectual, y nuestra capacidad intelectual es casi nula. Una inmensa mayoría de ciudadanos que no saben leer ni escribir, para quienes no existen verdaderas necesidades, sino caprichos y pasiones; bárbaros, en fin, que no conocen más ley que el instinto, más derecho que la fuerza, más hogar que el rancho, más familia que la hembra del fandango, más escuelas que las galleras; una minoría, verdadera golondrina de las minorías, que saben leer y escribir y de deberes y derechos, entre la cual sobresalen, es cierto, personalidades que valen un mundo, tal es el pueblo dominicano, semisalvaje por un lado, ilustrado por otro, en general apático, belicoso, cruel, desinteresado.²³

²³ Américo Lugo, «A punto largo» (1899), en *Obras escogidas I* (Santo Domingo: Corripio, 1993), 93. Para el pensamiento de este autor y su ambigua posición política Roberto Cassá, «Nación y estado en el pensamiento de Américo Lugo», en González, *et al.*, *Política, Identidad y*

Aunque este pesimismo se dirigió hacia las clases populares, también iba dirigido contra los líderes políticos del país, a quienes se les reprochaba que eran incultos e incompetentes. Este pesimismo encerraba implícitamente la frustración que sentían porque no se les escuchaba lo suficiente. Este fue un problema que se dio en todos los países latinoamericanos. El historiador peruano Pablo Macera llegó incluso a afirmar que la independencia de los intelectuales en realidad era otra forma de denominar su marginalización.²⁴ En un país como la República Dominicana, pequeño y que se desarrolló bastante tarde, este fenómeno se manifestó de forma mucho más clara y provocó mucha más frustración entre la «golondrina de las minorías» de la intelectualidad nacional. Anhelaban tanto alcanzar el objetivo doble de la formación de la nación y del desarrollo económico.

Esta ambivalencia y esta postura contradictoria desembocaron en dos posiciones políticas contrastantes. En la mayoría de los casos, los intelectuales y algunos políticos recurrieron a ideas que se podían definir simplemente como «elitistas». Estas ideas a menudo tomaron en la práctica un carácter muy autoritario. Muchos líderes fuertes se aliaron con intelectuales y profesionales para que se llevara a cabo una política tecnocrática. Por otra parte, estaban las tendencias más democráticas y a veces populistas en las que se consideraba a las masas de la población como la encarnación de la nación y la única, o en todo caso la principal, esperanza para las naciones-Estado modernas. En cierto sentido, las dos obsesiones del siglo XIX —la identidad nacional y la modernidad— y finalmente también del siglo XX siguieron siendo los temas centrales del debate político. Sin embargo, podríamos decir que el énfasis del conservadurismo autoritario recaía sobre todo en el primer tema y el de los demócratas más bien en el segundo aspecto.

Entre los protagonistas de la primera tendencia se encuentran el mismo Américo Lugo y más tarde Joaquín Balaguer. Desconfiaban

Pensamiento Social, 105-130. También la «Introducción» de Cassá en Lugo, *Obras escogidas I*.

²⁴ Citado en Miller, *In the Shadow of the State*, 30.

de la democracia y la veían, al igual que tantos pensadores latinoamericanos, como un vehículo del populismo, del despotismo y del mal gobierno en general. Aunque en la República Dominicana no son abundantes las alusiones a las ideas de otros pensadores latinoamericanos, estas ideas entraban dentro de una tendencia general, que era promovida por el positivismo y que consideraba el progreso sobre todo como la labor de las elites tecnocráticas. Desde un punto de vista político, esta postura iba acompañada de un fuerte sentimiento antidemocrático y de una gran desconfianza ante la influencia de los grupos sociales. La solución a este problema era impedir que las masas populares influyesen en la política. Estas ideas desempeñaron un papel importante durante el Trujillato y sobre todo en la visión de Balaguer aunque en estos casos un sistema despótico con una política marcadamente autoritaria vino a sustituir al elitismo ideológico e intelectual.²⁵

Las ideas del nacionalismo histórico tuvieron su elaboración más profunda en el pensamiento de Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954), un intelectual que después de guardar distancias frente al régimen de Trujillo durante casi diez años se convirtió en uno de sus principales ideólogos.²⁶ Escribió numerosos libros y artículos históricos, todos ellos dedicados a la cuestión de la identidad nacional. Para Peña Batlle la política derrotista de España fue, así, la causa esencial de los problemas de la posterior República Dominicana, condenando una identidad nacional vital y saludable a la degeneración. «La destrucción sistemática y organizada de la riqueza colonial debía producir, fatalmente, el languidecimiento

²⁵ Andrés L. Mateo, *Mito y cultura en la Era de Trujillo* (Santo Domingo: La Trinitaria, 1993), 76-79. Hay que notar que Mateo también enfatizó las diferencias entre las ideas de Lugo y las del Trujillato.

²⁶ Raymundo González, «Peña Batlle y su concepto histórico de la nación dominicana», *Anuario de Estudios Americanos* 48 (1991), 585-631; Bernardo Vega, «El Peña Batlle sobre el cual no se escribe», en Vega (ed.), *En la década perdida (Ponencias, conferencias y artículos, 1984-1990)* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1990), 323-25.

profundo de la población, la miseria, y, en consecuencia, el desmoronamiento de la futura nacionalidad». ²⁷

Peña Batlle fue sobre todo historiador y no político. Evitaba sacar conclusiones prácticas de sus análisis. El caso de Joaquín Balaguer fue totalmente distinto. Balaguer fue uno de los colaboradores más cercanos de Trujillo y detentó importantes posiciones en el régimen de este. Siguió siendo un prominente político en el período posterior a la muerte de Trujillo, ocupando la presidencia durante muchos años. De tal manera, se convirtió en el símbolo de la continuidad del nacionalismo conservador dominicano del siglo XX. El trabajo de Balaguer trata los mismos temas que los de Peña Batlle y en algunos puntos sus interpretaciones de la historia son idénticas. ²⁸ Sin embargo, también hay diferencias importantes entre ellos. Toda la producción de Peña Batlle está dedicada a desenmarañar los complejos orígenes históricos de la nación dominicana. Balaguer, por el contrario, da como un hecho comprobado la existencia de una nación dominicana homogénea. Para él, el pueblo dominicano siempre se ha caracterizado por su cultura europea y sus antecedentes hispánicos. Según Balaguer, se debía proteger a la población dominicana de sí misma y del mundo exterior hostil. Desde el punto de vista político, las ideas de Balaguer desembocaron en un populismo represivo en el que el presidente era responsable del bienestar de la población y de la patria. El paternalismo presidencial resultó ser fundamentalmente antidemocrático y tuvo como consecuencia una cultura política autoritaria y poco transparente en la República Dominicana.

La segunda tendencia se caracterizó por una actitud mucho más democrática y humanista. A menudo se subestiman o se niegan estas tendencias democráticas dentro del desarrollo intelectual dominicano, sobre todo como consecuencia del hecho de que

²⁷ Manuel Arturo Peña Batlle, «Las devastaciones de 1605 y 1606» [1938], en Manuel Arturo Peña Batlle, *Ensayos Históricos*, compilación y presentación Juan Daniel Balcácer (Santo Domingo: Fundación Peña Batlle, 1989), 131.

²⁸ Ver sobre todo Joaquín Balaguer, *La isla al revés. Haití y el destino dominicano* (Santo Domingo: Librería Dominicana, 1985).

siempre fueron menos influyentes desde el punto de vista político. Ya señalamos las ideas humanistas de Bonó y la gran influencia que tuvieron en el pensamiento sobre el Estado y la nación en la República Dominicana. Muchos intelectuales del siglo XX sacaron elementos de sus ideas e intentaron concebir una nación más democrática. Como por ejemplo Juan Bosch que intentó predicar esta tendencia en el contexto del siglo XX. A pesar de todas las diferencias que se pueden observar entre estos pensadores, muestran una empatía similar con el dominicano normal y corriente y una gran confianza en que la masa de la población dominicana, rural o urbana, constituía la clave para el desarrollo de la sociedad dominicana. Aunque esta confianza en la democracia no estaba exenta de características autoritarias o en todo caso paternalistas representó un proyecto político clásico en el que se asoció directamente la modernización económica y política con la igualdad y la emancipación.

Aunque sobre todo se recurrió a la emancipación y a la democratización para dar forma a estas ideas, igualmente influyeron en ellas la obsesión por la modernidad que fue tan característica de ese periodo (y que finalmente también constituyó la fuerza que propulsó el marxismo clásico). San Miguel señaló acertadamente que la confrontación entre lo premoderno y lo moderno también ocupa un lugar central en la obra de Juan Bosch. Según Bosch, el retraso social y político característico del campo dominicano premoderno constituía un obstáculo para llegar a un desarrollo moderno y, consecuentemente, a una modernización efectiva. La modernización del campo era una condición previa para que el pueblo dominicano pudiera convertirse en una fuerza productiva y democrática con la capacidad de cambiar el país. En toda su obra, Bosch se enfocó en expresar y analizar las tensiones que se produjeron a consecuencia de esta confrontación. Tal y como afirma San Miguel:

En lo político, es el encuentro tenso, cargado de conflictos, de la premodernidad de la «gavilla rural» y de las «revoluciones» caudillistas con la modernidad, representada por

un Estado tendencialmente centralizador. Es también, el encuentro de las formas modernas de la explotación capitalista de los recursos y del trabajo (...) con las modalidades tradicionales del tiempo, el ocio, el quehacer productivo.²⁹

Podemos concluir que el nacionalismo autoritario en la República Dominicana siempre se tenía que enfrentar con una corriente de pensamiento nacionalista más democrática y flexible. Tal nacionalismo liberal fue menos poderoso y careció de la coherencia y elaboración de su rival autoritario, pero aportó una alternativa ideológica en la política dominicana. Una creencia fundamental en los principios democráticos y humanitarios conforma las bases de esta tendencia. Aunque la ausencia de éxito político a menudo condujo a los liberales a políticas pragmáticas y a la colaboración con regímenes autoritarios, la ideología democrática proveyó una visión de la sociedad en lo esencial diferente. Fue complementada por una actitud cosmopolita que dio al liberalismo dominicano un sabor muy distinto y que claramente lo distinguió del nacionalismo conservador. Personas como Gregorio Luperón, Ramón Betances, Máximo Gómez, Eugenio María de Hostos o Juan Bosch creían que los problemas étnicos y sociales de las naciones del Caribe solo podrían ser resueltos de forma colectiva. Ellos defendían un nacionalismo pan-caribeño, en el cual color, lengua y etnicidad no importaban y donde la lealtad nacionalista al país de cada uno se complementaba con una solidaridad regional o incluso se sumergía en ella. Donde los conservadores implícitamente o explícitamente favorecían una sociedad jerarquizada, en la cual las clases estuvieran constituidas, en mayor o menor medida, de acuerdo a líneas étnicas o raciales, los liberales trataban de incorporar a todas las clases y grupos de color en el proyecto de dominicanidad.³⁰

²⁹ Pedro L. San Miguel, *La Isla imaginada. Historia, identidad y utopía en La Española* (Santo Domingo: Isla Negra-La Trinitaria, 1997), 151-152.

³⁰ Pedro L. San Miguel, «Discurso racial e identidad nacional en la República Dominicana», en San Miguel, *La Isla imaginada...*, 59-100.

Este no es el lugar adecuado para profundizar en los resultados de la fusión de las ideas intelectuales y políticas. Los compromisos y las contradicciones fueron inevitables en la confrontación con la dura práctica. Los modelos intelectuales a menudo perdieron su lógica y su originalidad en este proceso y finalmente muchas veces desembocaron en proyectos políticos obviamente distintos, que fueron sometidos a una prueba extrema sobre todo durante el Trujillato. Las ideas democráticas pasaron prácticamente a la clandestinidad. Solo tras 1962 estas ideas pudieron ir manifestándose en público, aunque con dificultad y bajo una gran oposición.

Antihaitianismo

En el siglo XX el miedo al poder militar haitiano del siglo XIX fue sustituido por sentimientos de desdén respecto a una sociedad con crecientes problemas económicos y políticos.³¹ El desprecio hacia el país vecino se formuló, de forma creciente, en términos étnicos y raciales. Las diferencias raciales entre la población haitiana predominantemente negra y la población de la República Dominicana predominantemente mulata siempre han constituido un factor importante en las relaciones entre los dos países, pero las transformaciones sociales y económicas que se registraron después de 1870 concedieron más importancia al factor racial. La creciente migración de trabajadores haitianos a las plantaciones azucareras dominicanas a inicios del siglo XX jugó un papel determinante en este proceso. Por primera vez desde la ocupación haitiana se comenzaron a experimentar importantes confrontaciones entre las dos poblaciones. La pobreza de los trabajadores haitianos provocaba sentimientos de superioridad racial entre los dominicanos. Dichos sentimientos se complementaban con un profundo disgusto de los cortadores de caña respecto a sus condiciones de vida y trabajo. Aunque muchos observadores dominicanos condenaban las inhumanas condiciones en las plantaciones azucareras,

³¹ Ver Bernardo Vega, *Trujillo y Haití* (Vol. 1: 1930-1937) (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1988).

fundamentalmente de propiedad extranjera, los haitianos eran implícitamente culpados por su aceptación pasiva de tales condiciones. Incluso los elementos más conscientes socialmente de la sociedad tendían a interpretar esta actitud como evidencia del primitivismo mental de los trabajadores migrantes haitianos. Además, los trabajadores dominicanos veían a los migrantes haitianos como una amenaza a su posición en el mercado de trabajo. Esto explica por qué los incipientes sindicatos dominicanos hacían tantas críticas a la inmigración haitiana.³²

De manera paradójica, la ocupación norteamericana fue otro factor que ratificó la posición de los migrantes haitianos. Durante la ocupación norteamericana de ambos, 1916-1924 en la República Dominicana y 1915-1934 en Haití, la mano de obra de las plantaciones azucareras fue exclusivamente haitiana. La memoria social dominicana asoció la inmigración a gran escala de los trabajadores haitianos con el dominio norteamericano. Sin duda, muchos dominicanos culparon específicamente a Estados Unidos (y, en consecuencia, a las empresas azucareras norteamericanas) de la incontrolable invasión de braceros haitianos. Así, los sentimientos antiyanquis confirmaron y reforzaron los sentimientos antihaitianos.

La tradición del nacionalismo dominicano del siglo XIX y el más reciente sentimiento antihaitiano y antinorteamericano confluyeron en el movimiento nacionalista que surgió en los últimos años de la ocupación norteamericana. Este movimiento proveyó un cuerpo de ideas que se puso en práctica durante el mandato de seis años del presidente Horacio Vásquez y que encontró su expresión más extrema y elaborada durante la larga dictadura de Trujillo (1930-1961). El Gobierno trató de cerrar el país a los inmigrantes haitianos, excepto para la migración temporera en las plantaciones azucareras. Comenzó proyectos de colonización con el objetivo de «dominicanizar» la región fronteriza, y cuando eso no funcionó, Trujillo ordenó la notoria matanza de 1937, en la cual

³² Roberto Cassá, *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana (desde los orígenes hasta 1960)* (Santo Domingo: Editorial Taller, 1990), 61 y ss.

miles de migrantes haitianos fueron asesinados por las tropas dominicanas causando un alboroto internacional.³³

Para legitimar su política antihaitiana y dar forma a su política extremadamente nacionalista, Trujillo se rodeó de intelectuales que apoyaron su régimen y su política mediante sus escritos. Tal y como afirma Andrés Mateo: «Trujillo reclutó intelectuales provenientes de la pequeña burguesía, quienes fueron diseñando el proyecto de dominación totalitaria, configurando un culto de la personalidad».³⁴ Simultáneamente, los intelectuales que rodeaban al dictador convirtieron un nacionalismo conservador y antihaitiano en la ideología hegemónica del régimen. Estos intelectuales miraron a la historia para legitimar el antihaitianismo oficial y construir una nueva identidad nacional. El análisis de la historia dominicana sirvió de dos maneras a los nacionalistas del siglo XX. En primer lugar, les permitió afirmar su independencia sin ser forzados a negar su herencia española. En segundo lugar, sirvió como una legitimación de la ideología antihaitiana que fue un pilar del nacionalismo trujillista.

Estas ideas nacionalistas tuvieron una elaboración profunda en el pensamiento de Manuel Arturo Peña Batlle. Según Peña Batlle, la política colonial española no solo había tenido consecuencias económicas y políticas sino también raciales o étnicas. Al principio, la isla Española tenía una población homogénea cultural y racialmente, «bien definida por sus raíces puras». La versión de Peña Batlle presuponía que la creación de Saint-Domingue y los orígenes de la República independiente de Haití tenían claras implicaciones ideológicas. La conciencia criolla que se había ido desarrollando en el siglo XVI había sido frustrada, primero por el derrotismo español y luego por la división política y étnica de la isla.³⁵ La existencia de Haití, así, era central en su análisis de la

³³ Juan Manuel García, *La matanza de los haitianos. Genocidio de Trujillo, 1937* (Santo Domingo, 1983); Bernardo Vega, *Trujillo y Haití (Vol. II, 1937-1938)* (Santo Domingo, 1995); también Freddy Prestol Castillo, *El Masacre se pasa en pie* (Santo Domingo: Editorial Taller, 1972).

³⁴ Mateo, *Mito y Cultura*, 13.

³⁵ Peña Batlle, *Las devastaciones*, 125.

independencia y del nacionalismo dominicano. En un ensayo sobre Emiliano Tejera, Peña Batlle expresa claramente su análisis:

El coeficiente de todos los grupos dirigentes entre la Independencia y la Restauración, el elemento básico de todos sus programas (...) era el no seguir viviendo al estilo haitiano. Todos deseaban liberarse de los sistemas haitianos de cultura a que estuvimos sometidos (...).³⁶

Para Peña Batlle y otros nacionalistas conservadores, el nacionalismo en la República Dominicana estaba, así, inextricablemente vinculado a la existencia del Estado haitiano.

También Balaguer percibió a Haití como el principal enemigo de la nación dominicana, y su trabajo es una larga diatriba en contra del pueblo haitiano. Para él, el conservadurismo cultural y la pasividad del pueblo dominicano fueron una reacción directa a la amenaza cultural y racial que planteaban los haitianos: «[S]e ha aferrado, sin embargo, a su abolengo español como un medio de defenderse de la labor desnaturalizante realizada contra él por el imperialismo haitiano».³⁷ No es necesario profundizar demasiado en el discurso racial de Balaguer, lo que ha sido convincentemente realizado por otros autores.³⁸ Se puede sintetizar ese pensamiento de la siguiente manera: El pueblo dominicano constituye una nación blanca, hispánica, que desde el siglo XIX ha estado amenazada por las tendencias imperialistas de otra nación, la cual a causa de sus orígenes africanos era inferior en muchos sentidos. Debido a esta naturaleza primitiva, la población haitiana procreaba mucho más rápidamente que la dominicana. Tal supuesto constituye la

³⁶ Manuel Arturo Peña Batlle, «Emiliano Tejera», en Peña Batlle, *Ensayos históricos*, 192.

³⁷ Balaguer, *La isla al revés*, 63.

³⁸ Jesús M. Zaglul, «Una identificación nacional “defensiva”: El antihaitianismo nacionalista de Joaquín Balaguer. Una lectura de *La Isla al revés*», *Estudios Sociales*, 87 (1992), 29-65. Meindert Fennema y Troetje Loewenthal, *Construcción de raza y nación en República Dominicana* (Santo Domingo: UASD, 1987).

pedra angular de lo que Balaguer llama «imperialismo haitiano»: la continua presión haitiana sobre los recursos de la República Dominicana. Los vínculos entre dominicanos y haitianos y la mezcla de razas condujeron al debilitamiento de la raza dominicana. Esta tendencia, en sí misma, amenazaba a la nación dominicana, pero fue empeorada por otros factores. Los haitianos no tienen educación, portan enfermedades epidémicas y carecen de valores morales (sobre todo su promiscuidad). Donde quiera que haya contacto con grupos de haitianos se hace visible una degeneración en la moral y el poder espiritual de la población dominicana. La indolencia de gran parte de la población dominicana debe ser explicada por la perniciosa influencia de los inmigrantes haitianos.

El antihaitianismo pasó a ser uno de los tópicos fundamentales del discurso nacionalista en la República Dominicana del siglo XX. Debido a la dominación política y material del prolongado régimen totalitario de Trujillo, casi ningún intelectual dominicano pudo escapar de este discurso. Incluso tras la muerte de Trujillo en 1961, la relación con Haití siguió siendo una parte esencial del debate político sobre la identidad nacional dominicana.

Conclusión

Durante las décadas pasadas salió a la luz abundante bibliografía sobre las maneras en que los líderes políticos intentaron crear los Estado-naciones y forjar las identidades nacionales. Este también fue un proceso permanente en Latinoamérica que acaparó de forma constante la atención. No es por nada que hoy en día se están llevando a cabo muchas investigaciones sobre lo que se llama «política cultural» y «nacionalismo popular». La historia del siglo XX de América Latina deja constancia de un proceso constante de formación de naciones y de incorporación de personas y comunidades. Paulatinamente se fue sometiendo a la población a las reglas del Estado. En ese mismo proceso, el Estado también influyó a su vez en el contenido y en la elaboración de las ideologías nacionales.

El encanto del principio de la nación residía en la ilusión de modernidad, de igualdad y de incorporación. Este trinomio constituía el nexo de unión para muchos Estados que prácticamente no mostraban ningún otro signo de cohesión en otros campos y a los que les estaba costando mucho organizarse debidamente. A pesar de esta retórica de la incorporación moderna, no debemos olvidar que toda inclusión implica también exclusión. Pandey y Geschiere afirman:

[L]a retórica de las reclamaciones *inclusivas* de libertad y de igualdad que promueve este nacionalismo, va acompañada de la práctica de *excluir* a numerosas clases y comunidades, que surgen precisamente a raíz de esas reclamaciones. En efecto, la historia del nacionalismo y de la «civilización» moderna difícilmente se podría haber escrito sin estas exclusiones.³⁹

Este contraste también se manifiesta claramente en la evolución política e intelectual de la República Dominicana. Los pensadores dominicanos intentaron concebir en el siglo XIX de qué maneras se podría incorporar a la clase campesina ignorada hasta entonces en el nuevo proyecto de formación de la nación y de modernidad. Para ello, debían adaptar las imágenes de la población campesina y del lugar que esta ocupaba en la sociedad. Poco a poco fueron desapareciendo los estereotipos negativos con respecto al campesinado, que fueron reemplazados por interpretaciones que presentaban a los campesinos como una parte inseparable de la nación dominicana y de la economía moderna. Estas contradicciones que fueron el resultado de un proceso forzado y paradójico de modernización a veces llegaron a desembocar en un ensalzamiento nostálgico de la sociedad rural tradicional. El campesino criollo se convirtió en el símbolo y en el portador de la identidad dominicana.

³⁹ Gyanendra Pandey, y Peter Geschiere (eds.), *The Forging of Nationhood* (New Delhi: Saphis/Manohar, 2003), 11.

Dentro de este proceso también surgió la idea de la igualdad racial para la sociedad dominicana. Las diferencias raciales influían en la realidad concreta, pero se les quitaba importancia en las ideas nacionalistas. El antagonismo con el país vecino Haití empezó a funcionar como un mecanismo de exclusión. Los numerosos grupos de migrantes haitianos que se fueron a trabajar a la República Dominicana en el siglo XX, se convirtieron en la antítesis de la identidad dominicana. Este antagonismo adquirió una carga muy racista debido a las diferencias fenotípicas entre los dos grupos demográficos. Esta tendencia alcanzó su punto culminante bajo la dictadura de Trujillo, aunque después también siguió determinando el debate político dominicano. Precisamente por la gran cantidad de haitianos afincados en territorio dominicano, a muchos de quienes en realidad ya se debería considerar constitucionalmente como ciudadanos dominicanos, este mecanismo de exclusión no fue exclusivamente un fenómeno internacional, sino sobre todo nacional. Debido a esta necesidad obsesiva de modernidad, la población haitiana —al igual que los campesinos en el siglo XIX— se convirtió en el símbolo repulsivo de retraso y de primitivismo.

En el fondo, todos los políticos e intelectuales intentaron encontrar una respuesta a las consecuencias del rápido desarrollo económico y social que experimentó el país y a los retos que imponía la modernidad a la sociedad. En un país cuyo desarrollo había sido tardío y desigual, no cabía más que una respuesta ambigua. El liberalismo modernizante asociaba el pasado con retroceso y oscurantismo, pero, al mismo tiempo, invocaba al pasado para crear una imagen de estabilidad y coherencia en un mundo amenazado por el crecimiento económico, la migración laboral y la confusión étnica. Nostálgicos llamamientos frecuentemente se referían a un pasado mítico donde la nacionalidad no había sido ambigua ni problemática. Estas respuestas contradictorias eran el resultado directo de un desarrollo social y económico fragmentado y complejo. Por lo tanto, no se deben considerar como una imperfección de la intelectualidad dominicana, sino más bien como un reflejo de un proceso de modernidad fragmentada en la sociedad dominicana.

Por último, una contraposición fundamental entre una tradición humanista-democrática y una tradición conservadora-autoritaria determinó el panorama político de la República Dominicana, teniendo en cuenta todos sus matices y sus posiciones intermedias. Debido al contexto nacional e internacional específico en el que se desarrolló la política dominicana, las ideas democráticas generalmente fueron reducidas a la clandestinidad. Debido a ello, las ideas autoritarias y antihaitianas acapararon mucha más atención y determinaron en gran medida la imagen del desarrollo intelectual en el país. Sin embargo, es importante asignar también un lugar a esos otros elementos más democráticos en este desarrollo. Precisamente la confrontación entre estas dos tendencias determinó el desarrollo intelectual de la República Dominicana.

CAPÍTULO 12

IDEOLOGÍA Y CAMPESINADO: EL PENSAMIENTO SOCIAL DE JOSÉ RAMÓN LÓPEZ¹

Introducción

En el siglo XIX, la sociedad dominicana era una sociedad agraria, en la que todo ciudadano estaba de una manera u otra conectado con la producción agrícola. Incluso las clases medias urbanas, si bien vivían de actividades no agrícolas, desarrollaban su vida en el campo, en pequeños pueblos que eran más bien rurales. Muchos miembros de las clases mercantiles poseían fincas, que eran cultivadas bajo su supervisión, y la élite tradicional obtenía la mayor parte de su riqueza y de su influencia social de sus posesiones rurales.

La sociedad dominicana del siglo XIX dependía de su producción agrícola. Por tanto, es notable que sus intelectuales, solo gradualmente y a veces hasta con renuencia, descubrieran el campesinado. El campesinado nunca constituyó un factor de importancia en los continuos conflictos políticos del siglo XIX y el problema agrícola nunca recibió una atención extendida.² Excluyendo alguna rara excepción, como Pedro Francisco Bonó, los escritores del siglo XIX ignoraron casi por completo la existencia y las condiciones sociales de la población rural.

¹ Los escritos de J. R. López están diseminados por todo tipo de periódicos. Este trabajo está fundamentado en algunos de ellos, pero la mayoría de los escritos de López permanecen todavía sepultados en los periódicos y archivos dominicanos.

² La misma actitud puede ser encontrada en otras naciones latinoamericanas. Por ejemplo: T. G. Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850-1876)* (México: Sep-Setentas, 1974), 69. Un ejemplo de una actitud similar en M. Otero, *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República de México* (México: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1964) [orig. 1842].

Esto era más notable aún, puesto que la élite dominicana vivía en general muy cerca y en contactos regulares con las masas pobres de la población rural. Al mismo tiempo, sin embargo, tenían un muy limitado conocimiento acerca de su vida social y cultural y de sus condiciones de vida en general. En los ojos de la mayoría de la clase alta, la población rural constituía una amorfa y poco interesante parte de la sociedad dominicana.

Esto solo cambió hacia finales del siglo XIX, cuando sobrevinieron radicales transformaciones sociales y económicas en la sociedad dominicana. La sociedad rural, personalística y socialmente rígida, comenzó a retroceder como consecuencia de la nueva agricultura capitalista y la dictadura populista de Heureaux. La población rural empezó a mostrar una creciente movilidad. La élite tradicional fue forzada a reconsiderar su propia posición y tuvo que adaptarse a la emergencia de una nueva clase mercantil rica y poderosa. El final del siglo XIX fue el período en que todo el mundo habló acerca del desarrollo económico y de la palabra sagrada, «progreso». Al tiempo que estas hermosas palabras sonaban, algunos problemas prácticos tenían que ser resueltos antes de su realización efectiva. Por ejemplo, ¿quién iba a proveer el trabajo diario para este progreso? Y si tenía que ser la gran masa de la población rural, ¿podía considerarse a éstos capaces para esta tarea? Y si no, ¿cómo podría ser implementada su capacitación? Tratando de inducir este mítico desarrollo económico, los empresarios y los políticos dominicanos se vieron forzados a admitir que su sacro «progreso» dependía de los habitantes rurales. Esto realzó grandemente su interés por las condiciones de vida y la organización social del campo.

Ideología y campesinado

Estereotipos del campesino abundaron en la ideología dominicana del siglo XIX. La rígida jerarquía social y el énfasis en la distancia social entre los diversos grupos sociales, que caracterizó la sociedad dominicana del siglo XIX, estuvo estructurada sobre imágenes fijas y prejuicios que solo cambiaron muy lentamente.³

³ H. Hoetink, *El pueblo dominicano: 1850-1900* (Santiago: UCMM, 1972); sobre todo los capítulos IV y VI.

Los estereotipos del campesino no fueron en general muy positivos. La visión romántica del campesino como el honesto y no-corrompido hombre de campo, que vive lejos de la decadente vida urbana, nunca tuvo un generalizado atractivo en la República Dominicana. De los más conocidos escritores dominicanos del siglo XIX, Bonó fue el único que jugó con una visión romántica semejante.⁴ Una tradición paternalista, que era proclive a mirar el campesino como el inocente y no-explotado hombre del campo, sí existió en República Dominicana, pero nunca conquistó una posición crucial en la ideología dominante.

La imagen más prevaleciente del campesino en los documentos del siglo XIX era más bien negativa. Se le describió como el ignorante e irresponsable vago.

Los contemporáneos estaban constantemente quejándose del frívolo estilo de vida de la población rural, sus continuas fiestas, su inclinación a «perder el tiempo» y la ausencia de «civilización». Detestaban las apuestas y la pelea de gallos. Muchas veces ellos también se referían a la irresponsabilidad de los hombres y al pecaminoso abandono de sus esposas e hijos. En pocas palabras, ellos pintaron al campesino dominicano como un perpetuo borracho y buscador de problemas. Todavía en los años 1930, las autoridades de Puerto Plata fueron prevenidas contra

la práctica holganza seguida por muchos hombres en los campos que desde el amanecer hasta el anochecer permanecen en una hamaca, con el cachimbo en la boca y el acordeón en las manos.⁵

⁴ Pedro Francisco Bonó, *El monterero* (Santo Domingo: Colección Pensamiento Dominicano, 1968) [orig. 1856]. Si bien algunas veces hace un retrato muy romántico, Bonó nunca ignora las realidades menos positivas de la vida rural en ese período.

⁵ *Archivo General de la Nación* (AGN), Sección de Agricultura, legajo 17; Discurso pronunciado por el Procurador Fiscal de Puerto Plata, Dr. Felipe Santiago en una reunión de autoridades en Puerto Plata, septiembre 3, 1933.

Rastros de este desprecio por las masas rurales pueden ser encontrados en casi todas las sociedades agrarias con una considerable población urbana y esto quizás con mayor fortaleza todavía en la jerárquica sociedad dominicana. Sin embargo, estos prejuicios no fueron invariables, y en la medida en que la sociedad cambiaba, las expresiones ideológicas de las clases dominantes también cambiaban.

En el curso del siglo XIX, el prejuicio negativo en contra del campesino adquirió gradualmente una nueva significación. Originalmente, había mostrado las huellas de la tradicional ideología de casta española, católica y patrimonial, en la que toda clase era considerada como ocupante de un lugar dado por Dios, del que no podía ni debía escapar. El desprecio del campesinado, aquí, permaneció en función de una más o menos estática visión del mundo, colaboró en la conservación del *statu quo* y tuvo también sus aspectos paternalistas.⁶

Con la creciente presión de las relaciones capitalistas los intereses de los grupos urbanos no descansaron más sobre la idea de la preservación del orden social, sino en su transformación. Fue ahora, sobre todo, que el comportamiento económico del campesinado vino a ser atacado. El conservadurismo de los campesinos se convirtió en el principal blanco de la nueva clase comercial. «Rutina» era, en palabras del *Eco del Pueblo* en 1882, «el cáncer que nos devora».⁷

Al final del siglo XIX tuvo lugar un lento cambio ideológico que no estuvo complementado libre de ambigüedades. La posición crucial que ocupaba el productor agrícola en el ingreso nacional se convirtió en un hecho reconocido. La principal preocupación de las clases urbano-mercantiles era el estímulo y control de esta producción agrícola. En los ojos de estos «modernizadores», el

⁶ H. J. Wiarda, *Corporatism and national development in Latin America* (Boulder: Westview Press, 1981), 37.

⁷ *Eco del Pueblo*, I, 38 (diciembre 24, 1882).

progreso no era solo una opción, sino un deber.⁸ Se convirtió en un axioma aceptado por las clases mercantiles, que el campesino ignorante tenía que ser guiado hacia una mayor cualitativamente, mejor producción de cultivos de exportación; y en el mismo proceso debía ser disciplinado y puesto bajo el control del Estado. Los fandangos, ventorrillos y otros elementos de la cultura popular fueron desalentados y prohibidos, porque estaban distraendo a los obreros de su trabajo. «La atención y manutención de un conuco requiere trabajo constante y, sobre todo, buen orden», escribió el gobernador de Puerto Plata.⁹ Y el dominicano Dr. Emigdio Palau explicó durante un congreso en Bogotá que era de muchísima importancia «instruir al trabajador ignorante obligándolo a abandonar la rutina primitiva por procedimientos perfeccionados, capaces de doblar la producción».¹⁰

Al margen de este nuevo paternalismo se produjo algún interés real en las condiciones de vida de los campos. Por primera vez, algunos escritores reconocieron que no necesariamente eran las características innatas de la población rural lo que debía contarse como causa de su pobreza y su negativa a cambiar sus maneras anticuadas, sino también las estructuras de la sociedad que impedían el progreso real del sector agrícola. El gobernador de Santiago escribió en 1909, por ejemplo:

Puedo asegurar a usted, sin temor a equivocarme que la mayoría de nuestros agricultores, sobre todo los que se dedican al cultivo de tabaco (...), conoce prácticamente

⁸ Por ejemplo, *El gran pesimismo dominicano: José Ramón López* (Santiago: UCMM, 1975), 62. *El guatemalteco habla en 1877* acerca de la necesidad de «obligarlos» (a los indígenas) más o menos directamente a los trabajos agrícolas; G. Laguardia, *El pensamiento liberal de Guatemala* (Antología), (San José: EDUCA, 1975), 205. También J. L. Romero, *Latinoamérica: Situaciones e ideologías* (Buenos Aires: Eds. del Candill, 1967), 63.

⁹ Por ejemplo, AGN, Memoria del Gobernador de Puerto Plata, 1898. También Patrick Bryan, «La producción campesina en la República Dominicana a principios de siglo XX», en *Eme-Eme. Estudios Dominicanos* 7, no. 42 (May-Jun 1979): 29-62.

¹⁰ *El mensajero*, VIII, 21 (febrero 3, 1888) (II época).

cómo se cosecha y prepara esta hoja, pero ¿qué hace ese agricultor con tomarse tiempo y trabajo, si a la postre no lo recompensamos?¹¹

Y la *Voz de Santiago* escribió por su parte en 1880:

La sociedad, como que nunca se detiene ante la suerte de los desventurados, acusa y condena severamente la gente que se entrega a cierto género de vida; sin advertir que esos desventurados han sido abandonados a esa suerte por las mismas leyes sociales que no defienden al proletariado contra los rigores de la indigencia».¹²

En esta atmósfera económica e intelectual se originó el trabajo de los científicos sociales más interesantes del siglo XIX de la República Dominicana: Pedro Francisco Bonó y José Ramón López. Pedro Francisco Bonó fue el principal defensor del campesinado. Propugnó por la emancipación del campesinado y contempló a los pequeños productores como la única esperanza de un desarrollo autónomo de la economía dominicana. Fue un típico representante del liberalismo social y fue tan hábil defensor de la posición del campesinado, que su labor ha sido reconocida tanto por intelectuales conservadores como radicales.¹³ José Ramón López ha recibido una recepción más ambigua. Muchas personas están en disposición de reconocer su creatividad y sus ideas originales, pero para la mayoría de los comentaristas sus opiniones son demasiado simplistas y mal consideradas.

Aunque José Ramón López nació en 1866, casi cuarenta años después de Bonó,¹⁴ hay otra diferencia entre estos dos hombres.

¹¹ Correspondencia del Ministro de Agricultura e Inmigración, Legajo I, 1869-1910; Memoria del Gobernador de Santiago (Rafael Díaz), enero 31, 1909.

¹² *La Voz de Santiago*, I, 37 (diciembre 5, 1880).

¹³ Raymundo González, «Bonó, un intelectual de los pobres», en *Estudios Sociales* 18, no. 60 (Abr-Jun 1985): 65-77.

¹⁴ Para información biográfica de López, ver Rufino Martínez, *Diccionario biográfico-histórico dominicano, 1821-1930* (Santo Domingo: UASD, 1971),

Mientras Bonó perteneció siempre a la respetable clase media. López provino de un origen humilde y tuvo que evolucionar de ser —en palabras de Rufino Martínez— un «rapazuelo travieso» y un «callejero» a ser un distinguido intelectual y un «fecundo periodista». Once años de su vida los vivió López en el exilio, en Venezuela (1886-1897). No tenía ni un pasado seguro ni un capital familiar en los cuales apoyarse, y estuvo, por tanto, forzado algunas veces a comprometerse y a tomar actitudes pragmáticas hacia sus antiguos enemigos. Su desarrollo intelectual se caracterizó por una ambigüedad básica y una tensión continua entre el pragmatismo y una terca rectitud personal.

De esta forma se ha convertido en el símbolo del llamado «pesimismo» dominicano. Muchos lo consideran la personificación del derrotismo, que es muy corriente en la sociedad dominicana y que se caracteriza por el desprecio a las clases bajas y una falta de fe en una nación dominicana independiente, «la supuesta incapacidad de los dominicanos para subsistir como Nación, formar un Estado y dirigir sus destinos».¹⁵

Siguiendo las ideas de López sobre la cuestión agraria, intentaré aclarar que esta interpretación simple no hace justicia a sus análisis y a sus ideas. Más bien, tenemos que considerarla como un franco y honesto representante del movimiento «progresista» que fue tan influyente en su tiempo y que funcionó como los pioneros ideológicos del desarrollo capitalista del país.

La alimentación y las razas

La más famosa obra de López es *La alimentación y las razas*, publicada en Cuba en 1896.¹⁶ En este ensayo, López trata de analizar

272-275 y *Gran pesimismo*, 7-27 y 31. La única fotografía de López de la que tengo conocimiento está en: *Blanco y negro*, II, 93 (junio 26, 1910), 640.

¹⁵ Marrero Aristy, citado en Fernando I. Ferrán B., «Figuras de lo dominicano», *Ciencia y Sociedad*, 10, no. 1 (Ene-Mar 1985): 14.

¹⁶ José Ramón López, «La alimentación y las razas», en *El gran pesimismo*, 31-68. Este y el otro ensayo de este libro: «La paz en la República Dominicana», 97-157, se referirán en el texto.

el atraso, hoy diríamos «subdesarrollo», de la sociedad dominicana y, sobre todo, las miserables condiciones de vida del campesinado dominicano. Escribió este ensayo cuando tenía diez años fuera del país. Esta debió haber sido la causa de su fuerte tono generalizador y su casi «in-dominicana» atmósfera.

La tesis fundamental de este ensayo — el primer escrito extenso que López publicó — puede resumirse como sigue: Una nación que no se alimenta adecuadamente está destinada a terminar en la miseria y en la decadencia. En el caso de que la población no esté consciente de este hecho — como es el caso de la República Dominicana —, la sociedad está degenerándose y el progreso económico es imposible. Más aún, tales circunstancias conforman un terreno fértil para todo tipo de vicios, como «imprevisión, violencia, doblez». Esta situación no es solo lamentable desde un punto de vista social, sino también porque ocasiona una pérdida de la riqueza nacional: «cuando el campesino comprenda la vida civilizada y la acepte con sus ventajas y sus cargas, la riqueza nacional se multiplicará por diez en los primeros años».

La alimentación y las razas es un ensayo curioso y contradictorio. Sin embargo, como sucede en casos similares, contiene muchos de los elementos y de las ambigüedades del pensamiento social dominicano del siglo XIX. Muestra la lucha intelectual de una naciente clase media, que quería tomar parte en la modernización de su nación, pero carecía de poder político y de influencia social y económica. El deseo de tener una influencia directa en el proceso nacional de toma de decisiones fue con frecuencia conflictivo con su deseo simultáneo de mantener su independencia intelectual. Esto trajo muchas ambigüedades y contradicciones.

La imagen del campesino que brota de este ensayo no es en realidad muy optimista, delineada como es en metáforas de miseria y de pobreza. En una lectura detenida y cercana, la opinión de López sobre el campesinado se vuelve más refinada que lo que aparece en una primera lectura. Esencialmente, López construye dos imágenes diferentes y a veces contradictorias de la población rural dominicana.

Primero, está el punto de vista «pesimista», que ha determinado fuertemente la imagen de López. En ella, el campesinado emerge como un grupo que está irremediabilmente encerrado en un círculo vicioso de desnutrición y pobreza, del que está incapacitado para escapar y que determina las míseras condiciones de la vida del hombre de campo. En las palabras del mismo López:

La perezosa imprevisión hace al campesino jugador empedernido, pues no alcanza a imaginar otro alivio a su miseria, y se aferra al vicio que ha de agravarla.

López muestra en muchos lugares el mismo desprecio por el campesino, que, como vimos, era muy característico de la prensa del siglo XIX. A este respecto, compartió los mismos prejuicios triviales de las élites tradicionales. Pero sus ideas están al mismo tiempo coloreadas por el liberalismo decimonónico, que era «el credo político de los sectores móviles y ambiciosos» de diferentes naciones latinoamericanas.¹⁷ Un elemento básico en su visión era su creencia de que cada individuo potencialmente podía convertirse en un miembro triunfante, acomodado y educado de la sociedad. Su conclusión lógica era que los pobres que no hubiesen usado sus oportunidades, debían acusarse a sí mismos de su pobreza. En pocas palabras, los pobres son pobres porque no quieren trabajar:

El hombre será siempre lo que quiera ser. Al alcance de sus manos y de su inteligencia están todos los medios de progreso y de atraso, y solo necesita de voluntad clara y firme para imprimirle y conservar el rumbo que más le conviene.

Estas visiones reflejan el ejemplo extremo de una ideología de clase en la que todas las injusticias y la desigualdad social se atribuían a las mismas masas pobres. Formaban parte de la línea de pensamiento social darwinista, dogmática y tautológica, de

¹⁷ Romero, *Latinoamérica...*, 60.

finés de siglo XIX, en la que los pobres eran considerados inferiores y reprehensibles por la mera razón de su pobreza.¹⁸

La tendencia general de los liberales latinoamericanos del siglo XIX de culpar a los mismos campesinos de su pobreza y atraso tiene que ser vista en el contexto de la transformación económica de las economías latinoamericanas y la frustración de las nuevas élites comerciales por su falta de control sobre los productores agrícolas. López muestra esta misma frustración cuando escribe acerca de los campesinos, que después de haber ganado un magro salario en el negocio de sus productos, «no vuelven a trabajar hasta que gastan el sobrante de la ganancia, compartiendo el tiempo entre la hamaca y los fandangos».

La nueva dependencia del mercado mundial demandaba una producción agrícola mayor y cuando esto no se llevaba a cabo, los productores agrícolas debían ser culpados. Los comerciantes y los inversionistas capitalistas se valían de estas ideas como legitimización de una totalidad de regulaciones y reglamentaciones que debían ser propuestas para enseñar a los pobladores rurales ignorantes a comportarse como gente «civilizada» y aumentar la producción para el comercio exportador.

Sin embargo, también en su *Alimentación y las razas* podemos discernir otro López, que tiene ideas menos prejuiciadas acerca del trasfondo socio-económico y político de la pobreza rural del país. Incluso podemos percibir en algunos trazos de simpatía por el humilde, que posteriormente es bien manifiesto en sus *Cuentos puertoplateños* (1904).¹⁹

¹⁸ La actitud del Estado mexicano hacia los indios campesinos está parafraseada. «Si les iba mal a los campesinos indígenas era porque carecían del espíritu de empresa individual», ver Powell, *Liberalismo y campesinado...*, 123. También Leopoldo Zea, *América en la historia* (Madrid: Eds. de la Revista de Occidente, 1957), 64, donde él cita a Laski: «El liberalismo siempre ha estado afectado por su tendencia a considerar a los pobres como hombres fracasados por su propia culpa».

¹⁹ J. R. López, *Cuentos* (Santo Domingo: 1904); la única copia que yo encontré al alcance del público está en la UASD.

Su simpatía por la población rural, sin embargo, estuvo siempre coloreada por el deseo de progreso y su fe liberal en el mecanismo del mercado. También a este respecto, López nunca está libre de la ambigüedad y puede como tal, una vez más, ser representativo de sus contemporáneos. Por ejemplo, concede que los salarios de los jornaleros son muy bajos y que «ni a los solteros les alcanza para vivir bien». Más aún, enfatiza que esta baja entrada de los jornaleros y campesinos podía bien ser la causa fundamental de los malos hábitos y de la mala nutrición en el campo. Estas ideas preceden inmediatamente al párrafo de *La alimentación y las razas* que he citado con frecuencia con la finalidad de mostrar el menosprecio de López por el campesino.²⁰

Pero si los campesinos ganan jornales tan reducidos, la culpa solo es de ellos, y no se deben acriminar en nada a los empresarios.

Usualmente no se hace mención del resto de este párrafo en el que López explica su reparo cuando señala la ley económica que dice que donde hay poco trabajo y muchos brazos, los salarios decrecerán «al mínimo compatible con el precio de los alimentos». Si bien López no ofrece un juicio, en la formulación de esta ley económica muestra un fuerte y cínico pragmatismo, como si dijese: «Por supuesto que debemos de incrementar los niveles de vida del campesinado y educar a las masas, pero cuando el mecanismo del mercado cause su inanición, ¿qué podemos hacer? Así es la cosa». En sentido más filosófico, esto ha mostrado la mezcla de un acercamiento social, rígido y darwinístico en la línea de Herbert Spencer y de algunas de las ideas liberales ortodoxas. Esta mezcla iba a convertirse en característica de las ideas políticas de López.

²⁰ Por ejemplo, Ferrán, «Figuras de lo dominicano», 15. También: Franklin J. Franco, *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana* (Santo Domingo: Ed. Nacional, [sin año]), 86.

El «posterior» López

En sus años ulteriores, la ambigüedad de López y de las clases medias que él representaba, se incrementó. El problema se formuló así: ¿Dónde debía basarse el desarrollo económico, en grandes plantaciones que requerían de inversiones masivas de capital, o debía la sociedad dominicana preservarse inalterada y conservar el modelo de producción campesina? López, en realidad, nunca se decidió entre estas dos alternativas y podemos pecar una ambigüedad básica en la apreciación de López sobre el desarrollo capitalista de la República Dominicana.

Justo como Herbert Spencer, denominado por el historiador colombiano Jaramillo Uribe «el apologista del industrial y del comerciante en la época heroica de la expansión del capitalismo moderno»,²¹ López fue un defensor ferviente de la modernización. Solo hay que leerse su reporte sobre su visita al Central Romana en 1919 para comprender su admiración por el tamaño y el dinamismo de esta nueva industria.²² Le parecía que todos los elementos del progreso estaban envueltos en esta enorme empresa. Después de enumerar sus inversiones, construcciones e innovaciones —«Todo nuevo, flamante, bien hecho»— la moral instructiva habla por sí misma:

Los elementos más enérgicos, más luchadores de la Provincia, de las circundantes y del extranjero fueron los que acudieron a poblarlas, y ese espíritu pugnador y resuelto se conserva todavía y duplica el valor de los esfuerzos.

No obstante, López estaba también percatado de las consecuencias negativas de la agricultura de plantación capitalista, que forzaba a los campesinos a trabajar por salarios ínfimos y dislocaba la sociedad rural. También en esto reflejaba el pensar de sus

²¹ J. Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá: Temis, 1964), 444.

²² «La Romana», en *Listín Diario*, XXXI, 9173 (diciembre 15, 1919).

contemporáneos. Si bien todo el mundo hablaba del progreso, muchos miembros de la clase media temían las consecuencias de un proceso que no podrían controlar. Se preocupaban por el desasosiego social que esto podía provocar y veían con remordimiento la anomía social y las familias desintegradas, que el trabajo asalariado causaba. Al fin y al cabo, muchos preferían a los productores rurales permaneciendo donde siempre habían estado: en el campo, cultivando sus propios conucos.

A veces, López parece compartir estas ideas. Por momentos muestra una sorprendente imagen romántica de la sociedad rural tradicional y parece coincidir con Bonó en su preferencia por una economía campesina. Los campesinos debían permanecer en su medio tradicional y desde allí ellos sostendrían el desarrollo del país con el incremento de su producción agrícola para el mercado. Hablando sobre escuelas agrícolas, López favoreció incluso una supervisión estatal estricta y una separación entre la población rural y la urbana.

«Es muy difícil y peligroso el trasplante de una clase a otra. Serían desgraciados si llegaran (alumnos) a perder la ingenua pureza de su amor al campo». En este argumento uno siente las dudas que la modernización incitaba en las mentes de la clase alta. La sociedad tradicional parecía estarse disolviendo y los líderes políticos no sabían cómo canalizar el proceso.

Al mismo tiempo, las ideas de López se volvieron más clementes hacia el campesinado y se basaron en un mejor entendimiento de la situación del campo dominicano. Después de haber regresado a la República Dominicana y establecido una carrera como periodista y político, tuvo que luchar duro para sobrevivir y ganar un magro salario. Esto pudo muy bien ser lo que le indujese a ser más indulgente con el campesino. Ya no veía más a los propios campesinos como el único grupo responsable del atraso de la nación. Al contrario, su opinión de la población rural se tornó bastante favorable y una y otra vez hacía énfasis en su innata bondad y actitud recia de trabajo.

Ahora comenzaba a analizar las causas de la situación desesperante del campo. Describía cómo la población rural estaba

atrapada en una telaraña de explotación y corrupción y concluyó que sin el apoyo del extranjero el país sería a la larga el perdedor. No fue tanto una especie de simpatía repentina lo que causó este cambio de perspectiva, cuanto la comprensión de la irracionalidad de la realidad social y política del país y la pérdida pecuaria que ello significaba para el tesoro. Si el campesino no tenía la oportunidad para prosperar y producir, y si era acosado y oprimido por oficiales locales y por una legislación injusta, el país tenía que perder toda esperanza de desarrollo económico.

El deseo de progreso y racionalidad económica que inicialmente causó su condena del campesinado, ahora lo forzaba a cuestionarse sobre su protección. Sus ideas evolucionaron hacia una forma de materialismo, que explicaba la mísera situación espiritual y cultural del campesinado como un resultado directo de su penuria material. En su estilo característico López enfatizó como la pobreza:

Satura el espíritu de los pobladores y hace pueblos de psicología deficiente; pueblos apáticos y haraganes; pueblos de mentalidad bestial; pueblos de nata tendencia al delito; pueblos, en una palabra, inferiores.²³

López gradualmente llegó a la conclusión de que la posición subordinada del campesinado era el principal elemento del subdesarrollo rural, que debía ser resuelto antes que cualquier otra cosa.

Una vez que estuvo precavido de la opresión del campesinado y de las estructuras políticas perniciosas, se convirtió en un recio abogado de la protección del campesinado contra políticos codiciosos y la explotación económica. Subrayó en su segundo ensayo más extenso *La paz en la República Dominicana*, originalmente publicado en el *Listín Diario* en 1914; que:

²³ Los ayuntamientos», en *Listín Diario*, XXXI, 9149 (noviembre 15, 1919).

El monopolio de unos pocos es disolvente para la idea social. El privilegio de los menos, basado en costumbres abusivas, destruye la sociedad.

Como miembro del Senado, López trataba ahora de implementar la protección de los productores agrícolas y defendía un sistema legal que fuese más favorable para los campesinos productores. Era todavía el «progreso» lo que constituía su principal meta y no tanto la justicia social por el campesinado, pero ahora estaba convencido que solo un campesinado vigoroso y seguro estaría en capacidad de producir este deseado desarrollo económico. Por ejemplo, defendió medidas proteccionistas en favor de pequeños parceleros, quienes estuvieron amenazados con la expropiación en 1911, arguyendo que si «no se ponía coto al acaparamiento de tierras llegaría pronto un tiempo en que no podrían ser agricultores todos los que lo quisieran».²⁴

Y cuando en el principio de este siglo todo tipo de proposiciones impositivas eran hechas en un desesperado intento de mejorar la situación financiera del país, escribió:

Un arancel que castiga a los más pobres porque son muy numerosos, en vez de repartir proporcionalmente el impuesto en razón de la capacidad económica de cada uno, es un atentado económico y una atrocidad jurídica.

Es interesante en este contexto que López en diversas ocasiones prestara especial atención por la posición de la mujer de campo. Estaba consciente del hecho de que las mujeres campesinas sobrellevaban una parte importante de los problemas del campo y que la sociedad machista las trataba frecuentemente muy injustamente.²⁵ En contraposición a muchos economistas,

²⁴ *Boletín del Congreso*, II, 17 (junio 3, 1911), sesión del Senado, abril 20, 1911.

²⁵ «Los hijos naturales» en *La Información*, III, 775 (agosto 12, 1919) en el que un agudo análisis de la posición de la mujer dominicana, en casa y en el

nunca olvidó que la economía campesina era una empresa familiar, y que solo como tal podía ser abordada.

Está claro que las ideas de López se movieron hacia una actitud más benevolente hacia el campesinado. Tal vez fueron las ideas de sus contemporáneos, como Hostos, Martí y Betances, las que abrieron los ojos a las injusticias sociales que yacían en el corazón de la cuestión agraria,²⁶ pero también sus ideas se cambiaron como consecuencia de una visión nueva sobre la noción del desarrollo económico. Aunque, como podemos observar, él nunca perdió su postura modernista, ahora comprendía que el desarrollo económico era posible solo, si por lo menos, una parte de los beneficios se acumulaba en favor de los mismos productores. En este sentido, fue un precursor de las ideas populistas, que iban a ser tan características del desarrollo político latinoamericano en el siglo XX y que encontró en República Dominicana su expresión más característica bajo los «doce años» de Balaguer (1966-1978).

Él se convirtió en un ferviente defensor de la agricultura cooperativa, en la que los campesinos tuvieran la oportunidad de mejorar su producción, educarse a sí mismo y a sus familias y valerse de las ventajas de la empresa colectiva.²⁷ De ese modo quiso utilizar explícitamente la experiencia de los campesinos con su forma tradicional de cooperación en las *juntas y convites*. Esto no solo llevaría a aumentos en la producción agrícola, sino que serviría también como una forma de construir carreteras y escuelas. Por supuesto, López opinó que estas cooperativas tendrían que estar bajo una estricta supervisión del Estado, porque nunca debía ser olvidado que la última meta de estas medidas era una producción incrementada para el mercado y el desarrollo de la agricultura capitalista.

mercado de trabajo, donde ella gana muy poco: «no es para vivir, sino para morir lentamente».

²⁶ El clima intelectual general en el Caribe de habla hispana es descrito vívidamente en G. K. Lewis, *Main currents in Caribbean Thought. The historical evolution of Caribbean society in its ideological aspects, 1494-1900* (Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1983), 264-307.

²⁷ «El problema rural II», *Listín Diario*, XXXI, 9086 (septiembre, 1919). También *Gran pesimismo*, 137-141.

«Elitismo corporativo» de López

Las ideas de López habían adquirido gradualmente una coherencia que inicialmente habían carecido. Por tanto, sus puntos de vista sobre el campesinado y su capacidad de progresar estaban directamente ligadas con sus ideas sobre la élite dominicana. Desde su franco darwinismo social, López se movió lentamente hacia el influyente movimiento intelectual del elitismo romántico latinoamericano, que fue fundamentalmente delineado por el *Ariel* de Rodó, escrito en 1900. Señalando el atraso económico de las economías latinoamericanas y la ignorancia de sus pueblos, los autores de esta tendencia no creían que las sociedades latinoamericanas estaban preparadas para una democracia completa. Su argumento principal era que no era posible tener una democracia liberal cuando la sociedad no era aún liberal.²⁸ Como ejemplo de advertencia ellos apuntaban a la dictadura «plebeya» del general Rosas en Argentina, quien había alcanzado el poder por su masivo apoyo popular y que eventualmente puso un final abrupto a todas las libertades intelectuales y políticas. En la medida en que las masas populares no tuviesen acceso a la educación y, por tanto, independencia intelectual, serían un instrumento en las manos de líderes inescrupulosos. En las palabras de Rodó:

La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma. La multitud será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral.²⁹

Como única alternativa para esta fatal pseudodemocracia, estos pensadores vislumbraron un Estado que estaría dirigido por una pequeña élite de hombres educados, para una real democracia, era

²⁸ W. Guilberme dos Santos, «Liberalism in Brazil: Ideology and praxis» en M. J. Blachman, y R. G. Hellman, (eds.) *Terms of conflict; Ideology in Latin America Politics* (Philadelphia: ISHI, 1977).

²⁹ J. E. Rodó, *Ariel* (Cambridge, 1967), 56 [orig. 1900].

necesario que la «calidad» predominara sobre el «número» y al menos, en aquel entonces, las jóvenes repúblicas latinoamericanas debían ser dirigidas por las clases educadas. Su labor debía ser la de conducir a las clases más bajas a la civilización y a la madurez. Era evidente que estas ideas cifraban una especial responsabilidad sobre las clases educadas para la solución de los problemas del estancamiento económico y de la pobreza en los países latinoamericanos. Todos los seres humanos estaban en principio capacitados para progresar y autosatisfacerse y era el deber de la élite crear las condiciones para este «desenvolvimiento noble». En *La paz en la República Dominicana*, López expresó esta idea con intensidad:

Los dirigentes, la autoridad, los vencedores, los letrados estipendiarios son quienes deben tomar la iniciativa porque este mal (la miseria, la ignorancia, y la soberbia, M. B.) que persevera desde ha cuatro centurias no puede ser extirpado sino viniendo la redención de arriba para abajo...

La principal frustración de López en sus últimos años se convirtió precisamente en la incapacidad y la falta de voluntad de los líderes dominicanos de asumir este rol histórico. No es sorprendente, por tanto, que su desdén y exasperación en ese período fuesen principalmente dirigidos a los políticos apáticos y egoístas y a la ineficiente y corrupta burocracia.

Su criticismo estaba dirigido tanto a nivel local como nacional. En el primer caso, eran los alcaldes pedáneos los que debían soportar la crítica. López describió a estas autoridades locales como irresponsables y explotadores «tiranuelos» que atormentaban a la población rural con extremas exacciones de trabajo y de dinero. Estos hombres se consideraban a sí mismos como los señores de la región y con frecuencia obligaban a los campesinos a trabajar en sus propias fincas privadas. Bajo varias amenazas, escribe López, estos alcaldes trataban a los campesinos como completos esclavos. Esta explotación no era solo económica, sino que también se extendía a todos los aspectos de la sociedad campesina. Extorsión de dinero, abuso sexual de los miembros femeninos de la familia campesina y votación forzada por

el candidato gubernamental eran algunas de las atrocidades de las que López acusaba a los oficiales locales.

Su principal crítica, sin embargo, estaba dirigida a los estamentos más altos de la sociedad, los grupos que debían conducir a la nación, ellos solo habían estado ocupados en fomentar sus propios intereses y aquéllos del gobierno «en contra de los intereses del pueblo». Bajo la cobertura de las elecciones de una pseudodemocracia, los políticos habían tomado posesión fraudulentamente del aparato estatal.

Los hombres que se adueñan del poder constituyen un trust que reparte desde arriba dádivas y violencias, injusticias y favoritismos, con los cuales aterra a unos y corrompe a otros...

Era en su papel sagrado de propiciadores de la democracia y de la civilización que la élite dominicana estaba fallando. La República Dominicana era una nación de generales y políticos egoístas que no hacían nada por mejorar las condiciones sociales y económicas de la nación. Los escasos intelectuales conscientes no tenían la oportunidad de poner sus valiosas capacidades al servicio de los maltratos campesinos.

Es conveniente terminar esta parte con un párrafo de uno de los cuentos cortos de López, en el que mejor que en ningún sitio él expone sus observaciones del trato a la población agraria:

¡Ah! pero los del campo son el ganado humano; les ponen un mayoral mejor cuanto mas malo, para que arree la manada a votar por el candidato oficial, o a tomar las armas y batirse sin saber por qué ni para qué. Nada de prédica, nada de escuelas, nada de caminos, nada de policía. Opre-sión brutal. Garrote y fandango; corromperlos, pegarlos y sacarlos a bailar.³⁰

³⁰ «El general Fico» en López, *Cuentos*, 64-65.

Conclusión

La segunda mitad del siglo XIX fue un período de profundos cambios estructurales en la República Dominicana, como lo fue también en las demás naciones latinoamericanas. La expansión de las relaciones capitalistas de producción, la transformación y reestructuración crearon de las relaciones sociales existentes y la rápida urbanización crearon cambios sociales sin precedentes.

Todas las clases sociales estaban de una manera u otra afectadas por los procesos de cambio social y económico. Si nos limitamos al campo, observamos a la agricultura de subsistencia contrayéndose o adaptándose a la creciente demanda de productos para la exportación. El trabajo asalariado y la migración delimitaron la coherencia de las comunidades rurales; los modelos locales de liderazgo político y de control social perdieron su influencia estabilizadora. La sociedad agraria fue, voluntariamente o no, acomodándose a las exigencias del mercado mundial.

La élite dominicana pudo ejercer alguna influencia sobre estos procesos de transformación, pero no menos hubo de batallar duro para retener el control sobre la sociedad dominicana. Su contradicción ideológica básica consistió en su deseo de transformar la sociedad en favor de sus propios intereses, sin provocar con todo trastorno y desasosiego sociales irrevocables. Hicieron todo lo que pudieron para forzar a la población rural a incrementar su producción y poner a sus servicios su trabajo, pero al mismo tiempo deseaban mantener su posición dominante y conservar a los campesinos firmemente en su sitio. Su ideología fue un reflejo cercano de la misma ambigüedad, que existía en todas partes de América Latina donde las clases dirigentes estaban formulando ideologías que estimulaban el cambio social, pero que al mismo tiempo legitimaban la jerarquía social existente.³¹ La élite tradicional se vio forzada a hacerse «una autocrítica que le devolvería la seguridad

³¹ A. Winson, «The formation of capitalist agriculture in Latin America and its relationship to political power and the state», *Comparative Studies in Society and History* 25, 1 (January 1983), 83-104.

de orientaciones sin la cual no podría reconquistar su perdido liderazgo», anota Halperin Donghi.³² Los nuevos grupos liberales tenían que elegir su posición de cara a las transformaciones sociales que probablemente iban a mejorar su posición social, pero cuya dirección ellos no podían precisar. Eligieron inequívocamente el desarrollo capitalista y el desafío de las élites tradicionales, pero al mismo tiempo deseaban mantener a las clases bajas en su sitio y rehusaban cualquier pensamiento de transformación social real.

José Ramón López fue uno de los intelectuales que trataron de hallar una respuesta a la drástica transformación de la sociedad que se llevó a cabo durante su vida, y a los deseos contradictorios de la emergente clase media. Sus escritos reflejan las ideologías prevalecientes de su época, fundamentalmente coloreados por las ideas positivistas y socio-darwinistas de Herbert Spencer y partidarios. Como consecuencia, siempre mantuvo una visión orgánica de la sociedad, en la que una armonía social básica entre los diversos grupos sociales era presupuesta. Aunque este balance armonioso podía ser desestabilizado —exactamente igual como un cuerpo humano puede enfermarse— la sociedad eventualmente podía recuperar y recobrar su vigor y armonía originales, especialmente si la élite cumplía con su rol histórico. Las crisis sociales, la pobreza, el atraso, eran todos síntomas de una sociedad enferma, y para curarla la élite tenía solamente que aplicar las medicinas que los intelectuales, los doctores sociales, prescribiesen. No sorprende que los escritos de López estén llenos de metáforas orgánicas.

Estas ideas condujeron a algo que se puede denominar «elitismo corporativo». Los males sociales que la República Dominicana estaba padeciendo solo podían ser resueltos, a los ojos de López, por las gestiones eficientes de una élite educada e influyente. Era el deber de los grupos dominantes dar un buen ejemplo para mostrar a las clases más bajas los beneficios de la civilización. No es sorprendente, por tanto, que en los últimos años López se convirtiera

³² Citado en R. Morse, «La cultura política iberoamericana; de Sarmiento a Mariátegui», en *De historia e historiadores: homenaje a José Luis Romero* (México: Siglo XXI, 1982).

en un vehemente crítico de la corrupción, la irresponsabilidad y el nepotismo de los líderes dominicanos.

En el mismo desarrollo ideológico suavizó sus severos juicios sobre el campesinado. Gradualmente abandonó la idea de que los mismos pobres eran culpables de su pobreza y empezó a enfatizar los determinantes sociales y económicos de su pobreza y los obstáculos para resolver el problema. En esta etapa, la simpatía por los desposeídos, que ya había mostrado en sus cuentos, se trocaron en ideas políticas. López se convirtió en un fervoroso abogado de las cooperativas y propuso y defendió una acción gubernamental proteccionista y educativa. También promovió la restricción y eventual prohibición del licor fuerte,³³ una sugerencia que era compartida por el movimiento socialista de la Europa de ese tiempo.

Él nunca abandonó su confianza y optimismo en el eventual progreso de la República Dominicana, pero abogó por un rol substancial del Estado y por medidas protectivas para que los grupos sociales pobres. Evidentemente, estas sugerencias estaban siempre apuntadas a la última meta del incremento de la producción y una posición más fuerte de la República Dominicana en el mercado mundial. Y él nunca resolvió realmente la contradicción entre una más o menos conservadora ideología social, en la que todo grupo social tenía su posición dada por Dios (llevando al extremo de defender algún tipo de segregación política para separar a la juventud rural de la sociedad urbana), y su creencia en el progreso y la inevitable transformación de la sociedad tradicional.

López constantemente permaneció como una persona controversial, nunca sin ambigüedades, ni en su postura política, ni en su vida personal. Intelectualmente, se situó a sí mismo fuera de la sociedad dominicana, persiguiendo la verdad, aunque esta fuese desagradable. Como persona, permaneció hasta cierto punto como el «callejero» de su juventud, viviendo en la calle, sobreviviendo del crédito y nunca perteneciendo realmente a

³³ «El prohibicionismo en Puerto Rico», *Listín Diario*, XXXI, 9079 (agosto 25, 1919) y «El restriccionismo», *Listín Diario*, XXXI, 9103 (septiembre 22, 1919).

los círculos cerrados de la clase alta. En muchas ocasiones debió comprometerse a permanecer en silencio, pero siempre volvía a ser el decidido perro guardián de la sociedad dominicana, que estuvo persiguiendo la verdad —aunque en ocasiones haya sido solamente su verdad— olvidado de las presiones sociales y de las adulaciones. Igual que los críticos de la realidad social dominicana posteriores, como Francisco E. Moscoso Puello,³⁴ hubo de experimentar que la sociedad dominicana no es muy hospitalaria con este tipo de honestidad.

Una cosa debe quedar clara: la descripción de López como pesimista es totalmente dislocada. Este término yo preferiría dejarlo para los anexionistas, del pasado y del presente, que tienen una completa falta de fe en el desarrollo independiente de la República Dominicana. Es muy bien posible tener una criticidad fundamental contra las ideas sociales de López y su concepción del desarrollo económico, pero nadie puede negar que López creía muy sinceramente en las posibilidades de resolver el problema del «subdesarrollo» de la sociedad agraria dominicana. En este sentido, López fue un romántico optimista como el siglo XIX produjo muchos: un grande y a veces casi irrealista creyente en el progreso.

Para los pesimistas reales, López puso en claro, ya en su primer ensayo, su posición optimista:

Rica la nación, bien nutridos sus pobladores (...) desarrollada la intelectualidad (...) cumplirá la República brillantes destinos, y sobre todo será la mansión de un pueblo fuerte y feliz...

³⁴ Francisco E. Moscoso Puello, *Cartas a Evelina*.

CAPÍTULO 13

EN BUSCA DE LA MODERNIDAD: POLÍTICAS TECNOCRÁTICAS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Introducción

En el presente capítulo analizaré las consecuencias y los contenidos de la búsqueda de la modernidad en América Latina, y más específicamente en la República Dominicana, a finales del siglo XIX y principios del XX. En este período, numerosos gobiernos contrataron personal específicamente seleccionado en base a sus conocimientos técnicos. De estos tecnócratas —entre los cuales los *científicos* fueron quienes alcanzaron mayor fama— se esperaba (ellos mismos aducían ser capaces de hacerlo) que facilitaran y concretaran los deseados cambios y aspiraciones.¹ En ciertos casos, estos tecnócratas eran incorporados al aparato estatal, tal como ocurrió en México y en Chile; en otros países se mantuvieron, en gran medida, al margen del accionar del Estado. En estos casos, su papel político importaba menos que el modo en que sus conocimientos ayudaban a dar forma al desarrollo económico.

Me interesa particularmente adentrarme en una contradicción de base, presente en estas tempranas versiones del discurso tecnocrático. El objetivo primordial de este tipo de políticos y tecnócratas era el logro de cambios en el entramado de la sociedad; sin embargo, al mismo tiempo, temían las perturbaciones y la desintegración de la sociedad que, a menudo, venían aparejadas con

¹ Ver Charles A. Hale, *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico* (Princeton: Princeton UP, 1989). También su «Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1930», en Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, Vol. IV, (Cambridge: Cambridge UP, 1988), 367-441. Ver también Frank Safford, *The Ideal of the Practical. Colombia's Struggle to Form a Technical Elite* (Austin y London: University of Texas Press, 1976).

dichos cambios. Me adentraré en los diversos y, a veces, contradictorios modos en que estos adalides de modernidad intentaban soslayar este problema. Presentaré dos cortos estudios de caso de la República Dominicana para dejar claro que las soluciones que se aplicaban iban cambiando con el tiempo. Asimismo, sostendré que los tecnócratas de este período se caracterizaban por su heterogeneidad. Lo que los unía era una empeñada fe en el potencial de la tecnología y los conocimientos científicos para alcanzar las metas de modernización y desarrollo de la sociedad.

La búsqueda de la modernidad en la América Latina decimonónica

El progreso fue un objetivo sagrado en la América Latina del siglo XIX. Políticos e intelectuales sentían consternación por el exiguo uso que sus sociedades hacían del rico potencial que se les ofrecía para activar su desarrollo económico. Tanto conservadores como liberales consideraban absolutamente necesario desarrollar la potencial riqueza de sus países.² El famoso socialista peruano, José Carlos Mariátegui escribió: «La Ciencia, la Razón, el Progreso fueron los mitos del siglo XIX».³ Y, en 1896, observó sucintamente José Ramón López: «Ningún pueblo tiene derecho a apoderarse de un pedazo de la tierra y esterilizarlo para la civilización, para el progreso, para lo fuerte, lo bello y lo bueno. La ola del progreso [es] violenta contra lo que pretenda amurallarse a su frente...».⁴

Mientras que el objetivo pudo haber sido inequívoco, el camino para alcanzarlo provocó más discusión. Los grupos de élite latinoamericanos estaban profundamente divididos en cuanto a la definición de los instrumentos del progreso. Este era el resultado de las amplias y divergentes ideas que sostenían intelectuales

² Como ilustración de estas similitudes entre la ideología liberal y la conservadora, ver Safford, *The Ideal of the Practical*.

³ José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*, (Barcelona: Ed. Crítica, 1976), 212 [orig. 1926].

⁴ José Ramón López, «La alimentación y las razas», en *El gran pesimismo dominicano*. José Ramón López, (Santiago: UCMM, 1975), 62.

y políticos con respecto a las causas del estancamiento del continente. Algunos enfatizaban el atraso económico y social; otros, la «desastrosa» mezcla de razas, y otro grupo achacaba el atraso a la inadecuada tecnología, etc. Asimismo, en el seno de las élites existían diferentes intereses económicos, a veces, contradictorios.

El desarrollo es creador y destructor de valores.⁵ El franqueo y la movilización de la mano de obra para su empleo en nuevas empresas capitalistas o en proyectos de infraestructura condujeron a la disgregación social y a la intranquilidad en las comunidades rurales. La construcción de ferrocarriles fue causante de dramáticos cambios en los patrones de tenencia de la tierra y de la destrucción de áreas tradicionales de producción en favor de otros. El mejoramiento de los medios de comunicación ofreció a la sociedad la apertura a nuevas ideas, potencialmente subversivas. Los terratenientes nativos competían con las plantaciones en manos de extranjeros para conseguir el control de la mano de obra. Los miembros de la élite tradicional se lamentaban de la pérdida de los viejos valores de la sociedad y se resistían a las innovaciones. La creación de empresas a gran escala colisionaba, a menudo, con el desarrollo de un próspero sector rural dirigido por productores nativos. Es significativo que los terratenientes acabaran, a menudo, defendiendo la producción campesina tradicional que pertenecía al «viejo orden» en el que estaba insertada su posición social.

Dicha situación fue responsable de ambiguas formas de intervención estatal. Por un lado, las jóvenes naciones latinoamericanas eran demasiado débiles como para armonizar intereses contrapuestos. Por el otro, se esperaba que el Estado asumiera un nuevo y activo papel en la vida del país. La ideología liberal bien puede haber perseguido el objetivo del libre desarrollo de las fuerzas económicas y predicado la no intervención estatal en materia económica. Muchos reformistas estaban convencidos de que los gobiernos latinoamericanos tenían la responsabilidad de crear las condiciones previas para acceder al crecimiento económico y al progreso. La paradoja

⁵ D. Goulet, «Development: Creator and Destroyer of Values», *World Development* 20, no. 3 (1992): 467-75.

del liberalismo de esta época fue la cuantiosa intervención estatal a fin de conseguir el libre juego entre las fuerzas económicas y promover el crecimiento de la economía nacional.⁶

Puede ser que esta paradoja sea la principal explicación de la gran influencia de las ideas positivistas en las ideologías de modernización de América Latina.⁷ No quedan dudas de que las ideas del filósofo francés Auguste Comte (y, en menor medida, las de Herbert Spencer) tuvieron un espectacular impacto en el pensamiento social latinoamericano. Es probable que en ningún otro lugar del mundo el positivismo haya gozado de tanta popularidad.⁸ El positivismo se convirtió en el elemento central del pensamiento de intelectuales y políticos latinoamericanos en las postrimerías del siglo XIX, y alcanzó el apogeo de su popularidad en el período comprendido entre 1880 y 1920.

Los políticos latinoamericanos se sentían atraídos por el positivismo porque esta ideología promulgaba la promesa de que no había problema social u económico que no pudiera ser solucionado por medio de la ciencia. Comte y sus seguidores sostenían que el mundo estaba organizado en base a leyes de desarrollo social

⁶ Este es el tema primordial de los ensayos en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. V (c. 1870 to 1930) (Cambridge: Cambridge UP, 1986). Las desastrosas consecuencias financieras de esta ambigua intervención estatal se pone tentadoramente de manifiesto en Carlos Marichal, *A Century of Debt Crises in Latin America. From Independence to the Great Depression, 1820-1930* (Princeton: Princeton UP, 1989).

⁷ Esto no quiere decir que esta fuera la única influencia. Ver Hale, *The Transformation of Liberalism*. También del mismo autor, *Political and Social Ideas in Latin America*, 367-441. La misma paradoja podría servir como justificación del hecho de que tuviera que pasar algún tiempo antes de que el positivismo fuera aceptado en América Latina. Ver Robert G. Nachman, «Positivism, Modernization, and the Middle Class in Brazil», *HAHR* 57, no. 1 (1977): 1-23, especialmente la página 5.

⁸ Sin embargo, en su artículo informativo, Thomas Glick ha expresado que el impacto de las ideas de Comte ha sido exagerado en detrimento de la influencia de Spencer y Darwin. Ver Thomas F. Glick, «Science and Society in Twentieth-century Latin America», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. VI, part 1 (Cambridge: Cambridge UP, 1994): 463-535, especialmente página 467.

que podían ser descubiertas y manejadas a través del pensamiento racional y del estudio. Sus preocupaciones particulares eran el orden y el desarrollo. Reflejando el espíritu de su época, las ideas de Comte contribuyeron a la creencia de que la razón y la investigación científica eran los caminos idóneos para lograr el bienestar colectivo de la humanidad.⁹

Estas ideas ejercieron una influencia decisiva en los esfuerzos para rediseñar la organización de la enseñanza superior. En primera instancia, las escuelas técnicas fueron establecidas con la intención de formar a los expertos del futuro.¹⁰ Numerosos políticos procuraron la mejora y la expansión de las oportunidades educativas para contribuir con ello a la creación de una «clase» de científicos. Otro importante incentivo para acometer la reforma educativa, compartido tanto por positivistas como por liberales, era la aspiración de disminuir la influencia de la Iglesia católica romana. Las mencionadas tendencias se mostraban de manera muy clara en los países en que las ideas del filósofo puertorriqueño Eugenio María de Hostos ejercían gran influencia, particularmente, en la República Dominicana y en Chile. El hincapié en la educación no confesional condujo a la creación de las escuelas llamadas «normales», en las que se preconizaba el racionalismo y se rechazaba el dogma religioso.¹¹

El énfasis en la educación del pueblo demuestra que el positivismo latinoamericano tenía un núcleo ideológico, casi moral,

⁹ Miguel Jorrín, y John D. Martz, *Latin-American Political Thought and Ideology* (Chapel Hill: UP of North Carolina, 1970), 121-129 y ss. Ver también Michael Adas, *Machines as the Measure of Men. Science, Technology, and Ideologies of Western Dominance* (Ithaca-London: Cornell UP, 1989), especialmente páginas 199 y ss.

¹⁰ Pamela Murray, «Engineering Development: Colombia's National School of Mines, 1887-1930», *HAHR*, 74, no. 1 (1994): 63-82.

¹¹ Por ejemplo Gordon K. Lewis, *Main Currents in Caribbean Thought. The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900* (Baltimore-London: Johns Hopkins UP, 1983), 271-276; Harry Hoetink, *The Dominican People, 1850-1900* (Baltimore y London: Johns Hopkins UP, 1982), 141-145.

mucho más intenso que el de su homólogo europeo. La aristocracia latinoamericana se sentía frecuentemente abrumada por un profundo recelo y hasta por el pesimismo acerca de las aptitudes para el «progreso» de sus sociedades, atrasadas y de diversa composición étnica. La élite dirigente sentía hacia el pueblo llano una combinación de paternalismo y disgusto, y preveía que su progreso efectivo solamente se concretaría después de haber ofrecido a la masa formación moral y de haber transformado a sus individuos en ciudadanos ordenados y civilizados.¹² Tanto liberales como conservadores fueron fuertemente influenciados por el darwinismo social y el eugenismo. El concepto de que se podía alcanzar el «progreso racial» a través de procedimientos científicos era considerablemente atractivo para políticos e intelectuales que intentaban conseguir el desarrollo de sus naciones.¹³

Este énfasis en la importancia de los conocimientos técnicos fue la base para el surgimiento de muchas de las ambigüedades políticas en la búsqueda del desarrollo y la modernización a finales del siglo XIX. Si bien todos, teóricamente, estaban de acuerdo en la necesidad de poner punto final a las divisiones políticas, la búsqueda de la modernización, la confianza en los conocimientos técnicos y, especialmente, el otorgamiento de concesiones, eran, en la práctica, actos de fuerte contenido político y social. Es suficiente citar el ejemplo de la construcción de ferrocarriles en América Latina. Mientras que los gobiernos latinoamericanos debían recurrir a asistencia tecnológica (extranjera) para la construcción de sus muy anheladas líneas férreas, no estaban preparados para ceder el control sobre ellas. Los políticos y los miembros de las élites

¹² Esta combinación de paternalismo benevolente y profundo pesimismo acerca de las aptitudes del pueblo para acceder al desarrollo puede verse de manera excepcionalmente clara en Euclides da Cunha, *Rebellion in the Backlands*, Chicago, 1964 (originalmente publicado como *Os sertões* en 1902). Ver también Glick, *Science and Society*, 470-472.

¹³ Nancy Leys Stepan, *The Hour of Eugenics. Race, Gender, and Nation in Latin America* (Ithaca y London: Cornell UP, 1991). Un estudio de caso en Brasil puede verse en Jeffrey D. Needell, «History, Race, and the State in the Thought of Oliveira Viana», *HAHR* 75, no. 1 (1995): 1-30.

querían tener injerencia en las decisiones acerca del diseño de los trayectos de las rutas, pero también competían constantemente por el control sobre las empresas ferrocarrileras y sus ganancias. Esta contienda política no solo conllevó a la incompetencia y a menudo a la mala gestión,¹⁴ sino también a nuevos problemas sociales como la pérdida de acceso a la tierra y nuevas relaciones de trabajo.

El caso de los ferrocarriles en la República Dominicana

La situación antes descrita se mostraba con particular nitidez en un país pequeño como la República Dominicana. A finales del siglo XIX, el país atravesaba numerosos problemas de transporte. El tabaco, fuente de progreso del Cibao, era trasladado por recuas hasta Puerto Plata. Esta era una empresa lenta, riesgosa y costosa. En 1891, cuando el agudo observador Pedro Francisco Bonó presentó sus ideas sobre el futuro de la República Dominicana, su principal preocupación era la deficiente infraestructura del país. Desde su punto de vista, unas buenas vías de transporte constituían la indispensable precondition para que la joven república lograra progresar económicamente. Bonó fue solo uno de los muchos observadores que se lamentaban de las condiciones de viaje y de transporte en el siglo XIX. La prensa estaba llena de quejas similares, expresadas por periodistas, comerciantes y autoridades públicas. Todos ellos hacían repetido hincapié en el hecho de que el subdesarrollo de la economía dominicana no podía ser superado si no había modo de transportar sus productos agrícolas.¹⁵

¹⁴ La mejor descripción general de este tema se halla en: Rory Miller, «Transferring Techniques: Railway Building and Management on the West Coast of South America», en Clive Dewey (ed.), *The State and the Market: Studies in the Economic and Social History of the Third World* (Riverdale: The Riverdale Company, 1987), 155-191.

¹⁵ El ministro de Agricultura dominicano declaró, en 1866: «El estado deplorable de nuestros caminos (es) causa eficiente del atraso en que se

En palabras del ministro dominicano de Obras Públicas, expresadas en 1910:

El camino, sea carretero o férreo, es la gran necesidad actual de la República. Es el que salvaría el país, afianzaría su independencia y le permitiría llenar sus futuros destinos; el que lo hará progresar con firmeza y hará que el Gobierno pueda llenar sus deberes con prontitud y eficacia; el que permitirá tener una inmigración sana, inteligente y laboriosa; el que hará, en fin, de la patria de Febrero, la tierra feliz que soñaron los fundadores de la República.¹⁶

Por ello, no es sorprendente que la «cuestión de caminos» fuera un tema candente en el Cibao y que el tema de la infraestructura se hubiera convertido en predominante materia de discusión para la opinión pública.

Dicha discusión, en la que participaron todas las capas de la sociedad, originó una avalancha de ideas, propuestas y planes. El ferrocarril, sobre todo, cautivaba a la opinión pública y a menudo era considerado como la solución definitiva de los problemas regionales.¹⁷ Finalmente, fueron construidas dos líneas ferroviarias, ambas financiadas con capital foráneo; su supervisión estuvo a cargo de ingenieros extranjeros. La primera de ellas fue un proyecto escocés; la segunda, comenzó bajo la tutela de una empresa de participación holandesa y belga, pero más tarde, una compañía estadounidense se hizo cargo de ella antes de que se finalizaran las obras. El hecho de la presencia de compañías extranjeras no

encuentra hoy la agricultura». Memoria del Secretario de Estado de Agricultura e Inmigración, 1866.

¹⁶ Memoria del Secretario de Estado de Fomento y Comunicaciones, 1910, en *Gaceta Oficial*, XXVIII, 2193, 20 de mayo de 1911. A continuación, siguió así: «el que lo hará progresar con firmeza y hará que el Gobierno pueda llenar sus deberes con prontitud y eficacia».

¹⁷ Ver Michiel Baud, *Historia de un sueño. Los Ferrocarriles Públicos en la República Dominicana, 1880-1930* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1993).

puede ser visto como un signo de que la construcción de las vías férreas haya sido una iniciativa externa, impuesta desde el exterior a una desafortunada sociedad dominicana.¹⁸ Por el contrario, el ferrocarril era el resultado de una frenética actividad desplegada por la aristocracia regional para mejorar la infraestructura de la zona. Los grupos de élite tomaron innumerables iniciativas para mejorar los caminos, facilitar el transporte fluvial o construir líneas ferroviarias. Muchas de ellas no llegaron a concretarse a causa de la inestable situación política del país y de la ajustada base financiera de la mayoría de las compañías en participación. Era menester contar con conocimientos técnicos y mayores recursos financieros para llevar a buen término un proyecto tan dificultoso como costoso, como lo es la construcción de una línea ferroviaria.

La primera línea de ferrocarril, pensada para unir Samaná con Santiago (pero que, incidentalmente, nunca llegaba a ninguna de las dos ciudades), fue financiada por el fabricante de hierro escocés Alexander Baird, y su construcción estuvo bajo la supervisión de seis ingenieros británicos dirigidos por el ingeniero MacGregor. Estos hombres trabajaron de 1884 a 1887, bajo difíciles circunstancias, en la construcción del ferrocarril. Los pantanos de la parte este del valle del Cibao fueron la causa de muchas demoras. Después de la finalización de las obras, el ferrocarril siguió en manos de una empresa privada. No sería sino hasta en la década de 1930 —cuando la línea ya había perdido su utilidad— cuando fue adquirida por el Estado, bajo la dictadura de Trujillo.

De similar dificultad fue la construcción de la otra línea ferroviaria, el Ferrocarril Central Dominicano (FCD), que corría entre Puerto Plata y Santiago. Su origen fue un préstamo de un banco holandés al gobierno de Ulises Heureaux. Las autoridades de este gobierno concertaron un nuevo préstamo con el citado banco,

¹⁸ Esta es la interpretación acerca de la construcción de ferrocarriles en México, en John Coatsworth, «Railroads, Landholding, and Agrarian Protest in the Early *Porfiriato*», *HAHR* 54, no. 1 (1974), 48-71. Ver también del mismo autor *Growth against Development. The Economic Impact of Railroads in Porfirian Mexico* (De Kalb: Northern Illinois UP, 1981).

con el objeto de financiar la construcción del ferrocarril. Las obras de construcción comenzaron en 1890 bajo la dirección del ingeniero belga Louis Bogaert, quien trabajó conjuntamente con dos compañeros belgas. Todos ellos se comunicaban en francés con el Gobierno dominicano. Quizá fueron contratados a causa de su experiencia en el tendido de vías ferroviarias en terrenos abruptos y montañosos. En particular, en el primer tramo, cercano a Puerto Plata, los ingenieros se enfrentaron a numerosas dificultades para salvar las empinadas laderas de las montañas de la Cordillera Septentrional. Su decisión de construir un ferrocarril calibre con una entavía extremadamente estrecha, empleando un sistema de poleas para las rampas y pendientes pronunciadas, provocó constantes problemas y fue objeto de duras críticas.

Con todo, no es este el sitio para entrar en detalles acerca de la construcción del ferrocarril. Lo interesante en el contexto de este artículo es preguntarse si los ingenieros contratados, procedentes de Europa, pueden ser vinculados de algún modo al proceso de la búsqueda de la modernidad de los gobiernos latinoamericanos a finales del siglo XIX, y ser considerados, acaso, como una especie de aparato tecnocrático. A primera vista, la respuesta tiene que ser negativa. Dichos ingenieros eran técnicos contratados para ejecutar una tarea específica y no cumplían ningún tipo de función pública. Se les pagaba para que aplicaran sus competencias tecnológicas y transfirieran parte de sus conocimientos.¹⁹ Si observamos con más detalle la posición social y política de estos ingenieros, el panorama adquiere un aspecto algo más complejo. En primer lugar, tal como hemos visto, la construcción de ferrocarriles era un proyecto refrendado públicamente, patrocinado, de una u otra manera, por el Gobierno (regional). El Gobierno hizo concesiones gratuitas de tierras a la compañía escocesa, además de ofrecerle numerosas deducciones de impuestos. El Ferrocarril Central se estableció como una denominada «empresa mixta», en la que el

¹⁹ Rory Miller ha demostrado que la presencia de estos expertos extranjeros fue también esencial para la construcción de líneas ferroviarias en los mayores países sudamericanos. Ver su «Transferring Techniques».

capital privado estaba combinado con inversiones estatales y por la que el ferrocarril pasaría, eventualmente, a ser propiedad del Estado dominicano. La relación entre el Gobierno y las compañías ferrocarrileras dejan ver que estas últimas eran, en muchos sentidos, empresas estatales. Por tanto, los ingenieros contratados por dichas empresas privadas eran más empleados públicos de lo que podría parecer a simple vista. También podría revestir importancia el hecho de que el ingeniero ferroviario Louis Bogaert fuera el fundador de una rica y políticamente influyente familia en la República Dominicana de las postrimerías del siglo XIX.

La relación mencionada entre el Gobierno y las compañías constructoras adquirió mucha más importancia desde el momento en que muchas decisiones «técnicas» sobre las obras acarrearán implicaciones políticas directas. Lo anterior dejaba verse claramente durante los debates sobre las preferencias de los trayectos del tendido ferroviario. Durante la construcción de la vía férrea entre Samaná y Santiago, se cambió repetidamente el trazado de su trayectoria, lo que provocó protestas e hizo necesarios debates políticos acerca de la relación entre el Gobierno y la compañía constructora. Otros aspectos técnicos de las obras, tales como la entrevía y el tipo de locomotora que se emplearía constituían asuntos políticos sobre los que se discutía públicamente. Los ingenieros abocados a la construcción de los ferrocarriles eran frecuentemente entrevistados por periódicos dominicanos, y el público observaba ávidamente sus actividades. El director general del FCD, el ingeniero estadounidense Hugh Gibson, se convirtió, de hecho, en empleado público cuando el ferrocarril, en 1908, fue transferido al Gobierno dominicano. A partir de ese momento, Gibson tuvo que seguir un prudente curso entre los políticos nacionales y regionales por un lado, y los objetivos empresariales del ferrocarril por el otro. Durante los años subsiguientes, lo anterior fue causa de frecuentes problemas. Existía una creciente tensión entre la «tecnocrática» dirección empresarial del emprendimiento ejecutada por el Director General y los intentos de políticos para hacer uso del ferrocarril por razones personales o políticas. En 1912, Gibson hizo denuncia del hecho de que numerosos miembros de la familia

de políticos obtenían billetes de tren gratuitamente o por la mitad del precio de venta y que luego los revendían con un margen de ganancia.²⁰ De manera asidua, los directivos del ferrocarril y el público presentaban quejas sobre facciones políticas que intentaban obtener el control de la compañía para así lograr beneficios personales. El ferrocarril era un objeto muy deseado, porque de él dependía el control de las ganancias provenientes de los derechos de importación y exportación.

Este caso da una idea de cómo los tecnócratas se veían forzados a inmiscuirse en el terreno de la política. Muestra la paradoja del desarrollismo de finales del siglo XIX, por la que los ingenieros únicamente pudieron lograr sus aspiraciones tecnocráticas a través de su incursión en la política nacional.

De tecnología a ingeniería social

Durante las primeras décadas de siglo XX se produjo una modificación fundamental en la percepción de los cambios sociales y económicos, por un lado, y en la del papel que los gobiernos tenían que desempeñar en ellos, por el otro. Este bien puede haber sido un proceso que tuvo lugar en todo el mundo, pero fue de particular evidencia en América Latina.

Esta transformación ideológica tuvo lugar bajo los efectos de una variedad de cambios históricos. En primer lugar, podríamos señalar como uno de esos cambios la crisis del mercado internacional, que continuó hasta el cambio de siglo. Dicha crisis causó estragos en numerosas regiones que habían estado, en los años precedentes, orientadas hacia la producción agrícola para el mercado internacional. La crisis fue también el motivo de una realineación de fuerzas productivas, y condujo a una concentración de capitales y de capacidad productiva. Para las sociedades latinoamericanas, lo anterior significó un incremento del dominio del capital estadounidense en sus territorios y la introducción de nuevas ideas

²⁰ Memoria del Secretario del Estado de Hacienda y Comercio, 1912, en *Gaceta Oficial*, XX, 2453, 19 de noviembre de 1913.

sobre política social y económica. Este proceso cobró aceleración a principios del siglo XX, cuando EE. UU. comenzó a involucrarse militarmente de forma progresiva en América Central y en el Caribe. Un tercer factor general fue la Primera Guerra Mundial, que sacudió al sistema económico mundial y forzó al planteamiento de una reorganización económica internacional.²¹

Existían también muchas circunstancias más específicamente latinoamericanas que estimulaban esta perspectiva de cambio. La euforia causada por la independencia se había desvanecido hacia finales del siglo XIX, y tanto políticos como intelectuales latinoamericanos se dieron cuenta de que debían encontrar nuevos caminos para hacer frente a los problemas sociales y políticos de sus naciones. Cuando se hicieron evidentes las limitaciones de su utópica fe en el desarrollo tecnológico, intentaron encontrar soluciones a lo que podríamos llamar la «cuestión social». Las élites latinoamericanas debían decidir qué políticas aplicar con respecto a grupos sociales como los campesinos nativos, la población urbana y la nueva facción social constituida por los obreros industriales.²² Las élites latinoamericanas tuvieron que hacer frente a problemas generales relacionados con la modernización y la urbanización de sus países. La concentración de la población en ciudades y complejos industriales, fenómeno que modificó los modos de producción y creó nuevas condiciones de la mano de obra, fue responsable del surgimiento de nuevos problemas para los que no se contaba con

²¹ Como ilustración de estos cambios, ver William Glade, «Latin America and the international economy, 1870-1914», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. IV (Cambridge: Cambridge UP, 1986), 1-56 y Rosemary Thorp, «Latin America and the international economy from the First World War to the World Depression», en Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America...*, 57-81. Cabe señalar que, en el citado ensayo, Thorp resta importancia al papel desempeñado por la Primera Guerra Mundial en el proceso.

²² Ver Michael Hall y Hobart A. Spalding, «The urban working class and early Latin American labour movements, 1880-1930», en Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, Vol. IV (Cambridge: Cambridge UP, 1988): 325-365.

soluciones a mano. Los problemas más evidentes se daban en las áreas de educación y salud pública, aunque también el transporte, el planeamiento urbano y el abastecimiento sin impedimento de alimentos a los centros urbanos y la provisión de electricidad no eran cuestiones menos importantes.

Las nuevas demandas de modernización de las sociedades latinoamericanas requerían nuevas clases de expertos y de métodos de intervención estatal. Los problemas sociales exigían la actuación de diferentes clases de personal especializado. Por un lado, era menester abortar la amenaza al orden social por parte de masas urbanas y campesinos dislocados. Lo anterior podría lograrse a través de la implementación de planes sociales y del logro de un mejor control del espacio público. Por el otro, la masa trabajadora necesitaba preparación para su integración en la sociedad moderna; esto es, los trabajadores tenían que convertirse en obreros asalariados y agricultores productivos.²³

Más y más sectores de la élite comenzaron a darse cuenta de que la modernización no era solamente una cuestión relacionada con la tecnología, sino que también implicaba transformaciones en el conjunto de la estructura social de las sociedades de sus países. Para conseguir modernización y progreso, era necesario transformar la organización de la sociedad, y educar y controlar a la población. Esta convicción acerca del perfeccionamiento de la «calidad» de las poblaciones latinoamericanas descendía, en parte, de la teoría científica europea de finales del siglo XIX. Los esfuerzos para «educar» al campesinado, elevar a las masas urbanas y dar clases de higiene y de buenas costumbres a la población en general eran otros claros ejemplos de esta nueva convicción acerca de que el desarrollo o la modernización únicamente podían cristalizarse si las masas estaban preparadas para acogerlos.

²³ Ver, por ejemplo, las ideas de Alberto Pani: Keith Allen Haynes, «*Orden y Progreso: The revolutionary ideology of Alberto J. Pani*», en Roderic A. Camp, Charles A. Hale, y Josefina Zoraida Vázquez (eds.) *Los intelectuales y el poder en México* (México: El Colegio de México-UCLA, 1991), 259-279, especialmente página 262.

Se podría decir que este nuevo punto de vista constituyó un elemento decisivo para el nacimiento de un nuevo grupo de expertos técnicos, y que, eventualmente, también habría sido la causa de la formación de nuevas ideologías tecnocráticas. Esto último era tanto más urgente cuanto que en las primeras décadas del siglo XX tuvo lugar una serie de sublevaciones, manifestaciones urbanas y huelgas de trabajadores.²⁴ La Revolución Mexicana (y, en menor medida, la Revolución Rusa) se convirtió, para numerosos políticos latinoamericanos, en la aterradora visión de lo que podría suceder si la cuestión social continuaba sin resolver.

Para hacer frente a dichos problemas, surgieron opiniones divergentes que reflejaban las tensiones inherentes en el ámbito de las ideologías tecnocráticas del siglo XX. Por un lado, dichas opiniones incluían ideologías progresistas, encaminadas a lograr el cambio y la democratización del pueblo y que aspiraban a romper con el dominio ejercido en la sociedad por las aristocracias tradicionales, con una visión de una comunidad más equitativa, racional y justa. Por el otro, los partidarios de estas ideas se exasperaban a menudo a causa de la pobreza, pasividad y falta de educación de la población. Como resultado, muchos tecnócratas optaron por soluciones autoritarias y, a menudo, racistas.²⁵

Los partidarios de la tendencia reaccionaria intentaban reprimir los conflictos laborales a través de la aplicación de políticas represivas. Asimismo, hacían hincapié en que la estructura étnica de la población era la causa de la barbarie imperante en América Latina; para ello, preconizaban la inmigración de «blancos» europeos y favorecían las medidas eugenésicas.

²⁴ Ver por ejemplo: Thomas E. Skidmore, «Workers and Soldiers: Urban Labor Movements and Elite Responses in Twentieth-Century Latin America», en Virginia Bernhard (ed.), *Elites, Masses and Modernization in Latin America, 1850-1930* (Austin and London: UP of Texas, [1979]), 79-126. Un análisis similar del tema puede verse en José Luis Romero, «Situaciones e ideologías en el siglo XX», en *Situaciones e ideologías en Latinoamérica* (Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1986), 45-47.

²⁵ William E. Akin, *Technocracy and the American Dream: The Technocratic Movement, 1900-1941* (Berkeley: UP of California, 1977).

El segundo enfoque, ya mencionado anteriormente, estaba caracterizado por una mayor o menor comprometida convicción de que las masas debían ser «elevadas» y educadas, de modo que fueran capaces de adaptarse a la sociedad moderna y de vivir como «seres humanos». Para algunos, dicha inclusión pretendía, ante todo, evitar una revolución social. Para otros, como dirigentes sindicales o jefes de partidos revolucionarios, la precondition para un cambio revolucionario era el fomento de la toma de conciencia de las masas. Cualesquiera que fueran las ideologías subyacentes, esta perspectiva condujo a que se brindara mayor atención a los sectores de educación y salud públicas y a la construcción de servicios.

En medio de todo este pensamiento sobre el presente y el futuro de la sociedad latinoamericana, seguía pendiente una pregunta crucial: ¿Cómo implementar estas ideas? La aplicación de las nuevas ideas requería conocimientos técnicos diferentes de los del pasado. Juntamente con economistas y expertos financieros, científicos, pedagogos, médicos y agrónomos, los nuevos expertos asistieron en medida creciente a los gobiernos latinoamericanos durante este período. La verdadera repercusión del trabajo de estos expertos solamente puede apreciarse en el nivel local en el que desarrollaban sus tareas. A fin de esbozar un panorama de las realidades y las contradicciones de tales intervenciones tecnológicas presentaré otro estudio de caso referido a la aplicación de conocimientos agrícolas. Demuestra de qué modo el desarrollismo y la implementación de conocimientos técnicos fueron adquiriendo gradualmente nuevos aspectos y de qué manera, aún más que en el pasado, estuvieron dirigidos a ejercer influencia en la estructura social del pueblo.

Educar al campesinado: el trabajo de Luis Carballo

Las políticas agrarias del Estado dominicano buscaron lograr dos objetivos. En primer lugar, la producción agrícola para el mercado mundial debería ser mejorada tanto cuantitativa como cualitativamente. Para alcanzar este objetivo, era menester obtener

el control de la producción agrícola campesina. El segundo de los objetivos de la gestión estatal era, por tanto, someter al campesinado agricultor y, con ello, poner punto final a su autonomía. Solo a través de la intervención estatal era posible liberar a los agricultores de su conservadurismo productivo y de su ignorancia tecnológica. La aplicación de esta idea, postulado esencial de la ideología de modernización imperante durante este período, fue causante de considerables interferencias gubernamentales en la producción agrícola, y puso a los productores campesinos en contacto con autoridades estatales.

La urgencia de la modernización de la tecnología fue extremadamente evidente en el sector tabacalero dominado por el campesinado. Los políticos y las autoridades oficiales estaban convencidos de que para fortalecer la posición del tabaco dominicano en el mercado era menester mejorar los métodos de cultivo. Tanto el Estado como los comerciantes intentaron poner punto final a lo que ellos consideraban como atrasadas o arcaicas técnicas de cultivo de los campesinos tabacaleros. Numerosos expertos del sector del tabaco y políticos creían sinceramente en una solución tecnocrática a los problemas de la agricultura dominicana. Con el cambio de siglo se realizó una serie de esfuerzos para convencer a los campesinos de que cambiaran sus métodos de trabajo. Sin embargo, los agrónomos traídos desde el extranjero (EE. UU. y Cuba) no estaban familiarizados con las costumbres vernáculas, por lo que sus esfuerzos fueron en gran medida infructuosos. Lo anterior solamente vio un cambio a partir de los años finales de la década de 1920, cuando el experto tabacalero costarricense Luis Carballo Romero fue contratado por el Gobierno dominicano.

Luis Carballo se convirtió rápidamente en el indiscutible experto tabacalero de la región, y fue la figura central en el proceso de implementación de las nuevas ideas sobre política agraria. Carballo dirigió una serie de «campañas tabacaleras» intensivas, dirigidas a mejorar del cultivo del tabaco. La distribución de semillas a los productores campesinos y el mantenimiento de semilleros públicos pasaron a ser actividades corrientes. Muchas de las propuestas tecnológicas de Carballo se convirtieron en práctica general en los

años subsiguientes. La actuación de Luis Carballo representó una nueva forma de intervención estatal, aunque también demostró las contradicciones de la misma en la comunidad rural. Carballo demostró curiosidad por la agricultura campesina e intentó comprender su lógica subyacente. Aún más que sus predecesores, Carballo intentó subsanar los problemas tecnológicos de la producción tabacalera en el contexto de la producción de alimentos y otros elementos de la economía rural.²⁶ A Carballo ya no le hacían gracia las fáciles denuncias sobre la indolencia del campesinado. Él creía que las mejoras en la agricultura únicamente podrían tener lugar si aquellas se adaptaban a la lógica de la producción campesina. En la formulación de sus sugerencias para el sector agrícola, Carballo trataba consecuentemente de tomar la realidad diaria de la producción campesina como punto de partida. Bajo su dirección se extendió la distribución de plántones, parcialmente financiada por el sector comercial. Carballo, asimismo, se hizo cargo de la distribución de créditos baratos para los cultivadores de tabaco, con el objeto de construir más y mejores ranchos. Con todo, los efectos producidos por sus actividades demostraron cómo una mejor comprensión de la comunidad rural y del sistema de producción agrícola podía ser un factor decisivo para restringir la autonomía del campesinado y aumentar la intensidad de la intervención estatal. Por tanto, se procedió a una mejor adecuación de la política estatal a la lógica y los métodos de la producción campesina, lo que permitió al Estado obtener mayores beneficios de la comunidad rural.²⁷

Los programas de crédito de Carballo dejan ver el alcance de su actitud tecnocrática. En 1928, cuando se ofrecieron facilidades crediticias a agricultores que sembraran superficies superiores a

²⁶ Un ejemplo anterior de esta actitud puede verse en *La Información* (en lo sucesivo LI), II, 355, 03-03-1917; «Cuestiones de gran actualidad».

²⁷ Bien podría ser que la Italia de Benito Mussolini hubiera sido el ejemplo de Luis Carballo, quien dijo que el líder italiano era «uno de los hombres más grandes de la época», Ponencia dictada por el señor Luis Carballo, 12-02-1928, en Gobernación de Santiago, 1928, 1.

25 tareas (1.5 ha), una autoridad local escribió: «Me ha informado que la mayoría de ellos es horacista y que una gran parte de ellos hoy están imposibilitados para pagar». La misma persona alentó a tomar ventaja de la situación; «yo considero que cual sea la filiación política de ellos, es una buena ocasión para atraer a los que no les sea posible pagar, cancelándoles sus cuentas en nombre del Gobierno».²⁸ Carballo se negó rotundamente a que esa ayuda económica se empleara para servir intereses políticos. Rechazó esta y otras propuestas similares, arguyendo que su accionar podría poner en peligro todo futuro programa de crédito.

Carballo pensaba que el Estado debía educar a los productores campesinos para que estos se concientizaran del valor del dinero y del funcionamiento de la economía de mercado. Las cosechas de 1930 y 1931 fueron gravadas con un 1 % que se emplearía para pagar los «gastos de inspección», y también «para acostumbrar al cosechero a que comprenda que el dinero cuesta dinero».²⁹ Carballo reconoció que el bajo precio del tabaco era causa determinante de los problemas financieros del campesinado. Según su escrito «[E]l tabaco se ha vuelto una charlatanería y por primera vez comprendo que los compradores están ABUSANDO de los infelices campesinos pues están pagando el mejor tabaco, enmanillado, a \$1.50 el quintal».³⁰ Por ello, Carballo propuso que el Gobierno fuera indulgente con los campesinos que no podían devolver sus créditos. Esta vacilación entre duro paternalismo y simpatía para los campesinos demostraba la ambigüedad de base en las actitudes de esta nueva clase de tecnócratas. Sus actividades favorecedoras de los intereses de los campesinos provocaban, frecuentemente, tensiones en su relación con los comerciantes. Ya

²⁸ Carta de Emilio Ceara, 01-04-1931 anexada a «Campesinos deudores de esta Cámara por concepto de préstamos según formulario» (Emilio Ceara), 27-03-1931, en Sección de Comercio, 14, 280.

²⁹ Carta de Luis Carballo al Ministro de Agricultura y Comercio, Rafael César Tolentino, 06-03-1931, en Agricultura, 169.

³⁰ Carta Luis Carballo a César Tolentino, Secretario de Estado de Agricultura y Comercio, 26-8-1931; Agricultura 117, 1931.

en 1928, Carballo había sostenido que era imperativo liberar a los agricultores de «las garras de los especuladores».³¹ A menudo, en sus informes mensuales, Carballo cita con regocijo el hecho de que los agricultores se hubieran mantenido firmes y no hubieran vendido su tabaco a precios desfavorables. Bien podría ser que esta prudente y tecnocrática identificación con los intereses de los agricultores haya sido la justificación del mayor cambio producido en las políticas agrarias.

De manera paulatina, la situación descrita anteriormente fue la causa de que se procediera a la creación de una completa infraestructura destinada, en primera instancia, a apoyar el funcionamiento del sector tabacalero y, en 1963, a la fundación del Instituto del Tabaco, bajo la dirección de Carballo. Este instituto ha sido un destacado ejemplo de un organismo tecnocrático (e, incidentalmente, fustigado más de una vez por políticos que se vieron frustrados al no poder emplearlo para lograr sus objetivos personales). El Instituto del Tabaco constituyó un importante pilar de apoyo para el sector tabacalero durante los años posteriores a su fundación, y fue un intermediario indispensable entre el Estado y los campesinos. Quizá el indicador más claro de la postura tecnocrática de Carballo haya sido el hecho de que trabajó ininterrumpidamente para el Gobierno dominicano durante el período extremadamente turbulento y políticamente polarizado de entre finales de la década de 1920 y los últimos años de la de 1960.

Conclusión

Este capítulo ha demostrado que la postura tecnocrática prevaleció en el seno de las élites latinoamericanas a partir de mediados del siglo XIX. Sin embargo, esta búsqueda de modernización no impidió los cambios en la valoración del proceso ni en los conocimientos necesarios para lograr ese objetivo. En este capítulo, el centro de atención ha sido la transformación de la

³¹ *LI*, XIII, 2064, 16-02-1928; «Hay que extender...».

ideología tecnocrática que tuvo lugar entre las postrimerías del siglo XIX y los principios del siglo XX en la República Dominicana.

La ejecución de importantes proyectos de infraestructura como los ferrocarriles, dependían casi completamente de ingeniería extranjera. Sin importar sus intenciones, era imposible que dichos expertos se mantuvieran al margen de las políticas nacionales a causa de la importancia sociopolítica que revestían los proyectos en los que estaban involucrados. Ningún gobierno latinoamericano estaba preparado para dejar importantes obras sociales y de infraestructura completamente en las manos de técnicos expertos. Promulgaban leyes que garantizaban cierto grado de control estatal y autorizaban el nombramiento de administradores y supervisores. Además, había demasiados intereses económicos involucrados. Las autoridades gubernamentales hacían todos los esfuerzos posibles para asegurarse de que el control estatal estuviera en manos de políticos amigos. En todo caso, los técnicos tenían que «convertirse en políticos» si deseaban tener éxito; tenían que crear un espacio en el ámbito de la política nacional para poder llevar a cabo sus tareas tecnológicas. Además, debían negociar las condiciones del proyecto, deliberar acerca de los métodos de trabajo que querían emplear, dar a conocer qué tipo de procedimientos preferían aplicar y, lo más importante, hasta qué punto permitirían a los políticos inmiscuirse en los emprendimientos.

A principios del siglo XX, el papel de los expertos técnicos experimentó sustanciales cambios. Fue en ese momento que la idea de la ingeniería social se arraigó en el seno de la aristocracia latinoamericana. Impulsados parcialmente por la teoría científica europea, los políticos comenzaron a pensar sobre cómo mejorar la «calidad» de la población de sus países. Considerando a la sociedad como un organismo que debía ser curado de su enfermedad, comenzaron a interesarse crecientemente en el aspecto social de la modernización. Los esfuerzos de la República Dominicana para «educar» al campesinado son un claro ejemplo de esta nueva convicción de que el desarrollo y la modernización solamente podía tener lugar si la masa de la población estaba preparada para recibirlos. Marcó la diferencia el hecho de que estos tecnócratas ya no

estuvieran nada más que interesados en meros problemas técnicos, sino que consideraban que sus tareas formaban parte integral de una coyuntura en la que se trataban de solucionar problemas sociales.

Espero haber dejado claro que el pensamiento tecnocrático no es exclusivo de una ideología política específica. La búsqueda de la modernidad puede ser considerada la utopía compartida entre las élites liberales y conservadoras de América Latina a partir del siglo XIX. La creencia en la solución de problemas a través del método tecnocrático se encontraba presente tanto en los gobiernos de derecha como en los de izquierda en este período.³² Su importante posición en el ámbito de la política latinoamericana demuestra la fe en la solución tecnológica de problemas sociales y económicos y su creencia en la ordenación científica y «racional» de la sociedad.

³² Hemos visto que Luis Carballo era un admirador de Benito Mussolini. Sobre la contradictoria visión de la tecnología en el movimiento nacionalsocialista alemán, ver: Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism. Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich* (Cambridge: Cambridge UP, 1984), particularmente el capítulo 7: «Engineers as ideologues». Sobre la progresiva fe en la tecnocracia, fuertemente influenciada por las ideas de Thorstein Veblen, ver Akin, *Technocracy and the American Dream*. Sobre la situación chilena, ver Patricio Silva, «State, Public Technocracy and Politics in Chile, 1927-1941», *Bulletin of Latin American Research* 13, no. 3 (1994): 281-297.

CAPÍTULO 14

«UN PERMANENTE GUERRILLERO»: EL PENSAMIENTO SOCIAL DE RAMÓN MARRERO ARISTY (1913-1959)

Introducción

El régimen de Trujillo sigue fascinando a la sociedad dominicana, tanto al público general, como a los círculos académicos. No obstante, todavía no hemos llegado a una comprensión satisfactoria del trujillato, y menos, de su viabilidad social y política.¹ Mucha gente lo ha analizado como una aberración histórica, como un periodo que no cabe en la historia dominicana y aún fue ajena a ella. Esta tendencia se puede percibir más claramente en la generación de intelectuales que se formaron después, y en contra, del periodo de Trujillo. Rechazaron rotundamente las ideas conservadoras y hasta racistas prevalentes en esta época y trataron de mostrar que la sociedad dominicana era capaz de concebir otras ideas, más liberales, socialistas o humanistas. Para lograr este objetivo enfatizaron la idiosincrasia del régimen de Trujillo y la represión que fuera su base.

Por otro lado, la historiografía conservadora durante y después el trujillato también tendía a presentar el régimen de Trujillo como una excepción histórica (aunque desde puntos de vista políticos distintos). Enfatizaron la singularidad de Trujillo y su política. Trataron de mostrar que el régimen significaba un cambio radical con la época anterior. Para la historiografía trujillista el año 1930 era una ruptura decisiva. Dividió la historia dominicana en el período antes y después de este año. En este sentido, también enfatizaba el papel único, casi antihistórico de Trujillo y la ruptura que el trujillato había significado en la historia dominicana.

¹ Las consecuencias económicas del trujillato han sido lo mejor estudiado. Ver por ejemplo Roberto Cassá, *Capitalismo y dictadura* (Santo Domingo: UASD, 1982), 14-20.

Sin embargo, para una mejor comprensión de la historia moderna dominicana hay que reorientar el análisis del trujillato. Es necesario preguntarnos cuales han sido las causas para la larga duración del régimen. Regímenes políticos solamente pueden sobrevivir si posean en alguna manera una legitimidad o una hegemonía política. La represión y la restricción de la libertad eran importantes instrumentos del trujillato, pero no fueron los únicos. También usaba y manipulaba elementos ya existentes dentro de la sociedad dominicana. En este sentido, se puede caracterizar el régimen de Trujillo como una dictadura *criolla*, resultado y creación de la historia de la sociedad dominicana. Trujillo se aprovechó de la manipulación de ideas y percepciones que habían caracterizadas la sociedad dominicana desde el siglo XIX y aún antes. Andrés Mateo escribe con razón: «Lo que resalta del trujillismo es cómo la apropiación de la sociedad, en su conjunto, se realiza a través de un “corpus” de legitimación cuya habla es el mito».² Este mito era lo de la «dominicanidad», que supuestamente encontró en Trujillo su protector final. Para elaborar y manipular estas ideas Trujillo utilizaba el apoyo de una legión de intelectuales. La producción de libros de historia, derecho o sociología de estos intelectuales servía para legitimar el trujillismo y debe ser considerada una base crucial para la larga duración de la dictadura.

En este capítulo quiero hacer un esfuerzo limitado de acercarme a la cara ideológica del trujillato y su búsqueda de legitimarse. Enfoca en la figura de Ramón Marrero Aristy, una persona que desde una posición ambigua frente al régimen ha jugado un papel importante en legitimarlo. Después un breve esbozo de la vida de Marrero, trataré algunos elementos cruciales de su pensamiento en el contexto de la historia del trujillato. La vida de esta figura monumental en la historia moderna de la República Dominicana puede ser considerado representativa para la historia de la intelectualidad dominicana durante el trujillato. A veces trataba desesperadamente de mantener una mínima autonomía intelectual. En otros

² Andrés L. Mateo, *Mito y Cultura en la Era de Trujillo* (Santo Domingo: Librería La Trinitaria-Instituto del Libro, 1993), 18.

momentos defendía de todo corazón al gobierno. No fue solamente oportunismo político. La ambigüedad principal de muchos intelectuales era que, aunque rechazaron los métodos de Trujillo, al fondo compartieron muchas de sus ideas.

La vida de Ramón Marrero Aristy

Ramón Marrero Aristy nació 14 de junio de 1913 en San Rafael Del Yuma en el sureste de la República. Hizo sus estudios primarios y secundarios en La Romana. Ya como adolescente mostró su gusto y talento de escribir. Durante dos años trabajó en una tienda del Central Romana. Cuando llegó en la Capital en el principio de los años treinta, ya tenía escrito sus cuentos costumbristas *Perfiles Agrestes*.³ Y quien sabe, ya tenía un manuscrito que después se iría a publicar como la novela *Over*, su obra que más fama le iba a traer. Los relatos de su personalidad en esta época le describen como un joven ambicioso, consciente de sus talentos, claro en sus deseos y como lograrlos. Criado en una región pobre y rural donde se sentía el poder prepotente de los ingenios azucareros norteamericanos, se dio cuenta de la pobreza y los conflictos sociales en la sociedad dominicana. Un hilo rojo en la vida de Marrero es la contradicción entre sus ambiciones individuales y sus compromisos sociales.

Después establecerse en la Capital, Marrero Aristy se puso a trabajar como periodista. Primero para *La Opinión*, luego para *La Nación*, *El Caribe* y el *Listín Diario*. Por sus ideas sociales — algunos las han llamado «socialistas» — se ha dicho que Marrero se enroló en las filas opositoras del gobierno de Trujillo. No cabe duda que Marrero tenía muchas amistades «disidentes» y que al principio no era muy cercano del régimen.⁴ Como muchos otros intelectuales no se sentía atraído por un régimen político que más sobresaltó por su manipulaciones políticas y actividades concretas económicas que por su política cultural o sus ideas sociales. Solamente al final de

³ Pedro René Contín Aybar, «Ramón Marrero Aristy: *In Memoriam*», *El Caribe*, 22 de julio de 1959, 8.

⁴ Mateo, *Mito y cultura*, 83.

los años treinta Marrero Aristy se acercó al gobierno de Trujillo, o sea, el régimen se acercó a él. Es muy probable que la publicación de la novela *Over* era el punto clave en este cambio. La publicación de esta novela en este momento no fue fortuita. Trujillo pudo aprovecharse directamente de su dura crítica al sector azucarero para aumentar su presión en los ingenios extranjeros. Como podemos ver más adelante el discurso nacionalista de Marrero ayudó en los esfuerzos de Trujillo de hacerse cargo de las grandes compañías norteamericanas. Aunque el libro en este momento no tenía el éxito que más tarde le haría famoso, transformó a Marrero Aristy de un periodista más o menos anónimo en una figura literaria celebre.

Para Marrero, parece que la fama fue la realización de un sueño. Le gustó mucho la atención pública y los honores otorgados por la sociedad y el régimen. Empezó a servir el régimen como periodista. En el principio de los años cuarenta viajaba muchas veces a la frontera. Como pasó con muchos intelectuales de la época,⁵ tenía que documentar los logros de la dominicanización de la frontera. Pero podemos estar seguro de que a Marrero no le molestaron estos viajes. Le gustó andar y las estadías fuera de la Capital le permitieron más espacio de moverse y le dieron la oportunidad de observar otros aspectos de la sociedad dominicana. Publicó una serie de artículos sobre la frontera en *La Nación*, los cuales después fueron coleccionados en un libro titulado *En la ruta de los libertadores. Impresiones de un periodista*.⁶ Aunque contiene algunas observaciones agudas sobre la situación social de la región, es claro que el libro fue escrito con fines políticos. Donde en *Over* Trujillo todavía está ausente, en este libro el Jefe y los logros de su política fronteriza están omnipresente.

⁵ Lo más famoso era sin duda Prestol Castillo, quien Marrero probablemente encontró en Neiba. Ver Freddy Prestol Castillo, *Paisaje y Meditaciones de una frontera* (Ciudad Trujillo: 1943); y Manuel A. Machado Báez, *La dominicanización fronteriza* (Colección Trujillo, no. 3) (Ciudad Trujillo: 1955).

⁶ Ramón Marrero Aristy, *En la ruta de los libertadores. Impresiones de un periodista* (Ciudad Trujillo: La Nación, 1943).

El apoyo prudente pero claro de Marrero al régimen de Trujillo no era un caso excepcional. Muchos de los intelectuales que en primera instancia se había distanciado del régimen ahora — voluntariamente u obligado— se incorporaron al régimen. Muchos de ellos rechazaron la política inescrupulosa y represiva del trujillato, pero al mismo tiempo admiraron su fuerza política y estabilidad. Además, compartieron muchas ideas y sobre todo la ideología nacionalista del régimen. Intelectuales como Peña Batlle, Incháustegui Cabral, Rodríguez Demorizi y Marrero Aristy trataron de mantener la distancia de la parte represiva del trujillato y al mismo tiempo colaboraron activamente en la formulación ideológica del sistema político. Para Marrero había la ventaja adicional que el Jefe le recompensó ampliamente para sus servicios, lo que le puso en condiciones de mantener un estilo de vida lujoso.

La segunda mitad de los años cuarenta era un periodo importante para Marrero. En septiembre y octubre de 1945 escribió un serie de artículos en *La Opinión* sobre «La posición del trabajador», los cuales tenían un impacto considerable.⁷ Tendremos tiempo de analizar estos artículos más detenidamente. Parecían intentado, más que nada, para hacer una impresión favorable al Jefe. En este mismo año de 1945 Marrero era nombrado subsecretario de la recién creada Secretaría de Trabajo y Economía. Jugaba un papel importante en las negociaciones con los grupos de la oposición como parte de lo que Bernardo Vega ha llamado «un interludio de tolerancia».⁸ Marrero viajaba varias veces a Cuba para negociar con los líderes izquierdistas sobre las condiciones de su retorno. Era una persona bien puesta para estas negociaciones por su fama de pensador social y, por otro lado, por su relación de confianza específica con Trujillo. Para Marrero motivos personales e ideológicos confluyeron en su misión cubana. Como observó el diplomático

⁷ *La Opinión*, 10, 11, 14,17, 20, 22 de agosto y 4, 6, 14, 16 de septiembre de 1945; «La posición del trabajador» (Ramón Marrero Aristy).

⁸ Bernardo Vega, *Un Interludio de Tolerancia. El Acuerdo de Trujillo con los Comunistas en 1946* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1987); y Cassá, *Movimiento obrero...*, 513-534.

norteamericano George F. Sheres: «Marrero es un individuo de habilidad considerable de grandes ambiciones. Ha trabajado su camino hacia arriba de una familia obrera en La Romana y aparenta abrigar una verdadera simpatía hacia la clase obrera (...). El futuro de Marrero es ciertamente muy dependiente del éxito del trato con los comunistas cubanos».⁹

Las conversaciones en Cuba fueron difíciles y complicadas. Además, Marrero tenía la piel muy oscura, y como tal, fue confrontado con los prejuicios raciales tan fuertes en la Cuba de los años cuarenta. Esta experiencia tenía un efecto profundo en las ideas políticas de Marrero, aumentando su simpatía para Trujillo. El periodo cubano nos lleva directamente al misterio de la persona de Marrero Aristey. Sus enemigos siempre le acusaron de hipócrita y mentiroso. Los líderes izquierdistas, muchos de ellos viejos amigos de Marrero, se sentían traicionados cuando después un interludio corto comenzó la represión otra vez. Sus adversarios dentro el régimen de Trujillo dudaron su lealtad y detestaron su relación especial con el Jefe. Como era el caso con muchos intelectuales colaboradores en este periodo es muy difícil acertar las lealtades verdaderas de Marrero.

El final del interludio de tolerancia y la nueva ola de represión al final de los años cuarenta pusieron a Marrero en una posición difícil. Sus amistades dentro de las filas de la oposición se secaron de un golpe porque ninguno de los opositores al régimen de Trujillo ya le tenía confianza. Es probable que Marrero perdió su esperanza en una alternativa para Trujillo. Puede ser el resultado de pragmatismo político o de un sentimiento de frustración porque había sido puesto en claro que sus dos lealtades no fueron compatibles. De todos modos, se acercó fuertemente al régimen. Desde 1946 ocupó varios puestos oficiales. Era diputado y presidente de la Asociación de Periodistas, en cuya posición estaba

⁹ Citado y traducido en Bernardo Vega (ed.), *Los Estados Unidos y Trujillo. Año 1946*, tomo 1 (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1982), 346.

viajando frecuentemente.¹⁰ Había épocas de intensa actividad periodística, pero ya no tenía la posibilidad de escribir sobre asuntos sociales con toda la libertad. Muchos de sus artículos de este periodo apenas se distinguían de los miles de artículos hagiográficos del Trujillo que llenaban en los periódicos de los años cincuenta.

A pesar de su relación especial con Trujillo la posición de Marrero nunca estaba segura. Cada vez tenía que probar su lealtad de nuevo, y sus privilegios podían ser retirados en cualquier momento. Además, nunca fue completamente aceptado dentro de las filas trujillistas. Muchos partidarios cercanos de Trujillo miraron al hombre excéntrico de letras con orígenes oscuros con desconfianza y hasta odio. Esta situación restringió el espacio de actuar de Marrero. Le empujó de una línea de colaboración más o menos independiente con cierto grado de autonomía e independencia ideológica, hasta una colaboración más comprometida al trujillato. Iba hasta el límite para conquistar la confianza de Trujillo en este periodo. Puede decirse que su hagiografía de Trujillo publicado en 1949 fuera el símbolo más fuerte de esta sumisión completa, casi desesperada. En este librito Marrero completamente entregó su independencia y originalidad literaria y las sustituyó por una reproducción servil de todas las trivialidades de este periodo.¹¹

En los años cincuenta Marrero empezó dedicarse a la política exterior. En 1951, escribió algunos artículos sobre el acercamiento entre Trujillo y el Gobierno haitiano de Magloire.¹² Se aprovechó de su conocimiento de la sociedad y política cubanas cuando se

¹⁰ Para obtener una sensación del ambiente durante estos viajes, ver Héctor Incháustegui Cabral, *El pozo muerto* (Santiago: UCMM, 1980), 111-115. Sobre su papel escribe que era «al parecer en representación del obrerismo trujillista regular». Jesús de Galíndez, *La Era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana* (Buenos Aires: Ed. Americana, 1958), 76.

¹¹ Ramón Marrero Arísty, *Trujillo. Síntesis de su vida y su obra* (Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1949).

¹² Por ejemplo: Ramón Marrero Arísty, «La entrevista Trujillo-Magloire. Al Encuentro del Buen Vecino», *El Caribe*, III, 1050, 22 de febrero de 1951, 5. También: «La Relaciones con Haití. Una Misión de Buena Voluntad y Resonancias de un Discurso», *El Caribe*, III, 1079, 19 de marzo de 1951, 5.

mezcló en la batalla de palabras entre el régimen de Trujillo y el gobierno «auténtico» de Carlos Prío en Cuba.¹³ También escribió una serie de artículos sobre la industria azucarera y la comercialización de este producto. Fueron el resultado de la intensificación de la competición entre el azúcar dominicano y cubano en 1951 y por la idea trujillista que los Estados Unidos era dando ventajas injustificadas al azúcar cubano.¹⁴ En este conflicto con los cubanos y norteamericanos Marrero se puso sin vueltas al lado de Trujillo. Le dio la oportunidad de ventilar toda su energía periodística. En una furia de artículos se metió en contra de los enemigos de la «paz trujillista», como fueron los políticos cubanos Prío, Masferrer y sus aliados «yankis», como Edward Miller y Braden, entre otros.¹⁵ Por otro lado los artículos de Marrero mostraron un gran conocimiento de la economía mundial. Visto con nuestro conocimiento de lo que ha pasado con el azúcar dominicano en los años ochenta y noventa, sus artículos muestran una comprensión lúcida de las debilidades de la industria azucarera en la República Dominicana.¹⁶

Su actividad periodística durante 1951 e inicios de 1952 fue el preámbulo de uno nuevo período de acercamiento entre Marrero y Trujillo. Trabajó como ministro Consejero en Puerto Príncipe y dos veces fue nombrado secretario de Estado de Trabajo. Esta última posición era la más alta posición que Marrero tendría, pero también era la que le llevó al desastre. Como tantas cosas durante el trujillato, sus causas se quedaron en la oscuridad. Puede ser que Trujillo ya se había enojado de la presentación de los dos primeros tomos de la gran obra histórico de Marrero, *La República Dominicana. Origen y destino del pueblo cristiano más antiguo de América* en

¹³ *El Caribe*, IV, 21 de nov. 1951; «Prío: Dirigente de la Agresión en Gran Escala y un Peligro Para Estados Unidos», 7.

¹⁴ Por ejemplo: «Caso de Conciencia Para Norteamérica», *El Caribe*, IV, 1129, 9 de marzo 1951.

¹⁵ Se puede encontrar estos artículos sobre todo en *El Caribe*.

¹⁶ Ramón Marrero Aristy, «Medidas para evitar consecuencias de una posible crisis de la industria azucarera» en *El Caribe*. El primer artículo se publicó el día 18 de agosto 1951; el último (y séptimo) 29 de agosto 1951.

el principio de 1957. No tenían las usuales palabras adulatorias al Jefe, ni una foto.¹⁷ De todos modos, el 17 noviembre 1957 se publicó en *La Nación* un memorando sobre la posición de los caficultores que Marrero como secretario había mandado confidencialmente a Trujillo.¹⁸ Marrero entendió el peligro de esta publicación y trató de limitar el daño en una carta confidencial al Jefe de 19 noviembre, en cual escribe: «Abandono el debate cafetalero. Veo el cariz que va tomando la cosa y cómo mis enemigos van empujándome hacia la penitenciaría de La Victoria».¹⁹ Trujillo le mandó un telegrama el mismo día confirmando en palabras ambiguas su confianza continua.²⁰ Pero ya no había salida. En la prensa rápidamente aparecían reacciones denunciando la falsedad del memorando y Marrero era atacado fuertemente. Aunque Marrero volvió siendo Secretario de Trabajo en 1959, este episodio le hacía mucho mal y inició su caída.

La muerte de Marrero ocurrió supuestamente en un accidente de carro el 17 de julio 1959, pocos días después la represión de la invasión de Maimón, Estero Hondo y Constanza, en circunstancias nunca aclaradas por completo. Las versiones se pueden dividir en dos campos. Algunos observadores han sugerido que Marrero fue asesinado por enemigos políticos dentro el gobierno trujillista, sin

¹⁷ El tercer tomo que se publicó póstumo en 1958, sí tenía todas las parafernalias trujillistas. Es interesante notar que hoy en día los primeros dos tomos casi no se pueden encontrar en ningún lugar y por cierto en ninguna biblioteca pública. ¿Será que Trujillo les mandó a destruir? El tercer tomo tampoco se ha distribuido mucho, pero por la existencia en el Archivo General de Nación, este libro ha encontrado un público después de la muerte de Trujillo.

¹⁸ *La Nación*, XVIII, 6370, 17 de nov. de 1957; «El Secretario de Trabajo Denuncia Explotación de los Cafetaleros por Compañía Monopolista», 1

¹⁹ Carta al Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, estrictamente confidencial, 19 de noviembre de 1957, publicado en Bernardo Vega (ed.), *Unos desafectos y otros en desgracia. Sufrimiento en la Dictadura de Trujillo* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1986), 248-250.

²⁰ Trujillo puso sus palabras en una manera interrogante: «¿De dónde inquieres tú que puedes ir a la cárcel? ¿Acaso no eres un secretario de Estado con la confianza del Gobierno?», en Vega (ed.), *Unos desafectos y otros en desgracia*, 251.

la autorización clara de Trujillo. Joaquín Balaguer inclusive alega que Trujillo estaba verdaderamente conmovido cuando supo de la muerte de Marrero. La mayoría de los observadores cree que Marrero era asesinado por órdenes de Trujillo mismo, que ya no confió en su colaborador independiente. Bernardo Vega basándose en fuentes norteamericanos alega que indiscreciones de Marrero en una conversación con el periodista Tad Szulc fueron la causa directa de su muerte. Desde su posición de confianza dentro el sistema trujillista Marrero había dado informaciones sobre el disgusto dentro de la sociedad dominicana sobre la política dominicana. Aún más grave, había rumores que Marrero estaba prediciendo el fin del trujillato y se presentó como la persona moderado que podría guiar la transformación pacífica después de la salida de Trujillo.²¹

Marrero fue enterrado con todos los honores, asistido por Trujillo, todos los miembros del Gabinete y otros altos funcionarios. El dedicatorio de Trujillo dijo que era «un brillante periodista y reconocido escritor, un eficiente colaborador y amigo del Padre de la Patria».²² En el idioma simbólica del régimen las palabras fueron un poco frías mostrando una cierta reservación. Otras indicaciones dan la misma impresión. La muerte de Marrero solamente se reportó dos días después del accidente (aunque había sido anunciada por la radio) y en ningún periódico era anunciado en la primera página.²³ En lugar de las conmemoraciones hagiográficas habituales cuando se moría una persona cercana al régimen, los periódicos casi ignoraron el hecho y se deshacían en sus reportajes de los mítines en adhesión del Trujillo y felicitaciones de su

²¹ Bernardo Vega, «Nuevas informaciones sobre el asesinato de Ramón Marrero Aristy», en *En la década perdida (Ponencias, Conferencias y Artículos 1984-1990)* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1990), 375-382. Esta versión también se puede encontrar en: Manuel de Jesús Javier García, *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos* (Santo Domingo: Taller, 1985); 381.

²² *El Caribe*, 19 de julio de 1959; «Muere Secretario Trabajo Ramón Marrero Aristy», 11.

²³ *La Nación* tenía la noticia de la muerte de Marrero el 20 de julio. Este día mostró en su portada una foto alegre de niños nadando en Boca Chica.

represión enérgica de las tropas opositoras de invasión. En sus memorias Manuel de Jesús Javier García escribe sobre el silencio e indiferencia que seguían el asesinato de Marrero en los círculos gubernamentales: Ni la bandera estaba a media asta como la categoría del funcionario exigiera.²⁴ Solamente la otra «oveja negra» dentro las filas trujillistas, Freddy Prestol Castillo no quería aceptar el silencio alrededor de la muerte de Marrero. Escribió una carta a Trujillo sobre la gratitud y lealtad del fenecido, que se publicó en *La Nación*.²⁵ Esta carta se puede leer como una defensa póstuma, conmovedora y ambigua de la vida política de Marrero. Prestol Castillo pinta a Marrero como una persona con una lealtad personal al Trujillo, no tanto, como muchos otros, por motivos oportunistas, sino porque Marrero estaba dependiente de él, pero también porque creía que la República Dominicana necesitaba un hombre fuerte como él. No esconde que la relación entre Marrero y Trujillo no siempre había sido fácil. Marrero tenía sus propias ideas sobre la sociedad dominicana, y a pesar de que muchas veces concordaban con las de Trujillo, en otras ocasiones fueron opuestas.

Ingenios azucareros y dominicanidad

No cabe duda de que Marrero es recordado sobre todo por su análisis agudo del sector azucarero y su defensa del obrero dominicano. La fuerza rara de los escritos de Marrero no fue tanto el resultado de su análisis social, sino de su manera de escribir que dio al lector la sensación única de contacto directo con la realidad social. Tal vez ningún otro escritor dominicano ha logrado captar la voz popular como él.²⁶ Parece que no hay distancia cultural ni intelectual entre el escritor y las personas que está pintando.

²⁴ Javier García, *Mis 20 años en el Palacio Nacional*, 377-382.

²⁵ *La Nación*, «Envía Carta a Trujillo sobre Gratitud y Lealtad de Marrero», (Freddy Prestol Castillo), 21 julio 1957.

²⁶ Puede considerarlo significativo que en el tercer tomo de su historia general dominicana dedica seis largas paginas al otro «voz del pueblo», Juan Antonio Alix. Ver Marrero Aristy, *La República Dominicana*, III: 47-53.

Marrero se integra en la sociedad y mundo expresivo de sus sujetos. Su capacidad de captar la lengua popular le ofreció la posibilidad de describir los problemas sociales existentes en la sociedad dominicana en una manera concreta y imaginativa. Esta característica de Marrero se encuentra en una manera más clara en su novela *Over*, pero también se puede encontrar en sus escritos periodísticos

Over es el punto de salida de cualquier análisis de Marrero sobre pensamiento social. La vida angustiada del bodeguero Daniel Comprés es un tesoro de alegorías y simbolismos acerca de la sociedad dominicana. Su alienación del medio de su familia y clase puede ser visto como una metáfora del pueblo dominicano que ha perdido sus raíces históricas y anda solito por un mundo hostil dominado por poderes económicos extranjeros y prejuicios racistas. Los pensamientos del protagonista acerca del mundo cerrado de las plantaciones azucareras ofrecen una crítica clara y perspicaz del sistema social que representen, pero simultáneamente de los problemas psicológicos de una generación adolescente que no puede encontrar un papel definido en un mundo que está cambiando con una velocidad dramática. En este sentido la novela es tanto una crítica social, como una metáfora para una generación de intelectuales que se siente perdido en una situación política complicada y ambigua.

El impacto de *Over* debe ser entendido en el contexto del desarrollo histórico de la República Dominicana y, sobre todo, el papel cambiante del sector azucarero en ello. Los ingenios azucareros ya no fueron instrumentos de cambio y modernización, sino se habían consolidado como símbolos de poder económico y dominación extranjera. En el ambiente nacionalista durante y después de la lucha por la independencia de la Ocupación estadounidense, la crítica dominicana hacia al sector azucarera creció. Ya al final del siglo XIX, algunos políticos habían expresado dudas y críticas contra este sector tan poderoso en la economía poco desarrollada del país. Temían su influencia económica incontrolable y el trastorno estructural de la sociedad rural dominicana. Lamentaba la pérdida de los valores culturales y morales que en sus ojos siempre habían caracterizada la sociedad rural. En suma, oponía los efectos destructores de la modernidad y el capitalismo.

El nacionalismo del principio del siglo XX trabajaba sobre estos sentimientos. Y siempre en la manera ambigua, que también caracterizaba las opiniones críticas de las últimas décadas del siglo XIX. Pues todos los políticos de esta época también fueron partidarios del desarrollo y progreso. Lo que querían en verdad era una 'modernización controlada', en la cual el país fuera desarrollado y al mismo tiempo la identidad nacional sería mantenida y la cultura tradicional dominicana protegida. Este deseo para una modernización controlada encontró su punto culminante durante el régimen de Rafael Leonidas Trujillo. El régimen de Trujillo se caracterizó por su afán permanente de modernizar y cambiar la sociedad y la economía dominicana sin que quería aceptar que conllevaran la influencia extranjera y el cambio de la cultura dominicana. Mientras estimulaba la modernización económica mantuvo un control estricto sobre la población dominicana. Restringía la libertad de movimiento físico y controlaba la entrada y divulgación de información (y tecnología) en el país.

La novela de Marrero Aristy cabía perfectamente en esta política modernizador nacionalista. Como ha mostrado Doris Sommer la novela era más antimperialista y nacionalista que socialista.²⁷ Ella se pronunció explícitamente contra la dominación imperialista del sector azucarera y, por tanto, del país entero. Confirmó la imagen de la población dominicana como una entidad homogénea, cultural y étnicamente. Además, tuvo sus rasgos anticapitalistas y presentó un elogio implícito de la sociedad dominicana tradicional, entendido como la sociedad rural donde todavía se mantenía los valores elementales del pueblo dominicano. Discutiendo las consecuencias de la Ocupación estadounidense en otra ocasión Marrero escribía: «Con la presencia de los norteamericanos perecieron muchas costumbres sanas y numerosos mitos. La gente joven y las mujeres adquirieron costumbres más independientes y la obsesión del dinero como elemento determinante del valor del individuo

²⁷ Doris Sommer, *One Master for Another. Populism as Patriarchal Rhetoric in Dominican Novels* (Lanham-London: University Press of America, 1983), 125-160.

se apoderó no sólo de las clases encumbradas sino de gran parte de las otras radicadas en las zonas urbanas». ²⁸ Entonces, Marrero no solo lamentaba la dominancia del capitalismo, sino también la destrucción de la sociedad patriarcal.

No cabe duda de que *Over* es una novela de gran poder evocativo, con una intensidad emocional y un mensaje socio-político que no puede escapar a nadie. Marrero esbozó las condiciones de vida y trabajo en los ingenios azucareros como un infierno dantesco. Mostró el lector un mundo donde no hay honor, ni compasión, ni respeto. Los infelices que se encuentran dentro de ello pueden considerarse perdidos. No hay salida de esta vida terrible. Nunca pueden pagar sus deudas con los sueldos ínfimos que los ingenios pagan. Es interesante notar que este sistema afecta, en la perspectiva de Marrero, a todos los empleados, tanto los dominicanos como los haitianos.

Entonces Marrero describe los ingenios como una especie de instituciones totalitarias. Son mundos en sí, aislados de la sociedad corriente y con sus propias leyes y valores. En este sentido son instituciones «atípicas», que no obedecen la lógica y la ética del resto de la sociedad dominicana. En un cierto sentido, se puede decir que Marrero presenta a los ingenios azucareras como la antítesis de los valores tradicionales dentro de la sociedad dominicana. Les describe más netamente como metáforas del capitalismo rapaz, que en su continua ansía de ganancias destruye los valores humanos. Dice de los dominicanos que entran los ingenios como obreros: «Dejaron labranzas, familias, ¡todo!, para internarse en esta vorágine». ²⁹ Es interesante notar que el escritor colombiano José Eustasio Rivera usa la misma metáfora en su novela famosa. ³⁰ Pero, mientras este último lo usaba para describir el poder de la naturaleza, Marrero quiere mostrar el poder inescapable y los efectos deshumanizantes del capitalismo. Su vorágine es hecha por seres humanos, como instrumento de subordinación y control.

²⁸ Marrero Aristy, *La República Dominicana*, III:54.

²⁹ Marrero Aristy, *Over*, 85.

³⁰ José Eustasio Rivera, *La Voragine* (Bogotá: Oveja Negra, 1985) [orig. 1924].

Este elemento antimoderno tenía otro mensaje implícito. Funcionó como argumento (de más) para separar y distinguir la sociedad y cultura dominicana de la de Haití. Más tarde tendremos la oportunidad de analizar más detenidamente el papel de los haitianos en el pensamiento de Marrero Aristy. Aquí es suficiente señalar que las observaciones compasivas sobre los obreros haitianos trabajando en los ingenios de azúcar, también conllevaban una cierta desprecio. Sus condiciones de trabajo miserables servían para acentuar la pasividad y primitividad de ellos. Como que el hecho de que los haitianos aceptaron estas condiciones les hacía seres inferiores.

La novela *Over*, tanto como sus cuentos reunidos en *Balsié*, muestran a Marrero como un observador agudo y perspicaz del pensamiento y el lenguaje popular. Sin embargo, al mismo tiempo mantenía una distancia de las clases populares. Aunque Marrero entendía la cultura popular, y inclusive como «callejero» reconocido, le encantaba inmergerse en ella, siempre protegía su propia posición. Era una persona que encantaba la vida lujosa, y no quería perderla por un compromiso político y social. Esta posición esta simbolizada muy clara en *Over*, donde el narrador, Daniel Comprés, es simultáneamente personaje principal y «outsider». Se encuentra tanto dentro como fuera de los eventos que describe la novela. Parece que el compromiso de Marrero con la clase trabajadora era más bien un asunto intelectual e ideológico que un compromiso práctico y diario. Esta ambigüedad ha siempre sido característica para la posición de Marrero.

La cuestión azucarera

No es para sorprendernos que a Trujillo le convenía publicar el libro. Podemos suponer que el libro estaba listo en su forma definitiva ya desde algunos años. Su publicación en 1939 fue parte de una política deliberada de Trujillo. La decisión de publicar el libro venía en un momento muy oportuno para el gobierno.³¹ En

³¹ Puede ser significativo que el libro no fue reeditado durante el Trujillato, y solamente después 1961 se volvió en una novela popular. Ver Sommer, *One Master for Another*, 125.

los años treinta Trujillo había ido aumentando la presión en contra de los ingenios norteamericanos sobre todo por medio de impuestos. Desde el final de los años treinta estaba preparándose para la toma definitiva del sector, lo que finalmente logró hacer en los años cincuenta.³²

Un argumento importante en esta ofensiva contra los ingenios era la protección de los intereses de los trabajadores dominicanos. Desde los primeros años el régimen trujillista había fomentado una discusión acerca del llamado «malestar en la región del Este». El gobierno hasta mandó comisionados especiales a la región para investigar las quejas. En los archivos de la época se puede encontrar muchas denuncias de los sueldos insuficientes en los ingenios y el sistema pernicioso de las *fichas* o *vales*. Se pagaban los obreros en moneda artificial que solamente se podía utilizar en los ingenios. No solamente perjudicó a los obreros, pero creó en realidad un monopolio comercial que imposibilitaba cualquier competencia de las tiendas locales. Una exposición de la Cámara de Comercio de El Seybo al Comisionado Especial del Poder Ejecutivo en el Este de 1935 habló sobre intrigas de empleados extranjeros contra dominicanos. Explícitamente denunció el sistema del «over». Dijo: «Lo cierto es que esa circunstancia se presta a graves fraudes contra el comprador, puesto que se obtiene principalmente aumentando los precios o falseando el peso de las mercaderías o ambas cosas a la vez».³³

Es interesante señalar que Marrero de nuevo estaba presente cuando finalmente Trujillo logró apoderarse de los ingenios norteamericanos. Como confidente del régimen y periodista del Caribe escribió muchos artículos sobre el sector azucarero. Se volvió contra la actitud antinacionalista de los productores del azúcar. Elevó la voz en defensa de los productores dominicanos. En primer lugar defendió los colonos, tal como hizo al mismo tiempo

³² Para la historia de esta política: Roberto Cassá, *Capitalismo y dictadura* (Santo Domingo: UASD, 1982), 238-249.

³³ Exposición de la Cámara de Comercio de El Seybo al Comisionado Especial del Poder Ejecutivo en el Este, junio 3, 1935, en: Sección de Comercio, legajo 35; y Cassá, *Capitalismo y dictadura...*, 245.

Ramiro Guerra y Sánchez en Cuba.³⁴ Abogaba para «el restablecimiento del colonato, estrangulado de manera implacable casi en su totalidad por la dura exigencia de los industriales extranjeros en combinación de una banca también extranjera».³⁵ Los colonos se transformaron en el símbolo de la productividad nativa que implacablemente fue destruido por el capital extranjero. En segundo lugar, salió en defensa de los pequeños comerciantes que vieron disminuir sus negocios por el monopolio comercial de los ingenios. No es por nada que la bodega de un ingenio esta la escena central de su famosa novela. El sistema de *vales* que era el «dinero» en los ingenios y el monopolio comercial se volvieron como los símbolos de la explotación extranjera y la agresión contra los intereses dominicanos. Aquí también se encuentra una explicación por el nacionalismo conservador que fue detrás estas denuncias radicales. Ya desde el principio del sector azucarero, los pequeños comerciantes se habían quejado sobre la actitud de los inmigrantes *cocolos*, que no gastaron su dinero en el país sino lo llevaron a sus propios países.³⁶ Al fin y al cabo originó en un rechazo reaccionario de la apertura de la República Dominicana y de sus transformaciones económicas, o sea, de la modernidad.

Marrero acusaba las empresas azucareras de una actitud «de pura revancha». No querían aceptar que el Gobierno dominicano estaba trabajando para mejorar la situación del pueblo dominicano. Se comportaba reacio «frente a la posición de un gobierno que desea ardientemente mejorar la suerte de su pueblo, mediante la aplicación de una legislación social avanzada cuyo fin es, esencialmente, el de suprimir injusticias y desigualdades que la experiencia ha señalado como las causas fundamentales de graves males sociales, tales como el comunismo». Esta actitud demostró

³⁴ Ver Ramiro Guerra y Sánchez, *Azúcar y población en las Antillas* (La Habana: Ed. Cultural, 1944).

³⁵ *El Caribe*, 19 de nov. 1949; «El Anquilosamiento de la Industria Azucarera» (Ramón Marrero Aristy).

³⁶ Ver Michiel Baud, «Transformación capitalista y regionalización en la República Dominicana, 1875-1920», *Investigación y Ciencia* 1, no. 1 (Ene-Abr 1986): 31.

«el divorcio existente entre los extranjeros que fabrican azúcar en este país y los intereses vitales del pueblo dominicano».³⁷

En 1951 Marrero escribió una serie de artículos en los cuales extendió este razonamiento. Denunció la política de cuotas de los Estados Unidos, que restringió la entrada del azúcar dominicano en el mercado norteamericano. También se volvió contra la política cubana y, sobre todo, «el agresivo imperialismo azucarero de Cuba», lo cual no dejaba mercados para los países menos favorecidos.³⁸ Marrero subrayó la base débil de la economía dominicana. Para disminuir la dependencia del sector azucarero de la economía dominicana, propugnaba la necesidad de una producción agrícola más diversificada y una industrialización netamente dominicana.³⁹ Sobre todo elogió y defendió la intervención activa del Estado trujillista en la economía dominicana. Trujillo había sido la única persona que seriamente había tratado salvar la producción azucarera dominicano después de la crisis mundial: «La verdadera hazaña de emprendimiento en el campo agrícola e industrial de la República, ha sido obra del gobierno a partir de 1930, y tanto los dominicanos como los extranjeros radicados en el territorio nacional, no han hecho más que beneficiarse al amparo de la nueva situación (...)».⁴⁰

Estos artículos de Marrero no fueron mensajes políticos fáciles y oportunistas como se estaba escribiendo tantos en esta época.⁴¹ Presentaron un análisis bien informativo y serio de la situación económica de un pequeño país como la República Dominicana. Su contenido se conformó a las tendencias corrientes en esta época de cuales

³⁷ *El Caribe*, 19 de nov. 1949; «El Anquilosamiento de la Industria Azucarera» (Ramón Marrero Aristy).

³⁸ Ver *El Caribe*, IV, 1129, 9 de mayo 1951; «Caso de Conciencia para Norteamérica» (Ramón Marrero Aristy).

³⁹ Ver *El Caribe*, IV, 1238 (?), 29 de agosto 1951; «Medidas para evitar etc.», VII y último (Ramón Marrero Aristy).

⁴⁰ *El Caribe*, 26 de agosto 1951, 7; «Medidas para evitar consecuencias de una posible crisis de la industria azucarera, V» (Ramón Marrero Aristy).

⁴¹ Ver como ejemplo los artículos de Germán E. Ornes en 1953: *El Caribe*, VI, 1864, 6 de mayo 1953 y 1865, 7 de mayo 1953; «Ni discriminación ni inflexibilidad».

más tarde se desarrollarían las llamadas teorías de dependencia. Por otro lado, tenemos que recordarnos que sus recomendaciones fueron parte del proyecto político de Trujillo. Los artículos de Marrero presentaron un alegato inteligente y bien documentado para que el gobierno se apoderara del sector azucarero.

Marrero y la sociedad rural

El análisis de Marrero de la situación diaria de las clases populares y las condiciones de trabajo de los obreros ofrece una entrada interesante en su visión social e ideológica. Como muchos otros intelectuales latinoamericanos del siglo XX, Marrero se veía confrontado por la transformación rápida y a veces destructora de la sociedad rural tradicional. Empezado como progresista con inclinaciones socialistas nunca perdió el deseo de encontrar la solución para la difícil posición social e económica de las clases populares. Saliendo de un análisis de la vida rural, trató entender y analizar las transformaciones sociales ocurriendo en la República Dominicana.

Es importante señalar que el análisis de Marrero de la sociedad rural dominicana es afectado considerablemente por su experiencia personal. Fue criado en un ambiente dominado por los ingenios azucareros donde la pequeña agricultura ya no jugaba un papel importante y donde la proletarianización de la población había avanzado mucho. El resto de su vida vivía en la capital, interrumpido por periodos relativamente cortos en el extranjero o en la región fronteriza. Tenemos que suponer que no tenía mucho conocimiento de la sociedad rural en el Cibao, la región agrícola más importante del país. Esta historia personal de Marrero puede explicar la visión negativa y hasta pesimista que tenía hacia la población rural y su contribución potencial a la modernización de la República Dominicana.⁴²

En su análisis de la sociedad campesina Marrero tenía la inclinación de acentuar la ingenuidad alegre y la falta de previsión de

⁴² En este sentido se puede comparar su perspectiva con la de José Ramón López. Ver el capítulo 12.

los campesinos. Retrató el campesino como el símbolo de pasiones primitivas y con una mentalidad dominada por instintos intuitivos. «[Nuestra gente de campo] le encanta la tumba del monte virgen. Su pasión por derribar árboles no tiene igual. El hachar le embriaga». Los campesinos, en su visión, no quieren aceptar cualquiera disciplina u orden en su vida «anárquica» y «nómada». Tumban un conuco, hacen sus siembras y esperan indolentemente hasta la tierra virgen y feroz produce sus frutas. El campesino dominicano, en sus palabras, «ha hecho las siembras en forma primitiva, prescindiendo de todo conocimiento científico y desconfiando de todo lo que esté fuera de la rutina».⁴³ En esta manera, presentaba la población campesina como un representante de una manera de vivir del pasado, que ya no correspondía con la modernización de la sociedad dominicana creada por el gobierno de Trujillo.⁴⁴

Este análisis del campesinado lleva Marrero a una defensa de la política agraria de Trujillo. Solamente por coacción y medios represivos sería posible cambiar el modo de vivir de la población rural. Por tanto, era legítimo la fuerza aplicada por el gobierno en su exigencia que todos los campesinos cultivaran por lo menos diez tareas. Aunque deja entender entre las líneas que se cometía errores en su aplicación y que se perjudicaba los intereses de algunos individuos, Marrero defiende esta política como la única que podría mejorar la situación social e económica en el campo:

Así se empezó la gran empresa de la producción agrícola y de la organización y estabilización de la masa trabajadora campesina. Esto sólo da una historia; con dolor y con angustias; con justicia e injusticias; como todas las historias. Pero una buena historia, a fin de cuentas. La historia del triunfo del trabajo y el orden sobre la anarquía y la

⁴³ *La Opinión*, 5788, 18 de septiembre 1945; «La posición del trabajador» (Ramón Marrero Aristy).

⁴⁴ Esta visión se encuentra, en un sentido más amplio, en Marrero Aristy, *Trujillo*.

explotación del campo. La historia de la conversión de un pueblo que de pastor al quedar sin ganado se hizo nómada, en pueblo agrícola.⁴⁵

Es claro que la óptica de Marrero tiene sus contradicciones. Ya hemos visto como tendía a idealizar la vida tradicional precapitalista como contrapunteo al mundo alienado y uniforme de las empresas capitalistas. La exaltaba como la cuna de la identidad dominicana y los valores auténticos del pueblo dominicano. Este punto de vista es completamente opuesto a la visión pesimista en cual la sociedad campesina es símbolo por excelencia para el primitivismo y atraso dominicano. Es una contradicción que se puede encontrar en muchos intelectuales latinoamericanos de la época. Marrero tampoco logra resolver este dilema entre la exaltación del pasado y una dedicación incondicional al progreso y la modernización.

La clase obrera y la cuestión social

El punto de vista de Marrero a propósito de la clase obrera no era menos complejo. Estaba convencido que solamente el desarrollo industrial y la creación de una clase proletaria podría salvar el país. Al mismo tiempo su experiencia en los ingenios azucareros le había hecho consciente de los peligros de una transformación incontrolada. Consideraba que la clase proletaria no tenía bastante fuerza para reivindicar sus derechos y por tanto procurar condiciones humanas de trabajo. Esta incapacidad de la clase obrera era el resultado del atraso económico de la República Dominicana. Roberto Cassá lo ve como un ejemplo de la opinión expandida entre intelectuales progresistas «de que los trabajadores dominicanos constituían un sector inhabilitado para ser sujeto de su reivindicación histórica».⁴⁶

⁴⁵ *La Opinión*, 5788, 18 de septiembre 1945; «La posición del trabajador» (Ramón Marrero Aristy).

⁴⁶ Roberto Cassá, *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana (desde los orígenes hasta 1960)* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1990), 247-248.

Por todo eso, la clase trabajadora no podía ser la fuerza dinámica que Marrero, como muchos otros autores influenciados por el pensamiento marxista, había esperado. Y allá entró el gobierno de Trujillo. Mientras los obreros no podían reivindicar sus derechos, el Estado tenía que tomar la iniciativa. El hecho de la debilidad de la conciencia proletaria sirvió Marrero de argumento para proclamar al estado como único agente de defensa de los obreros. En la opinión de Marrero, la política obrera del régimen trujillista significaba una verdadera revolución social y económica en un país estancado. No era una revolución «proletaria», pero una que era el resultado de la intervención estatal. Como escribe:

El movimiento de formación de la conciencia obrera y de las reivindicaciones de la clase trabajadora en nuestro país, no parte, como en otros lugares, de los núcleos de trabajadores explotados. (...) el movimiento de organización y reivindicación de la clase trabajadora aquí arranca en dirección contraria a la de casi todos los países. Parte del Gobierno.⁴⁷

Esta situación no era solamente el resultado de la debilidad de la clase obrera. Las clases poderosas, la elite, tampoco lograron en cumplir su papel histórico. Solamente invertían sus capitales en empresas de ganancias seguras, sobre todo actividades comerciales. «Corredores, especuladores, intermediarios (...). Eso es lo que abunda en nuestro medio, y a eso es lo que aspira a dedicarse todo el que sueña con hacer dinero en nuestro país». Muchas veces ni siquiera invertían en su país, sino mandaban sus capitales al extranjero. En los ojos de Marrero las clases acaudaladas no entendían las oportunidades históricas que se presentaban en esta época decisiva. «Si nuestros capitalistas, en vez de exportar su dinero al extranjero (...), en vez de enterrar su dinero en casas de alquiler, dedican su capital a fomentar industrias, ellos y el resto del país

⁴⁷ *La Opinión*, 5778, 6 de sept. 1945; «La posición del trabajador» (Ramón Marrero Aristy).

podrían observar un futuro con mejores perspectivas de progreso y seguridad».⁴⁸

La conclusión que saca Marrero de este análisis es interesante, aunque poco sorprendente. Acentúa las ventajas de un gobierno que no estaba ligado a intereses fijas y que podía gobernar «encima» de los partidos. «No siendo, el gobierno que surge de 1930, salido de ningún sector interesado, y no dependiendo para su sostenimiento de ningún sector o grupo político, pueden prevalecer en él determinados rasgos independientes de todo y de todos (...)». Por la creación de este gobierno que no era «de origen proletario», sino defendía los intereses nacionales en una manera justa y balanceada se habían «ahorrado duros y largos años de lucha».⁴⁹

Es posible considerar esta posición ideológica de Marrero como puro pragmatismo, causado por la presión ideológica del trujillismo. Es claro que había mucho de oportunismo en su colaboración con Trujillo, pero no fue todo. Marrero estaba verdaderamente impresionado —como también fue un miembro de la oposición como Juan Bosch—⁵⁰ con los esfuerzos de Trujillo para realizar un desarrollo nacional y su defensa retórica de los obreros dominicanos. Con sus ideas, Marrero se adhería a muchos otros pensadores Latinoamericanos que creían que un gobierno populista o corporativista podría solucionar el problema del atraso social y económica, así evitando una lucha de clase penosa.

Marrero creía sinceramente en la necesidad de un Estado fuerte y activa, y debe haber creado, por los menos por una época, que el gobierno autoritario de Trujillo era la única posibilidad de realizar este objetivo. Era esta convicción que le hacía posible negociar con los líderes de la oposición en Cuba. Estaba convencido que los grupos representativos de la clase obrera podían —¡debían!— jugar un papel central en el desarrollo de la sociedad dominicana.

⁴⁸ *El Caribe*, 26 de agosto 1951; «Medidas para evitar.» V (Ramón Marrero Aristy).

⁴⁹ *Idem.*

⁵⁰ Cassá, *Movimiento obrero*, 246.

Roberto Cassá escribe que «puede inferirse que Marrero perseguía en gran medida lo mismo que los comunistas cubanos: la democratización política y la libre organización obrera».⁵¹ Y como observó el diplomático norteamericano ya citado, Marrero «aparenta abrigar una verdadera simpatía hacia la clase obrera».⁵² Por otro lado, este papel se tendría que desplegar dentro los límites puesto por el gobierno. Marrero creía verdaderamente que solamente con soluciones autoritarias sería posible mejorar las condiciones sociales y lograr el progreso social y económico en la República Dominicana. Por lo tanto, expresó su convicción que el gobierno de Trujillo, «un fenómeno sin antecedentes de ninguna especie», era la solución especial y hasta única para los problemas sociales y económicos de su país.

La cuestión haitiana

Otra cuestión muy sensitiva en la República Dominicana en la cual vivía Marrero era la actitud frente a la población haitiana dentro las fronteras dominicanas. Ningún intelectual o político podía ignorar este asunto, que era directamente conectado con la identidad nacional de la República Dominicana. El antihaitianismo dominicano se intensificó fuertemente durante el gobierno de Trujillo. Rápidamente se volvió en uno de los elementos ideológicos cruciales de su nacionalismo conservador. Tenía dos lados. Por un lado, se fue en contra de lo que fue llamado la «invasión pacífica» de los campesinos haitianos en la región fronteriza. En segundo lugar, se oponía el predominio de los braceros haitianos en la zafra azucarera.

La posición de Trujillo era diferente de la de gobiernos anteriores en el sentido que no fue solamente una ideología antihaitiana, sino también una práctica política. Ya en los años treinta empezó con la llamada «colonización de la frontera». Mandaba campesinos del centro del país a la región fronteriza para poblar los proyectos

⁵¹ Cassá, *Movimiento obrero*, 515.

⁵² George Sheres, en Vega, *Los Estados Unidos y Trujillo, Año 1946*, 346.

agrarios que el gobierno allá había establecido. Una parte de su campaña contra las empresas azucareras también era presentada como una defensa de los trabajadores dominicanos y un rechazo del uso predominante de braceros haitianos. El colmo de esta política antihaitiana era, por supuesto, la matanza de miles de los haitianos en 1937.

Por su interés en la industria azucarera, Marrero se metió en esta discusión desde el principio. En las páginas de *Over* ya se puede encontrar muchas observaciones que aclaran las ideas de Marrero sobre la presencia haitiana. Es claro que su análisis confrontaba un problema. Defendía los derechos obreros y se opuso al racismo de los oficiales yanqui que mandaban en los ingenios. Al mismo tiempo quería trazar una línea divisoria entre los obreros dominicanos y haitianos. No cabe duda que Marrero, como muchos dominicanos, sentía mucha simpatía para los haitianos que estaban viviendo en circunstancias inhumanas, pero no llegaba hasta el punto que juzgara igual a los obreros haitianos y dominicanos. Los haitianos en su novela siempre son hombres explotados y embrutecidos. Son personas que no tienen la cultura, ni la inteligencia y conciencia para resistir las condiciones en que tienen que vivir. Estas características explican porque los dominicanos perdieron su trabajo. Como escribe Marrero: «llegaban miles de obreros negros hambreados, hacinados (...) y trabajaban por salarios tan miserables que el bracero dominicano no podía competir con ellos».⁵³

El puro hecho que los haitianos podían vivir en circunstancias tan brutales, era suficiente prueba de su inferioridad. Los dominicanos en los ingenios por lo menos estaban conscientes de las condiciones infernales en los ingenios. Y esta conciencia ofrecía los gérmenes de resistencia y la esperanza de cambio y de una vida humano e independiente. Para los haitianos la vorágine de los ingenios se había vuelto una condición aceptada. Y esta aceptación mataría cualquiera esperanza de un cambio en su suerte y una fuga de esta vida inhumana.

⁵³ Marrero Aristy, *Trujillo*, 24.

Llama mucha la atención en la novela de Marrero el énfasis en el carácter inhumano de la población haitiano. Los haitianos en *Over* son gente que casi no sepan hablar, no tengan caras y apenas tengan emociones, menos las más primitivas. Tan solo dos ejemplos. Marrero describe un haitiano que quiere comprar algo de comer en la bodega de Daniel Comprés: «En su cara reluce el guarapo de caña que le secó la brisa, y sus labios resecos y gruesos, tiemblan al contacto de su lengua que saborea por anticipado el trozo de queso blanco que ven sus ojos en el aparador».⁵⁴ En esta cita es notable la descripción física del hombre y la sugerencia que solamente vive para satisfacer sus más elementales deseos. En otro párrafo el énfasis en la animalidad de los obreros haitiano se vuelve aún más explícito. Escribe Marrero: «Los haitianos sentados en los troncos (...) mastican su hambre, como bueyes que se echaran tranquilamente a rumiar».⁵⁵ Para Marrero, como para muchos otros dominicanos, los haitianos fueron el Otro en extremo. Significaban otros valores, otros hábitos, otros deseos, otro destino.

En varias ocasiones Marrero muestra su simpatía para la población haitiano y expresa su espanto frente a las condiciones inhumanas de los cortadores de caña, y la explotación de que sufran. Por tanto, no sería justo hablar de racismo en las ideas de Marrero —que el mismo tenía el piel oscuro—, aunque, como hemos visto, su elección de palabras a veces apunta en la dirección de ciertos prejuicios raciales. Mas bien expresa una superioridad cultural. Esta actitud le hace posible expresar una simpatía paternalista a los obreros haitianos al mismo tiempo que les estaba negando algunas características humanas esenciales. Un tema esencial de *Over* es la frustración y el sentimiento de impotencia de Daniel Comprés frente a esta situación. Se podría inclusive decir que para Marrero la alienación y la impotencia de su protagonista origina en parte de la imposibilidad de ayudar estas creaturas lamentables. Es como su propia inseguridad existencial es una reflexión de un problema

⁵⁴ Marrero Aristy, *Over*, 87.

⁵⁵ Marrero Aristy, *Over*, 49. Esta metáfora esta repetido varias veces en la novela.

más amplia es decir el hecho que el pueblo dominicano tiene que aceptar que en su suelo seres humanos vivían en condiciones tan infelices y terribles. Este sentimiento ambiguo frente al presencia haitiana ha sido un elemento integral de la cultura popular dominicana, captado perfectamente por este escritor que entendía como ningún otro el alma popular dominicana.

El problema de la frontera

Después de su acercamiento al régimen, lentamente desaparecieron los matices sutiles en los escritos de Marrero. Habían desaparecido los espacios ideológicos en la política dominicana. Ya no fue posible la colaboración vacilante practicado por Marrero en el principio. Marrero se veía forzado de decidirse. Su decisión de apoyar al gobierno de Trujillo hacía necesario una dedicación total. Y como pasó con muchos otros intelectuales escépticos, Trujillo le mandó a la frontera para probar su lealtad y poner su pluma en apoyo de su política nacionalista. No es entonces sorprendente que los escritos de Marrero sobre la región fronteriza, publicados en *La Nación* y después reunidos en el librito *En la ruta de los libertadores* (1943), repiten todos los temas que juegan un papel tan importante en la propaganda nacionalista de Trujillo. Marrero describe la frontera de antes el periodo Trujillo como una tierra perdida con una agricultura moribunda: «[E]n la frontera sur el sol quema como una llama, el aire es seco y cortante, la tierra arisca y la vegetación bravía».⁵⁶ Apenas tenía lazos con el centro del país. Lo peor fue 'la conquista pacífica o armada de nuestros vecinos occidentales', que formaba una amenaza fatal para la cultura y vitalidad de los dominicanos viviendo en la región. Pues, con la ausencia de contactos con la sociedad dominicana y como resultado de los lazos comerciales con Haití, también venía la descomposición de la cultura dominicana.

⁵⁶ Marrero Aristy, *En la ruta de los libertadores*, 25.

El dominicano de aquella región sostenía escaso comercio con nosotros y en cambio se abastecía totalmente de Haití sin tomar en cuenta nuestras instituciones y sin someterse a lo dispuesto por nuestra legislación; y dando absolutamente la espalda a nuestra cultura — que dicho sea de paso nunca le fue ofrecida — se iba destiñendo cada vez más mientras absorbía las supersticiones y adaptaba las costumbres del vecino.⁵⁷

Es notable la conexión directa que sugería Marrero entre lazos comerciales e influencia cultural. Por supuesto, este fue la base de la política de Trujillo en su afán de controlar y dominicanizar la región fronteriza. Hasta el ron haitiano, el *clerén*, era pintado como una fuerza devastadora para el alma dominicana. En este periodo había muy poca gente que criticaba el consumo amplio de bebidas alcohólicas, pero Marrero describía el consumo de ron haitiano como otro instrumento en el sometimiento de la población dominicana:

La garganta está seca y pide algo más fuerte que agua; entonces si se toma un trago de buen ron haitiano — que era lo normal —, la sangre arde y el instinto piafa. Y el ron se obtenía tan fácilmente como el agua, porque pasaba todas las noches de contrabando por la frontera.

Cuando el campesino tomaba el *clerén* en los ranchos donde estaban sus mujeres negras o sus asociados haitianos, no se llamaba ya 'el vale Candelario', sino *compé Candé*, y cuando muriese no quedaría allí su herencia ni su descendencia de dominicano, sino un nuevo trozo de Haití, con sus ensoñaciones y sus creencias, con su ron y su *voudou*.⁵⁸

Marrero también enfatiza el robo de animales de parte de los haitianos. Esta acusación se había vuelta en la legitimación más

⁵⁷ Marrero Aristy, *En la ruta de los libertadores*, 21.

⁵⁸ Marrero Aristy, *En la ruta de los libertadores*, 25.

importante para la matanza de 1937. Escribe Marrero: «Se registraban escenas en extremo dolorosas al amanecer muchas veces nuestros campesinos sumidos en la más cruenta miseria al día siguiente de haber sido arrasadas totalmente sus labranzas y engullidos sus animales de crianza, por la voracidad del vecino, que penetraba en nuestro territorio al amparo de la noche».⁵⁹ Es evidente que esta interpretación de la historia de la frontera era una parte del proyecto político de Trujillo. El libro entero está empapado de una visión dualista en la cual se compara la situación desesperante de *antes* de Trujillo con el paraíso de orden y progreso de después.

Este tema fue elaborado hasta su extremo en la biografía de Trujillo escrito por Marrero. En este libro Marrero se entregó por completo a la propaganda trujillista. En este libro ya no se encuentra una frase original o sorprendente. Su análisis del «problema haitiano» ya no era diferente de las decenas de libros reiterativos que se publicaba en este periodo.⁶⁰ Casi no vale la pena citar estas observaciones vacías sobre la «invasión pacífica» de los campesinos haitianos, la cultura supersticiosa haitiana y la grandeza de las obras de Trujillo oponiendo estas influencias perniciosas. Por primera vez, Marrero ahora menciona los eventos de 1937, los cuales describe como el «saneamiento definitivo del territorio nacional». Ponía fin a los «hábitos y costumbres que podían afectar peligrosamente la pureza de nuestras costumbres españolas y de nuestra religión católica».⁶¹

La identidad dominicana

El último capítulo de la transformación en el discurso ideológico de Marrero se puede encontrar en un ensayo de más de cincuenta páginas al principio del tercer tomo de su historia gene-

⁵⁹ Marrero Arísty, *Trujillo*, 67.

⁶⁰ Andrés Mateo contaba más de cuarenta textos biográficos sobre Trujillo. Mateo, *Mito y Cultura*, 99.

⁶¹ Mateo, *Mito y Cultura*, 69. Ya lo había mencionado como autor colectivo de una carta pública a Juan Bosch. Ver *Para la historia dos cartas* (Santiago: Ed. El Diario, 1943), 11-12.

ral de la República Dominicana.⁶² En este ensayo Marrero sintetiza lo que él considera esencial del debate acerca de la formación de la identidad dominicana para analizar y explicar el atraso del país. En este trabajo propone un tipo de «nacionalismo étnico» y defiende el carácter mestizo del pueblo dominicano. Basándose en una lectura selectiva de antropólogos contemporáneos como Fernando Ortiz, Bruno Malinowski y Franz Boas, se vuelve sobre todo contra las ideas «racistas» que consideran que la mezcla de razas es la base de la inferioridad de una nación como la dominicana. Por ejemplo, ataca duramente a Américo Lugo que defiende este tipo de ideas basándose, entre otros, en una malinterpretación de la obra de José Ramón López. Lugo decía que la mezcla de razas en la isla Española colonial había debilitado el pueblo dominicano y obstruido su desarrollo económico y social. Creía que el pueblo dominicano hacía falta un gobierno paternalista de una «minoría ilustrada» que podía defender la clase inferior contra sí mismo. Marrero describía Lugo como un miembro de la elite dominicano que no quería aceptar el carácter mezclado de la población dominicana. Otro escritor dominicano que estaba atacado por Marrero, aunque más suavemente, era Francisco Moscoso Puello. En base de sus ensayos irónicos en *Cartas a Evelina*, Marrero quería demostrar que Moscoso Puello también creía que la mezcla de razas era el punto clave para explicar el atraso dominicano.

Para Marrero las causas del atraso del pueblo dominicano antes de 1930 fueron culturales y históricos y no raciales. El problema más importante había sido siempre el aislamiento cultural. Primero fue impuesto a los dominicanos durante «los veintiún años de tiranía» de la dominación haitiana.⁶³ Después se había prolongado por la falta de infraestructura, el regionalismo, el personalismo y las guerras civiles. Sin embargo, era una espada de dos filos. El aislamiento era un obstáculo para el desarrollo social e económico,

⁶² Trata del capítulo 1 del tercer tomo de su *La República Dominicana* que se llama «El escenario nacional hasta 1930 (Bosquejo del estado social, económico y político)», 11-68.

⁶³ *La República Dominicana*, III:32-40.

ocasionando «un estado de inmovilidad mental». Pero no destruyó la cultura dominicana, o, como lo llama Marrero, «su fisonomía espiritual»: «No obstante haber padecido situaciones tan negativas como la Dominación Haitiana [los dominicanos] conservaron su idioma, su religión, sus tradiciones, sus leyendas, una ética distinta a la del invasor, pueblo en un estado cultural mucho más elemental que el invadido».⁶⁴

Aunque quedaban algunas indicaciones de una independencia intelectual en este análisis, en general Marrero se había adaptado al discurso dominante del trujillismo. En este discurso nacionalista, la historia del pueblo dominicano —pobre, inocente y étnicamente homogéneo— había sido una lucha prolongada contra el poder diabólico y bárbaro de los haitianos. Por el liderazgo incompetente y el atraso económico, esta lucha no se había podido ganar, hasta el glorioso momento en que el Benefactor de la nación tomó las riendas del gobierno y resolvió todos los problemas.

El discurso intelectual de Marrero había entonces evolucionando considerablemente. No había quedado mucho de la simpatía paternalista para los infelices haitianos. Este tipo de sentimiento social fue irreconciliable con las ambiciones geopolíticas de un gobierno nacionalista, con cuales Marrero se había yendo identificando. Una pregunta queda sin respuesta definitiva. Es casi imposible saber hasta qué punto las ideas de Marrero (y otros intelectuales de la época) deben ser consideradas como disimulación y pragmatismo político y en qué sentido fueron el resultado de convicciones sinceras. Roberto Cassá alega: «La generalidad [de los intelectuales que trabajaban dentro el sistema trujillista] se autopercibía como víctima y realizaba los servicios penetrada de remordimiento y malestar».⁶⁵ Puede ser la verdad, sobre todo hasta el fin de la Era, sino me parece tan interesante verificar hasta donde los proyectos nacionalistas de estos intelectuales correspondieran con la política trujillista.

⁶⁴ *La República Dominicana*, III:36-37.

⁶⁵ Cassá, *Movimiento obrero*, 245.

Marrero y Trujillo

La sociedad dominicana del principio del siglo XX había sido una sociedad con agudas contradicciones sociales. La elite que se había abierto para nuevos miembros que ascendieron en base del boom económico en las últimas décadas del siglo anterior, se había cerrado otra vez. La diferencia entre la llamada gente de «primera» y «segunda» había cambiado de contenido, pero era tal rígido como siempre. Era ante de todo, contra este monopolio de clase y la estratificación social tan rígida que se organizó el movimiento cívico, que llevaría a «la revolución más bella de América» en 1930 y eventualmente a la dictadura de Trujillo.⁶⁶ Dentro las filas de sus miembros se encontraban muchos intelectuales con simpatías socialistas. Algunos se desilusionaron cuando Trujillo se hacía cargo de los resultados de su proyecto. Otros se percataron que algunos elementos de su proyecto se estaban realizando bajo el nuevo gobierno. Trujillo no pertenecía a la elite dominicano y su ascendencia al poder significaba una revolución en las relaciones sociales en el país. Su régimen se servía de una retórica populista que parecía mucho a la de los revolucionarios de antes. Los intelectuales de izquierda también abogaban una modernización económica y social y un nacionalismo antiimperialista. Veían que el gobierno de Trujillo está realizando parte de estos objetivos.

También había otro elemento de atracción del régimen de Trujillo para muchos intelectuales. Trujillo, tal vez por sus orígenes sociales, tenía una admiración y respeto muy grande para el trabajo intelectual. Facilitaba los intelectuales con muchas instituciones en las cuales podían trabajar, como la Academia de Historia y el Archivo General de la Nación. Ponía a su disposición muchos recursos para viajar y publicar. Otorgaba mucho prestigio a los autores de publicaciones que apoyaba su política. En un país donde nunca —ni antes, ni después— había existido mucho respeto para el trabajo intelectual y donde siempre los «generales» habían

⁶⁶ El nombre es, por supuesto, de Tomás Hernández Franco, *La más bella revolución de América* (Santo Domingo: [orig. 1930]).

dominados los «doctores»,⁶⁷ tal ambiente era del agrado de muchos de los intelectuales. Para Marrero significaba aún más. Le facilitaba el ascenso social y las comodidades materiales a las cuales aspiraba tanto.

Por un lado, la vida intelectual de Marrero puede ser visto como simbólico para la ambigüedad política de muchos intelectuales durante la época de Trujillo. Empezó su carrera como un escritor independiente con simpatías socialistas. Después de un tiempo de reticencia, dedicó sus dones intelectuales en apoyo del proyecto político de Trujillo. Aunque se aprovechó de los beneficios materiales y sociales de este apoyo, nunca perdió por completo su originalidad intelectual.

Por otro lado, su apoyo al Trujillo parece también haber tenido orígenes personales. Después del fracaso de sus esfuerzos conciliatorios entre el régimen y la oposición en Cuba, se entregó por completa al régimen Trujillo y sus objetivos políticos. No es posible deducir esta dedicación solamente de motivos pragmáticos. Todas las indicaciones apuntan en una relación bastante fuerte y personal entre Trujillo y Marrero. Es tentador explicar esta relación por los orígenes sociales que compartieron. Ambos hombres vivían en un mundo social en cual tenía prestigio, pero a lo cual no pertenecía. Al lado de las obvias diferencias entre los dos hombres, esta semejanza debe haber significado mucho, sobre todo del lado de Marrero. Había ascendido de una posición social baja y tenía la piel oscura. Siempre corría el riesgo de perder sus privilegios sociales y decaer en su posición original. No era un miedo infundado. Cuando estaba en Cuba en los años cuarenta como comisionado especial de Trujillo fue negado la entrada en varios clubes exclusivas. Este tipo de rechazo social y racial, aunque ocurrió en otro país, debe haber reforzado su proximidad a Trujillo.

Es muy difícil entrar en las cabezas de personas históricos, pero no cabe duda de que Marrero sentía un afecto muy fuerte para Trujillo. En su memoria Prestol Castillo llama a Trujillo «el padre»,

⁶⁷ El contrapunteo de doctores y generales viene de Harry Hoetink, *El pueblo dominicano: Apuntes para su sociología histórica* (Santiago: UCMM, 1972).

y a Marrero «hijo de la bondad de Trujillo». Aunque por supuesto había mucha adulación en esta observación, también tocaba un nivel profundo de la relación entre los dos hombres. Había sido la confianza de Trujillo que había transformado Marrero de un escritor desconocido y provincial en un hombre de letras y político célebre. Su misión a Cuba en 1943 le había suministrado su primera experiencia fuera de la República Dominicana. También había sido la primera actuación de Marrero como persona pública. Pero quizás más importante fue el hecho que estaba cumpliendo órdenes personales de Trujillo; ordenes que dieron a Marrero una posición especial privilegiada. También le dio la esperanza de combinar su afecto para el Jefe y sus antiguos amigos de la oposición.

Las largas cartas escritas desde La Habana por Marrero a Trujillo en 1946 y 47 publicadas por Bernardo Vega dan una impresión fascinante de la posición de Marrero.⁶⁸ Era como un representante personal de Trujillo. Este último aparentemente quería aprovecharse de sus criterios psicológicos. No era fácil para Marrero, porque sabía que el mismo fue bajo observación también. Por eso describe minuciosamente todos sus encuentros con representantes de la oposición. Las descripciones dadas por Marrero de los protagonistas de las negociaciones son aciertas e informativas. A veces aún son divertidas, como por ejemplo su descripción de un encuentro nocturno con Juan Bosch.⁶⁹ Es por otra investigación comprobar cuales cosas fueron conforme de la verdad y cuales estaba inventado o distorsionado. Aquí es interesante su posición solitaria y aislada. Ni de clase, ni de posición política tenía muchos compañeros. Compañeros negociadores como Emilio Rodríguez Demorizi y Héctor Incháustegui Cabral, tenían otro origen de clase y de color. Pero lo mismo fue la verdad de sus opositores, como el mismo Juan Bosch y Juan Isidro Jimenes Grullón. Fue por Trujillo, y solo por él, que tenía la posición que tenía. No es extraño que Marrero después el fracaso de su misión, aunque no fuera su fallo,

⁶⁸ Vega, *Un interludio de tolerancia*.

⁶⁹ Vega, *Un interludio de tolerancia*, 102-104.

hizo todo para salvar su posición privilegiada con Trujillo. De ahí su hagiografía ciega y sus artículos pro-trujillistas.

No sabemos que pasó en los años siguientes. ¿Se disgustaron Marrero y Trujillo por motivos políticos? ¿O fue que grupos cerca de Trujillo no convenía la posición independiente y única de Marrero? ¿O sea, que había un drama clásico entre padre y hijo? Marrero debe no haberlo tomado bien que Trujillo, como hizo con todos sus colaboradores, le renegó sus favores de vez a cuando. También puede ser que Marrero estaba desilusionándose con los resultados del trujillato. Había mantenido algunos de sus ideas independientes y estaba dándose cuenta de que los días del trujillato estaban contados. Es probable que el «rotundo fracaso» de la encuesta sobre la influencia de Hostos, había convencido Marrero (como a muchos otros intelectuales) que el trujillismo como alternativa política estaba agotado.⁷⁰

De todos modos, se enfriaron las relaciones entre Marrero y Trujillo. Solamente así se puede entender lo que pasó en 1957. Marrero escribió un memorando confidencial al Jefe sobre la situación de los productores de café en el sur de país (Baní y San José de Ocoa). Criticó duramente al monopolio exportador de la empresa Café Dominicano, C. por A., que «está estrangulando a los productores». Escribió que este monopolio

ha destruido por completo las posibilidades del comercio libre, con la fatal consecuencia de que ello ha sumido a los productores en un estado de pobreza que está llevándolos a la ruina precipitadamente, dejando como balance un lamentable estado de penuria en el pequeño comerciante de las poblaciones situadas en las zonas cafetaleras y un estado aún más acentuado de falta de recursos en los obreros que manipulan el café (...).⁷¹

⁷⁰ Mateo, *Mito y Cultura*, 152-155.

⁷¹ *La Nación*, XVIII, 6370, 17 de nov. 1957; «El Secretario de Trabajo Denuncia Explotación de los Cafetaleros por Compañía Monopolista».

Poco después de la publicación del reporte se organizaron varias manifestaciones en distintas regiones del país, sobre todo en el Cibao, en las cuales campesinos cafetaleros demandaron que se acabara con el monopolio. Es probable que este reporte fue publicado en la prensa por órdenes de Trujillo.⁷² El monopolio de exportación de café fue en las manos del propio Trujillo. Sin embargo, esta lógica no explica todo. Es inconcebible que Marrero no fuera al tanto del papel de Trujillo en este monopolio. ¿Por qué escribió entonces este memorando? Es posible que recibió el orden de Trujillo mismo, lo que podrían significar que este último estaba buscando conscientemente la desgracia de Marrero. También puede ser que las consecuencias del reporte también habían sorprendido a Trujillo. Es significativo que las denuncias de Marrero y la falsedad de su reporte, tan solo se publicaron una semana después la publicación del reporte original.⁷³

Otra explicación es que el reporte fuera una provocación tentativa de Marrero. Puede ser que estaba investigando hasta donde podía ir en sus críticas al gobierno en una época en que el sistema trujillista estaba en claro deterioro.⁷⁴ Es posible, pero en este caso, Marrero se realizó rápidamente que se había equivocado. Escribió una larga carta apologética a Trujillo, en que escribió entre otras cosas: «Parece que en esta ocasión me he equivocado. Errar humano es. Pero si tal ha sido ha sido por exceso de celo y de amor al nombre ilustre de usted y a la justiciera causa que acaudilla».⁷⁵ Acentuó que el memorándum no fue hecho para la publicidad y que su publicación no fue obra de él. La carta es significativa en más de un sentido. Muestra el juego complejo entre la lealtad al Jefe y la identidad personal dentro una persona como Marrero. También

⁷² Ver por ejemplo Vega, *Un Interludio*, 457.

⁷³ *La Nación*, XVIII, 6377, 24 de noviembre de 1957; «No Constituye un Monopolio en la República la Empresa Comercial Café Dominicano, C. por A.».

⁷⁴ Esta interpretación es sugerida por Néstor Caro, «El escritor asesinado: Ramón Marrero Aristy», *La Renovación* 39, no. 246 (Mayo 1974): 3-4.

⁷⁵ Carta de Ramón Marrero Aristy al generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo Molina, 19 de nov. 1957; publicado en Vega, *Unos desafectos*, 248-250.

deja ver como se había desarrollado una corte de Trujillo con todas sus inevitables intrigas. Escribe Marrero en tono patético:

Mis enemigos de aquí debían frenar por ahora su sed de venganza, el odio que les ha despertado mi agilidad mental y el haberlos quizás ridiculizado en público cuando me lanzaron dardos, la irritación que les causa verme servirle a usted valientemente, sin recostarme de grupos, pandillos o familias, atrincherándome únicamente en los valores morales del régimen al que he dado me adolescencia, mi juventud y ya mi iniciada madurez.

Ahora se ha transformado la figura del padre en el clásico imagen del rey, que no se da cuenta que a sus espaldas sus enemigos están conspirando para desacreditar sus pocos leales partidarios y derribar su reino.

Conclusión

La posición de la intelectualidad durante la era de Trujillo era de una ambigüedad tremenda. Es por esta ambigüedad política que el desarrollo intelectual durante el trujillato ha sido tan contradictorio y tan difícil captar en esquemas simples. No era solamente la contradicción cada día más polarizada entre resistencia y colaboración, sino una ambigüedad verdaderamente ideológica. Consistía en el hecho que el gobierno Trujillo estaba realizando muchos de sus objetivos sociales y económicos. Su régimen autoritario y dictatorial estaba capaz de poner en práctica sus súplicas para el desarrollo económico, el fin del regionalismo y la defensa de la nacionalidad dominicana. Aunque generalmente rechazaron los métodos inescrupulosos de Trujillo, muchos intelectuales difícilmente podían ocultar su admiración para algunos logros de su gobierno. Esta ambigüedad llegó su momento culminante en los años cuarenta. Esta situación puede explicar la colaboración de algunos intelectuales «reticentes», pero también las esperanzas prudentes de los círculos izquierdistas frente al interludio de

tolerancia. No es tanto que de repente estos intelectuales y opositores estaban apoyando a Trujillo, sino que sentían la necesidad de adaptar sus esquemas mentales y su manera de pensar la realidad dominicana.

Muchos lo hicieron de afuera el sistema, otros optaron para entrarlo y colaborar con Trujillo. Ramón Marrero Aristy pertenecía al último grupo. Como Peña Batlle estaba tardando mucho, aunque no era tanto que resistieron a Trujillo, sino trataron de mantener su autonomía e integridad intelectual. Al final cedieron, atraídos por los beneficios de la colaboración con Trujillo. Aunque los beneficios materiales ciertamente fueron parte de esta atracción, no fueron lo más importante. El motivo esencial para estos intelectuales «verdaderos» (en contraste con los tintilleros hagiográficos, quienes Mateo llama «panegiristas»⁷⁶) era la significación que dio la dictadura a su trabajo intelectual. Por primera vez algunos intelectuales podían tener la sensación de estar cerca del poder político.

Dicho esto, hay que indicar las diferencias entre las posiciones individuales. El trujillato dio literatos como Rodríguez Demorizi o Peña Batlle la oportunidad y los recursos hacer lo que querían hacer más que nada. Aunque tenían que escribir sus frases y artículos hipócritas en honor del Jefe, creían lo que escribieron y pretendían no interesarse de como Trujillo se aprovechara de sus trabajos. Joaquín Balaguer era otro caso. Aprovechaba su inteligencia política y su capacidad de escribir y decir lo que era más conveniente en un momento dado para acumular una influencia política enorme.

Ramón Marrero Aristy era un tercer, y tal vez único, caso. Tenía opiniones bastante fuertes y explícitas en su juventud y una pluma mordaz y aguda. También tenía una personalidad fuerte, exuberante y impulsivo. Se crió fuera de la capital dentro un ambiente social bajo y no intelectual. Su vida de periodista en la capital no cambió su personalidad. Nunca fue un intelectual típico, que se escondió en su escritorio y vivía aislado del mundo popular. Al contrario, este mundo era su principal inspiración. Este hecho puede explicar porque Marrero no escribió más ficción después su ingreso al

⁷⁶ Mateo, *Mito y Cultura*, 95.

gobierno de Trujillo. Puede decirse que en este momento Marrero perdió su inocencia. Rompió su identificación espontánea con las clases populares, así destruyendo su principal fuente de inspiración.⁷⁷ Marrero tenía que vivir con esta angustia. Su colaboración le cortó de la esencia de su intelectualidad. Y aunque trataba adaptarse, nunca logró completamente aceptar su destino de político de oficio. Su franqueza y obstinación era del agrado de Trujillo, pero al final causaron su ruina.

Estas características de la personalidad de Marrero también pueden explicar la fuerza de sus escritos. No solamente por su contenido, sino también por su estilo, los escritos de Marrero una contribución importante a la literatura dominicana. Hemos visto que *Over* tenía un mensaje que fácilmente se podía considerar socialista, pero en el fondo fue antiimperialista y nacionalista. Sin embargo, estas ideas fueron compartidos y expresados por muchos otros autores y en sí no pueden explicar la originalidad de la novela. Hay que buscarla en otra dirección. La fuerza de la novela y sus cuentos era sobre todo en el uso de la perspectiva popular, y sobre todo en la reproducción fabulosa de la lengua y el lenguaje popular. Marrero ha sido el primer escritor dominicano que verdaderamente ha sabido reproducir, y en cierta manera: representar, la voz popular. Dicho en otra manera: sus escritos evocaron la sensación de escuchar directamente al pueblo. Es esta capacidad de acercarse a las clases populares dominicanas que más ha separado Marrero de los otros intelectuales de la época. Y, como he tratado de mostrar, esta capacidad ha sido el elemento esencial en explicando la relación especial entre Marrero y Trujillo.

Será apropiado terminar este artículo con la carta pública que escribió Freddy Prestol Castillo a Trujillo después de la muerte de Marrero. Describió a Marrero como un hijo del pueblo, con una niñez penosa, sin juguetes o amor paternal. Estos orígenes le hacían un «permanente guerrillero». Prestol Castillo no ocultaba que él también había tenido sus pleitos con Marrero, pero siempre fueron

⁷⁷ Puede considerarse significativo que —hasta donde sabemos— Marrero no ha escrito más ficción después su ingreso al gobierno de Trujillo.

solucionados por «una afinidad presionante» y «una común visión sobre problemas dominicanas». Pinta Marrero como un hombre impulsivo e impaciente con un temperamento vivaz, a veces violento. Pero, sobre todo, un hombre solitario, luchando siempre por obligación.

Eternamente flagelado por sus enemigos. Eternamente flagelador, él. Aceptaba el combate siempre. En combatir enemigos no tenía ponderación. Vivió luchando: en la redacción del periódico, cuando su talento llenaba de pavor a los que no lo tenían y advertían la palmera que se habrían de levantar; en el corrillo del café, en la peña literaria y donde quiera. Tenía, sencillamente, un programa: «adelante». Y no cejaba. Por eso, este hombre que acabamos de sepultar ha sido uno de los talentos más castigados hasta llegar a la comprensión y el seguro que le brindó la bondad de Trujillo.

CAPÍTULO 15

«CONSTITUCIONALMENTE BLANCOS»: MANUEL ARTURO PEÑA BATLLE Y JOAQUÍN BALAGUER SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL DOMINICANA

«Pero debo advertirle, señora, que los dominicanos somos constitucionalmente blancos, porque ha sido a título de tales que hemos establecido esta República, que usted no debe confundir con la de Haity, donde los hombres comen gente, hablan francés *patoi* y abundan los *papaluases*. Es bueno que los extranjeros, en particular los yanquis, ¡tengan en cuenta estos pormenores!»¹

Introducción

La historia política de las naciones de América Latina durante los siglos XIX y XX es imposible de entender si no se toma en cuenta el debate en la élite latinoamericana sobre las raíces del ente nacional. La creación de una identidad nacional no fue una tarea fácil, considerando la diversidad étnica de la mayor parte de los estados latinoamericanos y las dificultades que encontraron en convertir a esta diversa población en naciones. La mayor parte de las élites latinoamericanas trataron de fraguar sus naciones en nombre del *progreso*, un concepto que simbolizaba el deseo de una rápida modernización; pero, al mismo tiempo, temían —y a veces resistían— la destrucción de la sociedad «tradicional».

Esta ambigüedad entre una nación modernizante y una retórica nostálgica representa un interesante punto de partida para cualquier análisis de formación de la nación en Latinoamérica. El liberalismo modernizante asociaba el pasado con retroceso y

¹ Moscoso Puello, *Cartas a Evelina*, 1913, 10.

oscurantismo, pero, al mismo tiempo, invocaba al pasado para crear una imagen de estabilidad y coherencia en un mundo amenazado por el crecimiento económico, la migración laboral y la confusión étnica. Nostálgicos llamamientos frecuentemente se referían a un pasado mítico donde la nacionalidad no había sido ambigua ni problemática. Esta vacilante demanda de modernidad también se reflejaba en las políticas étnicas de las recientes naciones-Estado. Muchos intelectuales latinoamericanos habían esperado que la «cuestión racial» se resolviese sola bajo el violento ataque de la modernización. Ellos quedaron amargamente desencantados cuando descubrieron que este no era el caso. El resultado fue parcialmente provocado por las necesidades locales del capitalismo naciente. La mayor parte de las grandes empresas en Latinoamérica y el Caribe pasaron a depender de una mano de obra migrante étnicamente diferenciada. Esto fue una respuesta a la escasez de mano de obra local, pero los capitalistas también tomaron ventaja de la resultante división étnica entre los inmigrantes y la población local para incrementar su control sobre la fuerza de trabajo. De acuerdo a Greenberg, estos crearon mecanismos institucionales para presionar a los grupos racialmente subordinados a formar parte del mercado de trabajo y aceptar empleo en los términos definidos por los empleadores y el estado.²

Las emergentes naciones-Estado de los siglos XIX y XX, confrontando una población étnicamente variada, se aplicaron a la tarea de erradicar las diferencias más extremas y moldear algún tipo de identidad nacional. El mantenimiento de la diversidad étnica en la región y los problemas en dar forma a una nación homogénea condujeron a ideas racistas y al pesimismo de los intelectuales, el cual es frecuentemente mencionado como una característica central del pensamiento social de los nuevos Estados.³

² Stanley B. Greenberg, *Race and State in Capitalist Development: Comparative perspectives* (New Haven-London 1980); y George R. Andrews, *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil, 1888-1988* (Madison 1991).

³ Charles A. Hale, «Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1930», en Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, Vol. IV

En la República Dominicana la situación fue distinta. Aquí el problema étnico fue externalizado; es decir, se dirigía a la población de Haití. El nacionalismo dominicano en el siglo XX se basó en gran parte en la manipulación del miedo dominicano al peligro «negro» que venía del país vecino. Este artículo analiza este proceso político e intelectual, usando los escritos de Manuel Arturo Peña Batlle y de Joaquín Balaguer.

La fragua de una identidad nacional dominicana

El nacionalismo dominicano tenía que empezar de la nada cuando el país logró su independencia en 1844. Después del corto período de intenso colonialismo español en el siglo XVI, España perdió interés en su colonia, descuido que llevó a la pérdida de la parte occidental de la isla en manos de Francia en el siglo XVII. La posesión francesa de Saint Domingue se convirtió en la más exitosa colonia de plantación de su época, imprimiendo a la población de la languideciente colonia española un profundo complejo de inferioridad. Este sentimiento fue intensificado por la manera en que la República Dominicana se independizó de España. De hecho, fue liberada por los esclavos rebeldes de Saint-Domingue, quienes, liderados por Toussaint Louverture, habían dado fin al control francés. Fue después de ser gobernada por el nuevo gobierno haitiano desde 1822 a 1844 cuando la República Dominicana logró su independencia. El hecho de que tuviera que liberarse de una excolonia similar, y no de un poder colonial, ha contaminado desde entonces al nacionalismo dominicano.⁴

(Cambridge: 1988), 367-441. Gordon K. Lewis, *Main Currents in Caribbean Thought. The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900* (Baltimore: 1983).

⁴ En un discurso presidencial con motivo del 150 aniversario de la independencia dominicana, el 27 de febrero de 1994, Joaquín Balaguer de nuevo volvió a este punto, sugiriendo que ese día debiera ser recordado no como el día de la independencia, sino como el de la separación de Haití. Ver *El Siglo*, 28 de febrero 1994, 3: «JB cree a consecuencia de próximos comicios podría haber cambios políticos fundamentales».

La mayoría de la élite blanca —empresarios comerciales y terratenientes— huyó del país al inicio de la ocupación haitiana, y los que se quedaron no estaban en posición de formular los principios de un nacionalismo incipiente. Eran presa tanto de un profundo temor al ejército de la vecina república como de un resentimiento contra la intervención de Francia e Inglaterra en los asuntos de la isla. Así, mientras una ola de antihispanismo barría el continente americano, la élite dominicana, que basaba su posición en la posesión de la tierra y en su ascendencia española, retornaba a sus vínculos con la madre patria. En palabras de Peña Batlle: «Los dominicanos dimos forma a nuestra identidad nacional luchando por seguir siendo españoles».⁵ Esta hispanofilia simbolizaba el deseo de la débil e insegura élite dominicana de asirse a sus ancestros europeos y seguir siendo parte del mundo «civilizado».

Tal ideología fue alimentada por la repugnancia que se sentía por la población ex esclava del vecino Haití. Para muchos dominicanos Haití se tornó, como se verá, en la antítesis de la civilización y el símbolo del barbarismo. Este contraste entre *civilización* y *barbarie* es un tema común en la historia intelectual latinoamericana, pero en la República Dominicana quedó inextricablemente vinculado a la existencia de Haití. Encadenada a un pueblo que menospreciaba y temía, la élite dominicana trató desesperadamente de defender su identidad europea.

Esta actitud llevó, en 1861, a un paso sin precedentes. Después de infructuosas negociaciones con varios poderes europeos (sobre todo con Francia), el general Santana, a la sazón presidente del país, volvió a colocar a República Dominicana bajo la autoridad colonial de la Corona Española.⁶ Nadie sabe qué hubiese ocurrido si España hubiese aprovechado esta segunda oportunidad con más entusiasmo y eficiencia. Pero esto no se produjo y sus ineptas y represivas

⁵ Manuel Arturo Peña Batlle, «El Tratado de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo español» (1952), en *Ensayos históricos* (Santo Domingo: 1989): 61.

⁶ Jaime de Jesús Domínguez, *La Anexión de la República Dominicana a España* (Santo Domingo: 1979).

políticas provocaron inmediatas protestas. A pesar de su compromiso ideológico con la cultura europea, la mayor parte de la élite dominicana no estaba dispuesta a aceptar un *status* subordinado y un nuevo período de colonialismo español. Ya para 1863 estaba en pleno apogeo un movimiento contra el colonialismo, que culminó con la humillante salida de las tropas españolas en 1865.

La aceptación de la dominación española por una parte de la élite dominicana y la casi inmediata resistencia por otra parte, demuestran claramente los dilemas del nacionalismo dominicano.

La política dominicana en los siglos XIX y XX

La República Dominicana era, formalmente, una democracia presidencialista y, a menos que fuesen temporalmente cerrados, el Congreso y el Senado se reunían regularmente. Sin embargo, la brecha social entre la élite y el resto de la población era enorme. A causa de su énfasis en las diferencias entre los grupos sociales y de considerarlos rígidos e inamovibles, Hoetink consideró la sociedad dominicana como una sociedad «aristocrática».⁷ No significa que las diferencias sociales permanecieran totalmente estáticas, sino que la cultura dominicana se caracterizaba por un énfasis en la distancia social. Y esta distancia parcialmente se basaba en la raza. La mayoría de la población tenía antecesores mezclados y podía ser descrita como 'mulata', aunque en el siglo XX el término *indio* se convirtió en el normalmente usado. Las relaciones raciales no eran muy polarizadas, pero las clases dominantes trataban de mantener una línea de color claro. En general se distinguían por una tez más clara y se enorgullecían de sus alegados antecedentes europeos. Se registraron períodos de movilidad social, pero eran rápidamente seguidos por el reagrupamiento de la élite y la creación de nuevas barreras sociales, tan rígidas como las anteriores. Hoetink destaca la interesante paradoja de que el

⁷ Hoetink, *El Pueblo Dominicano*; y Harry Hoetink, «The Dominican Republic, c. 1870-1930», en Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, Vol. V (Cambridge: 1986), 287-305.

creciente impacto del mercado mundial y las relaciones comerciales inicialmente provocaron una mayor movilidad social, que con rapidez dio lugar a nuevas formas de estratificación social rígida: «Cuando la nueva estratificación se cristalizó y se estabilizó, las líneas de demarcación social estaban más claramente definidas y eran más difíciles de cruzar de lo que habían sido antes de que se produjesen los cambios».⁸

Es importante comprender que esta situación dio lugar a una peculiaridad de la sociedad dominicana. Era importante el énfasis en la distancia social, y se originaba en las actitudes negativas de la élite hacia el campesinado y la población pobre en general. Sin embargo, las relaciones paternalistas entre ricos y pobres eran usadas por la élite como un ejemplo de que tales relaciones habían sido «tradicionalmente» buenas y que el entendimiento mutuo entre la élite y el campesinado siempre había sido una característica de la cultura dominicana. Este punto de vista servía para dos propósitos: por un lado, demostraba la benevolencia paternalista y la comprensión social de la élite dominicana, así como la actitud pacífica y el sentido de responsabilidad cívica propio de la población local. Esta idea del carácter armonioso de la cultura dominicana servía, por otro lado, al propósito de diluir las diferencias étnicas y sociales de la sociedad. Así, se convirtió en uno de los mitos esenciales de la ideología nacional dominicana, especialmente en la región norte del país.

La República Dominicana versus el mundo exterior

El nacionalismo dominicano tuvo que confrontar dos obstáculos principales: el subdesarrollo político y económico del país y la diversidad étnica y social de la población. A estos elementos se añadió la influencia del exterior. En las primeras décadas del siglo XX, la sociedad dominicana experimentó drásticos cambios sociales y económicos que provocaron una creciente importancia de las relaciones externas. El desarrollo económico y nuevos vínculos con

⁸ Hoetink, «The Dominican Republic», 296.

la economía mundial hicieron al país más susceptible a las influencias externas. Durante la segunda mitad del siglo XIX, los intereses europeos fueron gradualmente reemplazados por inversiones norteamericanas. Empresarios estadounidenses lograron el control de la industria azucarera y la deuda externa fue administrada por la San Domingo Improvement Company, empresa con su casa matriz en Nueva York. En el proceso, la empresa también tomó control del único ferrocarril estatal del país, el Ferrocarril Central Dominicano, que enlazaba Santiago con Puerto Plata. Así, al empezar el siglo XX los Estados Unidos se tornaron una presencia inevitable en la política dominicana. En 1907, cuando el gobierno norteamericano tomó bajo su responsabilidad las aduanas de la República, la independencia nacional prácticamente desapareció. En retrospectiva, la ocupación del país por Estados Unidos era probablemente inevitable. Más sorprendente puede resultar que durase solo ocho años, hasta 1924.⁹

Para los fines de este trabajo, no interesa tanto la organización práctica de la ocupación norteamericana como sus consecuencias socio-sicológicas e ideológicas. Los ambiguos efectos sociales y psicológicos de la dominación norteamericana en Latinoamérica han sido ampliamente señalados. No eran muy diferentes de los que surgían en África en el mismo período como resultado del colonialismo europeo.¹⁰ Por un lado, tal dominación condujo a un sentimiento de inferioridad de la élite latinoamericana que se tradujo políticamente en la falta de confianza en el futuro de sus naciones. Por otro lado, esto encontró expresión en sentimientos de agresión, envidia y odio contra el poderoso vecino del norte. Hacia fines del siglo XIX, el sentimiento antiyanki se incrementó significativamente a todo lo largo de Latinoamérica. En República Dominicana resultó agravado por la ocupación norteamericana.

⁹ Bruce J. Calder, *The Impact of Intervention. The Dominican Republic during the U.S. Occupation of 1916-1924* (Austin: 1984).

¹⁰ Albert Memmi, *The Colonizer and the Colonized* (Boston 1967) [1957]. Frederic Cooper, et al., *Confronting Historical Paradigms. Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America* (Madison: 1993).

De nuevo, este antiyankismo era profundamente ambiguo. La sociedad dominicana se resistía a la influencia norteamericana, pero, al mismo tiempo, sucumbía a muchos elementos culturales norteamericanos. La persistencia de las peleas de gallos, pese a los esfuerzos de los funcionarios norteamericanos contra este primitivo pasatiempo, puede ser un ejemplo de la primera actitud; y la popularidad del béisbol de la segunda. En cualquier caso, la intrusión y dominio de la cultura norteamericana inspiró un nuevo nacionalismo, más coherente y efectivo, que bien pudo ser el factor más importante en la relativamente rápida salida de las tropas estadounidenses.

El segundo elemento que influyó profundamente el nacionalismo dominicano (y el sentido de identidad étnica del pueblo) fue la vecindad con Haití.¹¹ Después de que Haití obtuvo su independencia, el desarrollo histórico de las dos naciones resultó inextricablemente vinculado. Las relaciones económicas entre las dos partes de la isla siguieron siendo importantes y, como se verá luego, se registró un floreciente comercio fronterizo. Haití estaba más poblado y adelantado en su desarrollo económico; también era militarmente más fuerte, y la élite dominicana sentía profundas dudas sobre la viabilidad de la independencia de su país. Estas dudas se evidenciaron con claridad cuando el país se anexó de nuevo como colonia a España en 1861. La explicación más plausible de esta decisión radica en el miedo a la amenaza haitiana. Aunque la amenaza militar del país vecino desapareció gradualmente, en parte a causa de los tratados de 1874 y 1895, la élite nacional continuó buscando apoyo externo. En varias ocasiones los políticos trataron de anexar el país a Estados Unidos.

En el siglo XX el miedo al poder militar haitiano fue sustituido por sentimientos de desdén respecto a una sociedad con

¹¹ Robin L. H. Derby, «Haitians, Magic, and Money: *Raza* and Society in the Haitian-Dominican Borderlands 1900 to 1937», *Comparative Studies in Society and History*, 36 (1994) 488-526.

crecientes problemas económicos y políticos.¹² El desprecio hacia el país vecino se formuló, en forma creciente, en términos étnicos y raciales. Las diferencias raciales entre la población haitiana predominantemente negra y la población predominantemente mulata de República Dominicana siempre han constituido un factor en las relaciones entre los dos países, pero las transformaciones sociales y económicas que se registraron después de 1870 concedieron más importancia al factor racial. La creciente migración de braceros haitianos a las plantaciones azucareras dominicanas a inicios del siglo XX jugó un papel determinante en este proceso. Por primera vez desde la ocupación haitiana se comenzaron a experimentar importantes confrontaciones entre las dos poblaciones. La pobreza de los trabajadores haitianos provocaba sentimientos de superioridad racial entre los dominicanos. Dichos sentimientos se complementaban con un profundo disgusto de los cortadores de caña respecto a sus condiciones de vida y trabajo.¹³ Aunque muchos observadores dominicanos condenaban las inhumanas condiciones en las plantaciones azucareras, fundamentalmente de propiedad extranjera, los haitianos eran implícitamente culpados por su aceptación pasiva de tales condiciones. Incluso los elementos más conscientes socialmente de la sociedad tendían a interpretar esta actitud como evidencia del primitivismo mental de los braceros migrantes haitianos. Además, los braceros dominicanos visualizaban a los migrantes haitianos como una amenaza a su posición en el mercado de trabajo.

De manera paradójica, la ocupación norteamericana fue otro factor que ratificó la posición de los migrantes haitianos. Durante la ocupación norteamericana de ambos, 1916-1924 en República Dominicana y 1915-1934 en Haití, la fuerza de trabajo de las plantaciones azucareras se hizo exclusivamente haitiana. La memoria social dominicana asoció la inmigración a gran escala de los

¹² Ver Bernardo Vega, *Trujillo y Haití (Vol. I: 1930-1937)* (Santo Domingo: 1988).

¹³ Martin F. Murphy, *Dominican Sugar Plantations. Production and Foreign Labor Integration* (New York: 1991), 129-156.

trabajadores haitianos con el dominio norteamericano. Sin duda, muchos dominicanos culparon específicamente a Estados Unidos (y, en consecuencia, a las empresas azucareras norteamericanas) de la incontrolable invasión de braceros haitianos. Así, los sentimientos antiyanquis confirmaron y reforzaron los sentimientos antihaitianos. Esta conexión negativa todavía se mantiene en ciertos sectores nacionalistas en la actualidad. En estos círculos se acusa a Estados Unidos de subestimar las diferencias culturales entre los dos pueblos. Algunos incluso sospechan que Estados Unidos y otros gobiernos extranjeros secretamente desean unificar los dos países.¹⁴

La tradición del nacionalismo dominicano del siglo XIX y el sentimiento antihaitiano y antinorteamericano más reciente confluyeron en el movimiento nacionalista que surgió en los últimos años de la ocupación norteamericana. Este movimiento proveyó un cuerpo de ideas puesto en práctica durante el período de seis años del presidente Horacio Vásquez y que encontró su expresión más extrema y elaborada durante la larga dictadura de Trujillo (1930-1961). El gobierno trató de cerrar el país a los inmigrantes haitianos, excepto para la migración temporera en las plantaciones azucareras. Comenzó proyectos de colonización con el objetivo de «dominicanizar» la región fronteriza, y cuando eso no funcionó, Trujillo ordenó la notoria matanza de 1937, en la cual miles de migrantes haitianos fueron asesinados por las tropas dominicanas

¹⁴ Tales planes han sido denunciados repetidamente por el ex presidente Joaquín Balaguer, por ejemplo, durante el verano de 1993, cuando se cuestionó una supuesta propuesta francesa de unificación de la isla. La propuesta de Balaguer de celebrar la «separación de Haití», en lugar de la independencia «dominicana», es interpretada por muchos como una impugnación de ese proyecto. Ver el artículo de Pedro Manuel Casals Victoria, que apoya a Balaguer en contra de tal «objetivo desnacionalizante»: «Un discurso nacionalista», *Hoy*, 4 de marzo de 1994. Ver también «Dominican Republic. Politics», *Latin American Weekly Report*, 28 de abril de 1994.

causando un alboroto internacional.¹⁵ Simultáneamente, los intelectuales que rodeaban al dictador convirtieron el nacionalismo dominicano en una ideología hegemónica. Por medio del fortalecimiento de las ideas nacionalistas conservadoras con un sistema de represión implacable, la variante más liberal y democrática de nacionalismo fue llevada a la clandestinidad.

El nacionalismo histórico: Manuel Arturo Peña Batlle

El nacionalismo conservador dominicano, tal como fue formulado durante el régimen de Trujillo se basaba esencialmente en un argumento histórico: Los orígenes de la nación dominicana tenían que hallarse en el período colonial y que, en *status nascendi*, ya existía una identidad nacional en ese período. Los otros elementos de la ideología nacionalista, especialmente el hispanismo y el antihaitianismo, se derivaban de este argumento.¹⁶

Estas ideas del nacionalismo histórico tuvieron su elaboración más profunda en el pensamiento de Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954), un intelectual que después de guardar distancias frente al régimen de Trujillo por casi diez años se convirtió en uno de sus principales ideólogos.¹⁷ Escribió numerosos libros y artículos, todos ellos dedicados a la cuestión de la identidad nacional. Su tesis era relativamente simple. El núcleo de la nación dominicana

¹⁵ Juan Manuel García, *La matanza de los haitianos. Genocidio de Trujillo, 1937* (Santo Domingo: 1983); Bernardo Vega, *Trujillo y Haití (Vol. II, (1937-1938)* (Santo Domingo: 1995); y Freddy Prestol Castillo, *El Masacre se pasa en pie* (Santo Domingo: 1972).

¹⁶ Podría argumentarse que solamente el anticomunismo no encajaba en este mito histórico, pero incluso entonces se argumentaba que la tradición cristiana española de la sociedad dominicana se oponía instintivamente al comunismo ateo. Ver Andrés L. Mateo, *Mito y Cultura en la Era de Trujillo* (Santo Domingo: 1993).

¹⁷ Raymundo González, «Peña Batlle y su concepto histórico de la nación dominicana», *Anuario de Estudios Americanos* 48 (1991): 585-631; Bernardo Vega, «El Peña Batlle sobre el cual no se escribe», en *En la década perdida (Ponencias, conferencias y artículos, 1984-1990)* (Santo Domingo: 1990), 323-325.

fue establecido en el primer siglo de la colonización española. Los colonialistas españoles eran los antecesores directos del pueblo dominicano, por lo que la identidad nacional dominicana debía ser rastreada directamente en la primera etapa de la colonización española. Esta visión era acorde con el nacionalismo dominicano de inicios del siglo XIX, con su adhesión a la madre patria española. La leyenda negra, que jugó tan importante papel en el nacionalismo continental del siglo XIX, adquirió un contenido muy específico en el caso de República Dominicana. Aunque Peña Batlle no deja de mencionar la crueldad de la colonización española y la materialista sed de oro de los primeros colonizadores, no le costó destacar las influencias humanitarias que también existían entre los españoles. Destacando esta «formidable corriente de oposición», escribió:

«Ante las miras absorbentes del imperialismo en América se levantó el opuesto y generoso criterio de los que defendieron la libertad de los indios y abogaron por ella y aún por la autonomía política de los pueblos recién descubiertos».¹⁸

Esta doble valoración del colonialismo español permitió a Peña Batlle destacar la influencia positiva de la herencia española en la cultura dominicana, al tiempo que mantenía la necesaria distancia del anterior amo colonial. Adicionalmente, le permitía afirmar las características positivas de la población indígena al punto de justificar históricamente la rebelión indígena en contra de los españoles en 1520 y defender jurídicamente la soberanía de la población aborigen. En la visión de Peña Batlle, España solamente podía esgrimir derechos de soberanía sobre la isla después de la extinción de los indios.¹⁹

¹⁸ Manuel Arturo Peña Batlle, «Enriquillo o El Germen de la Teoría Moderna del Derecho de Gentes» (1937), en *Ensayos Históricos* (Santo Domingo: 1989), 28.

¹⁹ Peña Batlle, «Enriquillo o El Germen...», 30-32.

El análisis de Peña Batlle sobre el período colonial es, en muchos sentidos, muy crítico respecto a España. Aunque le concedía a España el derecho a la colonización, emitió severos juicios sobre su mala administración. Frente al hecho de un colonialismo inepto, la resistencia era la reacción natural para la población de la colonia. Peña Batlle, en consecuencia, aprobaba muy claramente el comercio ilícito realizado por la población de la isla. Su crítica más áspera era reservada para la política española hacia la parte oeste de la isla. Por medio de las denominadas «Devastaciones» (1605-1606), los españoles abrieron esa región a intrusos extranjeros, conduciendo posteriormente al establecimiento de la colonia francesa de Saint-Domingue. La política española debía ser culpada por el establecimiento de Haití y la división de la isla. Para Peña Batlle un hombre fue responsable de esta situación: el entonces gobernador de la isla don Antonio Osorio, «hombre licencioso, jugador, arbitrario, cruel sin necesidad, nepotista y concusionario». Sobre él recaía toda la culpa de la confusa identidad de República Dominicana:

«Por su manifiesta incapacidad administrativa comprometió el porvenir y dio pie a los más serios problemas sociales que han confrontado y que confrontará la isla. Don Antonio Osorio es el padre de la dualidad social y étnica en que aquella se ha repartido y el causante de la languidez y el abatimiento con que se ha desarrollado la nacionalidad dominicana».²⁰

Desde una perspectiva más amplia, Peña Batlle veía esta política como el símbolo del espíritu desalentador y vacilante de la España agotada de Felipe III.

Para Peña Batlle la política derrotista de España fue, así, la causa esencial de los problemas de la posterior República Dominicana, condenando una identidad nacional vital y saludable a la degeneración. «La destrucción sistemática y organizada de la riqueza

²⁰ Manuel Arturo Peña Batlle, «Las devastaciones de 1605 y 1606» (1938), en *Ensayos históricos* (Santo Domingo: 1989) 85-147, 105-6.

colonial debía producir, fatalmente, el languidecimiento profundo de la población, la miseria, y, en consecuencia, el destronque de la futura nacionalidad».²¹ La política colonial española tuvo no solamente consecuencias económicas y políticas, sino también raciales o étnicas. Antes de las Devastaciones, la isla Española tenía una población homogénea cultural y racialmente, «bien definida por sus raíces puras». Esto contrastaba radicalmente con los profundos conflictos raciales que caracterizarían a la isla posteriormente. Peña Batlle concluye: «La vida colectiva dominicana sería, de ahí en adelante y hasta cierto punto, un caso de patología social».

El análisis de la historia dominicana sirvió de dos maneras a los nacionalistas del siglo XX. En primer lugar, les permitió afirmar su independencia sin ser forzados a negar su herencia española. En segundo lugar, sirvió como una legitimación de la ideología antihaitiana que se desarrolló a partir de las últimas décadas del siglo XIX. La versión de Peña Batlle presuponía que el establecimiento de Saint Domingue y los orígenes de la República independiente de Haití tenían claras implicaciones ideológicas. Su interés en el colonialismo francés se refería a un solo elemento: la importación de cientos de miles de esclavos africanos en la colonia francesa. La sociedad esclavista que se formó en la parte occidental de la isla tendría consecuencias de largo alcance para el futuro de toda la isla, cuya problemática historia fue el resultado directo de la coexistencia forzada de dos culturas: la cultura negra de inspiración africana en el oeste y la cultura blanca de inspiración española en el este.

El énfasis de Peña Batlle en las diferencias culturales y raciales en la isla se basaba en su rechazo al sistema esclavista francés. Los franceses trataban a sus esclavos con tanta crueldad que estos no tenían la posibilidad de una vida decente, humana. Las condiciones de vida inhumanas tuvieron negativas consecuencias en el desarrollo cultural de la población esclava. En el ensayo sobre los orígenes del estado haitiano, publicado póstumamente en 1954, escribía: «No contaba con ninguna de las facilidades materiales que necesita un

²¹ Peña Batlle, «Las devastaciones de 1605 y 1606», 131.

ser humano para desenvolverse entre sus semejantes». ²² Al negarles tanto el buen trato como una apropiada educación religiosa, los esclavistas franceses impidieron a los esclavos cualquier progreso moral. Esta conjunción de procesos históricos tuvo efectos desastrosos sobre la cultura y la identidad de la población esclava:

«Producto directo del pingüe e infame comercio negro con que se deshonraron las potencias protestantes en los siglos XVII y XVIII, la población de la colonia, en su inmensa mayoría no evolucionó hacia ninguna forma de cultura, ni fue jamás favorecida, por ninguna directiva del espíritu, ni por ninguna función política organizada, que le permitiera a aquellas gentes iniciarse en un proceso de integración nacional». ²³

Cuando finalmente los esclavos entablaron su —justificada— lucha por la libertad, no se hallaban exentos de un sentimiento nacional. No obstante, después de su victoria, fueron incapaces de participar en la comunidad de las naciones civilizadas.

Peña Batlle no tuvo tiempo para finalizar su análisis de la historia de la isla en el siglo XIX y no tuvo la oportunidad de elaborar sus ideas sobre el desarrollo del nacionalismo dominicano. Sin embargo, indicó los probables contornos de su análisis en algunos estudios cortos. Su análisis se centraba alrededor de dos personas. La primera, no sorprendentemente, era uno de los padres de la independencia, Juan Pablo Duarte. Inviéndolo con dimensiones de santo, Peña Batlle lo presentaba como «el verdadero y único fundador de la conciencia nacional dominicana». ²⁴ El otro héroe de

²² «La versión de Peña Batlle sobre la actitud francesa es sucintamente resumida: «El negro esclavo de la colonia francesa era lo mismo que una bestia, y como tal fue tratado». Ver Manuel Arturo Peña Batlle, «Orígenes del Estado Haitiano» (1954), en *Ensayos históricos* (Santo Domingo: 1989), 154.

²³ Manuel Arturo Peña Batlle, «Orígenes del Estado Haitiano», 155.

²⁴ Peña Batlle, «Prólogo a la Antología de Emiliano Tejera» (1950), en *Ensayos históricos* (Santo Domingo: 1989), 183-206, 191.

Peña Batlle era menos predecible. Realmente es difícil de imaginar a una persona más diferente de Peña Batlle, el intelectual retirado, que el rudo terrateniente Pedro Santana, quien era vilipendiado por muchos dominicanos por haber vendido el país a España en 1861. La complejidad del pensamiento de Peña Batlle se evidencia claramente en su interpretación de este episodio de la historia dominicana. Según él, el general Pedro Santana había estado combatiendo las invasiones haitianas durante casi veinte años antes de finalmente darse cuenta, «con gran repugnancia personal», que solo la protección de un poder europeo podía salvar a la naciente república.²⁵ Su decisión de anexar República Dominicana a España, en consecuencia, debiera ser vista como un signo de profundo sentir nacionalista.

Esta interpretación histórica de la anexión a España en 1861 cierra el círculo del pensamiento de Peña Batlle. Es claro que para él la Española debió permanecer como una isla no dividida en manos de España. Visualizaba al pueblo dominicano como una nación que había sido despojada de sus derechos de soberanía.²⁶ La conciencia criolla que se había ido desarrollando en el siglo XVI había sido frustrada, primero por el derrotismo español y luego por la división política y étnica de la isla.²⁷ La existencia de Haití, así, era central en su análisis del nacionalismo dominicano. Este fue también el ulterior motivo para sus escritos de historia haitiana, como se revela en una corta frase contenida en su erudita interpretación

²⁵ Peña Batlle, «Prólogo a la Antología de Emiliano Tejera», 193.

²⁶ Vale la pena mencionar que la idea de Peña Batlle sobre la nación dominicana es en alguna forma confusa. En su trabajo sobre el período colonial, el nacionalismo es simbolizado por la población criolla que trataba con los bucaneros en contra de los deseos de España. En su último trabajo, el nacionalismo es enarbolado por la colonia española combatiendo a los intrusos foráneos.

²⁷ Su énfasis en una conciencia «criolla» dominicana es claro cuando describe la resistencia de la población dominicana a la política colonial española materializada en las Devastaciones. Esta resistencia fue, en su opinión, el resultado de «un verdadero movimiento revolucionario que determinaron causas puramente criollas, intereses exclusivamente dominicanos». Peña Batlle, «Las Devastaciones...», 125.

de la Revolución Haitiana. Escribe: «[D]eseamos solamente determinar con precisión y con la mayor claridad posible el contenido social é ideológico de aquel movimiento para relacionarlo con el proceso de la formación nacional dominicana (...)».²⁸ Para Peña Batlle y otros nacionalistas conservadores, el nacionalismo en República Dominicana estaba, así, inextricablemente vinculado a la existencia del Estado haitiano.

Es interesante notar que, a pesar de su negativa visión del pueblo haitiano, Peña Batlle enfatiza que su juicio se refiere únicamente a las masas de haitianos pobres. Para él la élite haitiana no constituía el tema. Como observa cínicamente: «Este tipo no nos preocupa porque no nos crea dificultades; ese no emigra».²⁹ Este intento de excluir a la élite haitiana de la ideología antihaitiana ha continuado siendo una preocupación de la élite intelectual dominicana hasta la actualidad. Puede ser explicado por los numerosos contactos económicos y políticos entre las élites gobernantes de ambos países, los cuales, a pesar de tanta retórica hostil, han caracterizado sus relaciones en los siglos XIX y XX.

Hacia un nacionalismo racial: Joaquín Balaguer

Las ideas de Peña Batlle fueron compartidas por muchos otros intelectuales dominicanos antes de la dictadura de Trujillo y, sobre todo, durante la misma, aunque ninguno se aproximó a su sofisticación.³⁰ Durante el régimen de Trujillo y después, el análisis histórico de Peña Batlle acerca de los orígenes del nacionalismo dominicano se transformó en una justificación mecánica, a menudo abiertamente racista, de la superioridad dominicana respecto a Haití. Algunos estudios han subrayado el papel de Joaquín Balaguer en este giro

²⁸ Peña Batlle, «Orígenes del Estado Haitiano», 177.

²⁹ Manuel Arturo Peña Batlle, *La Frontera de la República Dominicana con Haití* (Ciudad Trujillo: 1946), 89.

³⁰ Ver Rafael Augusto Sánchez, *Al cabo de los cien años. Tentativa de una justificación histórica* (Santo Domingo: 1976). Ángel S. del Rosario Pérez, *La exterminación añorada* ([Santo Domingo]: 1957).

intelectual.³¹ Balaguer fue uno de los colaboradores más cercanos de Trujillo y detentó importantes posiciones en el régimen de este. Siguió siendo un prominente político en el período posterior a la muerte de Trujillo, ocupando la presidencia durante muchos años. De tal manera, se tornó en el símbolo de la continuidad del nacionalismo conservador dominicano del siglo XX. *La isla al revés* fue publicada en 1983, libro donde repite, a veces en forma literal, las ideas que expuso en 1947 en *La realidad dominicana*. Esas ideas pueden ser tomadas como las más representativas del nacionalismo de corte racial que alcanzó tanta importancia en la sociedad dominicana del siglo XX.

El trabajo de Balaguer trata acerca de los mismos temas que los de Peña Batlle y en algunos puntos sus interpretaciones de la historia son idénticas (por ejemplo, en los juicios acerca de Pedro Santana y la Anexión a España). Sin embargo, también hay diferencias importantes entre ellos. Toda la elaboración de Peña Batlle está dedicada a desenmarañar los complejos orígenes históricos de la nación dominicana. Balaguer, por el contrario, da como un hecho comprobado la existencia de una nación dominicana homogénea. Para él, el pueblo dominicano siempre se ha caracterizado por su cultura europea y sus antecedentes hispánicos. En contraste con la visión histórica de Peña Batlle, la interpretación de Balaguer de la cultura dominicana es inherentemente estática. Prácticamente no realiza esfuerzo alguno por analizar la cultura dominicana, soslayando los cambios que ha experimentado. En su visión, los dominicanos son básicamente españoles, cuyas características raciales y culturales han permanecido incambiadas desde que los primeros colonizadores ocuparon la isla. Balaguer escribe que

³¹ Meindert Fennema y Troetje Loewenthal, *Construcción de raza y nación en República Dominicana* (Santo Domingo 1987.) Jesús M. Zaglul, «Una identificación nacional “defensiva”: El antihaitianismo nacionalista de Joaquín Balaguer: Una lectura de “La isla al revés”», *Estudios Sociales*, 87 (1992): 29-65. Murphy, *Dominican Sugar Plantations*, 135-139. Carlos Dore Cabral, «La inmigración haitiana y el componente racista de la cultura dominicana (Apuntes para una crítica a “La isla al revés”», *Ciencia y Sociedad*, 10 (Ene-Mar 1985): 61-70.

Santo Domingo es «por instinto de conservación» la nación más española y tradicional de América.

Todos los elementos de la sociedad dominicana, pasados y presentes, que no se acomodan al patrón del ideal español, Balaguer considera como resultado desafortunado de perniciosas influencias extrañas, y en su visión todas se reducen a una: la de Haití. Percibe a Haití como el principal enemigo de la nación dominicana, y su trabajo es una larga diatriba en contra del pueblo haitiano. Para él, el conservadurismo cultural y la pasividad del pueblo dominicano fueron reacción directa a la amenaza cultural y racial que planteaban los haitianos: «[S]e ha aferrado, sin embargo, a su abolengo español como un medio de defenderse de la labor desnaturalizante realizada contra él por el imperialismo haitiano».³²

Lo anterior conduce a otra importante diferencia entre Balaguer y Peña Batlle. El primero sustituye los argumentos históricos por los biológicos o racistas. Donde Peña Batlle lamentaba el establecimiento de otro estado soberano en la isla «española» y trataba de analizar sus consecuencias para la nación dominicana, el trabajo de Balaguer se dirige en contra de los orígenes «africanos» (o «etíopes») del pueblo haitiano.³³ Todo su análisis de la historia de la isla se basa en supuestos biológicos y raciales que pertenecen al pensamiento social darwinista eugenésico de fines del siglo diecinueve y principios del veinte. Parte de dos supuestos interrelacionados: el primero, que es posible distinguir una jerarquía racial en la población mundial, en la cual la raza blanca (o caucásica) se halla en la cima y la raza negra (o africana) en el fondo; segundo, que la mezcla de razas o mestizaje causa degeneración inevitable así como amenaza para la vitalidad de la raza superior.³⁴

³² Joaquín Balaguer, *La isla al revés. Haití y el destino dominicano* (Santo Domingo: 1985 [tercera edición]), 63.

³³ Pocas personas han advertido la ausencia de ideas racistas en el pensamiento de Peña Batlle. Esta observación es mencionada en Mateo, *Mito y Cultura...*, 175.

³⁴ Es interesante advertir que la supuesta homogeneidad racial de la población haitiana es, según Balaguer, la principal razón por la que los dominicanos temen su influencia. Para él, la mezclada población dominicana

Estos dos supuestos conforman los fundamentos básicos del trabajo de Balaguer como ocurre con otras teorías similares basadas en lo racial que encontraron soporte en otros puntos del continente. Sin embargo, mientras la mayoría de las élites latinoamericanas fundaron su jerarquía racial dentro de las fronteras nacionales, en el caso dominicano esto se expresó en relación a otra nación.

Se puede sintetizar el discurso racial de Balaguer de la siguiente manera: El pueblo dominicano constituye una nación blanca, hispánica, que desde el siglo XIX ha estado amenazada por las tendencias imperialistas de otra nación, la cual a causa de sus orígenes africanos era inferior en muchos sentidos. Debido a esta naturaleza primitiva, la población haitiana procreaba mucho más rápidamente que la dominicana. Tal supuesto constituye la piedra angular de lo que Balaguer llama «imperialismo haitiano»: la continua presión haitiana sobre los recursos de República Dominicana. Los vínculos entre dominicanos y haitianos y la mezcla de razas condujeron al debilitamiento de la raza dominicana. Esta tendencia, en sí misma, amenazaba la nación dominicana, pero fue empeorada por otros factores. Los haitianos no tienen educación, portan enfermedades epidémicas y carecen de valores morales (esto último se evidencia sobre todo por su promiscuidad). Donde quiera que haya contacto con grupos de haitianos se hace visible una degeneración en la moral y poder espiritual de la población dominicana. La indolencia de gran parte de la población dominicana debe ser explicada por la perniciosa influencia de los inmigrantes haitianos.

Otra fuente del nacionalismo de Balaguer radicaba en la modalidad dominicana de campesinismo. Al igual que en otros lugares de América Latina, tanto los intelectuales conservadores como los liberales presentaban al agricultor a pequeña escala como el fundamento real de la identidad nacional. Se presentaba al campesino como el símbolo de la identidad criolla, dotado de las cualidades esenciales de la dominicanidad. El campesino dominicano era simple pero honesto; pobre pero feliz; violento e iracundo pero

es más débil que la haitiana porque «los haitianos son un pueblo más homogéneo racialmente»; citado en García, *La matanza...*, 10.

generoso. Y, por supuesto, ¡era un hombre! En las palabras exaltadas de un periódico dominicano:

El campesino es el más excelente criollo. Ama sus bueyes, su tierra y su mujer que forman su patria rural y su familia (...). Su carácter es franco, sus maneras sencillas, su afecto sincero y su amistad tan constante que hace nobles sacrificios en prueba de su lealtad... El campesino es el más feliz dominicano. En su campo vive pacífico, a su comodidad, inocente, alejado de la corrupción (...).³⁵

En la versión dominicana de esta visión a menudo hubo una sugerencia en el sentido de que el mítico campesino era un blanco español criollo. En consecuencia, apela al nacionalismo conservador, especialmente en el siglo veinte, cuando la destrucción de la sociedad rural tradicional provocó una nostalgia romántica por el pasado. Tal actitud pudo llevar a un amoroso y atento observador de la sociedad rural como Ramón Emilio Jiménez a convertirse en un prominente partidario del régimen de Trujillo.³⁶ También es discernible una clara corriente campesinista en los escritos (y programa político) de Balaguer, quien presenta al campesino «puro» como el símbolo de los valores tradicionales dominicanos.

Es interesante advertir que la visión de Balaguer acerca del poder espiritual de la población rural dominicana está fuertemente influenciada por ideas machistas. Nancy Leys Stepan ha enfatizado claramente que el pensamiento darwinista social también implicaba una visión específica de las relaciones de género y del sexo femenino en particular.³⁷ Esta regularidad se comprueba en el caso

³⁵ *El Diario*, 3063 (16 de octubre de 1912): «Los dominicanos: a los extranjeros, tal como somos» (Julio Acosta). Esta visión también puede ser observada en el trabajo de José Ramón López. Ver José Ramón López, *El gran pesimismo dominicano: José Ramón López* (Santiago: 1975).

³⁶ Ramón Emilio Jiménez, *Al amor del bohío* (2 tomos) (Santo Domingo: 1927); *Trujillo y la Paz* (Ciudad Trujillo: 1952).

³⁷ Nancy Leys Stepan, «*The Hour of Eugenics*». *Race, Gender, and Nation in Latin America* (Ithaca-London: 1991).

de Balaguer. Los hombres dominicanos tienen que proteger a sus mujeres contra los hombres haitianos; las toman cuando desean y generalmente dominan sus vidas. La advertencia implícita en el trabajo de Balaguer es que la superioridad masculina constituye un elemento esencial de la identidad dominicana, que resulta amenazado por la influencia degenerativa de los incursores haitianos.³⁸

La importancia del análisis de Balaguer no reside en su sofisticación. Por el contrario, contiene una amalgama de opiniones tan idiosincrática, de oportunismo político y de prejuicios, que no puede soportar ninguna crítica científica. Tantas personas han tratado de pelear enconadamente con estas ideas debido a que Balaguer ha sido una importante figura política hasta la actualidad. Fennema y Loewenthal probablemente tienen razón en su juicio de que Balaguer adopta una posición extremista en la discusión racial en República Dominicana.³⁹ Al mismo tiempo, estas ideas han demostrado no ser obstáculo al amplio apoyo político de que ha gozado. La posición racista extrema que Balaguer ha defendido durante más de cincuenta años no ha entorpecido su ininterrumpida carrera política. Por el contrario, ha gozado del apoyo de una gran parte de la población dominicana y ha resultado electo presidente en dos elecciones honestas, en 1986 y 1990. Por supuesto, puede ser que este apoyo no haya sido el resultado de sus ideas antihaitianas, pero estas, claramente, tampoco han enturbiado sus oportunidades. Es importante, entonces, trazar la relación entre esta ideología nacionalista y la cosmovisión de la población dominicana, con sus nociones populares de nacionalismo.

Visiones populares de la identidad dominicana

No hay duda de que la existencia de Haití y las diferencias entre haitianos y dominicanos siempre han jugado un papel importante en la cultura nacional dominicana. Los sentimientos

³⁸ La visión machista de Balaguer llega a su culminación en su novela *Los carpinteros*, publicada en 1984 y reimpresa muchas veces.

³⁹ Fennema y Loewenthal, *Construcción de raza y nación*, 63.

antihaitianos ya existían en el siglo XIX. La ocupación del país por tropas haitianas y el peligro de invasión después de la independencia dominicana crearon antipatías mutuas y estereotipos hostiles. La animosidad dominicana fue atizada por la superioridad de la economía haitiana y la dependencia dominicana frente a las importaciones haitianas en el siglo XIX. Hubo resentimientos entre políticos y comerciantes en República Dominicana. El antihaitianismo se hizo más evidente en tiempos recientes con la omnipresencia de trabajadores migrantes haitianos en la sociedad dominicana. Mientras que la fuerza de trabajo haitiana estaba esencialmente confinada a los ingenios azucareros hasta fines del régimen de Trujillo, la mano de obra haitiana barata se ha tornado esencial para la economía dominicana en la actualidad. Empresas agrícolas, obras públicas e industrias se han hecho dependientes de los trabajadores haitianos. La cultura haitiana es considerada, así, como la verdadera antítesis de la dominicanidad.⁴⁰

En este contexto, el antihaitianismo dominicano se ha tornado proverbial en la actualidad, y la mayor parte de los estudios sobre República Dominicana destacan la naturaleza racista del nacionalismo dominicano⁴¹ Tales juicios normalmente son sustentados mediante las citas de opiniones de políticos dominicanos, sobre todo y a veces exclusivamente de Joaquín Balaguer. Este procedimiento de igualar las opiniones de los líderes políticos con las del pueblo dominicano es incentivado por el hecho de que las políticas antihaitianas a menudo han sido legitimadas haciendo referencia al sentir popular. A lo largo de la historia dominicana, intelectuales y políticos han tratado de hacer creer que hablan a favor del pueblo. Los nacionalistas conservadores reiteradamente han insistido en que actuaban como meros portavoces de ideas vivas en la población (rural). Un ejemplo elocuente de esta tendencia se puede

⁴⁰ Rafael Emilio Yunén Z., *La isla como es: Hipótesis para su comprobación* (Santiago: 1985), 183 y ss.

⁴¹ Ernesto Sagás, «A Case of Mistaken Identity: *Antihaitianismo* in Dominican Culture», *Latinamericanist*, 29 (1993): 1-5.

encontrar en una carta de Balaguer a intelectuales colombianos, escrita en 1945, justificando la matanza de haitianos en 1937:

Los sucesos de 1937, los cuales los enemigos del gobierno dominicano han tratado de pintar en el exterior como una inicua masacre de enormes masas haitianas, fueron el estallido en el alma de nuestros campesinos, de un sentimiento de protesta contra cuatro siglos de depredaciones realizadas en las provincias del norte del país por bandos de merodeadores haitianos.⁴²

Observaciones similares se pueden encontrar en períodos más recientes. Son a menudo creídos sin más o, al menos, aceptados como evidencia de un antihaitianismo popular.

Sin embargo, hay que preguntarse cuánta importancia tiene este antihaitianismo cotidiano y si ha sido un componente constante de la cultura popular. En el mismo campo, donde los niños asustan a otros con cuentos de brujas haitianas, los adultos trabajan amigablemente junto a trabajadores haitianos. Estas relaciones de trabajo a menudo conducen a cordiales relaciones personales. Muchos dominicanos han hecho todo lo posible para aliviar las difíciles condiciones de vida de los haitianos. Incluso en todas las reconstrucciones detalladas de la masacre de 1937 no aparecen indicaciones de que ningún segmento de la población dominicana participase espontáneamente en el acorralamiento y asesinato de los haitianos. Por el contrario, Robin Derby y Richard Turits han puesto el énfasis en que muchos dominicanos trataron de ayudar a las víctimas haitianas.⁴³ Adicionalmente, es advertible que, a pesar del antihaitianismo supuestamente generalizado en la población dominicana, nunca ha surgido un fuerte movimiento popular antihaitiano.

⁴² Citado en Carlos Cornielle, *Proceso histórico dominico-haitiano. Una advertencia a la juventud dominicana* (Santo Domingo: 1980), 244.

⁴³ Robin L. H. Derby, y Richard Turits, «Historias de terror y los terrores de la historia: La masacre haitiana de 1937 en la República Dominicana», *Estudios Sociales*, 92 (1993): 65-76.

La explicación de esta aparente contradicción tiene una doble faceta. Una parte de la respuesta radica en que el nacionalismo autoritario en República Dominicana provocó el contraste a una corriente de pensamiento nacionalista más democrático y flexible. Tal nacionalismo liberal fue menos poderoso y careció de la coherencia y elaboración de su rival autoritario, pero ha aportado una alternativa ideológica en la arena política dominicana. Una creencia fundamental en los principios democráticos y humanitarios conforma las bases de esta tendencia. Aunque la ausencia de éxito político a menudo condujo a los liberales a políticas pragmáticas y colaboración con regímenes autoritarios, la ideología democrática proveyó una visión diferente de la sociedad en lo esencial. Fue complementada por una actitud cosmopolita que dio al liberalismo dominicano un sabor muy distinto y que claramente lo distinguió del nacionalismo conservador. Personas como Gregorio Luperón, José Martí, Ramón Betances, Máximo Gómez y Eugenio María de Hostos creían que los problemas étnicos y sociales de las naciones del Caribe solamente podrían ser resueltos en forma colectiva. Ellos defendían un nacionalismo pancaribeño, en el cual color, lengua y etnicidad no importaban y donde la lealtad nacionalista al país de cada quien se complementaba con una solidaridad regional o incluso se sumergía en ella.⁴⁴

Esta visión liberal de la misma manera implica un análisis específico acerca de la sociedad dominicana y de la esencia de su identidad. Para describir tal identidad, San Miguel sugiere el término mulatismo, el cual pondera como la variante dominicana de un cosmopolitismo más amplio.⁴⁵ Donde los conservadores implícitamente o explícitamente favorecían una sociedad jerarquizada, en la cual las clases estuvieran constituidas, en mayor o menor medida, de acuerdo a líneas étnicas o raciales, los liberales trataban

⁴⁴ Lewis, *Main Currents...*, 264 y ss.

⁴⁵ Pedro L. San Miguel, «Discurso racial e identidad nacional en la República Dominicana», *Boletín del centro de investigaciones históricas* (San Juan, Puerto Rico), 7 (1992): 69-120; y Pedro Andrés Pérez Cabral, *La Comunidad Mulata. El caso sociopolítico de la República Dominicana* (Caracas: 1967).

de incorporar a todas las clases y grupos de color en el proyecto de dominicanidad.

Esta visión democrática y no racista quedó expresada a cabalidad en el trabajo de Pedro Francisco Bonó.⁴⁶ Este rechazó la idea de un «exclusivismo racial», existente tanto en Haití como en República Dominicana. En su lugar, abogó por la aceptación de la heterogeneidad racial de la nación dominicana y de sus diversas raíces raciales, culturales y étnicas. Su viabilidad se reforzaba por medio de la inclusión de una defensa más aceptable del campesinado dominicano. El mulatismo de Bonó mostraba, al igual que en otros ideólogos liberales, un paternalismo benevolente hacia los sectores pobres de la sociedad. De acuerdo a esta postura, se favorecía una economía nacional basada en la agricultura a pequeña escala y una división igualitaria de la riqueza. Generaciones subsiguientes de liberales desarrollaron otras formas de pensamiento social y democrático que han influenciado la sociedad dominicana. Como tales, han servido como reserva para la inspiración a los oponentes del autoritarismo y del nacionalismo conservador hasta el presente.

Otro aspecto de la pregunta relativa a la influencia del antihaitianismo en la cultura popular se puede encontrar en la historia del comercio fronterizo. A lo largo del siglo XIX y durante una gran parte del siglo veinte, existió un floreciente intercambio en la frontera. Los comerciantes haitianos viajaban de mercado en mercado a través del campo dominicano con sus mercancías cargadas sobre mulos. Ellos pululaban por todo el país y se hicieron familiares en ciudades como Santiago y Santo Domingo. En sentido inverso, los terratenientes dominicanos vendían su ganado en Haití. Esta actividad se llevaba a cabo en los mercados periódicos que se organizaban primero alrededor de la capital haitiana. En la frontera se tejieron múltiples relaciones sociales y políticas, y era tan normal para los dominicanos llegar a Port-au-Prince, como a los mercaderes haitianos viajar a República Dominicana. Cobró existencia

⁴⁶ Emilio Rodríguez Demorizi (ed.), *Papeles de Pedro F. Bonó* (Barcelona: 1980); y Raymundo González, *Bonó, un intelectual de los pobres* (Santo Domingo: 1994).

una sociedad fronteriza, más allá del control de ambos estados, de acuerdo a una lógica y dinámica propias.⁴⁷

La población dominicana parece haber ignorado, en gran medida, el poderoso prejuicio antihaitiano que se desarrolló en los círculos políticos e intelectuales en los siglos XIX y veinte. Tentativamente se puede suponer la existencia de una ideología popular alternativa, que rechaza las invocaciones políticas de los haitianos como los enemigos en lo racial y cultural. Un argumento favorable para tal interpretación se encuentra en el apoyo popular de que gozó la ocupación haitiana de 1822 a 1844.⁴⁸ Otro argumento consiste en que no ha surgido ningún movimiento antihaitiano agresivo en los sectores populares de la República Dominicana. Puede ser significativo que incluso los intentos del naciente movimiento obrero para explotar sentimientos antihaitianos al inicio del siglo veinte apenas tuvieron éxito.

No significa que no haya preocupación de las diferencias somáticas, pero este sentimiento parece tomar una dirección distinta. Aunque nunca se ha formulado una ideología mestiza (o mulata) coherente en la República Dominicana, como ha sido el caso de México, muchos dominicanos aceptan, a menudo con orgullo, su ascendencia mezclada. Han transformado el término «indio», el cual se ha utilizado sobre todo para negar la herencia africana en República Dominicana, como criterio del carácter mezclado de la población. Pocos dominicanos dudan en admitir que la población está mezclada. Vale la pena destacar que tal actitud se observa con más claridad entre las clases pobres, tanto de zonas rurales como urbanas. Lo anterior sugiere que las actitudes raciales en la República Dominicana tienen, al menos parcialmente, un referente clasista. Mientras que los integrantes de la élite tratan de presentarse a sí mismos como representantes del mundo blanco y europeo, los dominicanos pobres aceptan su herencia

⁴⁷ E. C. Palmer, «Land Use and Landscape Change along the Dominican-Haitian Borderlands», disertación no publicada, University of Florida, 1976.

⁴⁸ Vega, *Trujillo y Haití...*, I:17.

mestiza o negra. Adicionalmente, todos están conscientes de que viven en una sociedad en que las diferencias raciales desempeñan funciones sociales y políticas de importancia. Ellos no están convencidos por las sugerencias de las clases dominantes, en el sentido de que viven en una sociedad «blanca» homogénea. Para ellos las diferencias raciales primordialmente acentúan las diferencias sociales con las que están familiarizados.

Todo lo anterior puede conducir a una hipótesis interesante. En contraste con la situación que por ejemplo se produce en Europa, donde las ideas racistas se originan entre las clases pobres y medias que se sienten amenazadas por los inmigrantes, en la República Dominicana las mismas tienen su fuente en la élite. Hasta que se encuentren métodos para investigar y analizar el rejuego entre las mentalidades existentes y la propaganda políticamente manejada, resultará imposible aseverar la solidez de esta interpretación. Las visiones populares están ciertamente influidas por ideas antihaitianas y existe una preferencia popular por características somáticas «blancas», pero los sentimientos populares parecen haberse desarrollado con bastante independencia de la propaganda política de la élite.

Conclusión

En este artículo se ha tratado de describir dos construcciones diferentes sobre la etnicidad dominicana: una contenida en las ideologías políticas de la élite y la otra escondida en los supuestos cotidianos de la población.

Se ha sugerido en este artículo que los historiadores y científicos sociales deben ser muy cuidadosos al interpretar las ideologías étnicas y nacionalistas expresadas por las élites. Muy a menudo estas ideologías son tomadas al pie de la letra y, más o menos implícitamente, aceptadas como representativas de la percepción popular. Se debe enfatizar que las ideas de las élites latinoamericanas fueron moldeadas por las condiciones peculiares de las que emergieron. En ese sentido, deben ser consideradas como intentos de responder a un mundo rápidamente cambiante. Esas élites han apoyado el progreso y la modernización, pero,

al mismo tiempo, quedaron horrorizadas por sus consecuencias, que amenazaron con destruir el orden tradicional y la autoridad patriarcal. Esta ambigüedad ha tendido a ser reforzada por los intelectuales de clase media, frustrados por su incapacidad para influir en los acontecimientos. En Latinoamérica, consecuentemente, las ideologías de la élite en los siglos XIX y XX han combinado nostalgia por un pasado idílico con una demanda frenética de modernización.

En República Dominicana este proceso condujo a un nacionalismo ambiguo, basado alrededor de un mitológico pasado español. Las visiones conservadoras de Peña Batlle y Balaguer deben ser consideradas, en primer lugar, como negaciones o, incluso, rechazos de las consecuencias sociales de la modernización. Tal escape de la historia no pudo, sin embargo, resolver sus dificultades intelectuales. Al tiempo que se aceptaban la etnicidad y cultura hispánicas como fundamentos de la nación dominicana, el colonialismo español quedaba responsabilizado por la incursión de los franceses y la división de la isla.

Es mi opinión que el antihaitianismo popular en la República Dominicana podría ser mucho menos virulento que lo que nos han querido hacer creer la élite dominicana y muchos observadores extranjeros. Si este es el caso, puede tratarse de un reflejo de la rápida aceptación de la modernización entre las clases más pobres de la sociedad dominicana. En tanto que la élite ha temido a la modernización y ha resentido la pérdida de los privilegios tradicionales, la mayoría de los pobres dominicanos parecen haber recibido con agrado las nuevas oportunidades ofrecidas por los cambios sociales y económicos en su país. Aquellos que han resistido a estos cambios parecen haber sido la minoría, pues la mayoría de los dominicanos muestran una aceptación pragmática de los nuevos estilos de vida. Esta actitud se puede ver en la migración masiva de las clases populares. Se debe destacar que este pragmatismo resulta muy obvio entre las mujeres.⁴⁹ Esto de

⁴⁹ Patricia R. Pessar, «Kinship Relations of Production in the Migration Process: The Case of Dominican Emigration to the United States», New York

nuevo sugiere que entre los estratos más pobres la disposición a aceptar cambios también se vincula a la posición social y los privilegios acarreados.

En el caso dominicano, las diferencias étnicas y raciales entre la élite y la masa de la población eran muy vagas, pero al tiempo que minimizaba la heterogeneidad racial de su sociedad, la élite «externalizaba» el argumento racial. Este fue explotado para definir la identidad dominicana respecto al vecino haitiano. A pesar de tales intentos de forjar una identidad nacional, los conservadores dominicanos no pudieron cerrar sus ojos al carácter racialmente mixto de la población dominicana. En lo cotidiano, a menudo, ellos mismos participaron en la pragmática actitud étnica de la mayor parte de los dominicanos, que podría llegar a calificarse de «liberal». Pocos dominicanos han favorecido la segregación racial y, a pesar de los estereotipos problancos, los diferentes grupos raciales y étnicos se mezclan sin muchos problemas, incluso en los círculos conservadores.

Las ideologías conservadoras trataron de encubrir —o al menos de quitar énfasis a— la heterogeneidad étnica de la sociedad dominicana mediante la construcción deliberada de un enemigo común. El antihaitianismo sobre el cual la élite dominicana basó su propaganda nacionalista no pudo, sin embargo, esconder la ambigüedad fundamental en el nacionalismo dominicano. Su negativa a aceptar las consecuencias de la modernización y de la diversidad étnica de su propia población impidió a la élite dominicana crear una ideología coherente de dominicanidad. Tal vez sea una ironía de la historia que tal ideología puede tan solo ahora estar en proceso de construcción —«a distancia»— en Nueva York, donde los dominicanos, como otros inmigrantes caribeños, sienten una urgente necesidad de definir su identidad nacional.⁵⁰

University, Occasional Papers, No. 32. 1982. Sherri Grasmuck y Patricia R. Pessar, *Between Two Islands. Dominican International Migration* (Berkeley: 1991).

⁵⁰ Ver Benedict R. O'G Anderson, *Long-Distance Nationalism: World Capitalism and the Rise of Identity Politics* (Amsterdam: 1992). También Philip Kasinitz, *Caribbean New York. Black Immigrants and the Politics of Race* (Ithaca-London: 1992).

CAPÍTULO 16

RAZA Y NACIÓN EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Las relaciones sociales y políticas entre la República Dominicana y Haití, y especialmente sus significados raciales y étnicos, son extremadamente difíciles de enfrentar de una forma imparcial y neutral. Mucha tinta se ha usado tratando el tema de las relaciones conflictivas entre estos dos países y en las relaciones raciales en la República Dominicana. Mucho de lo que se ha dicho puede ser considerado sin fundamentos o prejuiciado, sin mencionar sensacionalista. Los libros que estamos revisando aquí intentan proveer una comprensión plena de los temas y al mismo tiempo evitar conclusiones erróneas.

Podemos empezar con algunas de las informaciones generalmente aceptadas. Haití y la República Dominicana, como dos países soberanos, existen lado a lado en una misma isla. Aparte de esta coexistencia geográfica, las dos sociedades han experimentado historias diferentes. Haití era la perla en la corona del colonialismo francés —con la esclavitud como su pilar— hasta que la sublevación de los esclavos del 1789 puso fin a la dominación colonial europea y creó la «República Negra» de Haití. En la parte este de la isla, la colonia española de Santo Domingo tuvo una existencia frágil en los siglos XVII y XVIII, cuando la madre patria en gran parte descuidó su pobre posesión colonial. La esclavitud nunca había sido importante en la isla. Entre otras cosas, esto produjo una población mulata mezclada. La lucha por la independencia juntó forzosamente a las dos partes. Resultaron varias guerras y entre 1822 y 1844 las fuerzas haitianas ocuparon la parte hispanoparlante de la isla, la cual recuperó su independencia en 1844, convirtiéndose en la República Dominicana. La nueva nación-estado fue invadida repetidamente por tropas haitianas.

A finales del siglo diecinueve, la República Dominicana se convirtió, por una variedad de razones, en la más fuerte y próspera de

las dos. En el proceso, la población empezó a verse como una nación de mulatos de piel clara, presentando en forma eufemística su identidad como *india*. Cada año los ingenios azucareros emplearon miles de haitianos para cortar la caña de azúcar en las plantaciones que surgieron en las primeras décadas del siglo XX. Esta inmigración y la existencia de muchos haitianos inmigrantes pobres en las regiones agrícolas fronterizas conllevaron a sentimientos fuertemente antihaitianos en la sociedad dominicana. En 1937, el general Trujillo emprendió la infame matanza en la cual miles de inmigrantes pobres haitianos en la región fronteriza fueron matados. La región fronteriza fue contundentemente «dominicanizada», como, en forma eufemística, le llamaban. Después del asesinato de Trujillo en 1961, el antihaitianismo continuó sirviendo un rol importante en la política dominicana. Fue uno de los elementos centrales del programa político de Joaquín Balaguer, quien fue repetidamente presidente del país.

En *Coloring the Nation*¹ y *Race and Politics in the Dominican Republic*², David Howard y Ernesto Sagás trataron de analizar y explicar la persistencia del sentimiento antihaitiano en la República Dominicana. Siguieron caminos similares en sus métodos y perspectivas de investigación, al igual que en la estructura de sus análisis. Como la mayoría de las publicaciones previas, ambos libros se enfocaron en el lado dominicano de la historia. No fueron incluidas las perspectivas de políticos haitianos, funcionarios gubernamentales y representantes de la población haitiana. Tanto Howard como Sagás complementan la evidencia escrita, tales como periódicos, documentos gubernamentales, y los escritos de intelectuales dominicanos, con entrevistas de miembros de la población dominicana. El impacto de estas entrevistas en sus conclusiones no está completamente claro, pero ambos libros presentan citas directas y algunos análisis cuantitativos de las entrevistas. Ambos libros describen el

¹ David Howard, *Coloring the Nation: Race and Ethnicity in the Dominican Republic* (Oxford-Boulder: Lynne Rienner, 2001).

² Ernesto Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic* (Gainesville: University Press of Florida, 2000).

desarrollo histórico de las relaciones políticas entre Haití y la República Dominicana, y analizan el surgimiento paulatino del mito del indio dominicano, tratándolo como una señal clara del «racismo» dominicano. Demuestran la importancia de la dictadura de Trujillo en el surgimiento de un virulento nacionalismo antihaitiano y muestran cómo en las últimas décadas del siglo XX, la sociedad dominicana fue permeada por ideas antihaitianas. Ambos apuntan a los intentos fallidos por el poder presidencial por parte del candidato negro José Francisco Peña Gómez en 1994 y 1996 para dar énfasis a la importancia política de este racismo, y ellos concluyen que la democracia verdadera en la República Dominicana sólo será posible si estas influencias racistas pudieran ser erradicadas.

Hay, sin embargo, diferencias también entre los dos autores. Howard dedica un gran capítulo a las ideas raciales en la literatura dominicana. Analiza cómo la inmigración dominicana a los Estados Unidos ha influido en este estereotipo racial dentro de la población dominicana. Más importante aún, Howard está claramente inspirado por las percepciones estadounidenses de la raza y el racismo que parten de un contraste dualístico de negro-blanco. Él argumenta que la actitud dominicana antihaitiana debe ser considerada una señal clara de un racismo profundamente arraigado. Escribe: «El racismo público se ha grabado en la opinión pública hasta el punto de que ha ganado un cierto grado de respetabilidad.» Y en continúa: «Esos dominicanos que hablan a favor de trabajadores haitianos y quienes reconocen sus descendencias africanas se vuelven traidores en las opiniones de otros».³ La conclusión se logra precipitadamente. La sociedad moderna dominicana se caracteriza por «un profundo prejuicio racial que desvalora la influencia africana en la sociedad dominicana».⁴ Su interpretación del antihaitianismo como racismo y antiafricanismo aleja su análisis de las perspectivas más culturalistas o políticas, interpretaciones que ven el antihaitianismo dominicano como un

³ Howard, *Coloring the Nation...*, 40-41.

⁴ Howard, 182.

factor dentro de un conjunto completo de consideraciones que determinan las relaciones entre las dos naciones.

El libro de Ernesto Sagás puede ser considerado como un ejemplo de estas perspectivas. Pone énfasis en la influencia de un pasado autoritario y considera el antihaitianismo dominicano como el resultado de factores complejos. De acuerdo con autores como Roberto Cassá y Pedro San Miguel, Sagás enfatiza la manipulación ideológica usada por los gobiernos dominicanos, especialmente aquellos que fueron dirigidos por Trujillo y Balaguer. Él demuestra de forma convincente que el antihaitianismo de la población dominicana es un elemento integrado de un sistema político neopatrimonial dentro del país.⁵ Este sistema político autoritario y clientelista usa, por así decirlo, el rechazo de su vecina población negra para apoyar su legitimidad y reproducirse. No hay duda en la mente de Sagás de que los prejuicios antihaitianos habían llevado a una segregación ideológica dentro de los parámetros de una isla pequeña.⁶ Sin embargo, él tiende a ver esa situación como una construcción política, en vez de una señal de un amplio prejuicio racial entre las respectivas poblaciones. Sagás concluye que «las élites dominicanas habían deliberadamente transformado el antihaitianismo en una ideología dominante que transversa la sociedad dominicana, al punto de destruir la historia dominicana y la cultura popular».⁷

¿Qué significan estas interpretaciones en contraste para nuestra comprensión del antagonismo racial en la isla? Los dos libros demuestran que los sentimientos antihaitianos están ampliamente difundidos en la República Dominicana. Sin embargo, no dicen mucho de la intensidad de estas percepciones, de sus orígenes o de su posible impacto en los acontecimientos futuros de la isla. Ambos libros muestran cómo los dominicanos han aprendido a

⁵ Ver Jonathan Hartlyn, *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1998).

⁶ Ernesto Sagás, *Race and Politics in the Dominican Republic* (Gainesville: University Press of Florida, 2000), 18.

⁷ Sagás, *Race and Politics...*, 126.

expresar sus sentimientos. Ellos, en mi opinión, no logran contestar la pregunta de cómo las diferencias étnicas y raciales dentro de la República Dominicana, y entre ese país y Haití, influyen en las prácticas diarias de las relaciones sociales y políticas. ¿Qué hacen los dominicanos con ese conjunto de estereotipos e imágenes raciales?

No hay duda de que es notoriamente difícil investigar percepciones de diferencias étnicas y raciales. La distancia entre lo que las personas dicen que piensan y lo que hacen en sus prácticas diarias puede ser sustancial. Una contradicción puede existir entre un individuo que odia a los negros, pero todavía ama a su yerno «porque él es diferente». En un nivel social, la manipulación política de los prejuicios y sentimientos de la frustración con frecuencia hace casi imposible descifrar cómo es que las personas piensan verdaderamente. ¿Cómo podemos evaluar la actitud de una campesina dominicana que enfatiza que los trabajadores haitianos que acampan en los campos tabacaleros son como «animales», pero que de noche vuelve para traerles una comida caliente de cena? Las diferencias raciales juegan un rol importante en las relaciones sociales dominicanas, pero ¿quiere decir esto que la sociedad dominicana es racista? ¿Señalan los prejuicios contra Haití y sus pobladores a un racismo estructural o político en el país?

Sin duda, el antihaitianismo y el prejuicio racial son tropos muy difundidos en la sociedad dominicana, pero debemos tratar de descifrar lo que significan. ¿Hasta qué punto podemos hablar de un sistema de segregación en el país como Sagás sugiere? Y si no es eso, ¿qué otras formas hay para describir las complejas relaciones políticas y étnicas de la isla? Si Sagás tiene razón al decir que en este momento «el antihaitianismo es una ideología conveniente, al igual para las élites dominicanas que para las masas».⁸ ¿Por qué es conveniente y qué pasará si la conveniencia desaparece? Yo siento que estas son las preguntas que estos estudios debieron abordar. Las respuestas definitivas son difíciles de conseguir, pero en lo que resta de este capítulo deseo presentar algunos hechos y

⁸ Sagás, *Race and Politics...*, 126.

conocimientos que puedan señalar interpretaciones alternas. De todas formas, argumentaré que las actitudes hacia la presencia haitiana en el país deben ser analizadas en diferentes niveles, no sólo como el resultado de prejuicios raciales, sino también como un resultado de la política, la desigualdad social y económica y la migración.

En muchas maneras, la ocupación haitiana de la isla entre 1822 y 1844 puede ser considerada como el principio del antihaitianismo, no tanto por lo que en verdad pasó, sino por el significativo ideológico que adquirió en el siglo XX. Aunque los historiadores han analizado el período 1822-1844 como uno de crecimiento económico moderado y una estabilidad relativa, la visión nacionalista de Trujillo de la historia vio la ocupación haitiana como la causa de todos los problemas dominicanos y la legitimación del antihaitianismo ideológico. Esta ideología nacionalista fue complementada al principio del siglo XX por un énfasis en la llamada invasión pacífica, un concepto usado para indicar el constante avance de los campesinos haitianos hacia el territorio dominicano y la consecuente desculturización y la desnacionalización de la región fronteriza.

Se puede decir que la masacre de unos 12,000 haitianos en las regiones fronterizas dominicanas en 1937 fue la conclusión horrosa de este nacionalismo histórico. El análisis de este evento puede proveernos con algunas claves de la naturaleza del antihaitianismo dominicano. ¿Debemos considerarlo como una señal inequívoca de un odio antihaitiano agresivo dentro de la sociedad dominicana? ¿O fue esta la maniobra de un dictador despiadado que ordenó a sus militares a cometer asesinato a sangre fría en un intento de ejecutar su nacionalismo maquiavélico? Y aún si esto último fuera el caso, ¿no es el hecho de que el ejército cometió tal crimen sin protestar una señal de un muy arraigado antihaitianismo entre los dominicanos? Howard, después de observar que el antihaitianismo siempre había sido agresivo en la República Dominicana, considera que la masacre del 1937 ha sido «la mayor manifestación de este notable y perturbador odio».⁹ Para sustentar esta conclusión se enfoca, sin embargo, en intelectuales trujillistas

⁹ Howard, *Coloring the Nation...*, 29.

como Peña Batlle y Balaguer quienes defendieron el régimen y lo ayudaron a formular sus ideologías racistas. No hay ni una oración referente a la ciertamente difícil pregunta de la actitud y el comportamiento de la población dominicana durante este evento.

Sagás enfatiza cómo la masacre fue principalmente algo hecho por Trujillo mismo, cuando se dio cuenta de que sus medidas políticas para minimizar la influencia haitiana en las regiones fronterizas fueron un fracaso. Escribe: «Esta represión fue la manera draconiana de asegurar su territorio y eliminar lo que consideraba influencias dañinas (...) en las tierras fronterizas».¹⁰ Simbolizaba el principio de lo que Sagás llama «ideologías antihaitianas patrocinadas por el Estado» en las cuales los intelectuales dominicanos proporcionaron al régimen un apoyo ideológico para su política autoritaria. Tampoco Sagás nos ofrece nada de las percepciones de la población dominicana, pero sí añade una oración interesante: «El régimen trujillista implementó políticas estatales en las cuales la propagación de la ideología del antihaitianismo se convirtió en la prioridad principal, como parte *de un plan orquestado para subyugar y controlar la población dominicana*».¹¹ Él por lo tanto enfatiza el hecho de que el antihaitianismo ha sido usado políticamente para contener la población dominicana y evitar posibles conflictos sociales. Yo he puesto en itálicas esta última parte porque también sugiere que los sentimientos antihaitianos entre la población dominicana fueron manipulados y pueden haber sido menos obvios de lo que autores como Howard quisieran que creamos.

Hay cierta evidencia circunstancial para justificar esta afirmación. Basándose en entrevistas en la región, Derby y Turits concluyeron que no había sentimientos generalizados de antihaitianismo al momento de la masacre.¹² Algunos dominicanos hasta trataron de esconder amigos haitianos. Esta observación

¹⁰ Sagás, *Race and Politics...*, 46.

¹¹ Sagás, *Race and Politics...*, 55. Las cursivas son del autor.

¹² Robin L. H. Derby, y Richard Turits, «Historias de terror y los terrores de la historia: La masacre haitiana de 1937 en la República Dominicana». *Estudios Sociales* 26 no. 92 (1993): 65-76.

concuera con mi propio trabajo histórico, que mostró que las poblaciones de ambos lados de la frontera estaban íntimamente vinculadas por una variedad de reacciones, y que el antihaitianismo en la región fronteriza fue mínimo. Se puede llegar a conclusiones similares a través del estudio hecho de la frontera sur, *Peasants and Religion*,¹³ por los académicos suecos Jan Lundius y Mats Lundahl. Ellos estudiaron sobre el desarrollo del culto mesiánico a Olivorio Mateo, que surgió en esta región al principio del siglo XX. Después de unos años de existencia pacífica en la escasamente poblada región fronteriza de la República Dominicana, el culto fue reprimido por la marina estadounidense. El culto fue obligado a operar clandestinamente durante el largo gobierno de Trujillo, pero emergió de nuevo en un pueblo pequeño llamado Palma Sola, después del asesinato de Trujillo. El sitio se convirtió en un santuario y centro de culto que atrajo a unas 50,000 personas entre 1961 y 1962. Las autoridades dominicanas se perturbaban cada vez más con este descontrolado movimiento religioso en la región fronteriza. Sus sentimientos fueron consciente o inconscientemente impulsados por reportes de una prensa sensacionalista en los cuales la promiscuidad, la subversión comunista, el vudú y el anticatolicismo tuvieron un papel prominente. Bajo circunstancias que nunca fueron aclaradas completamente, tropas élites entrenadas en los Estados Unidos, los llamados cascos blancos, invadieron el pueblo en diciembre 1962 y lo bombardearon con napalm. Como 100 personas resultaron muertas y otros 700 fueron apresados en esta acción. La perspectiva desde la frontera presentada en el libro de Lundius y Lundahl es muy perspicaz. Muestra la casi irreconciliable división entre el gobierno central y una región cuya sobrevivencia dependía en gran medida en sus buenas relaciones con Haití. El libro demuestra cómo la ideología antihaitiana fue impuesta solo gradualmente en la región en el transcurso del siglo XX. Así que pone en dudas las interpretaciones que ven los

¹³ Jan Lundius, y Mats Lundahl, *Peasants and Religion. A socioeconomic study of Dios Olivorio and the Palma Sola movement in the Dominican Republic* (London-New York: Routledge, 2000).

conflictos raciales, culturales y políticos entre los dos países como eternos e irremediables.

La masacre haitiana y la sangrienta represión del movimiento Palma Sola nunca han sido el objeto de una comisión de verdad o de purificación nacional en la República Dominicana. Nadie jamás fue juzgado en los tribunales por la matanza de 1937, y aún la autoridad haitiana prefirió —por sus propias razones— enterrar el tema. La cuestión completa de la complicidad silenciosa, inactividad, apoyo, o la colaboración en la matanza de miles de haitianos no será resuelta en mucho tiempo. Se parece a los debates de otros traumáticos eventos históricos como el genocidio en Guatemala, el régimen de «apartheid» en Sudáfrica, o la tal llamada guerra sucia de 1976-1983 en Argentina. Tal debate sería altamente relevante para los intentos de alcanzar un entendimiento profundo de los eventos de 1937. Hasta que sepamos más, debemos abstenernos de hacer deducciones simples con respecto a la culpabilidad común y compartida de la población general dominicana.

Acercándonos más a nuestro tiempo, es importante enfatizar el hecho de que no ha habido movimiento agresivo o coherentemente antihaitiano en la República Dominicana. No ha habido un Ku Klux Klan o un partido antiinmigrante que haya obtenido apoyo exclusivamente del tema haitiano. En los años después del asesinato de Trujillo no ha habido manifestaciones masivas o linchamientos dirigidos en contra de los haitianos. Por otra parte, podía ser argumentado que no había necesidad para tal movimiento, porque las políticas represivas de los gobiernos sucesivos en el período posterior a 1961 reprodujeron las políticas antihaitianas. El gobierno de 12 años de Joaquín Balaguer atentamente dio seguimiento a la ideología trujillista. El trabajo de los inmigrantes haitianos fue tolerado tanto como fuese limitado a los ingenios azucareros. A personas de descendencia haitiana, con frecuencia constitucionalmente ciudadanos dominicanos, les fueron negados derechos políticos y sociales en la República Dominicana y vivían en constante peligro de represión o hasta deportación. Aunque bajo los gobiernos populistas y sociodemocráticos del PRD el tema haitiano fue puesto al fondo, el mecanismo jurídico y las fuerzas

policíacas continuaban atormentando a los inmigrantes haitianos y sus descendientes. El gobierno neoliberal de Leonel Fernández usaba la deportación de inmigrantes «ilegales» haitianos, refiriéndose a medidas europeas y estadounidenses similares para no permitir la entrada de inmigrantes ilegales y legitimar aquellas medidas como un acto de habilidad política «moderna».

Así que de nuevo tenemos que preguntarnos hasta qué punto estas políticas oficiales reflejaron percepciones entre la población dominicana. Ambos Howard y Sagás intentaron contestar esa pregunta a través de entrevistas con los dominicanos «comunes». En estas entrevistas ellos intentan evaluar las percepciones y perspectivas cotidianas con respecto a Haití —y los inmigrantes haitianos— lo que podíamos llamar el *habitus* de las relaciones raciales y nacionalistas. No hay duda de que ellos encuentran mucho prejuicio racial y antihaitianismo en todos los sectores de la sociedad dominicana. Es interesante notar que ambos autores toman las elecciones presidenciales de 1994 y 1996 como ejemplos del peso de estos prejuicios en la política dominicana. Durante las elecciones de 1994, el viejo caudillo conservador Joaquín Balaguer fue contrapuesto al político de piel negra Peña Gómez. Por el color de Peña Gómez y su (supuesta) descendencia haitiana, el factor racial jugó un rol central durante la campaña. Balaguer y sus oficiales de campaña aplicaron una difamación extendida, usando comerciales negativos, poniendo en duda su integridad política, y presentándolo como un haitiano practicante del vudú, quien creía en ritos satánicos. Los enemigos de Peña Gómez también difundieron rumores de que él quería unificar a Haití y la República Dominicana y que abriría la frontera a una inmigración ilimitada. Con el acercamiento de las elecciones, la campaña se intensificó con ataques personales feroces en los anuncios de televisión y volantes anónimos, todos cayendo en el mismo hecho de que su descendencia haitiana convertía a Peña Gómez en un peligro para la soberanía dominicana.

La campaña del 1996 fue una campaña menos explícitamente «sucias», mayormente porque Balaguer no fue un candidato oficial esta vez, pero el PLD bajo la dirección de Leonel Fernández también intentó jugar la baraja del antihaitianismo al declarar que

muchos de los votantes inscritos eran de hecho nacionales haitianos. A pesar de estas acusaciones, Peña Gómez recibió casi 46 por ciento de los votos en las elecciones de este año. Porque no llegó al requerido 50 por ciento, fue programada para junio una segunda vuelta entre él y Leonel Fernández. Dos semanas antes de la elección, Balaguer declaró que su partido apoyaría «desinteresadamente» a Leonel Fernández para evitar que la nación dominicana cayera en «manos no verdaderamente dominicanas». Con los números combinados de los dos partidos, Leonel ganó las elecciones en la segunda vuelta con un 51.25 por ciento de los votos.

La mayoría de los observadores (y Peña Gómez mismo) tomaron estos hechos como una señal de que el racismo y el anti-haitianismo todavía determinan las relaciones sociales y políticas dominicanas. Sin duda juegan un rol importante, pero ¿qué es lo que en realidad nos dicen estos eventos sobre el antihaitianismo popular y aún del racismo en la República Dominicana? La más simple de las observaciones muestra que casi la mitad de los votantes dominicanos votaron por Peña Gómez a pesar de una campaña feroz de difamación y agresión personal por sus enemigos. ¿Por qué a tantos observadores les pasa por alto este simple hecho? Aún Sagás, quien tan detenidamente analiza los eventos de 1994 y 1996, concluye que la ideología antihaitiana es todavía dominante en la República Dominicana, sin mencionar el hecho de que la mitad de la población dominicana no tuvo ningún problema votando por un candidato negro quien por meses fue sistemáticamente denigrado en los medios de comunicación. Aún de mayor significado, a su prematura muerte en mayo de 1998, Peña Gómez fue generalmente proclamado un político importante y honesto. Su muerte estremeció a la sociedad dominicana, especialmente a las clases populares. Su cuerpo fue velado en el Estadio Olímpico donde todos los políticos importantes vinieron a rendirle tributo. A su funeral asistieron cientos de miles de personas. Esto puede ser visto como un gesto hipócrita hacia una figura pública muerta, pero cualquiera que haya sentido y visto la pena causada por su muerte no puede más que aceptar que él fue un político genuinamente popular.

¿Dónde nos deja esto en nuestra evaluación del racismo popular y el antihaitianismo en la República Dominicana? Primeramente, demuestra que los observadores están acostumbrados a ver el lado racista, antihaitiano de la cultura política dominicana, sin prestarle mucha atención a las tendencias humanistas, tolerantes y hasta antirracistas dentro de la sociedad dominicana. Este tipo de observación también se mantiene en sus análisis del pensamiento político. Ya que intelectuales como Balaguer y Peña Batlle son mencionados rutinariamente, queda poco espacio para el análisis sobre las opiniones de las razas y las relaciones domínico-haitianas de intelectuales como Pedro Francisco Bonó o Juan Bosch. Aún intelectuales con carreras más complejas como Ramón Marrero Aristy o Ramón Emilio Jiménez, quienes combinaron su apoyo al régimen trujillista con un rechazo implícito de sus políticas racistas y antihaitianas, son en gran medida ignorados. Puede ser de gran significado que los intentos de incluir estos sutiles detalles en el debate, como las publicaciones de FLACSO bajo la dirección de Rubén Silié¹⁴ o el libro de San Miguel,¹⁵ no figuran en la bibliografía de Howard. Estaría equivocado el negar las tendencias racistas, antihaitianas en la cultura dominicana, pero tampoco se pueden ignorar las igualmente importantes tendencias democráticas y humanistas.

El tema de mayor importancia concierne a las concepciones analíticas que debemos usar para estudiar la cultura política dominicana. Howard rutinariamente usa el término «racismo» para describir actitudes y perspectivas dominicanas. Al hacer esto, él tiende a crear una imagen homogeneizada de toda una población repleta de prejuicios racistas. Esto apenas deja espacio para matices, categorías intermedias, ideas antirracistas, y diferencias sociales. Sagás es más cauteloso. Él tiende a distinguir entre actitudes elitistas y populares, y una y otra vez señala la manipulación política de las categorías raciales. Lundius y Lundahl también resaltan el

¹⁴ Rubén Silié, *et al.* (eds.), *La República Dominicana y Haití frente al futuro* (Santo Domingo: FLACSO, 1998).

¹⁵ Pedro San Miguel, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en la Española* (San Juan: La Trinitaria, 1997).

hecho de que las ideologías antihaitianas fueron mayormente el resultado de disputas políticas y de políticas autoritarias del siglo XX. Ellos consideran el énfasis en el factor racial mayormente como una parte de la búsqueda por una identidad nacionalista por parte de los políticos dominicanos. Llamen la atención a la compleja interacción entre las clases, las razas y la nación en el antihaitianismo dominicano, y tienden a buscar los nichos de negociación, las contradicciones individuales y colectivas y la manipulación política de los símbolos. Si hay algo que resalta al leer estos libros, es, primero, la necesidad de definir cuidadosamente qué se entiende por «racismo» en el caso del antihaitianismo dominicano; y segundo, aclarar cuáles grupos de la sociedad dominicana están bajo discusión.

Todo el que está familiarizado con la sociedad dominicana sabe que existe mucha «conversación racial» y que las desigualdades sociales y políticas son reforzadas y a veces validadas por jerarquías sociales. Por otra parte, muchas sutilezas y contradicciones en las conductas individuales y colectivas permanecerán desconocidas a la vista académica si juntamos todo bajo el concepto de «racismo». Estos son temas complejos y difíciles, y las tradiciones divergentes para discutirlos pueden llevar a conclusiones encontradas sobre las expresiones de racismo. Lo que en la opinión de uno puede ser inocuo, posiblemente hasta estúpido, ignorancia o ideas estereotipadas, pueden en el otro ser peligrosamente racistas y opiniones completamente reprochables. La ironía sutil de un autor puede ser negación para el otro. ¿Quién puede decir que puede determinar inequívocamente dónde el nacionalismo se convierte en xenofobia? Nada de esto, sin embargo, exime a los científicos sociales de la obligación de seguir buscando respuestas a estas difíciles preguntas sobre percepciones raciales, identidades y jerarquías sociales.

CAPÍTULO 17

LOS INTELLECTUALES Y LA HISTORIA EN EL CARIBE HISPANO: ENTRE LA AUTONOMÍA Y EL PODER

Pedro San Miguel comienza su colección de ensayos sobre los intelectuales caribeños, *Los desvaríos de Ti Noel*¹ con una bien conocida novela de Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*. Él compara la actitud volátil, contradictoria y al fin sin sentido del alucinante exesclavo Ti Noel de la historia de Carpentier con los apuros de los intelectuales caribeños, quienes siempre tuvieron una relación ambigua con los poseedores del poder político. A pesar de su poder limitado, ellos se encargaron con importantes misiones políticas y sociales. San Miguel observa: «El intelectual usualmente vive en un delirio, por lo que cree que puede salvar al mundo por medio de la palabra».² Debido a este entusiasmo casi misionario la relación entre los intelectuales y los poseedores del poder es con frecuencia complejo y contradictorio. Esto es aún más en el Caribe, donde las sociedades son tan pequeñas y personalizadas y al mismo tiempo, social y económicamente divididas.

Yo personalmente sugeriría tomar recurso en otra historia de Carpentier, «El derecho de asilo», que introduce al «secretario de la Presidencia y Consejo de Ministros» en un domingo en la mañana, cuando él está inmerso en su erudito contemplación intelectual. En un corto momento el secretario se permite ponerse en el lugar del presidente. «La verdad era que, los domingos, se sentía un poco presidente en el Palacio de Miramontes. Cierta vez había llegado a terciarse una banda presidencial para sentir la emoción del poder».³

¹ Pedro San Miguel, *Los desvaríos de Ti Noel. Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe* (San Juan: Vertigo, 2004).

² San Miguel, *Los desvaríos de Ti Noel...*, 23.

³ Alejo Carpentier, «El derecho de asilo», en *Cuentos Completos* (Barcelona: Editorial Bruguera, 1982), 181-219; 187.

Esta escena sugiere una metáfora con un ángulo algo diferente al intelectual caribeño, el sirviente quien se engaña siendo el amo y cree que él está en el centro del poder. La mayoría de los intelectuales pronto se dan cuenta que este sueño nunca se hará realidad y que hasta sería contrario a su vocación. ¡No es una coincidencia que nuestro querido secretario empieza a leer un libro sobre el arte cuando toma el asiento del Presidente! Otros terminan embrujados por sus sueños y se ponen a la merced de los poseedores del poder. En su libro sobre los intelectuales latinoamericanos, Nicola Miller escribe, «Los intelectuales hispanoamericanos se encontraron obligados a escoger entre adoptando una postura de distancia crítica, en cuyo caso se convirtieron en políticamente redundantes, o dedicándose a la política, en cuyo caso arriesgaban perder autoridad moral».⁴

Algunas veces —muy raramente— los intelectuales logran convencerse a sí mismos y a su entorno de su potencial de convertirse en verdaderamente poseedores del poder. Esto sucedió dos veces en la República Dominicana en el siglo XX. Un enigma todavía a ser explicado es por qué este país produjo dos presidentes intelectuales en la segunda mitad de este siglo tan turbulento: Juan Bosch y Joaquín Balaguer. Esta pregunta es aún más fascinante ya que el destino de ambos hombres fue tan diferente. El primero, Juan Bosch, obedece más a la tipología de San Miguel del errante, impráctico y finalmente derrotado Ti Noel. No hay sorpresa que Bosch sea uno de los «héroes» en el trabajo de San Miguel. El otro, Joaquín Balaguer, es un excelente ejemplo del secretario de Carpenter, quien después de décadas de servir al dictador mientras soñaba en ser presidente los domingos en las mañanas, finalmente agarró el poder en 1966, sólo a cederlo en 1996 después de veintidos años de presidencia.

⁴ Nicola Miller, *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America* (London: Verso, 1999), 126.

Imágenes de una sociedad isleña

Junto con el otro libro de San Miguel,⁵ podemos intentar entender la compleja relación entre los intelectuales y el poder político en la República Dominicana, y el Caribe hispanohablante en general. Trata de la historia y específicamente de la interpretación de la historia en la República Dominicana y, a menor grado, Haití. Con gran erudición San Miguel analiza la lucha por la identidad en la isla Española compartida entre Haití y Santo Domingo. En cuatro lúcidos ensayos, desenreda la imaginación histórica de la isla. Él empieza con dos ensayos más generales en cuales analiza la imaginación histórica respecto a la dominación colonial española de la isla y los contenidos raciales de la identidad dominicana en la independiente República Dominicana. Si algo, estos ensayos confirman cómo las dos partes de la isla están vinculadas una con otra como un mellizo siamés. Por otro lado, muestran qué tan desesperadamente las élites dominicanas han tratado de afirmar la identidad separada de su país. La intensidad de esta doble atadura es difícil de exagerar y casi imposible de totalmente entender por parte de extranjeros.

En los últimos dos ensayos, San Miguel usa al intelectual haitiano Jean Price-Mars y el escritor-político dominicano Juan Bosch para profundizar en las complejidades de la construcción de una nación y formación de identidad en Haití y en la República Dominicana. Presenta a Price-Mars como la voz intelectual de Haití y trata de ver a través de su obra la construcción de una perspectiva haitiana (y uno podría decir: negra) a la identidad de la isla. Es un ensayo muy bien redactado que al final usa la visión histórica del escritor argentino Borges para sugerir la posibilidad de un futuro armonioso para la isla. En el último ensayo San Miguel analiza el trabajo histórico y literario de Juan Bosch como indicación de un proyecto nacional modernizante en evolución. Este proyecto fue evidentemente matizado por las experiencias de Bosch en Cuba,

⁵ Pedro San Miguel, *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en la Española* (San Juan: La Trinitaria, 1997).

la isla más moderna y refinada del Caribe. Para Bosch, el atraso de la sociedad dominicana que conllevó al pesimismo cultural (y hasta racial) entre muchos de los letrados dominicanos, fue el resultado directo de la ausencia de un real desarrollo capitalista en el país antes de finales del siglo XX. Esto también llevó a una burguesía débil que no pudo sostenerse ante la fuerza del imperia-lismo y el autoritarismo. Más tarde este análisis se convertiría en la base del programa político de Bosch, en lo cual intentaba aplicar un análisis marxista a las circunstancias específicas del país. Ha sido la tragedia de la vida de Juan Bosch que después de su corta, violentamente abortada presidencia en 1963, él nunca tenía la oportunidad de poner sus ideas y programa política en práctica.

Los desvaríos de Ti Noel que fue publicado en Puerto Rico, toca muchos de los mismos temas y puede ser visto como una continuación de la discusión empezada en el libro de 1997 de San Miguel. En el largo y más interesante ensayo, «Visiones históricas del Caribe», San Miguel continúa con su análisis de la relación entre los intelectuales y la identidad nacional, extendiéndola al desarrollo histórico del Caribe Hispano en general. El ensayo hace un bosquejo de los bien conocidos patrones de la historia Caribe hispana con su discusión de la relación entre las haciendas y los campesinos, y muestra cómo esta discusión fue al corazón del debate histórico del Caribe. Influenciado por la popularidad estadounidense de los estudios del indio subalterno, pero también por el trabajo de su profesor en Puerto Rico, Fernando Picó, San Miguel está especialmente interesado en las posibilidades de las clases populares en influir la historia. Él termina sugiriendo que la migración de hoy día y la globalización han finalmente colocado las clases subalternas al centro. San Miguel está en su mejor momento cuando exitosamente conecta al Caribe Hispano con otros temas historiográficos más amplios como la construcción de naciones, la posición social y política de los intelectuales, etc. Sin embargo, su análisis de las relaciones dominico-haitianas está muy informado por una perspectiva dominicana, y él todavía no ha (al igual que la mayoría de nosotros) tenido éxito en construir un modelo de análisis completamente balanceado. Donde, por ejemplo, él no tiene

problemas en presentar los varios puntos de vista del lado de la República Dominicana sin puntos de vista opuestos haitianos, la única vez que presenta a un intelectual haitiano —Price-Mars—, siente la necesidad de registrar las objeciones de un amplio rango de intelectuales dominicanos. En varias ocasiones San Miguel señala la importancia de las versiones orales, populares del pasado y presente, y cómo éstas son diferentes de aquellas de los políticos e intelectuales. Es obvio que todavía falta mucho trabajo de investigación para mejor entender cómo este conocimiento popular y estas perspectivas populares son construidas, cómo se relacionan con versiones más hegemónicas nacionales y cómo ellas eventualmente pueden tener una influencia en el discurso político nacional.

Los ensayos de San Miguel ofrecen conocimientos interesantes en el desarrollo intelectual en el Caribe y de esta manera hacen posible entender procesos de imaginación política y social que son fundamentales para la región. Pero, ¿por qué está San Miguel interesado en estos temas y qué espera comprobar o sostener? Estas preguntas pueden ser aún más interesantes ya que él, como muchos, yo incluido, empezó como historiador de procesos sociales y económicos, y eventualmente tornó al análisis de procesos mentales e intelectuales. Como él mismo indica, esto sucedió bajo la influencia de sus lecturas en antropología y el tal llamado torno cultural en historia, estimulado por autores como Michel de Certeau y Hayden White. La mayoría de los historiadores ya no creen en la santidad positivista de fuentes históricas y aceptan el rol organizador de historiadores e intelectuales. Por lo tanto, se hace necesario entender el trabajo de los productores del conocimiento para ser capaz de apreciar las perspectivas que producen.

Personalmente yo pienso que esta no es la única razón por qué los historiadores sociales han inventado algo que yo prefiero llamar una «nueva historia intelectual». Ellos creen que es necesario entender la producción del conocimiento por los políticos e intelectuales como un elemento de políticas hegemónicas. Al mismo tiempo ellos están convencidos que las clases subalternas están produciendo sus propias formas de conocimiento, con frecuencia por personas que

podemos llamar «intelectuales populares».⁶ Es la confrontación de, y lucha entre estas diferentes formas de conocimiento que nos provee con entendimientos esenciales del desarrollo de las sociedades. Ultimadamente, esta nueva historia intelectual por lo tanto trata de entender la producción de conocimientos y, por lo cual, la arqueología del poder para inventar nuevas formas de historia social. El trabajo de San Miguel demuestra el gran valor de la historia intelectual, pero creo que todavía falta trabajo de investigación y análisis para entender la relación entre la producción del conocimiento y la historia social.

Ideologías de progreso

Los libros de San Miguel pueden ser comparados a dos recientemente publicados monográficos que se conectan a su enfoque, pero lo hacen desde dos diferentes disciplinas: historia y literatura. El primero es el libro, *Nation and Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916*, publicado por otra historiadora puertorriqueña, Teresita Martínez-Vergne.⁷ Se enfoca en un período que ha sido tradicionalmente favorecido en la historiografía dominicana, finales de los siglos diecinueve y principios de veinte, en cuales la utopía de la modernidad reinaba a plena gloria. Martínez-Vergne se enfoca en lo que yo he llamado «ideologías de progreso», el juego de ideas sueltas que demostraron la obsesión de las élites con la idea de «el progreso», que fue entendido como una modernidad rápida capitalista que pudiera subir el atraso en la economía dominicana.⁸ En los primeros capítulos de su libro Martínez-Vergne intenta mostrar cómo estas ideologías de progreso combinaron

⁶ Michiel Baud, y Rosanne Rutten (eds.), *Popular Intellectuals and Social Movements: Framing Protest in Asia, Africa, and Latin America* (Cambridge: Cambridge University Press, 2004).

⁷ Teresita Martínez-Vergne, *Nation and Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005).

⁸ Michiel Baud, *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic, 1870-1930* (Knoxville: University Press of Tennessee, 1995), capítulo 8: «Ideologies of Progress: State Intervention and Rural Society».

con un nuevo fervor nacionalista que tomó forma en los centros urbanos en el Sur del país, especialmente en Santo Domingo y San Pedro de Macorís, el entonces floreciente pueblo azucarero. A base de una riqueza de fuentes primarias, enfatiza lo que llama «la atadura» de las élites dominicanas. Ellos no sólo deseaban la modernidad, ellos la exigían, pero en este santo proyecto ellos se enfrentaban a un «pueblo» que no parecía inclinada a «estar a la altura del desafío». Añadido a esto estaba el influjo de la labor migratoria que era necesaria para poder lograr la deseada modernización, pero al mismo tiempo causó sus propios problemas de raza e identidad nacional. El resultado fue —como en todo lugar en Latinoamérica— la implementación de políticas liberales que mezclaron la coerción con esfuerzos de civilizar paternalistamente a las masas pobres. Después de un capítulo sobre las percepciones de la femineidad burguesa que se aparta un poco del sentido general del libro, Martínez-Vergne dedica sus últimos capítulos a las actividades y reacciones de estas clases trabajadoras. Argumenta que lo que fue con frecuencia considerado como resistencia al cambio, puede ser mejor visto como una lucha por la ciudadanía de parte de las clases subalternas. En combinación con el acceso a un nuevo bienestar material, Martínez-Vergne sugiere que, a pesar de las opiniones contrarias de las élites, los hombres y las mujeres trabajadores de los centros urbanos se ocuparon de buscar su propia modernidad y ciudadanía nacional. Presenta algunos materiales interesantes para sostener esta postura, pero es evidente que los archivos no le proporcionan muchas oportunidades de presentar los puntos de vista de las clases subalternas.

La fuerza del libro es la presentación y el análisis de las visiones de las élites urbanas en la parte central del Sur del país. Sin embargo, no toca a los eventos y desarrollos en otras partes del país. Esto sorprende ya que muchos estudios históricos, para empezar el trabajo influyente de Hoetink *El pueblo dominicano*,⁹ han sostenido que un tipo diferente de modernización ocurrió en la parte norte del país. La fértil y próspera región norteña del

⁹ Harry Hoetink, *El Pueblo Dominicana: 1850-1900* (Santiago: UCMM, 1972).

Cibao estuvo dominada no tanto por haciendas (azucareras) o inversionistas extranjeros, sino por campesinos agrícolas y una élite mercantil local. Esto conllevó a un desarrollo diferente, social y económico, pero también a las perspectivas intelectuales propias. Hubiera fortalecido al libro cuando se hubiera aventurado a una discusión comparativa explícita entre estos radicalmente diferentes modelos en el país.

Es claro que el libro de Martínez-Vergne trata de muchos de los mismos temas que San Miguel. Ambos quieren entender la construcción de las imaginaciones intelectuales en el Caribe hispanohablante; ambos profesan la importancia de las voces subalternas, sin efectivamente ser capaces de presentarlas. La naturaleza de los libros, sin embargo, es bastante diferente. Martínez-Vergne conecta su análisis claramente a evidencia de archivos, donde San Miguel (seguramente sobre la base de su búsqueda de archivos anterior) presenta interpretaciones más generales y teóricas. Ambas perspectivas son necesarias si queremos entender la historia y la producción de conocimiento histórico, pero los historiadores sociales necesitamos encontrar nuevas formas de evidencia empírica para mejor entender las expresiones e influencias de las voces subalternas.

La literatura y la historia

El libro de López-Calvo, *God and Trujillo*, ofrece un claro contraste disciplinar.¹⁰ Este autor anteriormente publicó sobre la literatura chilena y argentina, y ahora analiza las representaciones literarias del régimen de Trujillo que dominó en la República Dominicana entre 1930 y 1961. No hay duda que el rol de los intelectuales en el régimen de Trujillo es un tema extremadamente relevante. En este contexto el libro de López-Calvo es interesante en dos aspectos. Enfatiza la importante —pero subordinada—

¹⁰ Ignacio López-Calvo, «*God and Trujillo*». *Literary and Cultural Representations of the Dominican Dictator* (Gainesville: University Press of Florida, 2005).

posición de los intelectuales dentro del régimen, los más importantes de cuales fueron Manuel Arturo Peña Batlle y el posteriormente presidente Joaquín Balaguer, quien, sobre todo, formuló la legitimación ideológica de las políticas antihaitianas de Trujillo. También muestra cómo después de la dictadura, los novelistas dominicanos han intentado captar este episodio de historia dominicana, llegando a conclusiones para la sociedad dominicana, sino también para sus propias posiciones como intelectuales. En su análisis, sobresale el carácter adulatorio de sus intelectuales en la representación literaria de la dictadura de Trujillo. Sus excesivos elogios y demostraciones de lealtad a «El Jefe» se burlaron de su supuesta independencia. En segundo lugar, el libro demuestra la productividad de intelectuales dominicanos después de la muerte de Trujillo y sus esfuerzos incansables de arrojar luz a los misterios del autoritarismo dominicano. El sexto capítulo de López-Calvo (y su larga bibliografía) sobre el período post-Trujillo es un brillante testimonio de esta producción literaria. Por un lado, los escritores dominicanos posteriores a 1961 han tratado de desenredar y debilitar el nacionalismo que Trujillo ha implantado en la psicología dominicana. Por la otra parte, trataron de entender la posición de los colegas intelectuales, quienes sirvieron al poder aún en sus más miserables expresiones.

El libro de López-Calvo está bien escrito y muestra un control impresionante del género literario latinoamericano que está obsesionado con los regímenes autoritarios, déspotas y dictadores que abundan en la región. El libro provee al lector con información interesante, ambas de la dictadura de Trujillo y su interpretación. No obstante, en su representación de la historia dominicana también presenta problemas, quizás en parte porque no hay una pregunta guía explícita o una hipótesis que dirija al libro. El tema del libro es la representación literaria de la dictadura, pero inevitablemente se involucra en una conversación constante entre estas representaciones literarias y la realidad histórica. Aunque al final, López-Calvo permanece dentro del ámbito de lo ficticio, él no puede evitar aludir a la historia. El problema es que con frecuencia sus comentarios más históricos sobre los eventos o personas del

período están basados en estos mismos textos literarios. El resultado es una algo desconcertante fusión entre lo ficticio y lo histórico. Como si la ficción provee una representación de hechos de realidad histórica. Por ejemplo, cuando López-Calvo introduce la novela histórica de Bernardo Vega, *Domini Canes* (1988), escribe sobre los actos del «personaje de Trujillo», claramente separando lo real y la persona ficticia. Pero posteriormente él escribe oraciones como: «Trujillo enfatiza la importancia de cultivar la *intelligentia* nacional y tenerlos como aliados (...)». El problema no es que estas afirmaciones son necesariamente falsas, pero que la verdad del personaje ficticio es transformada a una verdad histórica. Esta estrategia literaria pone a los historiadores incómodos, pero conlleva la involuntaria consecuencia que el libro tiende a reproducir muchas de las imágenes estereotípicas de la dictadura de Trujillo que abundan en el ámbito público. Esto es, por cierto, también el mayor punto de crítica que se le ha hecho a la novela de Vargas Llosa, *La Fiesta del Chivo* (2000). Por estas razones, para entender la representación intelectual del régimen de Trujillo el clásico estudio de Andrés Mateo, *Mito y Cultura en la Era de Trujillo* es todavía preferible.¹¹

Perspectivas campesinas sobre el trujillato

Los libros mencionados anteriormente se restringen al ámbito de producción de conocimiento y no responden a la pregunta de sus consecuencias en la sociedad. Aún Martínez-Vergne, quien vincula su análisis con los desarrollos sociales y económicos del país, no provee muchos conocimientos en cómo estas ideas se filtran hasta la sociedad. La pregunta persiste: ¿Cuáles fueron las consecuencias a la sociedad de las palabras y los escritos de estos intelectuales y cómo fueron sus ideas percibidas por «la gente»? ¿Fueron efectivos en imponer una ideología hegemónica en los corazones y las mentes de los hombres y mujeres dominicanas? Es el

¹¹ Andrés L. Mateo, *Mito y Cultura en la Era de Trujillo* (Santo Domingo: La Trinitaria, 1993).

gran mérito del largo monográfico de Richard Turits, *Foundations of Despotism*, que trata de abordar estas preguntas.¹² Este libro intenta, en base a la extensiva investigación de archivos y de campo, a desenredar lo que Trujillo y su régimen significaron para la población campesina en la República Dominicana. La intención inicial de Turits fue escribir una historia de la tenencia de tierra, pero en poco se le impuso el tema. Hablando con campesinos mayores de edad descubrió que en contraste a las clases media de los centros urbanos que denigraban el régimen de Trujillo, muchos campesinos todavía miran a este período con buenos recuerdos. En un largo y fascinante libro, Turits trata de entender este fenómeno. Tal como me pasó a mí cuando yo hablé con los campesinos tabacaleros en el norte, Turits fue repetidamente hecho a entender que el régimen de Trujillo y sus políticas rurales están recordado como relativamente beneficiosos por los campesinos. Donde en la región tabacalera los campesinos aplaudieron el nuevo control de la clase intermediaria comercial y la asistencia técnica provista por el régimen, en las regiones al Sur, donde Turits hizo su investigación, fue la reforma agraria la que directamente benefició a los productores campesinos. Pero no sólo eso: la retórica estatal adquirió un nuevo tono. Lejos de la de las preocupaciones políticas y las contemplaciones de los intelectuales urbanos presentadas anteriormente, el régimen se dirigió al a los campesinos como verdaderos ciudadanos dominicanos quienes tenían la obligación de participar en el sagrado proyecto estatal de modernidad nacionalista, pero al mismo tiempo tenían el derecho de ser tratados como tales. Turits señala que la retórica de holgazanería y vagancia campesina de la primera etapa de la modernización del campo dominicano fue reemplazada por políticas de asistencia y la solución de limitaciones materiales. Por supuesto, la idealización del campesino del régimen bien encajaba con sus intereses nacionales, pero para los campesinos significó que sus necesidades fueron consideradas

¹² Richard Lee Turits, *Foundations of Despotism. Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History* (Stanford: Stanford University Press, 2003).

en serio por primera vez y que ellos recibían apoyo estructural de parte del Estado.

En el capítulo 5 de su libro Turits torna su atención a las regiones fronterizas, que fueron tan importantes en las campañas antihaitianas del régimen. Uno de los proyectos más importantes de Trujillo la tal llamada «dominicanización» de las regiones fronterizas que tuvo la intención de oponer la *invasión pacífica* de campesinos haitianos ocupantes ilegales de terrenos. Aquí el apoyo de los campesinos por parte de Trujillo adquirió matices siniestros. El régimen trató de promover planificaciones de colonización a gran escala con la intención de atraer campesinos dominicanos a la región fronteriza. Cuando estas no funcionaron, ya que los campesinos dominicanos no estaban preparados a mudarse a la caliente y árida región fronteriza, Trujillo recurrió a la indiscriminada matanza de unos 12,000 haitianos en la región fronteriza. Interesantemente, Turits ve este episodio no tanto como la culminación de ideologías antihaitianas, sino como su punto de partida. El discurso antihaitiano del régimen fue el producto, en lugar del precursor del terror estatal. Fue, en sus palabras, «un evento transformador en la difusión de las ideologías antihaitianas y en la construcción de una nación monoétnica en la República Dominicana».¹³ Intelectuales prominentes quienes sirvieron al dictador, convirtieron los existentes prejuicios de las élites en ideologías estatales y encabezaron su propaganda. En el curso del tiempo, el antihaitianismo se convirtió en la fuente de ideologías conservativas nacionalistas.

El libro de Turits llama la atención a la relación contradictoria y compleja entre ideología y práctica. Las conclusiones que podemos derivar de este trabajo son contradictorias. Por un lado, no hay duda de que el régimen de Trujillo logró legitimar su poder entre la población campesina. Aunque los campesinos probablemente no leían mucho de la producción intelectual de esa era, su memoria colectiva sugiere que estaban claramente influidos por esta. De cualquier forma, recuerdan el período como relativamente beneficioso. Esto significaría que en las áreas rurales el régimen de

¹³ Turits, *Foundations of Despotism...*, 146.

Trujillo logró una clara hegemonía en el sentido gramsciano. Por otro lado, Turits también demuestra que esta hegemonía no era simplemente el resultado de una manipulación ideológica, sino por igual se debía a medidas concretas que directa y efectivamente afectaron la existencia campesina. No fueron tanto los intelectuales que conllevaron a esta hegemonía, sino los hombres prácticos que apoyaron el proyecto de modernidad agrícola de Trujillo. Las limitaciones del rol en la sociedad de los intelectuales también se mostraron en el período después del régimen de Trujillo. Para dar sólo un ejemplo, el sentimiento antitrujillista que había sido inyectado en la población por más de treinta años al momento del trabajo de campo de Turits no había podido borrar los gratos recuerdos que tenía la población campesina de la era de Trujillo.

Los intelectuales y los poseedores del poder

Los intelectuales se enfrentan a un dilema moral e intelectual difícil. Si se esfuerzan en conseguir influencia social y política y quieren ser escuchados, ellos usualmente tienen que conectarse a facciones políticas y a los poseedores del poder. La mayoría de los intelectuales están por lo tanto preparados a negociar un poco de su autonomía por alguna influencia en la sociedad. Al hacer esto, ellos se arriesgan a perder su integridad intelectual y su autonomía. Si hubieran querido retener estas dos sagradas posesiones, ellos están con frecuencia condenados a una existencia marginal e irrelevante.

Es una de las grandes paradojas de la historia latinoamericana, que estas limitaciones fueron con frecuencia temporalmente removidas por regímenes autoritarios regionales que usaron a «sus» intelectuales para consolidar sus poderes. Esta dependencia de regímenes y dictadores autoritarios mostró la impotencia política de parte de los intelectuales, que estaban en fuerte contraste con su autoimagen. Esta contradicción es un tema recurrente en la historiografía latinoamericana y puede bien ser la causa principal del tal llamado pesimismo que es frecuentemente considerado una característica de la historia intelectual latinoamericana —y ciertamente dominicana—. En la República Dominicana esta situación

fue temporalmente revertida durante el régimen de Trujillo. En la sombra del poder de Trujillo muchos intelectuales se sintieron a sí mismos omnipotentes, igual que el secretario en la historia de Carpentier. Mientras duraba, ellos podían vivir bajo la ilusión de su rol crucial en el desarrollo y la modernización de la sociedad. Aun los que oponían de estos poseedores de poder autoritarios se convencieron de su (potencial) importancia política. Los intelectuales escribieron ensayos sobre el futuro de su nación y debatieron el destino nacional. Al hacer esto, ellos podían soñar que cuando ellos les tocara estar en el poder, sus roles serían decisivos. Como se hizo claro en lo indicado previamente, las historias personales de Juan Bosch y de Joaquín Balaguer muestran las limitaciones y posibilidades de tales proyectos político-intelectuales. No hay duda de que Juan Bosch fue por mucho el mayor intelectual de los dos, pero al mismo tiempo ese pudo haber sido el elemento crucial en su fracaso final como político. Eventualmente, él fue incapaz de reemplazar las sutilezas del raciocinio intelectual por las despiadadas simplificaciones necesarias para adquirir el poder político.

CAPÍTULO 18

REALIDADES E IDEOLOGÍAS DE LA MODERNIDAD EN LA REPÚBLICA DOMINICANA DEL SIGLO XX

Introducción

El debate sobre el presente estado de la modernidad en América Latina ha adquirido un nuevo tono interesante. Los intelectuales de los grandes países latinoamericanos como Chile, México y Brasil han empezado a analizar las expresiones variadas y contradictorias de esta modernidad. No es una coincidencia que sea en estos países grandes, con estadísticas de crecimiento impresionantes y con los mejores contactos económicos y políticos con la comunidad global, donde se origine esta discusión. Estos países se enfrentan a una modernidad altamente contradictoria, que algunos han denominado «fragmentada», o «incompleta». Aunque se les pueda llamar «modernas», las sociedades latinoamericanas contienen muchos elementos que son difíciles de empatar con la situación de la modernidad. Esta situación ha provocado una discusión sobre el origen específico de la modernidad latinoamericana.

La República Dominicana es un ejemplo interesante de este camino complejo y a veces contradictorio hacia la «modernidad fragmentada». Este país ha vivido profundos procesos de cambio en el siglo XX. Pero estos cambios no han sido unilineales, ni inequívocos. Había períodos largos de estancamiento y represión política y social, especialmente durante las presidencias de Trujillo (1930-1961) y Balaguer (1966-1978 y 1986-1996). Estos tiempos estuvieron llenos de revueltas populares y rápidos cambios sociales y culturales. El primer momento de modernidad se dio durante la larga dictadura de Trujillo, después de un desarrollo tardío y no balanceado de una economía orientada hacia la exportación a finales del siglo XIX. Se puede decir que esto es un ejemplo de lo que Jeffrey Herf, en su análisis del Tercer Reich

ha llamado «modernismo reaccionario».¹ Bajo la estricta vigilancia del estado dictatorial, e informada por una mezcla idiosincrásica de ideologías reaccionarias y nacionalistas, la sociedad dominicana se transformó y modernizó lentamente. Este modelo se reprodujo durante el largo reino de Joaquín Balaguer. Este trató también de modernizar el país sin permitir lugar para las convulsiones políticas y sociales que tienden a acompañar a los procesos de cambio económico y social. En un análisis reciente, Hartlyn enfatizó la mezcla curiosa de cambio dramático socioeconómico y una sorprendente inactividad política durante el régimen de Balaguer.²

Este período largo de modernización conservadora fue interrumpido dos veces. Después del asesinato de Trujillo en 1961, el país entró en un período de cuatro años de movilización social y política que resultó en un golpe de Estado militar en 1963 y una intervención militar estadounidense en 1965. El segundo momento fue los ocho años en el poder del PRD (1978-1986). Este período de política populista llevó a la sociedad dominicana a abrirse, pero también resultó en corrupción general y en un alto grado de desencanto político.

Ha sido recientemente, con el gobierno de Leonel Fernández, quien tomó el poder en 1996 con un claro aire modernizante, que la República Dominicana ha entrado en un nuevo período en el cual la modernización tecnológica y económica ha sido acompañada por una agenda social y política. El nuevo gobierno estimuló un proceso rápido y contradictorio de transformación que cambió el rostro del país y su carácter social, político y económico. Nosotros podemos solo especular sobre cuán sostenible es este proceso, pero no sería sorprendente cuando su gobierno entre a la historia como un claro cambio en el proceso de transformación de la República Dominicana.

¹ Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism. Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984).

² Jonathan Hartlyn, *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic* (Chapel Hill y London: University of North Carolina Press, 1998), 134 y ss.

La modernización dominicana entonces, ha sido caracterizada por una combinación de estancamiento político y cambio social. Hubo pequeños interludios de apertura política, pero no fueron lo suficiente para cambiar el rostro político del país. Durante los largos períodos de mando autoritario la sociedad dominicana cambió considerablemente. Pero estos procesos de transformación fueron fuertemente controlados y el cambio tecnológico y material fue acompañado muchas veces por represión política y violencia. La historia específica del desarrollo del país y su presente euforia modernista pueden entonces ofrecer perspectivas interesantes sobre la naturaleza compleja de la modernidad de América Latina.

Este capítulo revisará algunos elementos importantes del debate sobre la modernidad latinoamericana. Después tratará de aplicar sus intuiciones al análisis de los recientes desarrollos en la República Dominicana. Trataremos de explicar los procesos de cambio en las últimas décadas del siglo XX, enfocando dos espacios simbólicos importantes: cultura material y relaciones sociales. Y trataremos de mostrar cómo cada uno de estos espacios expresa sus propias contradicciones y ambigüedades.

Analizando la modernidad

«Modernidad» es un concepto relativamente nuevo para describir un proceso que ha caracterizado el mundo occidental desde hace dos siglos por lo menos. Las obras de Marx, Weber y Durkheim han aportado perspectivas clásicas a este proceso. Esto en sí es un ejemplo de la diversidad de perspectivas que hay sobre algo que llamamos lo «moderno». Marx enfatizó el desarrollo de relaciones capitalistas. Durkheim enfatizó la aparición de la alienación burguesa y social. Y Weber se centró en la racionalización de procesos sociales y el desencanto consecuente del mundo.³ En su libro,

³ Ver Jorge Larrain, *Modernidad, razón e identidad en América Latina* (Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1996), 17-19.

Marshall Berman ha aportado todavía otra perspectiva.⁴ Ve la modernidad, ante todo, como una revolución mental que ocurrió en respuesta a un número de tensiones fundamentales en la experiencia moderna, especialmente entre el riesgo y la oportunidad, y entre la destrucción y la innovación.

Aunque la idea de modernidad (a diferencia de «modernización») tenía en parte la intención de vaciar el análisis de procesos de desarrollo en el mundo de sus tendencias eurocéntricas, sigue siendo un vehículo para las interpretaciones eurocéntricas que ven el desarrollo moderno como la consecuencia inevitable de la expansión occidental. Anthony Giddens, por ejemplo, escribe: «“Modernidad” se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los han convertido en más o menos mundiales».⁵ Al escoger este punto de partida, Giddens afirma una línea de pensamiento que ha visto el expansionismo occidental como la fuerza central que explica el proceso de transformación global.

Otros han adoptado el término como un instrumento heurístico para entender esa transformación del mundo occidental sin tener que sacrificar sus expresiones variadas y desiguales, permitiendo así el análisis de formas diferentes de modernidad en otras partes del mundo. En este sentido, lo consideran como una crítica de las perspectivas eurocéntricas sobre el proceso de modernización en el mundo. Esto no está exento de problemas. Jean y John Comaroff escriben:

Precisamente porque está tan conectada a las ideologías occidentales del desarrollo universal, la modernidad no es útil como herramienta analítica para entender la expansión europea, especialmente desde la perspectiva de lo

⁴ Marshall Berman, *All that Is Solid Melts Into Air. The Experience of Modernity* (New York: Penguin Books, 1982 [1988]). Ver también Jürgen Habermas, *El discurso filosófico de la modernidad* (Buenos Aires: Taurus, 1989).

⁵ Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity* (Cambridge: Polity Press, 1990), 1.

colonizado. Más aún, a pesar de ser a menudo evaluativo e impreciso (...) el término en sí ha llegado a circular, casi mundialmente, como metáfora de nuevos medios y fines, de nuevas materialidades y significados. (...) Habla por todas partes de grandes transformaciones que han reformado las relaciones sociales y económicas en un nivel global; transformaciones, ciertamente, que han hecho la idea de lo «global” algo pensable.⁶

Uno de los problemas del debate es que no hay un consenso sobre cuáles elementos deberían considerarse centrales de la experiencia moderna. Algunos enfocan el desarrollo de fuerzas productivas; otros, la globalización o las consecuencias de la nueva tecnología. En el debate posmoderno, lo «moderno” es más que nada una visión del mundo, o un estado mental que enfatiza la homogeneidad y unilinearidad del desarrollo humano. Últimamente, se pone una nueva atención en la relación entre lo tecno-económico y los elementos socio-políticos de la modernidad. En otras palabras, nuestra comprensión de la modernidad, ¿debería incluir también, elementos como la democracia, la igualdad social o la participación popular?

Intentando encontrar un denominador común para el término, me gustaría considerar el concepto de «modernidad» como una referencia a las perspectivas problemáticas, y a menudo contradictorias, de la transformación del mundo contemporáneo. Claramente, la modernidad se expresa en múltiples formas y en diferentes niveles de la sociedad, pero por razones de espacio, las dejaremos implícitas.⁷ La confusión que rodea el término simboliza al mismo tiempo el desnivelado y contradictorio carácter del

⁶ Jean Comaroff, y John Comaroff (eds.), *Modernity and its Malcontents. Ritual and Power in Postcolonial Africa* (Chicago and London: University of Chicago Press, 1993), xii-xiii.

⁷ José Joaquín Brunner, *Cartografías de la Modernidad* (Santiago: Dolmen Ediciones, [s.f.]); y Giddens, *The Consequences of Modernity*.

proceso en sí.⁸ Entonces, la discusión se podría centrar alrededor de los siguientes puntos: ¿será que la modernidad trae necesariamente el fin de formas locales sociales, económicas y culturales? Y si no, ¿qué significa que la modernidad se expresa de maneras diferentes, en diferentes partes del mundo?

Estas preguntas son particularmente pertinentes para América Latina. Las élites latinoamericanas siempre se han sentido como parte del mundo «moderno» occidental. Alain Rouquié ha descrito al continente como el «extremo occidente».⁹ La modernización, el «progreso» ha sido una meta evidente en sí misma para la mayoría de las clases gobernantes en los siglos XIX y XX.¹⁰ Hasta Carlos Fuentes escribió: «Somos un continente en búsqueda desesperada de su modernidad».¹¹ Esta desesperación se puede considerar también simbólica para la naturaleza utópica de las ideologías modernistas latinoamericanas.

La experiencia moderna latinoamericana se centra alrededor de una contradicción básica. Las élites latinas se aferraron tercamente a una modernidad de estilo occidental, inclusive cuando se enfrentaban a sociedades que carecían de las más básicas comodidades de la modernidad y donde existían lógicas sociales y culturales que eran totalmente diferentes o inclusive se oponían a ella. Este contraste entre un deseo utópico de cambio y progreso y una realidad resistente ha sido un tema importante y recurrente en la historia de América Latina. En su crítica del pensamiento modernista en México, Octavio Paz escribió: «Como toda la América española, México estaba condenado a ser libre y a ser moderno, pero su tradición había negado siempre la libertad y la modernidad».¹²

⁸ Brunner, *Cartografías de la Modernidad*.

⁹ Alain Rouquié, *Amérique latine: Introduction à l'extrême-occident* (Paris: Éditions du Seuil, 1987).

¹⁰ Ver también capítulo 13.

¹¹ Citado en José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la Modernidad* (Santiago de Chile: Planeta, 1994), 17.

¹² Octavio Paz, *El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978* (Barcelona: Seix Barral, 1979), 62.

Como consecuencia, las élites latinoamericanas han mostrado con frecuencia, un pesimismo sobre las posibilidades de una modernidad verdadera. Este pesimismo lo tradujeron en una súplica por soluciones autoritarias. Aborrecieron la indolencia económica y social y la apatía de sus poblaciones, y no tuvieron fe en su capacidad de cambio. Esto los llevó a pensar muchas veces que la sociedad solo podía cambiar cuando las viejas tradiciones fueran acabadas por la fuerza. El resultado fue que muchos proyectos de modernización latinoamericanos conllevaban un sentido autoritario. Esto no deja de ser significativo. James Scott ha llamado la atención a la combinación «letal» de modernismo utópico y estado coercitivo. En su manera de ver, esta combinación casi siempre ocurría durante períodos de guerra, revolución, o depresión.¹³

Estas observaciones sugieren que América Latina y el Caribe son lugares favorables para el estudio de los resultados contradictorios de procesos recientes de modernización global. Mientras, por un lado, la emergencia de una economía orientada a la exportación y la integración a un mundo global llevó a la transformación y adaptación de características sociales y culturales existentes, no ha llevado a la desaparición de una cultura latinoamericana y patrones sociales específicos. Por el contrario, vemos las poblaciones latinas «entrar y salir de la modernidad», usando la frase de García Canclini.¹⁴ También vemos la aparición de elementos culturales híbridos nuevos y distintivos dentro de la sociedad latinoamericana. Estos se han convertido en elementos centrales en la formación de las identidades latinoamericanas contemporáneas. Vale la pena mencionar que estos procesos han cobrado fuerza en la diáspora latinoamericana hacia los EE. UU. La constitución de comunidades transnacionales ha jugado un

¹³ James C. Scott, *Seeing like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed* (New Haven and London: Yale University Press, 1998), 5.

¹⁴ Néstor García Canclini, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (México: Grijalbo, 1989 [1990]).

papel crecidamente importante en la reproducción de la cultura contemporánea latinoamericana.¹⁵

La importancia de América Latina como área cultural para el estudio de la modernidad se refleja en un gran número de ensayos teóricos que explican las contradicciones de la modernidad en el continente. Las perspectivas varían entre total optimismo,¹⁶ optimismo prudente¹⁷ y pesimismo,¹⁸ pero juntos forman un cuerpo bibliográfico rico y desafiante. Sin embargo, todavía se necesita hacer mucho trabajo empírico para investigar y refinar las interpretaciones de este trabajo de reflexión sobre la modernidad latinoamericana. Si queremos entender la modernidad de América Latina, es necesario confrontar las concepciones y perspectivas teóricas con la realidad cotidiana. Esto podrá también permitirnos captar su lógica y sus posibles contradicciones. ¿Qué significa la modernidad para los ciudadanos de América Latina? Y ¿de qué maneras viven y resuelven sus contradicciones? Es importante entender que hay una conexión cercana entre lo material y lo simbólico, para poder tratar de contestar estas preguntas complejas. El progreso material y el consumo de nuevos productos tienen consecuencias para las relaciones sociales y la manera en que las personas ven el mundo. Autores como José Joaquín Brunner y

¹⁵ Sherri Grasmuck, y Patricia R. Pessar, *Between two Islands. Dominican International Migration* (Berkeley: University of California Press, 1991).

¹⁶ Renato Ortiz, *Mundialização e Cultura* (Sao Paulo: Editora Brasiliense, 1994).

¹⁷ Néstor García Canclini, *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (México: Grijalbo, 1989 [1990]); Néstor García Canclini, *Transforming Modernity. Popular Culture in Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1993); José Joaquín Brunner, *Bienvenidos a la Modernidad* (Santiago de Chile: Planeta, 1994); y José Joaquín Brunner, *Globalización cultural y posmodernidad* (Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1998).

¹⁸ Marcos Villamán Pérez, *América Latina: Modernidad y culturas populares. Desafíos y posibilidades* (Santo Domingo: Centro Poveda, 1993); José Bengoa, *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: Los desafíos de la modernización en Chile* (Santiago: Ediciones Sur, 1996); y Tomás Moulian, *El consumo me consume* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1998).

Daniel Miller han enfatizado la importancia simbólica del consumo. Miller escribe: «los productos son usados para constituir la complejidad de las relaciones sociales contemporáneas».¹⁹ Como ha ilustrado el trabajo de Néstor García Canlini, esta perspectiva sugiere nuevos campos interesantes de investigación. Pudiera focalizarse en el campo de la cultura material y en la importancia simbólica y social que adquiere en la cotidianidad. En lo que resta de este artículo, trataremos de establecer un primer paso en la aplicación de estas ideas para la República Dominicana. Haciendo esto, esperamos encontrar respuestas sobre la naturaleza de la modernidad dominicana y sus implicaciones sociales y políticas.

La búsqueda de modernidad en la República Dominicana

La República Dominicana empezó tardíamente el desarrollo económico y tecnológico. La construcción de ferrocarriles, uno de los grandes heraldos de progreso en la América Latina del siglo XIX, empezó apenas a finales de ese siglo. Cuando Cuba ya podía jactarse de su primer ferrocarril en 1837, y otros países habían empezado su construcción en la década de 1850, el primer proyecto dominicano de línea férrea empezó en 1882. Los dos ferrocarriles públicos que fueron construidos con préstamos extranjeros solo estuvieron en función durante algunas décadas al principio del siglo XX. Fueron rápidamente sobrepasados por el transporte de carreteras y, con el tiempo, desaparecieron; resultado mixto de mal manejo y tecnología obsoleta.²⁰

Otro símbolo del desarrollo orientado hacia la exportación era las plantaciones de azúcar que surgieron en el sur del país, en los 1880. Estas nuevas plantaciones eran financiadas principalmente por capital estadounidense y proveyeron otro estímulo importante al desarrollo tecnológico. Usaron la energía de vapor más avanzada

¹⁹ Daniel Miller, *A Theory of Shopping* (Cambridge: Polity Press, 1998), 8.

²⁰ Michiel Baud, *Historia de un sueño. Los Ferrocarriles Públicos en la República Dominicana, 1880-1930* (Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1993).

y continuamente trataron de racionar y mejorar su organización del trabajo. En la primera parte del siglo XX, el sector azucarero era el más moderno de la industria dominicana.²¹ La producción de azúcar era un elemento central en la economía dominicana. El valor de su producción aumentó de 10 millones de pesos en los 1930, a 70 millones en los 1950.²² Sin embargo, en los 1950 alcanzó los límites de su política de diferenciación tecnológica y del uso continuo de mano de obra barata haitiana para la cosecha de caña. La incapacidad de mecanizar el proceso de cosecha de caña pronosticó el fracaso para el sector azucarero dominicano, dejándolo casi extinguido hoy día.

Por tanto, dos de los símbolos más dramáticos de la modernidad temprana en la República Dominicana fracasaron y casi desaparecieron en la segunda mitad del siglo XX. En sí esto se pudiera considerar como una señal de los cambios que sucedieron en el país. La dependencia del monocultivo en torno a la producción de azúcar disminuyó en el curso del siglo XX. Esto era en parte resultado del crecimiento de sectores industriales domésticos, estimulados por la dictadura de Trujillo. La mayoría de esta actividad industrial era para consumo interno y consistía en productos alimenticios, muebles, zapatos y ropa.²³ El valor total de producción industrial aparte del sector de azúcar aumentó de 7.5 millones en 1936 a 164.5 millones en 1960.²⁴ Al final del régimen de Trujillo, la industrialización doméstica se había vuelto más importante que la producción de azúcar.

Del mismo modo, la innovación tecnológica iniciada durante la ocupación estadounidense entre 1916-1924 se profundizó y progresivamente cambió el rostro de la sociedad dominicana. Los primeros automóviles fueron importados en la década de 1910;

²¹ Martin F. Murphy, *Dominican Sugar Plantations. Production and Foreign Labor Integration* (New York: Praeger, 1991).

²² Roberto Cassá, *Capitalismo y dictadura* (Santo Domingo: UASD, 1982), cuadro III-1.

²³ Cassá, *Capitalismo y dictadura...*, cuadro IV-5.

²⁴ Cassá, cuadro IV-2.

se volvieron más comunes en 1930-1940. Los medios de comunicación mejoraron gracias a la radio y el teléfono y, después, a la televisión. La importancia de estas innovaciones fue captada rápidamente por la dictadura de Trujillo. Así como Lilís Heureaux se aprovechó del nuevo telégrafo para controlar a sus enemigos, Trujillo usó los medios de comunicación extensivamente para aumentar su control sobre la sociedad dominicana.

Sin embargo, el proyecto modernista controlado de Trujillo fue más allá del mero control. Lauren Derby ha puesto atención a los objetivos de Trujillo de modernizar la capital, cuyo nombre fue cambiado a Ciudad Trujillo en 1936. Trujillo quería rehacer la ciudad para modernizarla y mantener la población bajo control. Ciudad Trujillo iba a convertirse en la ciudad que representaba la dictadura: limpia, moderna y, sobre todo, ordenada.²⁵ Estas metas se expresaron en varias maneras, pero todas estaban ligadas de una manera u otra a la construcción de edificios e infraestructura. Trujillo usó una expresión famosa: «Tuve paciencia y fe para emprender y realizar un programa de gobierno que se contenía en esta palabra: CONSTRUIR». Nuevos barrios populares fueron construidos en donde plantas procesadoras de comida y pequeñas industrias ofrecieron fuentes de ingreso para los pobres urbanos. Esta fue una respuesta directa al número creciente de personas viviendo en la capital. El número aumentó seis veces entre 1920 y 1950. Al mismo tiempo, los primeros edificios modernos fueron construidos, de los cuales el Hotel Jaragua y el salón de baile «La Voz Dominicana» eran los más famosos. La «Feria de la Paz y Confraternidad» que fue inaugurada en 1955 puede ser considerada la cima simbólica del proyecto modernista de Trujillo. Su intención era enseñarle al mundo que la República Dominicana era un país moderno, progresista y ordenado. Cuidadosamente planeada y extravagantemente cara, también demostraba las posibilidades de un léxico nacionalista de arquitectura cuyo objetivo primero era modernista. Se puede mencionar que el interés público por la Feria

²⁵ Lauren Derby, «The City Rises: The Making of Ciudad Trujillo», unpublished paper, 1999.

fue muy bajo. Aunque quizá pueda considerarse como una señal de resistencia en contra del régimen o el resultado de la pobreza, el hecho es que ni el transporte gratis, ni una tarifa de entrada mínima fueron capaces de atraer muchos visitantes a la Feria.²⁶

Después de la muerte de Trujillo y el desmantelamiento de su sistema autoritario desapareció el control estricto sobre la sociedad. Esto llevó, entre otras cosas, al aumento de las exigencias de las clases populares y la movilización política. Los salarios del sector azucarero aumentaron más del doble entre 1960-1962. De manera similar, hubo incrementos salariales en otros sectores de la economía industrial.²⁷ Estos incrementos de salarios en los sectores industriales tuvieron como resultado un aumento del consumo popular. Aunque hubo un nuevo período de control autoritario y de represión durante los doce años de Balaguer que siguieron a la intervención estadounidense de 1965, el Estado dominicano nunca recuperó el grado de control sobre la población dominicana que tuvo el régimen de Trujillo. Los sectores populares se situaron en la escena económica y política más que nada como una nueva clase de consumidores, especialmente durante el interludio de ocho años de gobierno populista del PRD.

El caos político y cultural dentro del país después de terminada la dictadura de Trujillo llevó a una nueva influencia cultural y política de los EE. UU. y produjo una emigración dominicana masiva a ese país. La economía dominicana también se internacionalizó, abriendo paso a inversiones estadounidenses, que se apoderaron de parte de los sectores industriales tradicionales, tales como cerveza, cigarrillos y productos de alimentos.²⁸ Al mismo tiempo, el país experimentó cambios internos que resultaron en desarrollos contradictorios. La sociedad dominicana se abrió social y culturalmente. Migración masiva a los EE. UU. y urbanización rápida se tradujeron en cambios radicales en la estructura social y cultural

²⁶ *La Nación*, varias ediciones, feb. 1956.

²⁷ Wilfredo Lozano, *El Reformismo dependiente* (Santo Domingo: Ediciones Taller, 1985).

²⁸ Lozano, *El Reformismo dependiente...*, 108 y ss.

del país. Políticamente, el país se estancó y se quedó enredado en una telaraña de neopatrimonialismo. Sin embargo, Rosario Espinal ha llamado la atención hacia el hecho de la entrada gradual de elementos de ideología y práctica democrática en la política dominicana.²⁹

En su práctica política, el régimen de Balaguer reprodujo la ecuación de Trujillo de modernidad y construcción. Durante su reino de doce años, Balaguer construyó una serie interminable de carreteras, zonas residenciales y edificios gubernamentales. Puso su sello en la capital construyendo la monumental «Plaza de la Cultura», con varios museos, la Biblioteca Nacional y el Teatro Nacional. El gran «Parque Mirador» también tuvo su origen en este período. En su último período de gobierno, Balaguer ordenó la destrucción de varios barrios populares en el centro de la ciudad. Esto era parte de un gran plan para innovar la «27 de Febrero», una de las grandes arterias de tráfico de la ciudad. Esto causó protestas populares masivas.

La transformación del país no destruyó los vestigios del viejo orden «aristocrático». Las relaciones sociales tradicionales se mantuvieron en muchas partes de la sociedad dominicana. La fuerte distinción entre la élite y las masas populares y las relaciones fuertemente desiguales entre sexos, siguieron siendo elementos básicos de la sociedad contemporánea. La encuesta de 1997, realizada por un grupo de investigadores de la Universidad Católica (PUCMM) también sugiere una influencia continua de ideas paternalistas y autoritarias.³⁰ La inseguridad creada por la transformación rápida de la sociedad y la pérdida de «valores tradicionales» ha llevado a un anhelo nostálgico por un pasado autoritario ordenado. Una cuarta parte de las personas entrevistadas dieron un juicio positivo

²⁹ Rosario Espinal, *Autoritarismo y democracia en la política dominicana* (San José de Costa Rica: Ediciones, CAPEL, 1987).

³⁰ Isis Duarte, et al., *Cultura Política y Democracia en la República Dominicana, 1997*. Resultados de la II Encuesta Nacional de Cultura Política y Democracia (DEMOS-97) (Santo Domingo: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1998), 152.

sobre el régimen de Trujillo y casi el 40 % hizo lo mismo con los doce años de Balaguer.³¹

A pesar de estas continuidades, la creciente interacción con el mundo exterior como resultado de la migración, turismo y globalización, ha cambiado definitivamente la sociedad dominicana. Esto influyó fuertemente las ideas sobre las relaciones entre sexos y las actitudes sociales. El crecimiento económico y una reducción de la inflación en los 1990 han resultado en grados de consumo sin precedentes. El consumismo y la modernidad se han convertido en iconos centrales de debates sobre la sociedad dominicana, tanto entre los sectores populares, como en las élites. El monopolio religioso de la Iglesia católica romana está siendo cada vez más complementado por las nuevas iglesias protestantes que se establecen en los barrios populares. La desilusión con partidos políticos tradicionales ha llevado a una plétora de nuevos movimientos sociales que tratan de llenar el vacío político.

La sociedad dominicana contemporánea demuestra por lo tanto un proceso ambiguo de continuidad y cambio, de perspectivas que miran de manera optimista hacia delante, y otros que expresan un deseo nostálgico del pasado mítico. Ahora prestaremos atención a estas ambigüedades de la modernidad dominicana.

Cultura material

Es difícil encontrar información confiable en la República Dominicana sobre el consumo material. La mayoría de los productos modernos son importados, pero las estadísticas gubernamentales de la importación solo ofrecen datos agregados y no pueden dar más que una simple visión de conjunto de la realidad del consumo dominicano. Los mismos gobiernos dominicanos tienen una tradición establecida de importación ilegal. Y es más, muchos de los bienes de lujo son llevados al país por emigrantes que regresan y, por tanto, quedan sin registrar. Televisores, equipos de sonido, VCRs y computadoras son traídos al país en cantidades

³¹ Duarte, *et al.*, *Cultura Política y Democracia en la República Dominicana...*, 66.

tan grandes que se han convertido en elementos comunes de las casas dominicanas. Un reporte reciente del BID menciona que la República Dominicana tiene una de las densidades más altas de computadoras per cápita en América Latina.

Un producto que ha literalmente conquistado el espacio dominicano es el carro. En un primer momento era un privilegio de las élites. El acceso a un carro era limitado hasta los 1980, por causa de leyes de importación. Una de las expresiones más evidentes de la corrupción durante el gobierno de Jorge Blanco eran los carros europeos nuevos y caros circulando en las calles de Santo Domingo, en un período cuando todos sabían que la importación legal de éstos era casi imposible. Al mismo tiempo que prohibía la importación de carros, Jorge Blanco usó sus poderes presidenciales para permitir un número masivo de exoneraciones para la importación de estos, muchos de los cuales fueron rápidamente vendidos por sus dueños.³² Estos carros llegaron a entrar en posesión de las clases medias que apoyaban al PRD. Estas clases habían sido excluidas de este producto anteriormente y este período se constituyó entonces en una etapa importante en la democratización de la posesión de carros y del consumo en general.

Con la reducción neoliberal de aranceles en los 1990, el número de carros en la República Dominicana aumentó considerablemente. De unos 250,000 en 1984, el número de carros fue calculado en más de 600,000 en 1999.³³ Esta última cifra probablemente es demasiado baja porque la importación ilegal ha continuado. De todos modos, la posesión de un carro está ahora al alcance de la clase media baja, especialmente en los centros urbanos, convirtiéndose en un símbolo central de la movilización hacia arriba. Tomando en cuenta la deficiencia de infraestructura, el número de carros está continuamente causando congestiones de tráfico en la capital. Un

³² Jonathan Hartlyn, *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic* (Chapel Hill y London: University of North Carolina Press, 1998), 186; Espinal, *Autoritarismo y democracia en la política dominicana...*, 190-192.

³³ Banco Central de la República Dominicana, *Indicadores relevantes sobre el bienestar de la población* (Santo Domingo: Banco Central, 1999).

titular de un periódico en diciembre de 1999 decía: «Caos en el tránsito es uno de los males “fin del milenio”». ³⁴ La mayoría de los carros que llegan al país son importados y de segunda mano. Una fuerza de trabajo barata y un control deficiente del estado permiten a los dueños de carros extender la vida del auto casi indefinidamente. Muchos carros viejos terminan en el sistema de transporte público y son un factor importante de contaminación en el medio ambiente urbano.

Lo que está pasando con los carros hoy tiene sus precedentes en los 1980, cuando los impuestos sobre las motocicletas pequeñas de segunda mano fueron reducidos. Nadie sabe exactamente cuántas de estas motocicletas fueron importadas desde Japón, pero el número estimado era de un millón para fines de 1999. ³⁵ Esta entrada numerosa de motocicletas baratas al país ha creado el fenómeno único del motoconcho. Este sistema de motocicletas-taxis baratos ofrece un sistema descentralizado de transporte para el pobre urbano y rural. El motoconcho se ha convertido en uno de los elementos más característicos de la sociedad dominicana en las últimas décadas y es un instrumento indispensable que mantiene la estructura de la sociedad dominicana unida.

En general, las autoridades dominicanas no pueden controlar el proceso del tráfico en expansión. Los policías son mal pagados y operan sin la instrucción apropiada. Las carreteras son deficientes y las reglas de tráfico no son respetadas. Hasta uno de los instrumentos más ampliamente aceptados para regular el tránsito, los semáforos, ha sido objeto de abuso. En diciembre de 1999 hubo quejas sobre unos semáforos «ilegales», instalados por compañías privadas en lugares peligrosos, sin la autorización del municipio, para facilitar el estacionamiento a sus clientes. ³⁶ Esto en sí puede ser un ejemplo insignificante, pero demuestra que el Estado está perdiendo en la lucha por el espacio urbano.

³⁴ *Hoy*, 16-12-1999.

³⁵ *Idem.*

³⁶ *El Nacional*, 6-12-1999; «Instalación ilegal semáforos causa trastornos al tránsito».

Otro producto importante en la sociedad dominicana es el teléfono. La red de telecomunicaciones dominicana fue fundada en 1927. Sin embargo, solo fue en los 1960 cuando se volvió un producto barato y accesible, cuando intereses norteamericanos se apoderaron de su administración. Desde entonces la red de teléfono dominicana ha estado directamente ligada al sistema estadounidense. Las políticas neoliberales y la privatización del mercado de telecomunicaciones significaron una nueva expansión en telecomunicaciones. El uso de beepers, celulares e Internet desempeñó un papel importante en el aumento dramático del mercado de telecomunicación durante los últimos años. Entre 1995 y 1999 el número de teléfonos en el país aumentó el doble, de un millón a dos millones.³⁷

La función social de la comunicación telefónica en el país a duras penas se puede exagerar. En una sociedad que se caracterizó por la movilidad personal después de 1961, el teléfono permitió que la población dominicana mantuviera sus contactos sociales y personales. En primer lugar, esto pasó dentro del país, donde hacer llamadas era un ingrediente esencial para las relaciones con amigos y familiares. Luego, este mecanismo se extendió a nivel internacional. El periódico *Los Angeles Times* reportó que en 1996 las conversaciones telefónicas de la República Dominicana con los EE. UU. aumentaron a 540 millones de minutos. La República Dominicana ocupó el octavo lugar en la lista de países que más llaman a los EE. UU. El aumento de conversaciones telefónicas internacionales en los 1990 era en parte resultado de la apertura del mercado telefónico. La competencia entre las dos compañías de teléfono mayores, TRICOM y CODETEL, tuvo como resultado la reducción de las tarifas, lo que hizo las llamadas internacionales accesibles para los de menos recursos económicos.³⁸

³⁷ Banco Central de la República Dominicana, *Características de la vivienda y disponibilidad de servicios básicos, 1984-1998* (Santo Domingo: Banco Central, 1999).

³⁸ *Los Angeles Times*, Dic. 1997.

Una tercera área de consumo importante es la televisión. La presencia de televisores en los hogares dominicanos ha aumentado rápidamente en las últimas décadas y, consecuentemente, el consumo de programas de televisión. Un censo realizado en 1995 concluyó que el 89 % de la población urbana y el 68 % de la población rural ven televisión todos los días.³⁹ La televisión por cable, que permitió acceso a canales extranjeros, fue introducida en los 1980, pero era un privilegio para los ricos hasta hace poco. Hoy en día el cable ha extendido en parte por la pobre calidad de los canales nacionales. En barrios pobres la gente tiene acceso a programas de deportes en vivo de todo el mundo a través de las bancas de apuesta, en donde la gente puede apostar sobre los resultados deportivos. Los dominicanos también dan seguimiento a varias novelas extranjeras. El periódico *Hoy* promovió la columna «Así van las novelas» en 1999, en donde nueve programas eran discutidos diariamente. Las compañías de cable también ofrecen acceso a muchos canales de noticias y deportes en inglés.

Pocos observadores en la sociedad dominicana de hoy dudarán de la importancia del consumo. El acceso a productos que están directamente asociados a la modernidad se ha convertido en un requisito para tener status social. Con el aumento de la migración a los de Estados Unidos, el neoliberalismo y el advenimiento simultáneo de la sociedad de consumo, se impusieron nuevas relaciones sociales y expresiones culturales que cambiaron el rostro de la sociedad dominicana. Los «dominicanos ausentes» trajeron estilos nuevos de vida y de vestir y percepciones diferentes de las relaciones de género. Las generaciones más jóvenes se han sensibilizado en estas nuevas modas. Los zapatos deportivos se han vuelto normales entre los jóvenes dominicanos. Entre los ricos hay una clara preferencia por la ropa importada y cosméticos caros. Enormes superficies o centros comerciales (*malls*) como los

³⁹ ENDESA-95 citado en Carmen Julia Gómez, «La Función Social de los Medios Masivos de Comunicación», en *Tendencias demográficas, problemas sociales y desarrollo en República Dominicana*, Volumen I (Santo Domingo: CESDEM, 1999), 233-239.

que hay en países latinoamericanos como Chile y Brasil no existen todavía en la República Dominicana, pero Santo Domingo tiene ahora grandes *shopping centers* y nuevos centros se construyen cada día. El centro de las ciudades dominicanas tiene hoy restaurantes de comida rápida (*fast food*) y abundan en publicidad para bienes importados y tiendas exclusivas.

Este proceso ha traído también un desplazamiento en la capital. El viejo centro colonial ha perdido su función de lugar de encuentro de todas las clases sociales. Se ha convertido en el territorio de la clase media-baja, los jóvenes y los turistas. La élite se ha movido hacia fuera, hacia la Abraham Lincoln y más allá. Este es un proceso dinámico continuo. La Plaza Naco, el lugar de moda en los 80, ha sido totalmente abandonada por los ricos y la ha tomado la clase media. Los ricos han ido a concentrarse en el nuevo *shopping center* «Diamond» y se alejan más del centro. Solo las generaciones viejas y las élites culturales se han mantenido emocionalmente ligados al centro viejo donde todavía realizan sus encuentros sociales.

Clase y consumo

La importancia del consumo no se restringe a las clases adineradas. También, ya veces con más fuerza, el acceso a y el consumo de productos «modernos» se ha vuelto importante para las clases populares. No hay duda de que una gran parte de estos sectores debe ser considerada «pobre» en relación con las comodidades básicas y con las expectativas económicas y sociales. Sin embargo, esta pobreza no significa necesariamente que no tengan acceso a los materiales de la modernidad. Radios, televisiones y lavadoras, que a menudo son considerados un privilegio de los ricos, han tenido una entrada considerable en los barrios populares de las ciudades. Algunos estudiantes hasta tienen computadoras que les mandan parientes residentes en los EE. UU.,⁴⁰ siguiendo

⁴⁰ Jorge Cela, *La otra cara de la pobreza* (Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, S. J., 1997), 49-50.

la interpretación de Brunner, ve el deseo de consumir como una tentativa de los pobres de crear una identidad para sí mismos. Este consumo, que es a veces extravagante, o por lo menos disonante con su situación económica, les permite participar de la modernidad utópica que les presenta la globalización.

Sin embargo, está claro que las consecuencias de la revolución consumista no están igualmente esparcidas por la sociedad dominicana. El debate sobre la naturaleza y cantidad de pobreza en la República Dominicana se ha intensificado a causa de la publicación de los resultados de un censo financiado por el Banco Central en 1999, la tercera Encuesta nacional de gastos e ingresos de los hogares, realizada en 1997-1998.⁴¹ El debate sobre esta encuesta se ha focalizado en dos puntos. Primero, el censo dio una imagen color de rosa de los servicios públicos como el agua y la electricidad. Mucha gente encontró estos datos difíciles de creer. Segundo y más importante, la línea de pobreza es, de acuerdo con datos del Banco Mundial, puesta en 60 dólares por mes. Las familias que ganan menos son consideradas pobres. Basados en este criterio, los investigadores del Banco Central concluyen que menos del 25 % de la población dominicana puede describirse como pobre y que solo un 4% vive en condiciones de extrema pobreza.⁴² Estas cifras contrastan con los hallazgos de otras investigaciones, que dan resultados más altos. También contrasta con la auto-percepción de la población dominicana, de la que más del 60 % se describe como perteneciente a la «clase pobre». Por supuesto, estas discusiones dependen de los parámetros de pobreza y de las formas de medirlos. Con todo, mis propias investigaciones también dejan claro que la mayoría de los dominicanos consideran la pobreza como el problema más grande del país.

⁴¹ Banco Central de la República Dominicana, *Encuesta Nacional de Gastos e Ingresos de los Hogares* (V tomos) (Santo Domingo: Banco Central, 1999).

⁴² Banco Central de la República Dominicana, *Encuesta Nacional de Gastos e Ingresos de los Hogares*; ver también, entrevista con el Gobernador del Banco Central, Héctor Valdez Albizu: *El Nacional*, 20 mayo 1999; «Niega dominicanos sean tan pobres».

Uno de los problemas más grandes en la República Dominicana durante las últimas décadas ha sido la distribución errática e irregular de la electricidad. «Se fue la luz» es uno de los avisos más temidos en las familias dominicanas contemporáneas. En diferentes períodos de los 1980 y 90, barrios de clase media sufrieron cortes de luz que duraban hasta 48 horas. En los sectores populares podían durar semanas. Esto también afectó el servicio de agua. En las clases medias, el servicio de agua está directamente relacionado con la electricidad por el uso de bombas. Muchos de los edificios construidos para la clase media baja sufren un problema serio de escasez de agua. Para los pobres, la escasez de agua es un problema estructural. El censo del Banco Central mostró que solo un 30 % de los dominicanos pobres tienen agua en sus casas.⁴³

Aunque la situación ha mejorado, los cortes de electricidad son un gran problema en la sociedad dominicana. Considerando que la mayoría de la tecnología moderna depende de la corriente eléctrica, no es difícil imaginar la frustración causada por esta situación. Académicos que desean trabajar con sus computadoras están inventando todo tipo de técnicas para encontrar soluciones al problema. Mucha gente hoy en día compra «inversores», generadores silenciosos que funcionan a base de baterías. Otros se despiertan a horas despiadadas de la mañana para trabajar. Cuando un amigo mío quiso terminar un libro en los 1990, se iba todas las noches a la casa de un pariente, que vivía cerca del entonces presidente Balaguer, donde por supuesto, nunca se iba la luz. Durante la noche, mientras la familia de su pariente dormía, mi amigo escribía su libro. Frustraciones similares pueden encontrarse entre los pobres que han podido obtener finalmente una televisión, pero que no pueden verla por la falta de luz. Conocí a personas que tenían sus televisiones permanentemente encendidas. Cuando había luz, miraban la televisión.

El consumo de alta tecnología puede ser el principal elemento de la modernidad fragmentada en un país relativamente pobre

⁴³ Banco Central de la República Dominicana, *Encuesta Nacional de Gastos e Ingresos de los Hogares*, III:41.

como la República Dominicana. Esto ha conducido a dos tensiones básicas. Por un lado, la infraestructura del país es inadecuada para soportar el influjo de nueva tecnología. Profesionales de la clase media describen cómo son constantemente confrontados por las contradicciones causadas por esta situación. Trabajan en edificios modernos con todas las comodidades, vuelven en transportes públicos deficientes a encontrar sus casas sin luz ni agua. En una encuesta que hice a los alumnos del Politécnico Loyola de San Cristóbal, era tema recurrente el contraste entre las oportunidades potenciales de innovación tecnológica y la ausencia de servicios básicos. Los dominicanos están muy conscientes del contraste entre los discursos modernistas del gobierno y su incapacidad de crear condiciones básicas para la modernización del país. Segundo, la importancia del consumo y la continua propaganda comercial está creando nuevas tensiones sociales. Mucha gente, especialmente los jóvenes, se sienten excluidos de una modernidad que se ha convertido en la norma ideológica, pero que permanece fuera de su alcance. Como ha sido notado por Jorge Cela y Marcos Villamán, las «aspiraciones modernas» entre los pobres chocan muchas veces con una «realidad» que no ofrece las condiciones básicas e infraestructurales para una distribución equitativa de estos productos, creando frustraciones tremendas, especialmente entre los jóvenes.⁴⁴ Esta situación contradictoria explica la aparente discrepancia entre crecimiento económico y progreso material en las décadas recientes y una percepción simultánea de la pobreza creciente en la mayoría de la población dominicana.

Relaciones sociales

Los cambios en la sociedad dominicana mencionados anteriormente tuvieron grandes consecuencias para la naturaleza de las relaciones sociales y jerarquías existentes en el país. Sin embargo, estos cambios no son fácilmente determinados. Pertenecen al mundo de la sociedad local y de la cultura política, que están cambiando

⁴⁴ Entrevistas, 24-11-99, 10-12-99.

casi de forma imperceptible. Por eso, muchas veces estos cambios solo son visibles en los pequeños detalles del día a día.

La sociedad dominicana solía ser socialmente muy jerárquica, aunque ha habido frecuentes períodos de movilidad social rápida.⁴⁵ Se sabe bien, por ejemplo, cómo Trujillo despreciaba a la llamada «gente de primera», que reiteradamente lo había rechazado en su medio. Por estas dos razones, permitió el ascenso social a miembros selectos de las clases bajas. Dio tierra a los campesinos y crédito y casas a los pobres urbanos. Al mismo tiempo, usaba trabajadores e intelectuales para presionar a la élite tradicional y al capital extranjero, sobre todo, a las compañías azucareras.⁴⁶ La paradoja fue que la sociedad que creó no resultó tan diferente de la que trató de destruir.

Con el fin del régimen de Trujillo, este sistema de movilidad social controlada explotó. Las masas populares salieron a las calles y apoyaron a los intelectuales de clase media y a los políticos en su lucha por la participación y la democracia. Cuando este proyecto terminó desastrosamente en 1965, muchos volvieron a caer en políticas clientelistas, que intercambiaron progreso material por apoyo político. Sin embargo, de 1961 en adelante, movimientos de oposición y partidos políticos se convirtieron en un elemento esencial de las políticas dominicanas. El activismo político era fuerte en los 1980, especialmente en los centros urbanos, causando muchas revueltas y muertes ocasionales. El conflicto más violento ocurrió en abril de 1984, cuando estallaron revueltas por todas partes, protestando por el aumento de los precios causados por las políticas del FMI. La represión de estas revueltas tuvo resultado más de cien muertos. Esta alternancia entre libertad democrática y represión violenta de parte del Estado quedó como parte de la política dominicana. En este sentido, podemos seguir a Hartlyn cuando destaca que el neopatrimonialismo y la democracia

⁴⁵ Harry Hoetink, «The Dominican Republic, c. 1870-1930», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America* (vol. V) (Cambridge: Cambridge University Press, 1986), 287-305.

⁴⁶ Ver algunos capítulos en este libro.

coexistieron incómodamente en el período de 1966-1996, conduciendo a regímenes políticos no-consolidados o híbridos.⁴⁷ En estos regímenes, un sistema político aparentemente legal y constitucional se caracterizaba por corrientes extremadamente personalistas y clientelistas. Los líderes políticos «compraban» votos al dar comida («dar fundas» como decían en el tiempo de Balaguer). Por su parte, muchos votantes y activistas esperaban recompensas materiales inmediatas por su apoyo político y decidían sus preferencias de acuerdo a esto. Las relaciones sociales que acompañaban esta situación se caracterizaban por una clara noción de jerarquía social.

Por otro lado, muchas cosas han cambiado. Las viejas jerarquías perdieron su importancia y nuevos grupos sociales entraron en la escena a partir de 1970. La clase media se volvió más grande y más variada como resultado de nuevas actividades económicas. La población urbana aumentó dramáticamente, creando nuevas fuentes de protesta social. Bajo el liderazgo de sacerdotes progresistas y de partidos políticos izquierdistas, surgieron movimientos sociales, que ya no podían ser ignorados por el gobierno. Estos movimientos sociales no solo se dirigieron hacia reclamos concretos y al poder político. También trataron de cambiar la cultura social y política entre las clases populares. Discutían la manera en que la democracia tenía que ser creada y trataban de encontrar soluciones para problemas como las drogas en los jóvenes, el alcohol y el abuso infantil.

Estos cambios han acelerado y han tomado nuevos rumbos en los años noventa. Muchos observadores conectan estos cambios con la migración y el nacimiento de lo que algunos autores llaman una «comunidad dominicana transnacional». Los emigrantes trajeron nuevas ideas sobre las diferencias sociales y las relaciones de género. A veces se ven hombres en el Malecón paseando en cochecitos a sus niños. No es frecuente, pero demuestran hasta dónde han cambiado las percepciones de hombres y mujeres y sus relaciones y comportamiento. Ejemplos más extremos en el cambio de los hábitos son también visibles. Por ejemplo, existía una especie

⁴⁷ Hartlyn, *The Struggle for Democratic Politics...*, 15.

de punks llamados «metálicos»,⁴⁸ pero también grupos de cristianos renacidos. Cada uno responde en la privacidad de su grupo a estilos de vida norteamericanos. Según Marcos Villamán, un 30 % de la población dominicana adhiere a algún tipo de protestantismo fundamentalista. Considera el aumento dramático de la nueva religiosidad como una respuesta directa a las contradicciones de la modernidad dominicana.⁴⁹

El rostro social de la República Dominicana ha cambiado de manera significativa especialmente con relación a las jerarquías sociales. La migración, nuevas posibilidades de educación y nuevas actividades económicas (legales e ilegales) han dado como resultado una revolución social en donde surgieron nuevos sectores sociales y los poderes tradicionales tienen dificultades en mantener su posición. La «nueva clase» más visible está constituida por los emigrantes que regresan, muchas veces llamados despectivamente «dominicanyorks», y sus familias. Según el estereotipo, éstos tienen su origen en las clases populares y han ganado algo de dinero en los EE. UU., pero no tienen mucha educación. Como hemos visto, esto es un prejuicio, pero es un claro indicador de la movilidad social experimentada por emigrantes de clases bajas y el rechazo causado por este proceso entre los grupos de élites tradicionales.

Otra fuente interesante de ascensión social son las ONG. Estos grupos, con frecuencia tradicionalmente vinculados al catolicismo progresista y que a veces reciben apoyo económico desde fuera, han sido vehículos importantes de ascendencia social para intelectuales de clase media y jóvenes de barrios populares. Han ofrecido un ambiente político e intelectual en donde activistas jóvenes pueden desarrollar sus talentos. Muchos líderes populares de influencia hoy vienen de un pasado humilde y han llegado a su posición actual por esta vía. Como ha pasado en otros países latinoamericanos, estas ONG, como el Centro Juan Montalvo y el Centro Poveda,

⁴⁸ Ver Orión Mejía, «Bandas de Metálicos azotan en fiestas», *El Nacional*, 10-5-1997)

⁴⁹ Entrevista 10-12-1999.

poseen bibliotecas y acogen a intelectuales. De esta manera, promueven también nuevas ideas y temas de investigación.

Una última clase social que se ha convertido en una presencia prominente en la República Dominicana de hoy es el grupo de nuevos empresarios que han sido capaces de resistir las mareas del neoliberalismo y de la nueva tecnología, especialmente, pero no exclusivamente, el negocio de computadoras. Estos empresarios se han aprovechado de las nuevas demandas de consumo de una clase media creciente. Su símbolo de estatus es el todo-terreno de lujo o «yipeta», que hoy abunda en el medio urbano. Junto con la nueva clase media, han formado lo que algunas veces se llama la «yipetocracia». Por su prosperidad económica y su relativa juventud, estos empresarios ricos se integran fácilmente en los círculos sociales de la élite tradicional urbana.

Perspectivas divergentes sobre el cambio

Por supuesto, estos ejemplos de cambio social y político son evaluados de maneras muy diferentes. En los 1970 y los 80 era la élite tradicional la que se quejaba de la desaparición de los criterios morales tradicionales y de la pérdida general de respeto. Solía culpar a la migración y al turismo de clase baja por estos cambios. Tuvieron que aceptar que los dominicanoyorks «no civilizados» empezaban a comprar casas en sus vecindarios, deshaciendo radicalmente sistemas completos de segregación social. En el mismo sentido, se vieron confrontados de repente con un turismo masivo en las playas que tradicionalmente consideraban de ellos. Su temor por la pérdida de privilegios tradicionales y la angustia psicológica en medio de cambios tan rápidos llevó a un discurso pesimista que se lamentaba de la destrucción de los valores rurales y de la sociedad tradicional.

Más recientemente, este rechazo conservador de las consecuencias de la modernidad se ha vuelto más general. La destrucción de la sociedad dominicana tradicional y la influencia perniciosa de la migración y de la sociedad de clase baja de los EE. UU. son aceptadas ahora como explicaciones de un sinnúmero de problemas de la sociedad dominicana: crimen, promiscuidad, abuso de drogas,

pereza (especialmente de los jóvenes) y desintegración social. Este discurso todavía es característico de la derecha. El clero conservador católico en especial denuncia estas amenazas. El arzobispo de Santiago, Juan Antonio Flores Santana puede ser mencionado como un ejemplo claro de este estilo, que liga turismo e influencias globales con la delincuencia, la inmoralidad y los «ritos satánicos».⁵⁰

Pero este tipo de resistencia a las influencias a las que se expone la sociedad dominicana, ya no es monopolio de la derecha. Muchas organizaciones sociales y de izquierda se quejan que su buen trabajo se echa a perder por las consecuencias destructivas del individualismo neoliberal. Culpan a la creciente influencia de los medios de comunicación y al énfasis en el consumo (consumismo) de la desintegración social en los barrios populares. Marcos Villamán escribe: «Esta tendencia consumista se convierte en horizonte de vida, en modelo generador de expectativas para amplios sectores de las clases y sectores populares, que a su vez, son socialmente imposibilitados y excluidos de este mismo consumo y, en consecuencia, introducidos en una dinámica social perversa».⁵¹

La gente joven ya no quiere trabajar para su futuro y lleva una vida vacía, simplemente esperando los dólares enviados cada cierto tiempo de los EE. UU. El crimen, el narcotráfico y las apuestas son considerados el resultado de la apertura creciente de la sociedad dominicana. Por supuesto, estos observadores conceden que la pobreza también juega su papel, pero culpan a la sociedad consumista de la falta de actividad política y social entre los pobres.

El académico, radicado en los EE. UU., Silvio Torres-Saillant, ha publicado un ensayo provocador en donde trata de formular un contra-discurso sobre el papel político y social de la sociedad emigrante dominicana.⁵² Su libro es una oposición vehemente de

⁵⁰ *Última Hora*, 9-11-1998; «Atribuye violencia al turismo y la globalización».

⁵¹ Villamán Pérez, *América Latina: Modernidad y culturas populares. Desafíos y posibilidades* (Santo Domingo: Centro Poveda, 1993), 11.

⁵² Silvio Torres-Saillant, «El retorno de las yolas», en *El retorno de las yolas. Ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad* (Santo Domingo: Ediciones Librería La Trinitaria-Editora Manatí, 1999), 22-98.

los estereotipos negativos ligados al dominicanyork. En su lugar, Torres-Saillant presenta la comunidad emigrante como la única fuerza verdaderamente modernizadora en la República Dominicana. Insiste en la importancia económica de este grupo contrastando con su mala imagen. Escribe: «la criminalización de los ausentes constituye un acto de agresión contra la diáspora dominicana, una difamación rampante contra una población que ha evitado el colapso funesto de la economía nacional».⁵³ De hecho, sugiere que bien pudiera ser la única fuerza capaz de traer un cambio verdadero. La comunidad dominicana en Nueva York puede traer una nueva cultura y dinamismo intelectual a una sociedad que se está quedando atrás, dominada por el autoritarismo, el paternalismo y el racismo anti-haitiano. «La diáspora puede asistir en la imposterable tarea de reeducar a la sociedad, prepararla para el necesario rompimiento con fuerzas del pasado cuya supervivencia depende de la perpetuación del atraso».⁵⁴ En esta visión de Torres-Saillant, el emigrante dominicano es el portador de la modernidad y, como tal, el escogido para salvar la sociedad dominicana.

Hemos llamado la atención hacia estas opiniones diferentes, porque es imposible ponderar las consecuencias de la migración y globalización en la sociedad dominicana sin estar enterados de las opiniones contrastantes y a veces vehementes sobre ellas. No cabe duda que la sociedad dominicana ha cambiado dramáticamente durante las décadas recientes. Pero la interpretación de estos cambios es muy problemática y provoca opiniones muy diferentes. La pregunta entonces es: ¿cuál es el valor de estas opiniones? ¿Qué nos dicen sobre el estilo específico de modernidad fragmentada dominicana? Es muy difícil ver la influencia de estos cambios en las relaciones sociales. La encuesta DEMOS-97, mencionada anteriormente, muestra por ejemplo cuán lentamente cambian algunas actitudes políticas y sociales. Es imposible, en un artículo corto, analizar el problema profundamente. En lo que sigue, solamente trataré de evaluar la problemática, enfocando

⁵³ Torres-Saillant, «El retorno de las yolas», 47.

⁵⁴ Torres-Saillant, 53-54.

dos áreas importantes de relaciones sociales: el rostro cambiante de los movimientos sociales y las relaciones de género.

En la esfera política la transformación de la sociedad dominicana tuvo consecuencias contradictorias. Por un lado, la oposición social y política trató de formular proyectos alternativos de modernidad. Estas alternativas surgieron a menudo de luchas políticas concretas. Esto se puede ver, por ejemplo, en el caso de COPADEBA. Originalmente, esta organización barrial viene de una lucha por terrenos urbanos a finales de los años 70. Más tarde, la organización creció resistiendo los desalojos forzados de barrios populares, producto del proyecto de infraestructura de Balaguer después de 1986. Como resultado de esa lucha, se articularon ideas alternativas de planificación participada, que finalmente llevaron a la llamada «Ciudad Alternativa». Este proyecto, que se formuló con el apoyo de agencias internacionales, se puede considerar una visión alternativa de la modernidad urbana en donde la planificación de la ciudad y el mejoramiento del ambiente urbano fue ligado a la participación popular.⁵⁵ A través de su énfasis en la identidad y la participación, COPADEBA extendió su programa a relaciones de género y políticas democráticas en general. Publicó un documento en el que se formularon derechos barriales, que pudieron servir como una especie de constitución de lucha barrial. Al mismo tiempo, se opuso a los mecanismos paternalistas y clientelistas de la política de partidos dominicanos. Denunció una y otra vez la compra de votos de partidos políticos (el más notorio siendo el Partido Reformista de Balaguer) por medio de la repartición de «funditas» a los pobres.

En vez de considerar todo esto como una señal de rechazo de la modernidad, yo interpretaría este desarrollo como tentativas de formular visiones alternativas de la modernidad dominicana. Estos grupos se opusieron a la exclusión social y el autoritarismo que

⁵⁵ Isabel Rauber, *Construyendo poder desde abajo. COPADEBA: una experiencia de participación y organización barrial* (Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, S. J., 1995); también entrevista a Nicolás Guevara, 30-11-1999.

eran esenciales para la modernidad dominicana en los 1960 y 70. Los documentos que escribieron y los proyectos que presentaron eran dirigidos hacia una utopía modernista en donde se integraban como elementos la participación y la democracia. Como pasó en muchas otras partes del mundo, su estrategia estaba basada en la oposición política y la confrontación abierta con el Estado.

Gradualmente (pero con mayor rapidez después de 1989), los movimientos sociales repensaron sus estrategias políticas. Se veían confrontados por una sociedad cambiante en donde el potencial para la protesta disminuía. El consumismo y la migración redujeron la participación de los sectores populares. La cohesión social en los barrios populares disminuía y muchas personas necesitaron de toda su energía para poder sobrevivir en circunstancias económica y socialmente deterioradas. Este comportamiento era ciertamente una señal del desencanto general con la política y de la falta de fe en los políticos en los últimos años del régimen de Balaguer. La reorientación política fue acelerada después que el gobierno de Leonel Fernández entró en el poder. Algunos activistas conocidos fueron integrados en nuevas instituciones creadas por el gobierno, como la Comisión Barrial y el Diálogo Nacional. Otros empezaron discusiones entre los movimientos sociales sobre sus estrategias políticas. Estas discusiones enfocan dos temas relacionados. Por un lado, hay una conciencia mayor de que las nuevas condiciones de vida de los sectores populares requieren nuevas formas de lucha política y social. Por el otro lado, está la pregunta sobre el activismo político. Algunos líderes populares de hoy piensan que la oposición política al Estado ya no es viable ni deseada. Trabajan hacia la creación de una clase intermedia de líderes sociales y políticos quienes juntos con el gobierno puedan confrontar los grandes problemas sociales y políticos de la sociedad dominicana. El resultado de estas discusiones no es claro. Algunos lo consideran una ruptura con el pasado. Otros apuntan hacia el clientelismo continuo y hasta el autoritarismo (patriarcal) de la cultura política dominicana.

Una segunda área en donde podemos ver cambios claros ha sido el nuevo papel económico de las mujeres. Siendo una sociedad

básicamente rural hasta los 1950, el papel productivo de la mujer siempre ha sido importante en la República Dominicana. Pero este papel estaba enraizado en una ideología centrada básicamente en el hombre. Esta ideología postula una diferencia fundamental y un papel social más sumiso para la mujer. El trabajo etnográfico reciente realizado en barrios populares de la capital demuestran que esta ideología todavía sigue firme, especialmente entre los pobres rurales y urbanos. Tahira Vargas demuestra, por ejemplo, que muchas mujeres todavía viven en los confines de roles de género tradicionales.⁵⁶ Por otra parte, no cabe duda que la migración a los EE. UU. y el establecimiento de muchas zonas francas ha llevado a una reforma drástica de las relaciones de género y compañerismo. Aunque la mayoría de las mujeres que emigran empezaron por seguir a sus esposos o padres,⁵⁷ la participación de mujeres dominicanas en el mercado de trabajo norteamericano ha aumentado. Hoy en día, no hay grandes diferencias en la participación laboral de hombres y mujeres, aunque las mujeres normalmente ganan menos.⁵⁸ El mismo proceso parece repetirse dentro del país. Las zonas francas han llevado a un aumento rápido de oportunidades laborales para las mujeres. En el Cibao, esto coincide con una expansión de la industria de cigarros, que tradicionalmente ha usado mucha fuerza de trabajo femenina. Una publicación reciente del Fondo para el Financiamiento de la Microempresa (FONDOMICRO) también determinó que más de la mitad de las compañías pequeñas en el país son dirigidas y pertenecen a mujeres. Esto significa un aumento de casi 13 %, comparado con seis años atrás.⁵⁹ Por supuesto, la predominancia de mujeres en estas pequeñas empresas puede

⁵⁶ Tahira Vargas, *De la casa a la calle. Estudio de la familia y la vecindad en un barrio de Santo Domingo* (Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, S. J., 1988).

⁵⁷ Patricia R. Pessar, «Kinship Relations of Production in the Migration Process: The Case of Dominican Emigration to the United States», New York University, Occasional Papers, No. 32, 1982.

⁵⁸ Grasmuck, y Pessar, *Between two Islands. Dominican International Migration*.

⁵⁹ *Hoy*, 16-12-1999; «Más de la mitad de las micro y pequeñas empresas están en manos de mujeres».

verse como una señal de su posición subordinada y de su penuria económica. Pero al mismo tiempo, estas figuras ilustran el aumento de la presencia de la mujer en la economía.

La participación en el mercado laboral ha tenido consecuencias que trascienden lo meramente económico. El acceso a entradas financieras independientes ha fortalecido la auto-conciencia cultural y social de la mujer. Esto es un proceso complejo, pero no cabe duda de que la nueva posición de la mujer no es exclusivamente un tema de mujeres de clase media. Volviéndose la mujer indispensable para la supervivencia de los hogares populares, surgen nuevos espacios de negociación entre el hombre y la mujer. Estas relaciones cambiantes se ven más claramente en la diáspora. Donde los hombres antes expresaban un deseo nostálgico por su madre patria, las mujeres están prontas para reconocer las ventajas de la migración para su posición. Aprecian el hecho de que la sociedad estadounidense da oportunidades iguales a mujeres y hombres y se regocijan con su nueva libertad. En ese contexto, puede ser significativo que las mujeres dominicanas están menos dispuestas a volver al país que sus maridos.⁶⁰

Entre los jóvenes de clase media de las ciudades dominicanas existe un discurso sobre género mucho más articulado, en donde la liberación de las mujeres y la igualdad de hombres y mujeres se presenta como una característica básica de la modernidad. Organizaciones femeninas dominicanas como CIPAF y CONAMUCA han enfatizado el tema de género desde los 1980. Este discurso nuevo es apoyado por las influencias globales que promueven las ideas feministas. Al final de 1999, el Congreso Latinoamericano de Mujeres tuvo lugar en la República Dominicana, provocando mucha discusión sobre el tema. En la prensa, el tema de género es aceptado. Estas discusiones sobre la posición de la mujer

⁶⁰ Grasmuck, y Pessar, *Between two Islands. Dominican International Migration...*, 92-94, 156-158; para el mismo proceso en el caso de la mujer mexicana, ver Luin Goldring, «La migración México-EUA y la transnacionalización del espacio político y social: perspectivas desde el México rural», *Estudios Sociológicos* (México) 10, no. 29 (1992): 315-340.

dominicana han sido fomentadas más aún por el pasado gobierno del PLD que estableció una Secretaría de la Mujer. Todos estos procesos han resultado en una presencia femenina nueva en los movimientos políticos y sociales en donde las mujeres juegan un papel importante.

«Ningún gobierno ha hecho tanto...»:

El gobierno de Leonel Fernández, 1996-2000

El gobierno del PLD de Leonel Fernández que asumió el poder en 1996 es un caso interesante de lo que llamamos «modernidad fragmentada». Simboliza muchas de las ambigüedades y contradicciones que hemos tratado de exponer arriba. Desde fines del siglo XIX, la República Dominicana no ha conocido un gobierno que fuera tan modernista en sus proyectos políticos. Bajo el liderazgo de Juan Bosch, el PLD ha tenido una historia larga de construcción paciente de poder en la oposición. Defendió un programa socialista, pero por su disciplina y actitud tecnócrata, pudo atraer un grupo de intelectuales, profesionales y jóvenes. El PLD finalmente obtuvo el poder como resultado de un proceso electoral honesto y limpio, pero al mismo tiempo a través de una infeliz alianza con el símbolo del conservadurismo autoritario, Joaquín Balaguer. Es significativo que el último gobierno dominicano del siglo XX se constituyó sobre las bases de un proceso tan contradictorio.

Después de asumir el poder, el gobierno liderado por su joven presidente, un académico con un doctorado y con fuertes vínculos con EE. UU., mantuvo un perfil altamente modernista. Explícitamente quiso romper con el pasado para modernizar la sociedad dominicana. Palabras populares del régimen eran eficiencia y modernización. La cita en el encabezamiento de este apartado es el título del discurso de Leonel Fernández del 16 de agosto de 1999. Muestra que el gobierno del PLD vio claramente que su misión consistía en alcanzar estos objetivos. El mensaje dado a la población dominicana anunciaba que el PLD era un escalón esencial hacia una nueva y dinámica modernidad dominicana. Grandes «mega-proyectos» de infraestructura como la construcción de elevados en

el corazón de la capital se volvieron un símbolo de este gobierno. Al mismo Leonel Fernández le gusta lucirse como un experto digital y las computadoras juegan un papel importante en sus ideas de reforma de la educación y de progreso económico. No cabe duda del objetivo sincero de su gobierno para mejorar el olvidado sector de las escuelas primarias y secundarias, pero el deseo del presidente de ofrecerle computadoras a todas las escuelas no era realista. Otro proyecto de innovación tecnológica y económica es el llamado «Parque Cibernético». Esta zona franca debería darle a la República Dominicana su propio acceso supermoderno al mundo del Internet y progreso.

Económicamente, el gobierno se adhirió a las políticas neoliberales. Es interesante que, en contraste con otros gobiernos neoliberales en América Latina, pero en la línea del socialismo de Tercera Vía en Europa, el gobierno también trató de formular políticas sociales. Hizo un gran esfuerzo para mejorar la educación deficiente y aumentó los salarios en algunos sectores como la educación y la salud pública. El gobierno también trató de mejorar la comunicación con los sectores populares a través del llamado «Diálogo Nacional» y enfrentó algunos problemas difíciles como la posición de las mujeres y la prevención del SIDA. Sin embargo, estos esfuerzos no pudieron resolver los problemas sociales del país y la desilusión y el descontento eran claros entre los sectores populares y de clase media baja. Estos sentimientos fueron fomentados además por el estilo de vida opulento de muchos profesionales e intelectuales originalmente izquierdistas, que fueron simultáneamente incorporados al gobierno y a la «yipetocracia». La imagen del gobierno sufrió mucho cuando el senado dominado por el PLD decidió en 1997 por un aumento sustancial en salarios para sus miembros exactamente en un momento cuando grandes sectores de la población eran afectados por la reestructuración económica. La retórica oficial del gobierno de Leonel Fernández enfatizó constantemente que quería hacer una ruptura clara con el pasado arcaico y autoritario del período precedente. Al mismo tiempo, supuestamente como resultado del pacto electoral con Balaguer, el gobierno no persiguió la corrupción, que había sido

general bajo los gobiernos pasados de Balaguer. El hecho de que el mismo gobierno no pudo esquivar el problema de la corrupción y el favoritismo, tan característicos de la política dominicana, afectó negativamente su imagen modernizante.

La retórica del gobierno estaba claramente dirigida hacia la realización de una sociedad dominicana moderna, pero de muchas maneras reprodujo los esquemas políticos del pasado. A pesar de las promesas del gobierno sobre la reforma de educación y políticas sociales, una gran parte de los gastos públicos fueron destinados a obras públicas. Se han hecho muchas críticas, por ejemplo, en contra de la construcción de los elevados y túneles en la capital. Aunque tienen sentido como respuesta al aumento del tráfico, han sido planeados descuidadamente, lastimando seriamente intereses personales y colectivos a corto plazo. Muchos barrios estuvieron inaccesibles por períodos largos. Y algunas de las columnas que soportan los viaductos se construían tan cerca de negocios y viviendas que literalmente resultaba imposible abrir las puertas. Mucha gente ha visto la imposición no democrática de estos proyectos de infraestructura como una reproducción directa de las políticas autoritarias estatales del período pasado. También parece que al igual que en gobiernos anteriores, estos proyectos costosos se usaron para ganar apoyo para el gobierno y se prestaban a corrupción y mal manejo. Las acusaciones parecieron ser confirmadas cuando en noviembre de 1999 uno de los túneles que había estado en uso solo unas semanas tuvo serios problemas de filtración y debió ser cerrado.⁶¹

La retórica eufórica modernista del gobierno de Leonel Fernández muestra más que similitudes casuales con las ideologías modernistas de finales del siglo XIX. Muestran un optimismo similar y una creencia ilimitada en el progreso tecnológico como catalizador del cambio social y económico. Al igual que los políticos progresistas a finales del siglo XIX, el gobierno de Leonel Fernández consideró el progreso económico y tecnológico como

⁶¹ Norys Sánchez, «Vicio: mala calidad, defección, imperfección grave», *Rumbo*, 6-12-1999, 8-10

una meta inevitable, casi una misión a la que todos los dominicanos tienen que adherirse. Al final de su discurso a la Asamblea Nacional el 27 de febrero de 1999, el presidente dijo:

La República Dominicana vive en estos momentos su edad de oro. Con alto crecimiento y baja inflación, con una apertura al mundo sin precedentes y con una marcada tendencia hacia la modernización, lo único que nos queda es lograr la armonía entre quienes compartimos la responsabilidad de dirigir los destinos nacionales.⁶²

Dos cosas llaman la atención en esta cita. Primero, se considera como deber sagrado de todo dominicano trabajar por el progreso material del país y la modernidad. Segundo, problemas sociales como la desigualdad y la exclusión son secundarios con relación a este progreso económico y tecnológico. No son irrelevantes (como admite Leonel Fernández en el mismo discurso), pero se resolverán como resultado del progreso económico. En la práctica, esto ha llevado a políticas que claramente favorecieron a las clases empresariales y casi no se han dirigido a la solución de los problemas de pobreza y falta de pobreza e inseguridad que confronta una gran parte de la población dominicana todos los días.

El gobierno de Leonel Fernández ha traído una nueva generación de políticos al poder. También ha significado un rompimiento claro con el pasado. Presentó un nuevo estilo de gobierno y ha establecido comunicación con muchos sectores sociales. Su retórica modernista también ha abierto espacios de discurso y política en donde pueden florecer nuevas dinámicas políticas y sociales. La agenda neoliberal y la retórica social democrática del gobierno demostraron influencias evidentes de los debates globales. Por

⁶² Leonel Fernández, *La República Dominicana hacia el Nuevo Siglo*. Discurso ante la Asamblea Nacional pronunciado por el Excelentísimo Señor Presidente de la República, doctor Leonel Fernández, el 27 de febrero de 1999 (Santo Domingo: Dirección de Información y Prensa de la Presidencia, 1999), 53.

otro lado, el gobierno se enfrentó con grandes problemas sociales y económicos a nivel nacional. Además, estaba enraizado en una cultura política en donde el clientelismo y el autoritarismo juegan un papel importante.

Conclusión

La modernidad es un concepto que pretende describir un fenómeno global. Por otro lado, hemos argumentado que necesitamos analizar las expresiones variadas de la condición «moderna». Haciendo esto, podemos entender mejor la relación entre lo global y lo local, pero también los caminos variados hacia la modernidad. Tal ejercicio es indispensable para entender las sociedades contemporáneas, especialmente si queremos romper con la práctica académica de aplicar conceptos simplistas coloniales y eurocéntricos a desarrollos sociales, culturales y políticos en otras partes del mundo.

Este artículo incompleto y muy descriptivo ha intentado tal ejercicio para la República Dominicana. Ha intentado demostrar que la modernidad dominicana ha conocido históricamente expresiones diferentes. Simplificando una completa trayectoria histórica, hemos discernido cuatro etapas. La primera fue el desarrollo orientado a la exportación a finales del siglo XIX y principios del XX. El régimen de Trujillo se puede considerar la segunda etapa, caracterizada por un proyecto modernista autoritario, básicamente de carácter nacionalista. La tercera etapa ocurrió después de 1966, un período dominado por el modernismo autoritario de Balaguer. Durante estos gobiernos la sociedad dominicana se abrió al mundo exterior, pero la ideología y práctica del Estado continuó siendo clientelista y neopatrimonial. Aunque es demasiado temprano para hablar con algún grado de certeza, el gobierno del PLD que llegó al poder en 1996, puede bien ser considerado el principio de una nueva etapa. Aunque no siempre luchando con éxito contra las tradiciones del pasado, trató de ejecutar una agenda y un partido bien definido y neoliberal. Haciendo esto, respondió de manera contradictoria a los múltiples cambios que han ocurrido en

la sociedad dominicana durante las últimas décadas, sin siempre poder romper con el personalismo y el clientelismo que son tan característicos de la cultura política social dominicana.

Hemos visto que junto con estos proyectos modernistas y a veces oponiéndose a ellos, se desarrollaron diferentes tipos de dinámicas económicas y sociales que cambiaron el rostro de la sociedad dominicana. Estos cambios no fueron unilineales y la sociedad dominicana ha experimentado muchos retrasos y periodos de estancamiento. El factor más importante fue, como hemos visto, el movimiento migratorio a los EE. UU. y el surgimiento de una comunidad dominicana transnacional. La importancia creciente de los medios de comunicación y las telecomunicaciones ha sido un segundo factor. Estos cambios han conectado la población dominicana a redes globales, sociales y culturales. Las élites dominicanas siempre habían mantenido relaciones con el mundo exterior, pero la migración y la globalización democratizaron el acceso al mundo exterior. En este artículo hemos intentado demostrar algunas de las contradicciones y ambigüedades en la modernidad dominicana. Aunque está claro que la modernidad es un fenómeno contradictorio y heterogéneo en sí mismo, hay algunas contradicciones inherentes en la modernidad dominicana, y posiblemente en la latinoamericana, que se pueden considerar tan específicas que justifican este título.

Uno de los ejemplos más claros y más problemáticos de la modernidad dominicana es la coexistencia de lógicas diversas de organización social y económica en la vida cotidiana. Muchos dominicanos experimentan hoy constantemente el fenómeno de «entrar» y «salir» de la modernidad, en las palabras de García Canclini. Los campesinos mayores que montan su mula en la aldea, pero van a visitar a sus hijos en Nueva York en un avión, son solamente el ejemplo más extremo de un fenómeno que permea la sociedad dominicana. Diferentes lógicas económicas y sociales existen una al lado de otra, y su coexistencia es experimentada diariamente por la mayoría de los dominicanos. Hemos argüido que la tecnología moderna es muy usada en la sociedad dominicana. También ha entrado en los barrios populares. Sin embargo,

muchas veces es utilizada en formas que se adaptan a la pobreza y a la infraestructura deficiente. Los televisores y los radios son símbolos de status que quedan sin usar durante los largos apagones. La lavadora que ha invadido los barrios populares se ha convertido en una microempresa. Aunque son de propiedad privada, su uso está al alcance de los vecinos por una pequeña tarifa, dando una pequeña entrada a mujeres pobres. La posesión de alta tecnología también tiene como función ahorrar. Los aparatos electrodomésticos son usados frecuentemente como una pequeña cuenta de ahorro y una fuente de dinero extra en momentos de crisis económica. Cambian de manos con mucha frecuencia debido a deudas o para garantizar préstamos. En este sentido, la posesión de tecnología se ha vuelto parte de un pequeño sistema mercantil en donde los bienes han asumido el papel del dinero y donde se pueden realizar transacciones económicas. Es interesante hacer notar que en estos barrios populares donde abunda el consumo de bienes caros a veces resulta imposible cambiar un billete de cien pesos o recolectar una cantidad pequeña de dinero para una rifa caritativa.

Estas contradicciones y fragmentaciones se pueden constatar también en lo simbólico, lo no material. Muchos analistas de la modernidad se han preguntado si la modernidad implica también una visión del mundo o cultura política específica. Esta es una pregunta difícil que no puede ser respondida aquí, pero está claro que la cosmovisión de la población dominicana ha experimentado cambios profundos durante las últimas décadas. Durante el régimen de Trujillo, la modernización material del país estuvo acompañada por un estancamiento y un aislamiento político y cultural. Desde 1960, la población dominicana se vio enfrentada a múltiples impulsos del exterior. Pero esto se limitaba a una parte pequeña de la población. Solo recientemente las fuerzas de la globalización y la migración han atraído a una gran parte de los sectores populares a la cultura global. Hoy es casi imposible tener una conversación sin referencias implícitas o explícitas al mundo global.

Es interesante notar que esto ha provocado poca resistencia en la población dominicana. Cuando en otras partes del mundo las

fuerzas de la globalización han fraguado en identidades políticas, a veces de forma radical, esta tendencia está ausente en la República Dominicana. Por el contrario, ha habido una respuesta positiva a la modernidad global entre los dominicanos. Esta modernidad está, por supuesto, muy informada por los EE. UU. y ha llevado a un deseo general de aprender inglés. Tanto en Estados Unidos como en República Dominicana, ha conducido al uso generalizado de palabras inglesas en el español dominicano, convirtiéndose en lo que a veces se llama «spanglish».⁶³ También en otras áreas de la cultura dominicana la apertura es visible.

Algunos observadores han visto esta receptividad cultural como una amenaza a la cultura dominicana y una indicación de que la identidad cultural dominicana está desapareciendo. Esta perspectiva es a veces resultado de visiones pesimistas que consideran la globalización y el consumo como destructivas para la cultura local. Sin embargo, Arjun Appadurai, entre otros, ha sugerido una perspectiva alternativa. Sostiene que «hay evidencia creciente de que el consumo de *mass media* en el mundo muchas veces provoca resistencia, ironía, selectividad y, en general, agencia».⁶⁴ Llama la atención hacia el hecho de que el consumo rompe sistemas de clase en donde las élites sociales determinan la cultura de las clases subalternas.

Estas observaciones parecen también ser verdaderas para la población dominicana. Los sectores populares se han apropiado del advenimiento de la sociedad consumista. Además, no se han rendido simplemente a las influencias globales, perdiendo su cultura. Los productos de la modernidad se han incorporado a patrones culturales ya existentes y han reforzado la identidad popular. Los equipos de música en las casas y los carros que son tocados a todo volumen pueden ser un ejemplo de apropiación contradictoria de la tecnología moderna. Marcan la identidad dominicana, pero al

⁶³ Ver David Viñuales, «¡Hey yo!» «¿Qué vaina que tú "ha-bla"?, *Listín Diario*, 26-1-1998).

⁶⁴ Arjun Appadurai, *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization* (Minneapolis and London: University of Minnesota Press, 1996), 7.

mismo tiempo causan mucha molestia y se convierten entonces en un elemento conflictivo en los barrios populares.⁶⁵

No hay entonces duda de que una clara identidad dominicana ha seguido existiendo en la sociedad moderna dominicana. Se puede decir también que en formas nuevas se ha reforzado en la diáspora.⁶⁶ El merengue y la bachata se han vuelto puntos importantes sobre los que la identidad dominicana se mantiene. Marcos Villamán los llama un «vehículo brutal de la identidad dominicana».⁶⁷ Especialmente su popularidad mundial ha convencido a los dominicanos de que tienen algo para ofrecer al mundo globalizado. También hay una idea más general de que la cultura social dominicana es algo por lo que vale la pena luchar. La sociedad estadounidense puede ser rica materialmente, pero muchos dominicanos consideran la cultura de los EE. UU. pobre espiritualmente e indeseable. Muchos emigrantes ven la visita de Navidad como unas «vacaciones para el alma», la medicina necesaria para seguir psicológicamente «sanos». A veces parece como si las relaciones sociales afectadas por los cambios rápidos descritos más arriba fueran absorbidas más fácilmente por vía de este discurso compartido sobre la identidad dominicana. Tan grandes como siguen siendo las diferencias políticas y sociales, un sentir compartido de dominicanidad parece suavizar los filos más punzantes de la transformación social.

En la política, el panorama es más fragmentado. Hemos visto cómo prácticas políticas tradicionales existen junto con discursos y prácticas modernos. Hasta el gobierno extremadamente moderno de Leonel Fernández no ha podido romper con prácticas que están conectadas directamente con hábitos políticos históricos. La cultura política dominicana necesita ser más estudiada, pero no hay duda de que está imbuida de personalismo, autoritarismo y clientelismo. Estas características no solo juegan un papel

⁶⁵ (Ver Zonia Tejada y Sara Pérez, «Vida en barrios es un infierno para residentes», *El Nacional*, 13-7-1993).

⁶⁶ Torres-Saillant, «El retorno de las yolas».

⁶⁷ Entrevista a Villamán, 10-12-1999.

importante en la política formal; han venido a formar parte de una ideología hegemónica que se ha vuelto parte integrante de la cultura popular. Han provocado obstáculos serios a una práctica política democrática en donde la transparencia y la igualdad sean centrales. En este contexto debemos también considerar las desigualdades económicas y sociales que continúan en la sociedad dominicana. Las políticas de la modernidad tienen que enfrentar la tradición histórica de autoritarismo y la realidad económica de pobreza y desigualdad. Puede ser que estos elementos sean los más importantes para explicar la naturaleza fragmentada de la modernidad en la sociedad dominicana.

BIBLIOGRAFÍA

- Abad, José Ramón. *La República Dominicana. Reseña general geográfica-estadística*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1973.
- Acosta, Mercedes. «Azúcar e Inmigración Haitiana», en Andrés Corten, *et al.*, *Azúcar y política en la República Dominicana*, Santo Domingo: Editora Taller, 1976.
- Adas, Michael. «From Avoidance to Confrontation: Peasant Protest in Pre-colonial and Colonial Asia», en *Comparative Studies in Society and History*, XXIII. 1981, 217-247.
- Akin, William E. *Technocracy and the American Dream: The Technocratic Movement, 1900-1941*. Berkeley: UP of California, 1977.
- Alburquerque, Alcibiades. *Apuntes históricos sobre la propiedad territorial de Santo Domingo*. Santo Domingo: Imprenta Montalvo, 1926.
- Alburquerque, Alcibiades. *Títulos de terrenos comuneros de la República Dominicana*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1961.
- Anderson, Benedict. *Long-Distance Nationalism: World Capitalism and the Rise of Identity Politics*. Amsterdam: 1992.
- Andrews, George R. *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil, 1888-1988*. Madison, The University of Wisconsin Press, 1991.
- Andrews, Kenneth R. *The Spanish Caribbean: trade and plunder, 1530-1630*. New Haven- London: Yale University Press, 1978.
- Anglade, G. *Atlas Critique d'Haiti*. Montreal: ERCE & CRO, 1982.
- Anglo American Caribbean Commission. *The Tobacco Trade of the Caribbean*. Washington D. C.: 1949.
- Appadurai, Arjun. *Modernity at Large. Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis-London: University of Minnesota Press, 1996.
- Archer, Léonie (ed.). *Slavery and Other Forms of Unfree Labour*. London-New York: Routledge, 1988.
- Ardouin, Beaubrum. *Etudes sur l'histoire d'Haiti (1853-1856) (11 tomos)*. Port-au-Prince: Dr. François Dalencour, 1958.

- Asiwaju, A. I. «Migration as Revolt: The Example of the Ivory Coast and the Upper Volta Before 1945», *Journal of African History* 17, no. 4 (1976): 577-594.
- Aubin, E. *Haití*. París: [s.e.], 1910.
- Baasch, E. *Beiträge zur Geschichte der Handelsbeziehungen zwischen Hamburg und Amerika*. Hamburg: 1892.
- Báez Evertsz, Frank. *Azúcar y dependencia en la República Dominicana*. Santo Domingo, Editora UASD, 1978.
- Báez Evertsz, Frank. *Braceros Haitianos en la República Dominicana*. Santo Domingo: Editora Taller, 1986.
- Balaguer, Joaquín. *La isla al revés. Haití y el destino dominicano*. Santo Domingo: Librería Dominicana, 1985.
- Balcácer, Juan Daniel. «Introducción», en Jean Price-Mars, *La República de Haití y la República Dominicana*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1995, xi-xxxi.
- Balibar, Etienne, e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. París: Editions la découverte, 1988.
- Balmori, Diana, et al. *Notable Family Networks in Latin America*. Albuquerque: New Mexico University Press, 1984.
- Banco Central de la República Dominicana. *Características de la vivienda y disponibilidad de servicios básicos, 1984-1998*. Santo Domingo: Banco Central, 1999.
- Banco Central de la República Dominicana. *Encuesta Nacional de Gastos e Ingresos de los Hogares* (5 tomos). Santo Domingo: Banco Central, 1999.
- Banco Central de la República Dominicana. *Indicadores relevantes sobre el bienestar de la población*. Santo Domingo: Banco Central, 1999.
- Barret, Michelle. *Women's Oppression Today*. London: Verso, 1980.
- Bartra, Roger, et al. *Caciquismo y poder político en el México rural*. México: Siglo XXI Editores, 1976.
- Baud, Michiel, y Rosanne Rutten (eds.). *Popular Intellectuals and Social Movements: Framing Protest in Asia, Africa, and Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Baud, Michiel. «Intelectuales y sus utopías. Indigenismo y la imaginación de América Latina», en *Cuadernos del CEDLA*, 12.

- Amsterdam: CEDLA, 2003. Consultado en http://www.cedla.uva.nl/50_publications/pdf/cuadernos/cuad12.pdf
- Baud, Michiel. «Para oír a los sin voz. Posibilidades y limitaciones de la historia oral», *Ciencia y Sociedad* 10, no. 4 (1985): 451-471.
- Baud, Michiel. *Historia de un sueño. Los Ferrocarriles Públicos en la República Dominicana, 1880-1930*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1993.
- Baud, Michiel. *Los cosecheros de tabaco. La transformación social de la sociedad cibaëña, 1870-1930*. Santiago: 1996.
- Baud, Michiel. *Peasants and Tobacco in the Dominican Republic, 1870-1930*. Knoxville: University of Tennessee Press, 1995.
- Bauer, Arnold J. «Rural Workers in Spanish America: Problems of Peonage and Oppression», *Hispanic American Historical Review* 59, no. 1 (Feb. 1979): 34-63.
- Beckford, George L. *Persistent Poverty: Underdevelopment in Plantation Economies in the Third World*. New York: Oxford University Press, 1972.
- Beechert, Edward D. «Technology and the Plantation Labour Supply: The Case of Queensland, Hawaii, Louisiana and Cuba», en Bill Albert and Adrian Graves (eds.), *The World Sugar Economy in War and Depression, 1914-1940*. London-New York: Routledge, 1988.
- Bengoa, José. *La comunidad perdida. Ensayos sobre identidad y cultura: Los desafíos de la modernización en Chile*. Santiago: Ediciones Sur, 1996.
- Bergad, Laird W. *Coffee and the growth of agrarian capitalism in nineteenth-century Puerto Rico*. Princeton: Princeton University Press: 1983.
- Bergad, Laird W. «Coffee and Rural Proletarianization in Puerto Rico, 1840-1898», *Journal of Latin American Studies* 15, no. 1 (May 1983): 83-100.
- Berman, Marshall. *All that Is Solid Melts Into Air. The Experience of Modernity*. New York: Penguin Books, 1982 [1988]).
- Bethell, Leslie (ed.). *The Cambridge History of Latin America*, Vol. V (c. 1870 to 1930). Cambridge: Cambridge UP, 1986.
- Beutin, L. «Drei Jahrhunderte Tabakhandel in Bremen», en H. Kellenbenz, y L. Beutin, (eds.), *Gesammelte Schriften zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte*. Köln- Wien: 1963, 98-130.

- Beutin, L. *Bremen und Amerika*. Bremen: 1953.
- Boin, Jacqueline, y José Serulle Ramia. *El Proceso de Desarrollo del Capitalismo en la República Dominicana (1844-1930)*. Santo Domingo: Ediciones Gramil, 1979.
- Bonó, Pedro Francisco «Estudios. Cuestión Hacienda» [1876], en Emilio Rodríguez Demorizi (comp.), *Papeles de Pedro F. Bonó*. Barcelona: M. Pareja, 1980, 157-166.
- Bonó, Pedro Francisco. *El monterero*. Santo Domingo: Colección Pensamiento Dominicano, 1968 [primera edición, 1856].
- Boomgaard, Peter, y Gert J. Oostindie. «Changing Sugar Technology and the Labour Nexus; The Caribbean, 1750-1900», *Nieuwe West Indische Gids-New West Indian Guide* 63, no. 1-2 (1989): 3-23.
- Bosch, Juan. *Composición social dominicana: historia e interpretación*. Santo Domingo: Alfa y Omega, 1979.
- Bosch, Juan. *Para la historia dos cartas*. Santiago: Ed. El Diario, 1943.
- Bourgois, Philippe. *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1989.
- Bourque, Susan C., y Kay Barbara Warren. *Women of the Andes. Patriarchy and Social Change in Two Peruvian Towns*. Ann Arbor: University of Michigan Press, 1981.
- Box, Louk y De a Rive Box-Lasocki, Barbara. «¿Sociedad fronteriza o frontera social?» Transformaciones sociales en la Zona Fronteriza de la República Dominicana (1907-1984)», *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, no. 46 (1989): 49-69.
- Brass, Tom. «Unfree Labour and Capitalist Restructuring in the Agrarian Sector: Peru and India», *Journal of Peasant Studies* 14, no. 1 (1986): 50-77.
- Braudel, Fernand. *Civilization & capitalism*, vol. 2: *The Wheels of Commerce*. London: Fontana, 1982.
- Bray, David B. «Dependency, Class Formation and the Creation of Caribbean Labor Reserves». Ph.D. dissertation, Brown University, 1983.
- Brea, Ramonina, e Isis Duarte. *Entre la calle y la casa. Las mujeres dominicanas y la cultura política a finales del siglo XX*. Santo Domingo: Profamilia, 1999.

- Brea, Ramonina, Rosario Espinal, y Fernando Valerio-Holguín (eds.). *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social*. Santiago: PUCMM, 1999.
- Brea, Ramonina. *Ensayo sobre la formación del estado capitalista en la República Dominicana y Haití*. Santo Domingo: Editora Taller, 1983.
- Bremen, die Tabakstadt Deutschlands, Eine Darstellung des bremischen Tabakshandels und der bremischen Tabaksindustrie*. Bremen: 1939.
- Brown, Susan E. «Lower Economic Sector Female Mating Patterns in the Dominican Republic: A Comparative Analysis», en Ruby Rohrlich-Leavitt (ed.), *Women Cross-Culturally. Change and Challenge*. The Hague and Paris: Mouton Publishers, 1975.
- Brunner, José Joaquín. *Bienvenidos a la Modernidad*. Santiago de Chile: Planeta, 1994.
- Brunner, José Joaquín. *Cartografías de la Modernidad*. Santiago: Dolmen Ediciones, [s.f.].
- Brunner, José Joaquín. *Globalización cultural y posmodernidad*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 1998.
- Bryan, Patrick. «The Transformation of the Dominican Economy», tesis Ph. D. University of London, 1977, 149.
- Bryan, Patrick. «La producción campesina en la República Dominicana a principios de siglo XX», en *Eme-Eme. Estudios Dominicanos* 7, no. 42 (May-Jun 1979): 29-62.
- Bryan, Patrick. «The Question of Labor in the Sugar Industry of the Dominican Republic in the Late Nineteenth and Early Twentieth Century», en Manuel Moreno Fraginals et al. (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985.
- Bueno, A. *Santiago: quien te vio y quién te ve*. Santiago de los Caballeros, 1961.
- Calder, Bruce J. «Caudillos and Gavilleros versus the United States Marines. Guerilla Insurgency during the Dominican Intervention, 1916-1924», *Hispanic American Historical Review* 58, no. 4 (Nov. 1978): 649-675.

- Calder, B. J. *The Impact of Intervention. The Dominican Republic during the U.S. Occupation of 1916-1924*. Austin: 1984.
- Candelario, Ginetta E. B. *Black Behind the Ears. Dominican Racial Identity from Museums to Beauty Shops*. Durham-London: Duke University Press, 2007.
- Caro, Néstor. «El escritor asesinado: Ramón Marrero Aristy», *La Renovación* 39, no. 246 (Mayo 1974).
- Carpentier, Alejo. «El derecho de asilo», en *Cuentos Completos*. Barcelona: Editorial Bruguera, 1982, 181-219.
- Cassá, Roberto. «Nación y estado en el pensamiento de Américo Lugo», en González, et al., *Política, Identidad y Pensamiento Social*, 105-130.
- Cassá, Roberto. «El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana», *Ciencia* 3, no. 1 (Ene-Mar 1976): 59-85.
- Cassá, Roberto. «La resistencia rural», en *Historia General del Pueblo Dominicano*, tomo IV. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2019, 365-417.
- Cassá, Roberto. «No estamos en el mejor momento de producción», *Listín Diario*, 17 de julio de 2017. Consultado en <https://listindiario.com/la-republica/2017/07/17/474396/roberto-cassa-no-estamos-en-el-mejor-momento-de-produccion>
- Cassá, Roberto. *Capitalismo y dictadura*. Santo Domingo: Editora UASD, 1982.
- Cassá, Roberto. *Historia social y económica de la República Dominicana*, 2 tomos. Santo Domingo: Editora Alfa y Omega, 1977-1981.
- Cassá, Roberto. *Movimiento obrero y lucha socialista en la República Dominicana: desde los orígenes hasta 1960*. Santo Domingo: Fundación Cultura Dominicana, 1990.
- Castillo, José del, y Walter Cordero. *La economía dominicana durante el primer cuarto del siglo XX*. Santo Domingo: Fundación García-Arévalo, 1979.
- Castillo, José del. «Las Emigraciones y su Aporte a la Cultura Dominicana», *Eme Eme Estudios Dominicanos* 8, no. 45 (Nov-Dic 1979): 3-43.
- Castillo, José del. «Las inmigraciones y su aporte a la Cultura Dominicana (finales del siglo XIX y principios del XX)», *Eme Eme Estudios Dominicanos* 8, no. 45 (1979): 3-43.

- Castillo, José del. «The Formation of the Dominican Sugar Industry: From Competition to Monopoly, from National Semiproletariat to Foreign Proletariat», en Manuel Moreno Friginals *et al.* (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985.
- Castillo, José del. *La Inmigración de Braceros Azucareros en la República Dominicana, 1900-1930*. Santo Domingo: Centro Dominicano de Investigaciones Antropológicas, 1978.
- Ceballos, Nelson Moren. «Historia del Movimiento obrero y sindical dominicano», *Revista Estudios Dominicanos* 1, no. 3 (Ene-Abr 1985): 49-61.
- Cela, Jorge. *La otra cara de la pobreza*. Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, S. J., 1997.
- Celucien L., Joseph, *et al.* (eds.). *Between Two Worlds. Jean Price-Mars, Haiti, and Africa*. Lanham: Lexington Books, 2018.
- Censo de Población y datos históricos y estadísticos de la ciudad de Santiago de los Caballeros*. Santiago: La Información, 1917.
- Cestero, Tulio. *Por el Cibao*. Santo Domingo: Cuna de América, 1901.
- Chant, Sylvia. «Single-Parent Families: Choice or Constraint? The Formation of Female-Headed Households in Mexican Shanty Towns», *Development and Change* 16, (1985): 635-656.
- Chaunu, Pierre. *Séville et l'Atlantique, 1504-1650*, tome 8. Paris: Institut des Hautes Études de l'Amérique latine, 1955-1959.
- Chomsky, Aviva. *West Indian Workers and the United Fruit Company in Costa Rica, 1870-1940*. Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1996.
- Christelow, Allan. «French Interest in the Spanish Empire during the Ministry of the Duc de Choiseuil, 1759-1771». *Hispanic American Historical Review* 21, no. 4 (Nov. 1941): 515-537.
- Clausner, M. D. *Rural Santo Domingo, Settled, Unsettled, and Resettled*. Philadelphia: Temple UP, 1973.
- Coatsworth, John. «Railroads, Landholding, and Agrarian Protest in the Early Porfiriato», *HAHR* 54, no. 1 (1974), 48-71.
- Coatsworth, John. *Growth against Development. The Economic Impact of Railroads in Porfirian Mexico*. De Kalb: Northern Illinois UP, 1981.

- Comaroff, Jean, y John Comaroff (eds.). *Modernity and its Malcontents. Ritual and Power in Postcolonial Africa*. Chicago and London: University of Chicago Press, 1993.
- Cooper, Frederic et al. *Confronting Historical Paradigms. Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America*. Madison: 1993.
- Cornielle, Carlos. *Proceso histórico dominico-haitiano. Una advertencia a la juventud dominicana* (Santo Domingo: 1980), 244.
- Corten, Andrés, et al. *Azúcar y política en la República Dominicana*. Santo Domingo: Editora Taller, 1976.
- Crouch, Luis A. «The Development of Capitalism in Dominican Agriculture», Ph.D. dissertation, University of California, 1981.
- Cueva, A. «Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia», en D. Camacho (ed.), *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana* (San José: 1979): 64-94.
- Cunha, Euclides da. *Rebellion in the Backlands*. Chicago: 1964 [publicado por primera vez como *Os sertões* en 1902].
- Dane, H. *Die wirtschaftlichen Beziehungen Deutschlands zu Mexico und Mittelamerika in 19. Jahrhundert*. Köln-Wien: 1971.
- Davies, Robert H. *Capital, State and White Labour in South Africa, 1900-1960: An Historical Materialist Analysis of Class Formation and Class Relations*. Brighton: Harvester Press, 1979.
- De Janvry A., y C. Garramon. «The Dynamics of Rural Poverty», *Journal of Peasant Studies*, IV (1976-1977): 207.
- De la Cadena, Marisol. *Indigenous Mestizos. The Politics of Race and Culture in Cuzco, Peru, 1919-1991*. Durham-London: Duke University Press, 2000.
- Debien, Gabriel. *La sucrerie Galbaud du Fort (1690-1802): une plantation de Saint-Domingue*. Cairo: [s.e.], 1941.
- Debien, Gabriel. *Plantations et esclaves à Saint-Domingue*. Dakar: Université de Dakar, 1962.
- Deive, Carlos Esteban. «El mesianismo olivorista», en *El Indio, el Negro y la Vida Tradicional Dominicana*. Santo Domingo, 1978, 177-205.
- Deive, Carlos Esteban. *El indio, el negro y la vida tradicional dominicana*. Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano, 1978.

- Deive, Carlos Esteban. *La esclavitud del negro en Santo Domingo* (2 vols.). Santo Domingo: Museo del Hombre Dominicano, 1980.
- Deniz Kandiyoti. «Bargaining with Patriarchy», *Gender and Society* 2 (1988): 274-290.
- Derby, Lauren, y Richard Turits. «Historias de terror y los terrores de la historia: La masacre haitiana de 1937 en la República Dominicana». *Estudios Sociales* 26, no. 92 (1993): 65-76.
- Derby, Lauren. «The City Rises: The Making of Ciudad Trujillo», unpublished paper, 1999.
- Derby, Lauren. *The Dictator's Seduction. Politics and the Popular Imagination in the Era of Trujillo*. Durham/London: Duke University Press, 2009.
- Derby, Lauren. «Haitians, Magic, and Money: Raza and Society in the Haitian-Dominican Borderlands 1900 to 1937», *Comparative Studies in Society and History*, 36 (1994): 488-526.
- Domínguez, Jaime de Jesús. *Economía y política en la República Dominicana, 1844-1861*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1977.
- Domínguez, Jaime de Jesús. *Feudalismo, capitalismo mercantil, capitalismo industrial*. Santo Domingo: 1981.
- Domínguez, Jaime de Jesús. *La Anexión de la República Dominicana a España*. Santo Domingo: 1979.
- Dore Cabral, Carlos. «La inmigración haitiana y el componente racista de la cultura dominicana (Apuntes para una crítica a *La isla al revés*)», *Ciencia y Sociedad*, 10 (Ene-Mar 1985): 61-70.
- Dore Cabral, Carlos. «Los dominicanos de origen haitiano y la segregación social en la República Dominicana», *Estudios Sociales* 20, no. 68 (1987): 57-80.
- Duany, Jorge. «Transnational Migration from the Dominican Republic: The Cultural Redefinition of Racial Identity». *Caribbean Studies* 29, no. 2 (1996): 253-282.
- Duarte, Isis, et al. *Cultura Política y Democracia en la República Dominicana, 1997. Resultados de la II Encuesta Nacional de Cultura Política y Democracia (DEMOS-97)*. Santo Domingo: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1998.
- Duarte, Isis. *Capitalismo y superpoblación en Santo Domingo*. Santo Domingo: CODIA, 1980.

- Dwyer, Daisy, y Judith Bruce (eds.), *A Home Divided. Women and Income in the Third World*. Stanford: Stanford University Press, 1988.
- Ehlers, Tracy Bachrach. «Debunking Marianismo: Economic Vulnerability and Survival Strategies Among Guatemalan Wives», *Ethnology* 30 (1991): 1-16.
- El Batey: Estudio socioeconómico de los bateyes del consejo Estatal del Azúcar* (varios colaboradores). Santo Domingo: Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1986.
- Eller, Anne. *We Dream Together: Dominican Independence, Haiti, and the Fight for Caribbean Freedom*. Durham/London: Duke University Press, 2016.
- Ely, Roland T. *Cuando Reinaba Su Magestad el Azúcar*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1963.
- Equipo de Investigación Socioeconómica del ISA (L. A. Crouch, ed.), *Desarrollo del capitalismo en el campo dominicano. Política agraria, pobreza rural y crecimiento agrícola* (versión preliminar). Santiago: 1979.
- Erasmus, Charles J. «Culture, Structure, and Process: The Occurrence and Disappearance of Reciprocal Farm Labor», *Southwestern Journal of Anthropology* 12 (1956): 444-469.
- Espinal, Rosario, Jonathan Hartlyn, y Jana Morgan. «Democracia y género en la República Dominicana». *Political Science Publications and Other Works* (2005). Consultado en http://trace.tennessee.edu/utk_polipubs/8.
- Espinal, Rosario. *Autoritarismo y democracia en la política dominicana*. San José de Costa Rica: Ediciones, CAPEL, 1987.
- Fennema, Meindert, y Troetje Loewenthal. *Construcción de raza y nación en República Dominicana*. Santo Domingo: UASD, 1987.
- Fernández, Leonel. *La República Dominicana hacia el Nuevo Siglo. Discurso ante la Asamblea Nacional pronunciado por el Excelentísimo Señor Presidente de la República, doctor Leonel Fernández, el 27 de febrero de 1999*. Santo Domingo: Dirección de Información y Prensa de la Presidencia, 1999.
- Ferrán B., Fernando I. «Figuras de lo dominicano», *Ciencia y Sociedad*, 10, no. 1 (Ene-Mar 1985).

- Ferrán B., Fernando I. *Tabaco y Sociedad. La organización del Poder en el Ecomercado de Tabaco Dominicano*. Santo Domingo: 1976.
- Ferrán B., Fernando I. *Tabaco y sociedad: la organización del poder en el ecomercado de tabaco dominicano*. Santo Domingo: Fondo para el Avance de las Ciencias Sociales, 1976.
- Fisher, John. «Imperial «free trade» and the Hispanic Economy, 1778-1796». *Journal of Latin American Studies* 13, no. 1 (May 1981): 21-56.
- Forbes, J. L. D. «German Informal Imperialism in South America before 1914», *The Economic History Review*, second series 31, no. 3 (August 1978): 384-398.
- Franco, Franklin J. «Antihaitianismo e ideología del Trujillato», en Gérard Pierre-Charles (ed.), *Problemas dominicano-haitianos y del Caribe*. México: UNAM, 1973.
- Franco, Franklin J. *Historia de las ideas políticas en la República Dominicana*. Santo Domingo: Ed. Nacional, [sin año].
- Franco, Franklin J. *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, Santo Domingo, 1969.
- Franklin, James. *The Present State of Hayti (Saint Domingo) With Remarks on its Agriculture, Commerce, Laws, Religion, Finances & Population, Etc.* London: Frank Cass, 1971 [1828].
- Franks, Julie. «The Gavilleros of the East: Social Banditry as Political Practice en the Dominican Sugar Region, 1900-1924». *Journal of historical sociology* 8 no. 2 (1995): 158-181.
- Fresco, Louise. *Cassava in Shifting Cultivation: A Systems Approach to Agricultural Technology Development in Africa*. Amsterdam: Royal Tropical Institute, 1986.
- Frosche, H. *Die Deutschen in Lateinamerika, Schicksal und Leistung*. Tübingen-Basel: 1979.
- Frostin, Charles. *Les révoltes blanches à Saint-Domingue aux XVII et XVIII siècles (Haïti avant 1789)*. Paris: L'Ecole, 1975.
- Gaillard, Roger. *Les Blancs Débarquent, 1915: Premier écrasement du cacoïsme*. Port-au-Prince, 1981.
- Gaillard, Roger. *Charlemagne Péralte le caco*. Port au-Prince, Impr. Natal, 1982.
- Gaillard, Roger. *Premier écrasement du cacoïsme*. Port-au-Prince: Impr. Natal, 1981.

- Galíndez, Jesús de. *La Era de Trujillo. Un estudio casuístico de dictadura hispanoamericana*. Buenos Aires: Ed. Americana, 1958.
- García Canclini, Néstor. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. (México: Grijalbo, 1989 [1990]).
- García Canclini, Néstor. *Transforming Modernity. Popular Culture in Mexico*. Austin: University of Texas Press, 1993.
- García Laguardia, Jorge Mario. *El pensamiento liberal de Guatemala (Antología)*. San José: EDUCA, 1977.
- García Tamayo, Eduardo «Cultura campesina en la frontera norte», *Estudios Sociales* 17 (1984): 46-47.
- García, Juan Manuel. *La matanza de los haitianos. Genocidio de Trujillo, 1937*. Santo Domingo, 1983.
- García, Manuel de Jesús Javier. *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos*. Santo Domingo: Taller, 1985.
- García-Peña, Lorgia. *The Borders of Dominicanidad. Race, Nation and Archives of Contradiction*. Durham/London: Duke University Press, 2016.
- Garrido Puello, E. O. *Olivorio: un ensayo histórico*. Santo Domingo, 1963.
- Garrido, Víctor. «Datos acerca de la situación, historia, raza, etc., de la Común de San Juan (1922)», en Emilio Rodríguez Demorizi, *Lengua y folklore de Santo Domingo*. Santiago: UCMM, 1975.
- Garrido, Víctor. *En la ruta de mi vida, 1886-1966*. Santo Domingo, Impr. Arte y Cine, 1970.
- Gayer, Arthur D., Paul T. Homan, y Earle K. James. *The Sugar Economy of Puerto Rico*. New York: Columbia University Press, 1938.
- Giddens, Anthony. *The Consequences of Modernity*. Cambridge: Polity Press, 1990.
- Gil-Bermejo, Juana. *La Española: anotaciones históricas (1600-1650)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1983.
- Glade, William. «Latin America and the international economy, 1870-1914», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. IV. Cambridge: Cambridge UP, 1986, 1-56.
- Glick, Thomas F. «Science and Society in Twentieth-century Latin America», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. VI. Cambridge: Cambridge UP, 1994, 463-535.

- Goldring, Luin. «La migración México-EUA y la transnacionalización del espacio político y social: perspectivas desde el México rural», *Estudios Sociológicos* (México) 10, no. 29 (1992): 315-340.
- Gómez, Carmen Julia. «La Función Social de los Medios Masivos de Comunicación», en *Tendencias demográficas, problemas sociales y desarrollo en República Dominicana*, Volumen I. Santo Domingo: CESDEM, 1999, 233-239.
- Gonzales, Michael J. *Plantation Agriculture and Social Control in Northern Peru, 1875-1933*. Austin, Texas: Texas University Press, 1985.
- González Canalda, María Filomena. *Los gavilleros, 1904-1916*. Santo Domingo: Archivo General de la Nación, 2008.
- González de la Rocha, Mercedes. *The Resources of Poverty. Women and Survival in a Mexican City*. Cambridge and Oxford: Blackwell, 1994.
- González, Raymundo, et al. *Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX*. Madrid-Santo Domingo: Doce Calles-Academia de Ciencias de Dominicana, 1999.
- González, Raymundo. «Bonó, un intelectual de los pobres», en *Estudios Sociales* 18, no. 60 (Abr-Jun 1985): 65-77.
- González, Raymundo. «El pensamiento de Bonó: Nación y clases trabajadoras», en González, et al, *Política, Identidad y Pensamiento Social*, 41-64.
- González, Raymundo. «Peña Batlle y su concepto histórico de la nación dominicana», *Anuario de Estudios Americanos* 48 (1991), 585-631.
- González, Raymundo. *Bonó, un intelectual de los pobres*. Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, 1994.
- Goodwin, Jr., Paul B. «The Central Argentine Railway and the Economic Development of Argentina, 1854-1881», *HAHR* 57, no. 4 (1977): 613-632.
- Goslinga, Cornelis Ch. *The Dutch in the Caribbean and in the Guianas, 1680-1791*. Assen: Van Gorcum, 1985.
- Goulet, D. «Development: Creator and Destroyer of Values», *World Development* 20, no. 3 (1992): 467-75.
- Grasmuck, Sherri, y Patricia R. Pessar. *Between Two Islands. Dominican International Migration*. Berkeley: University of California Press, 1991.

- Greenberg, Stanley B. *Race and State in Capitalist Development: Comparative perspectives*. New Haven-London, 1980.
- Greenhill, R. «Merchants and the Latin America Trade: an Introduction», en D. C. M. Platt (ed.), *Business Imperialism, 1840-1930. An Inquiry Based on British Experience in Latin America*. Oxford: 1977.
- Grindle, M. S. *State and Countryside: Development Policy and Agrarian Politics in Latin America*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1986.
- Gudeman, Stephen. «The Compadrazgo as a Reflection of the Natural and Spiritual Person», en *Proceedings of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland for 1971*. London: 1972.
- Guerra y Sánchez, Ramiro. *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana: Ed. Cultural, 1944.
- Guerrero, Andrés. *La semántica de la dominación: el concertaje de indios*. Quito: Eds. Libri Mundi, 1991.
- Guilberme dos Santos, W. «Liberalism in Brazil: Ideology and praxis», en M. J. Blachman, y R. G. Hellman, (eds.) *Terms of conflict; Ideology in Latin America Politics*. Philadelphia: ISHI, 1977.
- Gutiérrez Escudero, Antonio. *Población y economía en Santo Domingo (1700-1746)*. Sevilla: Diputación Provincial, 1985.
- Habermas, Jürgen. *El discurso filosófico de la modernidad*. Buenos Aires: Taurus, 1989.
- Hagelberg, Gerhard B. *The Caribbean Sugar Industries: Constraints and Opportunities*. New Haven: Yale University, 1974.
- Hale, Charles A. «Political and Social Ideas in Latin America, 1870-1930», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. IV. Cambridge: Cambridge University Press, 1988, 367-441.
- Hale, Charles A. *The Transformation of Liberalism in Late Nineteenth-Century Mexico*. Princeton: Princeton UP, 1989.
- Hall, Michael, y Hobart A. Spalding. «The urban working class and early Latin American labour movements, 1880-1930», en Leslie Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, Vol. IV. Cambridge: Cambridge UP, 1988, 325-365.

- Hareven, Tamara K. «A Complex Relationship: Family Strategies and the Processes of Economic and Social Change», en R. Friedland, y A. F. Robertson (eds). *Beyond the Marketplace. Rethinking Economy and Society*. New York: Aldine de Gruyter, 1990, 215-244.
- Harrison, J. P. «The Evolution of the Colombian Tobacco Trade to 1875», *Hispanic American Historical Review* 32, no. 2 (May 1952), 163-174.
- Harrison, J. P. *The Colombian Tobacco Industry from government monopoly to free trade, 1778-1876*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1969.
- Harrison, J. P. *The Colombian Tobacco Industry from Government Monopoly to Free Trade*. Bogotá: 1969.
- Hartlyn, Jonathan. *The Struggle for Democratic Politics in the Dominican Republic*. Chapel Hill-London: University of North Carolina Press, 1998.
- Hastedt, P. G. *Deutsche Direktinvestitionen in Lateinamerika*. Göttingen: 1970.
- Haynes, Keith Allen «Orden y Progreso: The revolutionary ideology of Alberto J. Pani», en Roderic A. Camp, Charles A. Hale, Josefina Zoraida (eds.) *Los intelectuales y el poder en México*. México: El Colegio de México-UCLA, 1991, 259-279.
- Herf, Jeffrey. *Reactionary Modernism. Technology, Culture, and Politics in Weimar and the Third Reich*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.
- Hernández Franco, Tomás. *La más bella revolución de América*. Santo Domingo: [1930]).
- Herrera, César. *De Hartmont a Trujillo. Estudio para la Historia de la Deuda Pública*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1953.
- Herwig, H. H. *Germany's Vision of Empire in Venezuela, 1871-1914*. Princeton: 1986.
- Hoernel, Robert B. «Sugar and Social Change in Oriente, Cuba, 1898-1946», *Journal of Latin American Studies* 8, no. 2 (1976): 215-249.
- Hoetink, Harry. «Labour «Scarcity» and Immigration in the Dominican Republic. 1875-c. 1930», en Malcolm Cross, y Gad Heuman (eds.), *Labour in the Caribbean*. London-Basingstoke: Macmillan, 1988, 160-75.

- Hoetink, Harry. ««Race» and color in the Caribbean», en Sidney W. Mintz, y Sally Price (eds.), *Caribbean contours*. Baltimore, London: The Johns Hopkins University Press, 1985, 55-84.
- Hoetink, Harry. «El Cibao, 1844-1900: su aportación a la formación social de la república». *Eme Eme Estudios Dominicanos* 8, no. 48 (1980): 3-19.
- Hoetink, Harry. *El Pueblo Dominicano, 1850-1900; apuntes para su sociología histórica*. Santiago de los Caballeros: Universidad Católica Madre y Maestra, 1971.
- Hof, C. G. *Der koloniale Rohtabakhandel in Holland*. Dissertation Frankfurt am Main: Bückeberg, 1935.
- Hoffman, R. J. S. *Great Britain and the German Trade Rivalry, 1875-1914*. Philadelphia: 1933.
- Howard, David. *Coloring the Nation: Race and Ethnicity in the Dominican Republic*. Oxford-Boulder: Lynne Rienner, 2001.
- Hyden, G. *Beyond Ujamaa in Tanzania: Underdevelopment and an Uncaptured Peasantry*. Londres: 1980.
- Incháustegui Cabral, Héctor. *El pozo muerte*. Santiago: UCMM, 1980.
- Instituto del Tabaco de la República Dominicana, *Primer Censo Tabacalero Nacional 1963*.
- Jaramillo Uribe, J. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Temis, 1964.
- Jelin, Elizabeth. «Introduction», en Elizabeth Jelin (ed.), *Women and Social Change in Latin America*. London: Zed Books, 1990.
- Jimenes Grullón, Juan Isidro. *Sociología Política Dominicana 1844-1966*, 3 tomos. Santo Domingo: Editora Taller, 1976-1980.
- Jiménez, Michael F. «Class, Gender, and Peasant Resistance in Central Colombia, 1900-1930», en Forrest D. Colburn, *Everyday Forms of Peasant Resistance*. Armonk y London: M. E. Sharp, 1989, 122-150.
- Jiménez, Ramón Emilio. *Al amor del bohío* (2 tomos). Santo Domingo: 1927.
- Jiménez, Ramón Emilio. *Trujillo y la Paz*. Ciudad Trujillo: 1952.
- Jorrín, Miguel, y John D. Martz. *Latin-American Political Thought and Ideology*. Chapel Hill: UP of North Carolina, 1970. Adas, Michael.

- Machines as the Measure of Men. Science, Technology, and Ideologies of Western Dominance.* Ithaca y London: Cornell UP, 1989.
- Kabeer, Naila. *Reversed Realities. Gender Hierarchies in Development Thought.* London y New York: Verso, 1994.
- Kaemena, H. *Die Haltung Bremens zur Handels- und Wirtschaftspolitik des Deutschen Reiches in der Bismarckzeit* (manuscrito inédito 1971), Bremer Staatsarchiv.
- Kandiyoti, Deniz. «Bargaining with Patriarchy», *Gender and Society* 2 (1988): 274-290.
- Kasinitz, Philip. *Caribbean New York. Black Immigrants and the Politics of Race.* Ithaca-London: 1992.
- Kerkvliet, B. J. *The Huk Rebellion.* Berkeley: 1977.
- Kindleberger, C. P. *Economic Response. Comparative Studies in Trade, Finance, and Growth.* Cambridge: 1978.
- Kloosterboer, Willemina. *Involuntary Labour since the Abolition of Slavery.* Leiden: Brill, 1960.
- Knight, Franklin W. «Jamaican Migrants and the Cuban Sugar Industry, 1900-1934», en Manuel Moreno Fraginals *et al.* (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century.* Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985, 94-114.
- Knight, Melvin M. *The Americans in Santo Domingo.* Nueva York: 1970 [original 1928].
- Knight, Melvin. *The Americans in Santo Domingo.* New York: 1970 [primera edición, 1928].
- Knight, Rolf. *Sugar Plantations and Labor Patterns in the Cauca Valley, Colombia.* Toronto: University of Toronto, 1972.
- Kresse W. *Die Fahrgebiete der Hamburger Handelsflotte 1824-1888.* Hamburg: 1972.
- Krohn-Hansen, Christian. «Masculinity and the Political among Dominicans: «The Dominican Tiger»», en Marit Melhuus, y Kristi Anne Stolen (eds.), *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting Power of Latin American Gender Imagery.* London/New York: Verso, 1996.
- Kunhardt, M. E. *Discurso ante la Conferencia Panamericana del Trabajo.* Santo Domingo, 1919.

- Kuznesof, Elizabeth, y Robert Oppenheimer, «The Family and Society in Nineteenth-Century Latin America: An Historiographical Introduction», *Journal of Family History* 10 (1985): 215-233.
- Lamphere, Louise. «Strategies, Cooperation, and Conflict among Women in Domestic Groups», en Michelle Z. Rosaldo, y Louise Lamphere. *Women, Culture, and Society*. Stanford: Stanford University Press, 1974.
- Lancaster, Roger N. *Life Is Hard. Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. Berkeley: University of California Press, 1992.
- Landsberger, Henry A. (ed.). *Latin American Peasant Movements*. Ithaca-Londres: Cornell University Press, 1969.
- Lang, James. *Conquest and commerce: Spain and England in the Americas*. New York: Academic Press, 1975.
- Larrain, Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1996.
- Lavrin, Asuncion (ed.), *Latin American Women. Historical Perspectives*. Westport y London: Greenwood Press, 1978.
- «Le tabac Saint-Domingue». *Revue Internationale des tabacs* 24, no. 151 (Aug-Sep 1949).
- Lemoine, Maurice. *Sucre Amer. Esclaves aujourd'hui dans les Caraïbes*. Paris: Encre, 1981.
- Lewis, Gordon K. *Main Currents in Caribbean Thought. The Historical Evolution of Caribbean Society in Its Ideological Aspects, 1492-1900*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1983.
- Leys Stepan, Nancy. *The Hour of Eugenics. Race, Gender, and Nation in Latin America*. Ithaca-London: Cornell UP, 1991.
- Liss, Peggy K. *Atlantic empires: the network of trade and revolution, 1713-1826*. Baltimore-London: The Johns Hopkins University Press, 1983.
- Lluberes Navarro, Antonio. «La Revolución de Julio de 1857», *Eme Estudios Dominicanos* 8 (Sep-Oct 1973): 18-45.

- Lluberes Navarro, Antonio. «The Sugar Industry. Emergence and Development of Capitalism in the Dominican Republic, 1872-1930», tesis Ph. D., George Washington University, 1982.
- Lluberes Navarro, Antonio. «El Tabaco Dominicano: de la Manufactura al Monopolio Industrial», *Eme-Eme Estudios Dominicanos* 6, no. 3 (Mar-Abr 1978).
- Lluberes Navarro, Antonio. «Tabaco y catalanes en Santo Domingo durante el siglo XVII». *Eme Emé Estudios Dominicanos* 5, no. 28 (1977): 13-26.
- Lomnitz-Adler, Claudio. *Exits from the Labyrinth. Culture and Ideology in the Mexican National Space*. Berkeley: University of California Press, 1992.
- López, José Ramón. «La alimentación y las razas», en *El gran pesimismo dominicano José Ramón López*. Santiago: UCMM, 1975.
- López, José Ramón. *Cuentos*. Santo Domingo: 1904.
- López, José Ramón. *El gran pesimismo dominicano: José Ramón López*. Santiago: UCMM, 1975.
- López-Calvo, Ignacio. «God and Trujillo». *Literary and Cultural Representations of the Dominican Dictator*. Gainesville: University Press of Florida, 2005.
- Lozano, Wilfredo. *El Reformismo dependiente*. Santo Domingo: Ediciones Taller, 1985.
- Lozano, Wilfredo. *La dominación imperialista en la República Dominicana, 1900-1930*. Santo Domingo: Editora UASD, 1976.
- Lozano, Wilfredo. *Proletarización y campesinado en el capitalismo agroexportador*. Santo Domingo: INTEC, 1985.
- Lugo, Américo. «A punto largo (1899)», en *Obras escogidas I* (Santo Domingo: Corripio, 1993), 93.
- Lugo, Américo. *Historia de Santo Domingo desde el 1556 hasta 1608*. Ciudad Trujillo: Librería Dominicana, 1952 [1938].
- Lundahl, Mats. *The Haitian Economy: Man, Land and Markets*. London-Canberra: Croom Helm, 1983.
- Lundius, Jan, y Mats Lundahl. *Peasants and Religion. A socio-economic study of Dios Olivorio and the Palma Sola movement in the Dominican Republic*. London-New York: Routledge, 2000.

- Lundius, Jan. *The Great Power of God in San Juan Valley. Syncretism and Messianism in the Dominican Republic*. Lund: Lund Studies in History and Religion, 1995.
- Machado Báez, Manuel A. *La dominicanización fronteriza*. Ciudad Trujillo: 1955.
- Machín, Jorge. «Orígenes del campesinado dominicano durante la ocupación haitiana». *Eme Emé Estudios Dominicanos* 1, no. 4 (1973): 19-34.
- Mackenzie, Charles. *Notes on Haiti made during a residence in that Republic* (2 vol.) Londres: Frank Cass, 1971 [1830].
- Madruga, José M. *Azúcar y haitianos en la República Dominicana*. Santo Domingo: Editora Taller, 1986.
- [Malenfant]. *Des colonies, et particulièrement de celle de Sainte-Domingue: Mémoire Historique et Politique par le Colonel Malenfant*. Paris: [s.e.], 1814.
- Mallon, Florencia E. «Patriarchy in the Transition to Capitalism: Central Peru, 1830-1950», *Feminist Studies* 13 (1987).
- Mallon, Florencia E. *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggles and Capitalist Transition, 1860-1940*. Princeton: Princeton Legacy Library, 1983.
- Manley, Elizabeth S. *The Paradox of Paternalism. Women and the Politics of Authoritarianism in the Dominican Republic*. Gainesville: University Press of Florida, 2017.
- Maram, Sheldon L. «Labor and the Left in Brazil, 1890-1921: A Movement Aborted», *Hispanic American Historical Review* 57, no. 2 (1977): 254-272.
- Mariátegui, José Carlos. *Siete Ensayos de Interpretación de la realidad peruana*. Barcelona: Ed. Crítica, 1976 [primera edición, 1926].
- Marichal, Carlos. *A Century of Debt Crises in Latin America. From Independence to the Great Depression, 1820-1930*. Princeton: Princeton UP, 1989.
- Maríñez, Pablo A. *Resistencia Campesina, Imperialismo y Reforma Agraria en República Dominicana (1899-1978)*. Santo Domingo, Ediciones CEPAE, 1984.
- Marrero Aristy, Ramón. *En la ruta de los libertadores. Impresiones de un periodista*. Ciudad Trujillo: La Nación, 1943.

- Marrero Aristy, Ramón. *Over*. Santo Domingo: Editora Taller, 1973 [primera edición 1940].
- Marrero Aristy, Ramón. *Trujillo. Síntesis de su vida y su obra*. Ciudad Trujillo: Impresora Dominicana, 1949.
- Marte, Roberto. *Estadísticas y documentos históricos sobre Santo Domingo (1850-1890)*. Santo Domingo: Museo Nacional de Historia y Geografía, 1984.
- Martínez, Lusitania. «Palma Sola: Un caso de movimiento social campesino con características mesiánicas», *Revista Estudios Dominicanos* 11, no. 4 (Abril 1985): 9-20.
- Martínez, Rufino. *Diccionario biográfico-histórico dominicano, 1821-1930*. Santo Domingo: UASD, 1971.
- Martínez-Alier, Verena. *Marriage, Class and Colour in Nineteenth-Century Cuba. A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*. London-New York: Cambridge University Press, 1974.
- Martínez-Vergne, Teresita. «New Patterns for Puerto Rico's Sugar Workers: Abolition and Centralization at San Vicente, 1873-92», *Hispanic American Historical Review* 68, no. 1 (1988): 45-74.
- Martínez-Vergne, Teresita. *Nation & Citizen in the Dominican Republic, 1880-1916*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.
- Mateo, Andrés L. *Mito y Cultura en la Era de Trujillo*. Santo Domingo: Librería La Trinitaria-Instituto del Libro, 1993.
- Mathies, O. «Hamburgs Seeschiffahrt und Seehandel», en O. Mathies, H. Entholt, L. Leichtweiss, *Die Hansestädte Hamburg, Bremen, Lübeck*. Gotha: 1928.
- Mattoon, Robert H. Jr. «Railroads, Coffee, and the Growth of Big Business in São Paulo, Brazil», *HAHR* 57, no. 2 (1977): 273-295.
- Mayes, April J. «Why Dominican Feminism Moved to the Right: Class, Colour and Women's Activism in the Dominican Republic, 1880s-1940s». *Gender and History* 20, no. 2 (2008): 349-371
- Mayes, April J. *The Mulatto Republic. Class, Race, and Dominican National Identity*. Gainesville: University Press of Florida, 2014.
- Mehrmann W. *Disertation über die Organisation des Bremer Tabakimports und Tabakwarenhandels*. Frankfurt: Universität Frankfurt am Main: 1921.

- Melhuus, Marit, y Kristi Anne Stolen (eds.). *Machos, Mistresses, Madonnas. Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*. London: Verso, 1997.
- Memmi, Albert. *The Colonizer and the Colonized*. Boston 1967.
- Memoria correspondiente al año 1927 que al ciudadano Presidente de la República presenta el Sr. Rafael Espaillat, Secretario de Estado de Agricultura e Inmigración*. Santo Domingo: 1928.
- Memoria que al Ciudadano Presidente de la República presenta el Secretario de Estado de Agricultura e Inmigración (del 1ro. de julio, 1918, al 30 de junio, 1919)*. Santo Domingo: El Progreso, 1919.
- Meyer, Jean. *La Cristiada* (3 tomos). México: Siglo XXI, 1973-1974.
- Miller, Daniel. *A Theory of Shopping*. Cambridge: Polity Press, 1998.
- Miller, Nicola. *In the Shadow of the State. Intellectuals and the Quest for National Identity in Twentieth-Century Spanish America* (London: Verso, 1999).
- Miller, Rory. «Transferring Techniques: Railway Building and Management on the West Coast of South America», en Clive Dewey (ed.), *The State and the Market: Studies in the Economic and Social History of the Third World*. Riverdale: The Riverdale Company, 1987, 155-191.
- Miles, Robert. *Capitalism and Unfree Labor: Anomaly or Necessity?* London: Tavistock, 1987.
- Mintz, Sidney W. «The so-called world system: local initiative and local response». *Dialectical Anthropology* 2 (1977): 253-270.
- Mintz, Sidney W. *Caribbean transformations*. Chicago: Aldine, 1974.
- Mintz, Sidney W. *Worker in the Cane: A Puerto Rican Life History*. New Haven: Yale University Press, 1960.
- Mir, Pedro. *Las dos patrias de Santo Domingo*. Santo Domingo: Editora Cultural Dominicana, 1975.
- Mohammed, Patricia. «A Social History of Post-Migrant Indians in Trinidad from 1917 to 1947: A Gender Perspective», Ph.D. dissertation, The Hague: Institute of Social Studies, 1994;
- Mohammed, Patricia. «Writing Gender into History: The Negotiation of Gender Relations among Indian Men and Women in Post-indenture Trinidad Society, 1917-47», en Verene Shepherd,

- Bridge Brereton, y Barbara Bailey (eds.). *Engendering History. Caribbean Women in Historical Perspective*. London and Kingston: James Currey and Ian Randle, 1995.
- Moore, Barrington. *Social Origins of Dictatorship and Democracy*. Boston: Beacon Press, 1966.
- Moreau de Saint-Mery, Mérédic Louis-Élie. *Descripción de la parte española de Santo Domingo*. Ciudad Trujillo: Editorial Montalvo, 1944 [1799].
- Moreno Fraginals, Manuel, et al. (eds.). *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985.
- Moreno Fraginals, Manuel. «Plantation Economies and Societies in the Spanish Caribbean, 1860-1930», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America*, Vol. IV. Cambridge: Cambridge University Press, 1986.
- Moreno Fraginals, Manuel. *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*. Barcelona: Editorial Crítica, 1983.
- Moreno Fraginals, Manuel, Frank Moya Pons, y Stanley L. Engerman (eds.). *Slavery and Free Labor in the Spanish-speaking Caribbean*. Baltimore: Johns Hopkins UP, 1985.
- Moreno Fraginals, Manuel. *The Sugarmill: The Socioeconomic Complex of Sugar in Cuba*. New York-London: Monthly Review Press, 1976.
- Moreno Toscano, Alejandra, y Enrique Florescano. «El sector externo y la organización espacial y regional de México (1521-1910)», en J. W. Wilkie, M. C. Meyer, E. Monzón de Wilkie (eds.). *Contemporary Mexico*. Berkeley/Los Angeles: University Press of California, 1976, 62-96.
- Morse, Richard M. «The Urban Development of Colonial Spanish America», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge history of Latin America*, Vol II. *Colonial Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984, 67-104.
- Moscoso Puello, Francisco. *Cartas a Evelina*. Santo Domingo: 1913.
- Moulian, Tomás. *El consumo me consume*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1998.

- Moya Pons, Frank. «Haiti and Santo Domingo, 1790-c. 1870», en Leslie Bethell (ed.), *The Cambridge history of Latin America*, Vol. III. *From Independence to c. 1870*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985a, 237-275.
- Moya Pons, Frank. «Nuevas consideraciones sobre la historia de la población dominicana: curvas, tasas y problemas». *Eme Eme Estudios Dominicanos* 3, no. 15 (1974): 3-28.
- Moya Pons, Frank. «The land question in Haiti and Santo Domingo: The Sociopolitical Context of the Transition from Slavery to Free Labor, 1801-1843», en M. Moreno Fraginals, F. Moya Pons, y S. L. Engerman (eds.), *Between slavery and free labor: The Spanish Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore-Londres: The Johns Hopkins University Press, 1985, 181-214.
- Moya Pons, Frank. *Historia colonial de Santo Domingo*. Santiago de los Caballeros, R. D.: PUCMM, 1976.
- Moya Pons, Frank. *La dominación haitiana*. Santiago de los Caballeros: UCMM, 1972.
- Munslow, B. y E. Finch (eds.). *Proletarianisation in the Third World: Studies in the Creation of a Labour Force Under Dependent Capitalism*. London: Croom Helm, 1984.
- Muñoz Pérez, José. «La publicación del Reglamento de Comercio Libre de Indias de 1778». *Anuario de Estudios Americanos* 4 (1947): 615-664.
- Murphy, Martin F. *Dominican Sugar Plantations. Production and Foreign Labor Integration*. New York: Praeger, 1991.
- Murray, Pamela. «Engineering Development: Colombia's National School of Mines, 1887-1930», *HAHR*, 74, no. 1 (1994): 63-82.
- Muto, Paul. «Desarrollo de la economía de exportación dominicana, 1900-1930», *Eme Eme* 3 no. 15 (Nov-Dic 1974).
- Nachman, Robert G. «Positivism, Modernization, and the Middle Class in Brazil», *HAHR* 57, no. 1 (1977): 1-23.
- Neal, L. «The Economic and Finance Bilateral Clearing Agreements: Germany, 1934-1938», *The Economic History Review*, second series 32, no. 3 (August 1979): 391-404.

- Needell, Jeffrey D. «History, Race, and the State in the Thought of Oliveira Viana», *HAHR* 75, no. 1 (1995): 1-30.
- Nicholls, David. *Haiti in Caribbean Context: Ethnicity, Economy and Revolt*. London: The MacMillan Press, 1985.
- Nicholls, David. *From Dessalines to Duvalier. Race, Colour and national independence in Haiti*. Cambridge: 1979.
- Nieboer, H. J. *Slavery as an Industrial System*. The Hague: Martinus Nijhoff, 1910.
- Oostindie, Gert J. «Cuban Railroads, 1830-1868: Origins and Effects of "Progressive Entrepreneurialism"», *Caribbean Studies* 20, no. 3-4 (1988): 24-45.
- Ortega, Augusto. «Breve apuntes acerca de la Psicología Dominicana etc., de Santiago», en Emilio Rodríguez Demorizi (ed.). *Lengua y folklore de Santo Domingo*. Santiago: UCMM, 1976, 131-152.
- Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. La Habana: Jesús Montero editor, 1940.
- Ortiz, Helen. «Algunas consideraciones sobre el alza del azúcar en la República Dominicana, 1875-1900», *Revista de Historia*, Costa Rica, no. 1 (Ene 1975): 1-20.
- Ortiz, Renato. *Mundialização e Cultura*. Sao Paulo: Editora Brasilen-se, 1994.
- Otero, M. *Ensayo sobre el verdadero estado de la cuestión social y política que se agita en la República de México*. México: Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, 1964 [primera edición, 1842].
- Paige, Jeffrey M. *Agrarian Revolution*. Nueva York: The Free Press, 1975.
- Palmer, Ernest Charles. «Land use and landscape along the Dominican-Haitian Borderlands». Ph.D dissertation, University of Florida, 1976.
- Pandey, Gyanendra, y Peter Geschiere (eds.). *The Forging of Nationhood*. New Delhi: Saphis-Manohar, 2003.
- Parry, John Horace, y Philip Manderson Sherlock. *A short history of the West Indies*. London/Basingstoke: MacMillan, 1971.
- Patterson, Orlando. *Slavery and Social Death*. Cambridge-London: Harvard University Press, 1982.

- Paulino, Edward. *Dividing Hispaniola. The Dominican Republic's Border Campaign against Haiti, 1930-1961*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2016.
- Paz, Octavio. *El ogro filantrópico. Historia y política, 1971-1978*. Barcelona: Seix Barral, 1979.
- Pedrón, M. «Memoria descriptiva de la parte española de Santo Domingo, 1800», en Emilio Rodríguez Demorizi (ed.). *La era de Francia en Santo Domingo: contribución a su estudio*. Ciudad Trujillo: Editora del Caribe, 1955.
- Peña Batlle, Manuel A. *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana*, tomo I. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 1988 [primera edición, 1946].
- Peña Batlle, Manuel Arturo. «Las devastaciones de 1605 y 1606» [1938], en Manuel Arturo Peña Batlle, *Ensayos Históricos*, compilación y presentación Juan Daniel Balcácer. Santo Domingo: Fundación Peña Batlle, 1989.
- Peña Batlle, Manuel Arturo. «El Tratado de Basilea y la desnacionalización del Santo Domingo español (1952)», en *Ensayos históricos*. Santo Domingo: 1989.
- Peña Batlle, Manuel Arturo. «Enriquillo o el germen de la teoría moderna del Derecho de Gentes (1937)», en *Ensayos Históricos*. Santo Domingo: 1989.
- Peña Batlle, Manuel Arturo. «Orígenes del Estado Haitiano (1954)», en *Ensayos históricos*. Santo Domingo: 1989.
- Peña Batlle, Manuel Arturo. «Prólogo a la Antología de Emiliano Tejera (1950)», en *Ensayos Históricos* (Santo Domingo: 1989), 183-206.
- Peña Batlle, Manuel Arturo. *La Frontera de la República Dominicana con Haití*. Ciudad Trujillo: 1946.
- Peña Pérez, Frank. *Cien años de miseria en Santo Domingo, 1600-1700*. Santo Domingo: UNAPEC, 1986.
- Peña Pérez, Frank. *Antonio Osorio: monopolio, contrabando y despooblación*. Santiago de los Caballeros, R. D.: PUCMM, 1980.
- Pereira de Queiroz, Maria Isaura. «Messiahs in Brazil», *Past and Present* (31 de julio de 1965): 62-86.
- Pérez Cabral, Pedro Andrés. *La Comunidad Mulata. El caso sociopolítico de la República Dominicana*. Caracas: 1967.

- Pérez, Ángel S. del Rosario. *La exterminación añorada*. [Santo Domingo]: 1957.
- Pessar, Patricia R. «Kinship Relations of Production in the Migration Process: The Case of Dominican Emigration to the United States», *New York University, Occasional Papers*, no. 32, 1982.
- Picó, Fernando. *Historia general de Puerto Rico*. Río Piedras: Huracán, 1986.
- Pitt-Rivers, J. A. *The People of the Sierra*. Chicago y London: University Press of Chicago, 1954.
- Place, Víctor. «Memoria sobre el cultivo, la cosecha y la venta de los tabacos», en Jacqueline Boin, y José Serulle Ramia. *El proceso de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana (1844-1930)* (2 vol.). Santo Domingo: Ed. Gramil, 1979 [1849], 186-199.
- Plant, Roger. *Sugar and Modern Slavery: A Tale of Two Countries*. London: Zed Press, 1987.
- Platt, D. C. M. «Dependency in Nineteenth-Century Latin America: An Historian Object», *Latin America Research Review* 15, no. 1 (1980): 113-130.
- Pommerin, R. *Das Dritte Reich und Lateinamerika*. Düsseldorf: 1977.
- Potthast-Jutkeit, Barbara. «The Ass of a Mare and Other Scandals: Marriage and Extramarital Relations in Nineteenth-Century Paraguay», *Journal of Family History* 16, no. 3 (1991): 215-239.
- Powell, T. G. *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850-1876)*. México: Sep-Setentas, 1974.
- Pozo, Manuel de Jesús. «Historia del Movimiento Obrero Dominicano de 1900-1930». *Realidad Contemporánea* 1, no. 2 (Abr-Jun 1976): 35-89.
- Prestol Castillo, Freddy. *El Masacre se pasa a pie*. Santo Domingo: Editorial Taller, 1972.
- Prestol Castillo, Freddy. *Paisaje y Meditaciones de una frontera*. Ciudad Trujillo: 1943.
- Price-Mars, Jean. *La República de Haití y la República Dominicana* [3 tomos traducidos del francés]. Puerto Príncipe: Colección del Tercer Cincuentenario de la Independencia de Haití, 1953.

- Quintero Rivera, Ángel G. «The Rural-Urban Dicotomy in the Formation of Puerto Rico's Cultural Identity». *New West Indische Gids/New West Indian Guide* 61, nos. 3-4 (1988): 127-144.
- Ramos Mattei, Andrés. «La importación de trabajadores contratados para la Industria azucarera puertorriqueña: 1860-1880», en F. Scarano (ed.), *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*. Río Piedras: Huracán, 1985, 125-142.
- Ramos Mattei, Andrés. «Technical Innovations and Social Change in the Sugar Industry of Puerto Rico, 1870-1880», en Manuel Moreno Fragnals *et al.* (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985, 158-78.
- Ratekin, Mervyn. «The early sugar industry in Española». *Hispanic American Historical Review* 34 (1954): 1-19.
- Rauber, Isabel. *Construyendo poder desde abajo. COPADEBA: una experiencia de participación y organización barrial*. Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, S. J., 1995.
- Reinhardt, Nola. *Our Daily Bread. The Peasant Question and Family Farming in the Colombian Andes*. Berkeley: University of California Press, 1988.
- Richardson, P., y J. J. Van Helten. «Labour in the South African Goldmining Industry, 1886-1914», en S. Marks y R. Rathbone (eds.), *Industrialisation and Social Change in South Africa: African Class Formation, Culture and Consciousness, 1870-1930*. Burnt Mill-New York: Longman, 1982, 77-98.
- Ridings, E. W. «Foreign Predominance among Overseas Traders in Nineteenth-Century Latin America», *Latin America Research Review* 20, no. 2 (1985): 3-28.
- Ridings, E. W. «Wicked Foreign Merchants and Macho Entrepreneurs: Shall We Grow Up Now», *Latin America Research Review* 21, no. 3 (1986): 151-153.
- Ridings, E. W. *Latin America and British Trade 1806-1914*. London: 1972.
- Rippy, J. F. «The Initiation of the Custom Receivership in the Dominican Republic», *Hispanic American Historical Review* 17 (1937): 419-457.

- Rivera, José Eustasio. *La Voragine*. Bogotá: Oveja Negra, 1985 [primera edición, 1924].
- Rodney, Walter. *A History of the Guyanese Working People, 1881-1905*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1981.
- Rodó, J. E. *Ariel*. Cambridge, 1967 [primera edición, 1900].
- Rodríguez Demorizi, Emilio (ed.). *Documentos para la historia de la República Dominicana* (vol. 1). Ciudad Trujillo: Editora Montalvo, 1944.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Lengua y folklore de Santo Domingo*. Santiago: UCM, 1975.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles de Pedro F. Bonó*. Santo Domingo: Editora del Caribe, 1964.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Relaciones geográficas de Santo Domingo* (vol. 2). Santo Domingo: Editora del Caribe, 1970.
- Romero, José Luis. «Situaciones e ideologías en el siglo XX», en *Situaciones e ideologías en Latinoamérica* (Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1986), 45-47.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: Situaciones e ideologías*. Buenos Aires: Eds. del Candil, 1967.
- Rosa, Antonio de la. *Las Finanzas de Santo Domingo y el Control Americano*. Santo Domingo: Editora Nacional, 1969.
- Roseberry, William. *Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes*. Austin, 1983.
- Rouquié, Alain. *Amérique latine: Introduction à l'extrême-occident*. Paris: Éditions du Seuil, 1987.
- Ruiz Tejada, Manuel Ramón. *Estudio sobre la Propiedad Inmobiliaria en la República Dominicana*. Santo Domingo: UASD, 1952.
- Safford, Frank. *The Ideal of the Practical. Colombia's Struggle to Form a Technical Elite*. Austin y London: University of Texas Press, 1976.
- Sagás, Ernesto. «A Case of Mistaken Identity: Antihaitianismo in Dominican Culture», *Latinamericanist*, 29 (1993): 1-5.
- Sagás, Ernesto. *Race and Politics in the Dominican Republic*. Gainesville: University Press of Florida, 2000.
- San Miguel, Pedro L. «Discurso racial e identidad nacional en la República Dominicana», *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas* (San Juan, Puerto Rico), 7 (1992): 69-120.

- San Miguel, Pedro L. «The Dominican Peasantry and the Market Economy: The Peasants of the Cibao, 1880-1960». PhD. Dissertation, Columbia University, 1987.
- San Miguel, Pedro L. *La isla imaginada: Historia, identidad y utopía en la Española*. San Juan: La Trinitaria, 1997.
- San Miguel, Pedro L. *Los desvaríos de Ti Noel. Ensayos sobre la producción del saber en el Caribe*. San Juan: Vértigo, 2004.
- San Miguel, Pedro L. «La ciudadanía de Calibán: poder y discursiva campesinista en la era de Trujillo», en Raymundo González, et al. *Política, Identidad y Pensamiento Social en la República Dominicana. Siglos XIX y XX*. Madrid/Santo Domingo: Doce Calles/Academia de Ciencias de Dominicana, 1999, 269-289.
- San Miguel, Pedro L. *La guerra silenciosa. Las luchas sociales en la ruralía dominicana*. México: Instituto Mora, 2004.
- Sánchez, Juan J. *La Caña en Santo Domingo*. Santo Domingo: Ediciones Taller, 1976 [primera edición, 1893].
- Sánchez, Norys. «Vicio: mala calidad, defección, imperfección grave», *Rumbo*, 6-12-1999, 8-10.
- Sánchez, Rafael Augusto. *Al cabo de los cien años. Tentativa de una justificación histórica*. Santo Domingo, 1976.
- Sánchez Valverde, Antonio. *Idea del valor de la isla Española*. Santo Domingo, Editora Nacional, 1971.
- Scarano, Francisco A. (ed.). *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*. Río Piedras: Huracán, 1985.
- Schmidt, H. *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*. New Brunswick: 1971.
- Schmidt-Reitz, C. «Emile Nölting & Co. Zur Geschichte des Hamburgischen Handels mit Haiti», *Hamburger Wirtschafts-Chronik* 2, no. 1-2 (1958), 5-79.
- Schmink, Marianne. «Household Economic Strategies: Review and Research Agenda», *Latin American Research Review* 19 (1984): 87-101.
- Schnakenbourg, Christian. «From the Sugar Estate to Central Factory: The Industrial Revolution in the Caribbean (1840-1950)», en B. Albert, y A. Graves (eds.), *Crisis and Change in the International Sugar Economy, 1860-1960*. Norwich-Edinburgh: ISC Press, 1984, 83-94.

- Schurz, William Lytle. *The Manila Galleon*. New York: Dutton, 1939.
- Scott, Christopher David. «Peasants, Proletarianization and the Articulation of Modes of Production: The Case of Sugar Cane Cutters in Northern Peru, 1940-69», *Journal of Peasant Studies* 3, no. 3 (1976): 321-41.
- Scott, Christopher David. «Technology, Employment and Income Distribution in the Sugar Industry of the Dominican Republic», en *A Report submitted to the PREALC*, Norwich, 1978.
- Scott, Christopher David. *Machetes, Machines and Agrarian Reform: The Political Economy of Technical Choice in the Peruvian Sugar Industry, 1954-1974*. Norwich: University of East Anglia, 1979.
- Scott, James C. *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven-London: Yale University Press, 1990.
- Scott, James C. *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven and London: Yale University Press, 1998.
- Scott, James C. *The Moral Economy of the Peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*. New Haven-London: Yale University Press, 1976.
- Scott, James C. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven-Londres: Yale University Press, 1985.
- Scott, James C., y B. J. Kerkvliet, «How Traditional Rural Patrons Lose Legitimacy», *Cultures et développement* (Verano, 1975): 501-540.
- Scott, James C., y B. J. Kerkvliet. *How Traditional Rural Patrons Lose Legitimacy: A Theory with Special Reference to South-East Asia*. Madison: Land Tenure Center, University of Wisconsin-Madison, 1975.
- Scott, Rebecca J. «Explaining Abolition: Contradiction, Adaptation and Challenge in Cuban Slave Society, 1860-1886», en Manuel Moreno Fraginals et al. (eds.), *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth Century*. Baltimore-London: Johns Hopkins University Press, 1985a, 25-53.
- Scott, Rebecca J. *Slave Emancipation in Cuba. The Transition to Free Labor, 1860-1899*. Princeton, N. J.: Princeton University Press, 1985b.

- Secretaría de Estado de Agricultura, Instituto del Tabaco. *Tercer Censo Tabacalero Nacional 1977*. Santiago: 1977.
- Secretaría de Estado de Agricultura e Inmigración. *Memoria de la Secretaría del Estado de Agricultura e Inmigración, Julio 1918-Junio 1919*. Santo Domingo: [s.e.], 1919.
- Secretaría de Estado de Agricultura e Inmigración. *Memoria de la Secretaría del Estado de Agricultura e Inmigración, 1923*. Santo Domingo: [s.e.], 1923.
- Secretaría de Estado del Tesoro y Comercio, Sección de Comercio, *Tabaco en rama: exportación durante el período comprendido entre los años 1928-1938* (texto mecanografiado, Biblioteca de la Universidad Autónoma de Santo Domingo).
- Seligson, Mitchell. *Peasants of Costa Rica and the development of agrarian capitalism*. Madison: University Press of Wisconsin, 1980.
- Sevilla Soler, Rosario. *Santo Domingo: tierra de frontera (1750-1800)*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1980.
- Silié, Rubén, et al. (eds.). *La República Dominicana y Haití frente al futuro*. Santo Domingo: FLACSO, 1998.
- Silié, Rubén. *Economía, esclavitud y población: ensayos de interpretación histórica del Santo Domingo español en el siglo XVIII*. Santo Domingo: Editora Taller, 1976.
- Silva, Patricio. «State, Public Technocracy and Politics in Chile, 1927-1941», *Bulletin of Latin American Research* 13, no. 3 (1994): 281-297.
- Skidmore, Thomas E. «Workers and Soldiers: Urban Labor Movements and Elite Responses in Twentieth-Century Latin America», en Virginia Bernhard (ed.), *Elites, Masses and Modernization in Latin America, 1850-1930*. Austin and London: UP of Texas, [1979], 79-126.
- Sluiter, Engel. «Dutch-Spanish rivalry in the Caribbean area, 1594-1609». *Hispanic American Historical Review* 28, no. 2 (May 1948): 165-196.
- Sommer, Doris. *One Master for Another. Populism as Patriarchal Rhetoric in Dominican Novels*. Lanham-London: University Press of America, 1983.
- Spalding, Karen. *Huarochirí: a Spanish Society under Inca and Spanish Rule*. Stanford: Stanford University Press, 1984.

- Stern, Steve J. «Feudalism, Capitalism, and the World-System in the Perspective of Latin America and the Caribbean». *American Historical Review* 93, no. 4 (1988): 829-872.
- Stevens, Evelyn P. «Marianismo: The Other Face of 'Machismo' in Latin America», en Ann Pescatello (ed.), *Female and Male in Latin America*. Pittsburgh: University of Pittsburgh, 1973.
- Stolcke, Verena. «The Exploitation of Family Morality: Labour Systems and Family Structure on Sao Paulo Coffee Plantations, 1850-1979», en Elizabeth Jelin (ed.), *Family, Household and Gender Relations in Latin America*. London y Paris: Kegan Paul-UNESCO, 1991, 69-100.
- Stoler, Ann Laura. *Capitalism and Confrontation in Sumatra's Plantation Belt, 1870-1979*. New Haven-London: Yale University Press, 1985.
- Taussig, Michael. *The Devil and Commodity Fetishism in South America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980.
- Thorp, Rosemary. «Latin America and the international economy from the First World War to the World Depression», en Bethell (ed.), *The Cambridge History of Latin America...*, 57-81.
- Tillman, Ellen D. *Dollar Diplomacy by Force. Nation-building and Resistance in the Dominican Republic*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2016.
- Torres-Saillant, Silvio. «El retorno de las yolas», en *El retorno de las yolas. Ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad*. Santo Domingo: Ediciones Librería La Trinitaria-Editora Manatí, 1999, 22-98.
- Torres-Saillant, Silvio. «The Tribulations of Blackness. Stages in Dominican Racial Identity». *Latin American Perspectives* 25, no. 3 (1998): 126-146.
- Torres-Saillant, Silvio. *El retorno de las yolas. Ensayos sobre diáspora, democracia y dominicanidad*. Santo Domingo: La Trinitaria-Manatí, 1999.
- Troncoso Sánchez, Pedro. *Ramón Cáceres*. Santo Domingo: Stella, 1964.
- Trouillot, Michel-Rolph. «Motion in the System: Coffee, Color, and Slavery in Eighteenth-Century Saint-Domingue». *Review* 5, no. 3 (1982): 331-388.

- Trouillot, Michel-Rolph. *Haiti, State against Nation: The Origins and Legacy of Duvalierism*. New York: Monthly Review Press, 1990.
- Turits, Richard Lee. «A World Destroyed, A Nation Imposed: The 1937 Haitian Massacre in the Dominican Republic», *Hispanic American Historical Review* 82, no. 3 (2002): 589-635.
- Turits, Richard Lee. *Foundations of Despotism. Peasants, the Trujillo Regime, and Modernity in Dominican History*. Stanford: Stanford University Press, 2003.
- Tutino, John, «Power, Class, and Family: Men and Women in the Mexican Elite, 1750-1810», *The Americas* 39 (1983): 359-381.
- Valdez, Juan R. *Tracing Dominican Identity. The Writings of Pedro Henríquez Ureña*. New York: Palgrave MacMillan, 2011.
- Vargas, Tahira. *De la casa a la calle. Estudio de la familia y la vecindad en un barrio de Santo Domingo*. Santo Domingo: Centro de Estudios Sociales P. Juan Montalvo, S. J., 1988.
- Vega, Bernardo. *Trujillo y Haití (Vol. II, 1937-1938)*. Santo Domingo, 1995.
- Vega, Bernardo (ed.). *Los Estados Unidos y Trujillo. Año 1946*, tomo 1. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1982.
- Vega, Bernardo (ed.). *Unos desafectos y otros en desgracia. Sufrimiento en la dictadura de Trujillo*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1986.
- Vega, Bernardo *Trujillo y Haití (Vol. 1: 1930-1937)*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1988.
- Vega, Bernardo. «El Peña Batlle sobre el cual no se escribe», en Vega (ed.), *En la década perdida (Ponencias, conferencias y artículos, 1984-1990)*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1990, 323-25.
- Vega, Bernardo. «Variaciones en el uso del antihaitianismo en la era de Trujillo», ponencia presentada en LASA, 1995 (Asociación de Estudios Latinoamericanos), Washington.
- Vega, Bernardo. *La cuestión racial y el proyecto dominicano de anexión a Estados Unidos en 1870*. Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2019.

- Vega, Bernardo. *Nazismo, Fascismo y Falangismo en la República Dominicana*. Santo Domingo: 1985.
- Vega, Bernardo. *Un Interludio de Tolerancia. El acuerdo de Trujillo con los comunistas en 1946*. Santo Domingo: Fundación Cultural Dominicana, 1987.
- Veras, Ramón A. *Inmigración, haitianos, esclavitud*, Santo Domingo: Editora Taller, 1983.
- Villamán Pérez, Marcos. *América Latina: Modernidad y culturas populares. Desafíos y posibilidades*. Santo Domingo: Centro Poveda, 1993.
- Wade, Peter. «Man the Hunter. Gender and Violence in Music and Drinking Contexts in Colombia», en Penelope Harvey y Peter Gow (ed.). *Sex and Violence. Issues in Representation and Experience*. London y New York: Routledge, 1994.
- Walker, David W. «Business as usual: The Empresa del Tabaco in Mexico, 1837-1844». *Hispanic American Historical Review* 64, no. 4 (1984): 675-705.
- Walker, Geoffrey J. *Spanish politics and imperial trade, 1700-1789*. London/Basingstoke: MacMillan, 1979.
- Wallerstein, Immanuel. *Historical Capitalism*. London: Verso, 1983.
- Walter, R. *Venezuela und Deutschland (1815-1870)*. Wiesbaden: 1983.
- Wehler, H. U. *Bismarck und der Imperialismus*. Köln-Berlin: 1969.
- Wendell Werge, Robert. «La Agricultura de "Tumba y Quema" en la República Dominicana», *Eme Eme* 3, no. 13 (Jul-Ago, 1974).
- Wiarda, H. J. *Corporatism and national development in Latin America*. Boulder: Westview Press, 1981.
- Williams, Eric. *Capitalism and Slavery*. London: Deutsch, 1964 (primera edición, 1944).
- Wilson, Fiona. «Property and Ideology: A Regional Oligarchy in the Central Andes in the Nineteenth century», en David Lehmann (ed.), *Ecology and Exchange in the Andes*. Cambridge: Cambridge University Press, 1982, 191-210.
- Wilson, Peter J. *Crab Antics. The Social Anthropology of English-Speaking Negro Societies of the Caribbean*. New Haven y London: Yale University Press, 1973.

- Wiskermann, E. *Hamburg und die Welthandelspolitik von den Anfängen bis zur Gegenwart*. Hamburg: 1929.
- Wolf, Eric R. «Types of Latin American Peasantries: A Preliminary Discussion», *American Anthropologist* 57 (1955): 452-470.
- Wolf, Eric R. *Europe and the People Without History*. Cambridge, 1982.
- Wolf, Eric R. *Peasant Wars of the Twentieth Century*. Nueva York: Harper & Row, 1969.
- Wolf, Eric R., y Edward C. Hansen. *The Human Condition in Latin America*. New York: Oxford University Press, 1972.
- Wolf, J. *Der Tabak. Anbau, Handel und Verarbeitung*. Leipzig: 1915.
- Worobec, Christine D. *Peasant Russia. Family and Community in the Post-Emancipation Period*. Princeton: Princeton University Press, 1991.
- Wright, Irene A. «Rescates: With Special Reference to Cuba, 1599-1610». *Hispanic American Historical Review* 3, no. 3 (1920): 333-361.
- Young, Kate. «Modes of Appropriation and the Sexual Division of Labor: A Case from Oaxaca, Mexico», en Annette Kuhn, y Ann-Marie Wolpe (ed.), *Feminism and Materialism. Women and Modes of Production*. London: Routledge and Kegan, 1978, 124-154.
- Young, Kate. *Planning Development with Women. Making a World of Difference*. London-Basingstoke: MacMillan, 1993.
- Yunén Z., Rafael Emilio. *La isla como es: Hipótesis para su comprobación*. Santiago: 1985.
- Zaglul, Jesús M. «Una identificación nacional "defensiva": El antihaitianismo nacionalista de Joaquín Balaguer. Una lectura de *La Isla al revés*», *Estudios Sociales*, 87 (1992), 29-65.
- Zea, Leopoldo. *América en la historia*. Madrid: Eds. de la Revista de Occidente, 1957.
- Zeller, Neici. «El régimen de Trujillo y la fuerza laboral femenina en la República Dominicana, 1945-1951», en Ramonina Brea, Rosario Espinal, y Fernando Valerio-Holguín (eds.). *La República Dominicana en el umbral del siglo XXI. Cultura, Política y Cambio Social* (Santiago: PUCMM, 1999), 429-444.

Periódicos y publicaciones periódicas

Gaceta Oficial.

Eco del Pueblo.

Voz de Santiago.

El Nuevo Régimen.

El Orden.

El Mensajero.

El Monitor.

El Porvenir.

El Liberal.

El Diario.

El Normalismo.

La Información.

El Noticiero.

Listín Diario.

Boletín del Congreso.

El Mensajero.

El Caribe.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abad, José Ramón 140, 167, 261, 601
Abreu Licairac, Rafael 235
Acevedo, Octavio A. 144
Acosta, Julio 521
Acosta, Mercedes 178, 184, 601
Adas, Michael 129, 149, 443, 601, 616
Akin, William E. 453, 460, 601
Albert, Bill 165, 187, 603, 630
Alburquerque, Alcibiades 103, 138, 311, 601
Alix, Juan Antonio 24, 471
Almonte, E. 275
Álvarez, diputado 117, 217
Álvarez, L. I. 118, 233
Anderson, Benedict R. O'G 36, 530, 601
Andrews, George R. 502, 601
Andrews, Kenneth R. 59, 62, 64, 67, 601
Anglade, G. 601
Appadurai, Arjun 598, 601
Archambault, Pedro M. 264
Archer, Léonie 160, 601
Ardouin, Beaubrum 77, 601
Arias, Desiderio 206, 207, 208, 210, 231
Asiwaju, A. I. 141, 602
Astwood 109
Aubin, E. 205, 225, 238, 602

B

Baasch, E. 243, 602
Bachrach Ehlers, Tracy 371
Bacon, Robert 207
Báez, Buenaventura 81, 82, 83, 252

Báez Evertsz, Frank 102, 139, 164, 172, 178, 185, 602
Bailey, Barbara 348, 369, 623
Baird, Alexander 447
Balaguer, Joaquín 32, 34, 41, 315, 318, 401, 402, 403, 409, 410, 470, 498, 501, 503, 510, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 524, 529, 532, 534, 537, 539, 540, 541, 542, 546, 553, 558, 559, 560, 570, 571, 572, 579, 582, 587, 588, 591, 593, 595, 602, 636
Balcácer, Juan Daniel 28, 403, 602, 626
Balibar, Etienne 602
Balmori, Diana 359, 602
Barkhausen, Hermann H. W. 283
Barret, Michelle 347, 348, 602
Bartra, Roger 132, 602
Batlle, José 94
Baud, Michiel 14, 46, 48, 51, 133, 148, 281, 309, 350, 353, 358, 359, 374, 446, 477, 479, 550, 564, 567, 602, 603
Bauer, Arnold J. 186, 603
Baughman, C. C. 144
Bautista, J. 204
Beckford, George L. 173, 603
Beechert, Edward D. 187, 603
Beek Hzn., A. L. van 274
Beek N.V., A. L. van 274
Bengoa, José 603
Benton, W. 170
Bergad, Laird W. 121, 141, 361, 392, 603
Berman, Marshall 562, 603
Bermúdez 339
Bermúdez, familia 339

- Bernhard, Virginia 453
Betances, Ramón 405, 430, 525
Bethell, Leslie 55, 76, 162, 389, 391,
439, 442, 451, 502, 505, 581, 603,
612, 614, 623, 624, 633
Beutin, L. 243, 257, 283, 603, 604
Bismarck 93, 257, 285
Blachman, M. J. 431, 614
Boas, Franz 490
Bogaert, Louis 448
Boimaré 120
Boin, Jacqueline 81, 82, 91, 255,
335, 340, 351, 604, 627
Bonó, Pedro Francisco 75, 99, 345,
395, 396, 400, 404, 415, 417, 420,
421, 445, 526, 542, 604
Boomgaard, Peter 161, 604
Bosch, Juan 16, 58, 70, 104, 404,
405, 483, 489, 494, 542, 546, 547,
548, 558, 604
Bothe, John 251
Bourgeois, Philippe 183, 185, 604
Bourque, Susan C. 349, 371, 604
Box, Louk 239, 604
Boyer, Jean-Pierre 75, 76, 77, 79
Braden 468
Brass, Tom 156, 604
Braudel, Fernand 65, 604
Bray, David B. 357, 364, 604
Brea, Ramonina 38, 43, 79, 604,
605, 636
Brereton, Bridge 348, 369, 623
Brown, Susan E. 376, 377, 605
Bruce, Judith 347, 610
Brunner, José Joaquín 387, 563,
564, 566, 578, 605
Bryan, Patrick E. 97, 99, 147, 170,
183, 258, 395, 419, 605
Bueno, A. 268, 605
- C**
Cáceres, Ramón 149, 211
Calder, Bruce J. 99, 122, 144, 145,
271, 507, 605, 606
Camacho, D. 245, 608
Cambiaso, señores 305
Camilo, P. Antonio 227
Campo, Joaquín 222
Camp, Roderic A. 452, 615
Candelario de la Rosa 223
Candelario, Ginetta E. B. 24, 34,
36, 606
Carballo Romero, Luis 454, 455,
456, 457, 458, 460
Carlos III 71
Caro, Néstor 496, 606
Carpentier, Alejo 545, 546, 558, 606
Casado, José 180, 184
Casals Victoria, Pedro Manuel 510
Cassá, Roberto 13, 16, 18, 23, 47,
51, 77, 108, 166, 184, 287, 302,
316, 320, 327, 340, 400, 401, 407,
461, 465, 476, 481, 483, 484, 491,
534, 568, 606
Castillo, José del 16, 23, 103, 104,
111, 112, 113, 141, 165, 166, 169,
179, 185, 606, 607
Ceara, Emilio 457
Ceballos, Nelson Moren 607
Cela, Jorge 577, 580, 607
Celucien L., Joseph 29, 607
Centeno, Miguel A. 51
Certeau, Michel de 549
Cestero, Tulio 94, 289, 607
Chant, Sylvia 355, 377, 607
Chaunu, Pierre 59, 60, 66, 607
Cheesman, G. L. 251
Chomsky, Aviva 23, 607
Christelow, Allan 607
Clausner, Martin D. 201, 206, 208,
607
Coatsworth, John 447, 607
Colburn, Forrest D. 616
Colom González, Francisco 50
Colton, George R. 201, 202
Comaroff, Jean 562, 563, 608
Comaroff, John 562, 563, 608
Comprés, Daniel 472, 475, 486

- Comte, Auguste 13, 442, 443
 Contín Aybar, Pedro René 463
 Cooper, Frederic 507, 608
 Copello, Anselmo 296, 297, 299, 301
 Cordero, Walter 166, 606
 Cornielle, Carlos 524, 608
 Corten, Andrés 178, 608
 Cristo 11
 Cross, Malcolm 49, 168, 615
 Crouch, Luis A. 312, 314, 317, 336, 362, 608, 610
 Cueva, A. 245, 608
 Cunha, Euclides da 444, 608
- D**
- Daje, familia 316
 Dalencour, François 77
 Dane, H. 249, 608
 Darwin [Charles] 442
 Davies, Robert H. 163, 189, 608
 De a Rive Box-Lasocki, Barbara 604
 Debien, Gabriel 69, 608
 Deive, Carlos Esteban 67, 68, 69, 123, 148, 149, 608, 609
 De Janvry A. 608
 De la Cadena, Marisol 608
 De Moya, familia 97
 Derby, Robin Lauren H. 12, 24, 27, 30, 34, 35, 41, 508, 524, 537, 569, 609
 Deschamps, Enrique 289
 Dewey, Clive 445, 622
 Díaz C., José 299
 Díaz, familia 316
 Díaz, Rafael 238, 420
 Domínguez, Jaime de Jesús 89, 315, 327, 504, 609
 Donghi, Halperin 435
 Dore Cabral, Carlos 23, 185, 237, 518, 609
 Drake, Francis 59
 Duany, Jorge 37, 609
- Duarte, Isis 43, 308, 571, 572, 604, 609
 Duarte, Juan Pablo 515
 Dunsmore 175
 Durkheim 561
 Dwyer, Daisy 347, 610
- E**
- Echagoian 58
 Eckermann 283
 Ehlers, Tracy Bachrach 610
 Eller, Anne 26, 27, 34, 610
 Ely, Roland T. 109, 610
 Engerman, Stanley L. 78, 90, 623, 624
 Entholt, H. 249, 257, 621
 Erasmus, Charles J. 352, 610
 Espailat, familia 315, 316
 Espailat, R. A. 233
 Espailat, Rafael 280
 Espinal, J. Zacarías 299
 Espinal, Rosario 38, 43, 48, 571, 605, 610, 636
- F**
- Feeley, Joseph W. 212
 Felipe III 513
 Fennema, Meindert 409, 518, 522, 610
 Fernández, Leonel 540, 541, 560, 588, 591, 592, 593, 594, 599, 610
 Ferrán B., Fernando I. 77, 314, 317, 323, 325, 327, 328, 330, 332, 337, 421, 425, 610, 611
 Finch, E. 624
 Finch, Henry 155
 Fisher, John 71, 248, 611
 Florescano, Enrique 55, 623
 Flores Santana, Juan Antonio 585
 Fondeur, familia 315, 316
 Forbes, J. L. D. 249, 611
 Franco, diputado 107, 108
 Franco, Franklin J. 23, 31, 195, 425, 611

Frank, André Gunder 340
Franklin, James 73, 76, 611
Franks, Julie 19, 611
Fresco, Louise 351, 611
Friedland, R. 347, 615
Frosche, H. 243, 611
Frostin, Charles 70, 221, 611
Fuentes, Carlos 387, 564

G

Gaillard, Roger 117, 119, 149, 208, 611
Galbraith, John Kenneth 369
Galíndez, Jesús de 467, 612
García Canclini, Néstor 565, 566, 567, 596, 612
García, Dionisio 169
García, familia 97
García, Javier 471
García [José Gabriel] 78
García, Juan Manuel 408, 511, 520, 612
García Laguardia, Jorge Mario 393, 612
García, Manuel de Jesús Javier 612
García-Peña, Lorgia 37, 612
García Tamayo, Eduardo 367, 612
García, Zoilo 94
Garramon, C. 151, 608
Garrido Puella, E. O. 148, 612
Garrido, Víctor 144, 195, 237, 238, 612
Gayer, Arhur D. 161, 612
German Soriano, M. 180
Geschiere, Peter 411, 625
Gibson, Hugh 449
Giddens, Anthony 562, 563, 612
Gil-Bermejo, Juana 62, 63, 64, 65, 612
Glade, William 451, 612
Glick, Thomas F. 442, 444, 612
Goldring, Luin 590, 613
Gómez, Carmen Julia 576, 613
Gómez, Máximo 405, 525
Gompers, Samuel 293
Gonzales, Michael J. 186, 187, 613
González Canalda, María Filomena 17, 19, 613
González de la Rocha, Mercedes 378, 613
González, Edilio 307
González, Ignacio María 95, 96, 101
González, Raymundo 14, 20, 51, 390, 396, 400, 402, 420, 511, 526, 606, 613
Goodwin Jr., Paul B. 613
Goslinga, Cornelis Ch. 60, 64, 613
Goulet, D. 441, 613
Gow, Peter 372, 635
Grasmuck, Sherri 43, 357, 530, 566, 589, 590, 613
Graves, Adrian 165, 187, 603, 630
Greenberg, Stanley B. 502, 614
Greenhill, Robert 245, 614
Grindle, M. S. 129, 614
Grullón, familia 97
Gudeman, Stephen 364, 614
Guerra y Sánchez, Ramiro 477, 614
Guerrero, Andrés 14, 365, 614
Guevara, Nicolás 587
Guibano, Enrique G. de 220
Guilberme dos Santos, W. 614
Gutiérrez Escudero, Antonio 71, 74, 614
Gutiérrez, Francisco 67
Guzmán, familia 97

H

Habermas, Jürgen 562, 614
Hagelberg, Gerhard B. 188, 614
Hale, Charles A. 389, 439, 442, 452, 502, 614, 615
Hall, Michael 451, 614
Hansen, Edward C. 366, 636
Hareven, Tamara K. 347, 615
Harrison, J. P. 134, 255, 615

Hartlyn, Jonathan 43, 534, 560,
573, 581, 582, 610, 615
Harvey, Penelope 372, 635
Hastedt, P. G. 273, 615
Hawkins, John 60
Haynes, Keith Allen 452, 615
Hellman, R. G. 431, 614
Helten, J. J. Van 163, 628
Herf, Jeffrey 460, 559, 560, 615
Hernández Franco, Tomás 492, 615
Herrera, César 120, 615
Herwig, Holger H. 243, 246, 269,
615
Heuman, Gad 49, 168, 615
Heureaux, Ulises (Lilís) 25, 83,
101, 104, 106, 107, 116, 120, 121,
132, 133, 171, 199, 200, 214, 246,
291, 390, 399, 416, 447, 569
Hoernel, Robert B. 164, 615
Hoetink, Harry 45, 80, 120, 131,
132, 136, 168, 225, 246, 256, 353,
390, 391, 416, 443, 493, 505, 506,
551, 581, 615, 616
Hof, C. G. 267, 281, 616
Hoffman, R. J. S. 249, 616
Holweg, von Bethmann 269
Homan, Paul T. 161, 612
Hostos, Eugenio María de 40, 97,
109, 405, 430, 443, 495, 525
Howard, David 24, 33, 36, 532,
533, 536, 540, 542, 616
Hyden, Goran 128, 136, 616

I

Ibarra, Diego de 59
Incháustegui Cabral, Héctor 465,
467, 494, 616

J

James, Earle K. 161, 612
Janvry, A. De 151
Jaramillo Uribe, J. 426, 616
Javier García, Manuel de Jesús
470, 471

Jelin, Elizabeth 348, 355, 616, 633
Jimenes Grullón, Juan Isidro 340,
494, 616
Jiménez, Michael F. 363, 379, 382,
616
Jiménez, Ramón Emilio 32, 209,
236, 521, 542, 616
Jorge Blanco [Salvador] 573
Jorrín, Miguel 443, 616

K

Kabeer, Naila 347, 372, 377, 617,
624
Kaemena, H. 257, 617
Kandiyoti, Deniz 349, 369, 609,
617
Kasinitz, Philip 530, 617
Kellenbenz, H. 257, 603
Kerkvliet, B. J. 128, 129, 132, 360,
366, 617, 631
Kindleberger, Charles 250, 617
Kloosterboer, Willemina 162, 617
Knight, Franklin W. 168, 617
Knight, Melvin M. 144, 170, 171,
172, 234, 312, 617
Knight, Rolf 155, 161, 617
Kresse, W. 243, 248, 617
Krohn-Hansen, Christian 24, 43,
617
Kuck, J. W. 90, 252
Kuck, Robert 252
Kuhn, Annette 636
Kunhardt, José Eugenio 184
Kunhardt, M. E. 184, 617
Kuznesof, Elizabeth 355, 618

L

Laguardia, G. 419
Lamotte, F. 177
Lamphere, Louise 371, 618
Lancaster, Roger N. 378, 618
Landsberger, Henry A. 127, 618
Lang, James 72, 618
Larrain, Jorge 561, 618

- Laski 398, 424
 Lavrin, Asuncion 355, 618
 Lehmann, David 359, 635
 Leichtweiss, L. 249, 621
 Lemoine, Maurice 173, 186, 618
 León, E. 288
 León M., Pedro de 170
 Lewis, Gordon K. 388, 389, 430, 443, 503, 525, 618
 Leys Stepan, Nancy 618
 Liss, Peggy K. 70, 618
 Lluberes Navarro, Antonio Ramón 72, 82, 102, 252, 289, 333, 337, 618, 619
 Loewenthal, Troetje 409, 518, 522, 610
 Lomnitz-Adler, Claudio 387, 619
 Lomis, J. 272
 López-Calvo, Ignacio 552, 553, 554, 619
 López, José Ramón 14, 393, 395, 396, 397, 398, 415, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 431, 432, 433, 435, 436, 437, 440, 479, 490, 521, 619
 Louverture, Toussaint 79, 390, 503
 Lozano, Wilfredo 102, 287, 340, 570, 619
 Lugo, Américo 28, 64, 400, 401, 402, 490, 619
 Lundahl, Mats 168, 210, 211, 212, 538, 542, 619
 Lundius, Jan 148, 210, 211, 212, 538, 542, 619, 620
 Luperón, Gregorio 390, 405, 525
- M**
 Macera, Pablo 401
 MacGregor, ingeniero 447
 Machado Báez, Manuel A. 464, 620
 Machín, Jorge 84, 620
 Mackenzie, Charles 77, 620
 Madrugá, José M. 173, 620
 Magloire 467
 Malenfant 620
 Malinowski, Bruno 490
 Mallon, Florencia E. 128, 371, 620
 Manderson Sherlock, Philip 59, 60, 625
 Manley, Elizabeth S. 41, 620
 Maram, Sheldon L. 183, 620
 María, campesina 356, 370, 372, 375, 377
 Mariátegui, José Carlos 440, 620
 Marichal, Carlos 442, 620
 Mariñez, Pablo A. 16, 130, 620
 Marks, S. 163
 Marrero Aristy, Ramón 14, 31, 32, 170, 176, 177, 421, 461, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 470, 471, 472, 473, 474, 475, 476, 477, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 497, 498, 499, 500, 542, 620, 621
 Marte, Roberto 77, 78, 621
 Martí, José 430, 525
 Martínez-Alier, Verena 358
 Martínez, Lusitania 150, 621
 Martínez, Rufino 32, 420, 421, 621
 Martínez-Vergne, Teresita 23, 39, 40, 42, 158, 550, 551, 552, 554, 621
 Martz, John D. 443, 616
 Marx [Karl] 561
 Masferrer 468
 Mateo, Andrés L. 402, 408, 462, 463, 489, 495, 498, 511, 519, 554, 621
 Mateo, Olivorio 30, 123, 147, 149, 150, 152, 153, 210, 211, 212, 213, 216, 538
 Mathies, O. 249, 257, 621
 Mattoon, Robert H. Jr. 621
 Mayes, April J. 18, 19, 22, 23, 40, 621
 Mayo, Arthur A. 272
 Mehrmann, W. 243, 267, 621
 Mejía, Orión 583

- Melhuus, Marit 43, 348, 617, 622
 Memmi, Albert 507, 622
 Mencía, Simón 288
 Merckl, Herr Dr. 247
 Meyer, Jean 127, 622
 Meyer, M. C. 55, 623
 Michel, Marco A. 291
 Miles, Robert 160, 622
 Miller, Daniel 567, 622
 Miller, Edward 468
 Miller, Nicola 389, 401, 546, 622
 Miller, Rory 445, 448, 622
 Minier, Lépidio 299
 Mintz, Sidney W. 57, 162, 616, 622
 Mir, Pedro 313, 622
 Modesto 373
 Mohammed, Patricia 348, 369, 622
 Monzón de Wilkie, E. 55, 623
 Moore, Barrington 127, 623
 Morales [Languasco, Carlos] 207
 Moreau de Saint-Mery, Mérédic
 Louis-Élie 69, 75, 623
 Moreno Ceballos, Nelson 287
 Moreno Fraguinals, Manuel 17, 78,
 90, 157, 158, 159, 162, 165, 168,
 176, 183, 605, 607, 617, 623, 624,
 628, 631
 Moreno Toscano, Alejandra 55, 623
 Morgan, Jana 43, 610
 Morse, Richard M. 55, 435, 623
 Moscoso Puello, Francisco E. 33,
 437, 490, 501, 623
 Mota 199
 Mota, C. A. 200
 Mota, Diputado 117, 224
 Mota, Jaime 209
 Moulian, Tomás 566, 623
 Moya Pons, Frank 23, 66, 68, 76,
 78, 90, 623, 624
 Munslow, Barry 155, 624
 Muñoz Pérez, José 71, 624
 Murphy, Martin F. 509, 518, 568,
 624
 Murray, Pamela 443, 624
 Mussolini, Benito 456, 460
 Muto, Paul 136, 333, 624
- N**
 Nachman, Robert G. 442, 624
 Neal, L. 282
 Needell, Jeffrey D. 444, 625
 Neumann, Charles 251
 Nicholls, David 141, 195, 197, 625
 Nieboer, H. J. 162, 625
 Nölting, Emile 252
 Nölting, familia 252
 Núñez, J. V. 94
- O**
 Oostindie, Gert J. 48, 51, 161, 604,
 625
 Oppenheimer, Robert 355, 618
 Oquet, Albert 275, 277, 296
 Ornes, Germán E. 478
 Ortega, Augusto 351, 354, 625
 Ortiz, Fernando 313, 395, 490, 625
 Ortiz, Helen 109, 625
 Ortiz, Renato 566, 625
 Osorio, Antonio 63, 513
 Otero, M. 415, 625
- P**
 Paige, Jeffrey M. 127, 625
 Palau, Emigdio 395, 419
 Palmer, Ernest Charles 88, 117,
 118, 148, 194, 527, 625
 Pandey, Gyanendra 411, 625
 Parry, John Horace 59, 60, 625
 Patterson, Orlando 160, 174, 625
 Paulino, Edward 28, 34, 35, 626
 Paz, Octavio 564, 626
 Pedrón, M. 76, 77, 626
 Pelletier, Luis 223
 Peña Batlle, Manuel Arturo 14, 32,
 200, 402, 403, 408, 409, 465, 498,
 501, 503, 504, 511, 512, 513, 514,
 515, 516, 517, 518, 519, 529, 537,
 542, 553, 626

Peña, familia 316
Peña Gómez, José Francisco 35,
533, 540, 541
Peña Pérez, Frank 59, 60, 61, 63,
64, 66, 67, 68, 74, 90, 626
Péralte, Charlemagne 208, 212
Pereira de Queiroz, Maria Isaura
153, 626
Pérez, Ángel S. del Rosario 627
Pérez Cabral, Pedro Andrés 525,
626
Pérez, Sara 599
Pescatello, Ann 371
Pessar, Patricia R. 43, 347, 357,
379, 529, 530, 566, 589, 590, 613,
627
Pichardo, Agustín 299
Pichardo, J. Furcy 172
Pichardo, José A. 227
Picó, Fernando 548, 627
Pimentel, S. 319
Pitt-Rivers, J. A. 367, 627
Place, Víctor 81, 255, 351, 627
Plant, Roger 173, 181, 184, 185,
627
Platt, D. C. M. 244, 245, 249, 277,
614, 627
Pommerin, R. 283, 627
Potthast-Jutkeit, Barbara 355, 377,
627
Powell, T. G. 415, 424, 627
Pozo, Manuel de Jesús 287, 291,
627
Prestol Castillo, Freddy 31, 32,
119, 408, 464, 471, 493, 499, 511,
627
Price-Mars, Jean 29, 547, 549, 627
Price, Sally 616
Prío, Carlos 468

Q

Quezada, Miguel 228
Quintero Rivera, Ángel G. 56, 67,
628

R

Rama, Ángel 13
Ramírez, familia 210, 212
Ramírez, Martín 174
Ramírez, Wenceslao 210
Ramos Mattei, Andrés 158, 628
Ratekin, Mervyn 58, 628
Rathbone, R. 163
Rauber, Isabel 587, 628
Reinhardt, Nola 357, 374, 628
Richardson, P. 163, 628
Ridings, E. W. 244, 628
Rippy, J. F. 247, 628
Riva, Gregorio 137
Rive Box-Lasocki, Barbara De la
239
Rivera, José Eustasio 474, 629
Robertson, A. F. 347, 615
Robles Caballero, Andrés de 68
Rodney, Walter 159, 629
Rodó, J. E. 25, 431, 629
Rodríguez Demorizi, Emilio 13,
32, 58, 77, 82, 90, 146, 238, 252,
288, 336, 351, 396, 465, 494, 498,
526, 604, 625, 626, 629
Rodríguez, José 300
Rohrlich-Leavitt, Ruby 377, 605
Romero, José Luis 398, 419, 423,
453, 629
Roosevelt, Theodore 201
Rosa, Antonio de la 120, 629
Rosaldo, Michelle Z. 371, 618
Rosario Pérez, Ángel S. del 517
Rosas, general 431
Roseberry, William 134, 629
Rouquié, Alain 564, 629
Ruiz Tejada, Manuel Ramón 103,
629
Russell, W. W. 206
Rutten, Rosanne 550, 602

S

Safa, Helen I. 376
Safford, Frank 439, 440, 629

- Sagás, Ernesto 24, 31, 32, 33, 34,
523, 532, 534, 535, 537, 540, 541,
629
- Saint-André 82
- Sánchez 167
- Sánchez, Juan J. 100, 101, 139, 164,
630
- Sánchez, Norys 593, 630
- Sánchez, Rafael Augusto 517, 630
- Sánchez Valverde, Antonio 69, 72,
74, 75, 630
- San Miguel, Pedro L. 14, 16, 20,
21, 32, 51, 350, 404, 405, 525, 534,
542, 545, 546, 547, 548, 549, 550,
552, 629, 630
- Santana, Pedro 83, 504, 516, 518
- Santiago, Felipe 417
- Santos, W. Guilberme dos 431
- Scarano, Francisco A. 158, 628, 630
- Schmidt, H. 270, 630
- Schmidt-Reitz, C. 630
- Schmink, Marianne 347, 630
- Schnakenbourg, Christian 165,
630
- Schurz, William Lytle 65, 631
- Scott, Christopher David 161, 162,
187, 189, 631
- Scott, James C. 127, 128, 129, 130,
132, 360, 363, 365, 366, 368, 380,
565, 631
- Scott, Rebecca J. 157, 158, 159, 631
- Seligson, Mitchell 63, 632
- Semillán Campusano, G. 68
- Serralles, Juan 105, 142
- Serulle Ramia, José 81, 82, 91, 255,
335, 340, 351, 604, 627
- Sevilla Soler, Rosario 66, 72, 73,
74, 632
- Shepherd, Verene 348, 369, 622
- Sheres, George F. 466, 484
- Silié, Rubén 68, 542, 632
- Silva, Patricio 51, 460, 632
- Skidmore, Thomas E. 453, 632
- Sluiter, Engel 62, 63, 64, 632
- Snowdon, Thomas 272
- Söllner, Richard 268, 269, 289
- Sommer, Doris 349, 473, 475, 632
- Spalding, Hobart A. 451, 614
- Spalding, Karen 59, 632
- Spencer, Herbert 13, 425, 426, 435,
442
- Stepan, Nancy Leys 444, 521
- Stern, Steve J. 57, 633
- Stevens, Evelyn P. 371, 633
- Stolcke, Verena 348, 633
- Stolen, Kristi Anne 43, 348, 617,
622
- Stoler, Ann Laura 156, 633
- Stuart Mill, John 13
- Suazo, padre 227
- Szulc, Tad 470
- T
- Taussig, Michael 380, 633
- Tavárez R., Manuel 294
- Tejada, Zonia 599
- Tejera, Emiliano 409
- Thorp, Rosemary 451, 633
- Tillman, Ellen D. 19, 633
- Tolentino, César 296, 298, 457
- Tolentino, José 288
- Tolentino, Rafael César 282, 457
- Torrente, Mariano 80
- Torres-Saillant, Silvio 25, 32, 36,
585, 586, 599, 633
- Trifon 209
- Troncoso Sánchez, Pedro 206, 207,
633
- Trouillot, Michel-Rolph 29, 633,
634
- Trujillo Molina, Rafael Leonidas
20, 21, 22, 24, 26, 28, 29, 30, 31,
32, 33, 34, 35, 38, 41, 43, 44, 125,
174, 177, 183, 185, 187, 188, 192,
194, 208, 215, 239, 282, 287, 306,
309, 316, 320, 399, 402, 403, 407,
408, 410, 412, 447, 461, 462, 463,
464, 465, 466, 467, 468, 469, 470,

- 471, 473, 475, 476, 478, 479, 480,
482, 483, 484, 487, 488, 489, 492,
493, 494, 495, 496, 497, 498, 499,
500, 510, 511, 517, 518, 521, 523,
532, 533, 534, 536, 538, 539, 552,
553, 554, 555, 556, 557, 558, 559,
560, 568, 569, 570, 571, 572, 581,
595, 597
- Turits, Richard Lee 12, 20, 21, 27,
28, 34, 35, 524, 537, 555, 556, 557,
609, 634
- Tutino, John 379, 634
- V**
- Valdez Albizu, Héctor 578
Valdez, Juan R. 25, 634
Valerio-Holguín, Fernando 38,
605, 636
Vargas Llosa [Mario] 554
Vargas, Tahira 589, 634
Vásquez, Horacio 238, 280, 407,
510
Vázquez, Josefina Zoraida 452
Veblen, Thorstein 460
Vega, Bernardo 24, 25, 27, 198,
208, 215, 283, 402, 406, 408, 465,
466, 469, 470, 484, 494, 496, 509,
511, 527, 554, 634, 635
Velázquez H., Fred. 202
Veras, Ramón A. 173, 635
Vicini, Juan Bautista 104, 113, 172
Villamán Pérez, Marcos 566, 580,
583, 585, 599, 635
Viñuales, David 598
- W**
- Wade, Peter 372, 635
Walker, David W. 72, 635
Walker, Geoffrey J. 635
Wallerstein, Immanuel 602, 635
Walter, R. 249, 635
Warren, Kay Barbara 349, 371, 604
Weber 561
Wehler, H. U. 243, 635
Wendell Werge, Robert 313, 635
White, Hayden 549
Wiarda, H. J. 418, 635
Wilkie, J. W. 55, 623
Williams, Eric 157, 635
Wilson, Fiona 359, 635
Wilson, Peter J. 375, 635
Winson, A. 434
Wiskermann, E. 243, 250, 636
Wolf, Eric R. 128, 133, 352, 366,
636
Wolff, F. M. 247
Wolf, J. 267, 636
Wolpe, Ann-Marie 636
Worley, H. J. 201, 202
Worobec, Christine D. 355, 382,
636
Woy, G. 282
Wright, Irene A. 636
- Y**
- Young, Kate 369, 636
Yunén Z., Rafael Emilio 34, 216,
523, 636
- Z**
- Zaglul, Jesús M. 409, 518, 636
Zapata, Emiliano 18
Zea, Leopoldo 398, 424, 636
Zeller, Gustav 252
Zeller, Neici 38, 636
Zoraida, Josefina 615

PUBLICACIONES DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

Revista *Clío*:

No. 1 (Enero de 1933) al No. 200 (Julio-Diciembre de 2020).

Libros y opúsculos:

- Vol. 0-1 Henríquez y Carvajal, Federico. *Estatuto i Reglamento de la Academia Dominicana de la Historia*. Ciudad Trujillo, Imprenta Montalvo, 1932.
- Vol. 0-2 Meriño, Fernando Arturo de. *Páginas históricas*. Ciudad Trujillo, Imprenta J. R. Vda. García, Sucs. 1937, 126 pp.
- Vol. 0-3 Morillas, José María. *Siete biografías dominicanas*. Ciudad Trujillo, Imprenta San Francisco, 1946, 172 pp.
- Vol. 0-4 Lugo, Américo. *Los restos de Colón*. Ciudad Trujillo, Imprenta de la Librería Dominicana, 1950, 129 pp.
- Vol. I Rodríguez Demorizi, Emilio. *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955, 371 pp.
- Vol. II Rodríguez Demorizi, Emilio. *La Era de Francia en Santo Domingo*. Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1955, 313 pp.
- Vol. III Rodríguez Demorizi, Emilio. *Relaciones dominico-españolas, 1844-1859*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1955, 428 pp.
- Vol. IV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Antecedentes de la Anexión a España*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1955, 463 pp.
- Vol. V Incháustegui, Joaquín Marino. *Documentos para estudio. Marco de la época del Tratado de Basilea de 1795 en la parte española de Santo Domingo*. Tomo I. Buenos Aires, Artes Gráficas Bartolomé Chiasino, 1957, 401 pp.

- Vol. VI Incháustegui, Joaquín Marino. *Documentos para estudio. Marco de la época del Tratado de Basilea de 1795 en la parte española de Santo Domingo*. Tomo II. Buenos Aires, Artes Gráficas Bartolomé Chiasino, 1957, 402 pp.
- Vol. VII Utrera, Cipriano de. *Para la Historia de América*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, Santo Domingo, 1959, 273 pp.
- Vol. VIII Garrido, Víctor. *Los Puello*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, 1959, 234 pp.
- Vol. IX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Salomé Ureña y el Instituto de Señoritas. Para la historia de la espiritualidad dominicana*. Ciudad Trujillo, Impresora Dominicana, 1960, 427 pp.
- Vol. X Rodríguez Demorizi, Emilio. *Informe de la Comisión de Investigación de los Estados Unidos en Santo Domingo, 1871*. Ciudad Trujillo, Editora Montalvo, Santo Domingo, 1960, 650 pp.
- Vol. XI Garrido, Víctor. *Política de Francia en Santo Domingo, 1844-1846*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1962, 154 pp.
- Vol. XII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Próceres de la Restauración. Noticias biográficas*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963, 355 pp.
- Vol. XIII Troncoso Sánchez, Pedro. *La Restauración y sus enlaces con la historia de Occidente*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1963, 27 pp. (Edición del Centenario de la Restauración).
- Vol. XIV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Elogio del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1963, 20 pp.
- Vol. XV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Actos y doctrina del Gobierno de la Restauración*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1963, 460 pp.
- Vol. XVI García Lluberés, Leonidas. *Crítica histórica*. Santo Domingo, Editora Montalvo. 1964, 465 pp.

- Vol. XVII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles de Pedro Francisco Bonó. Para la historia de las ideas políticas en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 636 pp.
- Vol. XVIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Homenaje a Mella*. (Centenario de la muerte de Matías Ramón Mella, 1864-1964). Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 302 pp.
- Vol. XIX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Baní y la novela de Billini*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 320 pp.
- Vol. XIX-bis Boyrie Moya, Emile de. *La casa de Piedra de Ponce de León en Higüey*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1964, 32 pp.
- Vol. XX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Riqueza mineral y agrícola de Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1965, 438 pp.
- Vol. XXI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Papeles de Buenaventura Báez*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1968, 562 pp.
- Vol. XXII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras A-B*. Vol. I. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1967, 361 pp.
- Vol. XXIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hojas de servicios del Ejército Dominicano, 1844-1865*. Vol. I. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1968, 448 pp.
- Vol. XXIV Alfau Durán, Vetillo. *Controversia histórica. Polémica de Santana*. Santo Domingo, Editora Montalvo, 1968, 182 pp.
- Vol. XXV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Santana y los poetas de su tiempo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1969, 362 pp.
- Vol. XXVI Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras C-Ch*. Vol. II. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1969, 287 pp.
- Vol. XXVII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Pedro Alejandrino Pina. Vida y escritos*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1970, 247 pp.

- Vol. XXVIII García Lluberes, Alcides. *Duarte y otros temas*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 786 pp.
- Vol. XXIX García, José Gabriel. *Rasgos biográficos de dominicanos célebres*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 372 pp.
- Vol. XXX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Los dominicos y las encomiendas de indios de la Isla Española*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 400 pp.
- Vol. XXXI Garrido, Víctor. *Espigas históricas*. Santo Domingo, Imprenta Arte y Cine, 1971, 354 pp.
- Vol. XXXII Cabral, Tobías E. Índice de Clío y del Boletín *del Archivo General de la Nación*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 288 pp.
- Vol. XXXIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Santo Domingo y la Gran Colombia, Bolívar y Núñez de Cáceres*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1971, 219 pp.
- Vol. XXXIV Utrera, Cipriano de. *Polémica de Enriquillo*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1973, 500 pp.
- Vol. XXX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Sociedades, escuelas, gremios, cofradías y otras corporaciones dominicanas*. Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1974, 267 pp.
- Vol. XXXVI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Luperón y Hostos*. Santo Domingo, Editora Taller, 1975, 50 pp.
- Vol. XXXVII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras D-E-F-G*. Vol. III. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1975, 472 pp.
- Vol. XXXVIII Alfau Durán, Vetilio. *El Derecho de Patronato en República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1975, 127 pp.
- Vol. XXXIX Rodríguez Demorizi, Emilio. *Necrología del Padre de la Patria*. Santo Domingo, Editora Educativa Dominicana, 1976, 20 pp.
- Vol. XL Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hojas de servicios del Ejército Dominicano, 1844-1865*. Vol. II. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1976, 571 pp.

- Vol. XLI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Ulises F. Espaillat y Benjamín Franklin*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976, 24 pp.
- Vol. XLII Rodríguez Demorizi, Emilio. *En torno a Duarte*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976, 333 pp.
- Vol. XLIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Acerca de Francisco del Rosario Sánchez*. Santo Domingo, Editora Taller, 1976, 258 pp.
- Vol. XLIV Utrera, Cipriano de. *Los restos de Colón en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora Taller, 1977, 390 pp.
- Vol. XLV Moya Pons, Frank. *Manual de historia dominicana*, 5ta. ed. Barcelona, Industrias Gráficas M. Pareja, 1977, 640 pp.
- Vol. XLVI Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras H-L*. Vol. IV. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 288 pp.
- Vol. XLVII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras M-N-Ñ*. Vol. V. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 370 pp.
- Vol. XLVIII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Milicias de Santo Domingo, 1786-1821*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 443 pp.
- Vol. XLIX Campillo Pérez, Julio Genaro. *Elecciones dominicanas*, 2ª ed. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1978, 480 pp.
- Vol. L Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras O-PP*. Vol. VI. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1978, 282 pp.
- Vol. LI Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras Q-R*. Vol. VII. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1979, 248 pp.
- Vol. LII Rodríguez Demorizi, Emilio. *La Constitución de San Cristóbal, 1844-1854*. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1980, 485 pp.
- Vol. LIII Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras S-T*. Vol. VIII. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1980, 288 pp.

- Vol. LIV Larrazábal Blanco, Carlos. *Familias dominicanas. Letras V-W-X-Y-Z*. Vol. IX. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1980, 153 pp.
- Vol. LV Rodríguez Demorizi, Emilio. *Documentos para la historia de la República Dominicana*. Vol. IV. Santo Domingo, Editora del Caribe, 1981, 389 pp.
- Vol. LVI Rodríguez Demorizi, Emilio. *Breve panegirico de Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo, Editora Taller, 1981, 11 pp.
- Vol. LVI-bis Rodríguez Demorizi, Emilio. *Santana y los poetas de su tiempo*. 1ª reimpresión. Santo Domingo, Editora Corripio, 1982, 363 pp.
- Vol. LVII Rodríguez Demorizi, Emilio. *Colón en la Española. Itinerario y bibliografía*. Santo Domingo, Editora Taller, 1984, 43 pp.
- Vol. LVII -bis Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, I. Anales, cartas y otros escritos*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 325 pp.
- Vol. LVIII Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, II. Educativas y religiosas*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 280 pp.
- Vol. LIX Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, III. La Crónica 1882*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 335 pp.
- Vol. LX-bis-1 Polanco Brito, Hugo Eduardo (Comp.). *Francisco Xavier Billini. Obras, IV. La Crónica 1883*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1987, 382 pp.
- Vol. LX-bis-2 Polanco Brito, Hugo Eduardo. *Traslado de los restos de los primeros mártires de Santiago en La Restauración (17 de abril de 1863) y del general José Antonio Salcedo (5 de noviembre de 1864) al Panteón Nacional del 17 al 19 de abril de 1988*. Santo Domingo, Editorial Tiempo, 1988, 26 pp.
- Vol. LXI Polanco Brito, Hugo Eduardo. *Los escribanos en el Santo Domingo Colonial*. Santo Domingo, Editora Taller, 1989, 277 pp.

- Vol. LXII Santiago, Pedro Julio, y Julio Genaro Campillo Pérez. *El Primer Santiago de América*. Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar, 1997, 346 pp.
- Vol. LXIII Campillo Pérez, Julio Genaro. *Dr. Andrés López Medrano y su legado humanista*. Santo Domingo, Editora Corripio, 1999, 376 pp.
- Vol. LXIV Jimenes Hernández, José Antonio. *Manuel Jimenes. Prócer de la Independencia*. Santo Domingo, Editora Corripio, 2001, 361 pp.
- Vol. LXV Campillo Pérez, Julio Genaro. *Emilio Noelting. Un químico dominicano que iluminó a Europa*. Santo Domingo, Editora Corripio, 2001, 213 pp.
- Vol. LXVI Abreu Cardet, José. *Cuba y las Expediciones de Junio de 1959*. Santo Domingo, Editora Manatí, 2002, 156 pp.
- Vol. LXVII Abreu Cardet, José, Roberto Cassá Bernaldo de Quirós, José Chez Checo, Walter J. Cordero, Raymundo Manuel González de Peña, Jorge Ibarra Cuesta y Neici M. Zeller, *Homenaje a Emilio Cordero Michel*. Santo Domingo, Centro Editorial, 2004, 247 pp.
- Vol. LXVIII Yunén Zouain, Rafael Emilio. *Pautas para investigaciones de historia nacional dentro del contexto global*. Santo Domingo. Editora Búho, 2005, 46 pp. (Coedición: Academia de Ciencias de la República Dominicana).
- Vol. LXIX Saviñón Mendoza, Ramón Emilio. *El peso oro dominicano: origen, evolución y devaluación a través de su historia*. Santo Domingo, Editora Búho, 2005, 28 pp.
- Vol. LXX Moya Pons, Frank. *Los restos de Colón, Bibliografía*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 101 pp.
- Vol. LXXI Hernández González, Manuel Vicente. *La colonización de la frontera dominicana, 1680-1795*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 316 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXII Herrera Rodríguez, Rafael Darío. *Montecristi. Entre campeches y bananos*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 174 pp.

- Vol. LXXIII Sáez Ramo, José Luis. *La expulsión de los jesuitas de Santo Domingo, 1766-1767*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 344 pp.
- Vol. LXXIV Hoetink, Harry. *Ensayos caribeños*. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 121 pp.
- Vol. LXXV Hernández González, Manuel Vicente. *Expansión fundacional y desarrollo en el norte dominicano (1680-1795)*. El Cibao y Samaná. Santo Domingo, Editora Búho, 2006, 337 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXVI Gil, Juan. *Columbiana. Estudios sobre Cristóbal Colón (1984-2006)*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 641 pp.
- Vol. LXXVII Balcácer, Juan Daniel (Editor). *Ensayos sobre la Guerra Restauradora*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 370 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias).
- Vol. LXXVIII Avelino García, Francisco Antonio, Raymundo González, José G. Guerrero, Santiago Castro Ventura, y Andrés L. Mateo. *Eugenio María de Hostos en el 168° aniversario de su nacimiento*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 100 pp. (Coedición: Academia de Ciencias de la República Dominicana).
- Vol. LXXIX Moya Pons, Frank. *El ciclón de San Zenón y la «Patria Nueva»: reconstrucción de una ciudad como reconstrucción nacional*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 65 pp.
- Vol. LXXX Rodríguez Morel, Genaro. *Cartas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVII*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 444 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXXI Rodríguez Morel, Genaro. *Cartas de la Real Audiencia de Santo Domingo, 1530-1546*. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 490 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXXII Gutiérrez Escudero, Antonio. *Santo Domingo Colonial: Estudios históricos. Siglos XVI al XVIII*. Santo Domingo. Editora Búho, 2007, 351 pp.

- Vol. LXXXIII González, Raymundo Manuel (Compilador). *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana, (1879-1894)*, Tomo I. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 616 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXXIV González, Raymundo Manuel (Compilador). *Documentos para la historia de la educación moderna en la República Dominicana (1879-1894)*, Tomo II. Santo Domingo, Editora Búho, 2007, 512 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. LXXXV Cassá, Constancio (Compilador). *Escritos de Luis E. Alemar, 1918-1945*. Santo Domingo, Editora Búho, 2009, 562 pp.
- Vol. LXXXVI Silié, Rubén. *Economía, esclavitud y población. Ensayo de interpretación histórica del Santo Domingo Español en el siglo XVIII*. Santo Domingo, Editora Búho, 2009, 264 pp.
- Vol. LXXXVII Guerrero Cano, María Magdalena. *Sociedad, política e Iglesia en el Santo Domingo colonial, 1861-1865*. Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 628 pp.
- Vol. LXXXVIII Moreta Castillo, Américo. *La Real Audiencia de Santo Domingo, 1511-1799. La Justicia en Santo Domingo en la época colonial*. Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 221 pp.
- Vol. LXXXIX Rosario Fernández, Reina C. (Compiladora). *El exilio republicano español en la sociedad dominicana*. (Memoria del Seminario Internacional celebrado en marzo de 2010). Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 285 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación y la Comisión Permanente de Efemérides Patrias).
- Vol. XC Gómez Ochoa, Delio. *Constanza, Maimón y Estero Hondo. La victoria de los caídos*, 4ta. edición corregida y ampliada. Santo Domingo, Editora Collado, 2010, 304 pp.
- Vol. XCI Mira Caballos, Esteban. *La Española, epicentro del Caribe en el siglo XVI*. Santo Domingo, Editora Búho, 2010, 618 pp.

- Vol. XCII Paulino Ramos, Alejandro (Compilador). *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*, Tomo I. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2010, 438 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. XCIII Paulino Ramos, Alejandro (Compilador). *El Paladión: de la Ocupación Militar Norteamericana a la dictadura de Trujillo*, Tomo II. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 2010, 496 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. XCIV Moya Pons, Frank (Coordinador). *Historia de La República Dominicana*. Madrid, España, Ediciones Doce Calles, S. L., 2010, 725 pp. (Coedición: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Colección Historia de las Antillas, Vol. II).
- Vol. XCV Valle Llano, Antonio, S. J. *La Compañía de Jesús en Santo Domingo durante el período hispánico*, 2da. edición con correcciones del autor y notas adicionales de José Luis Sáez Ramo. Santo Domingo, Editora Búho, 2011, 433 pp.
- Vol. XCVI Del Río Moreno, Justo L. *Los inicios de la agricultura europea en el Nuevo Mundo 1492-1542*, 2da. edición con correcciones del autor. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 708 pp.
- Vol. XCVII Del Río Moreno, Justo L. *Ganadería, plantaciones y comercio azucarero antillano. Siglos XVI y XVII*. 2da. edición en español. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 648 pp.
- Vol. XCVIII Pacini Hernández, Deborah. *Bachata: historia social de un género musical dominicano*. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 360 pp.
- Vol. XCIX González Tejera, Natalia. *Exiliados españoles en República Dominicana, 1939-1943: descripción y análisis socio-económico y demográfico*. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 148 pp.
- Vol. C Lora H., Quisqueya. *Transición de la esclavitud al trabajo libre en Santo Domingo: el caso de Higüey (1822-1827)*. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 180 pp.

- Vol. CI Herrera, César A. *Anexión-Restauración*. Parte I. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 388 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CII Herrera, César A. *Anexión-Restauración*. Parte II. Santo Domingo, Editora Búho, 2012, 400 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CIII Moya Pons, Frank y Rosario Flores Paz, editores. *Los taínos en 1492. El debate demográfico*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 408 pp.
- Vol. CIV Franks, Julie Cheryl. *Transformando la propiedad. La tenencia de tierras y los derechos políticos en la región azucarera dominicana, 1880-1930*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 260 pp.
- Vol. CV Rodríguez Morel, Genaro (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, vol. I. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 764 pp.
- Vol. CVI Moya Pons, Frank. *Bibliografía de la Historia Dominicana 1730-2010*. Tomo I. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 896 pp.
- Vol. CVII Moya Pons, Frank. *Bibliografía de la Historia Dominicana 1730-2010*. Tomo II. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 848 pp.
- Vol. CVIII Moya Pons, Frank. *Bibliografía de la Historia Dominicana 1730-2010*. Tomo III. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 836 pp.
- Vol. CIX Hoffnung-Garskof, Jesse. *Historia de dos ciudades. Santo Domingo y Nueva York después de 1950*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 480 pp.
- Vol. CX Vega, Bernardo. *La derrota de Penn y Venables en Santo Domingo, 1655*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 152 pp.
- Vol. CXI Girona, Francisco C. *Las fechorías del bandolero Trujillo*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 192 pp.
- Vol. CXII García Muñiz, Humberto. *De la Central Guánica al Central Romana. La South Porto Rico Sugar Company en Puerto Rico y la República Dominicana, 1900-1921*. Santo Domingo, Editora Búho, 2013, 600 pp.

- Vol. CXIII Szulc, Tad. *Diario de la Guerra de Abril de 1965*. Santo Domingo, Editora Búho, 2014, 412 pp.
- Vol. CXIV Álvarez Leal, Francisco. *La República Dominicana [1888]. Territorio. Clima. Agricultura. Industria. Comercio. Inmigración y Anuario estadístico*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 128 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CXV Vega, Bernardo (Editor). *Correspondencia entre Ángel Morales y Sumner Welles*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2013, 688 pp. (Coedición: Archivo General de la Nación).
- Vol. CXVI Vega, Bernardo, (Editor). *Antiguas tarjetas postales dominicanas de la colección de Miguel D. Mena*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2014, 108 pp.
- Vol. CXVII Wells, Allen. *Un Sion tropical: el general Trujillo, Franklin Roosevelt y los judíos de Sosúa*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 682 pp.
- Vol. CXVIII Calder, Bruce J. *El impacto de la intervención. La República Dominicana durante la ocupación norteamericana de 1916-1924*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 560 pp.
- Vol. CXIX Muto, Paul. *La promesa ilusoria: La República Dominicana y el proceso de desarrollo económico, 1900-1930*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 368 pp.
- Vol. CXX Cassá, Roberto (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, vol. V. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2014, 884 pp.
- Vol. CXXI Mira Caballos, Esteban. *La gran armada colonizadora de Nicolás de Ovando, 1501-1502*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2014, 463 pp.
- Vol. CXXII Vega, Bernardo, et al. *El Zemí de algodón taíno*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2014, 228 pp.
- Vol. CXXIII Ruiz del Árbol Cana, Antares. *Hacer España en América, Guillermina Medrano Aranda (1912-2005). La pervivencia del magisterio republicano en el exilio americano*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 668 pp.

- Vol. CXXIV Ameringer, Charles D. *La Legión del Caribe. Patriotas, políticos y mercenarios, 1946-1950*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 264 pp.
- Vol. CXXV Sáez Ramo, José Luis. *Mons. Eliseo Pérez Sánchez. Notas biográficas y documentos completos*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 652 pp.
- Vol. CXXVI Vega, Bernardo (Editor). *Treinta intelectuales dominicanos escriben a Pedro Henríquez Ureña*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 726 pp.
- Vol. CXXVII Academia Dominicana de la Historia. *Los que ya no están. Miembros de Número de la Academia Dominicana de la Historia. In memoriam*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2015, 172 pp.
- Vol. CXXVIII Hidalgo, Dennis R. *La primera inmigración de negros libertos norteamericanos y su asentamiento en la Española*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 246.
- Vol. CXXIX Moreno, José A. *El pueblo en armas*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2015, 432 pp. (Coedición: Comisión Permanente de Efemérides Patria).
- Vol. CXXX Draper, Theodore. *La Revuelta de 1965. Un estudio de caso de la política estadounidense en la República Dominicana*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 224 pp. (Coedición: Comisión Permanente de Efemérides Patria).
- Vol. CXXXI Alfau Durán, Vetilio. *Artículos recopilados sobre la Ocupación Norteamericana de 1916*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 240 pp.
- Vol. CXXXII Tejada, Adriano Miguel. *La prensa y la guerra de abril de 1965*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 210 pp.
- Vol. CXXXIII Odena, Isidro. *La intervención ilegal en Santo Domingo*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 116 pp.
- Vol. CXXXIV McKeever, Stuart A. *El rapto de Galíndez y su importancia en las relaciones entre Washington y Trujillo*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 556 pp.

- Vol. CXXXV Febres-Cordero Carrillo, Francisco. *Entre Estado y Nación: la Anexión y la Guerra de Restauración dominicana (1861-1865). Una visión del Caribe hispano en el siglo XIX*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 208 pp.
- Vol. CXXXVI Schomburgk, Robert Hermann, et al. *Santo Domingo visto por cuatro viajeros*, Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 148 pp.
- Vol. CXXXVII Derby, Lauren. *La seducción del dictador, política e imaginación popular en la era de Trujillo*, Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 544 pp.
- Vol. CXXXVIII Rodríguez Morel, Genaro (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, vol. I, «Códice». Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 498 pp. Patrocinado por Juan B. Vicini Lluberés.
- Vol. CXXXIX Tippenhauer, Louis Gentil. *La Isla de Haití*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 916 pp.
- Vol. CXL Moya Pons, Frank. *El oro en la historia dominicana*. Santo Domingo, Amigos del Hogar, 2016, 468 pp. Patrocinado por Pueblo Viejo Dominicana Corporation.
- Vol. CXLI Bryan, Patrick. *La transformación económica de la República Dominicana, 1870-1916*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2016, 336 pp. Patrocinado por la Refinería Dominicana de Petróleo (REFIDOMSA).
- Vol. CXLII Kurzman, Dan. *Santo Domingo. La revuelta de los condenados*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2017, 334 pp. Patrocinado por la Refinería Dominicana de Petróleo (REFIDOMSA).
- Vol. CXLIII García Arévalo, Manuel A. y Pou de García, Francis. *La caída de Horacio Vásquez y la irrupción de Trujillo en los informes diplomáticos españoles de 1930*. Santo Domingo, Amigo del Hogar, 2017, 484 pp. Patrocinado por el Banco Popular Dominicano.
- Vol. CXLIV Turist, Richard L. *Cimientos del despotismo. Los campesinos, el régimen de Trujillo y la modernidad en la historia dominicana*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2017, 576 pp.

- Vol. CXLV Del Río Moreno, Justo L. *La Española y el Caribe, 1501-1559. La recurrencia cíclica de las crisis en Santo Domingo y los procesos de expansión territorial y económica*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 584 pp.
- Vol. CXLVI Veesser, Cyrus. *La soberanía en jaque: Ulises Heureaux y la injerencia estadounidense, 1890-1908*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 386 pp.
- Vol. CXLVII Cassá, Roberto (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo VI. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 876 pp.
- Vol. CXLVIII Dawes, Charles G., et al. *Comisión Económica Dominicana, 1929*. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 240 pp.
- Vol. CXLIX González de Peña, Raymundo (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo II. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2018, 892 pp.
- Vol. CL *Informes anuales. Receptoría Dominicana de Aduanas, 1907-1940* (edición digital). Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2019.
- Vol. CLI Vega, Bernardo y Dennis R. Simó (compiladores). *La ocupación militar estadounidense de 1916. Ensayos y documentos*. Santo Domingo, Editora Búho, 2019, 548 pp. (Coedición: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc.).
- Vol. CLII Chez Checo, José (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo IV. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2019, 644 pp.
- Vol. CLIII Vega, Bernardo. *La cuestión racial y el proyecto dominicano de anexión a Estados Unidos 1870*, Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2019, 359 pp.
- Vol. CLIV Cordero Michel, Emilio (Coordinador). *Historia general del pueblo dominicano*, tomo III. Santo Domingo, Editora Búho, S. R. L., 2019, 624 pp.
- Vol. CLV Moya Pons, Frank. *Breve historia monetaria de la República Dominicana, 1844-1948. Evolución de la deuda pública y formación del Banco Central*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2020, 120 pp.

Publicaciones de la Academia Dominicana de la Historia

Vol. CLVI Sáez, S. J., José Luis. *Las visitas pastorales de los arzobispos de Santo Domingo (1531-1953)*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 2020, 344 pp.

Este libro
MODERNIDAD Y LUCHAS SOCIALES
EN LA SOCIEDAD DOMINICANA.
SIGLOS XIX y XX

de Michiel Baud

terminó de imprimirse en el mes de diciembre de 2020,
en los talleres de Editora Búho, S. R. L.
Santo Domingo, Ciudad Primada de América,
República Dominicana.



ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA
Volumen CLVII

